ERIC H. CLINE

POR EL AUTOR DE 1177 A.C.

TRES PIEDRAS HACEN UNA PARED

HISTORIAS DE LA ARQUEOLOGÍA

CRÍTICA

open access

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Prefacio: Una pata de mono fosilizada

Prólogo: «Cosas maravillosas»...

Primera parte: Los comienzos de la arqueologia

1. Polvo al polvo en la Italia antigua
2. Búsqueda y exhumación de Troya
3. De Egipto a la eternidad
4. Misterios en Mesopotamia
5. Exploración de las junglas...

El arte de excavar 1

Segunda Parte: África, Europa y...

6. El descubrimiento de nuestros...
7. Los primeros agricultores...

Tercera parte: Excavaciones en el Egeo...

8. Los primeros griegos salen a la luz
9. ¿En busca de la Atlántida?
10. Encanto bajo el mar

Cuarta parte: Recuperar a los clásicos

11. Del lanzamiento de disco a...
12. ¿Qué han hecho por nosotros...

El arte de excavar 2

Quinta parte: Descubrimientos en tierra

13. Excavaciones en el Armagedón
14. La Biblia desenterrada
15. Misterio en Masada
16. Ciudades del desierto

El arte de excavar 3

Sexta parte: Arqueología del Nuevo Mundo

17. Líneas en la arena, ciudades en...

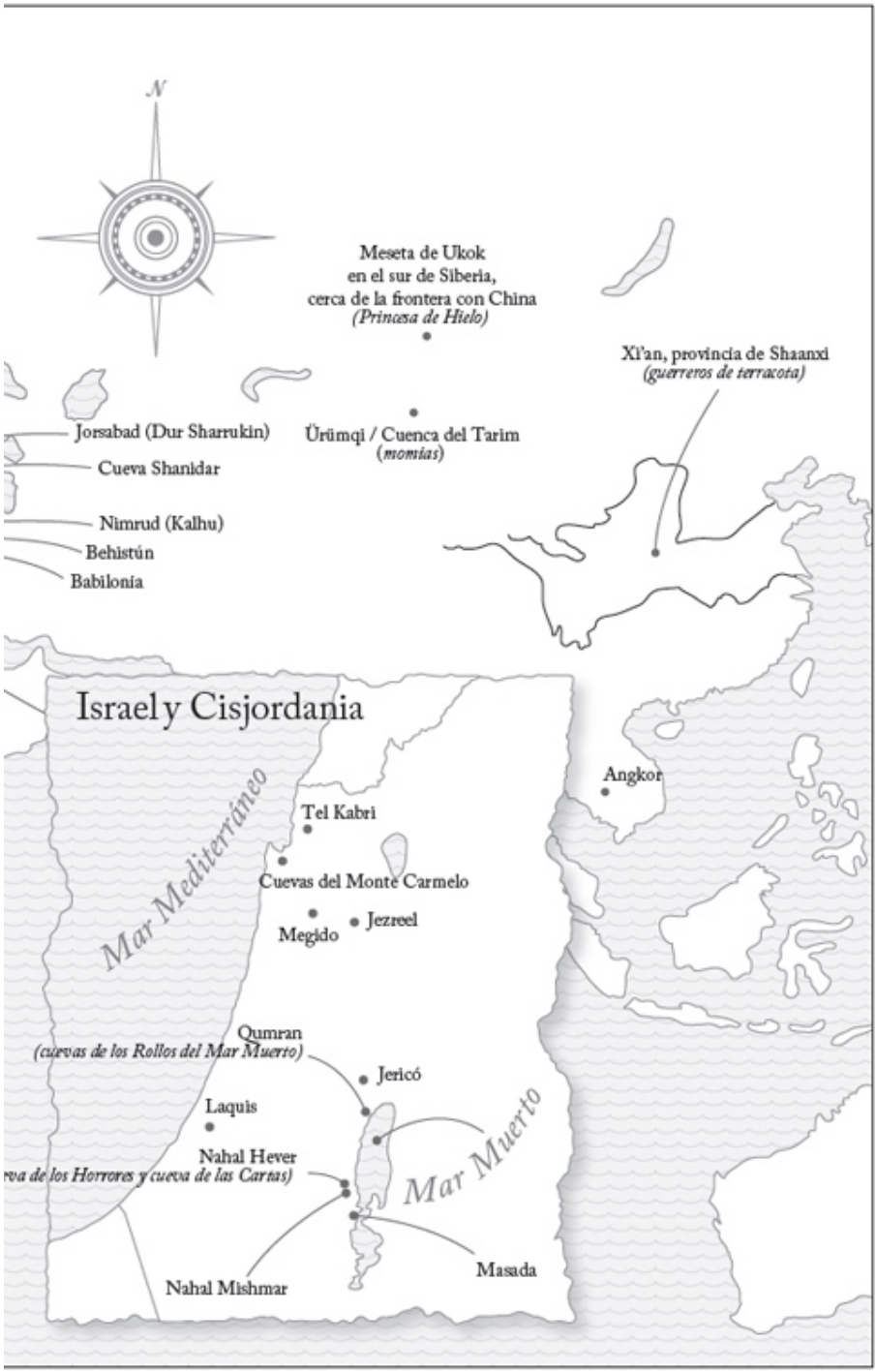
18. Cabezas gigantes, serpientes...
19. Submarinos y colonos...
El arte de excavar 4
Epílogo: Regreso al futuro
Agradecimientos
Bibliografía
Notas
Créditos

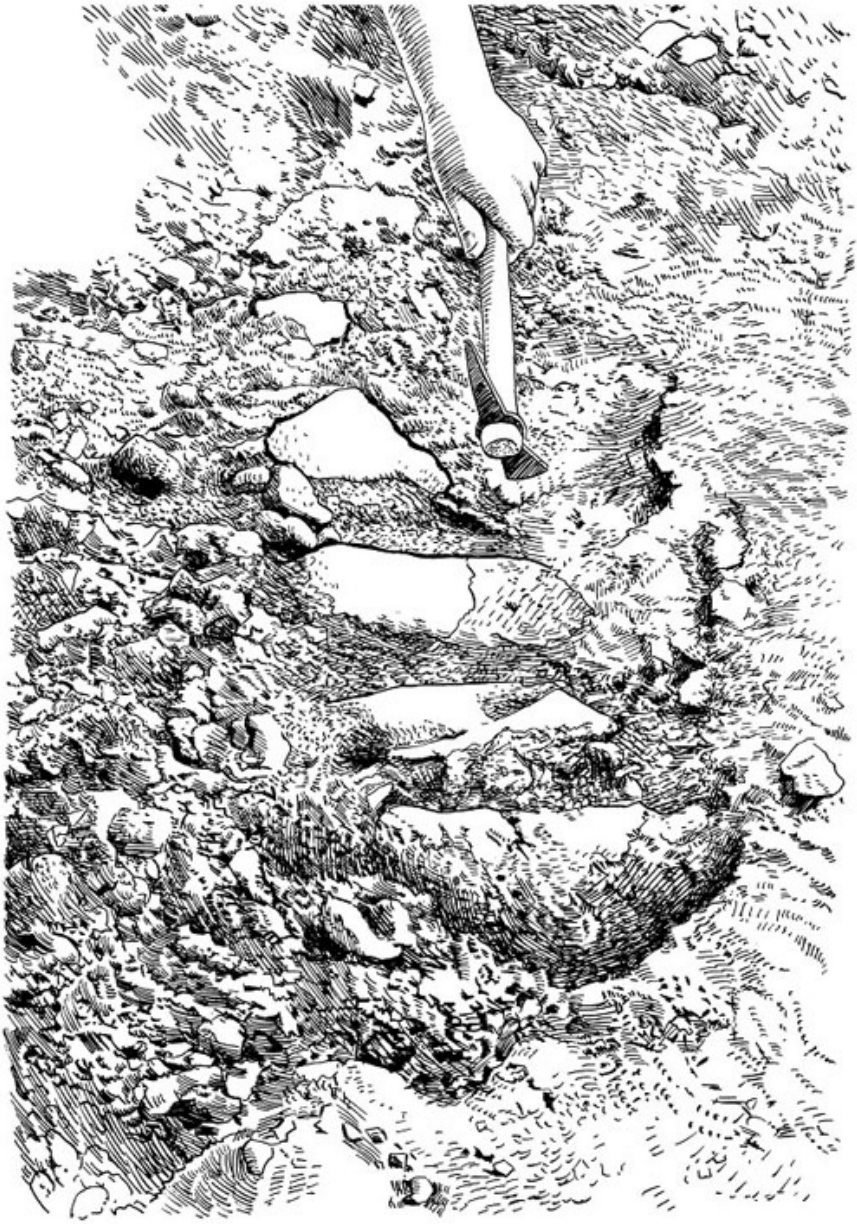
SINOPSIS

Eric H. Cline, uno de los más prestigiosos arqueólogos de nuestro tiempo, nos cuenta la historia de la arqueología y de sus grandes hallazgos y nos lleva a los lugares donde hoy trabajan los arqueólogos para mostrarnos, de paso, los métodos con que investigan cuestiones como los orígenes del hombre, la aparición de la agricultura, el nacimiento de la cultura griega, el legado de Roma... Una labor cuyo objetivo final es la búsqueda de los rasgos que configuran nuestra propia historia como seres humanos.

CANADÁ
Kennewick, WA
AMÉRICA DEL NORTE
Mesa Verde, CO
Cañón del Chaco, NM
Túmulos de Cahokia, IL
Jamestown, VA
Colonial Williamsburg, VA
Charleston, SC
MÉXICO
Uxmal
Chichén Itzá
Tres Zapotes
Tikal
Caracol
Teotihuacán
TENOCHTITLÁN (CIUDAD DE MÉXICO)
BELICE
Mar Caribe
Océano Atlántico
San Lorenzo
La Venta
Palenque
Copán
HONDURAS
GUATEMALA
PERÚ
Machu Picchu
Sipán
Líneas de Nazca
Monte Ampato
(Doncella de Hielo / Juanita)
AMÉRICA DEL SUR
N
Océano Pacífico

Península de Ardnamurchan
(Barco vikingo)
Pantano de Tolhind
(Cerca de Silkeborg)
Sutton Hoo
(Barco anglosajón)
Pantano de
Lindow Moss
Stonehenge
Gelidonya
(Naufragio)
Uluburun
(Naufragio)
Bogazköy
(Hattusa)
Kuyunjik
(Nínive)
Ötzi el Hombre
de Hielo
Cueva de Lascaux
Pompeya
Micenas
Göbekli
Tepe
Cueva de
Altamira
Cueva de
Chauvet
Roma
Delfos
Troya
Çatalhöyük
Olimpia
Atenas
Ziba
Zincirli
Ebla
Cnosos
Tera/Santorini
Palmira
Umma
Ur
Rosetta
Petra
Herculano
Pilos
Tirinto
Estabia
Tanis
Luxor
(Tebas)
Abu Simbel
Pirámides de Guiza
(Guiza / El Cairo)
Valle de los Reyes
(tumba de Tutankhamón)
Hadar
Koobi Fora
(lago Turkana)
Garganta de Olduvai
Laetoli
Océano
Atlántico
Cueva de la
Estrella Ascendente


N
Meseta de Ukok
en el sur de Siberia,
cerca de la frontera con China
(Princesa de Hielo)
Xi'an, provincia de Shaanxi
(guerreros de terracota)
Jorsabad (Dur Sharrukin)
Cueva Shanidar
Nimrud (Kalhu)
Behistún
Babilonia
Ürümqi / Cuenca del Tarim
(momias)
Israel y Cisjordania
Mar Mediterráneo
Tel Kabri
Cuevas del Monte Carmelo
Megido
Jezreel
Angkor
Qumran
(cuevas de los Rollos del Mar Muerto)
Jericó
Laquis
Nahal Hever
(cueva de los Horrores y cueva de las Cartas)
Mar Muerto
Masada
Nahal Mishmar



Frontispicio: excavaciones en Tel Kabri.

ERIC H. CLINE

TRES PIEDRAS HACEN UNA PARED

Historias de la arqueología

Ilustraciones de
Glynnis Fawkes

Traducción castellana de
Silvia Furió

CRÍTICA
BARCELONA

One stone is a stone. [Una piedra es una piedra.]

Two stones is a feature. [Dos piedras son una estructura.]

Three stones is a wall. [Tres piedras son una pared.]

Four stones is a building. [Cuatro piedras son un edificio.]

Five stones is a palace. [Cinco piedras son un palacio.]

(Six stones is a palace built by aliens.) [(Seis piedras son un palacio construido por alienígenas.)]

Archaeological axiom [Axioma arqueológico]

Prefacio

Una pata de mono fosilizada

Figura helenística de bronce de Tel Anafa.

Cuando tenía solo siete años, mi madre me regaló un libro titulado *The Walls of Windy Troy* [Las murallas de la ventosa Troya].[1] Se trataba de una obra adaptada para niños sobre los trabajos de Heinrich Schliemann y su búsqueda de las ruinas de la antigua Troya. Después de leerlo, anuncié que sería arqueólogo. Más tarde, durante mis años en el instituto, leí la obra de John Lloyd Stephens, *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, y *Dioses, tumbas y sabios*, de C. W. Ceram, dos lecturas que avivaron mi deseo: eran unas historias fascinantes sobre descubrimientos de ciudades perdidas en la selva y antiguas civilizaciones.[2] En la universidad, me especialicé en arqueología en cuanto pude y, tras la licenciatura, mi madre me entregó de nuevo el libro sobre Schliemann, el iniciador de todo aquel viaje catorce años atrás. Aún lo conservo en mi despacho de la Universidad George Washington.

No soy el único que siente fascinación por la arqueología; otras muchas personas experimentan lo mismo, hecho que pone de manifiesto el éxito de las películas de Indiana Jones y de los documentales de televisión que cada noche se emiten por un canal u otro. Ya no recuerdo la cantidad de veces que alguien me ha dicho: «¿Sabe?, si yo no fuera _____ (llénese el espacio en blanco con *médico*, *abogado*, *enfermera*, *contable*, *financiero de Wall Street*, etc.), habría sido arqueólogo». Sin embargo, casi nadie tiene una idea clara de lo que esta profesión implica. Tal vez imaginan que se trata de andar a la zaga de tesoros perdidos, de viajar a lugares exóticos y de proceder a las meticulosas excavaciones con cepillos de dientes y otras herramientas similares, pero esto no es lo habitual y el común de los arqueólogos no somos como Indiana Jones.

He participado en expediciones arqueológicas casi todos los veranos desde mi segundo curso en la universidad, lo que suma un total de más de treinta temporadas en los últimos treinta y cinco años. Por los emplazamientos en que he desarrollado esta actividad, principalmente en el Oriente Medio y Grecia, se me considera en general un arqueólogo del Viejo Mundo. Sin embargo, también he excavado en California y Vermont, en Estados Unidos, en lo que en términos arqueológicos se denomina Nuevo Mundo.

He tenido ocasión de formar parte de varios proyectos muy interesantes, entre los que se cuentan los de Tel Anafa, Megido, y Tel Kabri, en Israel; el Ágora ateniense, Beocia y Pilos, en Grecia; Tell al-Maskhuta en Egipto; Palaiokastro en Creta; Kataret es-Samra, en Jordania; y Ayios Dhimitrios y Pafos, en Chipre. Casi todos estos lugares o regiones son perfectos desconocidos salvo para los arqueólogos, exceptuando tal vez el Ágora, en el centro de

Atenas, y Megido, en Israel, que representa el Armagedón bíblico. Puedo asegurar que excavar en esos lugares no guarda la menor relación con lo expuesto en las películas.

La gente suele preguntarme: «¿Cuál ha sido su mejor hallazgo?». A lo que yo respondo: «Una pata de mono fosilizada». Esta anécdota tuvo lugar en mi primera excavación en el extranjero, durante el verano al finalizar mi segundo curso en la universidad, en la excavación del yacimiento grecorromano de Tel Anafa, en el norte de Israel, en el marco de un proyecto dirigido por la Universidad de Michigan.

Era un día terriblemente caluroso y, hacia media mañana, empezó a preocuparme sufrir una insolación. En aquel preciso instante, mi pequeño *patish* (un martillo de excavación) golpeó un objeto en un ángulo tal que la pieza salió despedida hacia arriba, girando en el aire sobre sí misma, una y otra vez, hasta caer de nuevo al suelo. Durante el vuelo, vi que era verde y pensé, algo aturdido por el calor: «¡Vaya, es una pata de mono, fosilizada!». Cuando la pieza tocó el suelo, ya me había repuesto: ¿Qué haría una pata de mono en el norte de Israel?

Como era de esperar, al examinarla con más detalle, resultó que la pieza era parte de un mueble de bronce helenístico con la forma del dios griego Pan, el que luce cuernos en la cabeza y anda tocando la doble flauta. Probablemente, en origen formó parte del extremo del brazo de una silla de madera, pero esta se había desintegrado tiempo atrás y, en consecuencia, en la excavación solo se había conservado el bronce que, tras dos mil años bajo tierra, aguardando a que yo lo encontrara, se había tornado verde. Lo extrajimos con cuidado, lo dibujamos y lo fotografiamos, para poder publicarlo. Pasaron casi treinta años hasta que volví a verlo, en un museo de la Universidad de Haifa al que había sido cedido desde el Museo de Israel en Jerusalén.

Sin embargo, en aquel 2013, nuestro equipo de excavación en el yacimiento cananeo de Tel Kabri, en el norte de Israel, encontró algo que superaba incluso mi pata de mono. Desde 2005, he trabajado en colaboración con Assaf Yasur-Landau, de la Universidad de Haifa, codirigiendo las labores de excavación en aquel emplazamiento. Cada temporada nos brindaba una sorpresa, pero esta fue la más insospechada, pues rescatamos la mayor y más antigua de las bodegas de vino jamás descubiertas en el mundo, fechada en torno a 1700 a. e. c., esto es, hace casi cuatro mil años.[3]

Sucedió en junio, durante la primera semana de trabajo, al topar con una enorme ánfora que denominamos Bessie. Pasaron casi dos semanas hasta que el hallazgo estuvo totalmente desenterrado y descubrimos que descansaba sobre el suelo enlucido de una sala. Para entonces, Bessie ya contaba con la compañía de otras treinta y nueve piezas, pues recuperamos un total de cuarenta ánforas de casi un metro de altura en aquella misma habitación y en el pasillo situado justo al norte.

Pese a que los recipientes se habían hecho añicos, la tierra que había penetrado en su interior los había llenado por completo, de modo que aún se conservaba bien la forma original. Al principio, creímos que cada uno de ellos habría albergado unos cincuenta litros de líquido. Tras las primeras labores de reconstrucción, nuestro conservador nos indicó que, en realidad, cada uno habría contenido más de cien litros, lo que daba un total de cerca de cuatro mil litros.

Andrew Koh, el director adjunto en Kabri, sometió las piezas de cerámica al análisis de residuos orgánicos que sirve para determinar el contenido. Casi todos dieron positivo en ácido siríngico, presente en el vino tinto; otros dieron un resultado positivo en ácido tartárico, que se encuentra tanto en el vino tinto como en el blanco. Cabe, pues, poca duda de que todos ellos contuvie-

ron vino en algún momento, en su mayoría tinto si bien en ocasiones también blanco. Esto arroja un resultado aproximado de lo que hoy serían seis mil botellas. Por descontado, hace mucho tiempo que el vino desapareció de aquellos recipientes, salvo en los residuos de tela, pero no es infrecuente que algunas personas me pregunten qué sabor debía de tener aquel caldo. Puesto que aún no disponemos de resultados veraces, yo me limito a responder que hoy tiene «un gusto terroso».

Nuestro descubrimiento, y el artículo que posteriormente publicamos sobre él en una revista especializada, apareció en todos los periódicos, entre ellos el *New York Times*, el *Wall Street Journal* y el *Washington Post*, además de *Los Angeles Times* y la revista *Time*, la *Smithsonian* o la *Wine Spectator*.[4] Desde entonces, han salido a la luz otras cuatro salas, y otras setenta ánforas, y aún esperamos disfrutar de más temporadas de excavaciones en este yacimiento tan interesante. Descubrir una bodega del antiguo Canaán no respondía exactamente a las expectativas que abrigaba a mis siete años, cuando decidí convertirme en arqueólogo. Pero ahí radica la belleza y la emoción de la arqueología: nunca se sabe qué vamos a encontrar. Mis colegas de la Universidad George Washington ajenos a la disciplina arqueológica creen que preguntar «¿Qué hay de nuevo en arqueología?» es una broma estupenda, ya que cuanto desenterramos es irrefutablemente viejo. Sin embargo, la arqueología siempre nos sorprende, incluso en lugares bien conocidos desde hace ya mucho tiempo. Ahora sabemos, por ejemplo, que el yacimiento de Troya es, cuando menos, diez veces superior en extensión a los cálculos iniciales; las pinturas rupestres prehistóricas de Chauvet, en Francia, son más antiguas de lo que supusimos; un yacimiento maya en Belice, totalmente oculto en la selva, se localizó gracias al método de de-

tección remota; y Tanis, en Egipto, ha pasado totalmente desapercibido siempre, pese a estar siempre ante nuestros ojos. En todos estos casos, la novedad fue una sorpresa inesperada.

Primer plano de las ánforas de vino de Tel Kabri.

Cada día aparecen noticias de hallazgos e hipótesis en lo que constituye un placentero diluvio interminable que parece cobrar velocidad con el paso del tiempo. En un solo día a comienzos de junio de 2016, por ejemplo, los boletines de noticias arqueológicas informaron acerca de una nueva expedición que buscaba rollos de papiro en el mar Muerto, en el interior de la cueva de las Calaveras, en Israel; del descubrimiento de cuatrocientas tablillas de madera en Londres, con inscripciones latinas grabadas; del descubrimiento en Roma del cuartel militar fechado en tiempos de Adriano, de dos mil años de antigüedad; de la posibilidad de

que un adolescente canadiense hubiera dado con un yacimiento maya en México; de la inauguración de una exposición de quinientos objetos de la antigua Grecia en Washington; del nuevo sistema de detección remota que se está probando en la Gran Pirámide de Egipto; y del hecho de que la hoja de una de las dagas del rey Tutankhamón esté fabricada con hierro procedente de un meteorito, lo que dio pie al titular del *New York Post*, tan sensacional como ambiguo: «La daga del rey Tutankhamón vino del espacio exterior».[5] Al cabo de una semana, se sumaron más noticias sobre nuevos descubrimientos arqueológicos en la espesura de la selva camboyana, gracias a la nueva tecnología de detección remota.[6]

La parte positiva es que están aflorando innumerables hallazgos, probablemente a un ritmo que supera cualquier otro momento de la historia de nuestra disciplina; la parte menos positiva es que esto implica que algunas informaciones contenidas en este libro tal vez hayan quedado obsoletas para cuando las páginas lleguen a manos del lector. A modo de ejemplo, todas las historias que acabamos de mencionar, y otras referentes a cuestiones que abordaremos más adelante, fueron noticias de rabiosa actualidad cuando yo estaba ultimando el borrador, pero durante el proceso de edición saldrán a la luz otras más y aún después de haber distribuido el libro seguirán apareciendo noticias.

Vivimos días verdaderamente emocionantes para los arqueólogos, pero no quiero dejar pasar la ocasión de revisar, a lo largo de estas páginas, algunas de las afirmaciones cuando menos dudosas sobre distintos hallazgos que se difunden, ocasionalmente, en documentales de televisión, noticiarios, páginas web de particulares y otras plataformas, en la medida en que al público profano no siempre le resulta sencillo distinguir entre los descubrimientos auténticos o los debates de arqueólogos profesionales y las reivindicaciones lanzadas por pseudoarqueólogos. Cada año

aparecen aficionados con una formación arqueológica escasísima, si cuentan con alguna, que van a la caza de mitos como el arca de la Alianza o la Atlántida. Sus pesquisas pueden redundar en historias muy convincentes y suelen ofrecer buen material audiovisual, pero enturbian las aguas en lo que constituye el progreso científico. Algunas afirmaciones claman al cielo hasta tal extremo que, en 2007, publiqué un artículo de opinión en el *Boston Globe* titulado «Raiders of the Faux Ark» [En busca del Arca Falsa]. Allí advertía al público general del engaño y rogaba a mis colegas de profesión que investigasen tales afirmaciones en cuanto salieran a la luz.[7]

Numerosas personas, alentadas por los pseudoarqueólogos, se niegan a creer que los seres humanos por sí mismos hayan generado innovaciones de la magnitud de la domesticación de animales o el cultivo de plantas o que sean los responsables de la construcción de grandes obras maestras de la arquitectura como las pirámides o la Esfinge.[8] Aquellos optan por invocar la intervención de los alienígenas, o de los dioses en otros casos, para dar cuenta de cómo llegaron a producirse estas obras, a pesar de que no hay necesidad de ello. El asunto ha alcanzado cotas tan graves como para que hayamos incluido en nuestra jerga terminológica el axioma que abre este trabajo: «Seis piedras son un palacio construido por alienígenas».

No obstante, tal vez la razón de mayor peso para escribir ahora un libro como este sea la circunstancia de que, en nuestros días, el mundo está siendo testigo de constantes asaltos a los yacimientos arqueológicos y museos en un grado y con una asiduidad inauditos. En gran parte del Oriente Medio, desde Irak hasta Afganistán, Siria, Libia y Egipto, se está produciendo un saqueo y destrucción deliberada de antigüedades a la estela de las recientes guerras y levantamientos en aquellas regiones. Sin embargo, el expolio de emplazamientos de estas características no termina

ahí; se trata de un problema mundial, desde Grecia hasta Perú, que amenaza nuestro legado humano irremplazable a una escala hasta hoy desconocida.[9] En 2008, un periodista ya describió la magnitud de esta oleada de destrucción como un hecho «que rozaba lo industrial»: «Los saqueadores asaltan yacimientos antiguos con retroexcavadoras y pequeñas excavadoras, raspando la capa superior de la tierra en secciones de terreno superiores a varios campos de fútbol. Luego, guiados por un detector de metales, dan con monedas que suelen revelar la ubicación de otros artefactos; abren auténticos pozos para extraer cualquier cosa de valor».[10] Palabras similares se oyeron en 2015, cuando el director de la Unesco advirtió de «saqueos a escala industrial en Siria».[11]

Los arqueólogos han trabajado activamente en las labores de documentación, tratando de impedir esta incesante pérdida de patrimonio, pero ellos no son los únicos responsables de velar por el pasado; es una responsabilidad que nos atañe a todos.[12] De todos nosotros depende salvar y preservar los restos y las reliquias de civilizaciones perdidas desde tiempos casi immemoriales. Tengo la esperanza de que el contenido de este libro sirva para recordarnos a todos de dónde venimos, lo fascinante que esto resulta y que aliente a buena parte del público lector a colaborar en la protección de esta herencia antes de que sea demasiado tarde. No todos los lectores dispondrán del tiempo o de la libertad para sumarse a una excavación arqueológica, pero sí podemos alzar nuestra voz en un clamor de apoyo al proceso arqueológico y a favor de nuestro patrimonio común.

Por otra parte, ha llegado también el momento de lanzar un nuevo volumen introductorio, destinado a personas de todas las edades, desde los jóvenes como yo en mis inicios, cuando leí por primera vez la historia de Heinrich Schliemann, hasta adultos y jubilados para quienes la arqueología resulta una novedad. En las últimas décadas, hemos gozado de innumerables descubrimien-

tos así como de grandes avances en esta disciplina, como, por ejemplo, Lucy, el esqueleto parcialmente hominino de Hadar, en Etiopía, o las huellas fechadas hace 3,6 millones de años en Laetoli, Tanzania; el espectacular arte rupestre de la cueva de Chauvet, en Francia; el cabo Gelidonya y los naufragios de Uluburun, en la costa suroeste de Turquía, con sus cargamentos de productos manufacturados en los países situados en la cuenca mediterránea en tiempos de la Edad del Bronce; el templo más antiguo del mundo en Göbekli Tepe y las excavaciones recuperadas del yacimiento neolítico de Çatalhöyük, también en Turquía; los guerreros de terracota de China; Ötzi, el Hombre de Hielo, en los Alpes; y el Moche, de Perú. Aquí presento todas estas maravillas, acompañadas de algunos debates sostenidos entre arqueólogos de renombre y algunas de las técnicas utilizadas para excavar en los yacimientos y lograr sacar a la luz semejantes descubrimientos.

En las páginas que siguen, revisaremos la evolución de la arqueología, desde sus inicios hasta que se vio convertida en un estudio sistemático, profesional y científico de los pueblos y las culturas del pasado. Por el camino nos encontraremos con exploradores y arqueólogos de la talla de Howard Carter, Heinrich Schliemann, Mary Leakey, Hiram Bingham, Dorothy Garrod y John Lloyd Stephens. Estos hombres y mujeres, junto con muchos otros, sacaron a la luz restos humanos y civilizaciones perdidas, como las de los hititas, los minoicos, los micénicos, los troyanos, los asirios, los mayas, los incas, los aztecas y los moche. Revisaremos el trabajo realizado a propósito del Viejo Mundo (desde Europa y el Reino Unido hasta Oriente Medio), así como en el Nuevo Mundo (en América del Norte, del Sur y Centroamérica). Estos son, para mí, los arqueólogos y los descubrimientos más fascinantes y, a mi juicio, figuran entre los más importantes para comprender cómo ha evolucionado la arqueología hasta alcanzar la categoría de dis-

ciplina. Asimismo, todo ello me permite mostrar el modo en que esta ha arrojado luz sobre algunas de las civilizaciones y yacimientos antiguos perdidos.[13] El lector observará que en cada capítulo se expone el análisis de algunos emplazamientos y artefactos concretos, así como una sección titulada «El arte de excavar», y que existen ciertos hilos conductores que se van retomando a lo largo del libro, entre los que figura el problema actual de los saqueos a nivel mundial; el trabajo duro y el esfuerzo físico que implica la arqueología; el hecho de que los arqueólogos busquen información en lugar de oro, tesoros u otros botines; y las mejoras tecnológicas, que han permitido localizar nuevos yacimientos e incrementar nuestro conocimiento de otros ya descubiertos hace muchos años.

He querido añadir también detalles prácticos y consejos sobre cómo abordar el trabajo arqueológico, pues frecuentemente me llegan preguntas del estilo: ¿cómo se sabe dónde excavar?; ¿cómo se sabe qué antigüedad tiene algo?; ¿tiene la oportunidad de quedarse con lo que encuentra? Para responder a todos estos interrogantes, he seleccionado una serie de ejemplos tomados de emplazamientos distintos, como el de Ötzi, el Hombre de Hielo, y el de los guerreros de terracota, pero también he extraído datos de mi propio trabajo de campo, desde Creta y Chipre hasta California. Algunos pueden considerarse como muestra de lo que no debe hacerse en una prospección o una excavación, incluyendo la caída desde un pequeño acantilado durante una inspección sobre el terreno en Grecia y, por supuesto, el pensar que había dado con una pata de mono fosilizada en mi primera excavación en Israel. Mis explicaciones se centran, en ocasiones, en una ubicación concreta, como en los trabajos del Oriente Medio, donde usamos piquetas para cavar, mientras que estas casi nunca se emplean en los trabajos realizados en la Costa Este de los Estados Unidos; en estos casos, he procurado advertir siempre que las téc-

nicas descritas podrían ser diferentes en otras partes del mundo. Utilizo también las abreviaturas a. e. c. y e. c. («antes de la era común» y «era común») para las fechas, en lugar del sistema a. C. o d. C., que ta vez resulte más familiar para algunos lectores. Con esta elección no pretendo ofender a nadie, sino ceñirme simplemente a la práctica más común entre los arqueólogos modernos y los artículos arqueológicos.

En conjunto, el material de este libro es fruto de mi actividad docente en la asignatura de Introducción a la Arqueología que imparto en la Universidad George Washington desde 2001, con mis notas y mis conferencias actualizadas y revisadas de año en año, para dar cuenta de los nuevos descubrimientos y las nuevas reflexiones que afectan a viejos hallazgos. Otro profesor u otro autor tendrían un proceder distinto, como es evidente, pero estas páginas son el producto de mi particular amor y pasión por esta disciplina y he considerado que algunas de mis historias y de mis ejemplos preferidos pueden resultar un buen método de ilustración. Espero que estos materiales resulten lo bastante interesantes como para desear proseguir con la lectura de otros volúmenes más especializados sobre yacimientos, períodos y pueblos concretos.

Por lo menos, al finalizar el libro, quienes lo hayan leído entero sabrán mucho más sobre algunos yacimientos y arqueólogos famosos; sabrán que no es necesario recurrir a los alienígenas; y dispondrán de una información más veraz acerca de lo que implica la práctica arqueológica. Abrigo además la esperanza de que se perciba la razón por la cual es importante la arqueología y por qué debe preocuparnos preservar el pasado para las generaciones venideras, porque esta disciplina no se limita a transmitir datos sobre el pasado sino que también conecta a nuestra sociedad con otra muestra más amplia de lo que fue la experiencia humana y enriquece así nuestra comprensión tanto del presente co-

mo del futuro. Dicho de otro modo, la historia de la arqueología es al tiempo la suma de las historias de muchos descubrimientos en todo el planeta (e incluso desde el espacio), en los que historia y personas se hallan vinculados en un único anhelo: el deseo de comprender la historia del ser humano, desde su pasado más profundo hasta el surgimiento (y el derrumbe) de sus civilizaciones. Tomados en su conjunto, constituyen lo que es nuestra historia.

Prólogo
«Cosas maravillosas»: el rey Tutankhamón y su tumba

Máscara funeraria de oro del rey Tutankhamón.

El 26 de noviembre de 1922, Howard Carter escudriñaba el interior de la tumba de Tutankhamón por primera vez. Miraba a través de una pequeña abertura que había practicado, tratando de alcanzar el interior; la única luz provenía de una vela que sostenía con la mano extendida. Estaba contemplando una sala atestada desde el suelo hasta el techo, repleta de objetos, algunos de ellos de oro; el brillo refulgía por todas partes. El conde de Carnarvon, que se había hecho cargo del costo de la excavación, tiraba de la mochila de Carter y saltaba con impaciencia. «¿Qué ve? ¿Qué ve?», preguntaba. Carter respondió: «Veo cosas maravillosas».[1]

En aquel momento, Carter y su mecenas llevaban cinco años de búsqueda sin haber dado aún con la tumba de Tutankhamón. Al final, la hallaron justo debajo del lugar en que habían instalado el campamento durante sus temporadas de trabajo, en el Valle de los Reyes, al otro lado del río Nilo, frente a la actual Luxor. No

sabían que se encontraba en aquel lugar, en parte porque había quedado cubierta por una capa de rocas que habían sido arrojadas por los trabajadores durante la construcción de la tumba de Ramsés VI, dos siglos más tarde.

Carter tuvo que dedicar diez años a las tareas de excavación de la tumba. Los objetos fueron trasladados al Museo Egipcio de El Cairo, donde continúan expuestos hoy en día. Carnarvon, sin embargo, no vivió para disfrutar de aquel triunfo, puesto que falleció a principios de abril de 1923, al poco de abrirse la tumba. Su muerte fue accidental: una septicemia provocada por un corte al afeitarse sobre una picadura de mosquito. Tal suceso hizo correr enseguida el rumor de que la tumba estaba maldita y que quienes habían asistido a su apertura, morían; una noticia de la que los medios se hicieron eco ampliamente. Carter vivió otros diecisiete años tras el descubrimiento de la tumba, de modo que parece poco probable que tal historia fuese verídica.[2] En un guiño irónico, la teoría más sólida hoy en día sobre la muerte de Tutankhamón apela también a la picadura de un mosquito portador de la malaria.[3]

Tutankhamón reinó en el período del Reino Nuevo en Egipto, como miembro de la Dinastía XVIII, que comenzó en torno a 1550 a. e. c. y se prolongó hasta poco después de 1300 a. e. c. Algunos de los gobernates más conocidos de Egipto se inscriben en esta misma etapa, Hatshepsut entre ellos, la famosa faraón que ocupó el trono durante veinte años; su hijastro, Tutmosis III, que conquistó buena parte del territorio que hoy ocupan los estados de Israel, el Líbano, Siria y Jordania; Akhenatón, el denominado farón herético al que se atribuye la invención de lo que ahora calificamos de monoteísmo; y su bella esposa, Nefertiti. Es muy probable que estos últimos fueran los padres de Tutankhamón, que, con tan solo ocho años, accedió al trono de Egipto en torno a 1330

a. e. c., para morir inesperadamente diez años después y ser enterrado en el Valle de los Reyes.[4] Su tumba quedó cubierta y olvidada hasta que treinta y cinco siglos después fue hallada de nuevo.

Carter viajó a Egipto por primera vez cuando solo tenía diecisiete años; en 1907 ya era un reputado egiptólogo. No obstante, cuando Carnarvon tuvo el primer contacto con él, el joven malhumorado estaba sin empleo porque, tras un altercado con un grupo de turistas a los que se negó a pedir disculpas, había perdido el puesto de trabajo. De resultas de ello, dedicaba sus días a pintar escenas a la acuarela. Carnarvon, por su parte, pasaba los inviernos en Egipto siguiendo el dictado del médico, que lo alejó de Inglaterra tras el accidente automovilístico que le perforó un pulmón.[5]

Tras diez años de trabajo conjunto en diversos yacimientos, los dos hombres decidieron buscar la tumba de Tutankhamón en el Valle de los Reyes. La mayoría de los faraones de Egipto del Reino Nuevo fueron sepultados en este valle, seco y rocoso, al otro lado del río, frente a la actual Luxor, a partir de 1500 a. e. c. aproximadamente. Buena parte de las tumbas excavadas en la ladera de la colina ya habían sido descubiertas y saqueadas en la Antigüedad, pero algunas continuaban todavía intactas. La de Tutankhamón era una de ellas.

Transucrrieron cinco largos años sin hallazgos reseñables —y Carnarvon empezó a perder tanto el interés como los fondos— hasta que Carter cayó en la cuenta de que había aún un lugar en el valle en el que no habían investigado: el lugar en el que fijaban el campamento año tras año. Iniciaron las labores de excavación el primer día de noviembre de 1922. Tan solo tres días después, a las diez de la mañana del sábado 4 de noviembre, descubrieron el primer escalón que los conduciría a la tumba de Tutankhamón.[6]

Durante el resto de aquel día y todo el día siguiente, Carter se dedicó a descender por los escalones de entrada de la tumba. Al atardecer del 5 de noviembre, el arqueólogo pudo contemplar el sello de la necrópolis real impreso en la puerta de entrada sellada, lo que indicaba que quienquiera que estuviese enterrado allí era alguien importante. El arqueólogo hizo un alto en el trabajo para telegrafiar a Carnarvon, que en aquellos momentos se hallaba en Inglaterra. En su diario, dejó testimonio exacto del contenido del telegrama:

POR FIN DESCUBRIMIENTO MARAVILLOSO EN EL VALLE

UNA TUMBA MAGNÍFICA CON SELLOS INTACTOS

LA HE RECUBIERTO DEJÁNDOLA COMO ESTABA

A LA ESPERA DE SU LLEGADA

FELICIDADES[7]

Lo que calló fue su temor de que la tumba estuviese vacía. Pese a que los sellos de la guardia de la necrópolis en la puerta de entrada estaban intactos, al observar con detalle el acceso supo que había sido abierto y vuelto a cerrar dos veces. Estaba prácticamente seguro de que había sido objeto de robos en la Antigüedad; la incógnita era si quedaría algo para ellos en la tumba.

Carnarvon llegó a la excavación el 23 de noviembre y los trabajadores se pusieron manos a la obra de inmediato. Al día siguiente ya podían confirmar que se trataba de la tumba de Tutankhamón, pues bajo los sellos de la necrópolis real lucían otros con su nombre.

Al abrir finalmente la pesada puerta de piedra, el 25 de noviembre, se dieron de bruces con un pasillo de casi diez metros que alguien había colmado de tierra, piedras, mortero y toda clase de escombros. Las labores del día siguiente consistieron exclusivamente en la limpieza de interminables desechos, que los trabajadores fueron apilando en el exterior, a la entrada de la tum-

ba. A las dos de la tarde, llegaron a una segunda puerta, también sellada, que conducía al interior de la sala que hoy denominamos «la antecámara».[8]

En aquel momento, aún ignoraban si habían dado con el hallazgo del siglo o si se encontrarían en una sala vacía, saqueada por los ladrones de tumbas de la Antigüedad. Lo que sí sabían, con absoluta certidumbre, era que Carter había dado en el clavo y que la tumba había sufrido ya dos asaltos. Al parecer, el primero se produjo tras el entierro, cuando el pasillo de entrada estaba aún vacío, salvo por las vasijas que contenían el material de embalsamamiento que se había almacenado allí. El segundo robo tuvo lugar con el pasillo ya colmado de fragmentos de rocas blancas. Los ladrones habían abierto un túnel siguiendo el filo izquierdo superior, que Carter y Carnarvon distinguieron sin dificultad durante el proceso de extracción de los escombros, puesto que había sido rellenado de nuevo, pero esta vez con pedernal oscuro y sílex.[9]

Observando a través del pequeño orificio practicado en la segunda puerta, Carter contempló con alivio que la antecámara continuaba repleta de objetos. Más tarde escribió:

> Al principio no podía ver nada. El aire caliente que emergía de la cámara hacía vacilar la llama de la vela, pero al poco tiempo, cuando mis ojos se hubieron aclimatado a la luz, empezaron a perfilarse algunos detalles de la sala, lentamente, tras un velo neblinoso: animales extraños, estatuas y oro, el brillo del oro refulgía por todas partes. Por un instante —que a mis acompañantes debió de parecerles una eternidad— permanecí absorto, presa del asombro, y cuando lord Carnarvon, incapaz de soportar la incertidumbre por más tiempo, me preguntó ansioso «¿Puede ver algo?», yo no logré articular más palabras que: «Sí, cosas maravillosas».[10]

Carter, en la entrada de su diario fechada a 26 de noviembre, relató lo sucedido a continuación en una crónica que parece tomada de una película de Hollywood, aunque en este caso no se trataba de una fantasía, sino de la auténtica realidad. Tras agrandar el hueco, tanto él como Carnarvon pudieran mirar a la vez,

escudriñaron el interior de la sala a la luz de una linterna y otra vela; lo que vieron los dejó atónitos. Se trataba de una «colección de tesoros maravillosos», según sus propias palabras: «Dos extrañas estatuas de ébano negro, representando a un rey, con sandalias de oro, portando bastón y cetro, se perfilaban desde la oscura profundidad; sillones dorados de formas extrañas, terminados en cabeza de león, cabeza de Hator, y bestias infernales; ... jarrones de alabastro, algunos objetos de hermosa factura, en forma de loto y papiro; extrañas capillas negras con una monstruosa serpiente dorada que surge del interior; ... sillas elegantemente talladas; un trono con incrustaciones de oro; ... taburetes de todas las formas y diseños, de materiales comunes y raros; y, por último, un batiburrillo de fragmentos de carro volcados y brillantes por el oro, de entre cuyos restos acechaba un maniquí».[11]

Carter cierra su descripción como si aún se hallase en trance, con una sencilla declaración: «Tapamos el hueco, cerramos la rejilla de madera que había sido colocada en la puerta de entrada, montamos en nuestros burros y regresamos a casa pensando en lo que habíamos visto».[12] Cuesta imaginar cómo se sintieron en esos momentos iniciales de descubrimiento Carter y Carnarvon, sobre todo después de tantos años de búsqueda y decepciones, pero sus sueños se habían cumplido más allá de lo imaginable.

Más tarde, mientras Carter y su equipo extraían el contenido de esta primera sala, dieron con los restos de una bufanda anudada, en la cual había ocho anillos de oro macizo. Carter sugirió que un grupo de ladrones de tumbas debió de haber sido descubierto y que alguien, ya fueran los intrusos o las propias las autoridades, había abandonado allí la bufanda, sin más, en el interior de una caja junto con los anillos.[13]

Un segundo grupo de asaltantes había saqueado las salas adjuntas, entre ellas la que hoy conocemos como el anexo y otra que suele denominarse la sala del tesoro. Aun cuando se hallaban

en mejores condiciones que la antecámara, Carter estimó que los ladrones se marcharon de allí con casi el 60 % de las joyas que una vez hubo en aquel tesoro.

Pese a todo, la cantidad de objetos apilados en aquellos cuartos era tal que Carter precisó casi tres meses para catalogarlos y retirarlos. Por fin, a mediados de febrero de 1923, pudo penetrar en la cámara funeraria. En la entrada de su diario fechada a 15 de febrero dice sencillamente: «Preparativos completos para abrir la puerta sellada de la cámara funeraria». El día 16, consigna: «Puerta de entrada abierta», y elaboró una lista con las personas que habían estado ahí con él aquel día.[14]

Los presentes fueron testigos de lo que el *New York Times* calificó como «el día más extraordinario de la historia de las excavaciones egipcias». A continuación, Carter y otros colegas describieron con todo detalle las enormes capillas doradas que rodeaban el ataúd del rey y los innumerables objetos amontonados por todas partes en la cámara funeraria.

En los meses venideros se sucederían otros muchos episodios, disputas legales incluidas, de tal modo que habrían de transcurrir casi dos años hasta que, en octubre de 1925, Carter pudiera contemplar la momia de Tutankhamón. Allí estaba, sepultado en el interior de tres ataúdes, uno dentro del otro. Los dos primeros eran de madera, cubierta con láminas de oro, pero el último pesaba algo más de cien kilos, puesto que estaba hecho de oro macizo. Tutankhamón seguía aún recostado en el ataúd, con la máscara funeraria de oro con incrustaciones de lapislázuli y vidrio azul intacta, y con una gruesa capa de betún que le cubría el cuerpo y las piernas allí donde la máscara las dejaba al descubierto.[15]

Tras vanos intentos por extraer la momia del sarcófago, entre ellos el encendido de un fuego por debajo de la urna, Carter decidió examinar la momia *in situ*. Las comedidas notas que escribió en su diario el día 11 de noviembre de 1925 nos dan una idea de

cómo debió de sentirse en aquel momento: «Hoy es un gran día para la historia de la arqueología. Podría decirse incluso que para la historia de los descubrimientos arqueológicos; y sobre todo el día cumbre para quien lleva años de esfuerzo, excavando, conservando y tomando notas, y ha logrado ver en la realidad lo que antes fueran tan solo conjeturas».[16] Carter y sus ayudantes tardaron nueve días en desenvolver con el mayor esmero la momia y proceder a su estudio, además de elaborar un registro de cuantos objetos había entre las vendas.

Howard Carter y un ayudante examinan la tumba del rey Tutankhamón.

Por el esqueleto se supo, sin lugar a dudas, que Tutankhamón aún era joven en la fecha de su muerte; probablemente contaba entre dieciocho y veintidós años de edad. En los últimos años, la momia ha sido objeto de numerosos estudios que han dado como resultado nuevas teorías acerca del cómo y el por qué murió Tutankhamón siendo aún tan joven. En casi todos ellos se ha re-

currido a las tecnologías más recientes, que han servido para arrojar más luz sobre algunos aspectos relativos a la figura del joven faraón, tanto en lo tocante a su vida como a su muerte.

En 2005, Zahi Hawass, el ex secretario general del Consejo Superior de Antigüedades, dirigió una investigación usando la técnica de la tomografía axial computarizada (TAC) sobre la momia, que apunta a una fractura compleja de los huesos de una de las piernas de Tutankhamón.[17] Esto pudo haber provocado una infección y, en último término, la muerte. De ser así, cabe la posibilidad de que cayera del carro y la muerte fuese accidental, si bien no falta quien postula el asesinato.[18]

En aquel mismo año, se encargó a tres grupos independientes de antropólogos forenses que reconstruyeran los rasgos faciales de dicho faraón.[19] El equipo formado por franceses consideró que estos eran notablemente afeminados; el egipcio se decantó por una versión más tosca; y el estadounidense, que ignoraba a quién correspondía la cabeza objeto de análisis, dio con otra interpretación.

Más recientemente, en 2014, se practicó otro estudio también con tecnología tomográfica que propició un debate entre los académicos y en los medios de comunicación. Los participantes generaron una autopsia virtual a partir de dos mil escaneos. De ahí concluyeron que Tutankhamón se veía aquejado por una diversidad de dolencias físicas —dientes de conejo y un pie deforme—, así como por varios desórdenes genéticos.[20] Sugirieron asimismo que había padecido malaria, cosa que bien pudiera haber sido la causa de su muerte, en lugar de la pierna rota que se había propuesto antes.

Las pruebas de ADN realizadas sobre la momia en el año 2010 han suministrado también información acerca de los padres y los abuelos. El grueso de los estudiosos consideraba que el faraón Akhenatón era el padre de Tutankhamón, pese a que ambos ja-

más aparecen juntos en las antiguas inscripciones. Los últimos estudios genéticos indican que la conjetura probablemente sea correcta, si bien no queda claro quién fue la madre, entre las que se podría contar a Nefertiti.[21] Es posible que con los avances tecnológicos podamos, finalmente, confirmar su linaje más allá de cualquier duda.

No son pocos los misterios que envuelven aún al rey Tutankhamón y su tumba. El egiptólogo Nicholas Reeves y otros han señalado que buena parte de los objetos enterrados con él, en origen, parecían haber sido pensados para otra persona, porque contienen indicios de otros nombres de la realeza. Entre estos bienes podría contarse incluso la famosa máscara funeraria, y podríamos conjeturar que su repentina muerte a una edad tan temprana fue el motivo de que lo enterrasen con el ajuar funerario previsto para otro, incluso en una tumba que en un principio no estaba pensada para él.[22]

La teoría de Reeves ocupó los titulares en 2015, después de que una empresa con sede en Madrid llamada Factum Arte, especializada en réplicas de arte, publicase en internet fotografías de alta definición de las pinturas del interior de la tumba del faraón, como parte de un proyecto que pretendía generar una réplica para los turistas.[23] Las paredes originales de la tumba estaban sufriendo un deterorio a consecuencia de los visitantes modernos, tanto por razones no intencionadas —la humedad del aliento— como por los grafitos raspados en las paredes, en este caso de forma totalmente voluntaria, del mismo modo que en las cuevas del Paleolítico, en Altamira, o en Lascaux y Chauvet en Francia, como tendremos ocasión de comprobar en capítulos posteriores.[24] La empresa de arte había escaneado también la superficie de las paredes que soportaban las escenas decoradas y las había publicado.

Nicholas Reeves echó un vistazo a los escaneos y, al igual que Howard Carter hacía casi un siglo, pensó que allí se veían «cosas maravillosas». Reeves creyó atisbar los contornos de dos puertas escondidas tras las pinturas en las paredes norte y oeste de la cámara funeraria. Esto le hizo pensar que tal vez aún quedasen otras salas por descubir, entre ellas toda una sección de la tumba que quizá contuviera el cuerpo de Nefertiti.[25]

Las autoridades egipcias no se demoraron en poner a prueba la hipótesis de Reeves. Solicitaron al especialista japonés Hirokatsu Watanabe que escanease las áreas anteriores a ambas paredes dentro de la cámara funeraria, usando el sistema de georradar de penetración terrestre (GPR). El GPR funciona como un radar tradicional pero puede emplearse para identificar objetos ocultos bajo el suelo o tras un muro. A principios de 2016, los primeros resultados obtenidos fueron positivos en ambas ubicaciones. Parecía haber una cámara adicional detrás de cada pared con objetos metálicos y orgánicos en su interior. Una segunda serie de escaneos, sin embargo, llevado a cabo en marzo de 2016 por el equipo de la National Geographic Society, «no logró dar con aquellas mismas características», lo que ponía en tela de juicio los resultados previos.[26] Esta situación es representativa del hecho de que incluso las mejores pruebas de detección remota necesitan de una confirmación sobre el terreno, en la excavación, como también tendremos ocasión de comprobar en un capítulo posterior dedicado a otros ejemplos en otras partes del mundo. Actualmente, continuamos a la espera de obtener más resultados así como de una publicación especializada.

La historia del descubrimiento de Tutankhamón sigue aún viva, casi un siglo después del hallazgo. Este el mejor ejemplo de cuantos poseemos para ilustrar el atractivo y la fascinación que suscita la arqueología, además de ofrecer una muestra de las sorpresas que podemos encontrar por el camino. La experiencia me

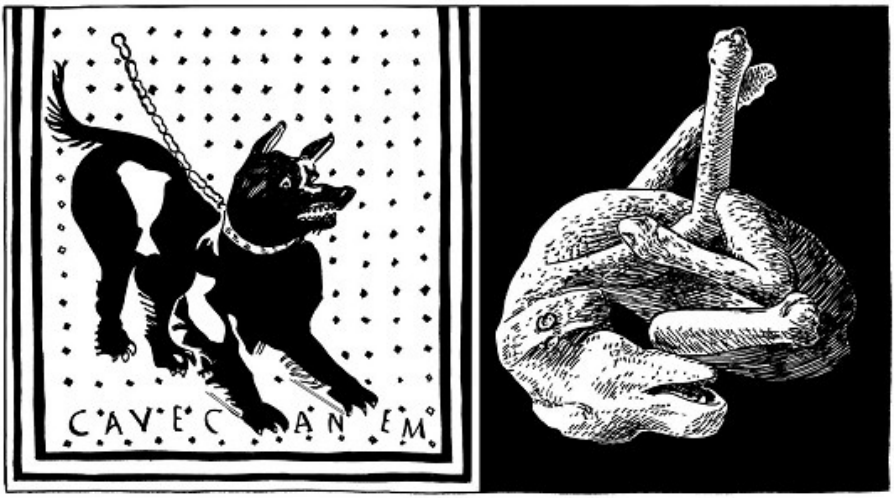
ha enseñado que la arqueología nos reserva un número insospechado de sorpresas, mundanas y grandiosas, y que los avances científicos y tecnológicos contribuyen a poder realizar estos descubrimientos, como veremos más adelante.

Primera parte

LOS COMIENZOS DE LA ARQUEOLOGÍA Y LOS PRIMEROS ARQUEÓLOGOS

1

Polvo al polvo en la Italia antigua



Mosaico de Cave Canem más un perro de yeso de París.

En 1752, exactamente 170 años antes de que Carter descubriera la tumba del rey Tutankhamón en Egipto, un grupo de arqueólogos italianos dio con trescientos rollos de papiro antiguos. Los pergaminos se hallaban en los restos de una villa objeto de excavación en las ruinas de un pueblo llamado Herculano —en las proximidades del monte Vesubio y el Nápoles actual—, que quedó enterrado tras la erupción del 24 de agosto de 79 e. c. Los rollos habían formado parte de una biblioteca romana privada, que el dueño tenía en su casa, y que hoy se conoce como «la villa de los Papiros»; probablemente, la vivienda había sido propiedad del suegro de Julio César. Aunque las labores de excavación se realizaron hace más de doscientos cincuenta años, los pergaminos, aún intactos, se salvaron, si bien se encontraban totalmente carbonizados y en un estado demasiado frágil como para desenrollarlos.[1]

Durante siglos se creyó que aquellos pergaminos pasarían a la historia como meras curiosidades, trozos de madera carbonizada. Sin embargo, desde 2009 los papirólogos (especialistas en el estudio de estos rollos y otros restos de papiro) han logrado descifrar parte de lo escrito en ellos, aun sin abrirlos.[2] Por medio de una tomografía de fase de contraste de rayos X, han sido capaces de reconocer algunas letras sueltas gracias al contraste entre el papiro carbonizado y la tinta antigua, aunque esta también tenga una base de carbono.[3] Estos especialistas cuentan con la ventaja de que la tinta también parece contener pequeñas cantidades de plomo, que sí puede detectarse.[4] Si las técnicas continúan mejorando, tal vez un día logremos leer el contenido de todos los rollos recuperados, lo cual sería maravilloso, puesto que bien podrían contener elementos como los libros perdidos de la *Historia de Roma* de Tito Livio, ya que pertenecían a la biblioteca privada de un propietario adinerado.[5]

Las ruinas de la vecina ciudad de Pompeya ya habían sido descubiertas en 1594, hacía 150 años. Unos trabajadores ocupados en cavar una acequia de riego dieron por accidente con parte de las antiguas ruinas, que luego procedieron a cubrir sin más pesquisas.

Otro tanto ocurrió con la primera aparición de Herculano, en 1709. Para situarnos en contexto, en aquel momento Benjamin Franklin tenía tan solo tres años; las colonias estadounidenses eran doce, no trece (Georgia no se estableció hasta 1732); la reina Ana ocupaba el trono de Gran Bretaña, la entidad nacional recién creada en virtud de la ley parlamentaria de 1707 que unía Inglaterra, el país de Gales y Escocia; y el capitán Cook aún tardaría sesenta años aproximadamente en poner pie en Australia.

Estas excavaciones arqueológicas fueron las primeras en Europa y, a decir verdad, en el mundo entero. Habitualmente, el mérito de ello se otorga a un hombre llamado Emmanuel Maurice de

Lorraine, duque de Elbeuf. Este vivía en Italia, cerca de Nápoles, y fue el responsable de los primeros esfuerzos para abrir un túnel en el terreno de Herculano, tras haber adquirido la parcela precisamente porque allí habían aparecido fragmentos de mármol antiguo.[6]

Por azar, los trabajadores de Lorraine acertaron a cavar justo donde se ocultaba el antiguo teatro romano de Herculano y lograron sacar a la luz diversas estatuas de mármol que, en su mayoría, sirvieron para decorar la finca del duque; otras se distribuyeron por otros lugares de Europa, entre ellos algunos museos. No fue precisamente lo que hoy calificaríamos como una buena práctica arqueológica, sino algo más próximo a un saqueo en el que no se guardaba ningún registro y el único objetivo consistía en recuperar hermosas piezas de la Antigüedad, en lugar de perseguir el conocimiento del marco en que fueron halladas. Las excavaciones de Herculano se iniciaron, propiamente, unas décadas más tarde y, al poco, se emprendieron los trabajos en la vecina Pompeya. Estos dos yacimientos representan el hito inicial de lo que hoy denominamos arqueología del Viejo Mundo o, siendo más precisos, arqueología clásica (es decir, el estudio de la Antigüedad grecorromana). En gran medida, la metodología aplicada al proceso arqueológico se debe a los esfuerzos de Johann Joachim Winckelmann, a quien se considera comúnmente como el padre de la arqueología clásica y que fue el primero en entregarse al estudio de los artefactos procedentes de Herculano y Pompeya.[7]

La evolución de la arqueología en tanto que disciplina se produjo a lo largo del resto del siglo XVIII y durante el XIX. Probablemente deberíamos señalar que el trabajo de Winckelmann se integraba en la era de la Ilustración, cuyo inicio coincidió con el de las excavaciones más tempranas en Herculano y se expandió por gran parte del territorio europeo en aquellos años. No debe sor-

prendernos este interés, repentino pero sostenido, hacia la arqueología y la Antigüedad si lo enmarcamos en un contexto en el que las ciencias experimentaron un notable avance, aumentó la presencia de museos nacionales y colecciones privadas y surgió la corriente del darwinismo y del darwinismo social así como los movimientos de conquista y colonización por parte de Europa sobre gran parte del resto del planeta.

Hoy sabemos que tras la erupción del monte Vesubio en 79 e. c. un buen número de ciudades antiguas quedaron arrasadas y enterradas, entre ellas Herculano, Pompeya y Estabia. Más de dos mil personas perecieron solo en Pompeya y aún más perdieron la vida en Herculano y otras ciudades del entorno.[8] Algunas de estas poblaciones eran zonas residenciales de lujo situadas en la bahía de Nápoles, donde numerosos romanos acaudalados habían instalado sus segundas residencias de fin de semana y vacaciones de verano, en una tendencia no muy distinta a la actual, puesto que la región continúa siendo uno de los típicos destinos turísticos.

Sabemos que la erupción del Vesubio fue presenciada por testigos oculares; uno de ellos fue un joven de diecisiete años llamado Plinio el Joven, sobrino (e hijo adoptivo) del famoso naturalista Plinio el Viejo. Este joven describió la masacre en dos epístolas, que mandó al historiador Tácito en respuesta a sus preguntas.

Plinio relataba que desde la vecina ciudad de Miseno se observaban nubes oscuras, relámpagos, llamas y polvo, mucho polvo. Hablaba de una oscuridad absoluta, propia de una habitación ciega donde las luces están apagadas. Refirió haber oído a mujeres y niños que lloraban y a hombres que gritaban. Pronto amainó el griterío —proseguía el autor latino—, pero solo porque el fuego ya se extendía veloz y envolvía la ciudad. Entonces la oscuridad se impuso de nuevo, acompañada de una incesante lluvia

de cenizas ardientes. De no haberse sacudido constantemente las cenizas, tanto él como sus compañeros habrían quedado aplastados.[9]

El monte Vesubio visto a través del arco de Pompeya.

Todo aquello sucedió en un momento importante e interesante de la historia de Roma. Tan solo un siglo antes se había iniciado el paso de la república al imperio, con el asesinato de Julio César en 44 a. e. c. y la maniobra de Augusto para erigirse en emperador único de Roma, en 27 a. e. c., inaugurando así la dinastía Julio-Claudia. Cuando el monte Vesubio hizo erupción, era Tito, de la dinastía Flavia, quien ocupaba el trono.

Las excavaciones comenzaron en Pompeya en 1750, casi simultáneamente al descubrimiento de los pergaminos carbonizados en Herculano. También allí se había detenido el tiempo aquella mañana de finales de agosto del año 79 e. c., con la mesa puesta, la vajilla intacta y una comida que jamás llegaría a hacer las deli-

cias de nadie. Las calles de aquella población también estaban cubiertas de cadáveres: algunos eran familias enteras en busca de refugio, otras personas yacían solas, con las joyas aún prietas en el puño.

Pompeya quedó asolada por una catástrofe que, literalmente, paralizó la ciudad y a sus ciudadanos. La ceniza y la piedra pómez se mezclaban con la lluvia y formaban una argamasa de cemento que fraguó rápidamente y se resistió a los intentos de los supervivientes que intentaban regresar y recuperar sus pertenencias; decenas de cuerpos quedaron sepultados así como la ciudad y cuanto en ella se encontraba. Con el tiempo, los materiales perecederos —desde la madera y el pan hasta las partes del cuerpo —, iniciaron un lento proceso de deterioro. Empezaron a formarse cavidades huecas, todas ellas con la forma del objeto o cuerpo que había albergado.

En 1863, Giuseppe Fiorelli, el arqueólogo italiano al cargo entonces de las excavaciones pompeyanas, imaginó el origen de aquellas cavidades. Tuvo la feliz idea de que los miembros de su equipo trabajasen como si fueran escultores, recurriendo a la técnica de la cera perdida, y que tratasen los huecos como si fuesen moldes para hacer estatuas de bronce.[10]

Así, cada vez que el equipo daba con una cavidad, Fiorelli mandaba rellenarla con yeso. Al retirar las cenizas que recubrían la pieza, quedaba un duplicado exacto del contenido previo. Se logró recuperar innumerables restos de cuerpos humanos, incluidas familias enteras arrebujadas unas contra otras, así como buena parte de otros materiales orgánicos, como mesas de madera y otro mobiliario, e incluso algunos panes y alguna mascota, entre ellas un perro aún encadenado allí donde su dueño lo dejara.[11] Fue hallado del revés, con el cuerpo contorsionado, con la impresión del collar perfectamente visible en el molde de yeso. El método de Fiorelli resultaba muy útil para los panes y los objetos de

madera, pero presentaba un terrible defecto en los cuerpos humanos, puesto que los moldes de yeso impedían ver los huesos, atrapados ahora en el interior del yeso, y otros elementos que habían permanecido en la cavidad tras la desintegración del cuerpo.

Podría haberse recurrido a un material transparente, como la resina, pero se trata de un proceso mucho más costoso que solo se ha empleado con una de las víctimas del Vesubio, en 1984. Es la denominada Señora de la Resina, que aún luce sus joyas de oro y su horquilla.[12]

Los arqueólogos también se dieron cuenta de que podían estudiar los yesos, con los huesos y otros materiales que los trabajadores de Fiorelli habían conservado sin pretenderlo. En septiembre de 2015, un equipo en el que participaban especialistas en radiología, arqueólogos y antropólogos comenzó a trabajar en las imágenes mediante el uso del láser, las tomografías computarizadas y los muestreos de ADN de los restos ocultos bajo el yeso. La tomografía computarizada reveló algunos detalles sorprendentes, como el caso del niño de cuatro años que fue hallado junto a sus padres y un hermano menor. En la imagen puede apreciarse lo asustado que debió de sentirse justo antes de morir, aunque no podemos determinar con certeza la causa de la muerte. Los escáneres también muestran que buena parte de las víctimas había sufrido lesiones en la cabeza, tal vez por la caída de algunos edificios o por el impacto de rocas, y que había personas de todas las edades, no solo niños, ancianos y enfermos que habitaban en la ciudad, como se había supuesto al principio.[13]

Herculano, por el contrario, quedó enterrado bajo un muro de barro de casi diez metros de altura que envolvió la ciudad rápidamente y la cubrió por entero; es lo que los geólogos denominan

un *lahar*, un fenómeno que ha tenido lugar recientemente en erupciones volcánicas como la de 1985 en Colombia o la de 1991 en Filipinas.[14]

La corriente de lodo preservó extensas zonas de Herculano, lo cual permitió a los arqueólogos recuperarlo tal como fuera en 79 e. c. Algunas de las casas conservan aún el segundo piso, algo insólito en las excavaciones arqueológicas, y muchas de las pinturas y los azulejos decorados todavía se encuentran en las paredes. Se han llegado a recuperar incluso objetos de madera, entre ellos algunas vigas del techo, puertas, camas y una cuna.[15]

Llegó a darse por hecho que los habitantes de Herculano pudieron huir de la ciudad, pero en 1981 y en excavaciones realizadas posteriormente durante la década de 1990 se recuperaron al menos trescientos cuerpos en lo que a juicio de los arqueólogos debieron de ser embarcaderos de la costa. Probablemente se trataba de gente que aguardaba para ser evacuada y que falleció de forma instantánea cuando el aire sobrecalentado de la erupción (cerca de 500 ºC) atravesó aquel lugar. El calor y las cenizas los asaron vivos, les quemaron la piel y los órganos internos; tan solo quedaron los esqueletos, petrificados en posturas agónicas.[16]

Buena parte de las casas de Pompeya también se preservó a consecuencia de la erupción, como sucediera con las de Herculano, pero en este caso sobre ellas pesaban metros de cenizas y piedra pómez. A una de ellas se la conoce como «la casa del Fauno», por la estatua de bronce que hay en el *impluvium* (estanque utilizado para recoger el agua de la lluvia de los patios interiores en algunas casas romanas). La figura presenta la forma de un fauno: una criatura con aspecto de sátiro, cuernos y cola, que por lo general aparece tocando la flauta doble.

Esta villa estaba dotada de un asombroso jardín, lleno de árboles y plantas. La erupción enterró numerosos de estos jardines privados, tanto en Pompeya como en Herculano. Cuando, en 1961,

arqueólogos profesionales, como Wilhelmina Jashemski, profesora de la Universidad de Maryland, iniciaron las minuciosas labores de excavación en las áreas específicas donde en otro tiempo se hallaron estos jardines, dieron con lo que se conoce como cavidades de raíz de las plantas que en otro tiempo estuvieron allí. Al rastrear las raíces de las diferentes plantas, cada una con una cavidad propia y distintiva, lograron reconstruir lo que hubo allí y, al menos en uno de los casos, incluso el trazado de un viñedo entero.[17]

Después de tres siglos de excavación casi ininterrumpida, los arqueólogos han sacado a la luz una cantidad nada desdeñable de lo que fuera la Pompeya antigua, si bien queda aún mucho por rescatar. El trazado de la ciudad está ahora lo suficientemente claro, hasta el punto de que podemos afirmar en qué áreas vivían los habitantes prósperos, dónde los de clase media o incluso los de un estrato inferior.[18] Hoy en día, los turistas pueden contemplar los diversos barrios de la ciudad y sus edificios: los baños, las tenerías, algunas tiendas y viviendas. En 2014, por ejemplo, el Dr. Steven Ellis y un equipo de arqueólogos de la Universidad de Cincinnati que excavaban en las inmediaciones de la puerta Estabiana, una de las entradas principales de la urbe, anunciaron que habían dado con diez edificios donde había veinte tiendas en las que se vendía o servía comida y bebida. Se trata de una disposición típica de Pompeya, donde las casas particulares tenían tiendas instaladas en las calles laterales.[19]

Así pues, ¿qué comían y bebían los habitantes de Pompeya? Podemos encontrar la respuesta a partir de diversos ejemplos y lugares que, tras un análisis detenido, arrojarán resultados dotados de una coherencia razonable. Ellis y su equipo excavaron varios desagües, letrinas y fosas sépticas. La idea de excavar en estos lugares tal vez resulte repugnante, pero indudablemente son depositarios de un material en ocasiones más valioso para los ar-

queólogos que el oro, en la medida en que permite reconstruir la vida de unos habitantes de hace dos milenios. En las épocas previas a la recogida de basuras, era habitual arrojar los desechos de la urbe a las letrinas, donde han permanecido a la espera de ser hallados por los arqueólogos.

Tal es exactamente el caso de Pompeya, puesto que fue en estas zonas donde Ellis y su equipo rescataron los restos de «grano, fruta, nueces, aceitunas, lentejas, pescado local y huevos de gallina, así como pequeñas porciones de las carnes y pescados salados más caros de la península Ibérica». En el desagüe de una propiedad más céntrica, que tal vez perteneció a otro propietario aún más acaudalado, se encontraron restos de «mariscos, erizos de mar e incluso *delicatessen*, entre ellas una pata de jirafa».[20] De ahí podemos deducir no solo el tipo de alimentos propios de los pompeyanos en aquel entonces, sino que confirmamos además el hecho, nada sorprendente por otra parte, de que a diferente clase social, diferente alimentación.

El equipo de arqueólogos de Ellis, de la Universidad de Cincinnati, introdujo además algunas novedades metodológicas en las excavaciones realizadas en Pompeya. En 2010, estos profesionales se contaron entre los primeros, si es que no lo fueron, en usar iPad para los trabajos arqueológicos; registraban los datos, tomaban fotografías, usaban aplicaciones (ya fuera en su versión de mercado o modificadas) y, por último, colgaban la información en internet, de modo que resultase accesible en Cincinnati sin haber tenido ellos que abandonar el terreno de las excavaciones.[21] Es curioso, por tanto, que en numerosas excavaciones aún hoy en día se estén consignando los datos en formularios de papel, a veces incluso por triplicado, y se continúe dependiendo de las fotocopiadoras Xerox para crear copias y distribuir la información, una vez finalizada la temporada de excavación.

Una calle de Pompeya.

En algunas de las casas más prósperas de Pompeya se conservan mosaicos de suelo, como es el caso, por ejemplo, de la casa del Fauno, que exhibe la famosa escena de Alejandro Magno combatiendo al rey persa Darío III en 333 o 331 a. e. c. La casa del Poeta Trágico, por su parte, luce otro mosaico de suelo en la entrada en el que está representado un perro blanco y negro (de dudosa raza), con un collar rojo. Bajo las patas del perro se lee CAVE CANEM, la consabida advertencia de «cuidado con el perro», en su versión latina.

En otras villas, las pinturas se han conservado en las paredes. En la villa de los Misterios hay una pequeña sala, posiblemente un comedor, cuyas cuatro paredes muestran escenas que, a juicio de los expertos, representan los misterios de Dionisio, incluido el rito iniciático de una joven al culto religioso.[22] Otras nos muestran escenas de bailarines, retratos familiares y pinturas donde aparecen frutas y otros objetos. En cierto modo, no hay tanta diferencia con las fotografías y los cuadros que colgamos en las paredes de nuestras casas hoy en día.

En las fachadas exteriores de estas villas observamos también algunos anuncios y propaganda de campañas electorales: las redes sociales de hace dos mil años.[23] Los anuncios se ubicaban en los muros exteriores para que los transeúntes y clientes de otras tiendas pudieran verlos. Uno de los que se conservan anuncia un certamen de gladiadores que tendría lugar entre el 8 y el 12 de abril, aunque no sabemos a ciencia cierta de qué año. Otro mensaje indica los días de mercado al aire libre en cada una de las ciudades, que al parecer se sucedían en este orden: desde el sábado en Pompeya, hasta el viernes en Roma, con paradas intermedias en las ciudades de Nuceria, Atella, Nola, Cumas y Puteoli.

También hay un cartel en la fachada de una taberna, como los que hoy se exhiben en las puertas de los bares. Se trata de una carta de bebidas, con sus respectivos precios. Se lee: «Aquí se puede tomar una copa por un *as* [moneda de poco valor], una mejor por dos, y un falerno por cuatro». Otro anuncio advierte del robo de una alcancía de cobre y ofrece una recompensa a quien la recupere o dé noticia de quién la ha sustraído.

Abundaba también la propaganda política. Uno de los más interesantes reza como sigue: «Te pido que elijas a Marco Cerrinio Vatia para el cargo de edil. Todos los bebedores nocturnos lo apoyamos». Otro, al parecer del mismo autor, declara: «Los chorizos apoyan a Vatia para el cargo de edil». Jamás sabremos si ganó o no.

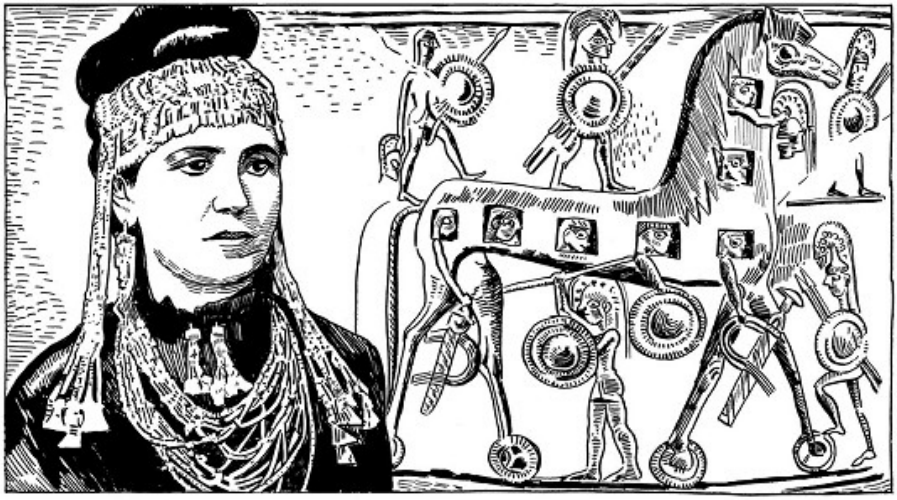
Pompeya y Herculano no solo fueron los primeros yacimientos que se excavaron en el mundo; aún hoy son objeto de investigaciones, después de trescientos años. En consecuencia, si estudiamos los trabajos llevados a cabo en estos emplazamientos, podríamos seguir la evolución y el progreso en las técnicas de excavación y registro arqueológico en este lapso temporal. Desde los rudimentarios esfuerzos iniciales que iban poco más allá del saqueo y el uso del yeso para reconstruir los cadáveres y muebles

de madera descompuestos hasta las sofisticadas técnicas actuales —como la tomografía computarizada, los rayos X, las imágenes con láser, el análisis de ADN o los procesos de grabación y documentación *in situ* gracias a los iPad y el almacenamiento de la información en la nube—, las excavaciones en Pompeya y Herculano son testimonio del largo camino recorrido por la arqueología en estos últimos tres siglos.

Por otra parte, las labores de conservación y preservación han convertido estos yacimientos en destinos turísticos, lo cual permite que todos los visitantes, sin necesidad de ser expertos en materia de arqueología, puedan vislumbrar un mundo que existió hace dos mil años y puedan tomar conciencia de que, en ciertos aspectos, guarda con nuestro mundo más similitudes que diferencias. Quizá hoy dispongamos de una tecnología más avanzada —como la de los iPad, los teléfonos móviles y el servicio de wifi—, pero las casas de esta región de Italia no son tan diferentes de las antiguas, y la comida es básicamente la misma. Se depende en una medida muy similar de los funcionarios electos, se compra en tiendas aprovisionadas de los artículos necesarios, se bebe en bares y tabernas y las frustraciones por robos y hurtos continúan sucediéndose. La gente tiene el mismo tipo de mascotas, sigue luciendo sus joyas, come en platos y emplea utensilios similares a los de sus predecesores. Pese a que la lengua de pavo real ha dejado de ser un manjar, y ya nadie lava la ropa con orines, en conjunto, las excavaciones de estas regiones demuestran que los antiguos habitantes del Mediterráneo no eran tan distintos a los de hoy.[24] Y si llega un momento en que logremos desenrollar y leer los rollos de papiro obtenidos en la villa de los Papiros, aún objeto de estudio, descubriremos que sus bibliotecas privadas tampoco eran muy diferentes a las nuestras.

2

Búsqueda y exhumación de Troya



Sophia Schliemann con las joyas del tesoro de Príamo; representación del caballo de Troya.

Una mañana de mayo de 1873, Heinrich Schliemann vagaba por la antigua colina en el noroeste de Turquía observando cómo cavaban sus trabajadores. Estaba seguro de que estaban excavando la antigua Troya, pero todavía no había sido capaz de convencer a todos los incrédulos.

De repente, vio que uno de los trabajadores desenterraba una olla de cobre tras la cual pudo distinguir un destello de oro. Apartando al trabajador, él y su esposa Sophia «extrajeron el tesoro con un enorme cuchillo», trabajando con rapidez porque una gran parte de la tierra que tenían encima parecía estar a punto de desplomarse sobre ellos.[1]

Sophia reunió los objetos en su chal y los llevó a su casa, donde los catalogaron y fueron conscientes de lo que acababan de descubrir: el tesoro de un rey compuesto por collares, anillos y pendientes de oro, dos tiaras, una diadema, otros sesenta pendientes y cerca de nueve mil ornamentos menores. También había tazas,

cuencos y otras vasijas de oro, plata y electro, incluida una salsera de oro macizo (una de las dos únicas piezas de este tipo que se han encontrado) y un recipiente de oro en forma de granada. Había, además, otra clase de objetos: un jarrón y un escudo de cobre, trece puntas de lanza, catorce hachas de guerra, dagas, una espada y otros artefactos de cobre o bronce; empuñaduras de piedra, que probablemente pertenecían a espadas de bronce, y otros muchos elementos que jamás se habían recuperado en un mismo emplazamiento en ninguna otra parte del mundo.[2]

Lo empaquetaron todo, escondieron el tesoro en un barco y lo enviaron a su residencia de Atenas. Allí, Sophia dedicó la mayor parte de las joyas a su uso particular. Se le tomó una fotografía que hoy día sigue siendo una de las imágenes más emblemáticas del mundo de la arqueología.

Schliemann anunció al mundo que habían encontrado el tesoro de Príamo. El descubrimiento les valió la fama a nivel mundial y, desde entonces, esta historia se ha repetido hasta la saciedad sin ahorrar en detalles.[3] Pero ¿qué hay de cierto en ella? ¿Había descubierto Schliemann la verdadera Troya?

Nuestro conocimiento sobre la historia de la guerra de Troya proviene fundamentalmente de la lectura de la *Ilíada*, escrita por el poeta griego Homero. Otros aedos del ciclo épico menos conocidos nos proporcionan otros detalles.[4]

Aunque es probable que los sucesos narrados en los poemas tuvieran lugar durante la Edad del Bronce tardía, quizá en el siglo XIII o XII a. e. c., conviene tener presente que probablemente la historia no se escribió hasta por lo menos quinientos años más tarde.

Según Homero, los griegos y los troyanos estuvieron en guerra durante diez años por una mujer llamada Helena. En aquel momento, Helena era la esposa de un hombre llamado Menelao, caudillo de una ciudad-estado o pequeño reino en la zona meri-

dional de la Grecia continental. Su hermano, Agamenón, rey de reyes, gobernaba sobre la ciudad de Micenas, de donde proviene el término «micénico», empleado por los arqueólogos para referirse a los griegos de aquel período.

Muro de Troya VI.

Una delegación de Troya, la importante ciudad portuaria que controlaba el comercio al este y al norte de su emplazamiento en el noroeste de Turquía, se desplazó para visitar a Menelao. Entre sus miembros se encontraba un hombre llamado Paris, también conocido como Alejandro, príncipe de Troya e hijo del rey Príamo. Cuando la delegación volvió a Troya, Helena iba con ellos. Los troyanos aseguraron que los acompañó por voluntad propia, al haberse enamorado de Paris. Los aqueos respondieron que había sido un secuestro.

Capitaneados por Agamenón y Menelao, además de otros muchos héroes micénicos como Ulises y Aquiles, los griegos zarparon con una colosal flota en dirección a Troya, a la que mantendrían bajo asedio para recuperar a Helena. Diez largos años transcurrieron hasta lograr el propósito, que solo se alcanzó gracias al

famoso ardid del caballo de Troya. A la postre, los aqueos asolaron Troya, reduciéndola a cenizas, y emprendieron el viaje de regreso a casa, con Helena.

El relato homérico está plagado de detalles, pero los investigadores aún los contemplan con reservas. ¿Existió realmente una guerra de Troya histórica que sirviera de base para la epopeya de Homero? ¿Se han encontrado pruebas arqueológicas irrefutables de ello? A mi juicio, la respuesta a ambas preguntas es afirmativa y, hoy en día, disponemos de documentación fiable que prueba que la guerra puede considerarse un acontecimiento histórico ocurrido en torno a 1184 a. e. c., período que, por otra parte, se corresponde con el de la época de debacle de la cultura micénica y la Edad del Bronce tardía. Puede que la guerra de Troya fuera parte de una catástrofe mayor.[5]

Sin embargo, los griegos mismos ya discutían sobre si la guerra de Troya había sido un suceso auténtico y, en caso afirmativo, cuándo se produjo. La mayoría de los estudiosos del mundo clásico en la Europa del siglo XIX estaban plenamente convencidos de que la guerra de Troya no había llegado a suceder y que no era más que una invención homérica. Por consiguiente, cuando Heinrich Schliemann, mero aficionado en el campo de la arqueología, decidió salir en busca del antiguo emplazamiento de Troya, se alzó en contra del pensamiento mayoritario entre sus coetáneos especializados.

Pese a la oposición de los eruditos, Schliemann había decidido encontrar Troya y demostrar que la guerra había tenido lugar. Mucho tiempo después, Schliemann confesó que la primera vez que tomó aquella decisión fue en 1829, cuando no tenía más de siete años. Por Navidad, su padre le había regalado un libro con una versión de la huida de Eneas de la ardiente Troya y de los colosales muros que los micénicos habían asediado durante diez años. Eneas había puesto rumbo a Italia, donde más tarde, Rómu-

lo y Remo, sus descendientes lejanos, fundarían la ciudad de Roma según cuenta la tradición. Schliemann afirmaba que en aquel preciso instante decidió que un día buscaría Troya y así lo manifestó: «Padre, si tales muros existieron alguna vez, no es posible que hayan sido destruidos por completo: han de quedar vestigios de las ingentes ruinas de aquellas murallas, aunque ocultas bajo el polvo de los siglos». Por último añadió: «Llegamos a la conclusión de que algún día tendría que excavar Troya». Algunos expertos ponen en duda esta explicación, porque esta historia no aparece en la vida de Schliemann hasta un momento bastante avanzado de su carrera, para cuando ya había escrito innumerables volúmenes de diarios, notas, cartas y otras monografías.[6]

Schliemann superaba la cuarentena cuando por fin logró reunir la suma de dinero necesaria para retirarse y dedicar el resto de su vida a la empresa de dar con los testimonios que probarían la existencia tanto de Troya como de la guerra que allí se libró. Las fechorías cometidas por este mismo hombre en los años en que atesoró dicha fortuna ponen de relieve un carácter poco fiable, tanto en lo profesional como en lo personal.

Uno de los ejemplos de su proceder cobra especial relevancia porque afectó directamente a su «descubrimiento» de Troya (e indefectiblemente el término «descubrimiento» debe ir aquí entrecomillado). En 1868, Schliemann viajó a Grecia y desde allí prosiguió hasta Turquía. A su decir, recorrió parte del noroeste de aquel país con el libro de Homero en la mano, tratando de localizar un lugar al tiempo lo bastante pequeño para que Aquiles hubiera podido perseguir a Héctor repetidamente y que además tuviera manantiales de agua fría y caliente, de modo que se ajustase a la descripción ofrecida en los versos homéricos.

Examinó diversos yacimientos que ya habían sido mencionados con anterioridad, pero ninguno parecía cumplir con los requisitos. Entonces conoció al vicecónsul de Estados Unidos en

Turquía, un hombre llamado Frank Calvert, que tras pasar un tiempo a la zaga de las ruinas troyanas, creía haber dado con ellas. De hecho, llegó incluso a adquirir el título de propiedad de la antigua colina entonces conocida con el nombre de Hissarlik, que en turco moderno significa «lugar de fortalezas».

Calvert había iniciado algunas excavaciones previas en la zona pero carecía de los fondos suficientes para continuar trabajando en condiciones. Schliemann, por su parte, disponía de dinero a espuertas y aceptó encantado colaborar con Calvert. Al inicio de los trabajos de excavación, Schliemann estaba convencido de que aquella colina era, en efecto, el emplazamiento de la antigua Troya y decidió omitir deliberadamente el nombre de Calvert de cuantas comunicaciones oficiales, conferencias y publicaciones se siguieron, reivindicando para sí toda la fama y reconocimiento. Hasta la publicación de la obra de Susan Heuck Allen, en 1999, Calvert no recuperó el lugar que le correspondía en la historia como verdadero responsable de haber descubierto la localización de la antigua Troya.[7]

La primera temporada de excavaciones de Schliemann en Hissarlik comenzó en abril de 1870, pese a no contar con el permiso oficial de las autoridades turcas. Aquella temporada y la siguiente fueron bastante infructuosas y en 1872, con la ayuda de un nutrido equipo de trabajadores locales, emprendió un mayor asalto al yacimiento. La excavación parecía una enorme trinchera abierta por los jornaleros que recorría la mayor parte de la colina longitudinalmente, con una profundidad de unos catorce metros. Hoy se la conoce como la «gran trinchera de Schliemann» y aún se aprecia esta inmensa incisión en el centro del yacimiento.

La arqueología todavía se encontraba en una fase inicial por aquel entonces. Aunque las tareas de recuperación de Pompeya habían comenzado hacía ya más de un siglo, en la década de 1870 no había demasiadas excavaciones en otros lugares del mundo.

No obstante, había personas que sí estaban bien informadas, gente de la talla de Calvert, que advirtió a Schliemann de que unas excavaciones acometidas con imprudencia podían desencadenar consecuencias catastróficas. Y, efectivamente, estaba en lo cierto.

En la gran trinchera, Schliemann y sus hombres cavaron y cavaron en toda clase de estructuras y estratos. Se descubrieron nueve ciudades en la colina, enterradas unas sobre las otras, aunque al inicio Schliemann consideró que eran solo seis. El infatigable buscador de Troya detuvo los trabajos en la segunda ciudad en orden de profundidad, a la que bautizó con el nombre de Ciudad Quemada. Estaba seguro de que aquella era la ciudad que Príamo había gobernado. Pero erraba. Hoy sabemos —gracias al análisis de la cerámica y a la datación del carbono 14— que Troya II data de 2400 a. e. c., en los inicios de la Edad del Bronce, más de mil años antes de que se librase la contienda entre aqueos y troyanos.

Desde el fondo de la gran trinchera, en el nivel en que Schliemann y sus trabajadores interrumpieron las excavaciones, mirando hacia el cielo, se puede contemplar hoy un estrato que contiene un edificio construido con enormes bloques de piedra; se sitúa a unos pocos metros por debajo de la cima de la colina, protegido del sol por las ramas y las hojas de un árbol esbelto que crece en la superficie actual. Esta estructura arquitectónica se ha fechado en Troya VI y fue reutilizada por los habitantes de Troya VII. Es cuanto se conserva de un palacio de finales de la Edad del Bronce, el período histórico objeto de investigación por parte de Schliemann.

La mayor parte de este edificio, no obstante, ya no existe por culpa precisamente de Heinrich Schliemann. De resultas de su apresuramiento, aquellos hombres cavaron atravesando los muros de piedra del palacio de Príamo y arrojaron la mayor parte al montón de escombros. Si ahora rebuscásemos en esa pila, muy

probablemente daríamos con objetos de todo tipo pertenecientes a la Troya de Príamo y Héctor, incluidas quizá las tablillas de arcilla de los antiguos escribas.

Así pues, ¿qué convenció a Schliemann de que Troya II era la de Príamo? En primer lugar, en aquel nivel descubrió una enorme puerta de la ciudad que identificó con la puerta Escea de Homero. Supuestamente, era lo bastante ancha como para que cupieran dos carros uno al lado del otro al mismo tiempo. A continuación, preparó su informe sobre del tesoro de Príamo.

Su relato del día en que él y Sophia recuperaron el tesoro se ha repetido en numerosas ocasiones en libros de texto de introducción a la arqueología, aunque es poco probable que sea cierto. Más tarde, Schliemann admitió haber mentido acerca del papel de su esposa en la historia. De hecho, Sophia ni siquiera se encontraba aquel día en las excavaciones y así lo testimonian sus propios diarios, que la sitúan en Atenas. Schliemann se justificó alegando que había pretendido implicarla al máximo en su carrera con la esperanza de que ella se sintiera más interesada por su trabajo, de modo que incluyó su nombre en la historia para que ella también participase del éxito. Hoy en día, ningún arqueólogo respetable osaría proceder como lo hizo Schliemann.[8]

Algunos académicos también han insinuado que este legendario pionero de la arqueología no encontró todo el tesoro en un mismo sitio.[9] Al contrario, creen que reunió los mejores hallazgos de la temporada y anunció ante un público crédulo que habían sido recuperados juntos como un único tesoro. Además, el hecho de haberlos encontrado en Troya II indicaría que difieren en un milenio de antigüedad a los que habrían pertenecido al estrato de Príamo. Así pues, al parecer, el tesoro de Príamo tal vez no fuera ni de Príamo ni fuera siquiera un tesoro.

Poco después de proclamar el descubrimiento de los objetos, Schliemann decidió donarlos al Museo de Berlín, quizá en pago por un título de doctorado en arqueología de una universidad alemana. El tesoro, sin embargo, desapareció a consecuencia de la segunda guerra mundial y se consideró perdido durante casi cincuenta años, hasta que en la década de 1990 los rusos reconocieron que estaba en su poder. Lo habían trasladado a su país como parte del botín de guerra y lo reclamaron como recompensa por todas las pérdidas sufridas.[10]

En la actualidad, aquel tesoro de Príamo se exhibe en el Museo Pushkin de Moscú, donde aún permanece pese a las reivindicaciones de cuatro naciones: Turquía, porque es donde se encuentra Troya y porque afirma que Schliemann lo sacó de forma ilegal; Grecia, porque allí lo almacenó Schliemann por primera vez, en su residencia de Atenas; Alemania, porque el arqueólogo lo donó al Museo de Berlín, donde se conservó hasta desaparecer en 1945; y Rusia, porque lo había tomado durante la liberación de aquella zona de Berlín y hoy lo reclama como reparación por los ataques nazis. Así pues, a quién pertenece realmente el tesoro es una cuestión aún en entredicho y Rusia no da muestras de estar dispuesta a soltarlo.

Para nosotros, el dato más interesante de aquellos objetos es la semejanza que estos guardan con otros hallados en diversas zonas, desde las islas del Egeo nororiental hasta las tumbas reales de Ur, las que Leonard Woolley excavó en lo que hoy es Irak. Los pendientes de oro, los broches y los collares que Schliemann recuperó podrían no haber pertenecido a Príamo, ni a su esposa o hija, pero indudablemente se integran en el conjunto de la clase de joyas que estuvo de moda en casi todo el Egeo y el Oriente Medio antiguo a finales del tercer milenio a. e. c. Estos objetos pueden proporcionarnos pistas sobre el comercio antiguo y las cone-

xiones de aquella época, lo que incrementa su valor para los arqueólogos por encima de su ficticio vínculo con Príamo y la *Ilíada* de Homero.

Schliemann continuó excavando en Troya durante las décadas de 1870 y 1880, aunque en aquel momento también investigaba en Micenas, en busca de los restos del rey Agamenón. El arqueólogo buscó en Troya el apoyo de Wilhelm Dörpfeld, un arquitecto que ya contaba con cierta experiencia previa en labores arqueológicas, quien a la postre logró convencer a Schliemann de que se hallaba en un error y de que debería haber investigado Troya VI o Troya VII, en Hissarlik. Este empezó a planificar un nuevo asalto a la colina, centrándose esta vez en los últimos niveles, pero el día de Navidad de 1890 se desplomó en una calle de Nápoles y falleció al día siguiente.

El futuro de la investigación quedó en manos de Dörpfeld y se sufragó con fondos prestados por Sophia Schliemann, que quiso continuar con los trabajos de su fallecido esposo en el yacimiento. Dörpfeld se centró en la excavación de los restos que su predecesor había dejado intactos, en especial los que circundaban los bordes de la colina. Aquellos restos resultaron ser extremadamente impresionantes. Desenterró elevados muros de piedra, todos ellos de varios metros de grosor, que habrían impedido cualquier ataque enemigo. Dejó también al descubierto amplias puertas que daban acceso al interior, tras el puesto de guardia.

Se trataba de las ruinas de Troya VI que, según parece, estuvo viva durante cerca de medio milenio, desde 1700 hasta 1250 a. e. c. Dörpfeld identificó varias fases de la ciudad y las etiquetó con letras, de la «a» a la «h». La última, Troya VIh, mostraba indicios de una destrucción casi completa. Dörpfeld la consideró la prueba definitiva de la guerra de Troya que tanto había perseguido. Concluidas las labores de recuperación, publicó sus conclusiones.

Entre tanto, los viajeros que se habían aventurado hacia otras zonas de Turquía, especialmente a la meseta central interior, habían sacado a la luz ruinas de otra antigua civilización. En 1879, mientras Schliemann todavía excavaba en Troya, un asiriólogo británico llamado A. H. Sayce formuló una osada hipótesis: que las ruinas correspondían a los antiguos hititas.[11] La propuesta era atrevida porque la Biblia hebrea parecía situar a este pueblo en la región de Canaán, tomando como referencia las historias bíblicas que mencionaban a Urías el hitita y otras figuras. Los argumentos de Sayce eran convincentes y, en última instancia, sus colegas decidieron darlos por buenos. Antes de 1890, el año de la muerte de Schliemann, se había publicado ya la segunda edición del libro de Sayce titulado *Los hititas: historia de un imperio olvidado*.

En 1906 se iniciaron las excavaciones de lo que resultaría ser la capital de los hititas, Hattusa, situada cerca de la actual Bogazköy, a 200 kilómetros al este de Ankara. En menos de un año ya se habían rescatado los primeros archivos de la ciudad: miles de tablillas de arcilla que contenían tratados, crónicas y cartas reales. Los hititas se habían expandido por toda Anatolia desde 1700 hasta 1200 a. e. c. Habían dominado incluso territorios en el norte de Siria, motivo por el cual los escritores bíblicos los ubicaron en esa región. Hoy sabemos mucho de los hititas gracias, en parte, a las excavaciones alemanas que se han llevado a cabo de forma ininterrumpida en Hattusa durante el último siglo. El descifrado de las tablillas hititas por parte del orientalista checo Bedřich Hrozný,[12] apenas una década después de su descubrimiento, demostró a la postre que los hititas habían sido un pueblo de notable importancia en el mundo del antiguo Oriente Medio, en el segundo milenio a. e. c., y que habían negociado y luchado contra otras potencias, en particular con egipcios y asirios.[13]

Entre las tablillas, hay algunas que son testimonio de los conflictos habituales que los hititas tenían con un pequeño reino vasallo situado en el noroeste de Anatolia al que denominaban Wilusa. Al fin, a comienzos del siglo XIII a. e. c., probablemente en torno a 1280, los hititas firmaron un tratado con Alaksandu, el rey de Wilusa.

Poco tiempo después de que se descifrara esta tablilla, algunos investigadores apuntaron la posibilidad de que esta fuera una referencia hitita al mismo hombre al que Homero llamaba Alejandro (Paris) de Ilios, el responsable del inicio de la guerra de Troya a causa de su romance con Helena. Desde una perspectiva filológica, *Wilusa* guarda semejanzas con el nombre griego (*W*)*Ilios*. El sonido original de la *W* en griego, conocida como *digamma*, se perdió con el paso del tiempo, de modo que en la época de Homero ya solo era *Ilios*. Y, por supuesto, *Alaksandu* es muy parecido a *Alejandro*.

Aunque no está claro que ambas identificaciones sean correctas, estas tablillas demuestran, al menos, que los hititas estuvieron presentes en una zona y en una ciudad al noroeste de Anatolia denominada Wilusa. También en ellas se registra que se libraron allí al menos cuatro guerras y que las tres últimas sucedieron durante el siglo XIII a. e. c. o, dicho de otro modo, durante la época más probable para la guerra de Troya.[14] Entre los académicos que defendían Wilusa como nombre hitita de Troya, este descubrimiento se consideró como un dato adicional para defender el hecho de que la guerra de Troya fuera un suceso histórico verídico, en lugar de un simple mito o leyenda.

Sin embargo, no todo el mundo se dejó convencer por los argumentos de Dörpfeld que identificaban a Troya VIh como la Troya de Homero. Carl Blegen, arqueólogo de la Universidad de Cincinnati, examinó los resultados de Dörpfeld y concluyó que había sido un terremoto, no una contienda, lo que había acabado con

Troya VIh. Llegó a esta conclusión porque había unas murallas torcidas y gran cantidad de rocas desperdigadas por el yacimiento, hecho que, a su juicio, solo podía ser obra de la madre naturaleza. Por otra parte, valoró que la primera fase del siguiente nivel, Troya VIIa, había sido una ciudad asediada y luego destruida por un ejército. Movido por estos convencimientos, reanudó en la década de los años treinta los trabajos de excavación en Hissarlik con la intención de descubrir algo que lo sacase de dudas.

En aquel entonces quedaba aún menos por cavar que en cualquier otro momento puesto que Dörpfeld ya había removido gran parte de lo que Schliemann dejase intacto; sin embargo, Blegen encontró lo suficiente como para convencerse a sí mismo de que Troya VIIa había sido destruida por humanos en un asedio prolongado. Las pruebas que aporta son bastante convincentes, pues entre ellas figuran algunas puntas de flecha en el interior de las murallas, cadáveres abandonados por las calles y otros indicios de que allí se había librado una batalla cuando menos importante.

El arqueólogo descubrió asimismo que los grandes edificios y los palacios de la ciudad previa habían sido subdivididos, de modo que varias familias pudieran vivir donde antes habitaba solo una. Concluyó también que la capacidad de almacenamiento de la ciudad se había incrementado considerablemente gracias a unas enormes ánforas que permanecían enterradas hasta el cuello. Para Blegen, todo aquello eran pruebas indudables de que la ciudad había sido objeto de sitio, como relatase Homero. Por añadidura, existía coherencia en las dataciones; esta ciudad fue destruida en torno a 1180 a. e. c., fecha que se ajusta al período sugerido por los griegos antiguos.

En lo tocante a la cultura material de la ciudad (la cerámica y otros artefactos), Blegen pudo deducir que había existido solución de continuidad entre Troya VIh y VIIa. Es decir, Troya VIIa

no ofrecía pruebas de que allí se hubiera instalado un nuevo colectivo; al contrario, parecía que los habitantes de Troya VIh hubieran renovado, reconstruido y restaurado la ciudad tras el sismo. De hecho, las similitudes eran tales que Blegen y Dörpfeld, que todavía vivía, creyeron que lo calificado por los arqueólogos como primera fase de Troya VII se correspondía con la última fase de Troya VI (Troya VIi en vez de Troya VIIa), pero ya era demasiado tarde para modificar la terminología. Por consiguiente, las conclusiones de Blegen fueron que Troya VIh cayó por un terremoto y que los griegos micénicos habían destruido la Troya VIIa tratando de rescatar a Helena.

Es posible que Blegen estuviera en lo cierto, pero transcurridos cincuenta años apareció una nueva generación de arqueólogos y, en 1988, otro equipo decidió investigar de nuevo en la colina de Hissarlik. En esta ocasión, las labores corrieron a cargo de un equipo internacional dirigido por Manfred Korfmann, de la Universidad de Tubinga y especialista en investigaciones sobre la Edad del Bronce, y Brian Rose, de la Universidad de Cincinnati, conocido por sus trabajos acerca de la etapa posterior a la Edad del Bronce.

Al margen de los trabajos de limpieza y revisión de la gran trinchera de Schliemann, el equipo de Korfmann destaca por haber llevado a cabo una prospección de los campos agrícolas que rodean Hissarlik. Se emplearon dispositivos de detección remota para escrutar bajo la superficie de la tierra sin necesidad de usar la pala. Determinar el tipo más adecuado entre los posibles sistemas de detección remota conllevó cierta experimentación, pero al cabo se determinó que el magnetómetro resultaría el más adecuado para el tipo de suelo.

Si tenemos presente que la acción del ser humano puede alterar el magnetismo de partículas de hierro minúsculas del suelo —acciones entre las que se incluyen los incendios—, estructuras

como hoyos, zanjas e incluso muros pueden detectarse en ocasiones incluso si se conservan bajo tierra, sobre todo si han sido pasto de las llamas o se encuentran cerca de materiales parcialmente quemados. Sin embargo, el equipo de Korfmann tuvo que encajar una decepción al descubrir que los resultados preliminares habían de ser interpretados con extrema cautela.

En 1993, más de un siglo después de haberse practicado las legendarias excavaciones en Troya por iniciativa de Heinrich Schliemann, Korfmann declaró que las imágenes arrojadas por la detección remota indicaban la presencia de una enorme muralla enterrada que rodeaba Hissarlik, a una distancia de cuatrocientos metros aproximadamente desde la ciudadela. Según afirmaron los especialistas, se trataba de la gran muralla urbana que había impedido, durante diez años, la entrada de Agamenón, Aquiles y el resto de griegos micénicos que acudieron allí para librar la guerra de Troya inmortalizada por Homero en la *Ilíada* y la *Odisea*.[15]

Sin embargo, al iniciarse las excavaciones en la parte donde debía hallarse el muro, este no se encontraba en su sitio; en su lugar hallaron una zanja que, en las partes más largas, medía hasta dos metros. A lo largo de los siglos, la zanja se había colmado de despojos, desde objetos de cerámica rotos hasta pedazos de escombros o rocas. En las imágenes obtenidas mediante la detección remota, estas piedras habían aparecido como una masa sólida que rodeaba la ciudad. Pensando en ello, el equipo concluyó que, a efectos de protección para la ciudad, una zanja habría sido tan efectiva como un muro, pero no todo el mundo conviene en lo mismo.[16]

Korfmann y el resto de especialistas en arqueología aprendimos algo: debíamos ser cautelosos antes de organizar una rueda de prensa para anunciar los resultados obtenidos mediante detección remota; y debíamos aguardar hasta que las excavaciones en el terreno confirmasen los descubrimientos potenciales. De

aquel episodio se desprende aún otra lección: al margen de lo nefasto de las interpretaciones de aquellas imágenes en concreto, era ya innegable que la detección remota podía usarse con éxito en el yacimiento. Korfmann y su equipo no tardaron en descubrir que otras imágenes señalaban la existencia en Troya de una enorme ciudad baja, que yacía bajo unos terrenos agrícolas modenos, cuya presencia nadie había sospechado hasta la fecha.

Al parecer, el grueso de arqueólogos anteriores, desde Schliemann y Dörpfeld hasta Blegen, solo habían excavado la zona de la ciudadela (o parte alta) de la ciudad, morada del rey, su familia directa y su séquito. Los restos hallados por el equipo de Korfmann mutiplicaron por diez el tamaño de la ciudad y se desveló así que esta se extendía a lo largo de, al menos, cincuenta hectáreas, y que contaba con una población de entre cuarenta y cien mil habitantes al final de la Edad del Bronce[17]. Este descubrimiento permitió afirmar que se trataba de una ciudad digna de un asedio de diez años, si algo de verdad contiene el relato homérico. En sus artículos académicos, Korfmann empezó a referirse a la ciudad como Troya/Wilusa, en un guiño a las crónicas hititas que, a su modo de ver, hacían referencia a esta ciudad.

Otros hallazgos del equipo de Korfmann parecieron confirmar el trabajo anterior de Blegen. Por ejemplo, tanto en la ciudadela como en la ciudad baja, se descubrieron pruebas de una destrucción sísmica en Troya VIh y otra destrucción por la mano del hombre (es decir, por motivos bélicos) en Troya VIIa. En uno de estos casos, salió a la luz una casa de Troya VIh que había sido destruida por el terremoto y otra, esta vez de Troya VIIa, construida justo encima de las ruinas de la anterior y que sería destruida durante la guerra.

Entre las pruebas que dan fe de un conflicto armado, Korfmann encontró puntas de flecha de tipo egeo (o griego) y más cuerpos insepultos, entre los que destaca el cadáver de una ado-

lescente de diecisiete años aproximadamente, que murió por quemaduras parciales. También había una cierta cantidad de lo que parecen ser hondas de catapultas, que estaban apiladas en al menos un montón y quizá listas para que alguien las lanzara a los atacantes desde el interior de las murallas de la ciudad.[18]

El trabajo de Korfmann también confirmó los hallazgos anteriores de Blegen en otros sentidos. Después de que la ciudad de Troya VIIa fuese destruida en torno a 1180 a. e. c., la siguiente ciudad fue ocupada por lo que podría ser un pueblo completamente nuevo. En esta fase, que los arqueólogos llaman Troya VIIb, podemos observar nuevos tipos de cerámica, nueva arquitectura y otra cultura material, en la que destaca un sello inscrito que contiene la primera muestra de escritura encontrada en Troya.

Todo esto son indicios de que los habitantes de la ciudad anterior habían sido reemplazados por un nuevo grupo. Por lo tanto, se puede considerar la destrucción humana de Troya VIIa como prueba de las historias de Homero sobre la guerra. En su relato, sin embargo, el aedo griego podría haber añadido elementos de Troya VI, de modo que habría descrito los hermosos edificios y altos muros de la primera ciudad y la destrucción de la ciudad posterior, conjugando ambas en una sola y amparándose en la licencia propia de un poeta épico.

Podría darse el caso, incluso, de que el caballo de Troya fuese una figura literaria, una metáfora del terremoto que asoló Troya VIh, habida cuenta de que el dios griego de los terremotos era Poseidón y, así como la lechuza representaba a Atenea, el caballo hacia lo propio con Poseidón. En una imaginación poética, al menos, es concebible la equivalencia: «terremoto = Poseidón = caballo de Troya», o así lo planteó el académico alemán Fritz Schachermeyer en los años cincuenta del siglo XX.[19]

A medida que avanzaban las excavaciones en Hissarlik, el equipo de la etapa posterior a la Edad de Bronce, dirigido por Brian Rose, de la Universidad de Cincinnati, extrajo abundante material nuevo del que cabe destacar una estatua del emperador romano Adriano de gran tamaño (1993) y un enorme busto de mármol de Augusto (1997).[20] Los últimos griegos helenísticos, y luego los romanos, construyeron sus edificios sobre la antigua ciudadela y fundaron una ciudad cuadriculada que Korfmann encontró en la zona colindante a los restos de la Edad del Bronce.

Los últimos habitantes de la ciudad también estaban convencidos de que allí se encontraba la antigua Troya hasta el punto de que la bautizaron como «la nueva Troya», tanto en griego como en latín. Incluso Alejandro Magno fue a visitarla para rendirle tributo y lo mismo harían Julio César y muchos otros a lo largo de los siglos. Fueron los descubrimientos iniciales de estos últimos períodos los que convencieron a Frank Calvert, y más tarde a Heinrich Schliemann, de que estaban excavando en el lugar correcto.

Tiempo después, se construyó un templo a Atenea y otro a Júpiter en la cima de la colina, que explicarían por qué la Troya de Príamo se encontraba mucho más cerca de la cima de la colina de lo que Schliemann esperaba. Los constructores en los períodos helenístico y romano nivelaron la parte superior de la colina y así contaron con un terreno liso sobre el que construir sus templos, teatros y otras estructuras urbanas, que serían las últimas en aquel terreno y que se han numerado como Troya VIII y IX.

Manfred Korfmann falleció repentinamente en 2005, pero las excavaciones internacionales continúan con nuevos directores. El interés por excavar y llevar a cabo prospecciones mediante detección remota en el yacimiento y sus alrededores sigue vivo, así

que tal vez Hissarlik esconda aún más secretos acerca de la antigua ciudad que inspiró una de las más excelsas epopeyas que se han escrito.

3
De Egipto a la eternidad

Jeroglíficos de la piedra Rosetta.

Pirámides, momias y jeroglíficos parecen constituir el campo más fascinante de la arqueología para el público en general, al tiempo que probablemente el menos conocido. Todo el mundo, desde los niños de parvulario a los abuelos, parece sentirse cautivado por los antiguos egipcios y saber algo sobre ellos. Pero ¿es así, realmente? Resulta asombrosa la cantidad de desinformación sobre el antiguo Egipto que circula por internet.

Cada año, los egiptólogos y otros arqueólogos se ven obligados a deshacer malentendidos —«no, no fueron esclavos hebreos quienes construyeron las pirámides»— y cada año, tras la emisión de uno de los innumerables programas de televisión en los que se afirma que las pirámides fueron construidas por extraterrestres o que las erigieron como almacén de grano, o que la Esfinge tiene diez mil años de antigüedad o cualquier otra sandez ideada por aficionados entusiastas, las cuentas de correo electrónico de estos profesores quedan inundadas de preguntas.[1] En consecuencia, en este capítulo abordaremos aspectos relativos a

estas tres cuestiones —pirámides, momias y jeroglíficos—, con la intención de que los lectores alcancen una mejor posición desde la que someter a escrutinio las afirmaciones lanzadas a estos respectos, a menudo dudosas.[2]

Al inicio, era frecuente que los arqueólogos que trabajaban en Egipto no fueran realmente egiptólogos, o por lo menos no era esa su pretensión original. Veamos el caso del gran Giovanni Battista Belzoni, por ejemplo, nacido en 1778.[3] Se ganaba la vida como forzudo de circo, con un metro noventa y cinco de estatura y potencia para levantar a doce hombres de una sola vez, pero también podríamos decir que era ingeniero. Pisó Egipto por primera vez en 1815, con la misión de mostrar al gobernante otomano un nuevo plan para extraer agua del Nilo, y acabó convertido en uno de los primeros egiptólogos.[4] No obstante, es importante recordar aquí que debemos emplear este término con el mayor de los cuidados, ya que a Belzoni se lo recuerda más por el saqueo de tumbas y la apropiación indebida de momias que por cualquier ejercicio de ciencia o auténtico interés hacia la arqueología, a pesar de ser también uno de los primeros exploradores del templo de Ramsés II en Abu Simbel.

Karl Lepsius y Auguste Mariette, por otra parte, pueden considerarse, con razón, los gigantes de la egiptología, si bien su quehacer resultó más modesto que el de Belzoni. Lepsius, de nacionalidad egipcia, dirigió en 1842 una expedición en su propia nación, con el cometido de elaborar un registro de tantos monumentos como fuera posible, trabajo que llevó a cabo con gran minuciosidad y provecho. Los doce extensos volúmenes de dibujos e ilustraciones resultantes fueron publicados en alemán entre 1849 y 1859, con el título de *Monumentos de Egipto y Etiopía*. Los volúmenes con material escrito que los siguieron tardarían aún cuarenta años, si no más, en aparecer; más de una década des-

pués del fallecimiento de Lepsius. Tomadas en su conjunto, estas obras representan, en opinión de no pocos, los cimientos de la egiptología moderna.[5]

Auguste Mariette, nacido en Francia en 1821, comenzó a excavar en Egipto en 1850 bajo el auspicio de las autoridades del Louvre. Ocho años más tarde, fue nombrado director principal de Antigüedades en Egipto. Entre sus logros figura la construcción del primer museo nacional, cuya colección sigue siendo hoy día la base del Museo Egipcio en El Cairo.[6]

Lepsius y Mariette pudieron desarrollar sus carreras debido, en parte, a un suceso acaecido antes de 1823, cuando Mariette contaba tan solo dos años de edad y Lepsius, trece. Se trata de uno de los acontecimientos más famosos de la egiptología: el descifra-miento de los jeroglíficos egipcios.

Para comprender el devenir de dicho acontecimiento, debemos remontarnos hasta 1799, casi un año después de que Napoleón invadiera las tierras del Nilo con sus tropas en la colosal campaña emprendida para tomar el Oriente Medio. El general francés llevaba consigo a más de ciento cincuenta civiles en aquella expedición militar, a los que se conocía en su conjunto como «los sabios» y estaba integrado por científicos, ingenieros y otros eruditos. A todos ellos se les encargó proceder al estudio exhaustivo del país, sin pasar por alto las antigüedades y los monumentos. Hoy en día algunos ven en su trabajo el auténtico inicio del estudio del Egipto antiguo, el que preparó el terreno para la llegada de Lepsius y Mariette.[7] Asimismo, aquellos fueron los responsables de desatar, aun sin pretenderlo, la fiebre por la egiptomanía que ha perdurado hasta nuestros tiempos en Europa y Estados Unidos: el Hotel Luxor, en Las Vegas, es un ejemplo innegable.

Sea como fuere, las tropas francesas se encontraban acuarteladas en el pueblo de Rosetta, en la región del Delta, enfrascadas ya en la reconstrucción de una fortaleza o en cavar una zanja, aquí las crónicas difieren. No obstante, en el desarrollo de sus tareas dieron con una inscripción que databa de 196 a. e. c., en honor de Ptolomeo V, un faraón egipcio del que, de otro modo, no guardaríamos gran memoria. Se trata de un hallazgo crucial porque presenta un texto escrito en tres lenguas diferentes. En la parte superior de esta piedra de Rosetta, el texto figura en jeroglíficos egipcios. En la parte central, aparece el mismo contenido pero ahora en lo que se denomina demótico: la escritura cursiva egipcia. Y en el tercio inferior, la piedra vuelve a repetir el texto en caracteres griegos.

Con esta inscripción trilingüe, el sobresaliente investigador francés Jean-François Champollion logró descifrar el código de los jeroglíficos egipcios. Recurrió, por un lado, a la versión griega, bien comprendida por todos los eruditos de la época y, por otro, tuvo el acierto de notar que había dos nombres reales que se repetían una y otra vez: Ptolomeo y Cleopatra. Buscó en los jeroglíficos egipcios una repetición que pudiera representar aquellos dos nombres y, a la postre, los pudo emplear como clave para continuar descifrando. Champollion no fue el único estudioso entregado a esta práctica; poco le faltó al lingüista británico Thomas Young para batir a su colega francés. Sin embargo, fue Champollion quien obtuvo el mérito en 1823, apenas veinticuatro años después del hallazgo de la inscripción.[8]

De pronto se hizo evidente que todas aquellas «bellas imágenes» pintadas en las paredes de las tumbas de los nobles e inscritas también en otros lugares eran en realidad largas inscripciones que contenían sus biografías, proezas realizadas en vida y demás actos meritorios. Ahora sabemos que una serie de jeroglíficos que

aparecían con frecuencia en estos contextos eran los denominados «símbolos de eternidad», lo cual no carece de sentido tratándose de un entorno funerario.

También resultó que los setecientos u ochocientos signos se podían leer en varias direcciones, pero sin dar lugar a incoherencias, porque las figuras siempre dirigen la mirada hacia el inicio de la línea. Los signos también se pueden interpretar de distintas maneras. Por ejemplo, un jeroglífico podía ser una palabra-signo y significar el objeto representado, como en el caso de un pájaro o de un toro; o podía ser simplemente un sonido, como el de la primera letra de la palabra en cuestión; incluso podía ser un signo silábico y representar una combinación de consonantes; o emplearse como determinativo para indicar cómo leer la siguiente palabra. No es de sorprender que fueran pocos los que sabían leer y escribir en el antiguo Egipto —probablemente no más del 1 % de la población— y que, por lo tanto, los escribas gozaban de una posición respetada en la corte real, ya que es bastante probable que ni siquiera el rey y la reina pudieran manejarse en la lectura y la escritura por sí mismos.[9]

Aunque la mayor parte de las inscripciones que se han conservado han sobrevivido gracias al soporte de la piedra —como las de las paredes de templos y otros edificios—, era más habitual entre los egipcios recurrir a las hojas del papiro, un tipo de junco liso que crecía en las riberas del Nilo y con el que fabricaban su versión del papel. Aunque este material no es tan duradero como el de las inscripciones sobre piedra, gracias a la sequedad del clima han llegado hasta nosotros miles de rollos de papiro.

Por aquel entonces, se usaba una tinta fabricada a partir del carbón y otros materiales, que podía ser negra o roja y a menudo se utilizaban ambos colores en un mismo manuscrito. En estos casos, la palabra escrita en rojo podría ser el primer término de la nueva oración, indicando así de forma clara dónde terminaba

una frase y empezaba otra, ya que el sistema de puntuación tal y como lo conocemos hoy no existía. La tinta roja también servía para señalar el comienzo de un ensalmo o simplemente un título, según requiriesen el contexto y la necesidad.

Una vez descifrada esta escritura, los estudiosos pudieron acceder a numerosos expedientes grabados en piedra o escritos sobre papiro, y comenzar así la reconstrucción de la historia del Egipto antiguo con mayor seguridad. En esta labor, contaron con lo que fue al tiempo una ayuda y un obstáculo: los escritos legados por historiadores, viajeros y sacerdotes de los períodos griego y romano. Uno de ellos fue Heródoto, el historiador griego del siglo V a. e. c., autor del relato sobre sus viajes a Egipto en el que daba detalles —con frecuencia muy imprecisos— sobre cómo se construyeron las pirámides y cómo se momificaban los cuerpos. Otro fue Manetón, el sacerdote que vivió en el Egipto helenístico durante el siglo III a. e. c. y que trató de elaborar una lista de los gobernantes de Egipto desde los primeros tiempos hasta sus días.

Manetón fue el responsable de la división de la historia de Egipto en períodos, un sistema aún vigente hoy. Aunque confundió muchos de los nombres de los faraones y descolocó algunos sucesos, en conjunto su trabajo fue notablemente exacto, sobre todo si se tiene en cuenta que creó su lista casi doscientos cincuenta años después de la fundación de la primera dinastía de Egipto. Por lo tanto, se dice que el período del Reino Antiguo comenzó aproximadamente en 2700 a. e. c., en la época de la Dinastía III. Este período es particularmente conocido por la construcción de las pirámides para los faraones de la Dinastía IV, a partir de 2600-2500 a. e. c. aproximadamente .[10]

El Reino Antiguo duró cerca de quinientos años, hasta más o menos 2200 a. e. c., momento en que se vino abajo tras el reinado de noventa y un años de Pepi II. Es posible que la caída no fuera consecuencia directa del prolongado mandato de este faraón,

que ocupó el trono con tan solo seis años, puesto que estudios recientes sugieren que podría haber sido provocada por un cambio climático que propició las sequías y hambrunas que parecen haber devastado tanto Egipto como gran parte del antiguo Oriente Medio en aquel momento.[11]

Tras la caída del Reino Antiguo llegó un período de anarquía conocido como Primer Período Intermedio, durante el cual varias dinastías compitieron por el control de todo el país pero ninguna alcanzó a imponerse definitivamente. El Reino Medio se prolonga aproximadamente hasta el año 1720 a. e. c., momento en que Egipto fue invadido y conquistado por los hicsos, que descendieron desde la región de Canaán hasta el norte de Egipto y lo gobernaron hasta su expulsión en torno a 1550 a. e. c. por las fuerzas egipcias lideradas por dos hermanos: Kamose y Ahmose.

Curiosamente, aun siendo hermanos, Kamose figura como el último rey de la Dinastía XVII, mientras que Ahmose es considerado el primero de la Dinastía XVIII, que marcó el comienzo de una nueva era conocida como Reino Nuevo. Este período se extendió hasta 1200 a. e. c. y tuvo como protagonistas a gobernantes de la talla de la poderosa reina Hatshepsut; Tutmosis III, militarmente belicoso; el faraón monoteísta Akhenatón; y el joven rey Tutankhamón, además de otros diez faraones de nombre Ramsés. A pesar de que Egipto sobrevivió al gran desmoronamiento del mundo de la Edad del Bronce en torno a 1177 a. e. c. y logró superar el Tercer Período Intermedio, el renacimiento saíta y las épocas posteriores de gobierno griego y romano, con Alejandro Magno y Cleopatra, todo ello en el primer milenio a. e. c., jamás recuperó el esplendor y el poder del que había gozado durante este período del Reino Nuevo.[12]

Con la traducción de los jeroglíficos a principios del siglo XIX , los eruditos pudieron comenzar a leer y estudiar el resto de escritos legados por los antiguos egipcios, en los que podemos encon-

trar desde poemas y relatos hasta registros contables y textos religiosos. Entre los papiros, es muy frecuente dar con pasajes del *Libro de los Muertos*, también conocido como *Libro de la Salida al Día*, aunque también han aparecido fragmentos inscritos en las paredes de los monumentos funerarios de personalidades acaudaladas. Este libro era, en esencia, un manual de ayuda para el fallecido en su paso a la otra vida, puesto que ofrecía las respuestas a las preguntas que se le formularían antes de permitirle entrar en el mundo del más allá: un interrogatorio con trampa, que iba de la mano del ceremonial en que se procedía al pesaje del corazón del difunto, dispuesto sobre uno de los platillos de la balanza mientras en el otro se depositaba una pluma en representación de la verdad y la justicia (*ma'at*), para comprobar que el fallecido hubiera vivido una vida justa y bondadosa. La persona fallecida podía entrar en la otra vida solo si su corazón pesaba lo mismo o menos que la pluma, es decir, si no estaba cargado de pecados y maldades.

Para poder permanecer en el más allá, el cuerpo físico del muerto debía continuar intacto incluso mucho tiempo después del deceso. Aquí es donde entra en juego el proceso de momificación. Disponemos de algunas momias egipcias que parecen haber sufrido una momificación natural, pero indudablemente este no era siempre el caso. Existía asimismo el problema de garantizar que el cuerpo permaneciese enterrado mucho tiempo después del sepelio y de evitar que los chacales, las hienas u otros carroñeros lo destrozasen.

Por consiguiente, en este momento aparecieron dos nuevos elementos: uno, el proceso de momificación; el otro, la creación de mastabas, o bancos, de adobe empleados para proteger el lugar del enterramiento. No son pocos los estudiosos que ven en estas construcciones las precursoras de las pirámides. Veamos ambos procesos, por orden.

En primer lugar, la momificación. Es habitual, hoy en día incluso, que muchas personas prueben a momificar algo, casi siempre dentro del marco de un trabajo escolar. Por lo general, se recurre a pollos, en lugar de a personas o mascotas, por suerte (a menos que, por supuesto, la mascota de la familia sea precisamente el pollo).[13]

Tenemos abundantes datos acerca de la momificación, en parte gracias a la detallada descripción que nos proporciona Heródoto, que aprendió sobre el particular durante los días que pasó en Egipto. El griego escribió que se debía sumergir el cuerpo en un tipo de sal desecante llamada natrón y que luego debía permanecer allí por un espacio de setenta días. El natrón elimina la humedad del cuerpo y sirve para momificarlo. Por supuesto, no se trata de una técnica que se resuelva de la noche a la mañana y de ahí la necesidad del baño de setenta días en natrón.

Paralelamente, es necesario también eliminar unos cuantos órganos internos y, para ello, el momificador debe practicar una incisión en el costado del cuerpo para poder penetrar y extraer el estómago, el intestino grueso y el delgado, los pulmones y el hígado, que depositará en los denominados vasos canopos. El nombre proviene de la primera época de la egiptología en que los pioneros de esta disciplina creyeron que los vasos guardaban relación con el mito griego de Canopo, el guerrero micénico de Grecia que combatió en la guerra de Troya y murió en Egipto de resultas de la mordedura de una serpiente.

Los vasos canopos eran elementos esenciales en el equipamiento de la tumba. Los conjuntos podían diferir entre sí, pero durante el Reino Nuevo, las tapas representaban siempre a los cuatro hijos de Horus, custodios de los órganos. El estómago y el intestino delgado se guardaban en el vaso cuya tapa tenía forma de cabeza de chacal. El grueso, en otro con cabeza de halcón. Los pulmones se depositaban en el vaso con la cabeza de babuino, y

el hígado correspondía al vaso con tapa en forma de cabeza humana. Acto seguido, la cavidad del cuerpo donde habían estado los órganos se rellenaba con hierbas aromáticas y la hendidura del costado se cosía de nuevo.

El corazón, por su parte, quedaba en su sitio en el interior del cuerpo, porque los antiguos egipcios consideraban que era el punto central de la inteligencia y que sería necesario para la otra vida. El cerebro, en cambio, no era tenido por un elemento importante y, en consecuencia, se descartaba. Existían dos formas de extracción.

La primera consistía en tomar un trozo de alambre, con el extremo doblado en forma del gancho, introducirlo por los orificios nasales hasta que la punta doblada llegaba a la cavidad cerebral y, acto seguido, tirar con decisión del hierro, que arrastraba el cerebro con él. Si en el primer intento no se lograba extraer el órgano completo, el proceso se repetía hasta terminar con cualquier resto.

El otro modo procedía inclinando la cabeza del fallecido hacia atrás y vertiendo unas gotas de un ácido potente en el interior de la nariz que, al alcanzar la cavidad craneal, disolvían el cerebro. Cuando la cabeza retomaba su posición normal, la masa gris y pegajosa sencillamente se escurriría por los orificios nasales del difunto, y *voilà*: ya tenían una cavidad craneal vacía.

Hoy en día aún es objeto de debate, incluso en artículos especializados, qué método usaban exactamente los egipcios, pero todo se remonta a Heródoto, el primero en informar de que los embalsamadores sacaban la mayor parte del cerebro a través de las fosas nasales usando una pieza de hierro doblada y luego terminaban disolviendo el resto con un «enjuague de productos químicos». En 2012, se halló un objeto identificado como «instru-

mento para extraer el cerebro» en el cráneo de una momia de veinticinco años. Probablemente se usase tanto para licuar como para retirar la masa encefálica, o así lo creen los investigadores.[14]

El embalsamamiento se llevaba a cabo lejos de la vista de los familiares, probablemente con acierto, pues en ocasiones sucedían accidentes. Veamos el ejemplo de la mujer cuyas mejillas quedaron hundidas tras la momificación. Se trataba de una sacerdotisa llamada Henttawy, de la Dinastía XXI, por lo que tuvo que vivir y morir en algún momento del siglo x a. e. c., esto es, hace unos tres mil años. Los embalsamadores le habían rellenado las mejillas con almohadillas de algodón, tal vez con la voluntad de darle un aspecto más vivo, siguiendo lo que parece ser la costumbre estética de la época. Pero en algún momento se excedieron en la cantidad y las mejillas se abrieron. Por supuesto, la sacerdotisa no consiguió quedarse en la otra vida porque su cuerpo ya no estaba intacto, pero nadie lo supo hasta que la momia fue desenrollada en tiempos ya modernos.[15]

Otras momias del Museo Británico, y de otros museos de Gran Bretaña, Alemania y Egipto, han sido sometidas recientemente a un nuevo examen mediante la técnica del TAC y el diagnóstico por imagen tridimensional, y se han obtenido algunas conclusiones interesantes. Las momias, tanto las de familias reales como las de los plebeyos, corresponden a diversos períodos entre 3500 a. e. c. y 700 e. c. y son de distintas edades, desde niños a adultos. Algunas tuvieron tatuajes, otras habían padecido dolencias de distinta naturaleza y casi todos presentan problemas dentales.[16] El análisis de una cantora llamada Tamut, de Tebas, momificada aproximadamente en 900 a. e. c., reveló que se habían ocultado entre las vendas amuletos protectores y que sus arterias contenían una placa calcificada, lo que le pudo provocar la muerte por infarto de miocardio o por un ictus.[17] Otras investigaciones prac-

ticadas sobre momias de animales desvelaron que una tercera parte conservaba muy poco de sus restos, si algo quedaba, y eso abrió un debate acerca las causas que pudieran motivarlo.[18]

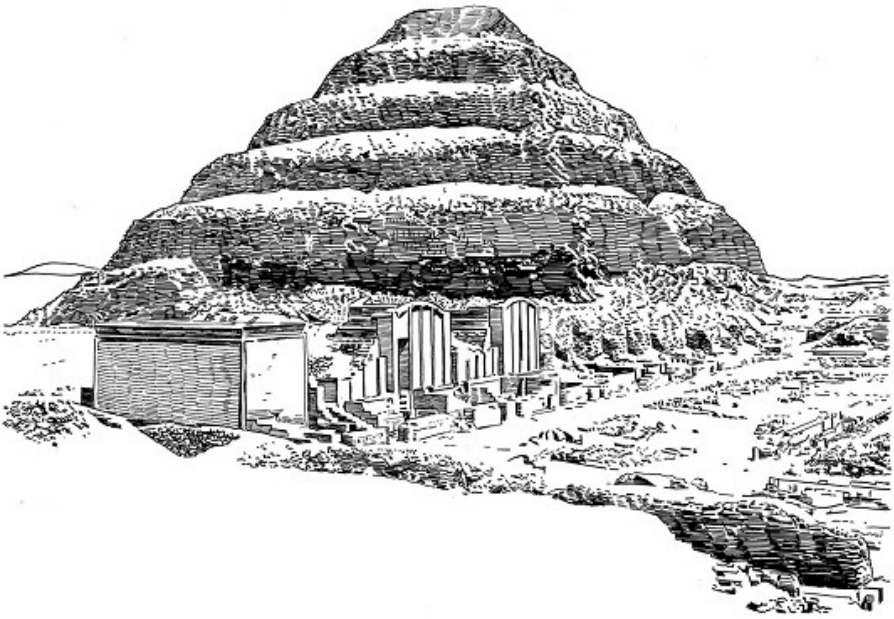
Los antiguos egipcios momificaban el cuerpo, pero luego también debían proteger la momia de los elementos. Por esta razón, hasta más o menos 3000 a. e. c., encontramos mastabas o bancos bajos hechos de ladrillos de adobe, que cubrían la tumba que albergaba a la momia. *Mastaba* significa 'banco' en árabe moderno; de ahí el nombre actual. De este modo, aunque una tormenta de arena azotase el cementerio y se llevase toda la tierra, la mastaba permanecería en su lugar y la momia no quedaría expuesta a los elementos... ni al picoteo de un pájaro o a las mandíbulas de una hiena o algún otro carroñero.

Tal vez este sea el motivo que, en último término, explica la construcción de las pirámides, varios siglos más tarde. Si bien no sabemos a ciencia cierta qué generó la idea de construir aquellos primeros monumentos, sí podemos afirmar que es altamente improbable que guarde relación con antiguos alienígenas.[19] Según los datos que poseemos, fue Djoser (o Zoser), un faraón de la Dinastía III, en los años posteriores a 2700 a. e. c., el primero que pidió a Imhotep, su visir (en otras palabras, su mano derecha), que crease algo un poco más majestuoso para su enterramiento. En respuesta a las demandas del faraón, se erigió la pirámide Escalonada, la primera que se construyera en Egipto. Parece que Imhotep, además del arquitecto, fue el médico personal de Djoser; más tarde se le reivindicaría como padre de la medicina egipcia, siendo deificado como dios sanador y, como tal, vinculado en épocas posteriores al dios griego Asclepio.

Cuando se contempla la pirámide Escalonada, se tiene la impresión de que Imhotep se limitó a tomar seis mastabas y a colocarlas una encima de la otra, reduciendo el tamaño de los bancos a medida que la construcción ganaba en altura; así, el resultado

fue una pirámide levantada por etapas o a peldaños.[20] El salto desde aquella pirámide de peldaños a las colosales construcciones posteriores de pulidos costados, que hoy vemos en las afueras de El Cairo, no es tan grande como puede parecer, ya que el único requisito consitía en rellenar los escalones y alisar las caras.

Sin duda, el tema da para mucho más que esto y aún hoy se debate acerca del modo en que los faraones construyeron las pirámides. Son muchos los especialistas que se decantan por la teoría de los bloques, las palancas y las poleas, tal como hacemos hoy para levantar piedras pesadas, pero existe otro grupo que prefiere la versión del arrastre de bloques mediante rampas de tierra que discurrirían en espiral, alrededor de la pirámide. Si recurrieron a este método, el último paso tras colocar los bloques finales en la parte superior consistiría en desmantelar estas rampas. Existen infinidad de hipótesis, entre ellas la que propone una rampa interna, construida dentro de la pirámide y que ahora ya no puede verse.[21] A partir de las réplicas realizadas en los últimos años, sabemos que, pese a que se necesitaron muchos bloques y muy pesados, la tarea no excedía la capacidad tecnológica de los egipcios. No es necesario recurrir a las fuerzas alienígenas.



Pirámide Escalonada de Djoser, en Saqqara.

Otra cuestión que no debemos perder de vista, sin embargo, es el hecho de que las pirámides de semejante tamaño no se levantaron aisladamente; por lo general, formaban parte de un complejo funerario mucho más grande, donde había además tribunales ceremoniales, santuarios religiosos y otros edificios, todos ellos dedicados a mantener vivo el recuerdo del faraón. En consecuencia, se preparó un complejo funerario para Djoser en el que la pirámide Escalonada es un elemento más del conjunto.

Otro tanto sucede en Guiza, a las afueras de El Cairo, donde se erigieron las tres pirámides egipcias más grandes. De la lista original de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo, esta es la única que aún sigue en pie, además de ser uno de los pocos elementos culturales de la Tierra que pueden verse con relativa facilidad desde la Estación Espacial Internacional.[22]

Estas tres pirámides datan de la Dinastía IV, la denominada «era de las pirámides», en el período del Reino Antiguo. Fueron construidas una tras otra, por la tríada compuesta de padre-hijo-

nieto, cuyos nombres son Jufu, Jafre y Menkaure, o como los llamaron después los griegos: Keops, Kefrén y Micerino. La primera, construida por Jufu (Keops) poco después de 2600 a. e. c., es la más antigua y la de mayor tamaño, por lo que hoy se la conoce como la Gran Pirámide. Sabemos que fue Jufu quien la hizo erigir, en parte gracias a los grafitos que los trabajadores dejaron en el interior, donde aparece su nombre.[23] La segunda pirámide, la construida por Jafre (Kefrén) es probablemente la que corresponde a la Esfinge, ya que esta se encuentra en lo que originalmente fuera la entrada al complejo funerario de este faraón. La tercera, y también la más pequeña, fue encargada por Menkaure (Micerino). Entrar en esta pirámide provoca una experiencia extremadamente claustrofóbica de la que puedo dar fe; yo no soy especialmente alto, pero aun así tuve que bajar la cabeza para no golpearme con el techo, y mis hombros rozaban las paredes a ambos lados cuando avanzaba por uno de los pasillos del interior. Recuerdo claramente la opresiva sensación de tener toneladas y toneladas de roca sobre mí.

La más famosa de las tres es la Gran Pirámide. Probablemente las labores de construcción se desarrollaron durante un período de entre diez y veinte años, pero es poco probable que fuera erigida por esclavos (y en modo alguno por esclavos hebreos, como en ocasiones se ha dicho, porque estos monumentos funerarios se levantaron al menos ochocientos años antes de la fecha que aparece en la historia bíblica de José, según la cual condujo a los hebreos a Egipto).

Heródoto, el historiador griego que describió el proceso de momificación, sostiene que se necesitaron cien mil personas trabajando en cuatro turnos anuales para edificar una pirámide de aquellas características.[24] Las excavaciones abiertas desde la década de 1990 en los barrios de los trabajadores y en los cementerios de las inmediaciones de las pirámides hacen pensar que la

mano de obra estaba integrada, probablemente, por campesinos, granjeros y otros miembros de las clases más modestas, asalariados que buscaban un empleo en la temporada baja, tras haber realizado la cosecha, y que recibían un trato correcto.[25] Sumado al grupo de obreros estacionales, existía un contingente permanente de varios miles de constructores profesionales que dirigían las obras y ofrecían sus conocimientos técnicos. Las pirámides fueron, en esencia, colosales proyectos de la obra pública, en la medida en que su edificación habría supuesto para las arcas reales una inconmensurable cantidad de ingresos.

Sin duda alguna, se requirió una fuerza de trabajo nada desdeñable, debido al elevado número de bloques de piedra necesarios para cada pirámide. En un principio, la Gran Pirámide medía probablemente casi 150 metros de altura y cerca de 230 metros por lado. Está formada por 2,3 millones de bloques, algunos de varias toneladas de peso. Se calcula que la pirámide completa pesa casi seis millones de toneladas. Originariamente, el acabado consistía en un recubrimiento exterior de piedra caliza blanca, pero aquellos bloques desaparecieron hace mucho tiempo y buena parte fueron reaprovechados para construcciones posteriores, tanto en El Cairo como en los pueblos de los alrededores de las pirámides.[26]

En el interior de esta pirámide hay varios pasillos y cámaras cuya utilidad es aún objeto de estudio y debate, aunque parece que la entrada y el pasillo originales conducían a la sala donde habría sido enterrado el rey, por debajo del nivel del suelo. No obstante, cabe la posibilidad de que se alterase este plano, porque existe otro pasadizo que se dirige hacia lo alto, hacia lo que se conoce como la «gran galería», y después comunica con la cámara del rey, donde aún se halla un gran sarcófago de granito.

Existen también dos aberturas estrechas que parten de la cámara del rey y se orientan hacia todos los costados de la pirámide. Dichas galerías solían considerarse conductos de ventilación, aunque algunas teorías modernas les atribuyen también un propósito ritual. En los últimos años se les ha dado un buen uso, pues en un momento dado se observó que la gran afluencia de turistas estaba generando problemas debido a la humedad desprendida por la respiración de tantas personas. Los aparatos de aire acondicionado (o los extractores) se ubicaron en estas aberturas para extraer el aire húmedo y traer al interior el aire seco del desierto, con lo que se resolvió el problema casi de inmediato. Así que, quien se halle en el interior de la Gran Pirámide y crea oír el zumbido de un aire acondicionado, tranquilo, no son imaginaciones.

En cuanto a la Esfinge, se yergue a la entrada de la segunda pirámide, la de Jafre, y los egiptólogos han observado un parecido entre esta y las estatuas de dicho faraón. No tiene diez mil años, como defienden algunos aficionados, sino que su datación corresponde a 2550 a. e. c., aproximadamente. Está ubicada en una de las canteras de donde los egipcios obtenían los bloques para las pirámides, pero fue abandonada porque el núcleo del cuerpo estaba «podrido», es decir, la piedra no tenía la calidad suficiente como para ser empleada como material de construcción. Así pues, se modeló el núcleo para darle la apariencia de un cuerpo y luego se añadieron bloques para formar las patas, la cabeza y el rostro.

Ya en la Antigüedad fue objeto de una excavación, pues el faraón Tutmosis IV dejó una inscripción en la que afirmaba que, siendo él todavía un joven príncipe, se había quedado dormido a la sombra de la Esfinge, enterrada hasta el cuello en la arena. Esto habría sucedido en torno a 1400 a. e. c. En un sueño, la Esfinge le habría revelado que, si retiraba la arena, ella lo convertiría en rey

de Egipto. El joven ordenó que extrajesen la arena y arreglasen los bloques más afectados. Cuando finalmente fue nombrado rey, dejó entre las patas de la escultura lo que hoy denominamos la «estela del sueño», y allí fue donde la encontraron los egiptólogos modernos.[27]

Cuenta la leyenda que la nariz de la Esfinge desapareció porque las tropas de Napoleón le dispararon en 1798 o en 1799. Es una falsedad, sin más. Aunque aquellas tropas usaron la Esfinge como blanco para sus prácticas de tiro, la nariz ya había desaparecido tiempo atrás. Según al-Maqrizi, el historiador árabe del siglo XV, un gobernante musulmán sufí la partió en 1378 porque los campesinos egipcios le llevaban ofrendas y le dispensaban un trato propio de un ídolo pagano.

Hoy día se aplican nuevas tecnologías en la investigación de algunos de los rasgos arquitectónicos más destacados, como la tumba del rey Tutankhamón y algunas de las pirámides: desde la pirámide Acodada y la pirámide Roja en Dahshur, hasta la Gran Pirámide de Jufu en Guiza. En 2015, sin ir más lejos, científicos egipcios, japoneses, canadienses y franceses recurrieron a la termografía infrarroja para determinar algunas anomalías curiosas en varias pirámides, como por ejemplo las diferencias de temperatura entre los diferentes bloques de piedra. Los datos térmicos pueden desvelar cavidades o algún tipo de estructura interna que no se había observado previamente.[28]

Los científicos también están usando la radiografía de muón, que ofrecería datos adicionales sobre estas posibles cavidades. Los colectores de muones, o detectores, miden partículas cósmicas que pueden pasar a través de estructuras sólidas, pero también pueden indicar dónde están los huecos o cavidades del interior. Esta técnica se empleó ya en una pirámide maya de Belice, en 2013. A finales de 2015 se colocaron durante cuarenta días cuarenta placas de muones, que abarcan un radio de un metro cua-

drado, en la cámara inferior de la pirámide Acodada de Dashur, construida un siglo antes que las más famosas de Guiza. Los resultados, publicados en abril de 2016, eran prometedores, pues mostraban claramente la segunda cámara que ya conocemos y descartaban la posibilidad de otras salas aún ocultas en su radio de acción. Se abre un nuevo capítulo, por tanto, en las investigaciones de la Gran Pirámide.[29] De todo ello se desprende que las pirámides, que están ahí desde los inicios de la arqueología y la egiptología, vuelven a situarse a la vanguardia de las exploraciones en este campo.

En general, esta excursión al mundo del antiguo Egipto pretendía arrojar algo de luz sobre los notables logros de esta gran civilización, así como sobre algunos de los descubrimientos más recientes y sobre las nuevas tecnologías aplicadas en nuestro tiempo. Espero que ahora el lector se sienta más capacitado para juzgar algunas de las afirmaciones lanzadas con respecto a los antiguos egipcios —en especial las referidas a los tres grandes temas: pirámides, momias y jeroglíficos— ya sea desde internet, la televisión o bien desde otras fuentes escasamente informadas: amigos y vecinos. No obstante, debemos tener presente que los egiptólogos no solo abordan estas cuestiones de interés general, ni mucho menos: entre los apasionantes artículos presentados por los eruditos en el congreso anual del ARCE en 2016 (Centro Norteamericano de Investigación en Egipto) se leían títulos como: «La realeza durante el Tercer Período Intermedio», «Prácticas de enterramiento durante el Reino Nuevo en la Frontera Oriental en Tell el-Borg, II parte», «La mecánica de las inscripciones rupestres de la realeza egipcia», y otros temas que no siempre llegan a ganar el protagonismo en los programas especiales de televisión.[30]

4
Misterios en Mesopotamia

Reina Puabi, Ur.

En 2001, el Museo Británico organizó una exposición titulada «Agatha Christie y la arqueología». Aunque la escritora debe su fama, fundamentalmente, a sus novelas de misterio, incluidas las de Hércules Poirot, en una ocasión afirmó: «El mejor marido que puede tener una mujer es un arqueólogo. Cuanto más envejece ella, más interés muestra él».[1]

Agatha Christie sabía bien lo que decía. Muchas personas han leído al menos una de sus historias de misterio, si no más, pero pocos saben que estaba casada con el arqueólogo Max Mallowan, la mano derecha de Leonard Woolley en el yacimiento de Ur, en el Irak actual. En 1930, cuando Mallowan tenía treinta y seis años y ella cuarenta, Agatha viajó hasta las excavaciones porque se sentía cautivada —como el resto de Inglaterra en aquella época — por el anuncio del descubrimiento del famoso cementerio real de Ur. Había acudido allí con la intención de ver los hallazgos en persona, pero al final concluyó que Mallowan la seducía aún más que las propias ruinas; celebraron la boda seis meses después.

Tras formalizar el matrimonio, sin embargo, la esposa dejó de ser bien recibida en el yacimiento arqueológico. En consecuencia, ambos abandonaron la zona de Ur y decidieron iniciar sus excavaciones en otra parte. Desde entonces, ella acompañaba a su esposo en la mayoría de sus investigaciones y fue durante aquellas estancias cuando escribió el grueso de sus novelas, si no estaba atareada procesando los materiales que ambos recuperaban del subsuelo.

En cuanto al motivo del rechazo en Ur, tras el matrimonio con Mallowan, se cuenta *sotto voce* que la esposa de Woolley, *lady* Katharine Woolley, no deseaba compartir la atención de los hombres del yacimiento con ninguna otra persona.[2] No obstante, parece que Agatha no tardó en cobrarse la venganza: se dice que Louise, la primera persona que muere asesinada en *Asesinato en Mesopotamia*, es un personaje inspirado en *lady* Woolley, básicamente por la descripción que la presenta como una «hermosa pero difícil esposa de arqueólogo». Según se cuenta, quienes estaban al caso del asunto identificaron de inmediato a Louise con *lady* Katharine, a quien todo aquello no pareció importarle lo más mínimo.

El yacimiento de la antigua ciudad de Ur está ubicado junto al río Éufrates, al norte del punto en que la corriente desemboca en el golfo Pérsico. Esta es la región conocida como Mesopotamia, nombre compuesto a partir de los términos griegos *meso* y *potamia*, que designan la porción de tierra que está «entre los ríos»: el Tigris y el Éufrates.

Ur ya era un emplazamiento famoso en la Antigüedad, habitado de forma ininterrumpida desde 6000 hasta 400 a. e. c., cuando fue finalmente abandonado tras la variación del curso del río Éufrates. Durante la Edad del Bronce, a partir de 3000 a. e. c., la ciudad exhibió todas las características propias de una ciudad mesopotámica, donde no faltaban las estructuras religiosas conocidas

como zigurats, que se alzaban hacia el cielo. Woolley identificó aquel lugar como el «Ur de los caldeos», que el Génesis vincula con el patriarca Abraham, pero nadie sabe si estaba en lo cierto al respecto.[3]

Woolley y Mallowan empezaron a excavar en 1922, el mismo año en que Carter descubrió la tumba del faraón Tutankhamón en Egipto, pero las labores de recuperación del cementerio no se iniciaron hasta mediada la quinta temporada de excavaciones, en 19261927. Un poco más adelante, entre 1927 y 1929, ambos arqueólogos desenterrarían las dieciséis tumbas reales que les valdrían la fama. Una vez concluido el trabajo, incluidas las últimas excavaciones dirigidas por Woolley en solitario a partir de 1931, se habían rescatado alrededor de 1.850 enterramientos aún intactos en la zona del cementerio. Los enterramientos reales, por tanto, constituyen tan solo un porcentaje ínfimo de las tumbas que salieron a la luz.[4]

Los enterramientos reales de Ur están datados en torno a 2500 a. e. c., casi a la par que las pirámides de Giza, y si bien el resto de entierros del cementerio eran notablemente sencillos, las tumbas regias causaron una gran impresión. Por lo general, estas contaban con una sala de piedra, abovedada o en arco, donde se colocaba el cuerpo real. La cámara se encontraba en el fondo de un profundo pozo y solo era posible acceder a ella a través de una empinada rampa que partía de la superficie. El ajuar funerario, con sus objetos preciosos, se encontró casi todo en la cámara funeraria junto al cuerpo, y los vehículos rodados, los bueyes y los asistentes fueron hallados en la sala y en el foso exterior.[5]

Las fosas funerarias estaban llenas de cadáveres: una de ellas albergaba más de setenta cuerpos de sirvientes que habían muerto asesinados para acompañar a su amo o a su dueña en el más allá; en otra había más de sesenta cuerpos; y en una tercera se contabilizaron cuarenta. Casi todos los cadáveres eran de muje-

res, aunque había algunos hombres. Woolley dio por hecho que, tras descender por la rampa hasta el pozo, aquellas personas ingerían un veneno, pero las tomografías computarizadas realizadas en 2009 en la Universidad de Pensilvania sobre algunos de los cráneos indican que parte de aquellas personas habían fallecido por la acción de un instrumento afilado en la zona posterior de la cabeza, justo debajo y detrás de la oreja, mientras todavía estaban vivas.[6] La muerte debió de ser instantánea.

Los artículos funerarios que Woolley y Mallowan encontraron junto a los cuerpos reales eran asombrosos, a pesar de que muchas de las tumbas habían sido víctimas de saqueos en la Antigüedad. Recuperaron tiaras y joyas de oro y lapislázuli, dagas de oro y electro, incluido un casco de oro, probablemente ceremonial, ya que estos artefactos no son muy aptos para frenar una espada o un hacha en combate. También había delicadas esculturas, como el par de figuras que representan a una cabra encaramada a un árbol (normalmente denominada «carnero en un matorral» por las similitudes que guarda con la historia bíblica del sacrificio de Isaac). Una de estas hermosas esculturas se encuentra ahora en el Museo Británico; la otra, en el de la Universidad de Pensilvania, en Filadelfia.

Los excavadores de Ur también desenterraron los restos de un arpa de madera con incrustaciones de marfil y lapislázuli, que Woolley reconstruyó más tarde. Una de las tumbas reales contenía además una caja de madera, también con incrustaciones en la parte frontal y trasera que el arqueólogo bautizó como el estandarte de Ur; vio las escenas retratadas donde se presenta una posible batalla, luego un botín que se entrega al rey y, por último, el banquete festivo e imaginó que el artefacto tal vez fuera una suerte de pendón, como los que exhibirían los romanos siglos más tardes, colgado en lo alto de un palo que portaban los guerreros al frente de la tropa. En la escena del banquete, por otra

parte, aparece un músico que sostiene un arpa, motivo que inspiró a Wolley para su reconstrucción del instrumento. Por supuesto, aquellas pinturas también podían ser el retrato de otra cosa y la caja sería simplemente eso, una caja, en lugar de un «estandarte». De hecho, los debates y la polémica al respecto de la interpretación de este y otros objetos aún continúan vivos en la actualidad, casi un siglo después de que Wooley y Mallowan abriesen las tumbas reales.

Woolley y Mallowan no fueron los primeros en encontrar objetos maravillosos en los antiguos yacimientos de Mesopotamia. Mediada la década de 1800, al amparo de instituciones como el Museo Británico y el Louvre, se llevaron a cabo excavaciones en el territorio del actual Irak dirigidas por profesionales de la talla de Austen Henry Layard y Paul Émile Botta, en emplazamientos como Nínive y Nimrud, capitales del imperio asirio en los siglos VIII y VII a. e. c., que consiguieron para los museos magníficas piezas como los colosales toros alados, los frisos de león y otras piezas que hoy se exhiben en las salas de aquellos museos.[7] Los museos alemanes y estadounidenses también participaron con el patrocinio de expediciones a la región y sufragando el coste de excavaciones en otros yacimientos como Babilonia, Uruk y Nippur.

Los arqueólogos también contaban con la ayuda de epigrafistas —especialistas en escritura antigua— como el erudito británico Henry Rawlinson, que colaboró en el desciframiento de la escritura cuneiforme en la década de 1830.[8] Se trata de un sistema de escritura en forma de cuña, como indica el propio término. Era el alfabeto empleado para escribir textos acadios, babilónicos, hititas, persas antiguos y otras lenguas de Oriente Medio antiguo, del mismo modo que hoy el alfabeto latino nos sirve para escribir en inglés, francés, alemán, italiano, español, etc. Rawlinson, oficial del ejército británico destacado en la región del ac-

tual Irán, desveló el secreto de la escritura cuneiforme como Champollion hiciera con los jeroglíficos egipcios, traduciendo una inscripción trilingüe. En el caso de Rawlinson, el texto estaba escrito en persa antiguo (una lengua que se ha conservado hasta época moderna), elamita (otra lengua de la Persia antigua, pero que hace tiempo cayó en desuso) y en babilonio. Las inscripciones habían sido grabadas por orden del emperador Darío el Grande de Persia en 519 a. e. c., a 122 metros por encima del suelo del desierto, en la pared de un acantilado en el emplazamiento de Behistún, en Irán.

La historia más repetida es la que contó el propio Rawlinson.[9] Al parecer, tras doce años (entre 1835 y 1847) dedicado a copiar los caracteres descolgándose por la montaña en escaleras de cuerda y andamios, el epigrafista decidió contratar a un «jovencito kurdo» para que se deslizase con una cuerda desde lo alto y copiase las últimas líneas de aquella extensa inscripción. El chico tuvo que balancearse de un extremo al otro y recorrer la cara vertical del acantilado hasta poder encontrar un asidero desde el que tomar nota de los últimos fragmentos.

En 1837, cuando el proyecto llevaba tan solo dos años en marcha, Rawlinson ya había descubierto cómo leer los dos primeros párrafos de la parte escrita en persa antiguo. Publicó sus conclusiones en unos artículos que aparecieron en 1837 y 1839, anticipándose a los de otros colegas, entre ellos, un párroco irlandés que también había estado trabajando en aquellos textos. Según se cuenta, Rawlinson tardaría veinte años más en descifrar el babilonio y el elamita y, a la postre, poder leer la inscripción en su totalidad.[10]

Entre tanto, en diciembre de 1842, Paul Émile Botta inició las primeras excavaciones arqueológicas en la región que hoy ocupa Irak. Aunque por nacimiento era italiano, en aquel momento ostentaba el puesto de cónsul francés en Mosul, condición que le

permitió dirigir los trabajos en el campo arqueológico en nombre del Museo del Louvre de París. A esta actividad dedicó casi todo su tiempo, con el respaldo de sus superiores en Francia.[11]

Las primeras tentativas de Botta se centraron en el conjunto de los montículos denominado Kuyunjik, situados al otro lado del río frente a la ciudad de Mosul. Allí no consiguió gran cosa y optó por abandonar el lugar, en lo que luego se demostraría una decisión precipitada.

Supo por uno de sus trabajadores que se habían descubierto algunas esculturas en un yacimiento denominado Jorsabad, situado a unos veinte kilómetros al norte. En marzo de 1843, empezó a cavar allí, con un éxito inmediato, pues tan solo una semana después ya había empezado a desenterrar un espectacular palacio asirio. Al principio, creyó haber dado con los restos de la antigua Nínive, pero hoy sabemos que Jorsabad es el yacimiento de Dur Sharrukin, la capital de la ciudad de Sargon II, el rey asirio que gobernó entre 721 y 705 a. e. c.[12]

En cuanto a Austen Henry Layard, no era su intención dedicarse a excavar en Mesopotamia, al menos no en un principio. En 1839, a los veintidós años de edad, había partido de viaje desde Inglaterra con un amigo rumbo a Ceilán (hoy Sri Lanka). Pasaron por Turquía y, tras visitar Jerusalén, Petra, Alepo y otras ciudades antiguas, en mayo de 1840 llegaron a Mosul.[13] Allí, el gusanillo de la arqueología hizo presa en Layard, que empezó a mostrar interés por las excavaciones de los montículos al otro lado del río, pero habrían de pasar aún unos cuantos años hasta que comenzase sus propias investigaciones sobre el terreno.

Las primeras empresas arqueológicas de Layard comenzaron en 1845, en Nimrud, que él creía la antigua Nínive. El sitio se hallaba a unos pocos kilómetros río abajo desde Mosul. Para engañar al responsable local, un déspota tuerto y con una sola oreja

llamado Mohammed Pasha, Layard fingió ir a una expedición de caza, aunque escondió entre los pertrechos sus herramientas arqueológicas.[14]

Una vez en el lugar escogido, pasó la primera noche en la cabaña de un jefe de la aldea, soñando con lo que podría encontrar. Más tarde lo describiría como «visiones de palacios enterrados, monstruos gigantescos, figuras esculpidas e inscripciones infinitas».[15] Su imaginación acabó revelándose premonitoria, pues en los años venideros daría con todos aquellos artefactos y algunos más.

Al día siguiente por la mañana empezó a cavar. Contaba con un equipo integrado por seis trabajadores de la localidad, a quienes dividió en dos equipos. Estos iniciaron sus labores en dos zonas muy apartadas del montículo. Antes de que cayera la noche, los dos grupos habían encontrado salas cuyas paredes estaban repletas de inscripciones; sin embargo, estas estancias no correspondían a un palacio, sino a dos. Layard, en un solo día, no dio con un palacio asirio, sino con dos; los que hoy conocemos como palacio noroeste y palacio suroeste. De resultas de aquel éxito, decidió doblar el número de hombres y contrató a once trabajadores, a los que se sumarían otros más adelante y llegaría a tener un total de treinta asalariados.[16]

A partir de las inscripciones descubiertas por Layard, llegó a esclarecerse que un gobernante llamado Asurnasirpal II había edificado el palacio noroeste. Dos siglos más tarde, otro mandatario, esta vez de nombre Esarhaddon, erigió el denominado palacio suroeste. En el yacimiento existe también un palacio central, que se descubrió después, construido por orden de Tiglath-Pileser III. Salmanasar III, el hijo de Asurnasirpal II, encargó además la construcción de otros edificios y monumentos en la zona. En total, aquellos dirigentes levantaron sus estructuras arquitectónicas en un lapso de más de dos siglos, entre 884 y 669 a. e. c.

Después de Layard se han realizado excavaciones en Nimrud casi hasta nuestros días. En marzo de 2015, sin ir más lejos, cuando los militantes del Estado Islámico difundieron las grabaciones, se emitieron en un noticiario vídeos en los que ellos mismos aparecían destrozando restos del yacimiento con una excavadora y un martillo hidráulico y destruyendo objetos procedentes de Nimrud en el Museo de Mosul.[17]

Layard publicó un libro con los espectaculares hallazgos de Nimrud, entre los que figura el obelisco negro de Salmanasar III, un pilar de más de dos metros de altura cubierto de inscripciones en las que se da cuenta de las gestas del rey y se menciona al Jehú bíblico, el rey de Israel. El libro apareció en 1849 y sirvió para consolidar de inmediato la reputación de Layard como arqueólogo, intrépido aventurero y entregado escritor. Tituló su obra *Nineveh and Its Remains* [Nínive y sus restos], pues estaba convencido de que se trataba de aquel lugar. El título fue una elección desafortunada, porque cuando Rawlinson descifró las inscripciones, se puso de manifiesto que la antigua ciudad era, en realidad, Kalhu, la Calah bíblica, en lugar de Nínive.[18]

Kalhu era la segunda capital establecida por los asirios durante casi 175 años, entre 879 y 706 a. e. c., mientras que Asur ocupaba el primer puesto. Después, Sargón II trasladó la capital a Dur Sharrukin durante un breve lapso de tiempo y, más tarde, Senarquerib la estableció en Nínive. Pero ¿dónde estaba Nínive? Nadie la había encontrado aún.

En 1849, Layard regresó a Mosul para iniciar una segunda temporada en las excavaciones, que se prolongó hasta 1851. En esta ocasión, puso el centro de interés en Kuyunjik, el montículo que Botta había abandonado siete años antes. Ahora contaba con dinero suficiente para contratar hasta trescientos trabajadores, diez veces más que los de Nimrud.[19]

Layard tuvo más suerte que Botta. Al punto, sus hombres comenzaron a desenterrar las paredes con relieves e imágenes de lo que resultó ser un palacio construido por orden de Senaquerib, que gobernó entre 704 y 681 a. e. c. Al principio, Layard lo denominó sencillamente «palacio suroeste». En su interior halló lo que conocemos como «biblioteca real»: dos grandes salas donde había un montón de 30 centímetros de grueso de tablillas de arcilla en el suelo. Al traducirlas, se descubrió el verdadero nombre de aquel lugar: Palacio sin Rival. Por fin, la traducción de Rawlinson de aquellas tabillas confirmó que se trataba de la auténtica Nínive, pues Senaquerib había trasladado la capital asiria de Dur Sharrukin a Nínive tras ascender al trono.[20]

Hoy día, el palacio de Senaquerib debe su fama a la sala conocida como «sala de Laquis». Aquí fue donde Layard encontró los relieves de pared, con imágenes e inscripciones sobre las losas de piedra, en las que se representaba la toma por parte de Senaquerib de la ciudad de Laquis en 701 a. e. c. En aquel entonces, esta era la segunda ciudad más poderosa de Judá y Senaquerib la asaltó antes de sitiar Jerusalén.

La toma de Laquis se describe en la Biblia hebrea (Reyes II, 18: 13-14), al igual que el sitio de Jerusalén. Con el descubrimiento de Layard se confirmó casi por primera vez un suceso bíblico por medio de fuentes externas a las Sagradas Escrituras, es decir, de forma «extrabíblica».

Casi treinta años antes del hallazgo de Layard, lord Byron había inmortalizado el relato bíblico en su poema «La destrucción de Senaquerib», publicado en 1815:

> Bajaron los asirios como al redil el lobo:
> brillaban sus cohortes con el oro y la púrpura;
> sus lanzas fulguraban como en el mar luceros,
> como en tu onda azul, Galilea escondida.[21]

Las excavaciones posteriores efectuadas en aquel emplazamiento real, en el territorio que hoy es Israel, durante la década de los años treinta y, de nuevo, en la de los setenta y ochenta, confirmaron la destrucción de la ciudad en torno a 701 a. e. c. Salió a la luz, además, una rampa de asedio asiria, construida con toneladas de tierra y rocas, muy similares a las que aparecen en los relieves de Senaquerib.[22]

Los relieves de Nínive, por otra parte, están plagados de escenas truculentas, donde se observan presos con la lengua fuera, desollados en vida, junto a cabezas decapitadas y clavadas en un poste. Está universalmente aceptado que los asirios cumplían sus amenazas y que cometieron atrocidades de este tipo, pero probablemente esta representación del palacio de Senaquerib obedezca a fines propagandísticos: para disuadir a otros reinos de la idea de alzarse contra ellos. Cabe pensar que se invitaba a los embajadores extranjeros a contemplar esta sala y que luego se les permitía regresar a casa, donde entregarían el mensaje de que no debían intentar rebelarse contra los asirios ni contrariarlos en modo alguno.[23]

En la excavación de este palacio de Nínive, Layard señaló que «en el magnífico edificio he abierto no menos de setenta y una salas, cámaras y corredores cuyas paredes estaban revestidas, casi sin excepción, con planchas de alabastro esculpidas». Calculaba que sus obreros habían cavado suficientes túneles como para dejar al descubierto cerca de tres kilómetros de paredes, además de las veintisiete entradas formadas por toros alados y esfinges de león de tamaño colosal.[24]

Deberíamos notar, sin embargo, que Layard era de profesión diplomático, no arqueólogo, como Botta. Brian Fagan declaró sin rodeos: «Botta y Layard fueron unos excavadores terribles para los parámetros actuales».[25] Layard, en concreto, excavó «resiguiendo los muros», algo que hoy día no se practica en arqueolo-

gía. Sus hombres abrían una zanja en cualquier parte del montículo y proseguían hasta dar con un muro de piedra para continuar luego resiguiendo el trazado de la pared; cuando esta se unía a otra, giraban y hacían lo propio hasta haber completado las cuatro esquinas. Botta y los suyos hicieron esencialmente lo mismo.

Con este tipo de excavación, Layard descubrió buena parte de las placas inscritas que conformaban estas paredes, así como las colosales estatuas, pero a menudo dejaba el centro de las salas sin excavar. Tampoco demostró especial interés en las cerámicas que extrajeron sus hombres en el transcurso de las labores arqueológicas. Muchas de las losas fueron enviadas al Museo Británico, donde hoy pueden contemplarse expuestas. Otras, rescatadas allí, en Nimrud y en Jorsabad, terminaron en colecciones de museos de todo el mundo, entre ellos los de la Universidad de Dartmouth y de Amherst, en Estados Unidos.

El envío de todas aquellas piezas al Museo Británico, o al Louvre en el caso de Botta y de Victor Place, su sucesor, requirió un gran esfuerzo. Los hallazgos de Botta se exhibieron en el Louvre en mayo de 1847, en lo que supuso un pequeño revés para Layard y el Museo Británico, por una cuestión de meses, ya que los suyos no estuvieron expuestos hasta septiembre de aquel mismo año. Para trasladar las piezas a Francia, Botta llegó a construir un vagón con unas ruedas de noventa centímetros de ancho, que a la postre resultó demasiado pesado y ni siquiera doscientos obreros pudieron moverlo.[26] Layard tuvo que enfrentarse a problemas similares para que sus hallazgos llegasen a Inglaterra.[27]

Victor Place, que reemplazó a Botta en Jorsabad, fue el menos agraciado por la fortuna. Mientras se hallaba al cargo de la supervisión del traslado de un importante cargamento —entre doscientas y trescientas cajas llenas de antigüedades—, este se perdió en el río Tigris y no llegó a Francia hasta mayo de 1855.[28] Unos

piratas interceptaron el convoy en el Tigris tras haber hecho escala en Bagdad. Al ver que no se trataba de piezas de oro, como venganza volcaron el navío y masacraron a buena parte de la tripulación.

Las cajas repletas con los maravillosos e insustituibles hallazgos antiguos fueron a parar directamente al fondo del río: cerca de ciento veinte piezas de Jorsabad y otras sesenta y ocho esculturas del palacio de Senaquerib en Nínive que Place pudo mandar al Louvre previa autorización de los británicos, pues estos habían sido los verdaderos responsables de la recuperación. Había además materiales procedentes de otros lugares de Mesopotamia, extraídos por una expedición francesa en Babilonia. Al final, se encontraron solo setenta y ocho cajas, lo cual, a decir de Seton Lloyd, uno de los arqueólogos británicos más destacados de los últimos tiempos, fue «uno de los peores desastres de la historia de la arqueología».[29] La moderna tecnología de detección remota podría resultar aquí de gran utilidad para proseguir con las labores de dragado del río.

Toro alado con cabeza de hombre de Dur Sharrukin (hoy Jorsabad).

Los hallazgos continuaron aflorando. En 1853, dos años antes del desastre del Tigris, Hormuzd Rassam, arqueólogo nativo de la región y protegido de Layard hasta el punto de sucederle en su puesto al frente de las excavaciones de Nínive, descubrió el palacio de Asurbanipal en el yacimiento, ante la atónita mirada de Victor Place, que también estaba cavando allí. Asurbanipal era el nieto de Senaquerib y gobernó entre 668 y 627 a. e. c. Rassam y sus obreros excavaron en secreto durante tres noches consecuti-

vas en la zona del montículo en disputa; cuando en sus zanjas empezaron a distinguirse las paredes y las esculturas del palacio, Place no podía ya sino felicitar al equipo rival por el hallazgo.[30]

Una vez en el interior de los restos arquitectónicos, Rassam dio con la nutridísima biblioteca de textos cuneiformes, como le sucediera a Layard antes en el palacio de Senaquerib. Suele considerarse que los archivos estatales de Asiria —un total de veinticinco mil tablillas— estaban repartidos en las dos edificaciones, aunque mediaran dos generaciones entre los palacios; hoy las tablillas se encuentran todas en el Museo Británico.[31]

Los textos descubiertos por Rassam en este palacio provienen de lo que suele denominarse la biblioteca real. Además de los documentos de Estado, que nos ofrecen un cuadro general de la política, la economía y las condiciones sociales del imperio asirio, hay también textos religiosos, científicos y literarios recogidos o copiados de todas partes del imperio por escribas que satisfacían el deseo expreso de Asurbanipal.[32] Estos constituían una de las mayores bibliotecas del mundo antiguo, en la línea de las de Pérgamo o Alejandría siglos más tarde. Algunas de aquellas tablillas contenían la *Epopeya de Gilgamesh* y la historia del diluvio de Babilonia.[33]

La historia del diluvio fue traducida por primera vez por George Smith, un grabador de billetes de banco de Londres que también hacía sus pinitos como asiriólogo en el Museo Británico. En 1872, casi veinte años después de que Rassam diese con las tablillas por primera vez, Smith comenzó a reconstruir una de las tablillas fragmentarias. Cual no sería su sorpresa al reconocer en ella el relato de un gran diluvio, muy similar al de la Biblia hebrea y su superviviente, Noé. En el texto que Smith manejaba, que al final resultó ser la undécima tablilla de la *Epopeya de Gilgamesh*, el afortunado no era un tal Noé sino otro hombre llamado Utna-

pishtim. Cuando se anunció el descubrimiento en un congreso de la Sociedad de Arqueología Bíblica, en diciembre de 1872, Londres vibró presa de un gran entusiasmo.

La parte negativa, sin embargo, era la ausencia de un fragmento de notables dimensiones en el centro de la tablilla, precisamente en el espacio en que la historia cobra mayor interés. En consecuencia, el *Daily Telegraph*, uno de los periódicos de la época, prometió entregar mil libras esterlinas a quien recuperase el trozo que faltaba. El propio Smith decidió aceptar el reto, pese a no haber puesto antes un pie en Mesopotamia y carecer de formación arqueológica. A la semana de haber llegado a Nínive, ya tenía la pieza perdida en su poder.[34]

¿Cómo diablos lo había logrado? Al final, todo había sido muy sencillo. Consideró la posibilidad de que quizá los trabajadores que habían extraído los otros fragmentos hubieran perdido esta pieza en concreto; antes de iniciar nuevas labores de excavación en el montículo, decidió rebuscar «en el montón de los escombros», el típico montículo que se forma en todas las excavaciones cuando los trabajadores vuelcan la tierra extraída.

En buena ley, entre estos desechos no deberían quedar restos de objetos antiguos, pero en el caso de Nínive se encontraron a docenas, puesto que los obreros habían cavado muy rápido y con frecuencia fueron descuidados en la selección de las piezas halladas, ya se tratase de cerámica o de tablillas de arcilla. Smith no solo dio con lo que había ido a rescatar, sino que también recuperó cerca de trescientos fragmentos más de otras tablillas abandonadas y descartadas por los mismos obreros. A su regreso a Londres, la pieza que faltaba encajó a la perfección en la tablilla del texto del diluvio.

Pero aquella era solamente una de las numerosas versiones de este relato. En 2014, el asiriólogo del Museo Británico, Irving Finkel, anunció haber encontrado otro texto de la historia del dilu-

vio. En esta versión, quien sobrevive es un hombre llamado Atrahasis. De la tablilla de Finkel, el rasgo más interesante tal vez sea la descripción que se ofrece del arca, en forma redondeada, opuesta a la imagen que nos es familiar. Este ejemplar se encontraba en una colección privada y su propietario permitió que Finkel la examinase por primera vez en 1985, aunque no el tiempo suficiente para que este preparase una traducción. Hubo que esperar hasta 2009 para que el estudioso pudiera acceder nuevamente a ella y empezar a traducirla.[35]

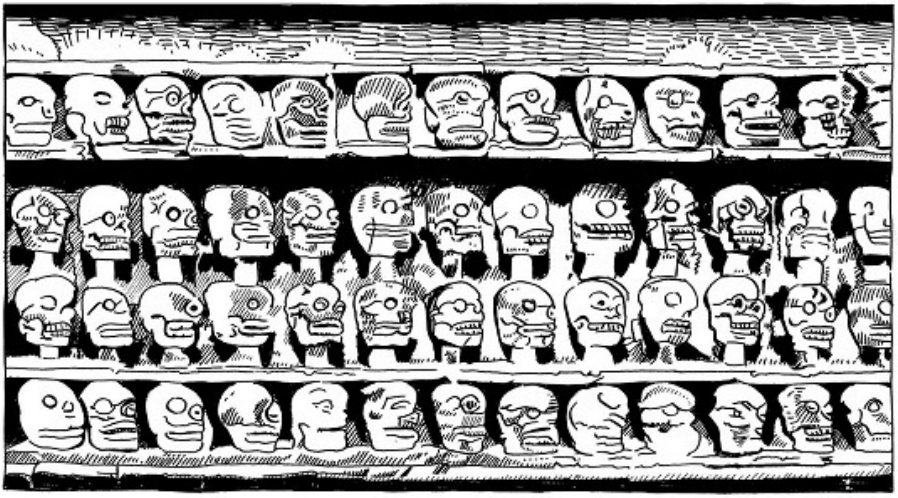
Las misiones arqueológicas del siglo XIX en Nimrud, Nínive y Jorsabad, y más tarde en Ur, Babilonia, Nippur, Uruk y otros yacimientos, inauguraron una era de excavaciones en la región que aún sigue activa hoy. La arqueología y el trabajo textual realizado en Mesopotamia ha arrojado cierta luz en cuanto a los orígenes de la compleja cultura occidental y la forma en que aquellos inicios determinaron en gran medida el funcionamiento de nuestras sociedades actuales, desde la política y la legislación hasta la matemática, la medicina, la educación, el sistema tributario y todo lo demás.[36]

Echando la vista atrás hacia aquellos primeros arqueólogos, algunos especialistas se plantean el dilema de si estos deberían incluirse en el paquete del colonialismo europeo de la época, lo cual los desacreditaría en la medida en que habrían participado de los empeños europeos por adueñarse de la historia de otras naciones más allá de la propia; o si, por el contrario, no fueron sino meros participantes en una carrera organizada y sufragada por los museos en beneficio propio.[37] Aun cuando las motivaciones subyacentes fueran tales, no podemos pasar por alto que, de resultas de ello, investigadores de la talla de Layard, Botta y otros colaboraron en la recuperación de civilizaciones antes ignoradas o inexploradas, como la de los asirios, los babilonios y los sumerios, y que contribuyeron a mejorar nuestra comprensión de los

orígenes de la civilización occidental. En cuanto a la problemática sobre la restitución de estos objetos a sus países de origen, una reclamación muy legítima, debemos notar la tremenda agitación que reina en Oriente Medio, desde Irak hasta Siria, desde al menos los inicios de la década de 1990.

En 1988, arqueólogos iraquíes realizaron espectaculares descubrimientos en Nimrud. Allí se desenterraron las tumbas de varias reinas asirias de la época de Asurnasirpal II, en el siglo IX a. e. c.; el ajuar funerario hallado en los enterramientos estaba formado por collares y pendientes de oro así como otros tesoros asombrosos. Todos ellos desaparecieron durante la segunda guerra del Golfo, aunque más tarde se descubrió que habían permanecido ocultos en la caja de seguridad de un banco, y fueron recuperados y publicados.[38] Se han reanudado ahora las labores de excavación en la zona, suspendidas desde comienzos de los años noventa. Será interesante ver qué nos deparan las expediciones arqueológicas del nuevo siglo.

5
Exploración de las junglas de la América Central



Muro de cráneos en Chichen Itzá.

Uno de los avances más apasionantes en el campo de los estudios mayas en los últimos años tuvo lugar en 2009. Mediante un avanzado sistema LiDAR instalado en un avión bimotor, un equipo de arqueólogos logró mapear la ciudad maya oculta de Caracol, en Belice. En tan solo cuatro días, fueron capaces de demostrar con éxito que un amplio sector de lo que parecía jungla inaccesible contenía, en realidad, edificios, calles y otras partes de una enorme ciudad completamente oculta por la maleza.[1]

El término LiDAR es un acrónimo del inglés *Light Detection and Ranging* y se trata de una tecnología de teledetección que funciona como un radar, pero utiliza la luz de un láser para producir mediciones de gran precisión, al hacer rebotar los rayos láser en el suelo y crear así imágenes tridimensionales con cientos de miles de puntos de datos.[2] Suele utilizarse desde un avión y resulta especialmente útil en lugares como América Central, ya que

puede mapear a través de los árboles de la jungla o selva tropical y proporcionar imágenes de templos, edificios e incluso ciudades perdidas que se encuentran totalmente cubiertas por la maleza.

El problema de la mayoría de estos emplazamientos mayas, si no de todos, es el bosque de árboles que crece sobre ellos y los ha mantenido ocultos al mundo exterior durante largos períodos. Incluso hoy día, el bosque reconquistaría sin tardanza las ruinas si estas no estuviesen bajo constante mantenimiento con el fin de recibir a las hordas de turistas que las visitan. No obstante, existen otras muchas ciudades que aún permanecen ocultas, razón por la que, en fecha tan reciente como 2014, otros equipos de investigación descubrieron ciudades mayas completamente cubiertas por la maleza en diferentes zonas de la región. Uno de los investigadores afirmó: «En la selva, puede uno hallarse a menos de 200 metros de un extenso yacimiento y ni siquiera sospecharlo». LiDAR puede suponer un cambio sustancial a este respecto, pues no solo contribuye a localizar ciudades perdidas, sino que también puede mapear las que ya conocemos en cuestión de días o incluso horas, en lugar de las semanas, meses o incluso años que estas labores suelen requerir.[3]

Corría el año de 1750 cuando «un grupo de españoles que viajaban por el interior de México … hallaron, en medio de una inmensa soledad, antiguos edificios de piedra, los restos de una ciudad». Los exploradores españoles se sorprendieron, sin duda, al ver los imponentes edificios completamente cubiertos por enredaderas y árboles que brotaban de lo que en su día habían sido ventanas. Ahora sabemos que dieron con el yacimiento maya de Palenque.[4]

Aunque la noticia se difundió con rapidez, esta fue objeto de pocas atenciones. Habría que esperar más de treinta años, hasta 1784, para que el monarca español mandase a otro explorador a investigar los rumores. Aunque otras expediciones españolas visi-

taron el yacimiento en los cincuenta años posteriores y se publicaron noticias al respecto en inglés en 1822 y en 1835, muy poca gente supo del hallazgo. En consecuencia, en el mundo occidental el descubrimiento de Palenque pasó prácticamente desapercibido hasta 1841, momento en que un explorador estadounidense llamado John Lloyd Stephens publicó el relato de sus viajes por aquellas tierras, presentándolo ante un nutrido público cuando faltaba menos de una década para que Layard comenzara a publicar también sus conclusiones sobre los restos que estaba extrayendo en Mesopotamia.

A Stephens le sorprendió la falta de atención que se había prestado a Palenque antes de la publicación de su libro *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*. Tras describir el hallazgo inicial, en 1750, y las investigaciones posteriores realizadas por españoles, señaló que «si se hubiera realizado un descubrimiento similar en Italia, Grecia, Egipto o Asia, al alcance de los viajeros europeos, habría generado un interés no inferior al descubrimiento de Herculano o Pompeya, o las ruinas de Paestum».[5] Sus exploraciones por América Central junto a Frederick Catherwood, artista y arquitecto británico, supusieron un cambio radical. El periplo dio como resultado libros de viajes de gran éxito, en los que se daba cuenta del descubrimiento de diferentes yacimientos mayas, muchos de ellos hasta entonces desconocidos.[6]

Stephens y Catherwood no eran, ni por asomo, los primeros extranjeros en visitar aquellos emplazamientos, y en lugar de llevar a cabo verdaderas excavaciones, exploraban, apartaban árboles y maleza, inspeccionaban el terreno y dibujaban. Pero gracias a la publicación de sus relatos, se logró que las ruinas de América Central captaran la atención del resto del mundo. Entre tanto, se establecieron las bases de lo que hoy llamamos arqueología del Nuevo Mundo.[7] Como señaló un especialista, todo esto se llevó a

cabo treinta años antes de que Heinrich Schliemann excavara en Troya y más de ochenta años antes de que Howard Carter descubriera la tumba del rey Tutankhamón.[8]

Stephens había estudiado griego y latín en sus años de juventud y había asistido a la Universidad de Columbia con tan solo trece años de edad. Ya era abogado al cumplir los veinte años, pero no ejerció tal profesión por mucho tiempo. En su lugar, comenzó a viajar por Europa y Oriente Medio, visitando Grecia, Turquía, Egipto y Jordania.[9] Publicó un relato de sus viajes, que se hizo muy popular en poco tiempo, brindándole fama y fortuna.[10]

Catherwood era varios años mayor que Stephens, pero trabaron amistad y decidieron explorar América Central juntos. Su intención era encontrar ruinas que pertenecieran a la civilización que hoy conocemos con el nombre de maya. Así, en 1839, partieron de Estados Unidos con el objetivo de visitar tres antiguos yacimientos mesoamericanos sobre los que habían leído: Copán, Palenque y Uxmal. En el transcurso de dos viajes de exploración, llegaron a esos lugares y a muchos más, y en total visitaron casi cincuenta ciudades incluida la de Chichén Itzá.

Los relatos de estas expediciones se publicaron como libros de viajes en 1841 y en 1843. En ellos, Stephens describía con todo lujo de detalle no solo las ciudades y los edificios que habían visto sino también las diversas enfermedades que habían padecido durante sus exploraciones. En varias ocasiones mencionaba a los mosquitos transmisores de la malaria y otros insectos excavadores que habían puesto huevos bajo las uñas de sus pies, además de otras enfermedades desagradables, algunas casi letales.[11] Tras leer aquellos relatos en primera persona, parece increíble que lograran salir con vida de la selva y consiguieran regresar a Estados Unidos, no una sino dos veces.

Stephens era un observador sagaz, que comparaba y contrastaba lo que había visto en el Viejo Mundo con lo que estaba descubriendo en el Nuevo. Gracias a sus experiencias previas en Oriente Medio, pudo concluir, y con razón, que ciudades como Copán y Palenque no fueron construidas por los egipcios o los supervivientes de la Atlántida, como se había sugerido con anterioridad, sino más bien por indígenas de la zona: los mayas. Tras comparar y contrastar las pirámides, columnas y esculturas que vio en Copán con las de los egipcios, escribió sucintamente: «A menos que me equivoque, hemos llegado a una conclusión mucho más interesante y maravillosa que la que sugiere la conexión entre los edificios de estas ciudades y los egipcios o cualquier otro pueblo … En contra de todas las especulaciones previas, me inclino a pensar que [las ruinas] fueron construidas por las razas que ocupaban el país en el momento de la invasión de los españoles o por ancestros no muy lejanos».[12]

Con ayuda de Catherwood, registró fielmente los jeroglíficos grabados en los monumentos de Copán y otros lugares. Stephens estaba convencido de que, una vez descodificados, aquellos revelarían la historia de los mayas. Consignó: «Hay algo en lo que creo: su historia está grabada en sus monumentos. Aún no ha habido un Champollion que invierta en ellos la energía de su mente inquieta. ¿Quién los leerá?».[13] Volvió sobre lo mismo en otra anotación: «No puedo evitar pensar que los … jeroglíficos terminarán leyéndose … Durante siglos, los jeroglíficos de Egipto fueron inescrutables, y aunque puede que no ocurra en el presente, estoy convencido de que se descubrirá una clave más fiable que la piedra Rosetta».[14]

Stephens se refería a Jean-François Champollion, el responsable del desciframiento de los jeroglíficos egipcios en 1823 mediante el estudio de las inscripciones trilingües de la piedra de Rosetta. Acertó de pleno. Cuando por fin se descifraron los jeroglíficos

grabados en los monumentos, resultaron ser un registro de la historia de los mayas, con todo tipo de detalles sangrientos. Hubo que esperar bastante tiempo hasta poder leer las inscripciones con precisión (de hecho, esto no ocurrió hasta hace unas décadas), pero hoy sabemos que los mayas no eran tan pacíficos como creíamos y que su historia estuvo tan plagada de rivalidades y guerras como la de cualquier otra civilización antigua.

Para descifrar el sistema de escritura maya, fueron necesarios los esfuerzos coordinados de un inglés llamado Eric Thompson, una investigadora estadounidense de origen ruso llamada Tatiana Proskouriakoff y un investigador ucraniano de nombre Yuri Knorosov. Se suele presentar a Thompson y Knorosov como enconados rivales, en la línea de Jean François Champollion y Thomas Young, cuando el erudito francés y el británico competían para ver quién descifraba primero los jeroglíficos egipcios.[15]

Al cabo, el padre de los estudios de los jeroglíficos mayas fue Thompson, con la publicación de un reseñable tomo en 1950. Proskouriakoff fue la primera en demostrar que los jeroglíficos registraban fechas y acontecimientos históricos. También pudo identificar en los textos a mujeres concretas, en contraposición a hombres. Pero hoy se reconoce que fue Knorosov, que trabajó en la Rusia estalinista en época de la guerra fría, a quien se debe el mérito del avance definitivo en la lectura de los textos gracias a un manuscrito sobre los mayas legado por el obispo español Diego de Landa en el siglo XVI. Aunque las conclusiones ofrecidas por De Landa al respecto de la escritura maya eran erróneas, su manuscrito fue una clave esencial para Knorosov. Por esta razón, el texto del obispo es conocido también con el sobrenombre de la Rosetta de los jeroglíficos mayas, en lo que no deja de ser un guiño irónico, puesto que a De Landa se le considera con no poca

frecuencia el principal responsable de la destrucción del grueso de los libros mayas de corteza aplastada conocidos y responsable de que se hayan conservado tan pocos.[16]

Buena parte de los avances más recientes y significativos en la lectura de estos jeroglíficos se los debemos al investigador estadounidense David Stuart. Nacido en 1965, es hijo del mayista George Stuart, que trabajó para la National Geographic Society durante casi cuarenta años.[17] Ya con tres años de edad, David acompañaba a sus padres a las ruinas mayas. A los ocho años, trabajaba en los jeroglíficos, y a los diez, seguía y ayudaba a la gran epigrafista maya Linda Schele durante sus investigaciones en Palenque.

En 1995, cuando Stuart se doctoró, había publicado ya trece artículos y monografías. Es uno de los pocos arqueólogos galardonados con una beca MacArthur para «genios», a la vez que el beneficiario más joven, pues la recibió con tan solo dieciocho años. Es además una de las pocas personas que ha conseguido las dos becas, la McArthur y la Guggenheim.[18]

Sin embargo, el público general probablemente lo reconozca por el libro que escribió en 2011, en un momento en que los medios cayeron presa de la histeria con la supuesta predicción maya que anunciaba el fin del mundo en 2012, cuando se completaba el ciclo actual de cinco mil años del calendario maya. Demostró con éxito que aquel pueblo no había intentado predecir cuándo acabaría el mundo, sino que se había limitado a situar el reinado de un gobernante específico en un contexto o ciclo de tiempo más amplio.[19]

Gracias a todas estas personas y a alguna más, la predicción de John Lloyd Stephens se hizo realidad. Los jeroglíficos mayas se han descifrado al fin y la historia de Copán y otras ciudades mayas está, tal como dijo Stephens, «grabada en sus monumentos».

Ahora sabemos que, por ejemplo, en Copán, un yacimiento patrimonio mundial de la Unesco en Honduras, los mayas enumeraron los nombres de dieciséis de sus gobernantes, abarcando un período de aproximadamente cuatro siglos, desde 427 hasta poco después de 810 e. c. Están tallados en el Altar Q, un bloque de piedra bastante pequeño en forma de caja, de unos 180 centímetros de ancho por 180 de largo y 120 de altura, con cuatro gobernantes representados en cada lado. El rey fundador de esta dinastía fue un hombre conocido como «Gran Sol Quetzal-Guacamayo Verde». Aunque hubo asentamientos entre 200 y 900 e. c., estos cuatro siglos parecen haber sido el punto culminante de su existencia.[20]

También sabemos mucho más sobre el ascenso y declive de los mayas, tanto por los estudios de las inscripciones encontradas en diversos yacimientos como por las excavaciones de los mismos. Los arqueólogos dividen la historia de los mayas en varios períodos principales. Los primeros pasos en el arte de la agricultura y las primeras aldeas datan del Período Arcaico, anterior a 2000 a. e. c. El Período Preclásico duró aproximadamente desde 2000 a. e. c. a 300 e. c., con el surgimiento de las ciudades en torno al 750 a. e. c., y el Período Clásico se extendió desde el 300 al 900 e. c. El Período Clásico tardío, que fue testigo de la debacle de las complejas ciudades de los mayas, constituye la última parte del Clásico, en torno a 800-900 e. c., aunque las fechas varían dependiendo de la zona; a este le siguió el Período Posclásico, desde 900 hasta la llegada de los españoles en el siglo XVI.

Copán, que floreció durante el Período Clásico, fue una de las tres ciudades que John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood buscaban en el mes de noviembre de 1839. (Encontraron las tres.) Stephens afirmaba haber comprado todo el yacimiento de Copán a sus propietarios locales por la insignificante suma de cincuenta dólares y maduró seriamente la idea de mandar todos los monu-

mentos a casa, si bien al final tuvo que contentarse con que Catherwood los dibujara. En fecha reciente, sin embargo, ha salido a la luz el contrato original y, al parecer, Stephens no llegó a obtener el título de propiedad sino que lo tuvo arrendado por un período de tres años, bastante más tiempo del necesario para que Catherwood dibujara los monumentos.[21]

Stephens y Catherwood pasaron un total de trece días en Copán, durante los cuales hallaron catorce piedras verticales con inscripciones que se conocen habitualmente con el nombre de *stelae* (*stele*, en singular), la palabra griega para estela, empleada por los arqueólogos para referirse a una piedra en posición vertical con una inscripción. Catherwood hizo esbozos de todas las estelas de Copán así como del altar Q y Stephens llegó a hacerse una idea difusa de lo que en él se representaba, pues preparó una descripción de los dieciséis individuos allí caracterizados y compartió sus sospechas de que los jeroglíficos sobre los que aquellos se sentaban probablemente indicaban su nombre y posición, como de hecho ocurre. También tuvo un considerable acierto al sugerir que los jeroglíficos del altar «registran, sin duda, algún acontecimiento de la historia del misterioso pueblo que una vez habitó la ciudad».[22]

Stephens y Catherwood despejaron otras ruinas de Copán de la maleza que las cubría, como en el caso del templo de la Escalinata de los Jeroglíficos o el Sagrado Campo de Juego de Pelota. La Escalinata de los Jeroglíficos tiene sesenta y tres escalones que ascienden 22 metros hasta lo alto del templo y al menos dos mil doscientos jeroglíficos decoran su superficie. Es uno de los textos mayas de mayor longitud que conocemos y parece ser un registro dinástico. Lo inició el decimotercer rey de Copán, que por desgracia cayó preso en una batalla posterior y murió decapitado durante un enfrentamiento contra un reino rival. El decimoquinto gobernante duplicó la longitud del texto y lo completó en el siglo

VIII e. c., convirtiéndolo en un extraño texto bilingüe. La columna de la derecha contiene los jeroglíficos mayas, mientras que la de la izquierda exhibe curiosos «jeroglíficos Teotihuacán», al parecer carentes de un verdadero significado y, por tanto, con un fin meramente decorativo.[23]

Uno de los mejores ejemplos de este tipo de textos es también el del Campo de Juego de Pelota, pese a que las reglas aún son objeto de debate. Algunos dicen que guardaba semejanzas con el fútbol. Una manera de ganar consistía en hacer pasar la pelota a través de un pequeño aro, pero el juego finalizaba cuando la pelota tocaba el suelo o las manos de alguien. Los vencedores solían recibir un trato propio de héroes pero, a decir de algunos investigadores, los vencidos podían acabar ejecutados.[24] Se han encontrado campos de juego de pelota en toda Mesoamérica e incluso se exportaron al suroeste de Estados Unidos.

Puesto que Stephens y Catherwood permanecieron en el yacimiento menos de dos semanas, la exploración y las excavaciones de Copán quedaron en manos de otros, entre quienes se contaban Alfred Maudslay, conocido aficionado a la arqueología que llegó en la década de 1880 y, algo más tarde, el equipo del Instituto Carnegie, hacia mediados de la década de 1930.[25]

Tras un lapso de tiempo sin viajar, en abril de 1840 Stephens y Catherwood reanudaron sus aventuras y salieron en busca de Palenque. En el camino, tuvieron la oportunidad de visitar un yacimiento perdido en la selva de Guatemala —que probablemente fuera el que hoy conocemos como el famoso yacimiento de Tikal — pero desoyeron los rumores acerca de la existencia de tal sitio. Stephens calculó que tal vez habrían de invertir diez días en llegar hasta allí, elaborar el plano y regresar, por lo que, al final, decidieron dirigirse a Palenque sin más demora y se saltaron la visita de Tikal, que quedó allí a la espera de otros descubridores.

No cabe duda de que debieron de arrepentirse de aquella decisión, sobre todo tras conocer el anuncio, menos de una década después, en 1848, de que se había localizado Tikal exactamente donde ellos pensaban que se encontraría. De haberse desviado hasta allí cuando tuvieron la oportunidad, se les habría atribuido el hallazgo de una de las mayores ciudades mayas de la región, donde en su día vivieron tal vez hasta cien mil mayas. Otros arqueólogos y exploradores llegaron poco después, pero tuvo que transcurrir más de un siglo hasta que la Universidad de Pensilvania realizara el primer proyecto arqueológico importante en el yacimiento, entre 1956 y 1970.[26]

Templo del Gran Jaguar (templo 1), Tikal.

En el emplazamiento se conservan cerca de tres mil edificios aún visibles, aunque buena parte continúan cubiertos por la selva tropical. Entre ellos se destacan templos y palacios que se remontan al Período Clásico de 200-900 e. c., casi todos erigidos en los últimos tres siglos. George Stuart, el arqueólogo de National Geographic, calculó que puede haber otros diez mil edificios de pe-

ríodos anteriores aún por descubrir en Tikal, hoy parque nacional además de enclave catalogado como Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1979.[27]

Se han consignado seis templos pirámide, incluido el templo 1 o templo del Gran Jaguar. En 1962, se encontró la tumba del gran gobernante maya que había ordenado su construcción, cuyo nombre suele traducirse como Señor Chocolate y que gobernó Tikal durante cincuenta y dos años, en torno al año 700 e. c. En el interior de su tumba había piezas de jade, adornos de conchas y vasijas de cerámica llenas, en su origen, de comida y bebida. También había extraños huesos tallados, con escenas que parecen inspirarse en una historia de la creación maya. Además de todos los edificios, se descubrieron diez embalses que abastecían a la ciudad de agua potable.[28]

Por supuesto, Stephens y Catherwood no fueron los primeros europeos en buscar Palenque y, de hecho, planificaron el viaje tras la lectura de la traducción al inglés de unos breves relatos que hablaban sobre aquella ciudad perdida y no eran sino una versión de los informes preparados por varios exploradores españoles. Algunos de aquellos textos atribuían la autoría de las colosales ruinas a los egipcios, aunque uno al menos, redactado por el explorador Dupaix, que también había estado en Copán, concluía que Palenque era obra de los pobladores de la Atlántida.[29] Dicha hipótesis se basaba, erróneamente, en que los pobres nativos mayas que habitaban en los pueblecitos vecinos no podían ser descendientes de las mismas personas que habían erigido tamañas estructuras; debía de haberlas levantado un pueblo conocido por los europeos, es decir: egipcios, romanos, atlantes o similares. Stephens se alzó en contra de aquella teoría al sostener que Palenque y el resto de ruinas eran fruto del esfuerzo de los indígenas mayas, pues no veía razón para involucrar a gentes de otros lugares.[30]

Tras un complicado viaje, Stephens y Catherwood llegaron al fin a Palenque, en el sur de México, en mayo de 1840. Pasaron tres semanas en el yacimiento, talando árboles y limpiando la vegetación de la selva para dibujar los monumentos y edificios aún en pie, incluido el denominado Palacio, el templo de la Cruz y el gran Campo de Juego de Pelota.

Entre las estructuras que descubrieron, destaca la que hoy se conoce como templo de las Inscripciones, situado en la parte superior de una pirámide de piedra de veinticuatro metros de altura. Este es famoso por las tres tablillas de grandes dimensiones, con más de seiscientos jeroglíficos, que constituyen por su longitud la segunda inscripción conocida en la cultura maya. Stephens tenía la certeza de que los jeroglíficos eran idénticos en naturaleza a los que habían visto en Copán, por lo que hizo que Catherwood los copiara con precisión, por si un investigador pudiera descifrarlos en el futuro, como al cabo sucedería.[31]

La tarea, no obstante, no fue tan sencilla como pudiera parecer. La descripción que Stephens ofrece de los preparativos necesarios para que Catherwood realizara sus dibujos nos da una idea del esfuerzo que aquello supuso. Relata: «Cuando las vimos por primera vez, [las tablillas] estaban cubiertas por una espesa capa de moho verde, y fue necesario lavarlas y rasparlas, limpiar las líneas con un palo y frotarlas a fondo … A causa de la oscuridad del pasillo producida por la espesa sombra que proyectaban los árboles que crecían delante, era necesario prender velas o antorchas y arrojar una fuerte luz sobre las piedras mientras el señor Catherwood dibujaba».[32]

Aquella pirámide de 24 metros de altura sobre la que se erguía el templo de las Inscripciones era el monumento funerario del señor Pacal, que gobernó Palenque durante casi setenta años, entre 615 y 683 e. c., pero en aquel momento los investigadores no eran conscientes de ello. Como había sucedido en Egipto dos milenios

antes con el rey Tutankhamón, Pacal también ascendió al trono siendo niño pero, a diferencia de lo ocurrido al gobernante de las tierras del Nilo, este gobernó y vivió hasta una edad avanzada. La tumba de Pacal no se encontró hasta 1952, más de un siglo después de que Stephens y Catherwood hubieran explorado el yacimiento, y justo treinta años después de que Howard Carter descubriera la tumba de Tutankhamón.[33]

El responsable de identificar la tumba fue Alberto Ruz Lhuillier, arqueólogo mexicano, que sintió curiosidad al ver una losa de piedra en el suelo del templo de las Inscripciones, en la parte superior de la pirámide.[34] La piedra presentaba una serie de hendiduras circulares, en doble fila, con clavijas de piedra que parecían tener como misión facilitar su retirada, que es exactamente lo que hizo Ruz; acto seguido, apareció una escalera repleta de escombros que conducía a la parte inferior de la pirámide. Hicieron falta varios años de trabajos de limpieza para dejar libre la larga escalera y llegar hasta los 24 metros de profundidad, donde se descubrió la tumba de Pacal, situada a ras de suelo. Hoy día se considera que primero se construyó la tumba y que la pirámide se erigió en torno a ella.

Pacal fue sepultado en un ataúd o sarcófago de piedra caliza de unos cuatro metros de longitud, ornamentado con una intrincada talla en la tapa que representa al difunto en su descenso al inframundo.[35] Al principio, los arqueólogos no se dieron cuenta de que la tapa cubría un sarcófago. Pensaron que toda la estructura era un altar de piedra compacto, con tallas en la parte superior. Solo al taladrar un pequeño agujero en la piedra apreciaron que esta era hueca en lugar de maciza.

En el interior del sarcófago, donde reposaba el esqueleto de Pacal, se halló aún el rostro cubierto por una máscara de jade colocada hacía mil trescientos años, así como numerosos objetos del mismo material, entre ellos collares, pendientes, una diadema

y un anillo, pectorales, brazaletes, dos estatuillas y un cinturón.[36] Se recuperaron junto al cuerpo los esqueletos de otras seis personas, que al parecer habían sido sacrificadas para acompañar a Pacal en la otra vida.

En 1987, Palenque fue declarada Patrimonio de la Humanidad.[37] También ha atraído a exploradores y arqueólogos en años más recientes, que han sacado a la luz nuevos edificios y enterramientos entre 1993 y 2000.[38] Entre estos descubrimientos se destaca la llamada Reina Roja, rescatada en 1994 junto a un enorme ajuar de objetos funerarios en el interior de una intrincada cámara en el templo XIII. Este templo se encuentra cerca de la pirámide donde está enterrado Pacal y se ha sugerido que la Reina Roja pudo ser su esposa, fallecida unos diez años antes que él.[39] El proyecto de mapeo de Palenque se llevó a cabo en el yacimiento durante los años 19982000 y se procedió al análisis y trazado del mapa de los edificios, incluidos algunos que seguían ocultos en el bosque.

Desde Palenque, Stephens y Catherwood continuaron hasta llegar al tercer yacimiento de su lista, Uxmal, aunque al poco tuvieron que detener la exploración porque Catherwood había caído enfermo de gravedad. Ambos habían padecido horrores durante el viaje, con episodios recurrentes de malaria, y tras diez meses fuera, había llegado la hora de regresar a Nueva York. Aunque la vuelta implicó otra serie de aventuras y estuvieron a punto de morir en una travesía en barco, pisaron la costa estadounidense en julio de 1840 y, en junio de 1841, Stephens publicó dos tomos con el relato de sus aventuras y las ilustraciones de Catherwood. En diciembre, se habían vendido veinte mil copias al precio de cinco dólares los dos tomos, algo relativamente asequible.[40]

No tardaron en iniciar los preparativos para emprender una segunda aventura en la región de Yucatán y, en octubre de 1841, apenas cuatro meses después del lanzamiento de su libro, partían

de nuevo. Esta vez el viaje duró ocho meses, hasta junio de 1842, y a su regreso a Estados Unidos, en febrero de 1843, publicaron los volúmenes que corresponden a esta segunda etapa.

El momento álgido de este segundo viaje fue la exploración del yacimiento de Chichén Itzá, cerca del extremo de la península de Yucatán.[41] Pasaron dieciocho días allí y contrataron mano de obra local que colaborase para retirar los árboles, la maleza y otros restos de distintos edificios del yacimiento, entre los que se incluían el templo de los Jaguares, el templo de los Guerreros, la pirámide de Kukulkán y la plataforma de Venus. La escalinata en Kukulkán, también conocida como El Castillo, está construida de tal modo que, durante el equinoccio de primavera, puede verse la sombra de una serpiente gigante; cada año recibe la visita de miles de turistas.

Algunas construcciones, como el templo de los Jaguares y el templo de los Guerreros, contienen murales y escenas que representan la conquista de esta zona por los toltecas, dirigidos por Topiltzin Quetzalcoatl. Estos eran un colectivo procedente de México y que llegó en los dos últimos siglos de la ocupación del yacimiento, en torno a 1000-1200 e. c.[42] Los murales indican que los invasores arribaron por mar y derrotaron a los defensores mayas, que salieron a su encuentro en canoas. Posteriormente, se enfrentaron en una gran batalla a esos mismos mayas y volvieron a derrotarlos.

En el yacimiento hay además un observatorio astronómico, una larga piedra, un «muro de cráneos», con gran cantidad de cráneos tallados que simulan, sin duda, cráneos reales, y un enorme juego de pelota, el más grande de Mesoamérica, que Stephens describió con gran lujo de detalles. Buena parte de estas estructuras datan de la época de la ocupación tolteca del yacimiento y algunas sustituyeron a las mayas, mientras que otras se conserva-

ron, pues Chichén Itzá floreció después que el resto de asentamientos mayas, alcanzando su auge en torno a 800-1200, en parte debido a la llegada de los toltecas a mitad del período.[43]

A pesar de que Stephens y Catherwood visitaron el yacimiento en 1841-1842, y Maudslay fue a verlo en 1886, Chichén Itzá no fue objeto de exploraciones sistemáticas hasta que Edward Thompson llegó en 1895. Las excavaciones de Thompson abarcan un período de treinta años y, en 1988, casi un siglo después, el yacimiento fue declarado Patrimonio Mundial de la Unesco.[44]

En las labores arqueológicas se llevó a cabo también el dragado de uno de los cenotes del yacimiento. Para aquellos lectores que no estuvieran familiarizados con los cenotes, Stephens ofrecía en su libro una buena definición, describiéndolos como «inmensos agujeros circulares, de dieciocho a sesenta metros de diámetro, con costados cortados, rocosos y perpendiculares de entre quince y treinta metros de profundidad, y una gran masa de agua en el fondo». En Chichén Itzá había dos y se refiere a uno de ellos como «el más grande e inhóspito que habíamos visto». Lo describe como estar en medio de un espeso bosque impregnado de una «misteriosa influencia». Era muy consciente de la tradición de arrojar en él a las víctimas humanas e identificó un edificio que se encontraba justo al borde como «el posible lugar desde el que se arrojaba a las víctimas al pozo oscuro».[45]

Durante el dragado y la exploración de este cenote por parte de Thompson y otros, se encontraron restos humanos, los esqueletos de al menos cincuenta víctimas, hombres y mujeres jóvenes y gran cantidad de niños. También se hallaron objetos de jade y discos de oro, además de campanas de cobre y otros artefactos. Es evidente que en aquel cenote se habían realizado innumerables sacrificios a lo largo de muchos años y que no fueron siempre obra de los mayas, pues muchos de los objetos son de fabricación tolteca posterior.[46]

Podríamos describir otras muchas ciudades mayas, de mayor o menor tamaño, pero estas cuatro —Copán, Tikal, Palenque y Chichén Itzá— son bastante representativas del conjunto. Aunque ahora tenemos amplios conocimientos sobre los mayas y su civilización, continúa siendo un misterio por qué desapareció en torno a 900 e. c., tras haber abandonado buena parte de sus grandes asentamientos, si no todos, dejándolos a merced de la maleza, perdidos para el resto del mundo. Una de las conjeturas más aceptadas defiende que aquellos individuos no fueron capaces de hacer frente a una larga sequía de un siglo, es decir, al cambio climático; pero no es cierta en absoluto. Se han propuesto numerosas hipótesis que contemplan el exceso de población y la deforestación como posibles causas.[47] Tal vez no haya una única respuesta e hiciera falta todo un libro solo para pasar revista a las diversas posibilidades de la desaparición de los mayas. Lo único que sabemos a ciencia cierta por ahora es que, para resolver ese misterio de una vez por todas, son necesarias más investigaciones y, posiblemente, más excavaciones.

Podemos afirmar, eso sí, que el descubrimiento de los mayas representa la primera detección de una civilización antes ignorada por los arqueólogos en el Nuevo Mundo. Los españoles ya sabían de los incas y los aztecas, pero los mayas fueron desconocidos por el público general hasta las exploraciones de John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood. Sus publicaciones desafiaron el supuesto de que los nativos americanos eran unos aldeanos sencillos y pobres, merecedores de la conquista por parte de los europeos más avanzados, y que no estaban capacitados para alcanzar logros de la talla de los de los egipcios, los griegos o los romanos. Las investigaciones posteriores han dado como fruto la traducción de sus extensos testimonios escritos y han demostra-

do que se trató de una civilización tan compleja (y sangrienta) como las más señaladas del Viejo Mundo, tanto en lo político, como en lo militar y en lo cultural.

El arte de excavar 1:
¿Cómo se sabe dónde excavar?

Supervisores cubriendo un segmento.

Tras haber pasado revista a los primeros descubrimientos arqueológicos en todo el mundo, desde Egipto a la América Central, me gustaría cambiar de rumbo por unos instantes. Este interludio será el primero de varios en el libro, en los que abordaré algunas de las preguntas que se me formulan con mayor frecuencia respecto a la práctica arqueológica. La arqueología consituye al tiempo una técnica y un arte y saber cómo se desarrolla es también parte de su historia.

Por ejemplo, es habitual que nos pregunten: «¿Cómo se sabe dónde excavar?». Esa es una cuestión fundamental, que tiene mucho que ver con las herramientas y los métodos esenciales empleados en nuestra disciplina. En este capítulo, daremos respuesta a esta curiosidad explicando qué es una prospección arqueológica, esto es: la búsqueda de los yacimientos desde la superficie terrestre, porque no todos están a la vista. La inspección de la superficie también puede servir para determinar dónde cavar en un emplazamiento ya conocido.[1]

Antes de continuar, no obstante, conviene definir qué entendemos por yacimiento, porque existen muchas clases distintas. Por ejemplo, el ágora de Atenas y algunos montes colosales, como el de Megido en Israel —lugares en los que he trabajado— son yacimientos antiguos a la vista de todo el mundo. Sin embargo, otros pueden resultar muy pequeños y difíciles de descubrir. Como bien advierten Fagan y Durrani, la zona de excavación puede ser tan reducida como el terreno que ocupa «un puñado esparcido de objetos de cazadores-recolectores» o tan extensa como la antigua ciudad de Teotihuacán en México; son simplemente «lugares donde se encuentran huellas de una actividad humana pretérita ... generalmente identificados por la presencia de artefactos».[2]

Debemos definir también qué es un objeto o artefacto y qué no lo es. Dicho brevemente, los objetos o artefactos son el grueso de «material bueno» sobre el que vale la pena escribir ya de vuelta en casa, tras la excavación o prospección: son cosas fabricadas o alteradas por los seres humanos. En esta categoría cabe todo, desde las primeras herramientas de piedra hasta la cerámica, las armas, las joyas, la ropa y prácticamente cualquier otro elemento portátil que los humanos hayan podido producir. Existen otros elementos, sin embargo, así como sus asociados, que no pueden trasladarse; a estos los denominamos «estructuras».[3] Es el caso, por ejemplo de una zanja: se trata de una estructura, en tanto que ha sido producida por el hombre, sin duda alguna, pero no podemos alterar su ubicación sin echarla a perder. Lo mismo ocurre con las puertas, los hogares, los altares de piedra y otros artículos similares. En ocasiones, sin embargo, también recurrimos a esta denominación cuando no estamos aún muy seguros de qué es una cosa pero sí tenemos la certeza de que es «algo». Así se explica el lema: «Una piedra es una piedra; dos piedras son una estructura; tres piedras son una pared».

Hay diversas formas de localizar yacimientos, pero casi todas ellas requieren de lo que llamamos «exploraciones arqueológicas». Dentro de esta amplia categoría se cuentan las prospecciones del terreno, las prospecciones aéreas, la teledetección y las estrategias de muestreo, casi todas objeto de estudio en este excurso. En todos estos casos, el objetivo consiste en dar con lugares localizados dentro de un área específica, como la región de Pilos, en el sur de Grecia, que tuve ocasión de explorar en persona.[4]

El método tradicional de realizar una exploración consiste, ni más ni menos, en que los miembros del equipo caminen físicamente sobre el área escogida y vean qué restos quedan. Estas labores suelen conocerse como exploraciones de reconocimiento o de cobertura, aunque también se las denomina exploraciones a pie, por razones obvias. En algunas zonas, sin embargo, como las del noreste de Estados Unidos, donde la espesa vegetación impide la vista, estas inspecciones se llevan a cabo abriendo pequeños pozos cada ciertos metros, con la intención de verificar si existen muestras de artefactos bajo el suelo.[5] La densidad de objetos encontrados determinará si la zona puede consignarse como un yacimiento.

Las exploraciones sobre el terreno empezaron a popularizarse en los años sesenta y setenta y se consolidaron algo más tarde, en la década de los años ochenta, en cierta medida porque suelen presentarse como una alternativa menos costosa que la excavación y pueden cubrir áreas más grandes. Permiten, asimismo, que los profesionales formulen y den respuesta a numerosas preguntas de diversa índole, más que en las excavaciones de un solo yacimiento, ya que con frecuencia aquellas abarcan varios emplazamientos. Por ejemplo, podríamos querer investigar acerca de la intensidad con que se ocupó una zona concreta de Grecia durante la Edad del Bronce y períodos posteriores: la Edad Oscura, la Grecia arcaica y clásica, los períodos romano y bizantino y la

época turco-otomana. ¿Cambió el patrón de asentamiento en las eras siguientes? ¿Puede el número de yacimientos y su tamaño darnos datos sobre la población relativa en distintos períodos? ¿Pueden los cambios de un asentamiento informarnos sobre los recursos utilizados, el grado de peligro de su entorno o su circunstancia política?

Las exploraciones sobre el terreno pueden ayudar a resolver este tipo de interrogantes. Con ellas y tras la identificación de los diversos yacimientos en distintos períodos dentro de una misma zona, no es infrecuente poder reconstruir la historia de la región sin haber llegado a cavar sobre el terreno. No obstante, muchas de estas exploraciones son precursoras de una excavación posterior, sobre todo en los casos en que los arqueólogos optan por concentrarse en uno de los sitios recién descubiertos que promete dar frutos y solicitan el permiso para iniciar sus labores de extracción.

En los últimos tiempos, no obstante, las cosas han cambiado y en algunos casos, en lugar de empezar explorando sobre el terreno, resulta más sensato proceder mediante un reconocimiento aéreo, al menos en las zonas donde los habitantes habían erigido edificaciones o quedan restos materiales que aún pueden distinguirse con claridad. Este proceso puede resultar tan sencillo como adquirir las fotografías o imágenes satélite en empresas especializadas o tan complejo y caro como organizar un vuelo de reconocimiento mediante la tecnología LiDAR. Si se pretende comprar imágenes, cosa indudablemente más fácil que desplazarse hasta la zona, existen diversas opciones. Una de ellas es solicitar las fotografías de un satélite militar, una vez desclasificadas, como las tomadas durante el programa Corona, una operación de vigilancia organizada por los servicios de inteligencia estadounidenses entre 1960 y 1972. En 1995, el material fue liberado en virtud de una orden ejecutiva y hoy está disponible para cualquier

tipo de uso, incluida la búsqueda de yacimientos arqueológicos.[6] En estas fotografías, algo antiguas ya, los sitios pueden llegar a distinguirse a ojo desnudo, aunque en algunos casos es preferible recurrir a un aumento digitalizado o a la observación a través de la lupa tradicional.

Este tipo de fotografías antiguas pueden resultar de gran valor y disponemos de un nutrido arsenal, puesto que ha transcurrido ya un siglo desde que se empezaron a captar imágenes aéreas con fines bélicos, de espionaje o para inspecciones de carácter más general. Algunas resultan de especial utilidad en tanto que se tomaron en un momento previo al desarrollo económico y la consiguiente urbanización de muchas regiones, que a veces ha dañado o destruido parte del patrimonio arqueológico. Uno de los ejemplos más señalados es el caso de los trabajos de John Bradford, que además de ser arqueólogo sirvió en el ejército británico durante la segunda guerra mundial. En 1943, mientras estudiaba las fotografías tomadas por los aviones de la RAF con fines militares, alcanzó a localizar más de dos mil túmulos funerarios etruscos en la Italia septentrional, gracias a la diferencia en el color de la hierba o la tierra, un detalle que solo se podía apreciar en la fotografía.[7]

De resultas de ello, en 1956 Bradford formó equipo con Carlo Lerici, un ingeniero de Milán, y en 1957 iniciaron las labores de investigación de numerosas tumbas etruscas abriendo el suelo de esta región con una perforadora o taladro de alta velocidad. Al comienzo, insertaban en los agujeros un tubo hueco donde previamente habían instalado una cámara espía y tomaban fotografías del interior de la tumba, pero no tardaron en desarrollar lo que se conoce como el periscopio de Lerici, dotado de una potente luz que encajaba bien en el hoyo practicado. De este modo, podían inspeccionar el interior de las tumbas sin aguardar al revelado de las fotografías y pudieron, además, identificar las que ha-

bían sido objeto de un saqueo —en tiempos modernos o antiguos— y las que aún conservaban restos de frescos en los muros u otros elementos de interés. Sea como fuere, esta técnica les permitió investigar varios centenares de tumbas en cada temporada sin dañarlas ni excavar en ellas.[8]

Existe también la opción de conseguir imágenes en color, de alta resolución, provenientes de un satélite en empresas como DigitalGlobe o las que capta un transbordador espacial. Así se obtuvo, por ejemplo, una de las fotografías más conocidas de la antigua ciudad de Angkor, en Camboya: fue captada por el transbordador espacial *Endeavour* y en ella se distinguen sin dificultad todos los edificios aún en pie.[9]

Mi colega, Sarah Parcak, es exploradora de National Geographic y profesora asociada de la Universidad de Alabama, pero tal vez se la reconozca antes si decimos que es también la «arqueóloga del espacio», ganadora además del Premio TED 2016 (valorado en un millón de dólares) por las prospecciones realizadas con imágenes de satélite. Estas imágenes le permiten usar toda clase técnicas de lo más sofisticado, como los infrarrojos, que pueden iluminar unas zonas y eliminar otras. Fue así como logró dar con centenares de yacimientos aún por descubrir en Egipto, entre ellos diecisiete pirámides perdidas y el legendario emplazamiento de Tanis, todos ellos «ocultos al ojo desnudo», como ella misma afirma.[10]

Estas técnicas de imagen tan modernas han incrementado nuestra capacidad de observación y ahora vemos cosas que antes eran prácticamente invisibles, como pueden ser, por ejemplo, antiguos caminos que zigzaguean por el desierto. Así se encontró la ciudad perdida de Ubar, en Omán, en 1992. El *Endeavour* había tomado una fotografía de la zona y los arqueólogos supieron de-

tectar el punto en que convergían los antiguos caminos. En consecuencia, se iniciaron las labores de excavación y el yacimiento salió a la luz.[11]

Los muros enterrados, los terraplenes y otras construcciones de gran tamaño pertenecientes a asentamientos suelen distinguirse con mayor facilidad desde el aire que desde tierra firme, aun cuando las estemos pisando. Si reciben una iluminación oblicua, o la fotografía aérea se ha tomado desde un ángulo ligeramente desplazado, es posible ver las sombras proyectadas por los muros enterrados. Es habitual que las fotos aéreas iluminen las denominadas «marcas de cosecha».[12] Estas señalan con precisión la ubicación de los objetos enterrados, ya sean estructuras sencillas, como zanjas, u otras más complejas, como edificios y paredes. Esto sucede así porque los elementos enterrados alteran la cantidad de agua que el suelo absorbe y, en consecuencia, también el color y la altura de la vegetación que crece directamente en él. Este método no es útil cuando existe una edificación posterior sobre el terreno, como un aparcamiento, por ejemplo, pero sí funciona en los campos de hierba, trigo, cebada o simplemente donde hay matojos.

Si en un campo hay una zanja enterrada, la vegetación que crece directamente sobre ella será más alta y más frondosa que la circundante, porque en aquel lugar exacto se acumulan más agua y nutrientes. Si lo que se oculta es una pared, la vegetación será más baja, menos densa y menos exuberante que la de los alrededores, porque el suelo recoge menos nutrientes en ese punto.[13]

A nivel de tierra, estas diferencias de altura y densidad pueden resultar prácticamente imperceptibles, pero desde el aire, según la estación del año, se aprecian enseguida. En Inglaterra y en Europa, y sobre todo en Italia, existen unas marcas de cosecha especiales, de cerca de un metro de anchura, que atraviesan el campo en una línea perfectamente recta: son indicio de la presencia de

vías romanas. Otro caso particular es el de las formas redondeadas, como las que John Bradford localizó en las fotografías de la RAF en el norte de Italia, que señalan la presencia de túmulos funerarios. Muchas veces, cuando estoy en un avión a punto de aterrizar en suelo europeo, me entretengo en mirar por la ventana y trato de distinguir cualquier marca de este tipo en los campos circundantes. Es increíble la cantidad de veces que he visto un lugar al que me encantaría regresar, para excavarlo y averiguar qué se oculta debajo.

En una ocasión, en enero de 2010, Sarah Parcak y yo compramos algunas imágenes del satélite Quickbird de la zona de los alrededores de Megido, en Israel, con la intención de descubrir qué se podía localizar con aquellos métodos de investigación tan novedosos. Casi de inmediato, distinguimos los contornos de lo que parecía un gran edificio situado en un campo justo al lado del antiguo montículo, precisamente donde el arqueólogo israelí Yotam Tepper había sugerido que podría localizarse el campamento de la Sexta Legión romana, la *Legio VI Ferrata* (la «acorazada»), fechado en el siglo II e. c.[14]

Al comparar los perfiles con los contornos de otros yacimientos y edificios conocidos, vimos que existía una coincidencia casi perfecta con otros campamentos romanos, como los de las inmediaciones del emplazamiento de Masada, asediado por los romanos en 73 o 74 e. c. No nos cupo la menor duda de que estábamos contemplando la ubicación del cuartel general de la *Legio VI* y que Tepper había acertado.

Compartimos las imágenes con él y con Matt Adams, el director del Proyecto Regional del Valle de Jezreel, y al poco de comenzar a cavar en aquella zona en 2013 y de nuevo en 2015, tras haber realizado una inspección adicional mediante sistemas de detección remota, radares de penetración del terreno y escaneados electromagnéticos, inmediatamente salieron a la luz restos de

zanjas y muros, junto con monedas de época romana, trozos de armaduras y, lo más importante, fragmentos de tejas. Estas tenían estampada la insignia de la legión, lo que confirmó que efectivamente aquel era el campamento.[15]

Como hemos anticipado poco antes, los arqueólogos también han añadido LiDAR a su caja de herramientas. Se trata de un recurso muy útil en zonas selváticas como la América Central o el Sureste Asiático, ya que permite ver más allá de los árboles gracias al haz del láser proyectado sobre el suelo, del que se obtienen imágenes de templos perdidos, edificios o incluso ciudades completamente cubiertas por la vegetación y prácticamente inaccesibles en nuestros días, como la ciudad maya de Caracol, en Belice, que fue descubierta en 2010.

En junio de 2016 los arqueólogos que trabajan en Camboya anunciaron el descubrimiento de «ciudades medievales antes indocumentadas no lejos de la antigua ciudad-templo de Angkor Wat ... aquello prometía revisar algunas suposiciones fundamentales de la historia del Asia suroriental». Estas ciudades tienen entre 900 y 1.400 años de antigüedad y fueron recuperadas por el arqueólogo australiano Damian Evans, que usó la información obtenida mediante la tecnología LiDAR a bordo de un helicóptero que, en 2015, exploró un terreno de algo más de dos mil kilómetros cuadrados. Evans considera que «aquellas ciudades colosales y tan pobladas habrían constituido el mayor imperio en la tierra durante su período de apogeo en el siglo XII». Otros arqueólogos coinciden con esta valoración y sostienen que se trata del descubrimiento arqueológico más significativo realizado en la región el siglo pasado.[16]

LiDAR también sirve en áreas donde no hay muchísima vegetación y se ha utilizado para examinar el sitio de Jezreel, en el norte de Israel, además de localizar vías romanas en Inglaterra.[17] Lo hemos usado además a nivel de tierra en nuestro yacimiento

de Tel Kabri, en Israel, para llevar a cabo una inspección rápida y precisa de la bodega descubierta en 2013 que se describe al inicio del libro.

En los últimos años, los arqueólogos han añadido también los drones a su caja de herramientas, tanto para localizar yacimientos como para detectar saqueos. Con estos aparatos, se pueden tomar fotos de alta o baja resolución y, en los casos en que se estima oportuno, enviar los resultados directamente a un ordenador desde donde manipularlos y usarlos en futuras investigaciones.[18]

Existen otras técnicas de detección remota sobre tierra firme que pueden usarse para averiguar si hay algo bajo la zona que se postula como posible terreno de excavación. Entre estas figuran la resistividad o la conductividad eléctrica, que consiste básicamente en lanzar una corriente eléctrica a través del suelo entre dos polos. Si en el camino hay algún elemento, como un muro por ejemplo, la corriente se interrumpirá; si no hay nada, no se cortará. El resultado que se obtiene es una imagen, algo borrosa, de lo que hay bajo tierra, aunque con frecuencia no queda muy clara la profundidad a la que se encuentran los restos antiguos e incluso cabe la duda de si las imágenes se están interpretando correctamente.[19]

Aquí entra en juego lo que denominamos «verificación sobre el terreno», que consiste en ratificar lo que se ha detectado por medio de las fotografías o imágenes de detección remota, para asegurarse de que se trata de algo real y se ha interpretado correctamente. Es frecuente tener que realizar inspecciones a pie o algunas labores de excavación. En el caso del yacimiento de Tel Kabri, en el norte de Israel, las imágenes de conductividad eléctrica tomadas en 2003 indicaban que, probablemente, había muros en nuestra zona de interés, por lo que en 2005 emprendimos una verificación sobre el terreno procediendo a cavar para comprobar el grado de exactitud. Invertimos más de dos semanas en

las excavaciones en suelo totalmente estéril (es decir, vacío) hasta llegar a los muros y suelos de nuestro palacio cananeo, pero allí estaba, a casi dos metros de la superficie actual.[20]

El mismo principio rige para los magnetómetros, que sirven para medir el campo magnético en lugares escogidos por los arqueólogos. Si hay edificios o zanjas u otras estructuras arqueológicas enterradas, estas pueden aparecer en la lectura del aparato, porque dichas estructuras alteran el campo magnético de la zona.

Las limitaciones de estas técnicas son bastante similares entre ellas. Aunque muestran anomalías distintivas bajo la superficie terrestre, puede resultar difícil determinar si estas coinciden con determinado tipo de estructuras del subsuelo. La regularidad del suelo también puede determinar si las anomalías son destacables y las lecturas no siempre nos permiten saber a qué profundidad se hallan las estructuras. Dependiendo del método, se pueden obtener diferentes resultados. Por lo tanto, se hace necesario en cada caso proceder a una excavación que confirme lo identificado por el dispositivo de detección remota.[21]

Por algunas o todas estas razones, nuestros intentos de usar un magnetómetro en Tel Kabri en Israel fracasaron bastante miserablemente, debido con toda probabilidad a la naturaleza del suelo que tenemos en el yacimiento. Por otro lado, en las excavaciones de David Schloen en Zincirli, Turquía, un sondeo de magnetómetro funcionó tan bien que los resultados parecen la fotografía de unas ruinas ya excavadas, salvo por el hecho de que las ruinas todavía están enterradas y aún no se han excavado. Como ya hemos mencionado con anterioridad, los excavadores de Troya probaron varios tipos de magnetómetro hasta dar con el adecuado, el de cesio. Lograron mapear toda una ciudad en Troya, enterrada bajo los campos agrícolas que circundaban el montículo, objeto de excavaciones constantes desde la época de Schliemann a fina-

les de la década de 1800, a diferencia de los campos de alrededor, en los que nadie había pensado porque no daba la impresión de que escondiesen nada importante. Pero debemos recordar que, en aquellos primeros tiempos, tampoco comprobaron sobre el terreno las imágenes del supuesto muro que circundaba Troya y que, a la postre, se reveló como una enorme zanja.

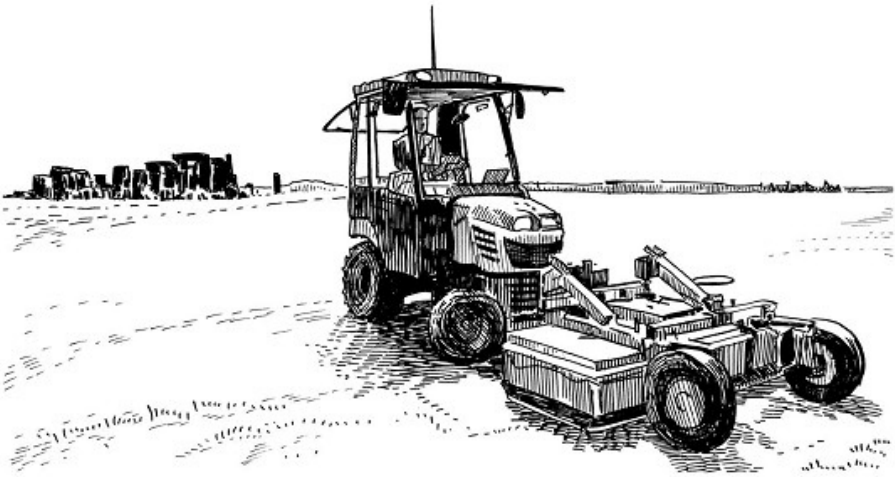
Troya no es el único terreno donde deben practicarse verificaciones *in situ* antes de compartir la información con la prensa. Otra técnica habitual en la detección remota es la del georradar, que funciona exactamente como su nombre indica: las señales del radar salen rebotadas desde los objetos enterrados.[22] La última versión de esta técnica es muy potente y puede «ver» hasta cuatro metros de profundidad. En 2014 y 2015 permitió realizar descubrimientos impensables en la zona de Stonehenge, en Inglaterra, entre ellos el hecho de que, al parecer, Stonehenge fue antaño un círculo completo.[23]

En esta zona, los arqueólogos que participaron en el Stonehenge Hidden Landscapes Project recurrieron a la técnica del georradar además de a los magnetómetros y otros intrumentos para la detección remota. Según la información de los medios, en tan solo unos pocos años, han localizado túmulos funerarios, refugios de la Edad del Hierro y cercados para las vacas u otro tipo de ganado, fechados en la Edad del Bronce o en la del Hierro, que hasta entonces habían pasado desapercibidos.[24]

Aún más emocionantes sonaban las noticias de septiembre de 2014 en las que se anunciaba el hallazgo de otro monumento de piedras verticales en Durrington Walls, a unos tres kilómetros de Stonehenge y que, con toda probabilidad, pertenece a la misma época, es decir: hace 4.500 años. Al parecer, deja pequeño al de Stonehenge y de ahí que lo hayan bautizado como Superhenge; se cree que fue un cercado en forma de C donde se reunieron más de cincuenta piedras gigantescas, aunque podrían llegar a

ser noventa, todas de entre 3 y 4,5 metros de altura y 1,5 de diámetro. Ninguna de ellas era visible porque, según parece, fueron enterradas deliberadamente en posición horizontal a casi un metro de profundidad bajo tierra, lo que explica que hubieran pasado inadvertidas. Solo pudieron localizarse mediante las técnicas de detección remota.[25]

En 2016, sin embargo, los medios volvieron a informar sobre este hallazgo en referencia a las labores de investigación practicadas sobre el terreno, desde su descubrimiento hasta la fecha actual, para verificar mediante excavaciones las imágenes generadas gracias a los modernos sistemas de detección; con ellas debían salir a la luz dos de las grandes piedras. Cuál no sería la sorpresa de los arqueólogos al no verse ante las colosales piedras que esperaban, sino ante dos fosas enormes que tal vez hubieran albergado postes de madera de grandes dimensiones, que ya no se encontraban, pues en algún momento fueron retirados —si llegaron a existir— y los huecos se habían rellenado con restos de piedra caliza. El sistema de detección remota había identificado los escombros como piedra maciza y de ahí se concluyó que había «piedras colosales», en lugar de pensar en unas fosas llenas de restos. Si lo mismo vale para el resto de las piedras localizadas, nos hallaremos en la misma circunstancia que en Troya, donde el «muro de fortificación» acabó siendo una zanja rellena. En algunos medios se habla hoy de Superhenge como de un complejo circular de madera, de quinientos metros de diámetro, pero hemos de tener en cuenta que jamás llegó a terminarse.[26] Falta comprobar que esto sea cierto, pero el devenir de los sucesos nos ha hecho precavidos y debemos aguardar hasta que los arqueólogos hayan concluido su trabajo y hayan publicado sus informes en una revista especializada antes de dar por ciertas las hipótesis difundidas.



Tractor y georradar, cerca de Stonehenge.

Por más que en las dos últimas décadas hayamos sido testigos de un notable avance en el uso de las técnicas de detección remota, en ocasiones, las imágenes del satélite u otras soluciones de alta resolución no son útiles en las prospecciones de yacimientos. En esos casos, los arqueólogos deben recurrir a los métodos bien probados y seguros como localizar los sitios a pie. A veces, basta con aprovechar la erosión natural de un lugar y mantener el ojo bien abierto mientras se recorre el área de excavación posible. Así fue como Donald Johanson encontró los primeros restos de Lucy en 1974, como veremos más adelante.

En otros casos puede ser conveniente una investigación organizada sobre el terreno, en la que se pueden ver directamente en su emplazamiento los sitios, las estructuras y los artefactos. Estas técnicas se remontan a los orígenes de la arqueología y, durante las décadas de 1960 y 1970, empezaron a consolidarse. Son métodos que yo he empleado en mis dos inspecciones en Grecia y en la de Israel, lo cual me permite dar testimonio de lo que sucede realmente durante la inspección del yacimiento en una de estas

áreas. Son métodos que se emplean en el mundo entero, salvo en aquellas zonas donde la visibilidad de los materiales sobre el terreno lo impide o el propietario no desea conceder su permiso.

Existen dos tipos de prospecciones del terreno que se usan en diversas partes del mundo. Como hemos advertido, una de ellas se desarrolla a gran escala y tiene por objetivo cubrir grandes extensiones de terreno con rapidez; se trata de las labores de reconocimiento o inspecciones de cobertura total. La pretensión es crear un mapa que indique la localización de los posibles enclaves antiguos en un terreno amplio. La otra consiste en un estudio en profundidad de un solo emplazamiento o de una zona reducida que se descubrió en el transcurso de una exploración más extensa y parece especialmente prometedora.[27] En este caso, se intenta identificar con el mayor grado de acierto posible las características específicas del yacimiento —medida, edad, filiación cultural y variedad de objetos materiales— casi siempre como antesala a la excavación. Los arqueólogos llevan a cabo una investigación muy minuciosa que tal vez exija recoger cada uno de los artefactos descubiertos y luego devolverlos nuevamente al campo.

Cuando se trabaja en una zona de la que no existe un mapa general previo que indique yacimientos antiguos datados en distintos períodos, el primer paso es llevar a cabo una exploración de reconocimiento que, si se hace de forma sistemática y a pie, recorriendo con el mayor cuidado todos los metros cuadrados de la zona, se conoce como «exploración de cobertura total».[28] Así lo hice en la región de Beocia, cerca de la ciudad de Tebas, en Grecia, ya en la década de 1980 y de nuevo a comienzos de los años noventa, cerca del palacio micénico de Pilos.

Allí nos dividimos en tres equipos de seis miembros cada uno. Yo me ocupaba del A, que no tardó en pasar a ser «el Equipo A». Al principio se nos asignó la inspección de la parte superior de

las montañas de una de las laderas del valle, pese a mis protestas porque las alturas me daban miedo, tal y como se puso de manifiesto al poco de haber empezado el primer día de trabajo: me quedé bloqueado. Tuvieron que acompañarme al coche desde uno de los barrancos; un augurio cuando menos dudoso para el estreno del equipo, o de su capitán. Más tarde pudimos escudriñar zonas inferiores y a partir de entonces no tuve más problemas, pero aprendí una lección muy valiosa que aún recuerdo: debemos escuchar a los miembros de un equipo, sobre todo cuando nos comunican una fobia que puede afectar a sus obligaciones.

Cuando empezamos a sentir que teníamos el control de la situación, establecimos una rutina. Primero señalaríamos nuestra localización en un mapa actual, en algún punto fácil de reconocer, como una carretera. Hoy en día, con los GPS es una tarea mucho más sencilla. A continuación nos separaríamos unos nueve metros del punto, para cubrir alrededor de cincuenta y cinco metros cuadrados, uno arriba uno abajo. A un silbido mío, o una voz, todo el mundo empezaba a caminar en la dirección indicada, siguiendo una línea recta, hasta llegar a un punto previamente fijado que, por lo general, era otra carretera o una cerca que también aparecía en el mapa. Eso suponía recorrer alrededor de cien metros cada vez, porque más terreno habría sido complicado.

Esto es lo que, en arqueología, se conoce como una caminata transversal, porque cuando hablo de caminar en línea recta significa línea recta, casi en sentido literal, sin tener en cuenta si ello implica atravesar un riachuelo, descender en rapel, descolgarse por un pequeño acantilado o enfrentarse a un toro o a un granjero con una escopeta en la mano, que no nos quería en sus terrenos. Estas son circunstancias reales en las que si no me he visto implicado yo, personalmente, sí les han sucedido a otros miembros del equipo, pero lo más habitual era que nos destrozásemos

las piernas, aun llevando pantalones, porque teníamos que pasar por una zona llena de unos arbustos que en Grecia se conocen como *macchi* y pueden resultar notablemente desagradables.

Mientras caminabamos, escudriñábamos el terreno en busca de restos de cerámica, útiles de piedra y escamas, muros antiguos o cualquier otra cosa que pudiera delatar la presencia de un asentamiento antiguo. A propósito, resulta fácil descubrir a alguien que acaba de pasar unas semanas en una exploración de este tipo porque siempre encuentran monedas en el suelo cuando regresan a la civilización.

Todos los miembros del equipo llevan un contador y lo presionan cada vez que dan con algo, sea un resto de cerámica, una piedra trabajada u otro tipo de artefacto. Tres piezas de alfarería se llevan tres clics, cinco piezas son cinco clics, etc. Cada diez pasos, los exploradores anotan el número de su contador, es decir, el número de artefactos que ha detectado en su sección, vuelven a situarlo a cero y se inicia una vez más el proceso entero. Finalizada la caminata transversal, se dispone de un registro del número de artefactos observados en cada una de las secciones de cien metros.

¿Por qué resulta importante hacerlo así? Porque en las superficies de estructuras arqueológicas enterradas es habitual encontrar elementos duraderos, como la cerámica, la piedra y el metal, arrastrados hasta allí por su uso en tareas agrícolas, por la erosión, por la acción de los roedores, por acequias de irrigación, pozos y una serie de diversos procesos naturales y humanos. Al caminar por un yacimiento habitado en la Edad del Bronce, del Hierro, en época romana o bizantina, se hallarán elementos cerámicos y herramientas de piedra de todos aquellos períodos, sencillamente caídos en el suelo. Si se registra el número de hallaz-

gos a través del contador, estos aumentarán de forma astronómica al penetrar en las lindes de un yacimiento; por el contrario, al salir de ellas, el número contabilizado caerá de nuevo en picado.

La serie numérica de los registros de cerámica y piedra trabajada de un miembro de la exploración, conforme este va concluyendo secciones de diez pasos, seguirá un patrón similar a este: 1, 5, 25, 107, 510, 423, 298, 152, 87, 0; las series de sus colegas más próximos a ambos lados serán bastante similares, porque probablemente estén recorriendo el mismo yacimiento. Sin embargo, quienes avanzan por una zona más apartada y su caminata no cruza el yacimiento, obtendrán los recuentos normales de una «dispersión de material», por ejemplo, 1, 6, 4, 12, 0, 5, 3, 8, 5, 0.

Los miembros del equipo entregan el conteo al jefe del grupo, que los anota en un cuaderno y señala en el mapa el posible yacimiento, para que el equipo de seguimiento pueda encontrarlo de nuevo y proceder a un examen más exhaustivo. Acto seguido, los exploradores vuelven a dividirse para cubrir la siguiente sección, recorren trazados de una longitud determinada y marcan en los contadores cada uno de los hallazgos, repitiendo todo el proceso una y otra vez hasta haber recorrido toda la sección. Luego se trasladan, se dispersan y regresan por donde habían venido, cubriendo el siguiente segmento de la caminata transversal, y así repetidamente. De esta forma, un equipo puede recorrer y obtener un registro de todos los yacimientos en un kilómetro cuadrado —o la extensión escogida para cada día—, hasta haber peinado la región.

Una vez de regreso en el campamento, se consignan los resultados de las investigaciones de cada día y, a partir de ahí, se elabora un mapa del posible yacimiento. De entre todos los yacimientos posibles, se escoge el más prometedor y un equipo de supervisores más experimentado acude a la zona e inicia una exploración aún más concienzuda del terreno recién descubierto.

Estos supervisores toman nota de los hallazgos encontrados en la superficie con gran cuidado y recogen algunos objetos representativos para documentar el sitio con vistas a futuras excavaciones. En nuestro caso, los artefactos eran, en su mayoría, tablillas de arcilla que los expertos en cerámica del equipo pudieron empezar a datar gracias al tamaño, la ubicación en la parcela, las técnicas de fabricación o la decoración que presentaban.

Estos fueron los métodos de exploración que empleamos cerca de Pilos, en la década de 1990, y continúan siendo los que se usan hoy en día en muchas partes del mundo. Pero si la tierra está cubierta por una gruesa capa de hojas, como en las zonas de bosque o selva muy pobladas, o en los casos en que los procesos naturales han cubierto el paisaje antiguo con una capa de tierra más reciente, o si los antiguos habitantes no construyeron grandes estructuras con materiales duraderos (como ocurre en el noreste de Estados Unidos), las técnicas de exploración deberán ser otras. Estos métodos no sirven, por ejemplo, para lugares donde los objetos eran de madera, fibra u otros materiales perecederos. Por lo tanto, si bien las exploraciones a pie son muy habituales en la zona oriental de Estados Unidos, en llanuras inundables junto a los ríos donde los granjeros han arado las tierras, no se usan en las zonas muy boscosas.

Cuando el tamaño del terreno escogido excede las posibilidades de una exploración de cobertura, hay otras técnicas que permiten investigar sobre zonas más concretas o sobre puntos escogidos al azar. En estos casos, las parcelas objeto de investigación se escogen mediante una estrategia de muestreo empleada en estadística y se denominan investigaciones por muestreo.[29]

No podemos pasar por alto otro tipo de técnica de prospección, esta vez aplicada solo en yacimientos de los que se tiene noticia previa. Esta fue la técnica que empleamos en la zona de las inmediaciones de Tel Kabri, en el norte de Israel, en 2006 y 2007.

Habíamos realizado ya algunas excavaciones en 2005 y sabíamos dónde empezar una excavación que nos llevaría varias temporadas. No obstante, antes de empezar, deseábamos conocer bien el entorno: ¿qué aspecto presentaba la zona de los alrededores de Tel Kabri en su momento álgido y un poco antes, en el Bronce Medio, hace casi cuatro mil años?[30]

Por fortuna, no fue difícil conseguir nuestro objetivo puesto que los yacimientos de la zona occidental de Galilea ya habían sido investigados antes por varios equipos de arqueólogos que llevaron a cabo prospecciones exhaustivas en casi todas las temporadas y en cualquier circunstancia imaginable, desde hacía al menos treinta años. Disponíamos de mapas con indicaciones de todos los yacimientos del Bronce Medio y pudimos acceder a los objetos de cerámica y otros artefactos que se habían recogido en la zona y estaban en un almacén.

Con los mapas y los informes de nuestros colegas en la mano, nos encaminamos hacia los emplazamientos que ya estaban bien identificados y revisamos todos aquellos que se encontraban cerca de Tel Kabri. Pretendíamos confirmar y afinar un poco más en cuanto a los datos de cada uno de los sitios, además de volver a inspeccionar el tamaño de cada uno de ellos. Al cabo, pudimos generar un mapa en el que aparecían los yacimientos habitados en la zona justo antes, durante y después de la época floreciente de Tel Kabri hacía casi cuatro mil años.

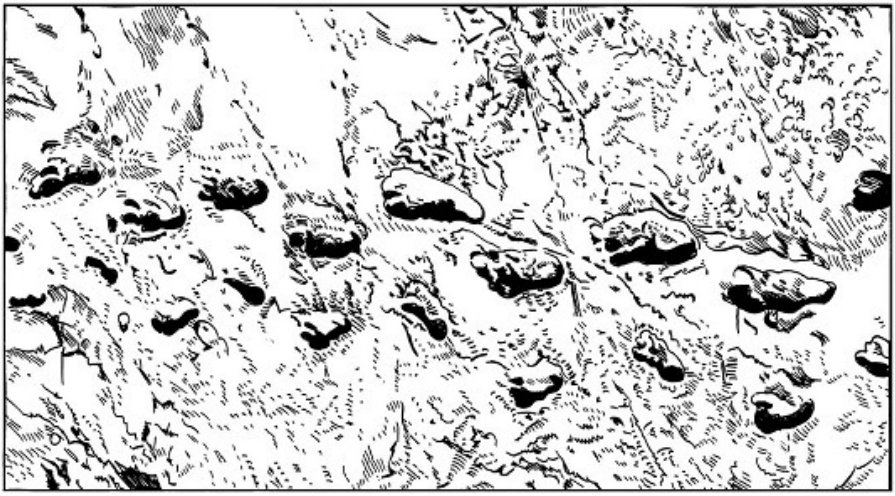
Por lo tanto, en respuesta a la pregunta que nos formulábamos al inicio de este interludio: ¿cómo se sabe dónde excavar?, baste citar el término «exploración», porque una vez se ha explorado la zona, es bastante sencillo decidir dónde empezar a cavar. En cuanto a *cómo* excavar, eso es harina de otro costal, y nos ocuparemos del asunto en otro interludio.

Segunda parte

ÁFRICA, EUROPA Y EL LEVANTE: DE LOS PRIMEROS HOMININOS A LOS AGRICULTORES

6

El descubrimiento de nuestros primeros antepasados



Huellas de pisadas de Laetoli.

La edición de octubre de 2015 de la revista *National Geographic* publicó una historia sobre un emocionante descubrimiento atribuido a Lee Berger y a su equipo, en una cueva sudafricana llamada Rising Star («Estrella Ascendente»).[1] Después de que dos espeleólogos aficionados informasen del avistamiento de huesos en el suelo del fondo de una caverna, el equipo de Berger comenzó a investigar y al final dio con 1.500 piezas óseas de al menos 15 individuos, que consideró miembros de una especie de hominínos previamente desconocida. Los denominaron *Homo naledi*, en honor a la cueva donde fueron encontrados. *Naledi* significa «estrella» en el idioma sesotho, y *hominino*, un término que se utilizará a lo largo de este capítulo, se refiere a los humanos modernos, a especies humanas extintas y a todos nuestros ancestros inmediatos.[2]

Los huesos pueden tener hasta 2,8 millones de años de antigüedad. Todos fueron encontrados en 2013 y 2014 en una cámara casi inaccesible de la caverna, después de que los dos espeleólogos mostraran a Berger cómo llegar hasta allí. Según la descripción de Jamie Shreeve, de *National Geographic*, hubo que atravesar a rastras un pasadizo conocido como «Paso de Superman», de menos de 25 cm de altura que solo puede recorrese con un brazo presionado contra el cuerpo y el otro extendido por encima de la cabeza, como Superman cuando vuela; después hay que escalar el muro vertical de una escarpada roca llamada «Lomo de Dragón»; y al cabo, tras superar numerosos giros y vueltas, hay que escurrirse por un pasaje que, en un punto, llega a estrecharse hasta los 18 centímetros de anchura, antes de desembocar por fin en la cámara Dinaledi, donde se encuentran los huesos.

Las seis científicas que fueron recuperando los huesos en un período de dos años eran arqueólogas experimentadas lo suficientemente menudas para atravesar estos pasadizos. Según Shreeve, Berger publicó un anuncio en Facebook solicitando «personas delgadas con credenciales científicas y experiencia en espeleología» que estuvieran «dispuestas a trabajar en espacios reducidos». Recibió sesenta ofertas en tan solo diez días y eligió a seis mujeres, a quienes bautizó como las «astronautas subterráneas».[3]

Sus hallazgos son extremadamente emocionantes, aunque también algo controvertidos. Si se trata de enterramientos deliberados, como Berger propone, esto significaría que podríamos hallarnos ante uno de los primeros ejemplos de conciencia humana, posiblemente ante la primera comprensión del pasado y el futuro, tal vez incluso ante un sentimiento religioso que se retrotrae a hace millones de años, pues de otro modo los cuerpos habrían quedado abandonados allí donde los individuos hubieran perecido, en lugar de ser depositados en una zona escogida de la

cueva, donde fueron hallados. A decir de algunos, es una posibilidad que nos abruma, en tanto que supone un cambio de tercio para todos aquellos que estudian la evolución humana.

Algunos académicos no están de acuerdo con el hecho de que Berger recurriera a equipos de jóvenes antropólogos del mundo entero para investigar los restos, ni con la velocidad con que publica los resultados o el hecho de que lo haga en revistas abiertas al público general, incluidas las imágenes tridimensionales de los fósiles, para que otros puedan descargarlas y sacar sus propias conclusiones. Los primeros prefieren la demora de los estudiosos tradicionales, que dedican décadas al análisis y la publicación de los datos obtenidos en un solo esqueleto, pero el método de Berger es representativo de una nueva forma de colaboración, abierta, para que expertos del mundo entero participen en una investigación, en lugar de una única persona, y podríamos considerarla pionera en lo que la era de internet nos depara.[4]

Los descubrimientos de Berger se sitúan en el subcampo de la arqueología prehistórica, también conocida como paleoantropología. Los especialistas en este ámbito estudian un período que abarca millones de años: desde nuestros primeros antepasados homininos hasta los comienzos de la historia escrita. La convención arqueológica ha dividido este largo período en varias eras:

· El Paleolítico, o Edad de la Piedra Antigua, que abarca desde hace unos 3,5 millones de años hasta algún momento situado entre veinte mil o doce mil años atrás, aproximadamente; el punto final depende de si nos referimos a África, Europa o Asia.

· El Mesolítico, o Edad de la Piedra Media, que se remonta a diez mil años atrás.

· El Neolítico, o Edad de la Piedra Nueva, que se extiende hasta hace unos 45 siglos.

En el campo de la arqueología prehistórica, los Leakey representan a la familia de especialistas más famosa y moderna. Louis y Mary Leakey son la primera generación; su hijo Richard y su esposa Meave, la segunda generación; y Louise —la nieta de Louis y Mary— es la tercera generación.[5]

Louise se doctoró en la Universidad de Londres, en 2001, y es la persona más joven que ha descubierto un fósil de hominoide. Tenía tan solo seis años, en 1977, cuando encontró el diente de un antepasado de los primates de 17 millones de años de antigüedad. Veintidós años después, en 1999, ella y su madre, Meave, dieron con un cráneo de 3,5 millones de años de antigüedad perteneciente a uno de los primeros humanos.[6] Louise también ha participado desde 1993 en el proyecto Koobi Fora, al norte de Kenia, donde su padre, Richard, comenzó a trabajar en 1968 y su madre en 1969.

Meave inició su carrera trabajando para Louis Leakey, que primero fue su director de tesis y luego su suegro, tras contraer matrimonio con Richard en 1970.[7] Este saltó a la fama por méritos propios, pues se labró un largo y distinguido currículum que cuenta con numerosas publicaciones, entre ellas el libro *Orígenes*, escrito para el público general.[8] Entre los descubrimientos más destacables de estos equipos figura un esqueleto casi completo de 1,5 millones de años. Kamoya Kimeu, un nativo keniano que trabajaba con Richard, Louis y Mary desde la década de los años cincuenta, encontró el primer fragmento en 1984; el resto se fue recuperando poco a poco, durante cinco temporadas de meticulosa excavación. El Niño de Turkana, según se lo denomina, tenía probablemente entre 8 y 11 años de edad al morir y es considerado un ejemplo de *Homo erectus*, es decir: un antepasado directo de los humanos modernos.[9]

Louis creció en Kenia y fue una de las primeras personas en defender que los orígenes humanos deberían buscarse en África y no en Asia, la teoría imperante hasta entonces. Resultó estar en lo cierto, aunque hubo que esperar algún tiempo hasta que la teoría contara con la aprobación general. Logró demostrar su acierto gracias a los hallazgos obtenidos en las investigaciones con Mary, que empezaron en 1948 pero cobraron impulso a partir de 1959. En aquel tiempo, trabajaban en la garganta de Olduvai, en Tanzania, un cañón o barranco de 45 kilómetros de longitud y 90 metros de profundidad.[10]

Allí, Louis y Mary encontraron fragmentos de esqueleto que identificaron como perteneciente a una nueva especie de homininos. De hecho, fue Mary quien halló el primer fragmento, porque Louis estaba en el campamento con fiebre. Ella salió con sus dos dálmatas a investigar un sitio que no habían visitado desde 1931 y al punto vio un fragmento de cráneo y dos dientes de una mandíbula de hominino. Subió al Land Rover y volvió para recoger a Louis. Al regresar, ambos encontraron todavía más fragmentos de hueso y pudieron reconstruir gran parte del cráneo.[11]

Dado que ellos fueron los primeros descubridores de la especie, se les permitió escoger el nombre. Inicialmente la llamaron *Zinjanthropus boisei*, en honor a su principal mecenas de entonces, Charles Boise, pero luego la especie cambió en la clasificación (pasó al sistema taxonómico usado en las clasificaciones biológicas) y hoy se la conoce como *Australopithecus* (o *Paranthropus*) *boisei*. Al principio también se creyó que correspondía a un período de hace seiscientos mil años, pero una nueva técnica de datación que mide la descomposición radiactiva del potasio en argón en las rocas volcánicas demostró enseguida que tenía alrededor de 1,75 millones de años de antigüedad. En aquel entonces, el descubrimiento causó sensación por lo extremo de la edad.

Otros descubrimientos le seguirían poco tiempo después, pues al año siguiente se encontró otra nueva especie de hominino, el *Homo habilis*. Esta vez el nombre no se debe al mecenas sino al hecho de que sus restos fósiles suelen hallarse vinculados a herramientas de piedra, por lo que *Homo habilis* podría traducirse aproximadamente como «hombre hábil».[12]

Hoy día es difícil imaginar cómo debieron de vivir todo aquello los Leakey, en aquellos primeros tiempos de investigación, pues solo contamos con algunas fotografías de los estudiosos durante el desarrollo de sus labores. Se les ve recogiendo muestras del suelo con extremo cuidado, con un calor sofocante y una gran sombrilla plantada para protegerlos, a ellos y a sus dálmatas.

Tras el fallecimiento de Louis, en 1972, Mary realizó el que se considera su descubrimiento más importante: las huellas de homininos en Laetoli, en 1978 y 1979. El emplazamiento se encuentra a unos 45 kilómetros al sur de la garganta de Olduvai. Unos pocos años antes, en 1976, algunos miembros del equipo que jugaban a lanzarse estiércol de elefante por diversión descubrieron las primeras huellas, pero resultaron ser de animales.[13]

Las huellas realmente famosas fueron impresas por tres individuos que habían caminado sobre la ceniza fresca de un volcán cercano, hace alrededor de 3,6 millones de años. En general se afirma que estas huellas eran de los denominados *Australopithecus afarensis*. De los tres vestigios, dos parecen corresponder a unos individuos que caminaron juntos, pero el tercero tal vez no guarde relación con los anteriores. En cualquier caso, a juzgar por las improntas, ninguno de los tres superaba el metro y medio de altura.[14]

Cómo habría sido para aquellos individuos caminar por allí es algo que tan solo podemos imaginar: el volcán debía de estar en erupción a lo lejos, mientras la ceniza caía a su alrededor, quizá mezclada con la lluvia. Es probable que estuviera nublado, oscu-

ro por el humo de la erupción, y cabe pensar que se trataría de una oscuridad casi nocturna, como la que describiría Plinio el Joven en su relato sobre la erupción del Vesubio millones de años después. Los animales debían de buscar un sitio seguro, sin percatarse tal vez de aquellos pequeños homininos, pero no parece que nuestros tres individuos anduvieran muy apresurados. Sus huellas indican que caminaban, no corrían, aun cuando es poco probable que aquel fuera un día normal y corriente para ellos.

En total, Mary Leakey y su equipo identificaron alrededor de setenta huellas de estos antepasados humanos en un terreno de casi dos mil metros, que hoy representan la prueba directa más temprana de bipedación hominina y que ahora podemos contemplar en el suelo de la Sala de los Orígenes de la Humanidad del Museo Nacional de Historia Natural Smithsoniano de Washington, D. C., así como en el Museo Americano de Historia Natural en la ciudad de Nueva York.[15]

Estas no son las únicas huellas primitivas que se han encontrado. En 2007 y 2008 se localizó otra serie en Koobi Fora, cerca del lago Turkana, aunque estas tienen solo en torno a 1,5 millones de años de antigüedad, lo que las hace dos millones de años más jóvenes que las de Mary Leakey. Probablemente, las de Koobi Fora pertenecen al *Homo erectus* y son similares a las del Niño de Turkana. Para hacernos una idea aproximada, estas huellas corresponderían hoy en día a un zapato de talla 40.[16]

Todos estos descubrimientos han servido para disipar la confusión que suscitó durante dos décadas el denominado Hombre de Piltdown, uno de los fraudes más famosos de la historia de la arqueología.[17] En 1912, mucho antes de que los Leakey comenzaran sus exploraciones, un hombre llamado Charles Dawson anunció que había descubierto fragmentos de cráneo, dientes y un maxilar en la cantera de grava de Piltdown, en Inglaterra. Fue un descubrimiento sensacional que al punto se publicó como «el esla-

bón perdido» entre humanos y simios y que inmediatamente levantó las sospechas de los especialistas. En parte, fue una cuestión de nacionalismo: el estudioso francés Boucher de Perthes había encontrado herramientas primitivas de homininos en 1846 cerca del río Somme y los alemanes habían descubierto la especie Neandertal en el valle de Neander en 1856; los británicos carecían de equivalente, hasta el descubrimiento de Piltdown.

Señalados científicos hicieron públicas sus dudas pocos años después, pero hasta 1953 no se demostró definitivamente que el Hombre de Piltdown era una falsificación.[18] El cráneo era humano pero databa del período medieval; los dientes fosilizados pertenecían a un chimpancé y el maxilar, de unos quinientos años, era de orangután. Dawson murió en 1916, pero ya era sospechoso de falsificación desde hacía tiempo, y no fue el único en este misterio sin resolver. La lista de posibles falsificadores es bastante larga y en ella figura Arthur Conan Doyle, el padre de Sherlock Holmes.

Los descubrimientos que se siguieron sí fueron ciertos. En 1974, poco después del fallecimiento de Louis Leakey y dos años antes de que Mary Leakey encontrara las primeras huellas en Laetoli, Donald Johanson, el paleoantropólogo de Berkeley, hizo un descubrimiento que le valió la inclusión en la salón de la fama de la prehistoria.

Como es habitual en arqueología, el hallazgo fue fruto de una casualidad. Johanson y un colega estaban inspeccionando el área cerca de Hadar, en Etiopía, en la zona septentrional de Tanzania, donde los Leakey habían desarrollado sus investigaciones. Al terminar una larga jornada bajo un sol abrasador sin haber encontrado nada, emprendieron el camino de regreso hacia el Land Rover. En lugar de volver por donde habían llegado, tomaron una ruta diferente siguiendo la sugerencia de Johanson, a través de una cañada que no habían atravesado antes. En su relato, cuen-

tan que primero encontraron un hueso del antebrazo de un hominino, luego, en una rápida sucesión, un fragmento de cráneo, un hueso de la pierna, las costillas, una pelvis y un maxilar inferior. Dos semanas después habían hallado varios centenares de fragmentos de hueso, todos ellos del mismo esqueleto.[19]

Lucy, así lo bautizaron, había muerto alrededor de los 20 años de edad, y esto sucedió hace unos 3,2 millones de años. Fue identificada como un *Australopithecus afarensis* y se parecía a los individuos que dejaron sus huellas en Laetoli, quinientos mil años antes. Se cree que debió de medir entre 90 y 120 centímetros de altura y que su peso no superaba los cuarenta kilos. No obstante, debemos tener presente que se trata de una estimación, pues solo hemos recuperado el 40 % del esqueleto, por más que este sea el más completo que poseemos de esta época.[20]

Aquella noche, en la fiesta que se celebró en el campamento tras haber regresado con los restos óseos, sonaba incesantemente la melodía de «Lucy in the Sky with Diamonds», de los Beatles, y, en algún momento de la velada, alguien llamó al esqueleto Lucy, nombre que aún conserva hoy en día.[21]

Los descubrimientos de Lee Berger muestran que las cuevas pueden ser yacimientos extremadamente importantes para la arqueología prehistórica, puesto que resultan cruciales para ayudarnos a comprender nuestras conexiones con el pasado. Algunos de los descubrimientos más famosos realizados en cuevas datan de los años veinte y treinta del siglo XX y se los debemos a la arqueóloga Dorothy Garrod así como a unos cuantos colegas que participaban en el grupo de investigación de las cavernas en las faldas del monte Carmelo, al sur de la actual ciudad de Haifa, en Israel, que la Unesco declaró Patrimonio de la Humanidad en 2012.[22] Muchas de ellas están abiertas al público, se pueden visitar sin necesidad de reserva y, aunque el camino para turistas es-

tá en buen estado, estos han de soportar unas condiciones de extremo calor y sequedad ambiental, en especial durante los meses veraniegos.

Garrod goza de fama mundial en tanto que fue una de las pioneras más destacadas en el campo de la arqueología. Ella fue la primera mujer en ser nombrada profesora en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra, donde, entre 1939 y 1952, ocupó la cátedra Disney de Arqueología, implantada en 1851 en honor a John Disney y sin vínculo alguno con el conocido Walt Disney.[23]

Dorothy Garrod se había especializado en la era del período Paleolítico y su primera excavación en el monte Carmelo se llevó a cabo en el interior de la cueva Kebara, en 1928. Entre 1929 y 1934 se trasladó y pasó cinco años excavando en otras dos cuevas, la más famosa de las cuales es la denominada cueva Tabun; la otra recibe el nombre de el-Wad. Garrod demostró que ambas habían sido habitadas de forma continuada a lo largo de medio millón de años, aproximadamente. La de Tabun fue la primera en ser ocupada, desde hace unos 500.000 años hasta 40.000 años atrás, mientras que la de elWad se habitó justo antes de que la primera fuera abandonada, hace unos 45.000 años.[24]

En el interior de la cueva de Tabun descansa la tumba de una mujer neandertal datada de hace unos ciento veinte mil años. El cráneo indica que su cerebro era aproximadamente del mismo tamaño que el nuestro, pero carecía de una barbilla como tal y tenía una frente muy pequeña.[25]

Existen también enterramientos en la cercana cueva de Skhul, excavada por Theodore McCown, un colega americano de Garrod. Los restos de estas fosas, sin embargo, que suman un total de catorce y datan de hace entre ciento veinte mil y ochenta mil años, pertenecen ya a nuestra especie, el *Homo sapiens sapiens*, también denominado «hombre anatómicamente moderno».[26] Los enterramientos han suscitado constantes debates entre los

académicos, que incluyen esta prueba para respaldar la teoría de que los neandertales y el hombre moderno fueron especies independientes que coexistieron durante un tiempo.[27] Estudios de ADN recientes indican que el hombre moderno y los neandertales procrearon y que sus descendientes europeos y asiáticos —muchos de nosotros incluidos— exhiben marcadores genéticos de cada uno.

Entre 1982 y 1989, Ofer Bar-Yosef, arqueólogo de Harvard, regresó a la cueva Kebara donde Garrod había cavado en 1928 y ahí, junto a su equipo, encontró los restos del enterramiento neandertal de un hombre adulto que había vivido hacía sesenta mil años. Este esqueleto, al que se apodó Moshe, podría ser el neandertal más completo hallado hasta la fecha. Su recuperación fue motivo de gran nerviosismo, puesto que aun sin haber rescatado la cabeza, algunos huesos de la garganta indicaban que tenía la capacidad de hablar, disipando así la duda de si los neandertales y otros homininos premodernos podían hacerlo; la capacidad de discurso representa un acontecimiento crucial en la evolución humana.[28]

Moshe dataría de la misma época que los entierros neandertales descubiertos en la cueva Shanidar, al norte de Irak, donde Ralph Solecki, el antropólogo de Columbia, excavó varias temporadas entre 1951 y 1961. Los diez individuos que Solecki y su equipo sacaron a la luz databan de entre hace 65.000 años y 35.000 años.[29] Fueron de sumo interés, en parte porque uno de ellos (Shanidar 1) era un hombre relativamente anciano (entre cuarenta y cincuenta años de edad) al fallecer y que mostraba evidencias de haber sufrido y sobrevivido a múltiples heridas a lo largo de su vida, lo que implica que el colectivo al que pertenecía cuidaba de los enfermos y heridos. El otro, un hombre adulto (Shanidar 4), murió entre los treinta y los cuarenta y cinco años; se cree que fue enterrado con flores, hecho que se interpreta como una

suerte de ritual funerario o, tal vez, como un indicio de que ya se creía en el más allá. Podría ser simplemente una conmovedora ofrenda de un miembro de su familia. También se ha propuesto que fuera algún tipo de curandero, dado que algunas de las flores provienen de plantas con propiedades medicinales, como la hierba cana y la malvarrosa. Recientemente, sin embargo, se prefiere la teoría de que los restos de las flores sean el resultado de las intrusiones de un roedor en épocas posteriores, aunque resulta mucho menos interesante e implicaría la necesidad de replantear buena parte de las publicaciones previas al respecto.[30]

En Europa —sobre todo en Francia y España— hay otras cuevas famosas por sus pinturas rupestres, entre ellas las de Chauvet y Lascaux, en Francia, y la de Altamira, en España. Chauvet es con mucho la más antigua, y sus primeros restos datan aproximadamente de 35.000 años a. e. c.; le sigue Lascaux, fechada en torno a 15.000 años a. e. c.; y, por último, Altamira, de aproximadamente 12.000 a. e. c.[31]

Aunque esta sea la más joven, en términos algo relativos, claro está, ocupa el primer puesto en la cronología de los descubrimientos. Fue vista por primera vez por un cazador en 1868 y luego la visitó un terrateniente local, don Marcelino Sanz de Sautuola, en 1876. Dos años después, inspirándose en una exposición sobre el arte paleolítico que vio en París, Sanz de Sautuola regresó a la cueva con su hija de ocho años, María. Ella le señaló las pinturas en la pared, mientras él se encontraba ocupado excavando el suelo de la cueva, buscando herramientas y otros artefactos. Cuando más tarde anunció el descubrimiento, en 1880, la noticia fue recibida con incredulidad entre los miembros de la comunidad académica. ¿Cómo podrían personas tan primitivas crear algo tan evocador, tan hábil e incluso tan artístico? Tuvieron que

transcurrir varias décadas hasta que el círculo académico admitió su acierto en lo relativo a la datación de las pinturas; para entonces, Sanz de Santuola había fallecido.[32]

Las pinturas de la cueva datan de aproximadamente 12.000 años a. e. c., del final de la Edad del Hielo tardía, aunque algunos estudiosos sostienen que podrían ser mucho más antiguas; el término *ante quem*, sin embargo, está fuera de duda ya que un alud bloqueó la entrada a la cueva.[33] La cavidad en la roca tiene casi trescientos metros de largo, con los pasajes y cámaras típicas de este tipo de cavernas. De los animales pintados o grabados en las paredes, los más famosos son los que aparecen en el techo de los Polícromos: una manada de bisontes y un par de caballos, un venado y quizá otros animales.[34]

En 1979, ciento cincuenta mil turistas visitaron Altamira que, en 1985 recibió la condición de Patrimonio de la Humanidad otorgada por la Unesco.[35] Sin embargo, el elevado número de visitantes se ha cobrado la factura, pues la humedad del aliento de tantísimas personas en un espacio tan reducido, así como los grafitis y otros tipos de vandalismo, han perjudicado las pinturas. En poco tiempo, el aforo anual se limitó a las 10.000 visitas y, en último término, la cueva se cerró al público en 2002 y se construyó en las proximidades una réplica exacta que hoy visita el grueso de los turistas; desde 2015, solo cinco visitantes seleccionados al azar pueden entrar en la caverna original, durante 37 minutos, una vez por semana.[36]

La cueva de Lascaux, por su parte, tiene una historia fácil de contar. Cuatro adolescentes y su perro Robot encontraron la cueva en 1940. Habían salido a caminar por una colina que se alza sobre el pueblo de Montignac, en la región de Dordoña, cerca de Burdeos, al sur de Francia, y decidieron explorar un agujero que encontraron; se cuenta que fue porque el perro comenzó a escar-

bar y pensaron que podía ocultar un tesoro enterrado. Ahora sabemos que lo que estaba enterrado sí era un tesoro, pero de obras de arte, no de oro como esperaban los jóvenes.[37]

La cueva tiene casi dos mil metros de largo aproximadamente y allí se encontraron al menos seiscientas pinturas y 1.500 grabados.[38] La Unesco la declaró Patrimonio de la Humanidad en 1979. Podemos aprovechar para señalar aquí que, cuando en 1947 Willard Libby experimentó por primera vez con la técnica de datación por radiocarbono —de la cual hablaremos en el siguiente capítulo—, una de las primeras pruebas se realizó sobre una pieza de carbón encontrada en Lascaux. Gracias, en parte, a este resultado, hoy en día se fecha la cueva entre 17.000 y 15.000 años a. e. c.[39]

La entrada actual, y posiblemente también la original, llevan a la gran sala de los Toros, donde hay pintados cuatro grandes bueyes en la pared que cubren un total de más de cinco metros. Para ser exactos, se trata de uros, una especie extinta de ganado salvaje. También hay caballos más pequeños y venados diminutos representados en la entrada.

Para nosotros resulta tremendamente difícil hacernos una idea certera de lo que supondría entrar en esta cueva hace 17.000 años: sin electricidad, sin senderos para turistas ni señalizaciones que nos impidan tropezar en la oscuridad. Deberíamos imaginarnos con una antorcha en la mano, avanzando con cautela a tientas en las oscuras fauces de la caverna. La titilante luz deja entrever animales nuevos en los muros a pocos centímetros unos de otros, pero más allá solo hay una negrura aterradora y silente. Aun siendo uno de los artistas responsables de alguna de aquellas pinturas, avanzaríamos temerosos y angustiados, casi de puntillas, y nos sobresaltaríamos con cada una de las temibles bestias

pintadas en las paredes: con las que habíamos pintado nosotros mismos unos años atrás, pero más todavía con las que dejaron nuestros antepasados anónimos.

Desde la sala de los Toros, el recorrido nos lleva al divertículo Axial, una zona con pinturas de ganado, venados y caballos, incluidos los denominados caballos chinos, que no son chinos pero recibieron este nombre supuestamente por el laxo parentesco que guardaban con los de las pinturas de la dinastía Sung en China (960-1279 e. c.).

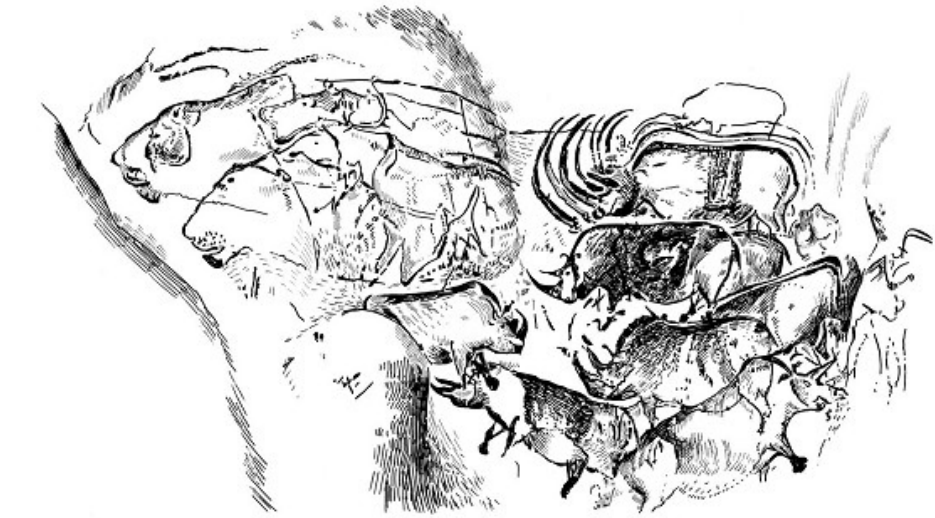
Si giramos a la derecha, en lugar de encaminarnos hacia el divertículo, nos hallaremos en un pasaje con casi cuatrocientos grabados, casi todos de equinos; si de nuevo tomamos la bifurcación a la derecha, aparece ante nosotros el gran Ábside, con más de mil grabados en las paredes. En Lascaux también existe la cámara de los Felinos, que muestra a seis grandes animales entre docenas de diferentes grabados.[40]

Lo cierto es que la cueva jamás llegó a excavarse realmente, sino que simplemente se preparó para el turismo y, en 1948, se abrió al público. Las más de cien mil visitas anuales generaron los mismos problemas que en la cueva de Altamira, pero en Lascaux se dieron cuenta antes. En 1963, la caverna estaba cerrada y solo podían entrar grupos reducidos. Pese a ello, siguen existiendo problemas. En 2000, tras haber instalado un nuevo sistema de aire acondicionado, comenzaron a crecer hongos en las paredes y en las imágenes. En 2006, apareció además un moho negro. Probablemente estos daños son irreparables y por esta razón se construyó una réplica cerca del lugar para que el público pudiera visitarla sin alterar el original.[41]

Chauvet es la más antigua de las tres cavernas que aquí abordamos, pero también es la que se descubrió más recientemente. Se ubica en la región de Ardèche, al sur de Francia. La enorme caverna tiene una longitud máxima de 400 metros de largo y ocupa

más de 8.000 metros cuadrados. En 2014 fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco, solo veinte años después de ser descubierta y explorada, a finales de diciembre de 1994, por Jean-Marie Chauvet y un pequeño grupo de colegas. Chauvet cobró vida gracias a una película en 3-D producida por el famoso director Werner Herzog que se estrenó en 2011.[42]

Allí se encontró un total de casi cuatro mil artefactos y huesos animales así como las mil imágenes de las paredes. Los dibujos y las pinturas que alberga son sencillamente exquisitos y figuran entre las pinturas rupestres más antiguas y mejor preservadas en el mundo, con un mínimo de trece especies diferentes representadas, desde leones, caballos y rinocerontes lanudos hasta búhos, mamuts, osos y otros animales. Cabe la posibilidad, además, de que contenga la imagen más antigua conocida de un volcán en erupción.[43]



Pinturas rupestres de Chauvet.

Los debates en torno a la datación no han despertado pocas pasiones. Recientemente, las fechas comúnmente aceptadas a partir de los análisis de radiocarbono realizados en infinidad de muestras (de entre treinta y ochenta a lo largo de los años), data-

ban las pinturas en torno a 30.000 años a. e. c., en el momento en que se sitúa a los primeros habitantes. La cueva estuvo abandonada durante varios miles de años, hasta que fue utilizada de nuevo hacia 25.000 años a. e. c., cuando se añadieron otras decenas de pinturas. Se conserva además la huella de un niño que se ha preservado en la arcilla del suelo y que corresponde probablemente al segundo período de ocupación.

No hace mucho, un estudio ha cuestionado esta cronología: presenta 259 fechas obtenidas mediante el radiocarbono a partir de los pigmentos usados en las pinturas negras así como en los huesos y el carbón hallados en la caverna, además de otras casi cien fechas deducidas del uso de técnicas menos precisas en las que se usa el uranio-torio, la termoluminiscencia y el cloro-36.[44] Estos métodos sugieren que los osos de las cavernas comenzaron a habitar la cueva hace casi 50.000 años y que las pinturas más antiguas se crearon hacia 35.000 años a. e. c. Esta fase terminó alrededor de 31.500 años a. e. c., cuando ambos, osos y humanos, dejaron de usarla. Estuvo abandonada durante 2.500 años hasta que un nuevo colectivo de personas, no osos, la reocupó entre 29.000 y 26.000 años a. e. c. Más tarde, un alud bloqueó la entrada y nadie, ni personas ni animales, pudo entrar desde entonces hasta que fue descubierta en 1994.[45]

A diferencia de la mayoría de descubrimientos, este no fue accidental. Según relata un detallado artículo publicado en el *New Yorker* en 2008, Jean-Marie Chauvet era el guardabosque del parque, a sueldo del Ministerio de Cultura de Francia, y andaba a la zaga de cavernas similares. Esta en particular se ubica en lo alto de un acantilado calcáreo, por encima del antiguo curso del río Ardèche, muy cerca de un puente natural de caliza llamado Pont d'Arc. Aunque la entrada original ha permanecido cerrada duran-

te al menos 20.000 años por el alud, miembros del grupo de Chauvet notaron un aire frío proveniente de una pequeña abertura en la pared del acantilado.[46]

Éliette Brunel, la más joven de aquel grupo, subió tras haber retirado algunas rocas para ensanchar la abertura. El resto la siguió inmediatamente y se descolgaron por una escalera de cuerda hasta una fosa de noventa metros de profundidad. Allí encontraron una enorme caverna, repleta de estalagmitas y estalactitas. Vieron los huesos de animales en el suelo y luego las pinturas de las paredes. Brunel exclamó: «¡Han estado aquí!», refiriéndose a los pintores rupestres del Paleolítico.[47]

En un artículo del *Smithsonian*, publicado en abril de 2015, Joshua Hammer reconstruye lo que sucedió después a partir de las memorias de los exploradores, publicadas en 1996:

> El trío avanzó cautelosamente por el suelo de tierra, tratando de no pisar las cenizas cristalizadas de un antiguo foso de fuego y observando, anonadados, los centenares de imágenes. «Estábamos frente a una pared de roca cubierta enteramente por dibujos de color rojo ocre ... El panel exhibía un mamut de larga trompa, y un león con salpicaduras rojas alrededor del hocico, en forma de arco, como gotas de sangre. Nos agachamos sobre los talones sin perder de vista el muro de roca, enmudecidos por la estupefacción.»[48]

Existe cierto debate, y disputa, sobre quiénes se encontraban exactamente con Chauvet aquel día y a quiénes llevó después, así como si fue él el primero en divisar la pequeña abertura. Con independencia de estos detalles, en el interior de la cueva vieron cientos de dibujos y pinturas; algunos enormes y otros bastante pequeños; algunos aislados y otros en grupo, superpuestos si era necesario. Rápidamente dieron aviso a las autoridades, que enviaron a Jean Clottes, un especialista en pinturas rupestres y consejero científico del Ministerio de Cultura. Este declaró que se trataba de uno de los grandes descubrimientos del siglo XX y reunió a un grupo de especialistas que llevan estudiando las pinturas rupestres de la cueva de Chauvet desde 1996.[49]

Durante todo ese período, la caverna ha permanecido cerrada al público para evitar problemas como los sufridos tras la apertura a los turistas de las cuevas de Lascaux y Altamira. De hecho, incluso los equipos investigadores entran en la cueva de Chauvet solo dos veces al año, unas pocas semanas en primavera y otras en otoño. El resto del tiempo, una puerta cerrada de acero de un metro veinte de altura evita la entrada de cualquier persona. Esta es la única de las tres cuevas que ha sido excavada con métodos modernos.[50]

La cueva tiene varias secciones.[51] La entrada original, que se encuentra sellada desde fuera por el antiguo incidente del alud, conduce a un área enorme, llamada cámara de Brunel, en honor a Éliette Brunel, la primera persona que entró en la caverna en miles de años. Desde allí se accede al divertículo de los Osos, donde hay muestras más que suficientes de la ocupación de la cueva por parte de osos, incluidos los huecos abiertos en el suelo de arcilla.

Desde este divertículo se llega a dos galerías. Una es bastante corta, la denominada galería del Cactus, que contiene la pintura que Éliette Brunel contemplaba cuando llamó al resto del grupo: un pequeño mamut rojo pintado sobre una roca.[52]

La otra galería es mucho más amplia y conduce a otras cámaras. Se trata de la galería de los Paneles Rojos, ya que la mayoría de las pinturas halladas aquí están en una serie de paneles en la pared este y casi todos pintados de rojo.

Desde esta sección se puede ir a la izquierda (es decir, al oeste) y entrar a la galería del Cirio, el comienzo de la segunda parte del sistema de cuevas, tras la cual se halla la cámara de Hillaire, nombrada así en renococimiento a Christian Hillaire, el tercer miembro del trío original que descubrió la cueva. Esta sala tiene un diámetro de cerca de treinta metros y un techo de la misma altura aproximadamente; sus paredes están cubiertas por numerosas

pinturas y dibujos, algunos superpuestos, probablemente porque se crearon en diferentes momentos. Una capa natural de calcita también recubre un buen número de las obras de arte, lo que indica que no pueden ser falsificaciones, por si existiera duda.

Desde la cámara de Hillaire hay dos opciones. Si se continúa hacia el oeste, se llegará a la cámara del Cráneo, donde se encontró el cráneo de un oso cuidadosamente colocado sobre una piedra desprendida del techo. Más allá de la cámara del Cráneo se encuentra la última galería en esta dirección, la galería de las Rejas, donde hay dibujado sobre la roca un gran caballo.

Sin embargo, si continuamos al norte, llegaremos a la galería de los Megaloceros: allí hay dibujos de varios rinocerontes, pero la galería tomó el nombre del dibujo de los megaloceros, un tipo de venado gigante y extinto, con enormes cornamentas. El más grande de los megaloceros era mucho más alto que un humano normal y se lo conoce como alce irlandés, venado irlandés o alce gigante.[53]

Investigadores franceses propusieron, a comienzos de 2016, que la imagen en forma de salpicadura de esta galería, parcialmente cubierta por el dibujo de los megaloceros, es posiblemente una representación de la erupción de un volcán cercano. En la cueva hay al menos otros dos conjuntos de imágenes similares en otros lugares, que siempre han sido un misterio para los estudiosos, pero ahora parece que quizá todos ellos representen el campo volcánico BasVivarais, que está a tan solo 35 kilómetros de la cueva y cuyas erupciones tuvieron lugar hace entre 19.000 y 43.000 años, incluido el tiempo en que la cueva estuvo habitada. Si los investigadores aciertan, estas imágenes serían las representaciones de erupciones volcánicas más antiguas conocidas.[54]

Desde la galería de los Megaloceros se accede a la denominada sala del Fondo, donde hay imágenes de bisontes, rinocerontes, mamuts y grandes felinos; son tantas que suponen casi un tercio

del total de las pinturas de la cueva. Un grupo está formado por dieciséis leones que se lanzan sobre una manada de bisontes. Como en muchos casos en la caverna, el artista o artistas usaron piedras de las mismas características para presentar a los animales en movimiento y dotados de vida.[55]

Desde allí se puede ir, por un lado, a la galería Belvedere, que no tiene pinturas sino un pequeño agujero desde el que se puede echar la vista atrás, hacia la pared izquierda de la sala del Fondo. El otro lado conduce a la Sacristía, donde hay dibujos de un caballo, un gran bisonte, un felino de gran tamaño y un rinoceronte en los muros y numerosas huellas de animales impresas en el suelo blando de arcilla. Aquí termina el complejo de cuevas, al menos lo que hoy conocemos.

A finales de abril de 2015, se inauguró una réplica de la cueva de Chauvet muy cerca de la original. El proyecto costó 55 millones de euros, pero permite que el público general acceda a las asombrosas imágenes pintadas en las paredes y rocas de la original. Cada una de las pinturas es una réplica exacta de la original, creada con modelos tridimensionales, imágenes digitales y otras técnicas que van desde lo científico hasta lo artístico. Las paredes de caliza originales se reprodujeron sobre cemento; las estalagmitas y estalactitas, con resina.[56] Se dice que los resultados son impresionantes.

De este modo, las tres cuevas —Lascaux, Altamira y Chauvet — se encuentran esencialmente cerradas al público, pero sus réplicas atraen, o tienen el potencial de atraer, a más visitantes aún que las originales. Por ejemplo, en el momento de mayor afluencia, la cueva de Altamira tenía cerca de 150.000 visitantes al año; la réplica hoy cuenta con hasta 250.000 visitas anuales.[57]

Tal vez esto sirva de incentivo para crear más réplicas como estas, igual que se hizo con la tumba del rey Tutankhamón en Egipto, ya que muchos destinos populares arqueológicos deben afron-

tar el dilema de la preservación o el acceso. Lejos de convertir el yacimiento en un «producto Disney», crear réplicas idénticas permitirá que un mayor número de personas disfruten de estas maravillas antiguas mientras las originales permanecen relativamente intactas y disponibles para ser estudiadas más adelante por los científicos.

Se ha escrito ya mucho sobre este arte, incluidas las diversas hipótesis de algunos estudiosos para explicar las razones que pudieron originar estas pinturas del Paleolítico Superior, pero aún queda mucho por hacer. No cabe duda de que los humanos de hace 35.000 años contaban ya con evolucionadas habilidades manuales, que habían desarrollado los conceptos de arte y religión y que guardaban más similitudes con nosotros que diferencias.

Igualmente sabemos que la arqueología prehistórica es única en tanto que nos permite echar un vistazo a la historia de los homininos, que se extiende desde los tres individuos que dejaron sus huellas en las cenizas de Laetoli, en Tanzania, hace varios millones de años hasta tiempos más recientes, cuando nuestros antiguos parientes decoraban las paredes de las cuevas en Francia y España. A estas alturas, nuestra imagen del árbol genealógico humano se ha transformado de tal modo que ahora parece más un arbusto que un árbol, con múltiples especies de homininos que habitaron el planeta al mismo tiempo.[58] Por ejemplo, sabemos que hace 50.000 años había seres humanos y neandertales en Europa al mismo tiempo, así como otros a los que no hemos mencionado aquí, entre ellos los denisovanos de Asia, los *hobbits* de isla de Flores, e incluso, si los genetistas están en lo cierto, algunas especies aún no identificadas que también se agregaron al patrimonio genético. Nosotros nos erigimos como única especie hace tan solo 25.000 años, con un ADN en el que coexisten ele-

mentos de otras especies. Este campo de investigación avanza a gran velocidad, con nuevos descubrimientos cada año, y será de gran interés atender a lo que está por venir.

7
Los primeros agricultores en el Creciente Fértil

Figurilla de Çatalhöyük: posiblemente una diosa o una reina.

Algunos yacimientos saltan a los titulares del mundo entero tras su descubrimiento. Otros suscitan excéntricas teorías, una tras otra, como la miel atrae a las moscas. Una tercera categoría consigue ambas cosas. En 2007 comenzaron las excavaciones del emplazamiento llamado Göbekli Tepe, en la actual Turquía, datado de hace más de 11.000 años, y en 2010 ya aparecía en uno de los episodios de *Ancient Aliens*.[1]

Se cuenta que el responsable del descubrimiento de Göbekli Tepe, en 1983, fue un granjero que halló una piedra tallada en su campo y la llevó al museo local. Arqueólogos de la Universidad de Chicago habían realizado un estudio del yacimiento ya en la década de los sesenta y lo habían clasificado como posible cementerio medieval, a causa de la cantidad de losas rotas que encontraron e identificaron como potenciales piedras sepulcrales. En consecuencia, el descubrimiento del granjero no significó mucho, al menos inicialmente. En 1993, Klaus Schmidt, un arqueólo-

go alemán, vio la piedra tallada recogida por el granjero y volvió a investigar el sitio aproximadamente un año después. Transcurrió más de una década hasta haber terminado con los preparativos y las excavaciones no comenzaron hasta 2007. En poco tiempo se puso de manifiesto que Göbekli Tepe es uno de los yacimientos más antiguos del Neolítico precerámico con muestras de creencias religiosas jamás desenterrado, pues se fecha en torno a 9.600 años a. e. c. Schmidt dirigió las excavaciones durante siete años, hasta su inesperada y prematura muerte en julio de 2014 a consecuencia de un ataque cardíaco mientras nadaba.[2]

El período Neolítico, o la Edad de Piedra Nueva (del griego, *neos*, que significa «nuevo», y *lithos*, que significa «piedra»), comenzó hace alrededor de doce mil años, aproximadamente en el año 10000 a. e. c., en el antiguo Oriente Próximo. Durante la primera parte de dicho período, de cerca de cuatro mil años, todavía no se había creado la cerámica tal y como hoy la conocemos y por ello este período se denomina Neolítico precerámico.

Solemos hablar de la revolución neolítica al referirnos a este período porque indica el inicio de una nueva forma de vida completamente nueva. No solamente cambiaron las herramientas de piedra, que es el principal motivo por el que se lo conoce como la Edad de Piedra Nueva, sino que también se observa por primera vez la domesticación de las plantas y de los animales, incluido el trigo y la cebada, las ovejas y las cabras, en un espacio que abarca desde el norte del golfo Pérsico hasta el punto en que Turquía se une con Siria, descendiendo por la costa mediterránea hasta llegar al actual Israel: el Creciente Fértil.

Progresivamente, esta revolución lo alteró todo. Imaginemos por un momento que disponemos de la comida suficiente para sentarnos y volvernos sedentarios, en vez de tener que ser nómadas. Imaginemos que tenemos suficiente comida a lo largo de todo el año para que el número de hijos no fuera una preocupación

y pudiéramos procrear alegremente. Imaginemos que nuestro grupo de cabañas creciera hasta convertirse en una aldea, en un pueblo, en una ciudad, y que nuestra sociedad ganase cada día más en complejidad hasta acabar necesitando leyes, contabilidad y escritura. Todo esto, y más, llegó a consecuencia de la domesticación de las plantas y de los animales, aunque algunos señalan que estos cambios acarrearon también otras consecuencias, como el origen de la violencia, las desigualdades sociales y otras injusticias.

Existen innumerables teorías y muy diversas sobre por qué la agricultura y la domesticación de las plantas y los animales comenzó en esta región en el período Neolítico, algunas de ellas formuladas por estudiosos de renombre, como el arqueólogo australiano V. Gordon Childe, el de la Universidad de Chicago Robert Braidwood, el antropólogo de la Universidad de Michigan Henry Wright y la economista danesa especializada en cuestiones agrícolas Ester Boserup. Sus planteamientos hablan de un posible cambio climático entre los años 10000 y 9000 a. e. c., que podría haber dado origen a los asentamientos humanos en oasis, donde encontrarían los tipos de plantas y animales adecuados para la domesticación; la superpoblación y la sobreutilización de los recursos naturales; así como otros acontecimientos e incidentes que hicieran posible y necesaria la domesticación.[3]

Göbekli Tepe reúne las muestras más antiguas de arquitectura monumental de Oriente Próximo. Hasta ahora, los arqueólogos han descubierto al menos cinco círculos de piedra de distintos tamaños, uno de ellos de casi veinte metros de diámetro.[4] Son impresionantes y las fotografías que han aparecido en distintas publicaciones hasta la fecha no les hacen justicia.

En la mayor parte de las piedras verticales se aprecian figuras o adornos tallados que contienen escenas de animales y estas han despertado el interés no solo de numerosos arqueólogos sino

también del público general y de algunas personas con teorías excéntricas. Entre los animales hay lagartos, escorpiones, toros, leones, buitres y algo que tal vez sean perros, o lobos. Recientemente, en verano de 2015, se sugirió que en algunas de aquellas piedras podría haber incluso pictografías, es decir: imágenes que cuentan una historia, cinco mil años antes de la invención de la escritura.[5]

Según Schmidt, hay al menos dieciséis círculos de piedra todavía enterrados, que se localizaron mediante técnicas de detección remota como el georradar. Cada uno de los círculos descubiertos hasta ahora presenta un determinado número de piedras verticales, en el que se cuentan dos grandes piedras en forma de T, en el centro, con otras más pequeñas, verticales, alrededor. Las más grandes pueden medir entre 5 y 5,5 metros de altura.

No sabemos con certeza qué pretendían hacer allí los habitantes de Göbekli Tepe, pero Schmidt estaba convecido de que se trataba de un lugar sagrado, tal vez el más antiguo con una arquitectura construida por humanos deliberadamente. En 2008, la revista *Smithsonian* publicó un artículo en el que se planteaba si aquel sería el primer templo conocido del mundo. En 2011, *National Geographic* publicó otro artículo que sugería que «la necesidad de culto fue la chispa que desencadenó la civilización».[6]

En este texto, el autor señala que los constructores de Göbekli Tepe pudieron «cortar y dar forma a 16 toneladas de piedras y transportarlas cientos de metros pese a no disponer de ruedas ni de animales de carga». Asimismo subrayaba que en aquel mundo aún no se había inventado la escritura, ni descubierto el metal ni la cerámica.[7]

Lo importante para nosotros es que Göbekli Tepe se encuentra en el límite septentrional del Creciente Fértil y que parece ser uno de los enclaves más antiguos de aquel período. En realidad, parece haber estado despoblado hasta poco antes de que los ha-

bitantes desarrollasen la capacidad de domesticar, porque se han recuperado, y estudiado, miles de huesos de animales que indican que los miembros de aquella comunidad cazaban y comían de forma salvaje, capturando principalmente gacelas y aves.[8]

Desde hace tiempo, se cree que los humanos lograron asentarse gracias a la domesticación de las plantas y los animales, como dijimos anteriormente, pero yacimientos como Göbekli Tepe podrían indicar lo contrario. El haber congregado a muchas personas en un solo emplazamiento como este, con sus anillos de piedra, piedras verticales labradas y demás, pudo provocar la necesidad de que estos se planteasen cómo alimentar a toda la comunidad, si los métodos de caza y recolección habituales no bastaban para el sustento de todos.[9] Por tanto, Göbekli Tepe es un yacimiento extremadamente importante, aunque lo cierto es que las investigaciones arqueológicas no han hecho más que empezar. Sabremos más de este sitio en años venideros, a medida que las excavaciones prosigan bajo la dirección de un nuevo arqueólogo jefe.

Debemos, sin embargo, mencionar también lo que Göbekli Tepe no es. No es el Jardín del Edén, y Schmidt nunca lo consideró así, pese a que algunos periódicos afirmen que sí lo dijo.[10] Probablemente, tampoco es un yacimiento antiguo relacionado con los vigilantes ni los nefilim de la Biblia, ni con la catástrofe mundial que algunos sostienen que se produjo al final de la última glaciación, según se afirmaba en un libro publicado en 2014.[11]

Es, sencilla y llanamente, uno de los yacimientos neolíticos más interesantes que hoy día estudian los arqueólogos. Puede arrojar luz sobre la práctica religiosa temprana y, sin duda, lo hará también sobre el período en que los humanos comenzaron a asentarse y a domesticar animales y plantas. En este aspecto se vincula con otros dos yacimientos también de notable interés en

ambos sentidos y que ahora tendremos ocasión de ver: Çatalhöyük, en la actual Turquía, y Jericó, ubicado en la región de Cisjordania, junto al mar Muerto.

Jericó es un emplazamiento conocido para muchos por la historia de Josué y los israelitas, que invadieron Canaán al final del éxodo desde Egipto, según cuenta la Biblia.[12] Existe un tremendo revuelo en lo tocante a la arqueología de esta historia pero, en realidad, el interés por confirmar la historia bíblica llevó al descubribiento de la Jericó neolítica.

Jericó se asienta en un oasis en el centro de lo que es un desierto desolado. El abastecimiento de agua es suficiente para beber y regar, lo que permite que las personas sobrevivan e incluso prosperen allí. Entre 1930 y 1936, John Garstang, un famoso arqueólogo británico, dirigió las excavaciones en Jericó. Entre sus conclusiones se cuenta la identificación de uno de los estratos situado entre la colina y la ciudad apresada por Josué y los israelitas. Sin embargo, sus hipótesis fueron muy criticadas porque, a decir de algunos, dató la cerámica de aquel estrato erróneamente y, por lo tanto, lo malinterpretó todo.

Finalmente, optó por invitar a Kathleen Kenyon, la joven arqueóloga que había estudiado con Mortimer Wheeler y que había excavado en el yacimiento de Samaria, un poco más al norte de Jericó, para que examinase de nuevo la cerámica que él mismo había hallado. A la postre, la investigadora determinó que carecía de pruebas suficientes para dar una respuesta definitiva y que necesitaba realizar más excavaciones en el yacimiento, una decisión muy habitual entre los arqueólogos.

Así pues, regresó a Jericó en 1952 e inició una serie de excavaciones.[13] La estratigrafía del emplazamiento, que documenta cuatro niveles y períodos de ocupación, acabó resultando más com-

pleja de lo esperado. Sus dibujos de las secciones, después de haber excavado una parte completa de la colina, mostraron una maraña de muros, suelos, ruinas y otros restos arqueológicos.

Debemos mencionar aquí que el concepto de estratigrafía, que se tomó prestado de la geología, fue introducido en la arqueología de Oriente Próximo por William Matthew Flinders Petrie y Frederick Jones Bliss durante sus labores de investigación en un yacimiento llamado Tell el-Hesi, en la parte oeste de Jericó, varias décadas antes. Estos estudiosos sostenían con acierto que las cosas más antiguas suelen encontrarse más abajo que las más recientes, especialmente en los montículos fabricados por el hombre, denominados *tells* y que pueden encontrarse en todo Oriente Medio, Jericó incluido. También indicaron que, como Kenyon descubriera que sucedía en Jericó, la estratigrafía de un yacimiento puede ser increíblemente complicada.[14]

Kenyon encontró pruebas, especialmente más cerámica, que le indicaron tanto a ella como a la mayor parte de los estudiosos que el estrato de ruinas hallado por Garstang realmente databa de unos mil años antes de la época de Josué: los restos de la ciudad pertenecían a la Edad del Bronce Antiguo, no a la Edad del Bronce Final. Además, a su parecer la ciudad había sido abandonada a mediados del segundo milenio antes de Cristo y habría estado ya desierta y vacía, si no completamente en ruinas, en los tiempos en los que Josué y los israelitas invadieron la región.[15]

En cualquier caso, mientras Kenyon excavaba allí, descubrió también niveles neolíticos con muros, edificios y tumbas, y se centró en ellos. Por entonces, hacia 7500 a. e. c., es probable que Jericó tuviera una población de aproximadamente dos o tres mil personas como mucho. Se trata de una fecha posterior en dos mil quinientos años a la de las ruinas de Göbekli Tepe, pero dentro del Neolítico precerámico. La estructura estaba protegida por un

fino muro de piedra, lo que dio origen a la idea, presente en muchos artículos de literatura arqueológica, de que Jericó es la primera ciudad amurallada que conocemos.

En este mismo nivel, Kenyon también descubrió la llamada Torre de Jericó. Esta mide alrededor de ocho metros de altura y algo más de nueve de diámetro en la base. Construida con piedras no talladas de tamaño medio, es hueca y cuenta con una escalera interna que va desde la parte superior hasta el fondo (y viceversa). Es muy probable que sirviera como lugar de almacenaje o como antiguo elevador de granos, donde se guardaba el alimento cosechado hasta que se necesitase, pero es probable que también sirviera como estructura defensiva para proteger la ciudad. Algunos estudiosos también han considerado que podría haber tenido una función más social, o incluso un propósito astronómico.[16]

Los habitantes de Jericó enterraban a sus muertos bajo sus casas durante este período. Kenyon encontró casi tres mil sepulcros, pero lo realmente curioso era lo que hacían los habitantes de Jericó con los cráneos de sus muertos durante la segunda mitad de este período, en la fase B del Neolítico precerámico, que duró otros mil años, hasta 6000 a. e. c. aproximadamente.

En esta época, en Jericó, y en un montón de sitios ubicados también en Oriente Próximo, los habitantes separaban la cabeza del resto del esqueleto, presumiblemente cuando el cuerpo se había descompuesto lo suficiente como para permitir la separación de esta con facilidad, evitando tener que cortarla. También retiraban la mandíbula inferior para luego cubrir el resto de la calavera con arcilla. Básicamente, se trataba de restaurar la carne del rostro. También ponían conchas, especialmente de cauri, donde en su día estuvieran los ojos con la pretensión de otorgarle un aspecto más real.[17] Era frecuente que ubicasen las cabezas en un lugar destacado, como la sala de estar de sus casas.

En general existe la creencia de que se trata de algún tipo de culto a los antepasados, pero no podemos saberlo con certeza, ya que no dejaron ningún registro que nos dé cuenta del motivo de esta costumbre. A nosotros se nos hace un tanto extraño y repugnante, al menos en mi opinión, imaginar la cabeza del tío Fred, o de nuestro padre o madre fallecidos, en la esquina de la sala de estar, contemplando cuanto sucede. Sin embargo, yo tengo un viejo retrato de mi madre colgado en nuestra sala de estar y, bien pensado, quizá no sea tan distinto, ¿no es cierto?

Cráneo reconstruido en yeso, Jericó.

Aún hoy sentimos fascinación hacia las calaveras, aunque algunos más que otros. Cuando el artista Damien Hirst realizó su primera versión de estas calaveras, yo mostré las imágenes, una tras otra, a mis estudiantes: una calavera de Jericó y la que había creado Damien Hirst en 2007. Convinimos en que guardaban ciertas similitudes, pero la enyesada de Damien Hirst probablemente fue más cara, porque la creó empleando ochenta y seis mil diamantes perfectos, además de platino. Solo los materiales costaron 14 millones de libras (alrededor de 16,5 millones de euros). Salió a la venta a precio de ganga: a solo 50 millones de libras.[18]

Más recientemente, un equipo de arqueólogos italianos y palestinos excavaron en Jericó entre los años 1997 y 2000 y hallaron más información de interés, incluidas las pruebas que testimoniaban la existencia de una gran ciudad ubicada en estratos inferiores y que databa de la Edad del Bronce. Su trabajo se detuvo a causa de las tensiones en la región, que hacían inseguro proseguir allí, pero en 2008 regresaron al yacimiento y desde entonces continúan las labores de excavación.[19]

El último yacimiento sobre el que hablaremos en este capítulo también contiene dos calaveras enyesadas similares a las halladas en Jericó, pero es más famoso por otras razones. Se remonta a una fecha un poco posterior al de Jericó, con su florecimiento entre 6.500 y 5.600 a. e. c., durante el período B del Neolítico precerámico. Se trata del yacimiento de Çatalhöyük, en la actual Turquía.[20]

Allí, las excavaciones empezaron a comienzos de los años sesenta, bajo la dirección de James Mellaart, un arqueólogo británico. Este descubrió alrededor de 160 casas que pertenecían a una fascinante aldea o pequeño pueblo, con una población de entre tres mil y ocho mil personas.[21]

Las casas, de una sola planta, estaban todas intercomunicadas, con muros de separación que servían para dos viviendas al mismo tiempo. Todas las paredes estaban hechas de ladrillos de barro, pero lo más extraño es que ninguna de ellas tenía ni puertas ni ventanas. Tampoco hay calles ni callejones entre las casas, puesto que todas están conectadas.

Sin ventanas ni puertas, ni acceso desde calles o callejones, ¿cómo lograban entrar en sus casas? La respuesta se encuentra, creemos, en las escaleras; escaleras para subir al tejado de la vivienda y escaleras para bajar al interior de la misma. Esa tiene que ser la explicación, puesto que indudablemente la gente tenía acceso al interior de sus casas. Pero se trata de una distribución bastante inusual. ¿Qué pudo moverlos a construir sus casas de este modo?

Obtendremos la respuesta en el descubrimiento de una pintura mural que decoraba una de las casas. La pintura retrata una escena de un animal muy grande, posiblemente con cuernos, que está siendo cazado por un grupo de humanos mucho más pequeños acompañados por unos cuantos caballos. El artista parece haber tenido cierto problema con la perspectiva, porque de otro modo ese animal, que se parece mucho a un jabalí o, más probable todavía, a un toro, habría sido increíblemente enorme. Aunque en la realidad no fuese tan grande como aparece en esa imagen, sí nos da idea de que probablemente hubiera animales de gran tamaño merodeando alrededor de esta aldea. No sería de extrañar que los aldeanos tuvieran miedo de esos animales salvajes y trataran de protegerse, lo que también explicaría por qué no tenían puertas ni ventanas en sus casas: para que las bestias no pudieran entrar de ninguna manera. Al usar escaleras que aquellos no podían subir, los aldeanos lograban garantizar su supervivencia, al menos frente a los depredadores no deseados, durante las noches. No cabe otra explicación que encaje mejor.[22]

Mellaart encontró esta imagen durante sus excavaciones en la década de los sesenta, pero por desgracia la dejó desprotegida frente a los elementos, así que hoy no está muy bien conservada. Recuperó también otras muchas pinturas murales, entre ellas la que presenta a unos hombres a gran escala corriendo, vestidos únicamente con taparrabos. Otra tiene un gran diseño geométrico sobre un dibujo de manos blancas y un fondo rojo. Las manos recuerdan a los dibujos que los niños hacen en preescolar, cuando perfilan el contorno de su mano sobre un papel y luego lo colorean. Aquí hicieron, en cierto modo, lo mismo, en blanco sobre rojo.

Otras pinturas muestran escenas de caza, como una con muchos hombrecillos alrededor de un ciervo o antílope bastante grande u otro animal parecido, con grandes cuernos. Estas escenas de caza, muchas de las cuales se encuentran en la misma estancia de una misma casa, comparten la característica de que los animales son retratados a un tamaño mucho mayor que el de los humanos que aparentemente los cazan. Una vez más, podría ser indicio de la importancia de los animales objeto de caza, en vez de la constatación de que fueran realmente enormes.

Por otro lado, parece que los lugareños tenían una ligera fijación con los toros. Además de ser representados en las pinturas, también aparecen en lo que llamanos esculturas plásticas, tridimensionales, halladas en algunas de las estancias. Se trata principalmente de cabezas de toro con cuernos hechas de arcilla o, con frecuencia, de cuernos solamente.

No tenemos la menor idea de por qué sentían tal fascinación hacia los toros. Como veremos, los minoicos, que vivieron en la isla de Creta, en el mar Egeo, aproximadamente cuatro mil años más tarde, durante la Edad del Bronce, también tenían fijación por los toros. Algunas teorías apuntan a que los primeros habitantes de Creta venían de la antigua Anatolia, pero la distancia

temporal es demasiado grande como para vincular los toros neolíticos de Çatalhöyük con los toros de Cnosos, pertenecientes a la Edad del Bronce, por muy tentadora que sea la idea.

Hay otra pintura mural que parece representar un paisaje. En realidad, es muy similar a la vista que uno tiene al mirar desde la aldea hacia una montaña que se alza a lo lejos. Esta gran montaña, conocida como Hasan Dağı (monte Hasan), es en realidad un volcán, fuente de toda la obsidiana empleada para construir las herramientas de Çatalhöyük.[23] En la pintura mural aparecen muchos cuadrados pequeños frente a la montaña. Puede que el artista estuviera tratando de retratar su propia aldea en primer plano, es decir, la propia Çatalhöyük. También puede suceder que el volcán esté en erupción en la imagen, o al menos eso sugirió recientemente un equipo de estudiosos.[24]

Hay todavía otra escena en la que pájaros con grandes alas y con aspecto de buitres parecen estar atacando a una figura humana que yace boca abajo. De ahí que muchos estudiosos conjeturaran que los cadáveres podrían haber sido abandonados al aire libre deliberadamente, para que la carne fresca fuera devorada por los carroñeros antes de enterrar los esqueletos.

De hecho, Mellaart, y su actual sucesor en el yacimiento, Ian Hodder, de la Universidad de Stanford, hallaron unos cuantos sepulcros bajo los suelos de las casas, igual que los que Kathleen Kenyon descubriera en Jericó. Es difícil decir si los enterramientos se habían producido cuando el cadáver ya no tenía carne, pese a que los esqueletos de al menos algunos de los sepulcros indican que estarían totalmente intactos al ser introducidos en la tumba.

Hodder desarrolló todo tipo de ideas nuevas al comenzar las excavaciones en el yacimiento en 1993, como poner un enorme tejado que cubriera la zona de la excavación, para proteger lo que hallaban en vez de dejarlo todo expuesto a los elementos, como

Mellaart. También aplicó nuevas estrategias creativas para recaudar fondos para la excavación, asociándose a un importante banco local, dando nombre a un gran estadio de béisbol o de fútbol en Estados Unidos, o buscando la ayuda de grandes patrocinadores corporativos, como IBM, Pepsi, British Airways y Shell, algo prácticamente inaudito en otros yacimientos. También se implicó en la puesta en escena de un desfile de moda en Estambul, en 1997 y, de nuevo, en 2010, en la Exposición Universal de Shanghái, donde se construyó una gran réplica de Çatalhöyük, para que las modelos pudieran salir de la réplica antes de desfilar por la pasarela con sus vestimentas de inspiración neolítica.[25] Hasta entonces, Hodder era famoso por sus teorías arqueológicas. Antes de ir a Stanford, había sido profesor en la Universidad de Cambridge, en Inglaterra. Allí había iniciado, junto a Michael Shanks y Christopher Tilley, lo que nosotros denominamos «arqueología posprocesual», que puede explicarse brevemente como haremos a continuación.

En la década de los años sesenta, un arqueólogo estadounidense llamado Lewis Binford desarrolló lo que se conoce como «arqueología procesual», también llamada a menudo «nueva arqueología». Hasta ese momento, la arqueología y sus publicaciones habían sido principalmente descriptivas. Es decir, describían los descubrimientos, emplazamientos y personas según el período temporal al que pertenecieran, según dónde hubieran sido hallados, según qué cultura se les atribuyera, el aspecto de los objetos, etc. Binford quería hacer de la arqueología algo más parecido a una ciencia, más antropológica, por así decirlo. En este sentido, seguía la tendencia iniciada por otros arqueólogos de Estados Unidos a finales de los años cincuenta, que alcanzaron la fama al afirmar que «la arqueología es antropología o no es nada».[26]

Binford quería que la arqueología tratara de explicar cosas, no que se limitara a describirlas; quería que los arqueólogos elaboraran leyes universales o generalizaciones sobre la conducta humana, como Einstein hiciera en física. También quería que utilizaran procedimientos científicos para ser totalmente neutrales y objetivos en sus discursos, algo notablemente distinto a lo que los arqueólogos anteriores venían haciendo.[27]

Binford fue muy influyente, especialmente en los años sesenta y setenta, y él y sus estudiantes extendieron su mensaje a lo largo y ancho del mundo. Sin embargo, fueron principalmente los estudiosos de Estados Unidos los que más se adhirieron a este principio. Los europeos no estaban tan emocionados con la idea, y en los años ochenta lanzaron un movimiento de reacción frente a este mensaje. El contramovimiento se conoce como «arqueología posprocesual», o «posprocesualismo». Entre los impulsores de este último estaba, y sigue estando, Ian Hodder que, junto a otros colegas, rechazaban al menos en cierta medida la confianza que Binford tenía en la ciencia. Los posprocesualistas afirmaban que no existen leyes universales que rijan la conducta humana y que es ridículo tratar de buscarlas. También argumentaban que no debería hacerse mucho uso de los métodos científicos explícitos, porque la arqueología no es una «ciencia exacta». Hodder y sus seguidores defendían que tratar de aparentar ser objetivo y neutral en nuestras exposiciones e interpretaciones era, básicamente, absurdo. Los humanos somos animales con prejuicios, y es imposible eliminar esos prejuicios de nuestras interpretaciones.[28]

También decían que lo que había hecho la nueva arqueología era básicamente «deshumanizar» la disciplina y que no era posible comprender el pasado si uno no trataba de comprender a las personas y sus posibles motivaciones, incluyendo el hecho de que las voces del pasado son múltiples, como las de las mujeres y las minorías, más allá de los grandes hombres como Alejandro

Magno o Julio César. Hodder es famoso por una afirmación esencialmente dirigida a Binford: «La arqueología es arqueología y la arqueología es historia, pero la arqueología no es antropología».[29] Paradójicamente, Hodder pertenece ahora al departamento de antropología de Stanford.

El posprocesualismo sigue vigente en la actualidad, pero sus proclamas han ocasionado algunos problemas, como por ejemplo el hecho de ser demasiado receptivo con los aficionados, ya que afirma que todo es relativo y está abierto a interpretación, incluso a la realizada por los no expertos. En realidad, la implicación de esos no expertos ha dado pie a ciertas actividades interesantes en la propia Çatalhöyük, especialmente cuando los devotos de la nueva era y de la diosa madre visitan el yacimiento porque en él se han encontrado algunas estatuillas.[30]

Estas estatuillas de Çatalhöyük representan a mujeres. Habitualmente están sentadas y tienen proporciones bastante voluptuosas. Encajan dentro de una categoría de figurillas femeninas que se encuentran también en otros muchos yacimientos de Europa, pero solo durante este período concreto. Marija Gimbutas, que fue profesora de la UCLA entre 1963 y 1989, las veía como estatuillas de la diosa madre, que representaban la fertilidad, la maternidad y el dominio de la diosa madre sobre la Tierra.[31]

Sin embargo, no está claro en absoluto qué representan esas estatuillas. Es probable que algunas estén vinculadas a aspectos de fertilidad o de maternidad, pero no es seguro que la diosa sea la que aparece retratada, ni por qué motivo. ¿Sería la dueña de la estatuilla una mujer que quería quedarse embarazada o una que daba gracias por haberse quedado embarazada? ¿O ninguna de las dos? Algunas muestran a la mujer sentada en lo que parece ser un trono, entre ellas hay una en la que aparece con una piel de animal anudada alrededor de sus hombros. Esto podría considerarse una característica indicativa de la representación de una

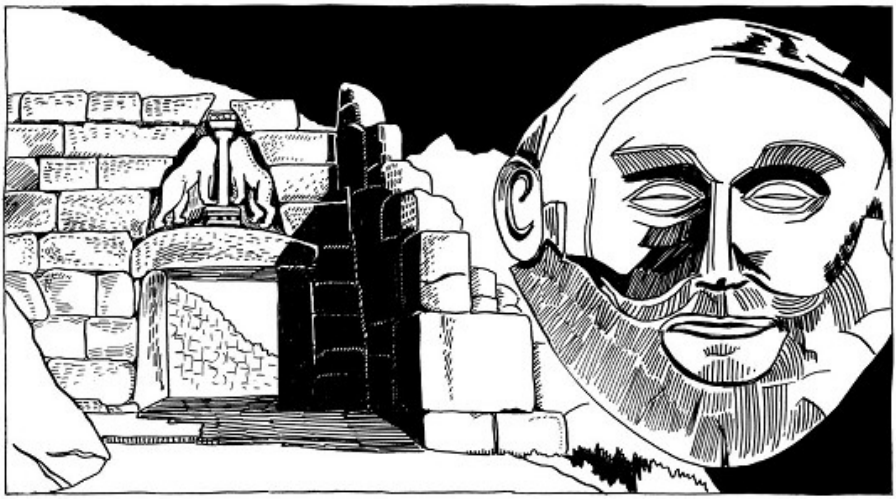
reina o sacerdotisa, más que de la diosa en sí misma. Las teorías de Gimbuta no han sido, en absoluto, aceptadas universalmente, pero Çatalhöyük se inscribe en la ruta de muchos viajes relacionados con la diosa madre.

En cualquier caso, el Neolítico es un período extremadamente interesante, aun cuando solo podamos juzgarlo aquí a partir de los tres emplazamientos que hemos descrito sucintamente en este capítulo. Fue, sin duda alguna, una época de cambios fascinante, pero también es innegable que queda mucho por aprender de ella. Los hallazgos en Göbekli Tepe, desde mediados de los noventa hasta hoy en día, así como los obtenidos en Çatalhöyük o en Jericó, indican que hay mucho aún por desvelar. Los decubrimientos futuros, por supuesto, alterarán nuestro conocimiento y nuestra comprensión del período Neolítico, e incluirán, tal vez, una respuesta más concluyente sobre por qué la domesticación de los animales y de las plantas se inició en aquel momento y en aquella región que conocemos como el Creciente Fértil.

Tercera parte

EXCAVACIONES EN EL EGEO DE LA EDAD DEL BRONCE

8
Los primeros griegos salen a la luz



Micenas: puerta de los leones y «máscara de Agamenón».

Heinrich Schliemann, el «descubridor» de Troya, es también conocido como el padre de la arqueología micénica, por una simple razón: tras haber excavado el yacimiento de Hissarlik, en Turquía, entre 1870 y 1873, y haber anunciado al mundo que había desenterrado las ruinas de Troya, decidió salir en busca del otro bando de la contienda, es decir, de Agamenón, Menelao, Ulises y los demás micénicos que supuestamente libraron durante diez años una guerra contra los troyanos.

Así fue como Schliemann se tomó un respiro en las excavaciones de Hissarlik y probó suerte en Micenas, la ciudad del antiguo Peloponeso donde se contaba que había gobernado Agamenón, rey de reyes y caudillo de la fuerza invasora aquea en Troya. Dar con ella fue mucho más sencillo que encontrar Troya, porque la localidad moderna conserva aún el mismo nombre —Mykēnē— y porque parte de los restos de la famosa puerta de los Leones que dan acceso a la antigua ciudadela se distinguen a simple vista.[1]

Schliemann creía saber dónde buscar a Agamenón dentro del yacimiento. Las fuentes antiguas, empezando por Homero hasta las tragedias del siglo V a. e. c. de Sófocles, Esquilo y Eurípides, afirman que Agamenón encontró la muerte tras su regreso a casa después de diez años de guerra en Troya. Pereció asesinado por su esposa Clitemnestra y su amante Egisto, dícese que durante un festín, si hemos de creer las palabras del aedo (*Odisea,* IV, 525-535). No obstante, otras fuentes señalan que el deceso se produjo mientras se bañaba. Quienes acompañaban al rey encontraron también la muerte.

Pausanias, por su parte, visitaría aquellas tierras muchos años más tarde, en época romana, en el siglo II e. c., y escribiría el relato de sus viajes por Grecia en el que afirma que Agamenón y sus hombres fueron sepultados dentro de los *limes* de la ciudad de Micenas.[2] No obstante, puesto que el autor latino no ofrece una localización precisa de las tumbas, Schliemann tuvo que recurrir a su capacidad de deducción.[3]

En febrero de 1874, Schliemann inició las prospecciones sin contar con el permiso oficial, como es costumbre. Cavó, según sus propias palabras, «treinta y cuatro pozos en distintos lugares, para sondear el suelo y averiguar dónde tendría que excavar». Dicho de otro modo, abría pozos de prueba en el yacimiento —una técnica que ya hemos visto antes— para determinar el lugar exacto en el que concentrar sus esfuerzos una vez iniciadas las labores de investigación arqueológica. De aquellos pozos obtuvo algunos resultados provechosos, aunque los más destacados fueron sin duda los abiertos en las proximidades de la puerta de los Leones. Allí, afirma, dio con «una losa sin relieves similar a una lápida», junto a otros hallazgos entre los que se contaban unos ídolos femeninos y algunas figurillas pequeñas.[4]

A su regreso a comienzos del mes de agosto de 1876, con un equipo inicial formado por sesenta y tres trabajadores, asignó a dos terceras partes del equipo las excavaciones de una zona situada a poco más de diez metros de la puerta de los Leones. Los obreros recibieron instrucciones para cavar en un área cuadrada de 35 metros de largo por otros 35 de ancho.[5] En dos semanas, tras haber aumentado el número de trabajadores a ciento veinticinco, desenterró un círculo de tumbas con cinco fosas profundas señaladas en la parte superior por fragmentos de lápida que representaban guerreros y escenas de caza: el denominado círculo de tumbas A.[6]

Las fosas que Schliemann había encontrado lo condujeron a tumbas que contenían enterramientos múltiples, con innumerables espadas y una desorbitada cantidad de objetos de oro y de plata, además de otros elementos propios del ajuar funerario, entre los que se contaban máscaras de oro que cubrían el rostro de los diversos difuntos.

Según el relato de los acontecimientos más habitual en nuestros días, Schliemann estaba tan seguro de haber dado con quien buscaba que mandó sin tardanza un telegrama al rey de Grecia, Jorge I, en los siguientes términos: «He contemplado el rostro de Agamenón».[7] El monarca partió presuroso hacia Micenas, donde Schliemann le mostró una espléndida máscara de oro que tenía grabados los rasgos faciales de un rey, sin faltar ni el bigote ni la barba. En la actualidad, se encuentra bien visible en el centro de una vitrina del Museo Arqueológico Nacional de Atenas.

Puerta de los Leones, Micenas.

El problema es que esta no es realmente la máscara que Schliemann acababa de contemplar cuando mandó el telegrama, ni tampoco era aquel el mensaje que le llegó al rey; sus palabras no eran ni tan emocionantes ni tan impactantes. Una de las versiones reza como sigue: «Me llena de júbilo anunciar a Su Majestad que he descubierto las tumbas que, según Pausanias, corresponden a Agamenón, Casandra, Eurimedonte y sus compañeros». Por otro lado, en aquellos días, Schliemann estaba estudiando otra máscara que mostraba unos rasgos bastante más agradables y hermosos, pero al encontrar una máscara de aspecto más regio, justo antes de la llegada del monarca, decidió enseñarle la recién hallada. Aquella jugada no era ajena al proceder habitual de Schliemann; recordemos que había comenzado las excavaciones sin el permiso pertinente. En realidad, no llegó a decir que había contemplado el rostro de Agamenón —o sus ojos— hasta los primeros comunicados al ministro alemán y a los medios de comunicación.

Entre los objetos funerarios hallados en aquellas tumbas había piezas maravillosas: puñales de bronce con incrustaciones de escenas de caza y vida salvaje, tanto en plata como en oro, sobre las hojas; objetos de cristal de roca y piedras semipreciosas; y oro, oro, oro... hasta un total de casi ochocientos kilos de objetos de oro.

Las excavaciones llevadas a cabo por el arqueólogo griego Panayiotis Stamatakis, apenas un año después, recuperaron cuando menos otra tumba del círculo A; hoy en día, sin embargo, gracias a las nuevas técnicas de datación, sabemos que es extremadamente improbable que aquellos fueran los enterramientos de Agamenón y sus hombres. Dando por cierto que estemos tratando con personas de carne y hueso, estas habrían caído en algún momento entre 1250 y 1175 a. e. c. Sabemos que la alfarería y otros objetos procedentes de aquellos monumentos funerarios se fechan entre 1600 y 1500 a. e. c., lo que significa que corresponden a un período situado entre trescientos y cuatrocientos años antes de la guerra de Troya.

Es probable que Schliemann abrigase las mismas sospechas. En su libro sobre Micenas publicado en 1880, pocos años después de las excavaciones, asevera sin ambages que los fragmentos de lápida debían de ser de mediados del segundo milenio a. e. c. y llega incluso a fecharlos en 1500 a. e. c. en el capítulo 4.[8] Por tanto, el pionero de la arqueología troyana se acercó mucho a la verdadera datación de las tumbas y de su contenido, si bien es cierto que erraba por completo en cuanto a sus legítimos ocupantes.

Lo cierto es que hoy en día se considera que estas son las tumbas de una de las primeras dinastías que gobernaron Micenas, ya que la ciudad tuvo su acmé hacia 1700 a. e. c. y estos mandatarios habrían vivido en un lapso temporal de entre uno y dos siglos con respecto a ese momento de apogeo y fueron enterrados *extramuros*. No obstante, no podemos pasar por alto que, en algún

momento de finales de la Edad del Bronce tardía —probablemente en 1250 a. e. c.—, las fortificaciones de la ciudad se desplazaron hacia fuera para abarcar un área más extensa, motivo por el cual se erigió la puerta de los Leones. En ese momento, el círculo de tumbas A quedó en el interior de las murallas.

Al pie de la colina se encuentra el círculo de tumbas B, descubierto en la década de 1950, que hoy se ubica junto al aparcamiento de coches y autobuses. En tanto que los enterramientos allí presentes se han fechado entre 1650 y 1550 a. e. c., podemos afirmar que buena parte de ellos son previos a los del círculo de tumbas A. Tal vez estemos ante las inhumaciones de los primerísimos reyes, o reinas, que gobernaron en Micenas. En 1995, un antropólogo forense trató de reconstruir el aspecto original de algunos de los individuos a partir de sus restos óseos recuperados en el círculo de tumbas B; podríamos creer que estamos viendo un episodio de *CSI: La Antigua Grecia*. En cualquier caso, las conclusiones del especialista determinaron que los restos pertenecían a una mujer y seis hombres. Aunque estos resultados no sean más que «la mejor de las opciones posibles», por lo menos consiguieron resucitar a aquellos muertos más de lo que cabía esperar con los huesos, pues se pudo reconstruir rostro, pelo y, en no pocos casos, incluso las barbas.[9]

En otra parte del yacimiento encontramos algunas tumbas de grandes dimensiones, en forma de colmena, construidas con enormes bloques de piedra; son las denominadas *tolos*. A algunas se les ha puesto nombre recientemente, entre ellas la tumba de Clitemnestra y la de Agamenón (también conocida como el tesoro de Atreo). Se trata de tumbas construidas en torno a 1250 a. e. c., de modo que si Agamenón estuviera enterrado en alguna parte, este sería un buen sitio. No obstante, todas ellas han sido objeto de saqueos y están totalmente vacías.

Schliemann solo excavó en Micenas en 1874 y en 1876. Luego partió en busca de Ítaca, la patria de Ulises, y más tarde regresó a Troya para proseguir con las labores arqueológicas. En 1884, trabajó en el yacimiento de Tirinto, a unos pocos kilómetros de Micenas, pero no volvería a excavar propiamente en Micenas. Ciento quince años después, en 1999, tanto Micenas como Tirinto fueron nombrados conjuntamente Patrimonio de la Humanidad.[10]

Desenterrar el resto del yacimiento quedaría al cargo de otros arqueólogos, casi todos pertrechados con mejores métodos de investigación que Schliemann, el iniciador de unas labores que se han mantenido activas casi sin interrupción hasta nuestros días, bajo la dirección de profesionales de la talla de George Mylonas, Alan Wace, Elizabeth French y el que fuera mi mentor, Spyros Iakovides.

Gracias a su empeño, en la actualidad se ha excavado completamente lo que quedaba del palacio en la cima de la ciudadela. Según muestran los resultados, el interior de la edificación —y muy probablemente también el exterior— estaba cubierto con una capa de yeso de colores brillantes, en la que se representaban escenas de caza y otras actividades para las que se usaron tonalidades azules, amarillas, rojas y otros colores. El rey debía de ocupar una posición en uno de los extremos de la espaciosa sala, rodeado por aquellas escenas y contemplando un fuego que ardería en el suelo, en el centro de la habitación. Probablemente, el ambiente era húmedo, estaba oscuro y el humo se hacía demasiado perceptible. Según parece, los palacios micénicos tenían algo de claustrofóbico, pues disponían de pocas ventanas o aberturas al exterior; el centro de atención se situaba en el interior, más que en los exteriores.

Las diversas salas del palacio tenían distintos usos: podían valer como aposentos para la familia real o como espacios de trabajo para los artesanos. Al parecer, el edificio disponía también de

un centro de culto en el que se celebraban los rituales religiosos, pues en las excavaciones se han desenterrado algunos ídolos curiosos y figurillas, junto con las pinturas murales.

Se han rescatado textos grabados sobre tablillas de arcilla en algunos lugares próximos al palacio, como había sucedido también en otros yacimientos palaciales micénicos. Estos textos están escritos en lineal B, una escritura descifrada y traducida en 1952 por el arquitecto británico Michael Ventris, que demostró que se trataba de un primer estadio de la lengua griega. El grueso de aquellas tablillas no son sino inventarios de los objetos que entraban o salían del palacio, pero aparecen también los nombres de algunos de sus dioses que tal vez resulten conocidos al lector, como por ejemplo Zeus, Hera, Poseidón, Ártemis y Dioniso.[11]

Sin duda, Micenas era una ciudad rica y bien conectada con otros reinos, pues se han hallado objetos importados de la península itálica, Egipto, Canaán, Chipre, Anatolia y de procedencias aún más remotas, como Mesopotamia. De entre ellos, los más interesantes son los fragmentos de placas de fayenza egipcias inscritas con el nombre del faraón Amenhotep III, que podrían haber llegado hasta allí a través de una embajada oficial enviada a mediados del siglo XIV a. e. c.[12]

A finales de la Edad del Bronce, probablemente en el mismo momento en que se edificó la puerta de los Leones, hacia 1250 a. e. c., se construyó también un túnel con peldaños de piedra que conducía hasta una fuente de agua subterránea que permitía a los habitantes abastecerse sin tener que salir al exterior en épocas de asedio. Tal vez podamos interpretar esta infraestructura como una muestra de que los micénicos pensaban que el futuro próximo podía reservarles algún problema.

Ignoramos el motivo exacto del desmoronamiento de la ciudad poco después de 1200 a. e. c., pero se trata de un hecho indudable inscrito en una serie de calamidades que pusieron fin al Bronce Final en esta región. Micenas se alzaba sobre una falla sísmica y tenemos constancia de que al menos un terremoto asoló la región en este período. No obstante, los motivos de la caída definitiva de la que antaño fuera esta gran ciudad podrían estar más vinculados a sequías y a hambrunas, seguidas tal vez por revueltas nacionales o por invasiones desde el exterior.[13] Existen algunos restos de datación posterior, como el templo en honor a Hera que se levantó en la cima de la ciudadela después del siglo VIII a. e. c., en época arcaica, pero no podemos afirmar que Micenas llegase a recuperar su glorioso estatus.

Otros palacios micénicos en Tirinto, Tebas, Pilos y otras regiones griegas quedaron también destruidos o abandonados en las postrimerías de la Edad del Bronce. Todavía queda mucho por excavar en estos yacimientos, como bien demuestra el reciente hallazgo de la tumba del denominado guerrero del Grifo en Pilos, rescatado en 2015 por un equipo arqueológico de la Universidad de Cincinnati dirigido por Jack Davis y Sharon Stocker. Fechada en el siglo XV a. e. c. y situada junto al denominado palacio de Néstor en el yacimiento, la tumba contenía más de 1.400 objetos a modo de ajuar de un esqueleto de varón de entre treinta y treinta y cinco años de edad. Las informaciones preliminares así como algunas noticias en los medios de comunicación refirieron el tipo de objetos que se habían hallado en el interior: anillos de oro, collares y otras piezas de joyería; copas de oro, de plata y cuencos de bronce; un espejo de bronce, peines de marfil y sellos labrados; se encontró además una enorme espada de bronce con empuñadura de marfil cubierta con láminas de oro. Entre las piernas del cadáver yacía una placa de marfil con un grifo tallado, que fue el que acabaría dando el nombre tanto a la tumba como al gue-

rrero allí sepultado. La fosa estaba tan atestada de objetos que los arqueólogos optaron por extraerlos con una suerte de brochetas de madera, en lugar de recurrir a las habituales herramientas metálicas, para evitar de este modo que los artefactos resultaran dañados en las labores de excavación.[14]

En la isla de Creta, en medio del mar Egeo, Schliemann también trató de comprar una parcela en un emplazamiento que le pareció la posible ubicación de la principal ciudad del legendario rey Minos. El dueño se negó a venderla y, en consecuencia, correspondió a otro arqueólogo excavar la zona, dos décadas más tarde; Arthur Evans sería quien sacara a la luz la gran civilización minoica de la Edad del Bronce en el Egeo. La ciudad que empezó a excavar en 1900 es la que hoy conocemos como Cnosos.[15]

Evans era un caballero victoriano en todos los sentidos del término. En un retrato podemos contemplarlo vestido con traje de lino blanco y el típico casco antiguo, que indudablemente no guarda la menor semblanza con nuestra indumentaria actual. Nacido en 1851, creció en una buena familia británica. Su padre era John Evans, un respetado erudito y administrador del Museo Británico y presidente de la Sociedad de Anticuarios, de la Sociedad Numismática, de la Sociedad Geológica de Londres y de otras sociedades e institutos.

Evans había dedicado años a la búsqueda de la ciudad de Cnosos, desde que encontrase unos pequeños objetos en un mercado de Atenas a principios de aquella misma década. Se trataba de unas piezas llamadas «piedras de leche» que compraban las mujeres embarazadas como amuleto durante y después del parto y que estaban hechas de piedras semipreciosas con grabados y extrañas figuras talladas en la superficie. Tras diversas pesquisas, Evans les siguió la pista hasta la colina de Cefala, en Creta, a las afueras de la ciudad portuaria de Heraclión, en la parcela que Schliemann había intentado adquirir sin éxito. Evans tuvo mejor

fortuna, compró el montículo y empezó a excavar. Bajo la colina cubierta de maleza y árboles, el equipo de trabajadores dio al poco con las ruinas de lo que Evans identificó como el palacio que andaba buscando. Dedicó el resto de sus años de carrera, así como la práctica totalidad de la herencia familiar, a las investigaciones del yacimiento, las publicaciones y la reconstrucción de las ruinas.

En Cnosos, Evans descubrió la civilización minoica, algo más antigua que la de los micénicos y que había dejado su impronta sobre estos en su etapa de «consolidación». Su influencia se aprecia, por ejemplo, en la serie de objetos que Schliemann había recuperado en las tumbas fosa de Micenas, de factura minoica o con claros indicios de su influencia. Al cabo, Evans concluyó que los minoicos habían conquistado a los micénicos, si bien luego ha resultado que la historia se había desarrollado en orden inverso.

Cuando hablamos de los minoicos, estamos usando el término acuñado por el propio Evans para nombrar a este pueblo, pues ignoramos cómo se hacían llamar ellos o de dónde procedían en origen. Su apogeo se produjo a finales del tercer milenio y durante buena parte del segundo a. e. c., en la etapa que ahora conocemos como Bronce Medio y Tardío en esta región. Hacia 1700 a. e. c., un gran terremoto azotó Cnosos, pero los habitantes sobrevivieron y reconstruyeron el palacio. Según parece, en algún momento en torno a 1350 a. e. c., los micénicos de la Grecia continental invadieron la región y se apoderaron de ella, importando una nueva escritura, nuevos estilos en las pinturas murales y una forma de vida más militarizada que se instauró como norma durante alrededor de un siglo y medio, hasta que todo se desmoronó poco después de 1200 a. e. c.

Evans cosechó maravillosos hallazgos en Cnosos, pero también cometió lo que a decir de muchos fue un terrible error: reconstruyó los restos. El arqueólogo imaginó que la zona principal

del palacio constaba de tres plantas, dato que dedujo a partir de los restos de escaleras que había desenterrado; en consecuencia, levantó tres plantas para restaurar el palacio entero utilizando cemento y otros materiales definitivos, razón por la cual hoy en día es prácticamente imposible deshacer su reconstrucción. Cabe la posibilidad de que estuviera en lo cierto en algunas cuestiones, pero no acertó en todo; razón por la cual en la actualidad no están permitidas las reconstrucciones, a menos que estas se realicen diferenciando claramente las partes antiguas de las que han sido restituidas.

Evans y su equipo encontraron un gran palacio, casi todo a cielo abierto, con un enorme patio central. Era luminoso; estaba bien ventilado; estaba abierto a los cuatro vientos; y estaba integrado en el entorno. Disponía incluso de agua corriente y de un sistema de alcantarillado. Dicho de otro modo, era el edificio de una cultura tecnológicamente muy avanzada para su época. No solo cumplía la función de albergar al dirigente de la comunidad, sino que también hacía las veces de centro de distribución. Los habitantes debían de llevar allí sus productos —como el trigo, la cebada, el vino y las uvas— para almacenarlos y el palacio se ocupaba de redistribuirlos según las necesidades. De hecho, una sección del palacio consiste solo en pasillos abarrotados de enormes ánforas de almacenamiento, algunas empotradas en la tierra para que el contenido se conservase frío.

Este palacio, no obstante, mantiene dos misterios sin resolver. Uno es el hecho de que no esté circundado por ninguna muralla de fortificación. Es cierto que tampoco se han encontrado estructuras de este tipo en los otros seis o siete palacios menores hallados en otras zonas de Creta y fechados aproximadamente en la misma época, pese a las afirmaciones que sostienen lo contrario. Es, cuando menos, extraño. ¿Por qué los cretenses no tenían miedo a los ataques?

Siglos más tarde, el historiador griego Tucídides diría que los minoicos tenían una talasocracia, es decir, que su flota naval imperaba en los mares. Eso, no obstante, solo explica por qué no temían las invasiones desde otras tierras; pero deja sin aclarar el hecho de que tampoco les preocupase la posibilidad de recibir un asalto desde tierra firme. Se han propuesto muchas posibilidades, pero ninguna resulta satisfactoria por entero. Una de ellas defiende que, por aquel entonces, Creta estaba regida por una única familia, cuyo padre se encontraba en Cnosos y los hijos en los palacios restantes, como el de Festos y el de Zakros, y que los primos se habrían instalado en otros complejos palaciales como el de La Canea. Se ha propuesto también que tal vez la región estuvo gobernada por mujeres, a modo de matriarcado, y que un gobierno tan pacífico hacía de las murallas algo innecesario.[16] Aunque esta teoría estuviera en lo cierto, sigue sin dar cuenta de por qué no hay muros; Zenobia en Palmira, Boudica en la Inglaterra celta, Cleopatra en Egipto y otras mujeres en el poder en otras partes del mundo antiguo y a lo largo de los siglos son prueba fehaciente de que ellas son tan capaces de iniciar una guerra como los hombres, e incluso de dirigir ataques contra otras ciudades y regiones.

Así llegamos al segundo misterio, porque en realidad ignoramos si en Cnosos gobernó un rey o una reina; tal vez fuera un sacerdote o una sacerdotisa, o la misma comunidad. Sencillamente, no lo sabemos. Los restos arqueológicos, los artefactos e incluso los textos escritos que se han rescatado del yacimiento son ambiguos y no permiten dar la respuesta a quién gobernó en Cnosos. Evans designó una de las habitaciones como «la sala del trono del rey» y otra como «el mégaron de la reina», pero se trata solo de nombres. Sin duda, alguien estuvo al mando, pero nosotros aún no sabemos a ciencia cierta quién fue.

Entre los objetos extraídos por Evans están las famosas figuras de dos mujeres que sostienen unas serpientes. Están hechas de fayenza y marfil, pero se encontraron en un estado muy fragmentario y, en consecuencia, los artesanos de Evans procedieron a restaurarlos. La más grande suele conocerse como la Diosa de las Serpientes y la más pequeña la Sacerdotisa de las Serpientes, pero los nombres también se utilizan a menudo indistintamente y no está claro si alguna de ellas es realmente la representación de una diosa o de una sacerdotisa. En la actualidad, hay numerosas figurillas de este tipo expuestas en distintos museos del mundo, aunque por desgracia solo unas cuantas son auténticas; el resto han sido identificadas como falsificaciones, hechas por los mismos hombres que conservaron y reconstruyeron para Evans las auténticas estatuillas.[17]

Las paredes interiores del palacio deslumbraban por los colores de las pinturas murales. Allí donde los habitantes pusieran la vista, encontraban una elaborada decoración. A partir de aquí, podemos obtener algunos datos sobre los minoicos. Por ejemplo, una de las mujeres representadas era tan hermosa que Evans decidió apodarla la Parisina. Aparece con un elaborado peinado, maquillaje, joyas, y un vestido de color rojo, blanco y azul. Otros frescos muestran a mujeres vestidas de igual manera. Por lo general, los hombres también están representados, normalmente vestidos solo con una falda y llevan además piezas de joyería y posiblemente maquillaje.

Pese a todo, en unos pocos frescos reconstruidos por Evans, el trabajo de restauración incluyó errores sustanciales. Entre ellos cabe destacar el fresco de los Delfines[18] y otra de las pinturas de más renombre en el yacimiento, el fresco del Rey-Sacerdote.

En el primero, Evans reconstruyó una escena mural en la sala del mégaron de la reina en la que aparecen cinco delfines y unos pocos peces voladores. Por descontado, la pintura no se había

conservado en la pared, sino que los fragmentos se encontraron entre las ruinas, frente al muro, durante las labores de excavación. Los restos hallados solamente completaban dos delfines, pero Evans creyó que la pintura había ocupado toda la pared y de ahí concluyó que se necesitarían cinco delfines para llenarla.

No obstante, aquí hubiera sido más acertado aplicar el principio de la navaja de Ockham: la solución correcta es probablemente la más sencilla. Si se habían recuperado fragmentos de dos delfines, lo único que podía darse por cierto era que allí había habido dos delfines; el resto, pertenece al terreno de la hipótesis. Y, sabiendo que la pintura podía proceder de cualquier parte de la sala, o incluso de otra en el piso superior, se deberían contemplar otras posibilidades. En 1986, el profesor Robert Koehl, del Hunter College, apuntó la posibilidad de que este fuera un fresco de suelo, con solo dos delfines en lugar de cinco, porque el tamaño encajaba a la perfección con la pintura de los dos mamíferos y sabemos además que tanto minoicos como micénicos tenían suelos pintados. También cabría suponer que se trataba de un adorno de suelo de otra habitación, situada justo encima de la actual, que tras el abandono del palacio se habría venido abajo.

La otra pintura que Evans reconstruyó de forma incorrecta es la del fresco del Rey-Sacerdote, que hoy aparece en todas partes, desde cubiertas de libros a salvamanteles y réplicas en yeso. En este caso, el arqueólogo y sus restauradores reconstruyeron al hombre que ellos designaron como el rey-sacerdote de Cnosos, un nombre que en sí mismo pone de manifiesto la ignorancia de los especialistas en cuanto a la condición del gobernante de la ciudad, aún sin desvelar hoy en día.[19] Lo reubicaron caminando hacia el lado izquierdo de la pintura, con la cabeza y las piernas en esa dirección, pero con el cuerpo situado frontalmente, mirando hacia el espectador y ladeado hacia la derecha. Presenta el brazo derecho doblado sobre el pecho, mientras que el otro se ex-

tiende hacia la derecha y sostiene una cuerda en la mano (a la que, según el equipo de Evans, estaba amarrado un toro que no aparece en la escena).

¿Dónde está el error? En todas partes. En primer lugar, los fragmentos se recuperaron en tres salas diferentes, no en una. Escapa a mi capacidad de comprensión qué llevo a Evans a la conclusión de que todas ellas pertenecían a la misma pintura. En segundo lugar, la carne de la figura muestra dos tonalidades distintas; la cabeza, que se orienta a la izquierda y solo deja ver un área menor de piel, es de color blanco; el pecho, vuelto hacia la derecha, es de un marrón rojizo, igual que las piernas, que se dirigen hacia la izquierda. En el arte minoico, existían ciertas convenciones en los retratos de hombres y de mujeres: ellos siempre de color rojo o marrón; ellas, de blanco o amarillo.

En consecuencia, tenemos una mujer que mira hacia la izquierda, de la que solo se ha conservado la parte superior de la cabeza; y un hombre también vuelto hacia la izquierda, del que nos han llegado únicamente las piernas. Tal vez entre los fragmentos haya también algunos que correspondan al retrato de un niño o un adolescente mirando a la izquierda, el que nos ha legado el torso con la mano derecha encogida. Por otra parte, la posición del pecho recuerda mucho a las posturas adoptadas por los jóvenes boxeadores de las pinturas de Santorini. Sirvan todos estos apuntes sobre el rey-sacerdote de Cnosos como recordatorio de que en arqueología, y en las reconstrucciones arqueológicas, todo el trabajo es siempre susceptible de ser revisado y corregido por investigadores posteriores.

Dejemos por ahora los frescos de Evans y echemos un vistazo al colosal patio central de Cnosos. Sin duda alguna, este cumplía todo tipo de funciones, como todas las grandes extensiones ceremoniales que se han encontrado en todo el mundo y en todas las épocas. No obstante, este en concreto parece haber sido el lugar

donde se celebraba una práctica poco habitual, si damos crédito a lo que se representa en una pequeña pintura de uno de los edificios, en la que aparecen tres personas —una figura masculina y dos femeninas— saltando por encima de un toro.

El hombre está en pleno vuelo, realizando un salto mortal por encima del lomo del animal; una de las mujeres se encuentra frente a la bestia, asiéndola por las astas tal vez con intención de distraerla, mientras la otra está detrás del toro y parece preparada para recoger al hombre cuando este salte al suelo. Cabe la posibilidad, sin embargo, de que los tres estén saltando por encima del toro; en ese caso, una de las mujeres ya habría saltado, el hombre estaría en pleno proceso y la otra mujer estaría a punto de lanzarse. No podemos decantarnos claramente por una de las interpretaciones pero, sea como sea, se trata de un número similar al del potro en los Juegos Olímpicos, con la diferencia de que en este caso el potro está vivo, tiene cuernos y trata de matar a los acróbatas.

Los excavadores de Cnosos también desenterraron una figurilla de marfil que bien podría haber formado parte de un grupo acrobático semejante. Es muy probable que se tratase de la escultura de un saltador en pleno vuelo, puesto que presenta los dedos de los pies y los brazos extendidos.

Además, se han encontrado en Cnosos varias cabezas de toro esculpidas en piedra y algunas parecen haber sido aplastadas deliberadamente, tal vez al final de un ritual. Estas cabezas estaban vacías y tenían agujeros en la nariz, de modo que si, por ejemplo, se hubieran llenado de vino tinto y luego el participante las hubiera sostenido en alto en el ángulo correcto, habría dado la impresión de que se trataba de la cabeza de un toro recién sacrificado a los dioses, aún sangrante.

Por consiguiente, parece lógico pensar que los minoicos celebraban este tipo de acrobacias o taurocatapsia en el patio central, además de llevar a cabo otros rituales en los que aparecían los toros, ya fuera en el interior del palacio o en los terrenos circundantes. Y esto nos hace pensar en el mito griego de Teseo y el Minotauro. Ya en la Edad del Bronce, el rey Minos exigía un sacrificio anual al Minotauro, la criatura mitad toro mitad hombre que vivía en los sótanos de su palacio de Cnosos, en un laberinto del que nadie había logrado salir con vida. Cada año, el rey de Atenas debía mandar siete jóvenes varones y siete doncellas al rey de Minos, que a su vez los arrojaba al interior del laberinto.

En una ocasión, Teseo, hijo del rey de Atenas, se ofreció voluntario para el sacrificio, con la intención de dar muerte al Minotauro y terminar de una vez por todas con aquellas matanzas. Su afligido padre accedió a la propuesta del joven. Este, una vez en Cnosos, trabó amistad con Ariadna, la hija del rey de Minos, que lo pertrechó con una espada y una madeja de hilo. Mientras avanzaba por el intrincado laberinto, iba desmadejando el hilo, que dejaba un rastro por el que podría regresar hasta dar con la salida. Cuando el valeroso muchacho encontró al Minotauro, desenvainó la espada y decapitó a la bestia; acto seguido, volvió sobre sus pasos y salió de allí victorioso.

Durante mucho tiempo pensé que esta historia podría haber sido creada por ocupantes de la zona en una etapa posterior, para explicarse las ruinas del palacio de Cnosos, sobre todo de la construcción laberíntica de las zonas de almacenamiento, así como para dar cuenta del vago recuerdo que conservaban de sus predecesores y sus costumbres taurinas.

Sin embargo, bien podría ser que estuviera completamente equivocado y que hubiera otra explicación, porque a comienzos de la década de 1990 se halló una enorme pintura mural en la que aparecían representados numerosos toros y saltadores frente a lo

que solo podríamos describir como un laberinto. Es el tipo de escena que no nos sorprendería encontrar en Cnosos; pero no está allí. Ni siquiera estaba en Creta, sino en la región del delta del Nilo, en Egipto, en el yacimiento de Tell el-Dab'a, y está fechada en algún momento entre los siglos XVII y XV a. e. c.; es decir, justo a mitad del segundo milenio, en la Edad del Bronce y en momento de máximo apogeo de la cultura minoica.[20]

Por consiguiente, es posible que el mito de Teseo y el Minotauro atesore cierto poso de verdad en cuanto a las prácticas de aquel pueblo y que no sea un artificio posterior para explicar las curiosas ruinas de Cnosos. No obstante, el hecho de que una pintura de tales características se encuentre en Egipto, por más que en ella se represente un motivo minoico y se hubiera creado mediante técnicas notablemente distintas de las de los egipcios de la época, me resulta aún más interesante. El arqueólogo que rescató la pintura apuntó la posibilidad de que se hubiera enviado allí una princesa minoica para un matrimonio dinástico. A mi juicio no es necesario buscar una explicación tan compleja, pero sí es cierto que la presencia de esta obra de arte demuestra que Egipto y Creta mantenían en aquel entonces un contacto directo. Sospecho que la pintura fue creada por artistas minoicos o locales que habían aprendido con aquellos. Sabemos también de la existencia de otros testimonios que demuestran que tales contactos eran ciertos, pero es fascinante disponer de una corroboración tan vívida de las relaciones internacionales entre el Egeo y el Mediterráneo oriental durante la Edad del Bronce, hace más de tres mil años.

Por lo general, se atribuye a Schliemann el mérito de haber descubierto a los micénicos en la Grecia continental, y a Evans el de haber dado con los minoicos en Creta, pero hay aún un tercer grupo que floreció en la región del Egeo durante esta etapa: en las islas Cícladas, al norte de Creta y el este de la Grecia continental.

Estas islas, que incluyen a Naxos, Paros, Melos, Tera y otras más, desarrollaron una cultura cicládica propia, si bien estrechamente emparentada con la de micénicos y minoicos. Probablemente se la conozca sobre todo por las figurillas de mármol del Cicládico Inicial, en el tercer milenio a. e. c., que en su mayoría representan a mujeres, aunque también las hay de músicos que tocan instrumentos como la doble flauta o lo que podría ser una lira o un arpa. Algunas de estas islas, al menos, participaron de las relaciones internacionales que se prolongaron hasta el segundo milenio a. e. c., en especial la de Tera (hoy Santorini), de la que nos ocuparemos en el próximo capítulo.

9
¿En busca de la Atlántida?

Akrotiri: fresco mural miniatura.

En 2011 se empezó a emitir un documental titulado *En busca de la Atlántida*, en el que un equipo buscaba los restos de la isla perdida en una región española al norte de Cádiz. La mayoría de los arqueólogos que conozco —así como unos cuantos espectadores— consideraron que los resultados de la investigación eran menos que satisfactorios.[1]

Al parecer, casi cada año alguien proclama haber encontrado la isla perdida de la Atlántida, a veces en las Bahamas o frente a las costas de Chipre. Los resultados se exhiben ya sea en un programa televisivo o en un libro editado.[2]

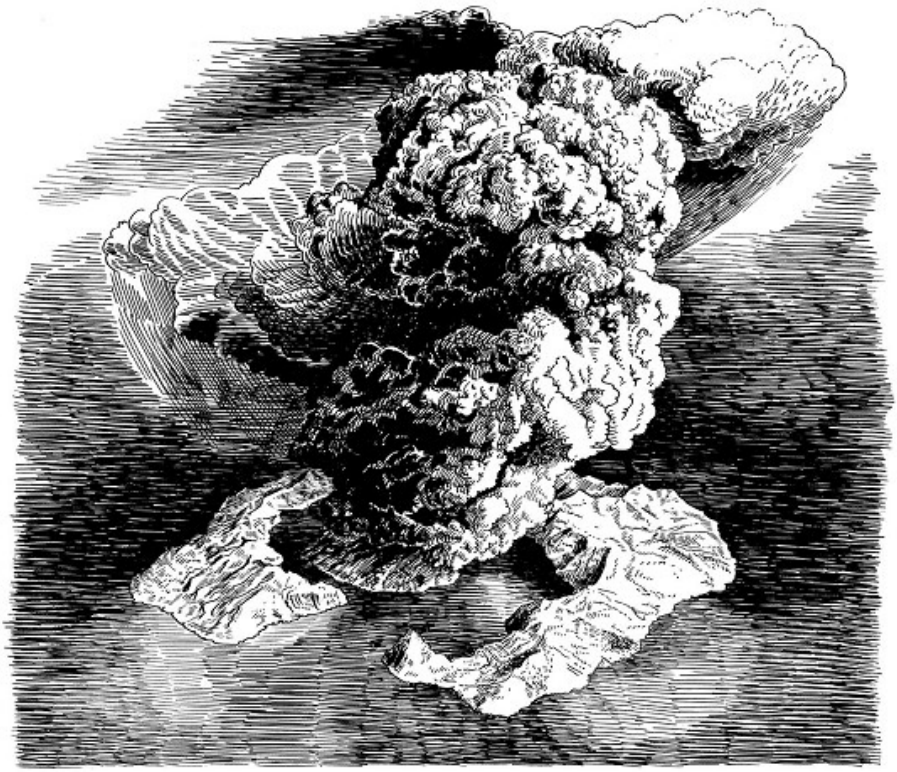
Personalmente creo que la isla se puede contemplar a simple vista y que siempre ha sido así, pues sospecho (y no pocos arqueólogos coinciden conmigo) que, si algo hay de verdad en el mito de la Atlántida, el enclave se sitúa probablemente en la isla volcánica griega de Tera, hoy conocida como Santorini, que entró en erupción a mediados del segundo milenio a. e. c. Volveremos

sobre esta posible teoría, pero antes debemos revisar las excavaciones y descubrimientos que se han llevado a cabo al respecto en la isla desde 1967.

Santorini se encuentra aproximadamente a poco más de cien kilómetros al norte de Creta. Este nombre es relativamente reciente, pues se lo otorgaron los venecianos en honor a santa Irene de Tesalónica. Sin embargo, los arqueólogos suelen referirse a la isla con su nombre más antiguo, el de Tera, que, a decir del historiador griego Heródoto, se debe al comandante espartano Teras, líder de una colonia allí establecida durante el primer milenio a. e. c.[3] Antes incluso, de nuevo según Heródoto, los fenicios la habían conocido como Kalliste, que significa «la hermosa» o «la bella», (aunque el término es griego).[4] Algunos sugieren que el primer nombre de la isla pudo haber sido Strongili, que se traduce como «la redonda» y que no parece descabellado, ya que la isla tiene forma circular. En realidad es un volcán que aún hoy sigue activo.

En algún momento de mediados del segundo milenio, muy probablemente en el siglo XVII o XVI a. e. c., el volcán entró en erupción y las cenizas y la pumita se esparcieron principalmente hacia el sur y hacia el este. Algunas teorías sostienen que esto se produjo en la época de prosperidad de los minoicos en Creta y que tuvo que afectar a su civilización de forma espectacular, sobre todo si se tienen en consideración las probabilidades de que la explosión fuese 4 o 5 veces superior a la mayor erupción volcánica de nuestro tiempo: la del Krakatoa en Indonesia hace aproximadamente 130 años, en 1883. Los arqueólogos y geólogos encargados de las investigaciones encontraron pumita de la erupción del Santorini en las excavaciones y en el fondo de lagos en emplazamientos que van desde Creta hasta Egipto o Turquía.

La parte central de la isla desapareció por completo a consecuencia de la explosión, dejando solo el exterior, que forma un círculo de tierra incompleto. Este se dividió en dos partes, por las que entraron toneladas de agua desde el mar Egeo y anegaron el cráter de centenares de metros de profundidad. Es muy probable que como consecuencia de ello se generase un maremoto o un tsunami de tal magnitud que llegara a afectar lugares tan remotos como Creta. Todavía hoy pueden verse enormes bloques de piedra en la playa junto al yacimiento de Amniso, desplazados hasta allí de resultas de la catástrofe. En medio del cráter, hoy en día hay varias islas menores que surgieron como producto de una actividad volcánica continua de baja intensidad. En la actualidad, los turistas (y los arqueólogos) pueden realizar una excursión en barca y recorrer a pie estas pequeñas islas. Yo personalmente puedo dar fe de que estas rocas están a tal temperatura que puede sentirse el calor a través de la suela de los zapatos y de que todo el lugar huele a azufre, un hedor no lejano al de los huevos podridos. Se trata de una experiencia sin duda incomparable y memorable, aunque no del todo agradable.



Erupción de Santorini.

A consecuencia de la erupción también quedó completamente enterrada la isla de Acrotiri, de la Edad del Bronce, conocida también como la Pompeya del Egeo por la gruesa capa de ceniza que la cubrió y preservó. En algunos lugares de este territorio, es tan gruesa que es explotada y aprovechada para materiales como el cemento. La precipitación de cenizas conservó algunas casas de Acrotiri y, en algunos casos, se mantuvo en pie el segundo piso. Exactamente igual que lo ocurrido en Pompeya, parece que la vida se hubiera detenido sin más, en un instante que ha durado más de 3.500 años.

Independientemente de los mitos de la Atlántida, las excavaciones de Acrotiri han arrojado una luz nada desdeñable acerca de la vida de la civilización egea en la Edad del Bronce, puesto que la erupción se produjo en un momento en que sus habitan-

tes, así como los minoicos de la vecina Creta, mantenían un contacto regular y comercial con lugares como Egipto y Canaán en el Mediterráneo oriental.

Parte de los restos encontrados en las excavaciones son testimonio indudable de que el lugar estaba casi abandonado antes de la erupción definitiva. Tenemos indicios de que la isla se vio azotada por un gran terremoto, tal vez varios, casi una década antes de ser destruida. Al menos una parte de la población trató de reparar los daños, aunque el grueso huyó ante la primera señal de peligro. Hoy en día sabemos que las erupciones volcánicas suelen ir precedidas de terremotos; tal vez los antiguos también conocían este dato y así se explica la ausencia de cadáveres o restos humanos y el hecho de que, a lo largo de casi cincuenta años de excavaciones, solo se hayan encontrado unos pocos objetos preciosos. Lo más probable es que la mayoría de sus habitantes hubieran partido antes de tener ocasión de conocer el final, y habrían llevado consigo sus pertenencias más valiosas y las que fueran fáciles de transportar. En cualquier caso, dejaron para nosotros numerosos objetos dignos de estudio.

Al arqueólogo griego Spyridon Marinatos se le atribuye el mérito de haber dado con el lugar preciso, pero lo cierto es que el enclave no era muy difícil de localizar: una parte se hallaba en un barranco por el que descendía el agua cada vez que llovía y, en consecuencia, lavaba buena parte de la ceniza de la zona y algunas piezas quedaron a la vista. Las excavaciones se iniciaron en 1967.

Marinatos llevaba casi tres décadas intentado emprender aquellas labores de investigación arqueológica, desde que publicó el artículo en el *Journal Antiquity*, en 1939, donde sugería que la civilización minoica de Creta había sido destruida o cuando menos terriblemente afectada por una erupción de Santorini en algún momento del segundo milenio a. e. c.[5] La radicalidad del

apunte era tal que los editores solo se avinieron a publicarla si se les permitía añadir una nota al inicio sugiriendo la posibilidad de llevar a cabo algunas excavaciones de verificación.

Marinatos dirigió las excavaciones en Acrotini desde 1967 hasta la fecha de su muerte, en el mismo yacimiento, en 1974. El informe oficial declaraba que su muerte había sido provocada por una apoplejía que lo hizo tambalearse y caer en una zanja. Hoy sigue enterrado allí, pero en los círculos de arqueólogos se cuenta que la tarea de procurarle una tumba apropiada no estuvo exenta de dificultades, pues las palas no cesaban de dar con restos antiguos (cabe señalar que sucede otro tanto cuando se colocan postes de sujeción cada vez que se instala un nuevo techado, pues los objetos antiguos se encuentran por doquier).

Marinatos obtuvo resultados desde el primer momento en que inició las labores de excavación, que continuaron activas tras su fallecimiento y en la actualidad corren a cargo del famoso arqueólogo Christos Doumas.[6] Pese a que la zona ha sido investigada incesantemente a lo largo de casi cincuenta años, se considera que solo ha salido a la luz un ínfimo porcentaje de la antigua ciudad.

En muchos lugares se vivió una situación similar a la de Pompeya, donde los materiales orgánicos como la madera se habían descompuesto, habían desaparecido y dejaron una cavidad en el interior de las cenizas volcánicas endurecidas que se ha rellenado con yeso y, como en Pompeya, coloreado luego de marrón para imitar la madera original. De este modo se conserva aún el segundo piso de algunas viviendas, en casos aislados también alguno más elevado, en el mismo estado en que Marinatos y Doumas los encontraron. Hoy en día son lo bastante seguros como para que tanto los turistas como los arqueólogos deambulen por ellos. San-

torini ha mantenido su línea arquitectónica en tal medida que, si las ruinas antiguas se pintaran de blanco y azul, la ciudad rescatada sería idéntica a los pueblos que hoy se encuentran en la isla.

Acrotiri está llena de cenizas, en todos los rincones y grietas, y por tanto la ciudad se ha preservado tal como estaba en el momento de la explosión. Así, conservamos colosales vasijas de almacenamiento, aunque en muchos casos se han caído de la posición original. También han sido objeto de minuciosas excavaciones otros artefactos de gran tamaño y algunas camas de madera, que fueron restaurados mediante la técnica de la cera perdida, que sirve para reconstruirlos tras la desintegración y rellenar los huecos en la ceniza.

Se recuperó una notable cantidad de cerámica durante las excavaciones, además de objetos de piedra y otros materiales. Algunos de ellos, en especial las cerámicas, exhiben pinturas de escenas marítimas con delfines y pulpos. Otros artefactos muestran escenas de la naturaleza: flores, hojas, hierbas de tallo largo y aves muy similares a las golondrinas que se ven hoy en la isla.

En algunas de las antiguas casas, grandes murales adornaban las habitaciones. Uno de ellos deja ver plantas de papiro en una escena naturalista que cubre los cuatro muros de la cámara, donde aparecen también dos pequeñas golondrinas. Lo cierto es que las pinturas de Acrotiri se cuentan entre las mejor preservadas del Egeo de la Edad del Bronce, y solo pueden rivalizar con algunas encontradas en Cnosos.[7] Una de ellas es el denominado fresco Nilótico, en el que se observa una escena que podría representar el río Nilo. Aparece un felino saltando en persecución de un pato o un ganso. En ambos lados del río hay árboles que parecen palmeras o quizá plantas de papiro. El fresco se localizó en una casa —la Casa Oeste— junto a otros con escenas náuticas o tal

vez de origen no terano. Es posible que la casa perteneciera al capitán de un barco o a alguien que realizaba frecuentes travesías por mar.

En otro mural bastante exótico aparecen monos balanceándose o colgados de los árboles, como suelen hacer; no obstante, en este caso presentan un rasgo un tanto inusual, pues están pintados de color azul con las mejillas blancas. Se ha conservado otra escena similar en Cnosos, en Creta, así como dos figurillas también de monos azules aunque ahora con mejillas amarillas que se encontraron en Micenas y Tirinto, en la Grecia continental.[8]

El dato más curioso, sin embargo, es que los monos no son originarios de la región egea. Según parece, existe en África una especie de mono llamada cercopiteco verde, cuyo pelaje puede ser verde azulado y sus mejillas, amarillas o blanquecinas. Se han encontrado en zonas como la de Nubia y eran muy apreciados por los faraones del Egipto del Reino Nuevo, que los tenían como mascota y, en ocasiones, los entregaban a modo de presente a los gobernantes de otros países. Por consiguiente, por extraña que sea su apariencia, estas pinturas o figurillas probablemente sean una representación acertada de los animales en cuestión. Tal vez pretendan mostrar una comunidad vista por alguien en Egipto o sean un regalo llegado de Egipto para los dirigentes de Santorini o Creta.

Una pintura que parece ser una obra maestra muestra a dos animales similares a antílopes o cabras salvajes típicas de las islas griegas. Estas dos en concreto se pintaron de un solo trazo, una sola pincelada gruesa que va desde el extremo de la cola hasta el cuello y la cabeza, con detalles agregados posteriormente, siguiendo la misma técnica que, aun con su simpleza, logra captar con maestría a ambos animales.

Se observan también algunas figuras humanas. Una de las pinturas muestra a dos jóvenes que parecen estar boxeando, como ya mencionamos de pasada en un capítulo anterior al respecto de uno de los frescos de Cnosos relativo a un rey-sacerdote. Los jóvenes van prácticamente desnudos, cubiertos solo por un taparrabos, y con la cabeza afeitada salvo por unos mechones rizados que les cuelgan. Las partes del cuero cabelludo afeitadas están pintadas de color azul en lugar de negro. También aparece la figura de un joven que sostiene dos largas cuerdas de las que cuelgan los peces que acaba de pescar; en esta, la cabeza del muchacho aún muestra más parte afeitada y menos rizos. A consecuencia de ello, se ha sugerido que tal vez los jóvenes se rasuraban el cabello progresivamente, quizá como parte de un ritual, de modo que cuando alcanzaban el final de la adolescencia, ya estaban totalmente rapados.[9]

Otras pinturas muestran a jóvenes que están realizando diversas actividades, entre las que destaca el grupo que selecciona flores del azafrán. Algunas de las mujeres también exhiben las cabezas rapadas casi por entero, como los chicos; si realmente existía un ceremonial vinculado a la edad y al cabello, este afectaba tanto a las mujeres como a los hombres. Buena parte de las mujeres lucen pendientes y otras joyas además de unos ropajes harto elaborados, lo cual nos permite reconstruir con facilidad las tendencias en la moda de la época.

En la Casa Oeste, además de la escena nilótica, hay otra pintura que conocemos como el fresco Miniatura o fresco de la Flotilla. En una esquina de la escena se aprecian guerreros ataviados al modo de los descritos por Homero en la *Ilíada*. Aparecen pertrechados con sus cascos con colmillos de jabalí y los colosales escudos que cubrían a una persona entera, desde el cuello hasta el final de las piernas. Detrás de los guerreros se alza un gran edificio desde cuyo terrado las mujeres, de pie, saludan a los guerreros.

Hay además animales que parecen vacas o tal vez otro tipo de ganado y sobre ellos, a lo lejos, se distingue un pastor; en la zona inferior se observa una escena con varios barcos y algunos hombres tendidos de costado o boca abajo, en la postura en que los artistas del Bronce representaban a los caídos o a los ahogados. Esta pintura suele considerarse una batalla naval, aunque también se admite la posibilidad de que represente una escena de sacrificio.[10]

El fresco continúa con una escena de la flotilla en la que más de una docena de botes parten hacia un puerto que podría ser el de Santorini o tal vez otro. Estos hombres avanzan a remo surcando las aguas, acompañados por los delfines, hasta arribar a una segunda ciudad donde amarran las naves y se supone que desembarcan. Esta parte del fresco ha sido objeto de numerosos debates entre los especialistas en arqueología; hay quienes se centran en el diseño y en la descripción de los botes. Otros lo hacen en los lugares de probable inicio y fin de la travesía. Entre las propuestas se cuenta la posibilidad de que nos hallemos ante un viaje que parte de Egipto hacia Anatolia (la Turquía actual) o viceversa, pero aún no se ha alcanzado ningún consenso sobre estas interpretaciones.[11]

Santorini también se ha situado en la cabecera de un gran debate entre los arqueólogos especializados en el Egeo de la Edad del Bronce desde 1987, momento en que se propuso un cambio en las dataciones de la erupción volcánica que implicaba alteraciones fundamentales. Estaba comúnmente aceptado que la erupción del Santorini se había producido en torno a 1450 a. e. c., basándose en el convencimiento de que la cerámica que denominamos del Minoico Reciente Ib (LM) estaba en boga en el momento de la erupción y que por consiguiente debía fecharse alrededor 1450 a. e. c.

Sin embargo, a partir de los resultados de recientes análisis de carbono 14 en la zona y los alrededores, se ha propuesto la alternativa de que las erupciones tuvieron lugar hacia 1628 a. e. c. y no en 1450, lo que implica un desplazamiento de casi dos siglos. Así pues, teniendo en cuenta que la fecha de la erupción está indisolublemente ligada a la del uso de la cerámica del LM Ib, todos los emplazamientos en los que aparezcan restos de este tipo cerámico deberán fecharse en el siglo XVII a. e. c. y no en el XV, como se había planteado antes. La nueva propuesta de fechas se ha dado en llamar «alta cronología», en tanto que sitúa los hechos históricos en un momento mucho más temprano.

Sturt Manning, de la Universidad de Cornell, ha sido el principal instigador de este debate en torno a las nuevas dataciones de la erupción desde el inicio. Ha publicado numerosos artículos sobre el tema así como la monografía titulada *A test of Time*. Para ubicar estos sucesos en la línea cronológica, resulta esencial un trozo de madera de olivo que quedó enterrado bajo las cenizas durante la erupción y que se ha fechado en torno a 1628 a. e. c.[12]

La nueva cronología recoge la precisión que proporcionan las dataciones por carbono 14, pero no podemos pasar por alto los problemas que este método trae aparejados, como por ejemplo los derivados de las fluctuaciones en la concentración de carbono en la atmósfera así como la posibilidad de que las muestras estén contaminadas; en consecuencia, no todos los especialistas admiten la nueva cronología. Algunos se muestran dispuestos a aceptar cierto margen de variación, pero retrotraen la fecha de la erupción hacia 1550 a. e. c., en vez de retroceder hasta 1628, lo que da lugar a una posición intermedia entre las dos cronologías de Santorini, la alta y la baja.

A modo de inciso, debemos señalar ahora que la nueva datación de la erupción, sea cual sea la cronología admitida, impide vincular estos hechos con la separación de las aguas del mar Rojo

o con alguna de las diez plagas asociadas con el éxodo de los israelitas de Egipto. Pocos estudiosos han pretendido relacionar estos sucesos —aunque entre los pseudoarqueólogos es una tendencia habitual— puesto que la erupción se produjo como mínimo un siglo, y quizás incluso cuatro, antes de que tuvieran lugar los acontecimientos narrados en el Éxodo.[13]

A mi juicio, la acertada es la alta cronología, pero el debate continúa vivo. Quiero hacer hincapié en esto ahora para demostrar que, aun cuando dispongamos de numerosos edificios, objetos de cerámica y otros artefactos extraídos de un yacimiento, y podamos decir que conocemos con relativa seguridad la fecha de su apogeo, no siempre podemos estar totalmente seguros en cuanto a las fechas absolutas o cronológicas. Más adelante tendremos ocasión de revisar con mayor detalle estas cuestiones, así como el método de datación por carbono 14.

Santorini y Acrotiri son lugares que revisten un gran interés para los arqueólogos en tanto que resultan cruciales en cualquiera de los debates acerca del comercio internacional o el contacto que pudiera haber existido entre Grecia, Egipto y Oriente Próximo hace más de 3.500 años.[14] Pero también resultan atractivos para el público en general por su posible vínculo con la leyenda de la Atlántida.

Como se ha señalado anteriormente, yo me decanto por creer que en la mayoría de mitos y leyendas griegas existe un poso de verdad, pues estoy convencido de que tales historias tuvieron su origen en un aspecto u otro de su realidad. Esto me lleva a la convicción de que hubo ciertamente algo que propició la difusión de las narraciones que dan cuenta de la guerra de Troya. Creo además que la erupción de Santorini, se produjera esta en el siglo XVII o en el XV a. e. c., pudo haber sido el suceso real que dio pie a la historia de la Atlántida. Soy consciente de que en este punto me

sitúo peligrosamente cerca de los dominios de la pseudoarqueología, siempre a la zaga de lugares ficticios, pero quisiera explicar someramente qué me lleva a sostener esta creencia.[15]

La historia de la Atlántida ha llegado a nosotros por cortesía del filósofo griego Platón. En el *Timeo* y el *Critias*, dos de sus diálogos escritos en el siglo IV a. e. c., un siglo después de la erupción de Tera, Platón nos habla de una civilización increíble y de una isla que, de la noche a la mañana, se hundió bajo las olas y jamás volvió a emerger. En el *Timeo* refiere concretamente: «Ocurrieron violentos terremotos e inundaciones, y en un día y una noche de infortunio ... la isla de la Atlántida ... desapareció en las profundidades del mar». En ningún momento dice dónde estaba situada la isla; solo nos informa de que «es una isla situada frente al estrecho que vosotros conocéis como las Columnas de Hércules; la isla era más grande que Libia y Asia juntas».[16]

Un sacerdote egipcio, afirma Platón, relató la historia de la Atlántida al legislador griego Solón, de visita en la zona, en algún momento posterior a 590 a. e. c. El sacerdote dijo que el suceso se había producido hacía nueve milenios, aunque —siendo realistas — cuadra mucho más la cifra de novecientos años, pues lo sitúa en 1500 a. e. c. en lugar de en 9600 a. e. c., que se correspondería con el Neolítico, momento en que no existían aún las culturas desarrolladas, pese a las afirmaciones de algunos pseudoarqueólogos. La historia pasó de boca de Solón a los oídos de su hijo y después a los de su nieto, y así se fue transmitiendo sucesivamente hasta llegar a Platón, hacia el año 400 a. e. c.

El filósofo también nos ofrece una minuciosa descripción del aspecto de la Atlántida, sin pasar por alto el hecho de que la ciudad estaba construida siguiendo una estructura de círculos concéntricos, en que se alternaba uno de agua y otro de tierra, con medidas concretas de algunas zonas de la ciudad y algunos otros detalles de la misma naturaleza. No obstante, puesto que los da-

tos relativos a la ubicación son extremadamente imprecisos, la gente la ha buscado en los enclaves más dispares, desde las Bahamas hasta las costas de Chipre y en cualquier otro punto entre ambos lugares.[17]

De los descubrimientos presentados al público, ninguno ha logrado cuajar. Incluso en los casos que presentan ciertas similitudes en cuanto a la distribución espacial, o bien se trata de formaciones naturales o no muestran vínculo alguno con la cultura griega; o ambas cosas. Santorini es el ejemplo que más encaja con la descripción del filósofo, pero la datación está muy lejos de los acontecimientos narrados, como hemos visto antes.

Podríamos alegar que la Atlántida es una ciudad mítica, inventada por el propio Platón, para describir lo que a su juicio podría ser la ciudad y la sociedad perfectas. En consecuencia, no tenemos razones que nos empujen a pensar que, si salimos a buscarla, daremos con ella. En cambio, la erupción de Santorini sí podría haberse dejado sentir incluso desde lugares tan remotos como el propio Egipto. Sus habitantes habrían alcanzado a ver la nube resultante de la erupción y, al cabo, habrían distinguido también las piezas de piedra pómez flotando en el agua y aproximándose a las riberas septentrionales. De hecho, algunos egiptólogos, junto con otros especialistas, han elaborado una teoría según la cual la famosa inscripción egipcia denominada Estela de la Tempestad podría ser un relato contemporáneo de cuanto se vio y se oyó entonces.[18]

A esto viene a sumarse el dato de que los minoicos y otros habitantes de las Cícladas, como los de Santorini, dejaron de acudir a Egipto al menos temporalmente después de la erupción, hecho que en las tierras del Nilo podría haberse interpretado como la consecuencia de la desaparición de un gran imperio insular. Des-

de la perspectiva de los habitantes de Acrotiri, y quizá de los de otros enclaves en la isla, su mundo había desaparecido sin remedio en un fatídico abrir y cerrar de ojos.

Así podría justificarse que la erupción de Santorini hubiera servido como base del texto platónico sobre la Atlántida. Ahora bien, aun cuando esto no hubiera sucedido así, los descubrimientos arqueológicos que Marinatos, Doumas y otros han realizado en el emplazamiento arrojan una hermosísima luz sobre el Egeo de la Edad del Bronce, durante el segundo milenio a. e. c., que a mis ojos se cuenta como uno de los períodos más fascinantes de la historia de la humanidad.

10

Encanto bajo el mar

Uluburun: lingotes de cobre y otros artefactos.

En 1982, un pescador de esponjas de diecisiete años emergió de las aguas del vinoso Ponto en el litoral suroeste de Turquía y comunicó a su capitán que había encontrado una «galleta metálica con orejas». Cuando la dibujó, el capitán reconoció en ella lo que se correspondía con el lingote de cobre en forma de piel de toro que los arqueólogos del Instituto de Arqueología Submarina de la Universidad de Texas A&M le habían mostrado por si daba con alguno durante la temporada de pesca de esponjas. Al punto, el marino se puso en contacto con el instituto y, al verano siguiente, los arqueólogos pudieron confirmar que el artefacto provenía de un pecio datado en la Edad del Bronce Final: habían descubierto lo que hoy conocemos como el pecio de Uluburun.

La nave, que se había ido a pique hacia 1300 a. e. c., constituye —sin exagerar— uno de los hallazgos arqueológicos más importantes de todos los tiempos. Los pecios siempre representan una instantánea en el tiempo, desde el *Titanic* hacia atrás, pero es realmente insólito dar con uno tan antiguo y a la vez tan repleto

de carga. El de Uluburun rebosaba de materias primas, entre las que figuraban cobre, estaño, marfil y cristal en bruto, así como otros productos manufacturados, como la cerámica de Chipre y Canaán, que sirven para arrojar luz sobre las relaciones y el comercio internacionales que tuvieron lugar hace más de tres mil años. Reviste una importancia crucial en tanto que microcosmos representativo de las interconexiones del mundo en aquellos tiempos.[1] El hecho de haberlo rescatado desde una profundidad de entre 40 y 50 metros y que, en el transcurso de las más de veinte mil inmersiones realizadas por los arqueólogos a lo largo de una década, no se produjera ningún accidente de gravedad, convierte la historia en algo si cabe aún más extraordinario.

En esta aventura participaron George Bass, el padre de la arqueología subacuática, y Cemal Pulak, primero alumno del propio Bass y hoy colega suyo en el Instituto de Arqueología Submarina de la Universidad de Texas A&M. Pero el inicio se retrotrae a 1959, cuando Bass era aún estudiante de posgrado en la Universidad de Pensilvania. Este se hallaba dilucidando cuál habría de ser el tema de su tesis, cuando Rodney Young, el conservador de la sección del Mediterráneo en el Museo Penn, lo hizo llamar a su despacho. Se había localizado un pecio frente a las costas turcas y necesitaban a alguien para excavar *in situ*. Young consideró que Bass podía ser un buen candidato.[2]

Sin duda, acertaba. Bass partió hacia allí y dirigió la primera excavación subacuática del mundo en lo que hoy se conoce como el naufragio del cabo Gelidonya, razón por la cual hoy nos referimos a él como el padre de la arqueología subacuática. Este pecio se encuentra bastante cerca del de Uluburun, aunque en aquel momento Bass lo ignoraba. Por otra parte, ambos hundimientos se produjeron casi en el mismo período, puesto que el de Gelidonya tuvo lugar en 1200 a. e. c.

En el naufragio de Gelidonya, Bass encontró objetos que identificaban el navío como un barco pequeño, que probablemente seguía una ruta irregular por el Mediterráneo —esto es, navegaba de puerto en puerto comprando y vendiendo mercancías durante el trayecto— y era propiedad de un individuo que trataba de ganarse el sustento con él, pero no de un rico comerciante ni de un rey. Entre los objetos recuperados por Bass, figuran los lingotes de cobre macizo denominados de piel de toro, porque están fraguados precisamente en forma de piel de toro o de buey, como las que se colgaban de la pared o se usaban a modo de alfombra de suelo. Estos pesaban alrededor de 25 kilos cada uno y son exactamente iguales que la «galleta metálica con orejas» descubierta en Uluburun, en 1982, por el joven pescador de esponjas.

El bronce suele obtenerse a partir de una aleación formada por un 90 % de cobre y un 10 % de estaño (puede utilizarse arsénico en lugar del estaño, aunque yo no lo recomendaría). Por consiguiente, era lógico pensar que pudiera encontrarse estaño en bruto a bordo del navío de Gelidonya, como efectivamente sucedió. No obstante, fruto de la corrosión provocada por el agua salada, la mayor parte de él apareció en un estado más similar al de un montón de pasta de dientes que al del propio estaño, hecho que suscitó las dudas de algunos eruditos con respecto a la identificación.

A partir de los objetos rescatados, Bass afirmó que el pecio había sido un barco cananeo que probablemente navegaba rumbo al Egeo, tesis que contravenía en gran medida el pensamiento de los académicos de la época, pues la creencia comúnmente aceptada sostenía que solo los minoicos de Creta eran capaces de surcar los mares; a fin de cuentas, es el propio Tucídides quien habla del «dominio de los mares» o «talasocracia minoica». Cuando, en 1967, Bass publicó su monografía sobre el pecio, esta fue recibida con desprecio y mofa en algunos círculos académicos.[3] Sin em-

bargo, al cabo se resolvió que Bass no solo había acertado en todas sus afirmaciones sino que, además, se había adelantado enormemente a su tiempo al saber interpretar que otros pueblos además del minoico habían surcado los mares por aquella época.

Bass decidió entregarse a la búsqueda de otro pecio que confirmase sus conclusiones con respecto al de Gelidonya. Entre tanto, en 1972, fundó el Instituto Americano de Arqueología Submarina, desde su puesto en la Universidad de Pensilvania, que más tarde trasladaría a la Universidad de Texas A&M (1976), a la que aún continúa adscrito —como el propio Bass— aunque hace ya tiempo que se descartó el adjetivo «americano» del nombre para dar cuenta de la naturaleza internacional del trabajo allí realizado.[4]

En 1980, el instituto adquirió un barco y se iniciaron las exploraciones subacuáticas para localizar otros pecios. Este tipo de búsquedas podían resultar largas y tediosas, especialmente en la década de 1980, cuando se realizaban del mismo modo que las terrestres: siguiendo largos transectos y registrando cuanto se veía. En un momento dado, alguien tuvo la brillante idea de sustituir las exploraciones por visitas a los pueblos de pescadores de esponjas y describir a los marineros lo que ellos andaban buscando; de este modo, los arqueólogos podrían contar con la ayuda de los profesionales del buceo que recorrían a diario el fondo marino en busca de esponjas que vender.

Así fue como al poco, en 1982, un joven buceador de esponjas dio con la «galleta metálica con orejas». Bass se disponía a excavar otro naufragio que le permitiría confirmar sus conclusiones con respecto al de Gelidonya. Lo que el arqueólogo no sabía entonces era que el pecio de Uluburun acabaría demostrándose mucho más rico e importante que el anterior. La relevancia de este descubrimiento puede observarse en el hecho de que, tan solo unos años más tarde, en 1986, y mucho antes de que Bass hubiera

concluido las excavaciones, el Instituto Americano de Arqueología le otorgó la medalla de oro a los logros arqueológicos, la mayor de las distinciones con que sus colegas podían honrarle.[5]

La verdadera investigación del naufragio de Uluburun comenzó en el verano de 1984, bajo la dirección de Bass que, tan solo un año después, en 1985, cedería el puesto a Cemal Pulak. Desde entonces hasta 1994, se realizaron excavaciones casi todos los veranos, con un equipo de arqueólogos y entusiastas estudiantes de posgrado que realizaban dos inmersiones diarias, aunque nunca pasaban más de veinte minutos en el fondo marino. La descompresión siempre ha representado un riesgo que tener en cuenta por los buceadores y, en profundidades como la de este caso, el proceso de descompresión se alargaba notablemente. Para no aburrirse, en los ratos que debían aguardar bajo las aguas, pero estando lo bastante cerca de la superficie como para disponer de luz, leían novelas atadas a un cabo. En conjunto, aquellos equipos dedicaron más de 6.600 horas a las excavaciones del barco naufragado durante diez años y se zambulleron más de veintidós mil veces.[6]

Buzo de Uluburun.

La parte superior del pecio se hallaba a veinticinco metros por debajo del nivel del mar, pero había también otros restos que se hundían hasta los cincuenta metros. Más tarde se supo que la proa de la nave, de un metro y medio de eslora, se había partido y había caído por un saliente o acantilado; jamás se ha podido recuperar. Bass contaba que, a tanta profundidad, la sensación antes incluso de empezar a trabajar era la misma que después de haber bebido un par de martinis, razón por la cual estaban obli-

gados a planificar meticulosamente cada una de las inmersiones. Los arqueólogos también realizaban inmersiones en pareja utilizando el llamado «sistema de apoyo y ayuda mutua», además de contar con un antiguo miembro de los SEAL de la Marina estadounidense que velaba por su seguridad y que probablemente explique el hecho de que, en toda una década, no se produjeran accidentes reseñables.

En su intervención en uno de los programas de la serie de televisión *Nova*, Bass relataba su experiencia como parte del equipo. Contaba que, al llegar al fondo marino, era primordial desprenderse de inmediato de las aletas de los pies para no alterar nada por accidente al nadar o caminar cerca del suelo. Acto seguido, se usaba el tubo de vacío que pendía desde la superficie para eliminar buena parte de la arena y, en una segunda fase más minuciosa de la investigación, se describía con la mano un movimiento envolvente sobre la pieza para retirar la arena, porque mover la mano hacia delante y hacia atrás solo servía para revolverlo todo y crear una nube que impedía la visión. Estas labores deben realizarse con gran meticulosidad, para cartografiar cada una de las partes del pecio y elaborar un registro de todos los objetos hallados, puesto que los planos finales se dibujan con la misma precisión milimétrica que cualquiera realizado en un yacimiento arqueológico en tierra firme, algo bastante difícil ya de por sí. ¡Cómo no será, entonces, intentarlo a cuarenta metros de profundidad, después de haber ingerido dos martinis!

A la postre, el equipo había recuperado tantos objetos que, mientras yo escribía estas páginas, los expertos aún estaban trabajando en la redacción de sus conclusiones, cuya publicación, llegado el momento, necesitará de varios volúmenes. Entre tanto, Bass y Pulak han presentado informes preliminares al final de cada temporada así como ponencias y comunicaciones en diversos congresos, con sus correspondientes actas.[7]

Para llevar a cabo sus labores de investigación, el equipo se instalaba durante los meses de verano en cabañas de madera construidas en lo alto de los acantilados del promontorio contra el que probablemente se estrelló el barco de Uluburun antes de irse a pique, hace más de tres mil años. Disponían también de un espacio habitable en el *Virazon*, el barco desde el que realizaban las inmersiones anclado permanentemente justo sobre el pecio. A bordo de aquel navío dotado de dos dormitorios, uno para los hombres y otro para las mujeres, una cocina, un comedor, una bodega para alimentos y otros objetos y lo que hacía las veces de cuarto de baño —un espacio suspendido directamente sobre las aguas—, el equipo vivía totalmente aislado de la civilización, a varias horas de distancia en barco desde el pueblo o la ciudad más próximos.

Conocemos la fecha del hunidmiento gracias a cuatro pruebas distintas. La primera fue el escarabeo de oro rescatado del interior del barco con el nombre de la reina Nefertiti, que había gobernado junto al faraón Akhenatón en algún momento cercano a 1350 a. e. c.; en consecuencia, la nave no pudo hundirse antes de esa fecha. La segunda prueba fue parte de la madera recuperada del casco del navío, que se dató en torno a 1320 a. e. c. mediante el sistema de datación dendrocronológica, en la que se usan los anillos de los árboles para fijar la fecha del talado de la madera. La tercera prueba fue la cerámica micénica y minoica hallada a bordo, que se corresponde con el estilo denominado Heládico Reciente IIIA2, que los arqueólogos fechan a finales del siglo XIV a. e. c. por comparaciones realizadas con otros yacimientos griegos. En la última prueba se consiguió utilizar el carbono 14 para datar parte de una carga de madera de sotobosque que había a bordo. Todas ellas indican que el barco naufragó hacia 1300 a. e. c., apro-

ximadamente treinta años después del funeral del rey Tutankhamón en Egipto y tal vez unas pocas décadas antes de la guerra de Troya.[8]

Hoy también conocemos la naturaleza de la carga de aquel barco. Deben mencionarse en primer lugar las catorce anclas de grandes proporciones que se hallaron espaciadas a lo largo de todo el casco, debajo de la carga propiamente dicha. Se habrían usado a modo de lastre o contrapeso durante el viaje, aunque también valdrían para sustituir a la principal si esta quedaba atascada en una roca o en un arrecife; los marinos podían cortar la soga, sin más, y coger otra de la parte inferior de la bodega. Ya se habían descubierto otros ejemplares de anclas similares en varios yacimientos en tierra firme —como los de Lárnaca (o Kition) o Enkomi, en Chipre, y el de Ugarit en la costa siria—, pero nunca se había encontrado ninguna que aún se hallase en su lugar original, en el interior de un barco hundido desde la Edad del Bronce.

El cargamento principal estaba integrado por más de 350 lingotes en forma de piel de toro, hechos de cobre en bruto de una pureza del 99 % y procedentes de Chipre. Fueron hallados en pilas, una fila tras otra, en la bodega. Ha llegado hasta nosotros la carta de un rey chipriota dirigida al faraón egipcio, fechada en 1350 a. e. c. aproximadamente, donde el monarca se disculpa por mandar «únicamente» doscientos lingotes de cobre (o talentos, según se los denominaba entonces); este barco es la prueba de que en aquella época se podían embarcar hasta 350 unidades de una vez. Es posible que estos lingotes se utilizaran como moneda (o metal) de cambio en el comercio internacional.

En total, aquel navío albergó más de diez toneladas de cobre. Algunos lingotes estaban tan corroídos que los arqueólogos prácticamente tuvieron que inventar un nuevo tipo de cola para inyectarla en los restos y luego dejarla fraguar durante todo un año,

en los intervalos entre excavación y excavación.[9] Llegado el momento, tomaron las piezas una a una, con sumo cuidado, y las fueron izando hasta la superficie para trasladarlas luego al Museo de Bodrum, donde se las trató y limpió de la corrosión acumulada a lo largo de los siglos.

En cuanto al estaño que Bass había encontrado en el pecio de Gelidonya, el que parecía pasta de dientes y del que muchos eruditos dudaron, también se confirmó gracias al naufragio de Uluburun, ya que en aquel se halló más de una tonelada de estaño en formas ahora reconocibles: algunos habían sido fragmentos de lingotes de piel de toro; otros se correspondían con un tipo más pequeño, el denominado «plano-convexo»; y aún había un tercer grupo, formado por recipientes y otros objetos en forma de platos. En el momento del hundimiento, el estaño habría recorrido ya un gran trecho de su viaje, pues quizá procedía de la región de Badajshán, en Afganistán, pero su destino final, probablemente, era arribar a las costas del Egeo, un plan que frustró el naufragio.

Diez toneladas de cobre y una de estaño sumarían once toneladas de bronce. Bass consideró que esta cantidad podría haber bastado para pertrechar a un ejército de trescientos soldados con espadas, escudos, yelmos, grebas y otros elementos pertinentes. En consecuencia, al hundirse este barco no solo hubo quien perdió una fortuna sino que, tal vez, alguien también perdió una guerra.

A bordo se halló además otro tipo de materias primas, entre las que figura la tonelada de resina de terebinto, usada como incienso y en la elaboración de perfumes, entre otras cosas. Este material proviene del terebinto, un árbol del género pistacia, y jamás antes se había encontrado semejante cantidad en un único lugar.[10]

La resina se transportaba en el interior de 140 ánforas cananeas, que son exactamente lo que su nombre hace pensar: vasijas de transporte y almacenamiento fabricadas en Canaán (un territorio que hoy es parte de Israel, Líbano y Siria) capaces de albergar muchos productos. Las del barco de Uluburun contenían resina, pero también había otras con cuentas de cristal —miles de unidades en algunos casos— o con alimentos, como higos y dátiles.

En una de las ánforas había una pequeña tablilla de madera doblada con bisagras de marfil. Seguramente llegó allí de forma accidental, flotando tras el hundimiento. Es probable que las caras internas, donde se había vaciado la madera parcialmente, hubieran contenido una cera que la resina de terebinto tiñó de amarillo. Sobre esta cera se habría escrito algún tipo de mensaje, pues se trataba de un díptico o tablilla de escritura. Homero habla de un artefacto similar en la *Ilíada*, en los versos en que menciona una tablilla con «luctuosos signos» (VI, 168).

Lamentablemente, hace ya mucho que desapareció la cera de la tablilla de Uluburun. En las excavaciones se rescató una segunda tablilla, aunque también sin cera. Por lo tanto, ignoramos el contenido de ambas. ¿Habría sido el itinerario del barco? ¿Tal vez un inventario de la carga? ¿Quizá un mensaje entre reyes? Jamás llegaremos a saberlo.

De las materias primas que transportaba el navío, los arqueólogos recuperaron aproximadamente 175 lingotes plano-convexos de cristal en bruto, casi todos de color azul cobalto oscuro, aunque había también otros azul claro y otros de tonalidades ambarinas. Los resultados de los análisis químicos posteriores coinciden con los practicados sobre otros objetos de cristal procedentes tanto de Egipto como de Grecia en el mismo período, lo que indica que todo el mundo obtenía este cristal de una única fuente, situada probablemente en el norte de Siria o en Egipto.[11]

La remesa de marfil bruto estaba formada por colmillos de elefante y caninos e incisivos de hipopótamo. Tras este descubrimiento, especialistas del mundo entero revisaron sus conclusiones respecto a los objetos de marfil de la Edad del Bronce en varios museos. Hasta la fecha se daba por cierto que, en general, estaban fabricados con marfil de elefante; sin embargo, para sorpresa de la mayoría, parece que casi todos eran de marfil de hipopótamo. También había una mandíbula muy pequeña de lo que parece haber sido un ratón doméstico sirio, un polizón que subió a bordo en algún momento, tal vez en una escala en el puerto de Ugarit.[12] Se encontró, además, madera de ébano procedente de Nubia, al sur de Egipto, en el noreste de África.

El cargamento también contenía muchos artículos manufacturados, algunos de ellos embalados de un modo un tanto curioso.[13] Durante las labores de recogida e izado a la superficie de la carga, los arqueólogos andaban ocupados con unas ánforas similares a las que se observan en la cubierta de los barcos de la Edad del Bronce pintados en los muros de las tumbas de la nobleza egipcia de alto rango, hasta entonces consideradas como contenedores de agua fresca para los miembros de la tripulación. En el momento de colocar una de aquellas ánforas en la red, se inclinó hacia delante y se volcaron algunas piezas de cerámica totalmente nueva, para estrenar, sin uso previo: fuentes, platos, tazones, grandes jarras y pequeñas ánforas, además de lámparas de aceite, todas ellas de Chipre y Canaán. Por consiguiente, parece que estas grandes ánforas no se usaban para almacenar agua potable sino que podrían ser algo así como un embalaje protector para el transporte de la cerámica nueva durante el viaje.

Se rescató también un objeto de piedra de aspecto muy extraño, que se ha identificado como una maza de los Balcanes, además de varias espadas. Una de ellas parece de origen cananeo; otra es de tipo egeo; y una tercera, itálica. Probablemente se tra-

taba de los bienes personales de algunos miembros de la tripulación o del capitán, aunque no tenemos la certeza de que así sea. Las puntas de flecha y de lanza que se encontraron allí, además de diversas herramientas de bronce, podrían ser pertenencias personales o parte de la carga.

Hay también anzuelos y plomos que indudablemente se usaron para que la tripulación pudiera abastecerse de pescado fresco durante la travesía. Los productos alimenticios identificados en el pecio de Uluburun procedían todos del Mediterráneo oriental: aceitunas, almendras, higos y granadas, además del pescado, todos ellos alimentos que también hoy se servirían en un barco de la misma zona.

Por otro lado, se encontraron también unas copas muy elegantes, hechas de fayenza (un material híbrido, entre la cerámica y el cristal) de formas zoomórficas, como una cabeza de carnero. Por lo general, estos objetos se identifican como propios de la realeza, lo que nos induciría a pensar que el barco era un transporte de presentes regios. Sabemos, gracias a testimonios escritos, que era costumbre entre los gobernantes de este período intercambiar lujosos regalos, de modo que cabe pensar que estas copas fueran uno de ellos, enviado tal vez desde Egipto o Canaán a un rey micénico, quizá al antepasado de Agamenón en Micenas. Lo más probable es que jamás lleguemos a desentrañar el misterio.

Entre los objetos que podrían considerarse dignos de un monarca se cuenta una copa de oro que, si bien es hermosa, carece de valor en lo tocante a las investigaciones sobre el navío, sobre sus orígenes o su datación, ya que, a la postre, es un artículo bastante común. Existe una fotografía representativa que hoy podemos contemplar en la mayoría de manuales de arqueología, tomada antes de haber extraído la copa del lecho marino. En ella se observan la copa de oro, un ánfora cananea, una jarra de estaño y un *kilix* micénico de aspecto bastante vulgar. Cada vez que pre-

gunto a mis estudiantes qué objeto les parece más importante, ellos señalan invariablemente el cáliz de oro. Caen en el error y yo aprovecho para citar unas palabras de la tercera entrega de Indiana Jones diciéndoles que «han elegido ... mal». Aunque el ánfora cananea es importante por su contenido y la jarra lo es porque representa uno de los pocos objetos de estaño que se han conservado, es precisamente la vasija de cerámica micénica la que constituye la pieza más importante de la imagen, ya que gracias a su forma tan característica pudimos datar el pecio.

Bass, Pulak y el resto de miembros del equipo también encontraron numerosas piezas de joyería, desde brazaletes de plata hasta colgantes de oro, como el de puntos granulados de oro que forman un halcón u otra ave similar aferrando una serpiente entre sus garras, una pieza sin duda maravillosa; o el de la mujer que sujeta una gacela en cada mano. Se encontró también un tercer colgante que se integra en el tipo de los usados por los hombres cananeos de las pinturas de las tumbas egipcias. Había además sellos cilíndricos de Mesopotamia, entre ellos uno de cristal de roca con remates de oro en ambos extremos, que se habrían llevado atados a la muñeca o al cuello, y una pequeña pieza de piedra negra de Egipto con la inscripción: «Ptah, Señor de la Verdad».

Entre los escarabeos y otros objetos pequeños grabados con jeroglíficos egipcios, destaca el de oro macizo de la reina Nefertiti, con el nombre grabado en jeroglíficos, Nefer-Neferu-aten. Se trata de una versión de su nombre que solo utilizó durante los cinco primeros años de su reinado, cuando su marido Akhenatón, el faraón hereje, condenaba cuanto había bajo el sol a excepción de Atón, el dios representado por el disco solar. Este es un hallazgo raro y, como hemos advertido, el que nos permite datar el barco, puesto que este no pudo irse a pique antes de haberse fabricado el escarabeo, esto es: antes de 1350 a. e. c., aproximadamente.[14]

Lo único que no se ha recuperado en el pecio son los restos de los seres humanos, ni tan solo un fragmento de un esqueleto. Tal vez los supervivientes nadaran hasta la orilla o quizá sus cuerpos fueron alimento para los peces u otros animales marinos a lo largo de los tres mil doscientos años que pasaron bajo el mar.

Cuando se descubrió el pecio, los excavadores pensaron que el barco de Uluburun muy probablemente iba de puerto en puerto por las regiones del Mediterráneo oriental y el Egeo, en sentido contrario a las agujas del reloj, tal vez realizando un «servicio irregular», como haría el barco de Gelidonya un siglo después, pero con un cargamento mucho más rico. Desde entonces se han sugerido otras explicaciones, incluyendo la posibilidad de se tratase de un cargamento fletado como regalo regio de un rey a otro, y que tal vez se enviaba de Egipto a Grecia, o de Canaán a Grecia, o incluso de Chipre a Grecia.

No obstante, se acepta que, en cualquier caso, se dirigía a Grecia porque, aunque había a bordo objetos que provenían de al menos siete culturas diferentes y que claramente formaban parte del cargamento, los únicos objetos de origen griego son varias vasijas minoicas y micénicas ya usadas, no nuevas, y dos sellos personales que podría haber llevado alguien de la región egea.[15] Los objetos encontrados a bordo probablemente estaban diseñados para atraer a un público griego.

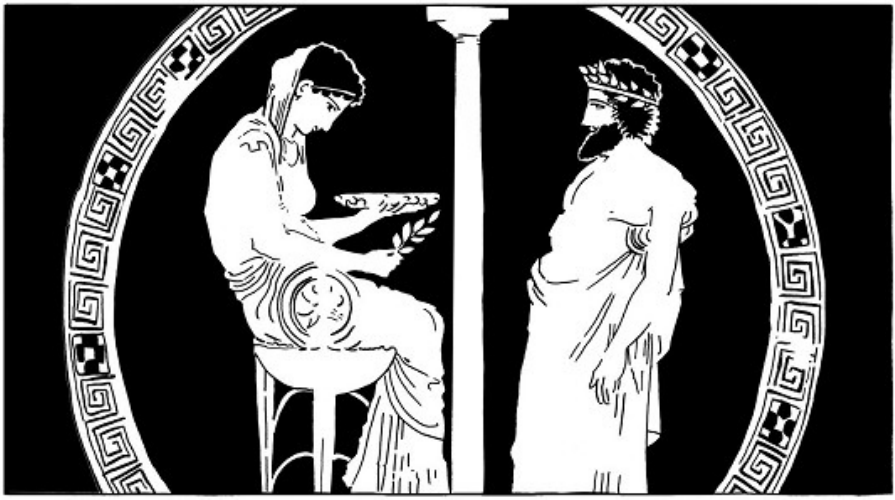
En su viaje de vuelta, o tal vez en la continuación de este viaje en sentido contrario a las agujas del reloj por la región, el barco probablemente habría transportado un cargamento completo de mercancías típicas micénicas y minoicas, incluyendo ánforas repletas de vino, aceite de oliva y perfumes, destinados a Egipto, Canaán y Chipre. Por supuesto, nunca hizo el viaje de vuelta, porque se hundió en Uluburun, a pesar de la presencia de lo que podría haber sido una deidad protectora a bordo del barco, una figurita de bronce, pero con la cabeza, hombros, manos y pies cu-

biertos de pan de oro. Se encontró totalmente corroída, pero «se limpió muy bien», como decimos en el mundo arqueológico. El estilo de la figurita es típico de los objetos votivos; esto es, figuras creadas para expresar devoción religiosa y el deseo de protección divina. Si se trata de la deidad protectora del barco, no hizo muy bien su labor. Sin embargo, su mala fortuna fue nuestra buena suerte, porque ahora podemos estudiar este barco y todo su cargamento, y vislumbrar cómo era la vida en el mundo internacional de la Edad del Bronce Final hace más de tres mil años.

Cuarta parte
RECUPERAR A LOS CLÁSICOS

11

Del lanzamiento de disco a la democracia



Oráculo de Delfos.

En los Juegos Olímpicos de 2016 en Río de Janeiro compitieron cuarenta y dos disciplinas deportivas, desde deportes acuáticos y tiro con arco hasta la halterofilia y la lucha libre; sin embargo, una categoría de los antiguos Juegos Olímpicos no se celebró: la carrera en la que los contendientes corrían equipados con su armadura completa, que incluía el casco, las grebas que cubrían las espinillas y el escudo en la mano izquierda. Tampoco hubo carreras de cuadrigas en Río ni el *pankration*, una suerte de arte marcial sin restricciones similar al actual *kickboxing* o quizá una combinación de kárate y judo, en la que todo estaba permitido excepto morder al adversario, sacarle los ojos y arañar.[1]

Los primeros Juegos Olímpicos comenzaron hace casi tres mil años, en 776 a. e. c., y después se celebraron cada cuatro durante más de mil años. Los atletas acudían de todas partes del mundo griego para competir, por eso calificamos a los juegos de panhelénicos (*pan* significa 'todo', y *helénico* 'griego'). En total hubo 293

Olimpíadas antes de que el emperador romano (y cristiano) Teodosio pusiera fin a todas las celebraciones paganas a comienzos de la década de 390 e. c.[2]

La búsqueda de Olimpia, el emplazamiento en el que se celebraban los Juegos Olímpicos, se convirtió en un hito para los primeros exploradores y arqueólogos, como lo fueron los lugares mencionados por Homero. Igual que hiciera Schliemann respecto a Troya, Micenas, Tirinto e Ítaca, también otros emprendieron la búsqueda de los lugares famosos de la historia de Grecia, aunque por distintas razones. Al anhelo de hallar el enclave de Olimpia y sus juegos le seguía de cerca el interés por encontrar Delfos y su oráculo, así como la acrópolis y el ágora de Atenas, donde nació la democracia.

Así pues, diferentes escuelas arqueológicas extranjeras destriparon estos yacimientos —los alemanes ya excavaban en Olimpia en 1875; los franceses en Delfos en 1892; y los americanos en el ágora de Atenas en 1931— con la participación de arqueólogos griegos en la explotación de su propio patrimonio cultural, tal como hiciera Stamatakis en Micenas tras las excavaciones iniciales de Schliemann. Centraremos la atención del presente capítulo en estos yacimientos.

No les resultó fácil a los arqueólogos encontrar el emplazamiento de Olimpia, dado que tras los últimos Juegos Olímpicos de 393 e. c., el santuario fue cayendo gradualmente en desuso hasta que acabó abandonado. Debido a diversos terremotos acontecidos en el siglo VI e. c., los edificios estaban derrumbados y dispersos por todas partes, con los tambores de las columnas de los suntuosos templos caídos como si fueran mondadientes. Y por si fuera poco, los ríos que discurrían por los alrededores se desbordaron; uno, el Kladeos, ya había inundado la zona en el siglo IV mientras todavía se celebraban los juegos; sin embargo, el mayor desastre lo provocó el río Alfeo, cuya crecida inundó el te-

rreno durante la Edad Media, cubriendo el emplazamiento con una gruesa capa de barro y limo de más de cuatro metros de profundidad.[3]

El explorador inglés Richard Chandler fue el primero en ubicar correctamente el yacimiento, en 1766, tras indagar entre los lugareños acerca del descubrimiento de unas antiguas ruinas y utilizar la guía escrita por Pausanias en el siglo II e. c., tal como haría Schliemann un siglo después en Micenas. Esto le permitió a Chandler identificar el emplazamiento del santuario junto con los restos del templo de Zeus, el dios griego al que estaba dedicado el santuario.[4]

La última vez que visitamos el sitio, en el mes de marzo de 2015, con un grupo de estudiantes de la Universidad de Washington, fue un placer contemplar los restos: diminutas margaritas blancas y amapolas rojas se entremezclaban con las antiguas piedras grises cubiertas de liquen formando una alfombra de hierba verde. Algunos de los estudiantes realizaban sus trabajos sobre los distintos monumentos adornados con tiaras de margaritas trenzadas en la cabeza. La primavera es hermosa en la región noroeste del Peloponeso, pero los griegos antiguos acudían allí por algo más que la simple belleza, iban a venerar a Zeus y a vencer en las competiciones atléticas.[5]

Los famosos juegos eran parte de las celebraciones, tanto religiosas como atléticas, que se llevaban a cabo en honor a Zeus, y el templo que Chandler había identificado era el edificio más importante del enclave y a la vez el más grande de los descubiertos en Grecia por aquel entonces, pues medía sesenta y cuatro metros por veintiocho. Fueron necesarios diez años para construir semejante templo a mediados del siglo V (466-457 a. e. c.): las esculturas del frontón y las metopas que decoraban el templo representaban una mítica carrera de cuadrigas, un combate con centauros y los doce trabajos de Heracles.

Sin embargo, lo más importante del templo es que antaño albergó la estatua criselefantina de Zeus de doce metros de altura tallada por el famoso escultor Fidias, y que fue una de las Siete Maravillas del Mundo Antiguo. Por desgracia, cuando Chandler encontró el edificio, la estatua ya había desaparecido, pues había sido trasladada a Constantinopla (Estambul), en la actual Turquía, durante el siglo IV e. c., donde acabó destruida a causa de un incendio en el edificio en el que estaba custodiada.[6]

Las obras de arte fueron, en parte, uno de los incentivos que motivaron la llegada a Olimpia de los primeros arqueólogos, porque Pausanias aseguraba que allí había otras muchas estatuas, aunque de tamaño normal, unas de mármol y otras de bronce, talladas por los escultores más famosos de Grecia, entre ellos Praxíteles y Lisipo. Por consiguiente, las excavaciones comenzaron allí por las mismas razones que habían promovido las de Herculano en Italia un siglo antes.[7]

En 1829, los franceses llevaron a cabo excavaciones en Olimpia y sacaron a la luz fragmentos de metopas con relieves del templo de Zeus, que narraban los trabajos de Heracles y que hoy se encuentran en el Louvre de París.[8] Las metopas que recorren el friso alternando con los triglifos (tres barras verticales) eran elementos arquitectónicos que solían decorar los templos griegos en el espacio que se abría entre los capiteles de las columnas y el tejado.

Sin embargo, fueron los alemanes los que firmaron un contrato, conocido como la convención de Olimpia, con el gobierno griego que les concedía los derechos exclusivos para excavar en el yacimiento desde 1875 hasta 1881 y mediante el cual se establecía un precedente para todas las posteriores misiones extranjeras en Grecia. En él se especificaba que todos los hallazgos descubiertos durante la excavación permanecerían en Grecia, a menos que el gobierno decidiese hacer entrega de duplicados o facsímiles a los

investigadores, o a su gobierno, en agradecimiento por su labor. Los alemanes, a cambio, tenían que publicar los resultados obtenidos en las excavaciones para la comunidad académica, cosa que hicieron sin rechistar, incluidas inscripciones, esculturas y edificios. Sus investigaciones han sido calificadas por Helmut Kyrieleis, que posteriormente dirigiría allí los trabajos, como la primera excavación importante en un yacimiento clásico «con objetivos científicos concretos». Aquellos detallados informes propiciaron, en parte, que el barón francés Pierre de Coubertin promoviera los Juegos Olímpicos modernos, cuya primera sede fue Atenas en 1896.[9]

Wilhelm Dörpfeld, que estaba vinculado a aquellas primeras excavaciones de los alemanes en Olimpia en calidad de arquitecto y aprendiendo las técnicas de la arqueología, acompañó a Heinrich Schliemann en un recorrido por el yacimiento en 1881, cuando este acudió para ver lo que habían encontrado. Dörpfeld le causó tal impresión que lo invitó a visitar Troya al año siguiente; de aquel primer encuentro fortuito surgió una gran colaboración entre ambos hasta el punto de trabajar juntos no solo en Troya sino también en Tirinto. A la muerte de Schliemann, Dörpfeld dirigió las excavaciones de Troya, tal como ya hemos explicado en un capítulo anterior. Arthur Evans comentó en una ocasión que Dörpfeld, un meticuloso investigador de ciencias, había sido el mejor descubrimiento de Schliemann.[10]

Un nuevo equipo de arqueólogos alemanes reanudó las excavaciones en Olimpia en 1937, capitalizando el interés generado por los Juegos Olímpicos celebrados en Berlín el año anterior. Este segundo período de trabajo se prolongó durante casi tres décadas, si bien hubo un receso de diez años (1942-1952) durante e inmediatamente después de la segunda guerra mundial. El equipo también se sirvió de la detallada descripción que hiciera Pausanias del emplazamiento, sin la cual gran parte de los edificios

hubieran quedado sin identificar; y aunque las investigaciones continuaron, habría que esperar hasta 1985, bajo la dirección de Kyrieleis, para que comenzase en el yacimiento la campaña más reciente.[11]

Más de un siglo de excavaciones han sacado a la luz lo suficiente para que hoy en día se pueda caminar por el emplazamiento y ver los edificios de la zona central del santuario, entre los que descuellan el gran altar de Zeus; el templo dedicado a Hera; y edificios tales como el Pritaneo y el Bouleuterion, donde se reunían los administradores y los miembros del consejo a cargo del santuario y de las festividades. El gimnasio y la palestra, donde practicaban y se entrenaban los atletas durante el mes que precedía a los juegos, se encuentran en un extremo de la zona del santuario, junto con la piscina; mientras que el hipódromo, donde se celebraban las carreras de cuadrigas, y el estadio para las carreras a pie estaban ubicados en el lado opuesto. La parte del proyecto que resultó más costosa y que consumió más tiempo fue la excavación del estadio de 183 metros de longitud, construido en torno a 350 a. e. c., puesto que supuso la extracción de cientos de toneladas de tierra; sin embargo, los esfuerzos de los arqueólogos se vieron recompensados, porque se recuperó una ingente cantidad de información proveniente de inscripciones, estatuas y edificios, así como cerámica y otros artefactos. En 1989, Olimpia fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco: en la actualidad recibe casi medio millón de turistas al año.[12]

En la década de los cincuenta, durante la excavación de la tierra de los taludes a ambos lados del estadio, donde se agolpaban más de cuarenta mil espectadores para asistir a las carreras de atletismo, los arqueólogos se toparon inesperadamente, pieza tras pieza, con armaduras y armas de bronce, entre las que había veintidós cascos, escudos, grebas y espadas. En su día, todos estos elementos estuvieron atados a postes o estacas de madera clava-

das en la tierra de los terraplenes formando hileras por encima de los espectadores. Visualmente debían de tener el mismo aspecto que las banderas que ondean en lo alto del Coliseum de Los Ángeles o de cualquier campo de fútbol de un instituto, pero en realidad eran ofrendas a Zeus hechas por guerreros victoriosos. La armadura y las armas se colocaban allí para que los ciudadanos de las distintas ciudades-estado griegas pudieran admirar la fuerza y el éxito individual de los guerreros o agradecer colectivamente el esfuerzo conjunto realizado, como en las guerras médicas.[13]

Entre los trofeos hallados había un casco de bronce, ofrenda de Milcíades, el general que condujo a los griegos a la victoria sobre los persas en la batalla de Maratón en 490 a. e. c.; se trata de un casco sencillo, del tipo corriente que los arqueólogos denominan «corintio», inscrito en el borde inferior de la mejilla con las palabras «Milcíades ofreció esto a Zeus». También hay un casco persa capturado en la misma contienda y depositado después como ofrenda, tal como reza la inscripción grabada en el mismo: «Para Zeus de los atenienses, que se lo arrebataron a los medos».[14]

Asimismo, se encontraron otras ofrendas de más valor, normalmente objetos de oro y plata, custodiadas en pequeños edificios llamados «tesoros», construidos a guisa de templos en miniatura y erigidos por las distintas ciudades-estado y colonias griegas para albergar los objetos enviados por sus ciudadanos.[15]

Hoy en día, destaca un sencillo artefacto procedente de Olimpia con una inscripción no dedicatoria; al contrario, se trata de una copa o jarra de vino de cerámica rota con una inscripción en la base y las palabras «Pertenezco a Fidias», que bien pudo ser la copa de uso personal del escultor, hallada por los alemanes en 1958 en un edificio fuera de la zona del santuario, que presumiblemente fuera el taller en el que Fidias esculpió la colosal esta-

tua de Zeus. El propio edificio fue convertido posteriormente en una iglesia bizantina, pero sus proporciones encajan a la perfección con las dimensiones de la sala del templo que durante siglos albergó la estatua. Los arqueólogos excavaron dos depósitos de material de desecho en los alrededores y encontraron fragmentos de marfil, metal y vidrio, moldes de terracota y herramientas, entre las que se contaba un martillo de orfebrería.[16]

A lo largo de los años los juegos se tornaron más y más complejos, a medida que se iban añadiendo nuevas disciplinas,[17] puesto que en sus inicios en 776 a. e. c. consistían tan solo en una simple carrera pedestre, a la que, más avanzado el siglo, se le añadieron dos carreras más largas. Con el tiempo, se sumaron la lucha libre y el boxeo, así como el pentatlón, que incluía competiciones en cinco disciplinas deportivas: disco, jabalina, salto, carrera pedestre y lucha libre; también se incluyeron las carreras de cuadrigas, el *pankration* y la carrera en la que los participantes corrían pertrechados con su armadura completa.

Como es obvio, no todas estas competiciones se realizaban como lo hacemos hoy en día: por ejemplo, los que practicaban el salto de longitud lo hacían sosteniendo unos pesos en ambas manos, que impulsaban hacia atrás en pleno salto para coger mayor ímpetu y ganar longitud. Los arqueólogos alemanes descubrieron algunos de estos pesos, más de dos mil años después de que los vencedores los hubiesen ofrendado en el emplazamiento.

En torno al año 100 a. e. c. (y probablemente bastante antes) las festividades religiosas y atléticas duraban cinco días completos, en los que los vencedores, de los que tan solo había uno por especialidad, eran galardonados con una corona de hojas de laurel el último día de los juegos. Era frecuente, no obstante, que a su regreso a su ciudad natal recibieran también regalos mucho más valiosos, incluida una suerte de pensión alimenticia y de alojamiento vitalicio para los vencedores atenienses.[18]

La popularidad de los juegos se prolongó incluso después de que los romanos conquistasen Grecia en el siglo II a. e. c., hasta que Teodosio puso fin a estas celebraciones quinientos años más tarde. El emperador romano Nerón estaba tan entusiasmado con los juegos que incluso llegó a tomar parte en las Olimpíadas de 67 e. c. como participante en la carrera de cuadrigas, pero cayó del carro antes de llegar a la meta; aun así fue declarado vencedor. Ordenó también que se celebrase un certamen musical público en el que él mismo participó, no sin antes cerrar las puertas de la ciudad para que nadie pudiese abandonar el recinto. Suetonio, su biógrafo romano, nos cuenta, quizá con cierta exageración, que algunas mujeres fingieron estar de parto mientras el emperador estaba concentrado en su actuación, y que otros espectadores saltaron desde lo alto de los muros del santuario o se hicieron pasar por muertos para poder ser evacuados con la excusa del funeral.[19]

Los Juegos Olímpicos se celebraban cada cuatro años porque en el intervalo tenían lugar otras competiciones panhelénicas, una por año: los Juegos Ístmicos se celebraban en Corinto, los Nemeos en Nemea y los Píticos en Delfos. En cada uno de estos lugares se construyeron, igual que en Olimpia, templos, tesoros, y, cómo no, instalaciones atléticas, al tiempo que monumentos dedicados a la deidad patrona, que, en Delfos, era el dios Apolo.

No obstante, lo que verdaderamente proporcionó importancia, fama y riqueza al enclave en la Antigüedad fue el oráculo de Delfos, ubicado en el templo de Apolo. Situado en la Grecia central en las estribaciones del monte Parnaso, el oráculo estaba personificado por una sacerdotisa sagrada que, según decían, se sentaba sobre un trípode en una pequeña sala interior ubicada justo sobre una grieta que había en el suelo y por cuya fisura emanaban

vapores que la hacían caer en trance permitiendo así que el dios hablase a través de ella y diese enigmáticas respuestas a la preguntas planteadas por los consultantes.[20]

Durante los siglos VIII y VII a. e. c., el oráculo fue consultado a menudo por las ciudades-estado griegas que tenían intención de enviar colonos a territorios tan dispares como el mar Negro, el sur de Italia, o a lugares aún más lejanos, como Cirene, en el norte de África, o Marsella, en el sur de Francia. Sin embargo, cabe preguntarse cómo sabía el oráculo lo que tenía que recomendar, aunque lo cierto es que buena parte de las colonias resultaron prósperas, algunas incluso llegaron a superar a la ciudad madre en cuanto a prestigio y reconocimiento.[21] Según palabras del historiador griego Heródoto, la pregunta más famosa dirigida al oráculo fue planteada supuestamente por el rey Creso de Lidia (en Anatolia), a mediados del siglo VI a. e. c., que deseaba saber si debía declarar la guerra a los persas, liderados por Ciro el Grande. El oráculo respondió que si lideraba un ejército contra los persas, destruiría un gran imperio, y Creso interpretó a su favor las palabras de la Pitia, se lanzó a la guerra y perdió: fue su propio imperio el que acabó destruido, cumpliéndose así la profecía.[22] Sin embargo, nada de esto ha dejado la más mínima huella, tal y como han podido comprobar los excavadores franceses; ni trípode, ni sacerdotisa, ni siquiera una grieta en el suelo, pese a que en algún punto muy próximo se unen dos líneas de falla sísmica.[23]

Mediante contratos firmados con el gobierno griego en marzo y mayo de 1891, los arqueólogos franceses obtuvieron permiso para excavar en Delfos, pero, para ello, antes tuvieron que trasladar a todo el pueblo moderno, que estaba construido justo encima del antiguo santuario; a un coste de 150.000 dólares de la época (que en la actualidad serían casi cuatro millones de dólares) trasladaron a los trescientos propietarios a sus nuevas viviendas en un pueblo recién creado y después empezaron a excavar.[24] Pese a

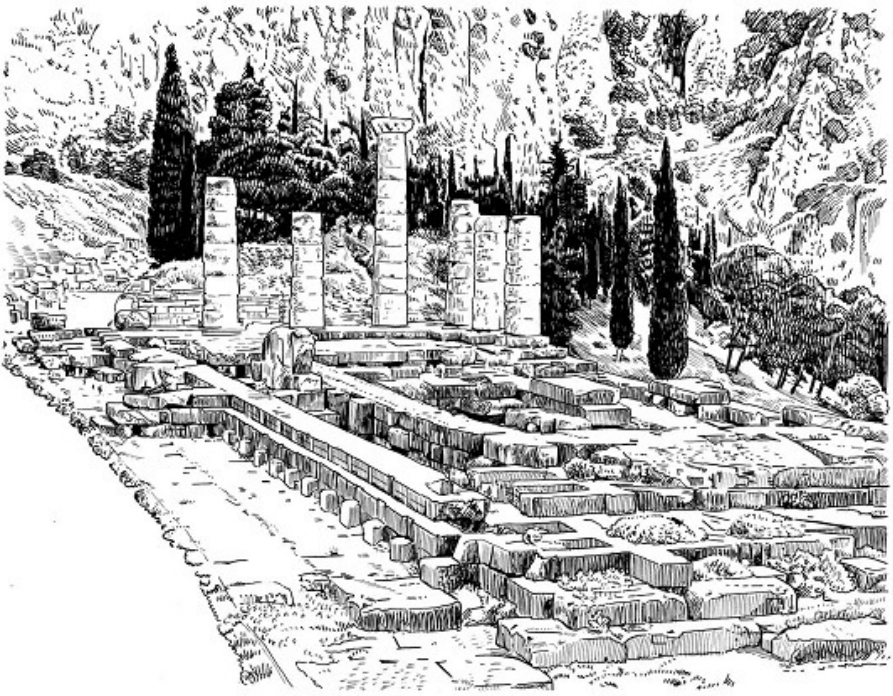
todo, los arqueólogos aún tuvieron que enfrentarse a la resistencia de algunos lugareños que no estaban satisfechos con el dinero recibido por el pago de sus antiguas viviendas. Tras resolver, por fin, la situación, los franceses pudieron reanudar las excavaciones, que se saldaron con hallazgos tan notables que Delfos, considerado por los antiguos griegos el ombligo (*omphalos*) del mundo, se ha convertido en la actualidad en uno de los destinos turísticos más hermoso y más visitado del país.[25] En 1987 fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.

Aquellos arqueólogos franceses no fueron los primeros en excavar en el yacimiento, puesto que ya se habían llevado a cabo de vez en cuando algunos intentos durante las décadas anteriores, a partir de 1820. Sin embargo, la suya era una expedición compleja y sancionada oficialmente, que contaba con una vía férrea de dieciocho mil metros de longitud construida en el emplazamiento para evacuar las ingentes cantidades de tierra que estaban excavando. Las labores se prolongaron durante más de diez años, desde octubre de 1892 hasta mayo de 1903, y recibieron el nombre de «gran excavación», grande sin duda, tanto en términos de los descubrimientos como por el número de trabajadores empleados: más de 220 en cierto momento de 1893.[26]

Desde entonces, no se ha llevado a cabo ninguna excavación de semejante envergadura en el yacimiento, pese a que, como ya hemos dicho, se realizaron más investigaciones de corto alcance en las décadas de 1920, 1930 y 1970, por lo que no hay mucho que debatir acerca de las técnicas arqueológicas modernas empleadas en el emplazamiento. Sin embargo, sí se ha trabajado de lo lindo en lo concerniente a la conservación y preservación de los hallazgos efectuados durante aquella década de excavación hace ya más de un siglo, y la publicación de las piezas descubiertas ha

sido poco menos que impecable, con más de sesenta volúmenes editados hasta el momento sobre los distintos edificios, inscripciones y demás artefactos.[27]

La primera temporada de trabajo, en 1892, fue muy breve debido a los retrasos provocados por las negociaciones de última hora con los aldeanos, por lo que hubo que esperar a la siguiente temporada, 1893, para empezar a cosechar los primeros frutos, que se fueron incrementado en 1894 y en los años inmediatamente posteriores. Debió de ser tremendamente emocionante formar parte del equipo arqueológico francés durante aquellos años tan estimulantes. Por aquel entonces, la fotografía estaba todavía en sus inicios, pero los arqueólogos hicieron buen uso de ella, pues todavía se conservan unas dos mil placas fotográficas de vidrio en la Escuela Francesa de Atenas (École française d'Athènes, fundada en 1846), que dan fe de algunos de los espectaculares hallazgos en el momento mismo de su descubrimiento.[28]



Templo de Apolo en Delfos.

Algunas de las estatuas, sobre todo, eran poco menos que sensacionales. La pareja de jóvenes conocidos como Cleobis y Bitón de Argos, esculpidos en mármol y de estilo arcaico de finales del siglo VII a. e. c., salieron uno tras otro en 1893 y 1894. La historia de estos dos hermanos nos ha llegado a través de las *Historias* de Heródoto, donde describe cómo «estos hijos diligentes» se uncieron al carro de su madre y tiraron de él durante ocho kilómetros para que pudiera asistir a una festividad religiosa. En su honor, afirma el historiador griego, los argivos «esculpieron sus estatuas y las depositaron en Delfos como ofrenda por ser los mejores hombres». Y ahora los orgullosos arqueólogos y sus trabajadores habían recuperado las estatuas; las fotografías en blanco y negro muestran al equipo apiñado en torno a las cabezas y torsos de las esculturas surgidas de la tierra.[29]

Otra estatua, esta vez de bronce, quizá la más famosa descubierta en el yacimiento, es la que se conoce sencillamente como el Auriga, cuya parte inferior fue la primera que desenterraron los arqueólogos franceses, hacia finales de abril de 1896, junto con su base de piedra inscrita. La parte superior, con la cabeza y el rostro todavía intactos, incluidos los ojos de cristal incrustados, apareció al cabo de unos pocos días, a comienzos de mayo, y el instante del hallazgo quedó inmortalizado nuevamente mediante fotografías. La inscripción atestigua la victoria en los Juegos Píticos de 478 (o quizá 474) a. e. c. de Hierón de Siracusa, hermano (y sucesor) del tirano Gelón y propietario, que no auriga, de la cuadriga declarada vencedora en la carrera. Más tarde, su otro hermano Policelo (que a su vez le sucedió a él) reescribió la dedicatoria de la estatua para poder adjudicarse a sí mismo la victoria.[30]

Salieron también a la luz edificios y otras estructuras: partes de los tesoros de los atenienses, de los sifnios, de los sicionios y de los cnidios, así como fragmentos completos de sus elegantes fri-

sos y demás ornamentos dispersos por el terreno circundante. En esos pequeños pero hermosos edificios las antes mencionadas ciudades-estado almacenaban las valiosas ofrendas de oro y plata hechas por sus ciudadanos, aunque estas ya hacía tiempo que habían sido saqueadas por los conquistadores romanos Sila y Nerón; este último al parecer se llevó también quinientas estatuas del santuario. Las labores de excavación desenterraron los restos del templo de Apolo, así como el estadio para las carreras de los Juegos Píticos, celebrados cada cuatro años, igual que los Juegos Olímpicos, y el gimnasio.[31]

Surgieron infinidad de inscripciones, tantas que a veces en un solo día aparecían decenas; entre las más famosas se cuentan los fragmentos, hallados en 1893, de dos himnos délficos a Apolo del siglo II a. e. c., inscritos en piedras descubiertas en el interior del tesoro de los Atenienses. Entre las líneas de los textos hay símbolos que representan notaciones vocales e instrumentales, de manera que resultaba factible reproducir los himnos tal y como se había previsto originalmente, cosa que se ejecutó sin tardanza a mediados de marzo de 1894 para los reyes de Grecia. También en San Petersburgo y Johannesburgo se organizaron representaciones similares, pero fue la de París, celebrada aquel mismo año, en una conferencia a cargo de Pierre de Coubertin, la que convenció a otros asistentes a unirse a su movimiento cuyo objetivo era la restauración de los Juegos Olímpicos.[32]

Los trabajos de excavación sacaron a la luz la Vía Sacra, que ascendía zigzagueando por la montaña desde la entrada del santuario hasta el estadio cual serpiente, tal y como correspondía al nombre original de la zona, Pito, antes de ser rebautizada como Delfos. En la actualidad podemos seguir este mismo sendero serpenteante que antaño tomaron los peregrinos y los viajeros, como bien describe Pausanias, y contemplar las vistas de los sagrados olivares del valle así como la panorámica del Peloponeso al

otro lado del golfo, cuyo espectáculo nunca deja de llenarme de asombro y admiración, los dos ingredientes clave para una experiencia religiosa en la Antigüedad, y quizá también hoy en día.[33]

Al subir desde la terraza del santuario de Atenea, mucho más pequeño y más abajo, donde se encuentra también el gimnasio, atravesamos la carretera moderna e iniciamos el ascenso por una zona pavimentada justo en el interior de la entrada principal del yacimiento. No tardaremos en pasar por delante de estatuas y otras ofrendas realizadas tanto por individuos privados como por las ciudades-estado, a ambos lados de la Vía Sacra, para conmemorar victorias militares, entre las que destaca una dedicatoria de los atenienses que alude a la victoria sobre los persas en Maratón en 490 a. e. c. y un edificio entero encargado por los espartanos en memoria de la derrota que infligieron a los atenienses en Egospótamos en 405 a. e. c., la batalla final de la guerra del Peloponeso.[34]

A medida que avanzamos por el sendero y doblamos la primera curva hacia la derecha, pasamos por delante de los tesoros erigidos por las distintas ciudades-estado griegas, aunque todos ellos desaparecidos en la actualidad, como ya mencionamos, junto con las riquezas que antaño albergaron. Tan solo quedaron los cimientos, descubiertos por los arqueólogos franceses entre 1893 y 1894, y algunos fragmentos de sus metopas y frisos que muestran la belleza de las pinturas que lucieron en su día: representaciones de batallas entre dioses y gigantes, las hazañas de Teseo y una infinita variedad de escenas.[35]

En nuestro ascenso por la colina, se alza a la izquierda el escarpado muro de los cimientos del templo de Apolo, puesto que nos hallamos todavía por debajo del nivel del suelo del templo. De espaldas al mismo encontramos el pórtico de los Atenienses, hoy en día desprovisto de ofrendas, con una inscripción que reza: «Los atenienses consagraron este pórtico, las armas y los bustos

que arrebataron a sus enemigos». No obstante, el laborioso y detectivesco trabajo emprendido por un investigador francés en 1948 demostró que la inscripción hacía referencia a los cables pertenecientes a un puente construido por el rey persa Jerjes cuando cruzó el Helesponto entre Anatolia y Grecia durante su invasión en 480 a. e. c. Los atenienses se apoderaron de los cables como recuerdo tras derrotar a Jerjes en Platea y Salamina aquel mismo año y los ofrendaron en este pórtico de Delfos.[36]

Proseguimos nuestro camino y, al doblar la siguiente curva a la izquierda, rodeamos la esquina del templo y nos acercamos a la entrada principal, desde donde podemos contemplar en la distancia el lugar en el que se erguía el trípode de los Platenses, también denominado columna de la Serpiente, justo frente al altar de Apolo y al acceso del templo. Este trípode de oro, colocado sobre una base formada por tres serpientes de bronce entrelazadas, y que fue robado o destruido tiempo atrás, conmemoraba la victoria de los griegos sobre los persas en la batalla de Platea en 479 a. e. c. La base de bronce compuesta por las tres serpientes y sobre la cual estaban inscritos los nombres de las treinta y una ciudades-estado cuyos hombres combatieron en la contienda, también desapareció del lugar, pero en este caso sabemos quién se la llevó y a dónde fue a parar: el emperador romano Constantino el Grande la trasladó a su nueva capital, Constantinopla, conocida en la actualidad como el moderno Estambul, en el siglo IV e. c. Hoy en día todavía siguen allí y pueden contemplarse en medio del hipódromo, en la plaza Sultán Ahmet, aunque sus cabezas (o las partes que de ellas quedan) están expuestas en el cercano Museo Arqueológico de Estambul.[37]

Si abandonamos la Vía Sacra y nos aventuramos hacia el interior del recinto del templo de Apolo, nos topamos con las ruinas reconstruidas y con algunas de las seis columnas originales que se erguían en la parte frontal; posiblemente en la parte trasera

hubiera otras seis. Sin duda, a ambos lados debió de haber otras quince, dos más de lo habitual para este tipo de templo, porque tuvo que alargarse para poder dar cabida al oráculo, el más famoso de toda Grecia.

El propio Pausanias asegura que este templo que tenemos ante los ojos fue la quinta repetición del mismo, aunque su relato puede que no sea del todo creíble puesto que asegura que los tres primeros fueron construidos con ramas de laurel, cera de abeja y bronce respectivamente, antes de que, a la postre, se erigiese uno de piedra. No obstante, parecen más fiables los hallazgos de los arqueólogos que indican que por lo menos hubo dos templos anteriores en aquella misma ubicación: el primero ardió en un incendio en 548 a. e. c. y el segundo fue destruido por un terremoto en 373 a. e. c. El que vemos hoy sabemos que se erigió a finales del siglo IV, gracias a una inscripción que encontraron los arqueólogos franceses en la que figuraba una lista de los benefactores que contribuyeron a sufragar su reconstrucción, y así pudieron constatar que la obra duró casi cuarenta años, en parte debido a los ataques que durante aquel período lanzaba sobre Grecia Filipo II de Macedonia, padre de Alejandro Magno.[38]

Volvemos sobre nuestros pasos y abandonamos el templo para regresar a la Vía Sacra y girar de nuevo hacia la izquierda, en dirección a la parte posterior del templo; al doblar la esquina a nuestra derecha hay más estatuas y ofrendas, y detrás, un poco más alejado, se yergue un gran edificio columnado que recibe el nombre de estoa. Esta construcción fue erigida y ofrendada por Átalo I, un monarca helenístico que gobernó Pérgamo (en la actual Turquía) durante el siglo III a. e. c., cuyo hijo menor, y a la postre sucesor, Átalo II, levantó una estoa similar en Atenas a mediados del siglo II a. e. c.

Al llegar al extremo posterior del templo, se alza a nuestra derecha el gran teatro y, por encima, el estadio, excavado por los franceses en 1896, en el que se efectuaban las carreras durante los Juegos Píticos. Según Pausanias, tanto en Delfos como en Olimpia se celebraba el mismo tipo de competiciones y carreras, y el vencedor de cada una de ellas recibía una corona. Estos juegos comenzaron en 591 a. e. c. y se organizaron cada cuatro años hasta la década de 390 e. c., cuando todo el complejo del santuario, incluyendo el oráculo y los juegos, fue clausurado definitivamente obedeciendo a la misma orden de Teodosio que cerrara Olimpia.[39]

Atenas cuenta también con un estadio, pero se trata más bien de un recinto moderno, utilizado en 1896 y en 2004, las dos únicas veces en que Grecia fue anfitriona de los Juegos Olímpicos modernos, pero en la Antigüedad, esta ciudad nunca albergó ningún tipo de juegos pese a que también tenía su divinidad patrona, Atenea, de la misma manera que Olimpia tenía a Zeus y Delfos contaba con Apolo. No obstante, Atenas fue la cuna de innovaciones cruciales como la invención de la democracia y el hogar de gigantes filosóficos como Sócrates, Platón y Aristóteles.

La acrópolis, o el punto más elevado de la ciudad, goza de una fama harto justificada y fue declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1987.[40] Excavadores griegos y alemanes, entre ellos Wilhelm Dörpfeld, desenterraron los restos de los edificios allí ubicados a comienzos del siglo XIX: el Partenón, el Erecteion y el pequeño templo de Atenea Niké, además de numerosas estatuas e inscripciones. Los llamados mármoles de Elgin proceden precisamente del Partenón, de donde los extrajo lord Elgin en 1805 para enviarlos a Inglaterra; allí terminaron en el Museo Británico una década después. Los arqueólogos también excavaron las laderas de la acrópolis y sacaron a la luz el teatro y el

odeón, aunque este databa de época romana y hoy en día se utiliza para representaciones teatrales puestas en escena por artistas locales o foráneos.

No obstante, el lugar que a diario más visitaban los atenienses era el ágora, o el mercado, puesto que estaba ubicado en el centro de Atenas, en el corazón de la ciudad. Allí estaban los tribunales de justicia y algunos de los edificios más significativos de la ciudad, como el Bouleuterion, donde se reunía el senado, y el Tolos, lugar de encuentro privado del comité ejecutivo del senado; el Metroon, donde se guardaban los archivos; varias estoas; y otras importantes edificaciones administrativas y legislativas. En este lugar se establecían también muchos locales comerciales, como es habitual en los mercados, y servía de punto de encuentro para los ciudadanos, entre los que se contaba Sócrates. El Hefesteion, el majestuoso templo dedicado a Hefesto (dios de la forja), excavado por los alemanes en la década de 1890, sobresalía desde lo alto en un extremo del ágora, que, como corresponde a una importante zona céntrica, cambiaba constantemente de aspecto, de manera que en el siglo V a. e. c. presentaba una apariencia totalmente diferente de la que tenía en el siglo I e. c. en cuanto a trazado y edificios, aunque su función básica siguió siendo siempre la misma a lo largo del tiempo.[41]

La Escuela Americana de Estudios Clásicos de Atenas ha excavado en el ágora casi sin interrupción desde 1931, y la actividad en este lugar refleja los cambios en cuanto a técnicas y tecnología experimentados durante los últimos ochenta y cinco años.[42] Los arqueólogos desenterraron todos los edificios mencionados en este breve resumen, junto con las calles y los senderos por los que pasearon Pericles y Sócrates, pero aún queda mucho por descubrir. En la actualidad, las excavaciones más recientes utilizan un programa de *software* llamado iDig, para ser utilizado en el iPad, inventado por el gurú tecnológico de las excavaciones, Bruce

Hartzler. Con este programa especializado que va más allá de los programas disponibles en el mercado usados por los investigadores en Pompeya años atrás, los arqueólogos del ágora pueden registrar los datos de la excavación aún más deprisa y con mayor facilidad y precisión.[43]

Como es de suponer, la zona sigue estando densamente poblada, con tiendas modernas, restaurantes y casas en una de las partes más bulliciosas de Atenas, al pie de la acrópolis. Por consiguiente, antes de que los arqueólogos puedan excavar en un lugar tienen que adquirir las casas y demás estructuras que en la actualidad se hallen ubicadas en la zona donde pretenden excavar. Bajo las sucesivas direcciones de T. Leslie Shear Sr., Homer Thompson, T. Leslie Shear Jr., y ahora John Camp II, se han comprado y demolido unas cuatrocientas casas y edificios y se han llevado a cabo las consiguientes excavaciones en el subsuelo. En estos casos los arqueólogos deben proceder con sumo cuidado a través de las capas estratigráficas y avanzar hacia atrás en el tiempo, desde el período otomano hasta el bizantino para llegar a la época romana antes de alcanzar los niveles de la Atenas clásica y finalmente encontrar la Edad del Bronce.[44]

En las periódicas excavaciones estivales, los arqueólogos han ido desvelando paulatinamente y con mucho tiento la historia de este famoso mercado. Se han encontrado piedras limítrofes que marcan las lindes del área, cada una de ellas inscrita literalmente con las palabras «Soy el límite del ágora», así como edificios ya conocidos por los textos de los antiguos autores a lo largo de los siglos, entre los que descuellan el altar de los Doce Dioses, el monumento de los Héroes Epónimos, la estoa de Átalo y quizá la casa de Simón el zapatero (donde a veces enseñaba Sócrates), además de la prisión en la que fue retenido Sócrates durante el juicio en el que se le acusaba de corromper a los jóvenes y de no creer en los dioses.[45]

No hay que olvidar que este lugar es la cuna de la democracia, por lo que no es de extrañar que los arqueólogos hayan encontrado urnas y las mismísimas fichas de bronce que podían sujetarse entre el pulgar y el dedo índice hasta depositarlas en la urna, para que nadie pudiera ver el sentido del voto. Se recuperaron también los artilugios utilizados para elegir a los miembros del jurado en los procesos judiciales, relojes de agua empleados para medir el tiempo de los discursos y fragmentos de cerámica (*ostraca*) que se usaban para votar la expulsión de alguien al que se consideraba demasiado poderoso e influyente en política, y que han dado origen a nuestro término *ostracismo*. Muchos de estos artefactos se exhiben ahora en la estoa de Átalo, reconstruida en la década de 1950, usando el mismo tipo de materiales que la original, y que hoy alberga el museo del yacimiento.[46]

Resulta que el ágora fue también el lugar donde en 1982 trabajé como joven miembro voluntario y entusiasta del equipo durante un verano, porque durante las dos últimas décadas la política ha sido la de que los miembros del equipo fueran estudiantes de los últimos cursos de la facultad o ya graduados, con la intención de seguir la carrera de arqueología. En aquel entonces yo no lo sabía, pero había por lo menos otros doce voluntarios en el equipo trabajando conmigo aquel verano que ahora son arqueólogos consolidados.

Tuve el privilegio de cavar en la *Stoa Poikile* (Pórtico Pintado) que se había detectado e identificado hacía más o menos un año. En la Antigüedad este edificio había sido famoso por las grandes pinturas con las que estaba decorado y que todavía estaban intactas cuando Pausanias lo visitó, seiscientos años después de que se dispusieran allí por primera vez.[47] Hoy en día, por supuesto, ya no existen.

Asimismo me correspondió el dudoso, aunque literalmente frío (y húmedo), honor de excavar en un antiguo pozo junto al Pórtico Pintado, privilegio que implicaba quitarme la ropa y quedarme solo con pantalones cortos y un pañuelo atado a la cabeza (para evitar que el barro me entrase en los ojos) y después bajar sentado en un cubo, como si fuera a por agua. Al llegar al fondo, salí del cubo y puse los pies sobre el fango maloliente para empezar a cavar en aquel espacio estrecho y claustrofóbico en el que apenas podía moverme. Durante aquella temporada de excavación, yo y otros miembros del equipo, igual de menudos pasamos largas horas agachados en aquel entorno pastoso extrayendo con esmero vasos intactos, fragmentos y otros artefactos que habían sido arrojados allí a propósito como desperdicios o que habían caído accidentalmente, y que ahora rescatábamos del lodazal en el que se habían preservado.[48]

El hecho de excavar en el centro de Atenas constituye una experiencia novedosa porque en un momento dado te encuentras rodeado de decenas de turistas que observan todos tus movimientos a través de la valla metálica situada en lo alto de la zona de excavación. Pero la venganza no se hace esperar, porque cada tarde al finalizar las tareas y regresar a casa podemos atravesar con toda impunidad la multitud que abarrota el Plaka y que se abre mágicamente a nuestro paso porque estamos embadurnados de una generosa capa de tierra y barro, sobre todo si hemos estado trabajando en el pozo. Aquel verano en concreto sigue siendo una de las experiencias más especiales y gratificantes de entre las más de treinta temporadas que he estado excavando.

Cualquiera que haya leído algo sobre Grecia conoce, sin duda, estos tres yacimientos —Olimpia, Delfos y Atenas—, porque gracias a dos siglos de labores arqueológicas, hoy en día es posible pasear entre los monumentos de estos emplazamientos y captar la sensación de cómo debió de ser la vida allí en la Antigüedad.

No obstante, aparte de algunos pocos edificios emblemáticos, básicamente en Delfos y Atenas, los arqueólogos modernos no han reconstruido el grueso de las estructuras en ruinas, por lo que el turista moderno tiene que implicarse activamente en los yacimientos para imaginarlos tal como fueron en su época de esplendor.

Los tres yacimientos presentados aquí son representativos de todos los demás de la Grecia clásica, puesto que son una muestra del desarrollo de la arqueología clásica en esta región, que evolucionó desde la búsqueda de estatuas y de la ubicación de los enclaves más famosos hasta una actitud científica centrada en formular preguntas y obtener respuestas acerca de la vida de los griegos antiguos y de sus logros. Dejando de lado todo lo demás, el simple hecho de estar sentado en el mismo teatro en el que se sentó Eurípides, de permanecer en la celda de la prisión de Sócrates, de visitar el mismo templo de Apolo que albergaba el oráculo délfico y que escuchó a los representantes de Creso, o de hacer una carrera en el estadio olímpico original, es una sensación sencillamente asombrosa que produce escalofríos por todo el cuerpo. Los arqueólogos y la arqueología lo han hecho posible.

¿Qué han hecho por nosotros los romanos?

Coliseo de Roma.

Citar a Monty Python en el título de un capítulo de un libro de arqueología puede parecer irreverente, pero en otras páginas hemos mencionado ya a Indiana Jones más de una vez, y —en cualquier caso— la respuesta dada en la película *La vida de Brian* de 1979 fue rápida, concisa y razonablemente rigurosa: «alcantarillado, sanidad, educación, vino, orden público, irrigación, carreteras, sistema de canalización de aguas y baños públicos».[1] Puede que los romanos no inventaran ninguna de estas cosas, pero sin duda las difundieron por buena parte del Imperio Romano durante los siglos de su existencia, sobre todo desde el siglo I a. e. c. hasta el siglo V e. c., a la vez que nos legaron el concepto de ocio a gran escala y arenas como el Coliseo para disfrutar de los espectáculos.

Los arqueólogos, como cabe suponer, han encontrado y excavado ruinas romanas no solo en Italia, sino también en Inglaterra, Francia, Alemania, España y en los más diversos lugares de Europa, así como en Libia, Egipto, Israel, Líbano, Jordania, Siria y

demás partes de Oriente Medio, por no mencionar Grecia, Turquía y Chipre. A guisa de ejemplo, en 1986 participé en la excavación de una villa romana en la localidad de Pafos, en Chipre. La villa, que databa de finales del siglo II o principios del siglo III e. c., había quedado destruida, al parecer, durante un terremoto, y los artefactos que pudimos encontrar indicaban que el propietario debió de haber sido una persona acomodada. En una de las habitaciones dimos con un esqueleto, probablemente de una muchacha, que sucumbió durante el seísmo, junto con una sandalia de cuero.[2]

La característica más impresionante de la casa era el intrincado y llamativo mosaico de colores que cubría el suelo de una habitación y que representaba a Orfeo —un legendario héroe griego famoso por sus habilidades musicales— tocando la lira rodeado de animales, que ahora da nombre a toda la villa (la Casa de Orfeo). Nuestro trabajo en la excavación del mosaico se me quedó grabado en la memoria debido a las dificultades que tuvimos para conseguir una imagen cenital del mosaico entero tras sacarlo a la luz, puesto que medía casi tres metros de ancho por tres y medio de largo. En aquellos días en que no se utilizaban drones, ni cometas de vuelo bajo, nuestro fotógrafo tuvo que encaramarse a una escalera de mano y caminar por una plancha de madera que habíamos atado al último peldaño, como un gimnasta haciendo equilibrios en la barra, mientras los demás sosteníamos todo el tinglado, para que pudiera situarse justo encima del mosaico y obtener las fotografías aéreas deseadas. Para hacernos a la idea de lo que fue aquello para él, imaginemos que estamos botando en el borde del trampolín de una piscina sobre el agua, pero sujetando una cámara fotográfica extremadamente cara y haciendo fotografías en lugar de zambullirnos.[3]

Hallazgos como el de esta villa y este mosaico de Chipre han aparecido en todos los territorios en los que se establecieron los romanos o allí donde se dejó sentir su influencia, desde Europa hasta Oriente Medio e incluso más lejos. En capítulos anteriores ya hemos mencionado descubrimientos del período romano en Londres, Troya, Atenas, Delfos, Pompeya y Herculano, y más adelante, en este mismo libro, volveremos a tener la oportunidad de comentar hallazgos romanos en yacimientos como Masada, Megido y las cuevas del mar Muerto en Israel, además de Petra y Palmira en Jordania y Siria. Por consiguiente, en el presente capítulo nos limitaremos a presentar algunos de los principales monumentos ubicados en la propia Roma y reflexionaremos sobre los problemas que entraña la arqueología cuando se utiliza con fines nacionalistas.

Según la tradición, Roma fue fundada el 21 de abril de 753 a. e. c. por los gemelos Rómulo y Remo, que eran descendientes de Eneas, el príncipe que huyó de la ciudad de Troya en llamas quinientos años antes, mientras era saqueada por los aqueos victoriosos al final de la contienda, en algún momento cercano a 1250 a. e. c. o quizá un poco después. El poeta romano Virgilio nos relata la historia de Eneas en su epopeya convenientemente llamada *Eneida*, compuesta en el siglo I e. c. durante la época de Augusto, el primer emperador de Roma, en la que también menciona a los gemelos varias veces (en los libros I y VIII).

No es de extrañar que la historia de Eneas sea un poco sospechosa, puesto que Virgilio intentaba crear una épica nacional para los romanos, tal como siglos antes lo hiciera Homero para los griegos con su *Ilíada* y *Odisea.* En cuanto a la historia de los gemelos, que resulta también altamente sospechosa, podemos encontrar todos los detalles en el primer libro de la *Historia de Roma* de Livio, escrito asimismo durante el reinado de Augusto y considerado parte del mismo movimiento de glorificación y legi-

timación del primer emperador de Roma. Livio afirma que, a su nacimiento, los gemelos fueron abandonados junto al río Tiber y hallados por una loba que se los llevó a su guarida y los amamantó como si fueran sus propios cachorros. Al cabo de un tiempo, un pastor llamado Fáustulo los encontró y se los llevó a su mujer, que los crio como si de sus propios hijos se tratara. Según reza la leyenda, años después, mientras ambos se hallaban inmersos en el proceso de fundación de la ciudad, Rómulo mató a Remo y le puso a la ciudad su propio nombre.[4]

Los volúmenes de Livio cubren la historia de Roma desde su fundación hasta su época, y buena parte de lo que dice ha sido corroborado por los arqueólogos, inclusive el descubrimiento de las cabañas primitivas y otros vestigios de comienzos del primer milenio a. e. c. en el monte Palatino de Roma. Sin embargo, su narración de la historia de Rómulo y Remo es una versión de lo que los estudiosos denominan «mito de fundación», utilizado a menudo por las sociedades para explicar cómo individuos aparentemente corrientes acabaron convirtiéndose en gobernantes o líderes.[5] La Biblia hebrea contiene relatos similares como el de Moisés, el de Ciro el Grande de Persia y, retrocediendo en el tiempo, el de Sargón de Acad, que gobernó Mesopotamia durante el siglo XXIII a. e. c. Todos ellos narran acontecimientos harto cuestionables.[6]

Livio no fue el único hombre enamorado de la historia de Roma y deseoso de trazar un vínculo directo desde la Antigüedad hasta el presente, ya fuera este el siglo I, el XIX o el XX e. c. De hecho, las excavaciones arqueológicas llevadas a cabo en Roma entre los años 1870 y 1940, y el estado actual de muchos de los monumentos antiguos reconstruidos, se emprendieron en buena medida con la idea de enlazar el pasado y el presente.

El papa Pío VII puso en marcha un ambicioso programa de excavaciones y renovaciones en la ciudad de Roma que dio comienzo en 1803-1804. Se realizaron trabajos para sacar a la luz y conservar partes del arco de Septimio Severo, el Panteón, el arco de Constantino y el Coliseo, esfuerzos que prosiguieron incluso después de la conquista de Roma por parte de Napoleón en 1807, con empeños añadidos en una serie de emplazamientos como el foro de Trajano y el interior del Coliseo.[7]

Las labores auspiciadas por la agenda nacionalista empezaron en los años posteriores a 1870 por orden del rey Víctor Manuel II, y se excavaron en profundidad o simplemente se limpiaron los escombros de una serie de edificios, monumentos y famosas esculturas antiguas, entre ellos el Coliseo y el foro romano. Roma acababa de convertirse en la capital de la Italia unificada, igual que antaño fuera la sede del Imperio Romano, y el rey quería que la arquitectura, tanto la antigua como la moderna, reflejase su recién recuperado estatus.[8]

Por otro lado, sin ir más lejos, gran parte de lo que los turistas ven hoy en día fue descubierto por orden de Benito Mussolini, el dictador fascista italiano que accedió al poder como primer ministro en 1922 y que diez años después declararía: «Yo … por encima de todo soy romano». En realidad, la palabra *fascismo*, acuñada por Mussolini en 1919 para designar a su movimiento político, procede del término romano *fasces*, haces de varas de madera por cuyo extremo sobresale un hacha y que en la Antigüedad se llevaban como símbolo de poder y autoridad de los magistrados romanos. El dictador adoptó la imagen de los fasces como símbolo de su movimiento tras consultar con un arqueólogo para conseguir la imagen más fidedigna posible, ya que había de ser la representación visual de su revolución, de la importancia de Roma en el pasado y en el presente y de su identificación con Augusto. La intención de Mussolini a su acceso al poder era la de recrear

Roma tal como había ocurrido en tiempos de Augusto, cuando el emperador transformara una ciudad de ladrillos en una ciudad de mármol.[9]

Para conseguir su propósito, Mussolini ordenó que se excavasen muchos de los antiguos edificios y que se derribasen las chabolas, tiendas y demás construcciones, tanto modernas como medievales, que hubiesen invadido su espacio. De este modo, bajo la supervisión de un arqueólogo llamado Corrado Ricci y sus sucesores, entre los años 1924 y 1938, se despejaron los distintos foros —el de Julio César, el de Augusto y el de Trajano— y el Circo Máximo, donde se celebraban las carreras de carros y caballos. Se volvieron a excavar algunos monumentos y edificios, como es el caso del Coliseo y del foro romano, y se reconstruyeron otros, como el Ara Pacis —o Altar de la Paz— de Augusto y su mausoleo, el teatro de Marcelo, el Panteón y diversos templos; se crearon nuevas plazas y se abrieron amplias avenidas que enaltecían los monumentos recién excavados. Se ha llegado a decir que las labores de excavación llevadas a cabo por orden de Mussolini durante aquellos catorce años «incrementaron nuestro conocimiento de la Roma augústea más que los catorce siglos anteriores».[10]

Mussolini se implicó personalmente en dichas excavaciones y proyectos constructivos hasta el punto de posar en una fotografía blandiendo un pico, con motivo del inicio de la demolición de los edificios invasores. Esta fotografía no fue la única, puesto que aparece en otras con todo su séquito delante del teatro de Marcelo en la nueva Via del Mare (Vía del Mar) y atravesando a grandes zancadas la Piazza Bocca della Verità con el arco de Jano al fondo; pero la más famosa es una en la que está montado a caballo vestido de gala y con todos sus atributos con el Coliseo justo detrás, durante la inauguración de la nueva Via del Imperio (Vía Imperial) tras finalizar su construcción en 1932.[11]

Fueron especialmente ingeniosas las labores de excavación realizadas en el Ara Pacis, cuya construcción original comenzó en el año 13 y terminó en el 9 a. e. c., con el objeto de conmemorar el regreso de Augusto después de tres años de combate en Hispania y en la Galia (la moderna Francia) y la paz que había aportado al imperio. Dicho altar era una espléndida obra de arte exenta de unos diez metros cuadrados, con frisos esculpidos y paneles con relieves en los cuatro costados, entre los que figuraba una personificación de la diosa Roma sentada sobre un montón de armas y una representación de la loba amamantando a Rómulo y Remo. Mussolini decidió que quería que la excavación y la restauración estuviese lista para la conmemoración del segundo milenario del nacimiento de Augusto, que había de celebrarse el 23 de septiembre de 1938.[12]

Durante la construcción en 1568 del Palazzo Peretti (posteriormente rebautizado como Palazzo Fiano) se encontraron accidentalmente diez fragmentos del altar, y en 1859 aparecieron diecisiete más, estos últimos se hallaban repartidos en varios museos y había que recuperarlos. Por otro lado, la parte principal del monumento estaba todavía debajo del palacio, bajo tierra y bajo el agua: unas excavaciones realizadas en 1903 extrajeron otras cincuenta y tres piezas, pero, por desgracia, confirmaron que toda la zona estaba completamente inundada.[13]

Un arqueólogo llamado Giuseppe Moretti y un ingeniero hidráulico de nombre Giovanni Rodio dirigieron las excavaciones de 1937 y 1938: en primer lugar el equipo estabilizó y reforzó los muros del palacio ubicado encima del monumento antiguo inyectando cemento líquido en los ladrillos. A continuación construyeron un enorme andamio sobre el que sustentaron los muros y utilizaron elevadores hidráulicos para levantarlos y colocarlos sobre los soportes. Después cavaron una trinchera de metro y medio de ancho alrededor de todo el perímetro, que terminó for-

mando un círculo gigantesco de unos setenta metros de circunferencia y veintitrés de diámetro, colocaron una tubería dentro de la trinchera a la que amarraron cincuenta y cinco tuberías adicionales, de siete centímetros y medio de diámetro cada una, y las introdujeron en el subsuelo hasta una profundidad de siete metros. Mediante el bombeo de dióxido de carbono a presión en el interior de las tuberías, pudieron generar un enorme refrigerador subterráneo capaz de congelar y solidificar toda la humedad de la tierra alrededor de la tubería, creando con ello un muro circular de tierra congelada de más de siete metros de profundidad y setenta de perímetro, que hacía las veces de barrera e impedía que el agua siguiese entrando. Tras extraer mediante bombeo el agua que había quedado dentro de la zona que habían aislado, los arqueólogos pudieron excavar los restos y rescataron setenta y cinco fragmentos del altar y centenares de pedazos más pequeños. Con todo este material, unido a los fragmentos recuperados anteriormente y a los conseguidos de los distintos museos, reconstruyeron el altar en una nueva ubicación cerca del mausoleo de Augusto y terminaron justo a tiempo para la celebración del aniversario del nacimiento de Augusto, tal como quería Mussolini.[14]

Desde entonces se han llevado a cabo varias renovaciones en el altar y la zona que lo rodea, la más reciente inaugurada en 2006. No obstante, en la actualidad varios estudiosos han levantado la voz poniendo en tela de juicio la reconstrucción hecha por los arqueólogos de Mussolini y argumentando que se efectuó apresuradamente y sin demasiada precisión: algunos fragmentos quedaron sin colocar, otros se instalaron incorrectamente, y la parte externa posiblemente fuera un añadido posterior de Tiberio, sucesor de Augusto, que rehízo la estructura original.[15]

No obstante, hoy en día, aparte del Ara Pacis, los monumentos más famosos visitados por los turistas datan de poco después del siglo I y de la primera mitad del siglo II e. c., de tiempos de la din-

astía Flavia y del período de los «cinco emperadores buenos», respectivamente. Entre ellos se cuenta el Coliseo, construido por Vespasiano, el arco erigido por su hijo Tito, la Columna de Trajano y el Panteón, terminado por Adriano.

Más de ochenta años después de la construcción del Ara Pacis de Augusto, Vespasiano levantó su propio templo de la Paz —el Templum Pacis— en Roma, supuestamente diez veces más grande, encargado en 71 e. c. y oficialmente consagrado cuatro años más tarde. Estuvo perdido hasta hace relativamente poco, cuando unos arqueólogos que realizaban excavaciones entre 1998 y 2000 sacaron a la luz la esquina oeste del templo, cerca del Foro de Nerva.[16]

La parte más famosa de este templo fue un añadido posterior, construido en algún momento entre 203 y 211 e. c., con la finalidad de albergar un inmenso mapa de Roma —de más de dieciocho metros de alto por trece de ancho—, conocido como *Forma Urbis Romae*, o, coloquialmente hablando, Plan de Mármol Severiano, inscrito en grandes losas de mármol y situado en la pared sureste del templo. En él se describía la ubicación de los principales edificios de la ciudad existentes a comienzos del siglo III e. c. en el interior de un área que se extendía desde el río Tíber en dirección sur hasta el Coliseo, a una escala de aproximadamente 1:240. Por desgracia, este mapa fue arrancado y sus fragmentos reutilizados en otros lugares de Roma durante las invasiones bárbaras acontecidas en el tumultuoso siglo V e. c. Pese a que se han encontrado más de mil pedazos desde 1562, unas veces por casualidad, otras gracias a la labores de los arqueólogos, el hallazgo más reciente data de 2006, y solamente se ha completado el 20 % (y de este únicamente se pueden ubicar con seguridad el 10 % de las piezas).[17]

Vespasiano accedió al trono siendo el cuarto emperador en un solo año, durante el oportunamente denominado año de los Cuatro Emperadores en 69 e. c., cuando el Imperio Romano estaba enfrascado en sofocar una rebelión en lo que hoy es Israel: la primera revuelta judía, que duró desde 66 hasta 70 e. c. Vespasiano había sido el general al mando en la supresión de la revuelta y había liderado las tropas romanas contra los rebeldes hasta que fue requerido en Roma y nombrado emperador. Su acceso al trono marcó el inicio de la dinastía Flavia, porque sus dos hijos, primero Tito y después Domiciano, le sucedieron uno tras otro, y la dinastía gobernó en total desde 69 a 96 e. c.

A la postre, quien en realidad capturó y destruyó Jerusalén en 70 e. c. fue Tito, puesto que Vespasiano había sido reclamado en Roma. El templo de Herodes ardió hasta los cimientos y sus tesoros fueron saqueados, tantas fueron las personas esclavizadas y las riquezas arrebatadas en calidad de botín, que tanto el precio de los esclavos como el valor del oro cayeron en picado inmediatamente después. El propio historiador Josefo afirma: «En Siria una libra de oro se vendía por la mitad de su valor anterior».[18]

El templo de la Paz de Vespasiano se erigió en parte para celebrar el éxito de la represión de la primera revuelta judía y fue sufragado con el botín obtenido del expolio de Jerusalén. En su interior se depositaron los tesoros saqueados del templo de Herodes después de haberlos exhibido en procesión por las calles de Roma; según Josefo, entre los trofeos se contaba la menorá de siete brazos de oro macizo, la mesa del Pan de la Presencia y un par de trompetas de plata. Todos estos artículos desaparecieron en épocas posteriores, supuestamente fueron llevados a Cartago durante una de las conquistas bárbaras de Roma en el siglo V e. c., quizá en el momento en que se desmanteló y arrancó el enorme mapa, y trasladados después a Constantinopla en el siglo VI. Nada de esto se ha podido recuperar; sin embargo, dichos objetos apa-

recen representados en el monumental Arco de Tito, que conmemoraba la victoria sobre Judea y que se erigió y dedicó poco después de la muerte de Tito en 81 e. c., ubicado en un extremo del foro romano, cerca del Coliseo.[19] El arco se conservó de manera fortuita porque acabó incorporado a una torre fortificada durante la Edad Media, como parte de una fortaleza construida por la familia Frangipani, un poderoso clan que gobernó Roma durante un corto período en el siglo XII. En 1821 el arco fue liberado de las incorporaciones de los Frangipani y restaurado hasta recuperar su aspecto original; hoy en día es un monumento impresionante, que se alza por encima de los miles de turistas que cada año visitan el foro. Sin lugar a dudas, en su día debió de ofrecer un soberbio espectáculo.[20]

La escena en la que se representa a los soldados romanos llevando a cuestas todos estos tesoros por las calles de Roma, que está plasmada en una de las caras interiores, bien visible para aquellos que atravesaban el arco caminando o a caballo, fue objeto de un interesante experimento en junio de 2012. Un equipo dirigido por Steven Fine de la Universidad Yeshiva de Nueva York, Bernard Frischer de la Universidad de Virginia y Cinzia Conti de la Soprintendenze Speciale per I Beni Archeologici di Roma emplearon una nueva técnica puntera para determinar si la escena había estado pintada en su origen, puesto que hoy en día es bien sabido que muchos de los elementos arquitectónicos de los edificios antiguos —como el Partenón de Atenas y el templo de Luxor en Egipto, e infinidad de esculturas antiguas— estaban engalanados con una profusión de colores.[21]

El proyecto de restauración digital del Arco de Tito, nombre por el que se le conoce, empezó con la realización de escáneres tridimensionales de alta resolución para que el equipo pudiera crear un modelo del arco en tres dimensiones con el aspecto que ofrecía en su origen. Este modelo formará parte del proyecto Ro-

ma Renacida, dirigido por Fischer, que tiene por finalidad recrear la antigua Roma en tres dimensiones, con el aspecto que iba presentando paulatinamente a lo largo del tiempo, desde 1000 a. e. c. a 500 e. c.[22]

El equipo se sirvió de una técnica no invasiva conocida como espectrometría UV-VIS para determinar si alguna zona del relieve de mármol había estado pintada, sin tener que dañar o destruir ningún fragmento. Escudriñaron en busca de restos de pigmentos en treinta y dos puntos, con resultados positivos en veinte sitios. Los resultaron fueron analizados por el Dr. Heinrich Piening, un experimentado conservador de Alemania, que declaró que había «rastros de ocre amarillo» aplicados «a modo de capa de pintura ... directamente sobre la superficie de la piedra» en un brazo y en el frontal de la base de la menorá que transportaban los soldados. De lejos, la representación del candelabro parecería de oro, tal y como debió de ser en realidad; no hay duda de que el resto de la escena estaba también pintado; sin embargo, el equipo no ha vuelto a realizar ningún otro trabajo al respecto tras el estudio piloto inicial.[23]

Arco de Tito.

Detalle del Arco de Tito.

En las inmediaciones se encontraba el Coliseo, iniciado por Vespasiano en 72 e. c. y dedicado, todavía sin acabar, por su hijo Tito en 80 e. c., que en el medioevo fue propiedad del clan Fran-

gipani, que también lo fortificó. Pese a que el nombre original de esta arena fue el de Anfiteatro Flavio, hay algunos testimonios contemporáneos que se refieren a él simplemente como «el anfiteatro». Sin embargo, para su nombre actual podemos barajar otras opciones, porque sabemos que por lo menos hasta el siglo VIII también se le llamó Coliseo, tal como se lo conoce hoy, debido posiblemente a una enorme estatua de Nerón, de 36,5 metros, que se alzaba justo al lado, o quizá solo porque efectivamente era de tamaño colosal: el edificio más alto de la ciudad, como bien ha señalado más de un estudioso.[24]

Vespasiano construyó el anfiteatro sobre los restos de un lago artificial drenado que había formado parte de la Casa Dorada de Nerón (la Domus Aurea), un inmenso palacio así denominado por sus paredes doradas, porque algunas de sus estancias y posiblemente la fachada estaban recubiertas con láminas de oro. Famosa por las constantes cenas y banquetes que Nerón solía celebrar en ella, fue edificada tras el gran incendio de 64 e. c., durante el cual la tradición asegura que «Nerón tocaba la lira mientras Roma ardía» (aunque otras fuentes proclaman que en realidad glosaba sobre el saqueo de Troya mientras contemplaba las llamas desde una elevada torre situada a una distancia prudencial).[25]

Tras el suicidio de Nerón tan solo cuatro años después, en 68 e. c., la Casa Dorada quedó abandonada y algunas zonas fueron demolidas y tapadas por otros emperadores hasta que en 1488, durante el Renacimiento, fue hallada por casualidad y, al parecer, saqueada en busca de esculturas, entre las que quizá se encontrase el famoso Laocoonte del Vaticano, posiblemente en una estancia del palacio decorada con escenas de la guerra de Troya. Rafael, Miguel Ángel y otros pintores renacentistas «se descolgaron con cuerdas a través de agujeros practicados en el techo para estudiar los frescos del palacio», cuyas pinturas parietales ejercieron, al

parecer, una gran influencia en sus propios estilos; algunos de estos artistas incluso dejaron sus nombres inscritos en las paredes. Posteriormente, en 1907, los arqueólogos modernos empezaron a excavar los restos de este gran palacio, con importantes hallazgos que no han cesado de surgir hasta 2009; hoy en día la Casa Dorada está abierta a los turistas.[26]

Recientemente se ha argumentado, de forma harto convincente, que la construcción del Coliseo, hoy quizá el monumento antiguo más famoso de Roma, pudo haber sido sufragada mediante la repentina riqueza procedente del saqueo de Jerusalén de 70 e. c., igual que el templo de la Paz de Vespasiano, comentado más arriba. Esta argumentación se basa en el testimonio de un humilde fragmento de mármol encontrado cerca del Coliseo en 1813, conocido desde hace tiempo por una inscripción que se remonta al siglo v e. c., aunque por lo visto esta ocultaba, o guardaba, una segunda inscripción fantasma.[27]

El responsable de este extraordinario descubrimiento en 1995 fue el profesor Géza Alföldy de la Universidad de Heidelberg, aunque unos años antes observaciones realizadas por otros académicos ya habían sugerido esta posibilidad.[28] En realidad, la inscripción tallada en el mármol registra unas obras de restauración llevadas a cabo en 443-444 e. c. y pagadas por un senador llamado Rufo Cecina Félix Lampadio. Al parecer, este generoso romano había «restaurado a sus expensas la arena del anfiteatro junto con el podio, la plataforma y las puertas traseras», según reza la inscripción esculpida.

No obstante, Alföldy se percató de que había una serie de agujeros practicados en la misma cara y que no tenían nada que ver con el generoso proyecto de Rufo Lampadio. Pensó que aquellos agujeros eran los vestigios de una inscripción anterior con letras de bronce que tiempo atrás adornaran aquel mismo fragmento de mármol y que habían sido extraídas antes o durante la talla de

la posterior inscripción. Cada una de las letras de bronce debía de tener en su parte posterior pequeñas clavijas o protuberancias que se insertaban en los agujeros de la superficie del mármol para sujetar cada letra en su sitio. Todo cuanto tenía que hacer Alföldy era descifrar qué letras encajaban mejor en el diseño de los agujeros.

Alföldy es uno de los mayores expertos del mundo en descifrar esta clase de inscripciones fantasma, por lo que no tardó demasiado tiempo en dar con una propuesta. Estaba convencido que las letras decían: «El emperador César Vespasiano Augusto ordenó construir el nuevo anfiteatro con (las ganancias obtenidas de la venta de) el botín». El emperador debió de hacer tallar esta inscripción en el año 79 e. c., y la referencia a las ganancias producto de la venta del botín se hizo utilizando palabras concretas cuyo significado hacía alusión a riquezas saqueadas a consecuencia de una guerra, y la única guerra en la que había participado Vespasiano que podría haber proporcionado semejantes sumas era la primera revuelta judía, entre 66 y 70 e. c. De modo que la propuesta de Alföldy fue la de que Vespasiano había utilizado aquellas ganancias para sufragar los costes de la construcción del Coliseo, sugerencia que hoy en día suscriben la mayoría de eruditos y que probablemente sea la correcta. Pero Alföldy aún no había terminado.

Se dio cuenta de que todavía quedaban algunos agujeros cuyo uso no se había dilucidado y que parecían indicar que las letras originales de una zona se habían modificado y movido hacia la derecha para dar cabida a una letra adicional. Concluyó que dicha letra tenía que ser una *T*, que habitualmente se utilizaba como abreviatura de *Tito* en este tipo de inscripciones, y que se había insertado antes de la *C* de *César.* Por consiguiente, el texto alterado se leía de la siguiente manera: «El emperador Tito César Vespasiano Augusto ordenó construir el nuevo anfiteatro con (las

ganancias obtenidas de la venta de) el botín». Con la sola incorporación de una única letra, Tito —que fue el que en realidad tomó Jerusalén— reclamaba para sí la construcción del anfiteatro. Semejante alteración debió de llevarse a cabo en 80 e. c., tras la muerte de Vespasiano, en el momento en que Tito ofrendaba el anfiteatro.

Tras su inauguración en 80 e. c., justo un año después de que la erupción del monte Vesubio enterrase las ciudades de Pompeya y Herculano, el Coliseo se convirtió en la atracción principal de la vida en Roma hasta la celebración de los últimos juegos casi cuatrocientos años más tarde, en el siglo V e. c. Los espectáculos y atracciones que tenían lugar en aquel recinto abarcaban desde las tristemente célebres luchas de gladiadores hasta combates con animales e incluso, en contadas ocasiones, una batalla naval (aunque estas debieron de celebrarse aquí solo durante los primeros años de existencia del anfiteatro).[29]

Del mismo modo que el descubrimiento fortuito de la Casa Dorada había influenciado a los pintores renacentistas, también el Coliseo dejó una profunda huella en los poetas románticos del siglo XVIII y XIX y otros escritores, entre los que destacan Lord Byron, Nathaniel Hawthorne, Charles Dickens y Mark Twain. Tanto es así que en 1817, en el poema dramático *Manfredo*, Lord Byron le hace describir el Coliseo bajo la luz de la luna a su personaje principal:

> Me encontré en una noche semejante
> en el recinto del Coliseo en medio de
> todo lo que nos queda de más grande
> de la ciudad de Rómulo. Un viso
> sombrío oscurecía el ramaje de los
> árboles que crecen sobre los arcos
> arruinados, y las estrellas brillaban
> a través de las grietas que presentaban
> aquellas ruinas ...

... pero el circo sangriento de los gladiadores,
ruina noble e imponente, está todavía de pie.[30]

A raíz del poema de Byron y de los textos de otros autores, el Coliseo se convirtió, y sigue siéndolo hoy en día, en una destacada atracción turística, sobre todo para visitas a la luz de la luna (aunque ya no está abierto por la noche). No obstante, creo que nos resultaría muy complicado imaginar el auténtico escenario en todo su alcance incluso después de haber visto a Russell Crowe en la película *Gladiator*, porque ni siquiera esta ficción abarca los cinco sentidos.

Pensemos en los olores invadiendo de manera arrolladora nuestras fosas nasales, desde el sudor y la sangre hasta el hedor de cincuenta mil cuerpos sucios apretujados en el anfiteatro; el sabor en la boca del polvo que se levanta de la arena a causa de la acción; imaginemos el griterío ensordecedor de la multitud, tan clamorosa que ni siquiera podemos oír al que se sienta a nuestro lado; sintamos a las personas que tenemos a ambos lados, tan aplastadas unas contra otras que los brazos y las piernas están en estrecho contacto. Intentamos en vano ignorar el sol abrasador que cae a plomo sobre nuestros hombros y cabeza, a pesar de los enormes toldos desplegados para proteger a los espectadores que contemplan fascinados a los gladiadores, a los criminales convictos y a las bestias salvajes importadas de África y de tierras lejanas, mientras luchan a muerte para nuestro regocijo, uno tras otro durante días y días.

Pese a todo, casi inmediatamente se apodera de nosotros un torbellino de sensaciones y nos convertimos en parte de la turba, de una masa furiosa absorta en lo que sucede en la arena. Giramos la cabeza un instante y cuando volvemos a mirar, un león se abalanza sobre una desventurada cebra, al parecer surgidos ambos de la nada, aunque en realidad han sido izados de las profundidades de debajo de la arena mediante un ingenioso sistema se-

mejante a un ascensor moderno o montacargas, que trasporta a los animales hasta un nivel situado justo debajo de una trampilla que se abre y los suelta en la arena.[31]

Esto es exactamente lo que habríamos olido, visto, oído, probado y sentido cuando Tito inauguró el Coliseo con cien días seguidos de espectáculo. Los emperadores que le sucedieron prolongaron los juegos aún más: Trajano celebró unos que duraron 123 días y en los que participaron diez mil gladiadores y once mil animales salvajes. No obstante, también había ciudadanos particulares en busca de prestigio ante sus conciudadanos, que patrocinaban muchos de estos espectáculos, de manera que a menudo se convertían en acontecimientos semanales y a veces incluso diarios.[32]

A pesar de los debates sobre la posibilidad de que alguna vez se hubiese arrojado a alguien a los leones a causa de sus creencias religiosas, el papa Benedicto XIV declaró al Coliseo santuario de mártires cristianos en 1749. Hasta aquel momento, el anfiteatro había servido de cantera de piedras talladas para su reutilización en edificios de los alrededores y para hacerse con las grapas de hierro que unían los sillares, circunstancia que explica por qué hoy en día falta una parte considerable.[33]

Como es evidente, Roma no era la única ciudad del imperio con un anfiteatro, pues tanto los romanos como los lugareños construyeron este tipo de estructuras por todas partes, sobre todo entre los siglos I y IV e. c. De hecho, hay más de doscientos anfiteatros romanos que todavía pueden visitarse en numerosos países, desde Albania hasta Argelia, Túnez y Turquía, sin contar los casi cuarenta que hay en Francia.[34] Es más, hoy en día seguimos utilizando anfiteatros de planta similar para eventos deportivos, como el Coliseum de Los Ángeles, aunque los únicos combates que allí se libran no son de gladiadores sino entre equipos de fútbol rivales.

El nacionalismo —que por definición incluye el orgullo del propio país y, con frecuencia, de su pasado— subyacía en el desmesurado énfasis en la arqueología en la Roma de los años del rey Víctor Manuel II y de Mussolini, entre 1870 y 1940. Vale la pena destacar esta conexión, sobre todo porque el vínculo entre arqueología y nacionalismo en Roma es posiblemente mayor que en cualquier otra ciudad o región del mundo, en cualquier tiempo y lugar, incluyendo Atenas, Jerusalén y Ciudad de México. Como bien dice el arqueólogo James Packer: «Para los fascistas, los monumentos más importantes ... fueron [utilizados como] ... instrumentos de propaganda, siendo a la vez los precedentes y la justificación del imperio».[35]

Lamentablemente, una de las mayores ironías relativas a la premura por excavar los monumentos de la antigua Roma por parte del rey Víctor Manuel II y Mussolini es que redundó en una tremenda destrucción y demolición de extensas zonas de la ciudad donde querían llevar a cabo las actuaciones arqueológicas. Hubo que trasladar a un buen número de personas, las tiendas y los negocios tuvieron que cerrar, e incluso las iglesias se vieron afectadas negativamente.[36]

Por otro lado, debido a la prisa con la que trabajaron los equipos, centrados en los restos de la época de Julio César hasta el punto álgido del Imperio Romano en el siglo II e. c., los arqueólogos excavaron y destruyeron los niveles posteriores y la estratigrafía que cubrían aquellos monumentos, incluidos los de la Antigüedad tardía y los de la Edad Media, es decir, después de la caída de Roma. La mayoría de los objetos de períodos posteriores sencillamente fueron desechados y buena parte de las pocas anotaciones y planos arqueológicos que se elaboraban de pasada se perdieron durante la segunda guerra mundial. No hubo siquiera el menor amago de plantear y responder a preguntas clave para la investigación, algo que es básico en la arqueología de hoy en

día; no existía ningún deseo de aprender más cosas sobre el pueblo que había construido aquellos edificios, asistía a los juegos en el Coliseo y oraba en los templos.[37]

El vínculo entre la arqueología y el nacionalismo no es solo prerrogativa de Italia; un libro recién editado sobre este tema en Europa afirma que «puede considerarse un fenómeno generalizado[38] que ha afectado a todos y cada uno de los países a lo largo de los últimos doscientos años». En efecto, tal y como señalan los editores, en realidad fue la aparición del nacionalismo en Alemania, Italia, Dinamarca y en otros lugares lo que creó e institucionalizó la arqueología como ciencia, junto con museos donde custodiar los artefactos recuperados, sociedades académicas para los profesionales, revistas para publicar los resultados de las excavaciones y cátedras universitarias para enseñar a los estudiantes su propia historia recuperada. A la postre, contribuyó a cimentar la creencia —crucial para el éxito de la arqueología y todavía predominante hoy en día— de que «el pasado ... es de capital importancia para el presente».[39]

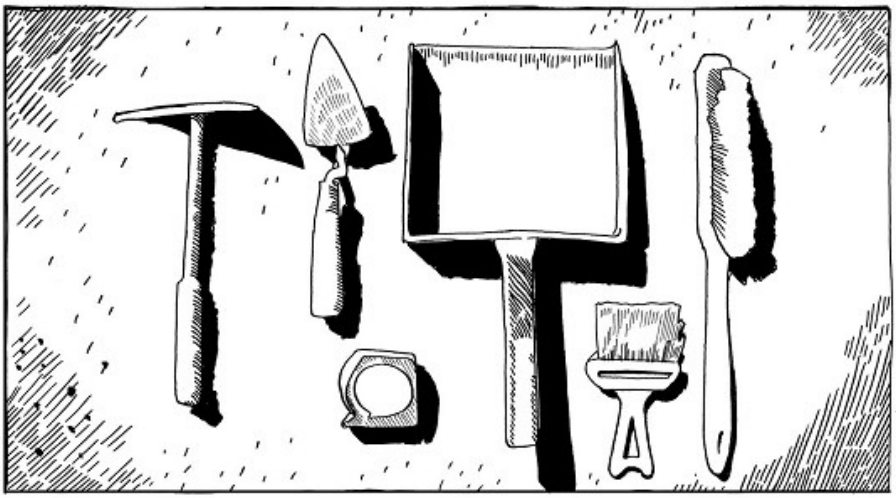
En la actualidad esta importancia se pone de manifiesto en los miles de turistas que visitan Roma cada año para contemplar los monumentos que la llamada arqueología fascista[40] sacó a la luz. A la pregunta planteada por Monty Python al comienzo de este capítulo, «¿Qué han hecho por nosotros los romanos?» sería oportuno añadir turismo a la lista.

El vínculo entre nacionalismo y arqueología tiene también su lado oscuro, como cuando se invoca el pasado para algo más que el simple orgullo, es decir, para sustentar la superioridad de un grupo moderno sobre los demás, como ocurrió en Alemania y en Italia antes y durante la segunda guerra mundial[41]. Este nexo puede utilizarse, y con él cometer abusos, cuando un grupo actual desea reclamar un territorio utilizando restos arqueológicos, como ocurre por ejemplo en Israel, donde tanto los palestinos co-

mo los israelíes reivindican sus derechos sobre la misma tierra basándose en los vínculos, reales o supuestos, con la Antigüedad.[42] Volveremos a ello en otro capítulo, cuando tratemos de la excavación de Yigael Yadin y la interpretación de los restos arqueológicos de Masada. Por consiguiente, hoy en día existe entre los arqueólogos el acuerdo de esforzarse por evitar sentirse excesivamente influenciados por el nacionalismo u otros sentimientos similares, aunque no siempre es posible, dado que también los arqueólogos somos humanos, pese a que menudo excavemos en países que no son los nuestros.

El arte de excavar 2:

¿Cómo se sabe cómo hay que excavar?



Excavación: herramientas del oficio.

Hemos llegado a nuestra segunda parada en la que tendremos ocasión de pasar un rato reflexionando un poco sobre cómo se hace arqueología. En este caso lo haremos respondiendo literalmente a la pregunta ¿Cómo se excava un yacimiento?

Lo primero que hay que saber es que se puede aprender a excavar en unos quince minutos, puesto que las habilidades esenciales no distan demasiado de las requeridas para la jardinería casera. Las técnicas concretas pueden variar hasta cierto punto dependiendo del lugar del mundo en el que uno esté trabajando, pero las herramientas son prácticamente las mismas en todas partes. Los arqueólogos que excavan grandes extensiones utilizan herramientas grandes como picos, palas y carretillas. Los trabajos más finos se realizan con picos y palas de mano e instrumental de odontología y cepillos de dientes para labores extremadamente delicadas, como la excavación de esqueletos y otros restos orgánicos, entre ellos semillas, frutos secos o huesos de animal.[1]

Las complicaciones surgen cuando uno trata de averiguar lo que está excavando y tiene que decidir si aquella sección está en el interior de un edificio antiguo o en el exterior; si hay un pozo o cualquier otra estructura; o si se enfrenta a cualquier otro problema relativo a la estratigrafía.

Puede resultar sorprendente que en las excavaciones las piquetas se usen más a menudo de lo que muchos imaginarían, por lo menos en las zonas mediterráneas en las que he trabajado. Mi amigo y colega en Megido, Israel Finkelstein, suele repetir habitualmente que «utilizado adecuadamente, un pico puede llegar a ser el instrumento más delicado para un *tell*». Tiene toda la razón, pero el secreto, aunque se esté cavando a una profundidad de diez centímetros de relleno o tierra, consiste en no levantar el pico más arriba de la cadera y dejar que la cabeza del pico caiga al suelo por su propio peso en lugar de levantarla al aire y balancearla con ímpetu. Si un miembro del equipo empieza a golpear el suelo indiscriminadamente, alguien saldrá herido. De hecho, en una excavación en la que trabajé, una de las voluntarias balanceó el pico de forma errática e imprevisible y se descoyuntó la rodilla y hasta la mitad del muslo, lo que le supuso llevar la pierna enyesada durante seis largas semanas o más: así que, por favor, tened cuidado.

El resto del juego de herramientas consiste en una variedad de instrumentos, pero siempre incluirá una pala pequeña de mano, aunque los arqueólogos no utilizan cualquier tipo de pala que puedan encontrar en la ferretería local. Las marcas preferidas son la Marshalltown o la WHS: normalmente las Marshalltowns para arqueólogos estadounidenses y las palas WHS, que son más pequeñas y menos flexibles, para arqueólogos británicos o europeos. No son caras, cada una cuesta menos de veinte dólares, incluso si se compra una con una bonita funda de cuero para llevarla encima.

Lo que me resulta increíble es que mi propia pala tenga más años que la mayoría de los estudiantes que vienen a excavar conmigo en la actualidad. Es una Marshalltown que me regaló mi madre cuando cumplí veintiún años. Lamento decirlo, pero si se me cayese por accidente en un yacimiento y alguien la descubriese, probablemente sería considerada un artefacto.

Algunas personas llevan su propio pico de mano, una versión más pequeña de la piqueta, que puede comprarse por unos sesenta dólares en un par de empresas comerciales en Estados Unidos. No obstante, la excavación suele proporcionarlos y nunca he sentido la necesidad de tener uno propio, por más que algunos miembros de expediciones en las que he estado por nada del mundo prescindirían de llevar uno o dos picos colgando del cinturón. La excavación también proporciona recogedores, cepillos y cintas métricas, que junto con las palas y picos de mano, constituyen los instrumentos de uso diario.

Yo todos los veranos llevo instrumental odontológico que me proporciona mi dentista cuando se le rompe y me lo da en mi visita anual de revisión y limpieza. Este tipo de herramientas se utilizan solo cuando se excava algo que ha de tratarse con suma delicadeza, como un esqueleto. A menudo dejo mi estuche de instrumental odontológico en la sala de suministros de la excavación en la que me encuentro, puesto que lo uso con frecuencia.

En muchas excavaciones de la región mediterránea suele haber un sistema que sigue un código de cubos de colores: por ejemplo, en Megido y Tel Kabri, poníamos la tierra excavada en cubos negros, la cerámica en cubos color naranja y los huesos de animales en cubos verdes o azules. A menudo, avisamos a todo el mundo para formar una fila de baldes y los vamos pasando llenos de tierra hasta llegar al vertedero, donde los vaciamos. Otras veces, simplemente volcamos la tierra de los cubos en las carretillas y después las trasladamos hasta el vertedero y las vaciamos. Sin

embargo, a veces, sobre todo cuando excavamos cuidadosamente sobre suelo antiguo, antes de tirar la tierra la cribamos concienzudamente a través de un cedazo en busca de los objetos más pequeños. Al final de cada temporada, los miembros del equipo han desarrollado musculatura y perdido peso debido al constante carreteo de cubos llenos de tierra de un lado a otro. A menudo decimos que probablemente vendemos mal nuestras excavaciones, pues deberían anunciarse como clínicas de salud y bienestar, donde uno pierde peso y se pone en forma al mismo tiempo que descubre restos antiguos.

No obstante, no nos engañemos y vayamos a una excavación esperando encontrar cada día esqueletos, oro, joyas, tesoros enterrados, tumbas o cosas por el estilo. En las excavaciones de la región mediterránea, lo que suele hallarse prácticamente todo el rato y cada día es cerámica, herramientas y otros pequeños objetos. En Estados Unidos, Sudamérica y Centroamérica, así como en Inglaterra o Europa, lo que uno espera encontrar es muy diferente. Sin embargo, aunque la mayoría de hallazgos son objetos mundanos como cerámica o paredes de edificios, el hecho de ser la primera persona que toca estos objetos en cientos, si no miles, de años, es una sensación indescriptible.

Independientemente del lugar del mundo en el que se esté excavando, una regla universal es la de no tirar nunca de algo que surja del suelo en el momento de su aparición. Es mucho más importante saber dónde está la parte inferior de un objeto que la parte superior, porque, por ejemplo, es posible que esté sobre un suelo que pueda proporcionar importante información sobre lo que denominamos «contexto». Por consiguiente, después de avisar al supervisor del perímetro o zona y obtener permiso para continuar excavando, proseguiremos con la labor hasta que el objeto o los demás artefactos con los que pueda estar relacionado aparezcan como si estuvieran colocados sobre una mesa. Solo

cuando puedan cogerse sencillamente como si se recogiera un plato de la mesa después de cenar, podremos pensar en sacarlos. No obstante, si el hallazgo es lo bastante significativo, es probable que el supervisor quiera traer al sitio a un fotógrafo y quizá también a un dibujante para que respectivamente saquen una foto y dibujen los objetos mientras se encuentran aún *in situ*.

La razón es simple: todo objeto hallado en una excavación arqueológica o en cualquier otro lugar del mundo, tanto si el que realiza los trabajos es un arqueólogo como si no, tiene un contexto. Y este incluye el conocimiento y comprensión de los demás elementos que se han encontrado asociados al objeto —como por ejemplo los otros componentes del ajuar funerario hallados en la tumba de Tutankhamón— y el entorno físico, es decir, si estaba enterrado en la arena, el barro, el agua, el hielo o la tierra. Conocer el contexto de un artefacto ayuda a descubrir cómo llegó allí, y con frecuencia permite al excavador determinar la fecha absoluta del objeto.[2]

El contexto de un objeto antiguo es en gran medida lo que lo convierte en algo importante y lo que separa el trabajo de un arqueólogo del de un buscador de tesoros o saqueador. Si alguien me enseña un brazalete de oro o cualquier otro artefacto, o leo un artículo al respecto, lo primero que diré será: «¡Hala!, ¿de dónde ha salido? ¿Cuál era su contexto?». Si lo desconocemos, el objeto pierde gran parte de su valor inherente para los arqueólogos porque significa que no se sabe dónde fue hallado, ni cuándo, ni qué otros artículos había junto a él, y que lo ignoramos todo sobre el lugar exacto en el que se descubrió. Por este motivo, para los excavadores es muy triste ver un objeto que ha sido saqueado y después vendido en el mercado de arte, ya que podría habernos dicho muchas cosas y ahora solo se vende porque algún coleccionista cree que es hermoso o porque quiere algo procedente del antiguo Egipto o de Irak.

Y para darle una vuelta de tuerca más a todo ello, los arqueólogos pueden encontrar un objeto en un contexto primario, secundario o incluso terciario.[3] Si decimos que hemos dado con algo en un contexto primario, significa que lo hemos encontrado justo donde fue depositado antaño y que desde entonces no se ha tocado ni movido. En cambio, si afirmamos haber hallado un artefacto en un contexto secundario, significa que creemos que algo o alguien lo movió después de ser enterrado. Un claro ejemplo de contexto secundario es el de Jericó, de la época en que Kathleen Kenyon llevaba a cabo excavaciones en aquel lugar. Como ya mencionamos con anterioridad, Kenyon descubrió que en Jericó durante el período Neolítico —es decir, en torno a 7.500 años a. e. c., o casi diez mil años atrás— la gente enterraba el cuerpo de los difuntos o puede que incluso lo dejara a la intemperie, pero luego, después de que la carne se hubiera desintegrado, cogían la cabeza, la separaban del cuerpo, la cubrían de yeso, probablemente para simular la carne que antes había recubierto el hueso y depositaban conchas marinas o más bien de cauri en las cuencas de los ojos. A continuación colocaban la cabeza enyesada sobre una balda en un rincón del salón de su casa, quizá como forma de culto a los ancestros. Por consiguiente, cuando Kenyon las encontró, aquellas calaveras estaban en un contexto secundario.

¿Es tan importante el contexto? Sí, sin lugar a dudas, porque el hecho de constatar que los antiguos habitantes de Jericó separaban las cabezas de sus familiares difuntos, los enyesaban y después los depositaban en el salón, donde los hallaron los arqueólogos en un contexto secundario, permite que hoy en día podamos tener cierta idea de lo que pensaban y de por qué lo hacían. Nos proporciona un atisbo, quizá, de los mecanismos de su pensamiento, de sus temores sobre la muerte o de su creencia en una vida después de la muerte, o incluso de los albores de lo que hoy en día llamaríamos religión.

En resumidas cuentas, es esencial comprender el concepto de contexto arqueológico y su vital importancia, puesto que ayuda en parte a explicar la razón por la que excavamos con tanto cuidado y por qué necesitamos llevar un registro minucioso mientras lo hacemos, ya que cuando excavamos estamos destruyendo el contexto en el que está el objeto. Por consiguiente, el contexto lo es todo y documentar minuciosamente el hallazgo es esencial. De hecho, los arqueólogos estiman que los objetos antiguos que han sido arrancados de sus contextos arqueológicos por los saqueadores y vendidos en el mercado de arte sin ninguna documentación han perdido el noventa por ciento de su valor: apenas hay información a la que se los pueda vincular. Asimismo, las imitaciones y falsificaciones pueden afectar de manera irreparable a nuestro pensamiento acerca del mundo antiguo.

¿Qué implica excavar un yacimiento correctamente? Una alternativa es la llamada «excavación horizontal», que consiste en destapar una capa o estrato de un yacimiento entero, documentarlo, dibujarlo y fotografiarlo.[4] Esta clase de excavación es la que se lleva a cabo a menudo en emplazamientos como el de Colonial Williamsburg en Estados Unidos, o la que efectuó la Universidad de Chicago durante sus excavaciones en Megido en las décadas de 1920 y 1930.

La excavación horizontal ayuda a comprender el trazado de un yacimiento entero, en el que se realizaban diferentes actividades, donde la gente vivía, trabajaba, rendía culto y era enterrada. En sitios en los que hay un único nivel de ocupación, la estrategia obvia a seguir es la excavación horizontal. En yacimientos que muestran múltiples capas, hay que encontrar una solución intermedia, porque al trabajar en extensión, se sacrifica la profundidad: se sabe el aspecto que tiene un nivel del yacimiento, pero se renuncia a saber cómo fueron cambiando a lo largo del tiempo los distintos puntos del lugar. En Megido, por ejemplo, el nume-

roso equipo de excavación de la Universidad de Chicago estuvo trabajando durante casi diez años y consiguió despejar solo las tres primeras capas del emplazamiento y descubrir la cuarta, dejando sin explorar las otras dieciséis que había debajo, hasta que cambiaron el método de excavación.

La otra gran opción es llevar a cabo una excavación vertical: cavar en profundidad en unos pocos lugares para obtener una idea de la secuencia cronológica o del alcance del yacimiento.[5] Es una buena manera de hacerse una idea fiable de la estratigrafía con la que uno puede encontrarse si decide ampliar las excavaciones en el sitio, en cuyo caso se seleccionarán unas pocas zonas limitadas, donde se excavará lo más profundamente posible. Esto fue exactamente lo que los arqueólogos de la Universidad de Chicago acabaron haciendo en una zona de Megido, donde cavaron una estrecha y profunda zanja hasta alcanzar el lecho rocoso, por debajo de los niveles de ocupación. Por esto sabemos que hay veinte grandes niveles en el yacimiento, que se remontan por lo menos hasta el año 3000 a. e. c.

William Matthew Flinders Petrie —unos de los arqueólogos pioneros más importantes— fue de los primeros en demostrar la trascendencia de la arqueología vertical en los yacimientos de varios niveles. Petrie no contaba con ninguna formación académica reglada aunque había estado haciendo mediciones en Inglaterra, concretamente en Stonehenge, mucho antes de trasladarse a Egipto para medir las pirámides a la edad de veintiséis años. Aprendió por experiencia y acabó convirtiéndose en el primer profesor de egiptología de la Universidad de Londres en 1892, a los cuarenta años aproximadamente.[6]

Petrie excavó por primera vez en Egipto, donde entrenó a un grupo de obreros del pueblo de Quft, cerca de la moderna ciudad de Luxor. Desde entonces y hasta nuestros días, los descendientes de aquellos trabajadores, conocidos como *guftis*, siguen propor-

cionando mano de obra cualificada en las excavaciones de Egipto. Cada *gufti* realiza la misma tarea que Petrie asignara a su padre, a su abuelo o a su bisabuelo; algunos son paleros, otros manejan el pico y otros son supervisores. Puedo dar fe de que los *guftis* son unos trabajadores con mucho talento, puesto que tuve el placer de excavar con algunos de ellos cuando estuve en una misión en la región del delta del Nilo a mediados de la década de 1980.

Petrie también llevó a cabo excavaciones en el moderno Israel y en la Franja de Gaza, donde fue el responsable de la introducción, o en algunos casos popularización, de una serie de nociones que hoy en arqueología se dan por sentadas, como el concepto de estratigrafía y superposición, que giran ambas en torno a la idea de que las cosas más antiguas se encuentran a mayor profundidad que las más recientes, tal y como se constata en los *tells* que se encuentran en Oriente Medio, compuestos por la superposición de ciudades construidas a lo largo de los siglos o milenios. En estos casos la ciudad más antigua está siempre en el nivel más profundo.[7]

Por ejemplo, en Megido, como ya hemos visto, el equipo de Chicago pudo constatar que el montículo de veintiún metros de altura tenía nada menos que veinte ciudades ocultas en él. La primera, situada al fondo, se remonta por lo menos a 3000 a. e. c., y la más reciente, en la parte superior, data de 300 a. e. c. aproximadamente. Si observamos el perfil de una cara del corte practicado en uno de estos montículos, es fácil ver las diferentes capas o estratos porque están llenos de tierra, piedras y demás materiales, con todo tipo de colores, texturas y consistencias. A este perfil los arqueólogos lo denominan oficialmente «sección estratigráfica», y normalmente se dibuja con sumo cuidado y se toman fotogra-

fías para su publicación, para que otros investigadores puedan ver si la excavación se realizó correctamente o si algo se interpretó mal.

A Petrie también se le debe el haber caído en la cuenta de que los fragmentos rotos de cerámica que se encuentran casi en cada capazo de tierra que se extrae mientras se excava pueden ser utilizados como apoyo para fechar los niveles del montículo. Resulta que ciertos tipos de cerámica están de moda o quedan anticuados, lo mismo que ocurre con la ropa y el calzado de los hombres y de las mujeres en la actualidad. Las modas de la cerámica pueden correlacionarse con fechas y períodos muy concretos, a veces en el intervalo de una década más o menos. Los arqueólogos denominan «seriación cerámica» a este método de datación.

Con frecuencia estos fragmentos de cerámica dan nombre a nuestros períodos arqueológicos, de manera que en Grecia, por ejemplo, hablamos de cerámica del Heládico Reciente IIIA1, fechado en la primera mitad del siglo XIV a. e. c., durante el período micénico. Petrie también observó que si el mismo tipo de cerámica se encuentra en dos yacimientos diferentes, los niveles en los que aparece en ambos emplazamientos posiblemente sean equivalentes en el tiempo.[8] Este particular se ha revelado extremadamente importante y útil.

Quizá lo más extravagante acerca de Petrie sea que a su muerte en 1942, legó su cabeza —y su cerebro— a la ciencia. Murió en Jerusalén, y su cuerpo sigue enterrado allí, salvo su cabeza, que fue enviada a Londres. Tras permanecer durante largo tiempo guardada en un sótano, un buen día la etiqueta se desprendió del tarro y cayó, de modo que durante algún tiempo nadie supo a quién pertenecía aquella cabeza. A la postre fue identificada y supuestamente se encuentra hoy en día custodiada en una sala de almacenamiento del Real Colegio de Cirujanos de Londres, aunque nunca he ido a verla personalmente.[9]

Cabe destacar también a los arqueólogos Mortimer Wheeler y a su famosa estudiante, Kathleen Kenyon (que después ostentó el título de Dama comendadora Kathleen Kenyon), cuya contribución afectó sustancialmente a la manera en que excavamos hoy en día. Wheeler, que trabajó en muchos yacimientos, entre ellos el de Maiden Castle en Inglaterra y Harappa en la India durante los años treinta y cuarenta, inventó un nuevo método de excavación que él mismo empleó durante sus misiones en ambos países.[10]

Como bien constató Wheeler, la estratigrafía de un yacimiento puede ser extremadamente complicada, por lo que decidió excavar en cuadrículas de cinco metros por cinco, dejando partes sin excavar de un metro de ancho llamadas «testigos» entre los cuadrados contiguos. Suena complicado pero no lo es: imaginemos simplemente una cubitera rectangular como la que suele haber en la mayoría de congeladores (si es que no tienen un dispositivo para fabricar cubitos automáticamente). Los cubitos de hielo, o los cuadrados que se rellenan de agua para hacer los cubitos, son las cuadrículas que se excavan y el filo separador de plástico que hay entre los cubitos es el testigo. Los trabajadores de Wheeler podían caminar y empujar las carretillas por el testigo, pero lo más importante era que al dejar un testigo el arqueólogo podía seguir el rastro de la estratigrafía, ya que cada cuadrícula que se excavaba tenía cuatro caras interiores, que eran los lados de los testigos que se habían dejado intactos en los cuatro lados de cada cuadrícula.

Por si sirve de ayuda, imaginemos que somos lo bastante pequeños como para saltar en el interior del cuadrado de la cubitera en el que vamos a poner agua y nos damos cuenta de que hay cuatro caras que podemos ver desde dentro. Del mismo modo, Wheeler podía saltar dentro de la cuadrícula que sus trabajadores estaban excavando y contemplar las caras de los testigos que

habían quedado en su sitio en los cuatro lados, de manera que podía ver por dónde habían cavado y hacerse una idea visual de la historia de la zona. Es muy fácil cavar distraídamente a través de un suelo enlucido irregular si no queda mucho de él, pero con este método se puede ver claramente una línea blanca que se extiende de un extremo a otro de la cara de la cuadrícula en el testigo.

Dichos testigos se enderezan cada día de modo que pueda observarse lo que está ocurriendo, por si alguien ha atravesado accidentalmente algún suelo de yeso. Los testigos han de ser completamente verticales para poder ofrecer una imagen clara de lo que ya se ha excavado y de los estratos que se han atravesado, y aquí es donde resultan útiles las piquetas, que pueden enderezar rápida y fácilmente los testigos.

Al finalizar cada temporada, muchos equipos arqueológicos dibujan y fotografían cada sección para poder publicar un documento a fin de que los demás puedan verlo y debatirlo. Después de todo, la arqueología es destrucción: destruimos precisamente lo que estamos estudiando cuando cavamos a través de los estratos, por consiguiente necesitamos documentar hasta el más mínimo detalle. Con la publicación de los dibujos y las fotografías de las secciones excavadas, otros arqueólogos pueden ver el material y estar de acuerdo o discrepar con las conclusiones alcanzadas por los excavadores. Hoy en día esta es una parte habitual del método científico para los arqueólogos que trabajan en el Mediterráneo, y en otros emplazamientos.

Sirvan como ejemplo de esa metodología unas excavaciones en las que actué de supervisor de zona en Tell el-Maskhuta, en Egipto, a mediados de los años ochenta, en las que obtuvimos una cuadrícula que habíamos cavado a una profundidad de casi siete metros, con unos lados espectaculares de los testigos en las caras interiores. Pudimos ver con toda claridad enormes diferen-

cias de color entre las capas, pues algunas eran grises y negras mezcladas con cenizas, donde había habido incendios; otras eran completamente arenosas, de cuando el yacimiento había sido abandonado durante un tiempo. En otros estratos todavía podíamos ver el contorno de los ladrillos de barro de las paredes de los edificios que antaño se alzaron en aquella zona en diferentes épocas. Aquel año, fueron precisos varios días para medir, dibujar y fotografiar correctamente cada uno de los testigos al final de la temporada, pero conseguimos documentarlo todo con precisión y publicarlo para que otros investigadores y futuros arqueólogos pudieran consultar los resultados.

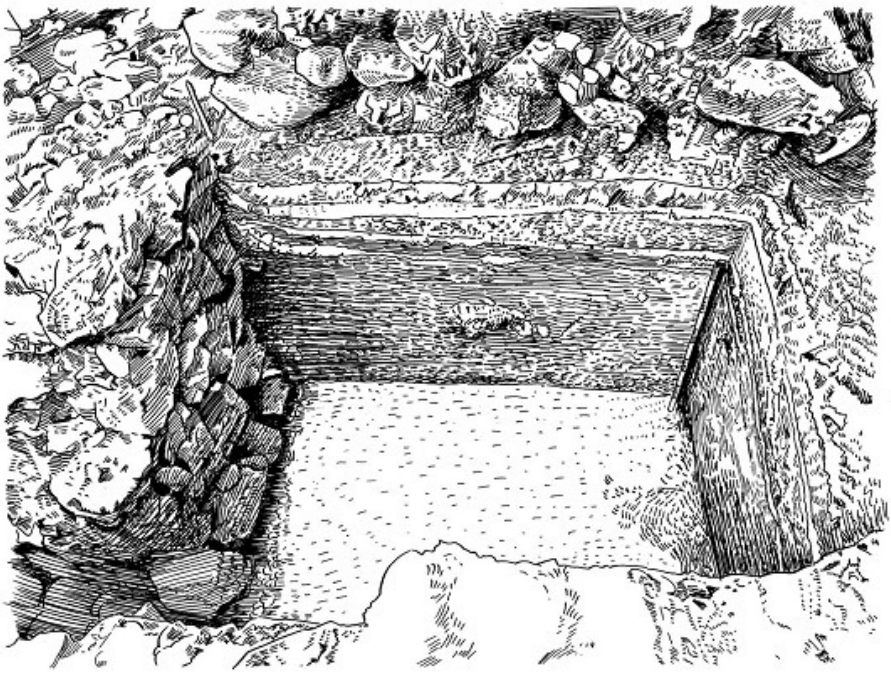
En otra ocasión, en Tel Kabri, dimos con una espléndida serie de suelos enlucidos de blanco que alternaban con capas marrones de tierra que correspondían a diferentes fases del palacio a medida que iba siendo remodelado a lo largo del tiempo. Los testigos parecían un pastel de capas de helado, muy fáciles de medir, dibujar y fotografiar.

En Atenas, que es un emblemático destino turístico, los arqueólogos y urbanistas dieron con una manera única de mostrar la estratigrafía por la que tenían que excavar para la construcción del nuevo trazado del metro con ocasión de los Juegos Olímpicos de 2004. En algunas estaciones se colocaron paneles de cristal cubriendo las paredes para que la tierra y la estratigrafía pudieran contemplarse *in situ*, como si fueran los testigos de una excavación arqueológica en marcha. Todavía pueden verse con claridad las capas de tierra, así como partes de muros de edificios, desagües y fragmentos de una calzada: todo se puede ver, pero no tocar.

Cuando documentan testigos, muchos arqueólogos utilizan en las excavaciones lo que se llama una «matriz de Harris»: un método para representar gráficamente la estratigrafía. En una matriz de Harris, cada nivel se representa mediante un recuadro situado

en la página según su posición estratigráfica, de manera que los niveles más bajos se colocarán en la parte inferior de la página, mientras que los más altos ocuparán la parte superior. A continuación, se trazan líneas para conectar los recuadros con el objetivo de mostrar la relación vertical y horizontal de unos con otros y obtener así la historia estratigráfica de la cuadrícula.[11] A menudo suele elaborarse *in situ* un boceto de la matriz de Harris en calidad de borrador, cosa que ayuda a los supervisores de trinchera o de zona a recordar los distintos niveles y a establecer las relaciones entre unos y otros.

Kenyon, conocida por sus excavaciones en Jericó y Jerusalén, llevó consigo el método de Wheeler cuando empezó a excavar en Samaria, en la antigua Palestina, en la década de 1930, por lo que hoy se lo conoce como método Wheeler-Kenyon o Kenyon-Wheeler.[12] Sin embargo, a lo largo de los años, tanto ella como otros investigadores fueron introduciendo modificaciones al método, de modo que hoy en día se combina con el cambio, por parte de los trabajadores o miembros del equipo, de los capazos o cubos en los que depositan la cerámica y demás hallazgos, además de las etiquetas que los acompañan, cada vez que se observa una modificación en el color o textura de la tierra, porque semejante cambio puede significar el inicio de un nuevo nivel o estrato en el yacimiento que solo más tarde resultaría obvio. De esta manera podemos detectar y documentar cambios sutiles en las fases de los restos excavados. Siempre que se haya realizado correctamente la excavación, incluido el cambio de capazos, rótulos, etiquetas y todo lo demás cada vez que aparezca una modificación de color o textura, entonces debería quedar todo reflejado a modo de espejo en los testigos de la zona.



Capas estratigráficas de Tel Kabri.

Teniendo en cuenta estos principios, cuando se empieza a cavar en serio, lo mejor es seguir el consejo que me dieron en mi primera excavación, cuando todavía estaba en segundo curso de la universidad: si hay un cambio en el color de la tierra o en la textura de lo que estés excavando, para y avisa a alguien antes de seguir adelante y perforar un suelo o alguna otra estructura importante. El supervisor traerá nuevos capazos, rótulos y etiquetas y todo lo necesario por si acaso el cambio observado representase un verdadero cambio en la Antigüedad, es decir un nivel totalmente nuevo dentro del montículo. De ser así, la variación se hará finalmente visible en los testigos.

Una vez más, debo hacer hincapié en que esto es lo que se hace en los yacimientos de la región mediterránea en los que he trabajado. En cambio, en Inglaterra y en Norteamérica tienen su propio sistema: separar en bolsas diferentes los artefactos por unidad y nivel de excavación.

Hay que añadir que la documentación de los hallazgos diarios y de las demás actividades es una necesidad, independientemente del lugar del mundo en el que se esté excavando. Dichas crónicas regulares no solo ayudan a los arqueólogos a la hora de publicar los resultados al finalizar la temporada, sino que también son de utilidad a los futuros investigadores que regresen al lugar para revisar los datos, quizá a la luz de nuevos hallazgos en otros sitios o de nuevas propuestas por parte de otros eruditos. Esta documentación es muy completa puesto que incluye notas de campo sobre lo que se excavó cada día; fotografías de las estructuras, características y artefactos encontrados a medida que aparecen en el sitio, y en el laboratorio después de haberlos limpiado y conservado; cuadernos de registro de cerámicas y de pequeños hallazgos junto con listas inventariadas de lo que se ha encontrado; y demás datos importantes. En muchos casos, en excavaciones como las de Pompeya y Megido, se introducen en el campo algunos de los archivos directamente a ordenadores, iPad y otros dispositivos, y después se sube a diario la información a servidores ubicados en Estados Unidos, Inglaterra y otros lugares, minimizando o eliminando así el riesgo de perder los datos.

Para aquellos que se pregunten cómo es una típica jornada en una excavación, solo puedo dar cuenta de lo que hacemos en la región mediterránea, pero un día normal de trabajo en Kabri y en Megido comienza a las 5 a. m. con el equipo cavando ya en el yacimiento. Cavamos durante un poco más de tres horas, hasta las 8:30 a. m., y después paramos durante media hora para desayunar. Continuamos cavando hasta las 11 a. m., hora en que hacemos un descanso de quince minutos para tomar un café, fruta y galletas. Regresamos a nuestras tareas y proseguimos hasta las 12:30 o 1:00 p. m., momento en que nos subimos al autobús rum-

bo a nuestro alojamiento. A esas horas del día, los yacimientos del entorno mediterráneo son demasiado calurosos para estar cavando tierra en una trinchera.

Después de un abundante almuerzo, muchos acuden a la piscina o echan una larga siesta en su habitación durante las pocas horas de pausa, antes de reunirse de nuevo a las 4 p. m. Entonces, algunos miembros del equipo lavan toda la cerámica que se ha encontrado aquel día y la dejan secar al sol para que los directores puedan examinarla al día siguiente y averiguar de qué época data. Otros lavan los fragmentos de huesos de animales encontrados, mientras que otro grupo introduce los datos en el ordenador o realiza cualquier otra tarea que le haya sido asignada. Los supervisores de cuadrícula y de campo redactan sus anotaciones del día y planifican la siguiente jornada de trabajo. Esta actividad se prolonga hasta las 6 p. m. o un poco más, seguida de la cena a las 7 p. m. y de una clase a las 8 p. m., puesto que muchas personas están realizando este trabajo como créditos universitarios; después hacemos un poco de vida social hasta que se apagan las luces en torno a las 10 p. m.

El equipo se levanta a las 4:30 a. m. de la mañana siguiente, a las 5 a. m. está ya en el yacimiento y la rutina comienza de nuevo, normalmente durante cinco días a la semana y de cuatro a siete semanas por temporada. Estos trabajos se llevan a cabo durante los meses de junio y julio, puesto que es el período de tiempo que la mayoría de miembros voluntarios puede destinar a las excavaciones. En su mayoría son estudiantes universitarios, pero muchos proceden de otros ámbitos profesionales —médicos retirados, abogados, enfermeras, maestros de escuela, y demás— que van tachando elementos de su lista de deseos a realizar. Lo único que tienen en común todos ellos es que siempre habían deseado participar en una excavación, aunque muchos se sorprenden de las duras condiciones: cuando se excava en algún lugar de Orien-

te Medio, hay que estar preparado para el intenso calor, la sequedad y el polvo, a menos que el yacimiento esté cerca de la costa, en cuyo caso el clima puede ser increíblemente húmedo a la vez que caluroso.

En cambio, si se excava en otros enclaves del mundo, como en Inglaterra o en Norteamérica, uno ha de estar preparado para situaciones muy diferentes, que incluyen excavar bajo la lluvia y en el barro. No obstante, el marco horario de un día de trabajo de una persona puede variar considerablemente, sobre todo si uno trabaja solo con profesionales en vez de voluntarios. Eso es precisamente lo que ocurre cuando los arqueólogos están comprometidos con lo que se llama «administración de recursos culturales» y se les requiere para que precedan a las máquinas excavadoras ante un importante proyecto de construcción y se aseguren de que no hay restos arqueológicos que pudieran resultar dañados o destruidos. En tales casos, las jornadas de trabajo son mucho más largas, a veces desde el alba hasta el atardecer sin interrupción, salvo para ingerir rápidamente las comidas y el café, durante días o incluso semanas de un tirón.

¿Qué es lo que se encuentra durante un día típico en una excavación? En muchos yacimientos de la región mediterránea, desde Italia hasta Israel e incluso más lejos, a menos que uno esté trabajando en un emplazamiento neolítico precerámico, lo que aparecerá en casi cada palada de tierra son trozos rotos de cerámica que reciben el nombre de «tiestos»: como si fueran fragmentos de platos rotos de miles de años de antigüedad. La cerámica era de uso generalizado en casi todos los hogares y en actividades industriales en casi todos los lugares del mundo antiguo: se elaboraba con la arcilla local, se cocía en grandes cantidades y se rompía fácilmente cuando se caía al suelo. Era más barato y más sencillo recoger los trozos rotos, tirarlos y hacer un cacharro nuevo que intentar arreglarlo; lo mismo puede decirse de las herramien-

tas de piedra hechas de sílex, obsidiana o cuarzo en los yacimientos prehistóricos: fáciles de hacer, fáciles de romper, más baratas de sustituir que de reparar.

Recordemos, como ya dijimos antes, que gran parte del buen material sobre el que vale la pena escribir es lo que denominamos «artefactos», es decir, objetos fabricados o modificados por los humanos. A veces resulta difícil distinguir una herramienta de piedra trabajada de una piedra que simplemente cayó al lecho de un arroyo, pero normalmente salta a la vista cuando se trata de un artefacto, siempre que no sea el primer día de excavación, en cuyo caso prácticamente todos aquellos que no han estado nunca antes en un yacimiento corren veloces hacia el supervisor de la cuadrícula unas cincuenta veces en una mañana blandiendo algo en la mano y diciendo: «¿Es un fragmento de cerámica? ¿Es cerámica?». La respuesta invariablemente es: «No, es una roca, pero es una roca bonita». Al cabo de poco tiempo, ya se distingue instintivamente a simple vista un trozo de cerámica rota de un bonito canto o guijarro.

Los fragmentos de piedra y de cerámica no son biodegradables, por esto se encuentran a montones; durante una inspección sobre el terreno, el hallazgo de estos materiales señala la existencia y ubicación de un yacimiento, y durante la excavación los descubrimos todavía en su contexto.

Abundan también los huesos de animales, llenos de tierra, y cantidades ingentes de rocas grandes y pequeñas; algunas son simplemente aleatorias, otras forman parte de muros y edificios. El truco consiste en detectar cuál es cuál antes de coger una y tirarla, porque no hay nada peor que darse cuenta de que uno acaba de liquidar media pared antigua: es un error de principiante. Y aquí es donde cobra sentido el axioma citado al principio de este volumen: «Una piedra es una piedra; dos piedras son una estruc-

tura; tres piedras son una pared». Es una sensación increíble descubrir en una excavación una hilera de piedras que alguien, hace muchos años, colocó allí deliberadamente.

En definitiva, es de suma importancia tener en cuenta que la auténtica arqueología no es siempre tan romántica como la pintan, sobre todo en Hollywood. Cada uno de los momentos en que se produce el descubrimiento de algo destacable lleva a sus espaldas muchos días o semanas de tierra, a veces de sangre (y ampollas), siempre de sudor, y en ocasiones de lágrimas. No obstante, las satisfacciones son enormes: tanto la experiencia única de excavar por primera vez en la vida, como la de regresar a una excavación por segunda vez, o publicar los resultados. Hay algo de majestuoso en un proyecto arqueológico, con toda la planificación que implica y el trabajo duro que se lleva a cabo durante y después de la temporada de excavación. En cierto modo, es como una orquesta sinfónica ejecutando una composición: no puede funcionar a menos que todos y cada uno de los músicos toquen su partitura.

Quinta parte

DESCUBRIMIENTOS EN TIERRA SANTA Y MÁS ALLÁ

13

Excavaciones en el Armagedón

Megido: grifo de marfil.

En los capítulos anteriores hemos hechos repetidas menciones del yacimiento de Megido en Israel, que quizá se conozca mejor con el nombre bíblico de Armagedón. La propia palabra *Armagedón* proviene de *Megido* porque, en hebreo, Har Megiddo significa «colina o montaña de Megido». Originariamente el término estaba escrito en griego: Harmageddon, pero con el tiempo se convirtió en Armagedón.

No hay nada comparable a la experiencia de caminar por la cima de una colina como Megido, que estuvo ocupada durante tres mil años, y preguntarse qué hay bajo mis pies. Podría ser cualquier cosa, o nada. Tuve el privilegio de excavar en Megido cada dos años durante diez temporadas, desde 1994 a 2014, y de sentir lo mismo cada mañana al dirigirme hacia el yacimiento durante la temporada de excavación. ¿Qué estoy pisando? ¿Qué encontraría si me detuviese justo donde estoy y empezase a cavar?

Ya hemos señalado repetidamente que el montículo creado por el hombre en Megido supera los veinte metros de altura y sobresale por encima del valle de Jezreel, y que contiene por lo menos veinte ciudades independientes construidas una encima de la otra.[1] La más antigua tiene cinco mil años, mientras que la más reciente se remonta a la época de Alejandro Magno, en el siglo IV a. e. c.

El valle se halla situado en la parte norte de Israel y tiene cierta forma de triángulo en los lados: la punta está al lado de Haifa, en el mar Mediterráneo, y la parte ancha de la base se encuentra junto al río Jordán. De este a oeste mide unos cuarenta o cincuenta kilómetros, pero de norte a sur hay tan solo entre cinco y once. Es un lugar perfecto como campo de batalla, hecho que explicaría por qué se libraron allí como mínimo treinta y cuatro batallas a lo largo de los últimos cuatro mil años. En la mayoría de ellas se combatía por el control de Megido o de las zonas aledañas, puesto que la colina se cierne amenazadora sobre el valle por el que discurría la Via Maris; la carretera se llamaba Vía del Mar y conducía desde Egipto hasta Mesopotamia y viceversa. El faraón egipcio Tutmosis III declaró que capturar Megido era como capturar mil ciudades.

Importantes personajes históricos combatieron en Megido o en el valle de Jezreel: Tutmosis III en 1475 a. e. c. y Débora, Barac, Gedeón, Saúl, Jonatán y Josías de la Biblia. También los romanos lucharon en este lugar, igual que hicieran los cruzados, los mamelucos egipcios, los mongoles de Asia Central, Napoleón, e incluso el general británico Allenby en la primera guerra mundial. El único, de todos los invasores de la zona, que no combatió en Megido ni en las inmediaciones fue Alejandro Magno, porque al parecer la zona sencillamente se rindió. Sin embargo, de todas las batallas libradas en Megido, la más famosa está todavía por venir: la batalla de Armagedón, descrita en el Apocalipsis.[2] Será la penúltima

batalla entre el bien y el mal, en la que vencerán las fuerzas del bien; una batalla que será anunciada por numerosas señales: terremotos, plagas, tormentas de granizo y un río de sangre de trescientos kilómetros de longitud.

Probablemente, los dos restos arqueológicos mejor conocidos del yacimiento son el túnel de agua, que se cavó a una profundidad de treinta metros en vertical y después en horizontal a lo largo de más de noventa metros hasta salir al borde del montículo, para que los habitantes pudieran llegar a la fuente que se encontraba en el exterior sin exponerse a los ataques de las fuerzas enemigas, y los llamados establos de Salomón, un conjunto de largos pasillos de piedra jalonados por pilares que podrían no ser establos y que casi con toda certeza no fueron construidos por Salomón.

Las primeras excavaciones realizadas en Megido fueron dirigidas por Gottlieb Schumacher, entre 1903 y 1905, que trabajó en la misma época que Flinders Petrie y Howard Carter en Egipto y siguió los métodos de excavación habituales en su tiempo. Por aquel entonces, la arqueología se hallaba todavía en sus fases iniciales, por lo que no dudó en emplear a cientos de trabajadores para que cavasen una enorme trinchera que atravesaba el centro del montículo, igual que Schliemann había hecho en Troya unos treinta años antes. Abrió también pequeñas zanjas en diversos lugares de la cima de la colina, pero fue en la gran trinchera donde cosechó sus mejores resultados: entre los hallazgos más interesantes se cuenta una tumba de la Edad del Bronce Medio en la que yacían los cuerpos de una serie de hombres y mujeres junto con objetos de oro y otros artículos de lujo.

Schumacher pensó que había encontrado los cuerpos de la familia que gobernaba Megido en aquella época, que se remonta a mediados del segundo milenio a. e. c., y es posible que así fuera.

Por desgracia, hoy en día la mayoría de los objetos no se pueden ubicar.

Asimismo, dio con uno de los objetos más famosos jamás descubiertos en Megido, a saber, un sello oval de aproximadamente unos cuatro centímetros de ancho hecho de jaspe. En la superficie aparece un león tallado, junto con las siguientes palabras grabadas: «Propiedad de Shema, siervo de Jeroboam». No queda claro a qué Jeroboam se refiere, porque hay dos reyes con ese mismo nombre mencionados en la Biblia, pero sin duda se trata de uno de ellos. Lamentablemente, Schumacher lo envió a Estambul en calidad de presente para el sultán turco otomano, que en aquellos días gobernaba en la zona, y ya nunca más se supo de su paradero.

Por otro lado, los trabajadores de Schumacher extraviaron objetos mientras cavaban, los arrojaron al montón de tierra excavada o simplemente los amontonaron a los lados de las trincheras, sobre todo las piedras de los muros que habían ido separando. Una de estas piedras resulta que tenía grabado un cartucho del faraón egipcio Sheshonq, del siglo x a. e. c., pero sus empleados no se percataron de ello.[3]

Poco después de comenzar la segunda expedición a Megido se identificó lo que era en realidad aquella piedra: parte de una inscripción monumental de unos tres metros de alto. Debió de erigirse en el lugar en conmemoración de la victoria de Sheshonq tras capturar y ocupar la ciudad. Años o décadas después, fue derribada y hecha añicos para ser reutilizada en el muro de un nuevo edificio. Aquí es donde la debieron encontrar los operarios de Schumacher, pero como la perdieron y la apilaron en uno de los lados de la trinchera, no sabemos a qué nivel o ciudad pertenece. Sería maravilloso saberlo, porque entonces podríamos relacionar

esta ciudad a una persona conocida, puesto que Sheshonq no solo se le conoce por Egipto, sino que es posible que también aparezca en la Biblia con el nombre de Shishak.

La identificación de la piedra recayó en un equipo de la Universidad de Chicago, que la encontró cuando estaba recogiendo material para construir el cuartel general del personal de la excavación en el mismo yacimiento. Los miembros de este equipo estuvieron trabajando en Megido unos quince años aproximadamente, desde 1925 hasta 1939, pero el estallido de la segunda guerra mundial dio al traste con sus esfuerzos.

Vivían en el emplazamiento gran parte del año, y a causa de lo pantanoso que era el valle de Jezreel en aquella época, la mayoría enfermó de malaria hasta que drenaron los marjales. El proyecto general estaba bajo la dirección de James Henry Breasted, fundador del famoso Instituto Oriental de la Universidad de Chicago, dirigido, entre otros, por Clarence Fisher, Gordon Loud y P.L.O. Guy (cuyas iniciales no suponían problema alguno entonces, pero hoy tienen un significado muy distinto).*

La expedición de Chicago fue pionera en un nuevo tipo de arqueología, mucho más cuidadoso y científico que el practicado por Schumacher dos décadas atrás. Por cortesía de Petrie, ahora tenían conocimientos de estratigrafía y de la seriación cerámica, es decir, de los cambios de estilo experimentados por la cerámica a lo largo del tiempo, tal y como hemos comentado en la sección «El arte de excavar 2», de manera que pudieron distinguir una ciudad de otra y hacerse una buena idea de la fecha, por lo menos relativamente hablando.

Financiado económicamente por John D. Rockefeller, Jr., el equipo de Chicago empezó realizando lo que denominamos una «excavación horizontal», a fin de destapar la primera capa de todo el yacimiento, documentarla, dibujarla, fotografiarla y después extraer todo lo que hubiera allí, para poder sacar a la luz la capa

siguiente. Eso es lo que hicieron con el nivel superior o, como ellos lo denominaron, Estrato I, fechando su final a mediados del siglo IV a. e. c.; repitieron la actuación en el Estrato II, de los siglos VI y V a. e. c.; y el Estrato III, fechado en el período neoasirio, es decir en los siglos VIII y VII a. e. c., hasta que se quedaron sin dinero.

Poco después cambiaron de método y pasaron a la excavación vertical, técnica que emplearon durante el resto del tiempo que estuvieron en el yacimiento. Por esta razón sabemos que hay por lo menos veinte ciudades una encima de la otra en el interior del montículo, porque cavaron hasta el lecho rocoso en lo que hoy se conoce como la «trinchera Chicago».

El equipo de Chicago era también partidario del uso del relato bíblico para respaldar sus hallazgos en el yacimiento. Por ejemplo, al excavar una serie de estancias paralelas y longitudinales lo suficientemente amplias como para albergar a un puñado de caballos, recurrieron al libro I Reyes para justificar su identificación. Allí encontraron dos pasajes que consideraron relevantes: I Reyes 9 y I Reyes 10.

El primero reza así:

> Esta es la razón de la leva que el rey Salomón impuso para edificar la casa de Jehová, y su propia casa, y Milo, y el muro de Jerusalén, y Hazor, Meguido y Gezer.
>
> (I Reyes 9:15)

El segundo dice:

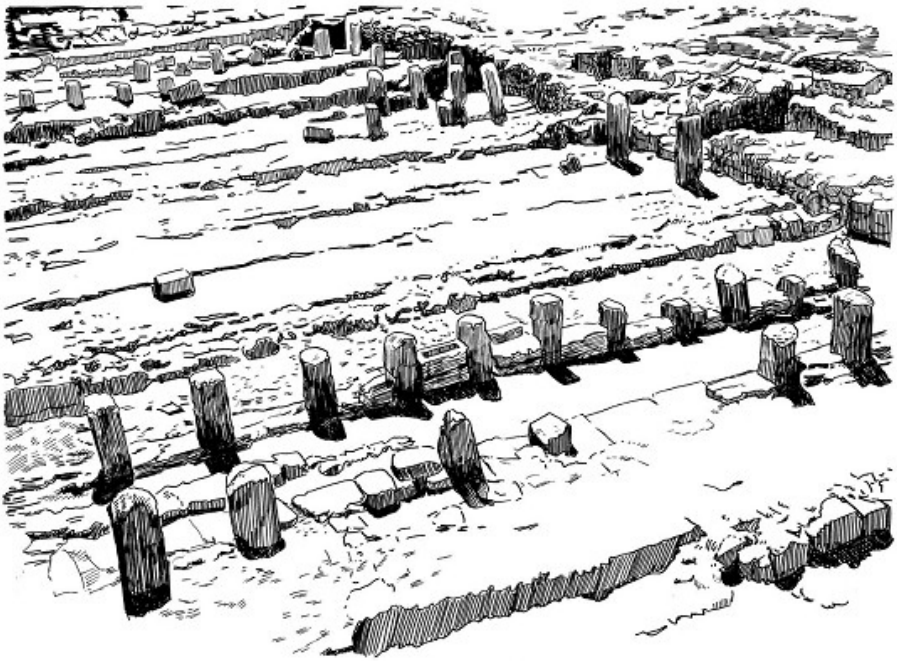
> Salomón reunió carros y hombres de a caballo; y tenía mil cuatrocientos carros y doce mil hombres de a caballo, y los situó en las ciudades de los carros y junto al rey en Jerusalén.
>
> (I Reyes 10:26)

Combinando estos dos textos decidieron que Megido tuvo que haber sido una de las ciudades de carros de Salomón y que, efectivamente, las estructuras eran establos para caballos que se remontaban a tiempos de Salomón en el siglo X a. e. c. Hoy en día, los guías turísticos todavía se refieren a dichas construcciones como a los «establos de Salomón».

Sin embargo, en otros yacimientos se han encontrado estructuras alargadas similares, y pese a que es bastante probable que las de Megido fueran en efecto establos, también cabe la posibilidad de que se utilizasen como almacenes, como barracones para soldados o incluso como zoco o mercado, según han sugerido los investigadores.[4]

Por otro lado, la posterior datación por radiocarbono y el análisis de la cerámica hallada en el interior de las estructuras de Megido indican que es altamente improbable que se construyeran en época de Salomón. Son, a todas luces, de fecha más tardía, por lo menos de un siglo después, quizá de tiempos de Acab y Omri, reyes del reino del Norte de Israel, o incluso del reinado de Jeroboam II, uno de sus sucesores. Por consiguiente, los establos de Salomón podrían no ser establos ni, casi con toda seguridad, de Salomón.

El siguiente arqueólogo en dirigir las excavaciones de Megido fue el famoso israelí Yigael Yadin, que trabajó en el yacimiento durante unas pocas temporadas en los años sesenta y setenta.[5] Llevó a cabo una labor bastante limitada para investigar algunas cuestiones específicas. Utilizó el emplazamiento como lugar de entrenamiento para sus estudiantes universitarios, muchos de los cuales se convirtieron en destacados arqueólogos por mérito propio.



«Establos de Salomón» en Megido.

Uno de los descubrimientos de Yadin y su equipo fueron los cimientos de lo que parecía ser una gran estructura palacial a la que bautizó con el nombre de Palacio 6000. Tan solo quedaban los fundamentos porque el edificio se encontraba justo debajo del conjunto septentrional de «establos» que había destapado el equipo de Chicago. Los grandes bloques del Palacio 6000 de Yadin habían sido reutilizados en el edificio posterior para hacer las cavidades que según el equipo de Chicago se habían usado de comederos o abrevaderos para los caballos. Este, pensó Yadin, es el palacio que Salomón mandó construir, no los establos que están justo encima. Pero no tenía ninguna prueba de ello, salvo aquellos pasajes bíblicos y el hecho de que creía que el palacio había sido erigido al mismo tiempo que una gran puerta de entrada a la ciudad.[6]

Esta enorme puerta tenía seis cámaras y era muy similar a otra que había encontrado Yadin anteriormente en Hazor. Dedujo, pues, que tenía que haber otra en el yacimiento de Gezer, que en parte ya había sido excavada, pero erróneamente identificada. Sirviéndose del mismo fragmento de la Biblia en el que se menciona que Salomón fortificó las ciudades de Megido, Hazor y Gezer, Yadin las fechó todas en el siglo x a. e. c., es decir, en tiempos del gobierno de Salomón.

Sin embargo, no es así como ha de funcionar la arqueología, por lo menos en la región del Mediterráneo. Las puertas y las construcciones asociadas deberían datarse por la cerámica que se ha encontrado en su interior, no por pasajes bíblicos que pueden o no estar relacionados con ellas. En consecuencia, cuando Israel Finkelstein examinó de nuevo la cerámica hallada por el equipo de Chicago y después por Yadin, aseguró que tanto la puerta como el palacio databan del siglo ix a. e. c., no del siglo x ni de tiempos de Salomón. Si está en lo cierto, entonces ninguno de los niveles que los primeros arqueólogos fecharon en el reinado de Salomón es en realidad de aquel período. A pesar de todo, veinte años después del drástico cambio de datación propuesto por Finkelstein, todavía prosiguen los enconados debates sobre los detalles, por lo que el jurado aún está deliberando.

Desde 1992, Finkelstein está al frente de las nuevas excavaciones en Megido junto con una serie de codirectores, entre los que me incluyo.[7] Empecé a excavar con él en el yacimiento en 1994 como miembro voluntario del equipo, a pesar de que ya tenía quince temporadas de experiencia a mis espaldas, porque quería formar parte de una expedición a gran escala en un yacimiento de Israel muy conocido. Fui escalando puestos hasta que me nombraron director adjunto en 2006 y después codirector en 2012, cargo que conservé hasta que me retiré del proyecto unos años más tarde.

Formé parte del equipo que tuvo la fortuna de volver a excavar la zona en la que estaban ubicados el Palacio 6000 de Yadin y los establos septentrionales de Chicago, por lo que tengo conocimiento de primera mano de los problemas inherentes a la nueva datación.[8] Asimismo he excavado en algún momento en diferentes zonas, cada una con sus propios puntos de interés. Por ejemplo, en el lugar del yacimiento que denominamos Área H, los edificios que ahora han salido a la superficie son dos palacios que se remontan al período neoasirio, en el siglo VIII a. e. c., y que el equipo de Chicago ya había excavado, pero sin continuidad. Nosotros cavamos lo que se llama una «zanja escalonada» en la ladera del montículo en este mismo lugar, para poder echar un vistazo a la historia del yacimiento por debajo del nivel neoasirio, igual que hiciera Chicago en el otro extremo del emplazamiento. Al finalizar la temporada de 2014, habíamos alcanzado una profundidad de más de seis metros desde el punto de partida en 1994 y llegamos a los niveles de la Edad del Bronce Medio, de mediados del segundo milenio a. e. c. (posiblemente contemporáneos a las tumbas halladas por Schumacher cien años antes). Por el camino encontramos varias capas de cenizas, signos de incendios y de destrucción, que indican el final dramático y convulso de algunas de las ciudades que antaño ocuparan el yacimiento.

En otro punto, fechado en el tercer milenio a. e. c. y en la Edad del Bronce Antiguo, es posible que encontráramos uno de los templos más grandes jamás descubiertos en el Oriente Medio antiguo. Se extiende de un lado a otro del sector de excavación denominado Zona J, en el lado este del montículo, donde también se ubica el famoso altar circular descubierto por los excavadores de Chicago. La gran cantidad de huesos hallados allí ha llevado a algunos guías turísticos a asegurar que en este altar los cananeos llevaban a cabo sacrificios infantiles. Sin embargo, nuestras exca-

vaciones cosecharon miles de huesos, que en su mayoría eran de cabra y de oveja, aunque también los había de ganado e incluso de león, pero ninguno de niño.

Excavamos también en la Zona K, en la parte oriental de Megido, pero más al sur y a lo largo del borde del montículo, y alcanzamos los niveles correspondientes a la Edad del Bronce Medio empezando desde los estratos neoasirios. Aquí, al parecer, una de las ciudades más interesantes fue destruida a finales del siglo x a. e. c., si nuestra datación es correcta. Cuando se hizo evidente, en 1998, que estábamos excavando los restos de una casa que había sido destruida en aquella época, empleamos una técnica conocida como «parrilla fina» para facilitar la excavación. Por lo que sé, aquella era la primera vez que se aplicaba esta técnica en el yacimiento y fue introducida por Assaf Yasur-Landau, que más tarde compartiría conmigo el puesto de codirector en el sitio de Tel Kabri, donde la utilizamos constantemente.

La utilización de este método de trabajo no significa otra cosa que coger cada cuadrícula, que normalmente mide cinco por cinco metros, y dividirla en cuadrados más pequeños, de metro por metro cada uno. El hecho de documentar minuciosamente el cuadrado exacto en el que se halló un objeto, inclusive los fragmentos de cerámica, permite después reconstruir con mayor precisión lo que se encontró y dónde. Hay que destacar que en Norteamérica los arqueólogos emplean esta técnica con tanta frecuencia que ni siquiera se plantean utilizar un término para nombrarla; además, normalmente dividen las cuadrículas de metro por metro en cuadrantes para conseguir mediciones de procedencia mucho más ajustadas para los materiales recuperados.

Gracias al uso de este método de trabajo en Megido, pudimos identificar la función de cada estancia de la casa con un grado de precisión harto razonable, desde la cocina hasta la sala de estar o el dormitorio. En la casa se hallaron también varios esqueletos,

de mujeres y niños; la mayoría yacía en la zona identificada como la cocina.[9] La gran pregunta era: ¿Qué causó la destrucción de esta ciudad cananea y de la casa? Se plantearon varias respuestas: algunos pensaban que podían ser invasores, quizá el rey David o algún otro grupo de israelitas; otros sugirieron que aquella podía ser la ciudad destruida o conquistada por el faraón egipcio Sheshonq cuando dejó la inscripción en el lugar.[10]

Por mi parte, estoy convencido de que los datos indican que la causa de la destrucción fue un terremoto; no obstante, como arqueólogo, soy el primero en admitir que con frecuencia es difícil distinguir una destrucción provocada por causas naturales, como un terremoto, de la producida por invasores. Sin embargo, en este caso hay un par de cosas que, para mí, son irrefutables: en primer lugar, las paredes están inclinadas y algunas han perdido la alineación, ambas cosas indicativas de que alguna fuerza formidable las movió; en segundo lugar, no hay ninguna señal de violencia presente junto a los cuerpos de la casa, ni puntas de flecha, ni espadas, ni lanzas, ni cortes en los huesos. En definitiva, creo que fue la madre naturaleza la causante de esta destrucción, aunque no puedo demostrarlo fehacientemente.[11]

En otra ubicación de Megido, en el borde sur del montículo, sí tenemos evidencias de una batalla, pero no de la época que nos esperábamos al principio. Este insólito rumbo constituye un ejemplo de los sorprendentes giros que puede tomar la arqueología cuando uno menos se lo espera.[12] En 2008 empezamos a despejar la maleza de una zona en la que había excavado la Universidad de Chicago en 1925 y 1926. Desde entonces nadie había estado en la zona, o por lo menos así lo creíamos. Teníamos las fotografías y los dibujos de los arqueólogos de Chicago y sabíamos que habían dado con construcciones rectangulares con pequeñas estancias que databan del período neoasirio del siglo VIII a. e. c.

Cuando comenzamos a limpiar la zona, que rebautizamos como Zona Q, vimos que algunas de las estancias eran circulares, no rectangulares, y que tanto en su interior como alrededor había una serie de casquillos de bala, esto es, restos de balas salidas de una escopeta, que al principio atribuimos a cazadores de fin de semana o a alguien haciendo prácticas de tiro. No obstante, a medida que fueron apareciendo más y más casquillos, empezamos a sospechar que allí quizá había ocurrido alguna otra cosa. Por consiguiente, empezamos a recogerlos como si fueran artefactos arqueológicos, que al cabo sí resultaron ser.

Uno de mis estudiantes, Anthony Sutter, se llevó unos cuantos casquillos a Estados Unidos para estudiarlos. Tras limpiar la parte posterior de los mismos, aparecieron las letras y los números estampados en el metal, que reciben el nombre de «sellos» y que identifican al fabricante de las balas e indican el año en que fueron fabricadas. Como yo también me había llevado unos cuantos casquillos, procedí a limpiarlos y resultó que todos, los suyos y los míos, llevaban la fecha de 1948 o eran anteriores. Ni siquiera uno de los varios centenares que examinamos entonces, o que otros limpiaron al finalizar las temporadas de 2010 y 2012, llevaba una fecha posterior a 1948. No tardó en hacerse evidente que estábamos ante los restos materiales de la batalla que tuvo lugar en Megido durante la guerra en 1948 y que concluyó con el establecimiento del estado de Israel.

Asimismo quedó claro que nos habíamos adentrado en lo que se denomina arqueología de campos de batalla, o investigaciones de campos de conflictos. Este tipo de exploraciones se ha aplicado en Europa a campos de batalla de la primera y de la segunda guerra mundial; en Estados Unidos, por ejemplo, en la zona de Little Bighorn, en lo que hoy es un parque nacional en el estado de Montana, donde Custer ofreció su última resistencia. En este lugar los arqueólogos emplearon a un ejército de entusiastas de-

tectores de metales para elaborar un mapa de casquillos de bala, que arrojó nueva luz sobre cómo se había desarrollado la batalla.[13] A menudo pienso que podríamos hacer lo mismo en Megido y averiguar por dónde accedieron a la colina las fuerzas israelíes antes de conquistarla.

Ahora sabíamos por qué algunas de las estancias rectangulares que excavaron los arqueólogos de Chicago se habían transformado en espacios circulares: alguien había movido los bloques de los edificios neoasirios en 1948 para construir refugios de protección y nidos de ametralladoras en los que agazaparse y disparar contra la comisaría de la policía británica, hoy en día convertida en prisión, ubicada al otro lado de los campos, a un kilómetro de distancia. Pero lo que no sabíamos era quién había creado aquella defensa ni quiénes eran los que habían disparado las balas durante el combate: ¿los árabes defensores o los atacantes israelíes? Y en este punto las cosas tomaron un cariz inesperado poniendo de manifiesto a los arqueólogos que se pueden encontrar respuestas en los lugares más inverosímiles. Pese a que nunca pudimos desentrañar con certeza quiénes fueron los autores de los refugios, sí fuimos capaces de averiguar, con cierto margen de fiabilidad, quiénes habían disparado.

Teníamos en nuestro poder infinidad de casquillos de balas de 8 mm (7,93 mm, para ser precisos) que debieron de ser disparadas desde varias ametralladoras, ubicadas muy probablemente en los nidos. Pudimos incluso acercarnos hasta reducir a tres los tipos de ametralladoras que en 1948 podrían haber disparado aquella munición: dos eran alemanas y una era checa. Y aquí nos quedamos encallados, no conocíamos a nadie que tuviera alguna de aquellas ametralladoras, y mucho menos las tres, así que optamos por una comparación balística.

Por fin, el desciframiento se produjo cuando por casualidad mencioné nuestros interesantes hallazgos y nuestro dilema al director del departamento de ciencias forenses de la Universidad de Washington durante un encuentro administrativo. Quedó tan intrigado con mi relato que me dio el nombre de una instructora adjunta que trabajaba en el Departamento de Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego de Estados Unidos. Esta, a su vez, me puso en contacto con una persona del departamento que trabajaba en un lugar poco conocido en el que se conservan más de seis mil ametralladoras de todas las épocas y lugares. Cuando le mencioné los tres tipos de los que pensábamos que procedían nuestras balas, dijo: «Sí, las tenemos». Resultó que también él había sido estudiante de arqueología en la universidad, por lo que se mostró muy interesado en el desafío que yo le presentaba: ¿cómo identificar el tipo de ametralladora(s) que había(n) disparado nuestras balas más de sesenta años atrás?

Finalmente, abrió fuego con los tres tipos de ametralladoras mientras yo observaba, recogimos los casquillos recién disparados y con ellos regresé a la mujer con la que había contactado al principio. La experta colocó los casquillos de Megido al lado de los nuevos en un microscopio especial; primero los de una de las ametralladoras alemanas, después los de la otra y finalmente los del arma checa. Estos últimos encajaron a la perfección con los de Megido, tenían el mismo tipo de sello impreso. Habíamos conseguido una identificación exacta. Habíamos resuelto el caso «CSI Megido», un caso pendiente desde 1948. Fue un momento espectacular, y Anthony Sutter y yo colaboramos más tarde en un artículo sobre el tema en el *Journal of Military History* [Revista de Historia Militar].[14]

Recientemente, las excavaciones de Megido han ocupado la vanguardia de la arqueología científica por otro motivo: por la cuantiosa beca que el Consejo Europeo de Investigación le con-

cedió a nuestro director del proyecto, Israel Finkelstein, en 2009, y que le permitió incorporar nuevos avances científicos a la arqueología bíblica. Uno de los lugares en los que aplicó estas técnicas fue Megido, cuyo yacimiento se benefició de la asistencia de especialistas para realizar estudios microarqueológicos: examinar la tierra y demás materiales hallados en los suelos tras su abandono, que pueden ofrecer información sobre el tipo de vegetación de la zona, el lapso de tiempo transcurrido desde el abandono del edificio hasta que fue ocupado de nuevo, y así sucesivamente.

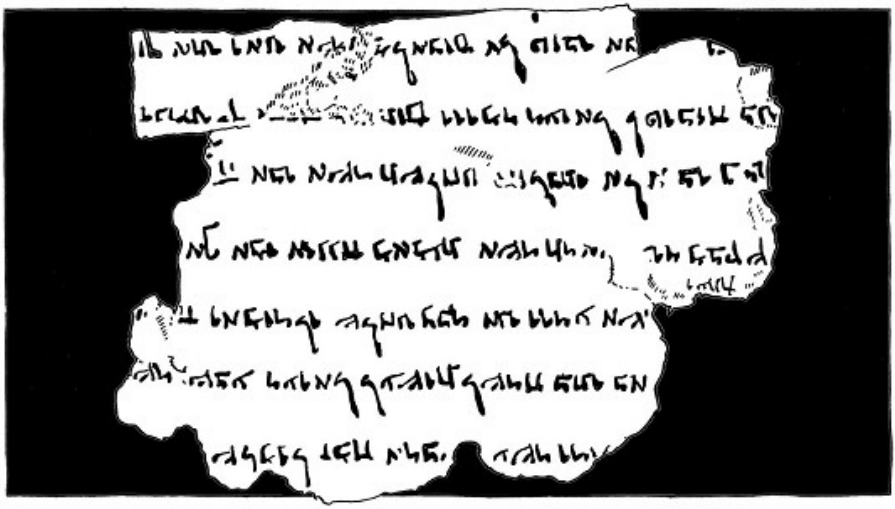
Además, en 2012 los medios informativos anunciaron el hallazgo de un escondrijo de joyas de oro en Megido, que incluía ocho pequeños aretes de oro y un gran anillo decorado, junto con infinidad de cuentas que probablemente formaban parte de un collar o brazalete. Desde el punto de vista estilístico, todas las joyas datan del siglo XI a. e. c. aproximadamente, o quizá de antes, y pertenecieron sin duda a una mujer cananea bastante adinerada que las ocultó, o las guardó, en una vasija y, por algún motivo, nunca las recuperó.[15]

El tesoro se encontró oculto en una vasija de cerámica más bien pequeña, y a los arqueólogos les llevó un tiempo darse cuenta de lo que había allí dentro: dos años para ser exactos. La vasija fue hallada completamente intacta durante la temporada de 2010, y estaba llena de tierra a rebosar, por lo que fue enviada al laboratorio de conservación para que la extrajese con cuidado. Pero se dio el caso de que los especialistas tenían muchos compromisos previos y el recipiente quedó depositado en una estantería durante bastante tiempo hasta que una de las conservadoras pudo dedicarle su atención. Inició las labores pertinentes y comenzó a extraer la tierra con sumo cuidado hasta que, para

sorpresa y regocijo de la conservadora y los miembros de la expedición de Megido, apareció el tesoro oculto. Nadie hubiera podido predecir semejante descubrimiento.

En Megido prosiguen las excavaciones, y tal como comentamos en un capítulo anterior, los recientes trabajos realizados por Matt Adams y Yotam Tepper en el montículo han identificado categóricamente el emplazamiento de un campamento romano que se estableció junto a la antigua colina en el siglo II e. c.[16]

Todavía recuerdo aquellos días en que paseaba por el yacimiento con el frío de la madrugada preguntándome qué habría bajo mis pies. A pesar de que ya no codirijo la excavación, aguardo junto con todos los demás para ver qué otro descubrimiento nos depararán las futuras temporadas de excavación en el Armagedón.



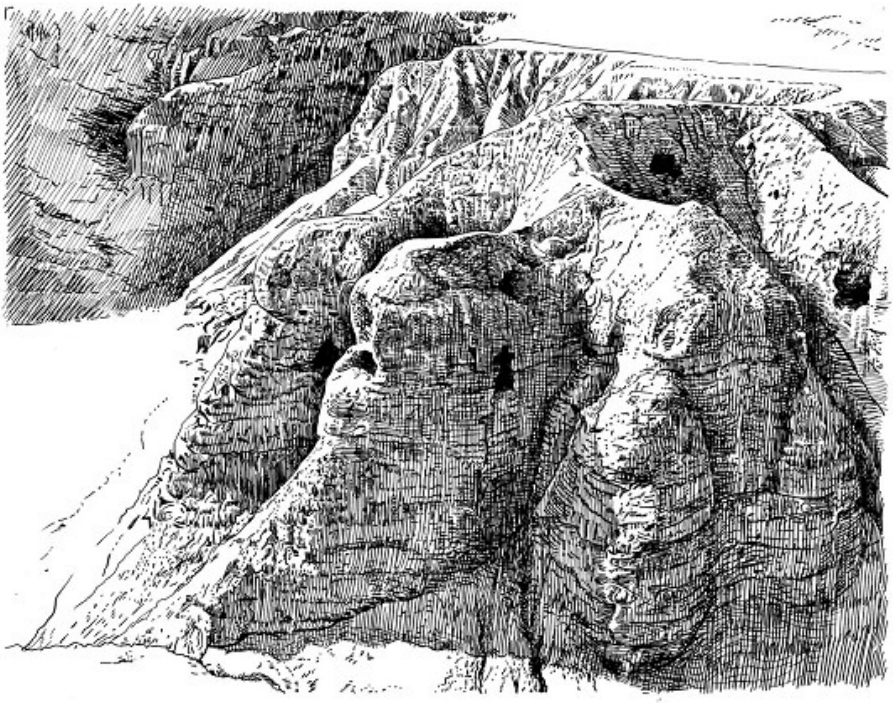
Fragmento de rollo del mar Muerto.

Entre los Rollos del Mar Muerto se encuentran las copias más antiguas que tenemos de la Biblia hebrea. Antes de su descubrimiento, la versión más antigua existente era mil años posterior y se descubrió oculta en un cuarto trasero de una sinagoga de El Cairo, en Egipto. Los otros rollos descubiertos contienen los documentos religiosos fundamentales y otras escrituras de una secta apocalíptica de judíos que pudo, o no, ser la responsable de los textos bíblicos.

Estos rollos, cuya datación abarca desde el siglo III a. e. c. hasta el siglo I e. c., fueron escondidos en las cuevas de los acantilados de la parte occidental del mar Muerto, en territorio israelí, probablemente durante la primera revuelta judía contra Roma, entre los años 66 y 70 e. c.[1] A pesar de que no cesa la polémica sobre los mismos, la mayoría de los investigadores admite una teoría que consta de dos partes: primero, que los rollos constituían la biblioteca del cercano asentamiento llamado Qumran; segundo, que los habitantes de dicha comunidad los ocultaron en las cuevas

con el propósito de recuperarlos al final de la revuelta y tras la partida de los romanos. Sin embargo, la rebelión fue aplastada, el asentamiento abandonado y los habitantes nunca regresaron a por los rollos.

No sabemos con certeza quién habitó Qumran, aunque muchos estudiosos apuntan a que pudieron ser los esenios, uno de los tres principales grupos de judíos de la época (los otros dos eran los saduceos y los fariseos). Lo poco que conocemos de los esenios se lo debemos a autores antiguos como Filón, Plinio el Viejo y Josefo, que nos informan de que eran célibes y que no tenían pertenencias personales. Dicho de otro modo, eran casi como monjes de un monasterio. Dado que Plinio los sitúa cerca de Ein Gedi, que está justo en esa zona, se ha llegado a la conclusión de que Qumran era un asentamiento monástico y de que fueron los esenios quienes escribieron los Rollos del Mar Muerto. Sin embargo, ambas afirmaciones son objeto de polémica: incluso hay quien sugiere que, lejos de ser el equivalente a un monasterio, Qumran fue en realidad una villa o una fortaleza romana.[2]



Cuevas de Qumran.

Quienesquiera que fueran los habitantes del lugar, vivían —literalmente— en uno de los enclaves más calurosos y secos imaginables que hubieran podido escoger, con menos de cincuenta milímetros de precipitaciones anuales. A casi cuatrocientos metros por debajo del nivel del mar, el mar Muerto, donde desemboca el río Jordán, es el lugar más bajo de la Tierra. Al ser un mar cerrado, el agua sale únicamente por evaporación, dejando sales y minerales que convierten al mar Muerto en una de las masas de agua más saladas del planeta, más incluso que el Gran Lago Salado de Utah; y toda esa región es uno de los lugares más calurosos en los que he estado nunca.

Los primeros rollos, de los que ahora hay más de novecientos, fueron hallados fortuitamente en 1947 por tres muchachos beduinos, que supuestamente eran primos, mientras abrevaban a su rebaño de cabras y ovejas cerca de Ras Feshka. Uno de ellos se alejó

de los otros, quizá en busca de un animal extraviado, y, aburrido, cogió una piedra y la lanzó con la intención de meterla en una cueva que había en lo alto del acantilado. Tras varios intentos, un canto acabó por entrar en la cueva y acto seguido se oyó un fuerte golpe y el chasquido que hace la cerámica al romperse.

Como estaba anocheciendo, regresó al campamento con los otros chicos y les contó lo sucedido. Sin embargo, cuando fueron a investigar la cueva al día siguiente, tuvieron una gran decepción, pues no había oro, sino, como relataron después, diez vasijas, una de las cuales estaba rota. Casi todas estaban repletas de tierra, pero una de ellas contenía varios pergaminos de cuero bien enrollados. Los muchachos se los llevaron y dejaron las vasijas en su sitio.

Transcurridas varias semanas, el grupo de beduinos al que pertenecían los chicos emprendió la marcha hacia las afueras de Belén y le llevaron los rollos a un hombre llamado Kando, que tenía una zapatería y tienda de curtidos, pero que también vendía antigüedades. Compró los rollos pensando que podría convertirlos en sandalias si no conseguía venderlos como artefactos antiguos.[3] Una versión alternativa de la historia es que Kando adquirió cuatro rollos y que otro tratante de antigüedades, un hombre llamado Salahi, compró otros tres.[4] En cualquier caso, la noticia del hallazgo de los rollos llegó a oídos de un estudioso judío de Jerusalén, de nombre Eliezer Sukenik, que se dirigió a Belén en autobús y compró tres rollos —a Kando o a Salahi— y regresó a Jerusalén pocas horas antes de que estallase la guerra de 1948.

Cuál no sería el sobresalto de Sukenik cuando, al traducir los tres rollos, se percató de que uno de ellos era una copia del Libro de Isaías de la Biblia hebrea. Era la primera persona que leía aquel manuscrito en dos mil años, y para su estupor, era casi idéntico a otra copia de Isaías que estaba guardada en una sinagoga de El Cairo, datada en el siglo x e. c., es decir, mil años poste-

rior. Difería de nuestra versión actual solo en unas trece variantes insignificantes, fruto, probablemente, de errores de copia de los escribas a lo largo de los siglos.

Otro de los rollos, el llamado Rollo de Acción de Gracias, contenía himnos y oraciones de agradecimiento previamente desconocidos de una comunidad. El tercero, también desconocido y denominado Rollo de la Guerra, documenta el hecho de que los habitantes de Qumran, o a quienes perteneciese el rollo, aguardaban el Armagedón, la batalla final entre el bien y el mal. Se consideraban a sí mismos una fuerza de combate y se autodenominaban Hijos de la Luz, que combatirían contra los Hijos de las Tinieblas. El pergamino describe cómo debían actuar y vivir la vida mientras se preparaban para la batalla que, por supuesto, diríamos que nunca tuvo lugar, aunque yo esgrimiría que, por lo menos para ellos, sí ocurrió en la medida en que queramos considerar a los romanos como los Hijos de las Tinieblas.

Poco después aparecieron cuatro rollos más en el mercado de antigüedades, y los vendía el arzobispo Samuel, que estaba en el monasterio ortodoxo sirio de San Marcos en Jerusalén. Se los había comprado a Kando, el tratante de antigüedades de Belén, por 250 dólares y después se los había ofrecido a Sukenik, pero no llegaron a ningún acuerdo.

¿Qué se podía hacer? En enero de 1949, el arzobispo introdujo los cuatro rollos de contrabando en Estados Unidos, donde permanecieron en secreto durante varios años en una iglesia ortodoxa siria de Nueva Jersey. Más tarde, el 1 de junio de 1954, puso un anuncio en el *Wall Street Journal* que decía: «Se venden "Los Cuatro Rollos del Mar Muerto", manuscritos bíblicos no posteriores al año 200 a. e. c. Donación ideal de un individuo o grupo a una institución educativa o religiosa. Aptdo. Correos F 206, *The Wall Street Journal*».[5]

Quiso la casualidad que Yigael Yadin, el eminente arqueólogo israelí, estuviera en Estados Unidos en aquella época, dando clases en la Universidad Johns Hopkins. Le llamó la atención el anuncio y, a través de un intermediario de Nueva York, adquirió los cuatro rollos para el Estado de Israel por un cuarto de millón de dólares.

Así fue como volvieron a reunirse los siete rollos, que en la actualidad están expuestos en el Museo de Israel de Jerusalén, en un ala específica conocida como el Santuario del Libro. Pero la historia es aún más peregrina, porque resulta que Yigael Yadin se había cambiado el nombre en algún momento de su vida, siendo su nombre de nacimiento Yigael Sukenik: ¡era el hijo de Eliezer Sukenik! El hijo pudo comprar los rollos que se le habían escapado a su padre, lo cual parece muy apropiado.

Entre los cuatro manuscritos que Yadin compró al arzobispo Samuel había otra copia del Libro de Isaías, mejor conservada que la que había adquirido su padre. Otro de los manuscritos era una copia de lo que hoy en día se denomina Manual de Disciplina, y contiene las normas y el reglamento de la comunidad a la que pertenecía, que muchos suponen que era el asentamiento de Qumran.

El tercer rollo era un comentario del Libro de Habacuc de la Biblia hebrea. Habacuc fue uno de los profetas menores y el libro que se le atribuye no es muy largo, pero este comentario es sumamente importante, puesto que nos presenta a tres figuras: una llamada el Maestro de Justicia y sus dos adversarios, que llevan por nombre Sacerdote Impío y Hombre de Mentira. Ninguna de estas figuras ha podido ser identificada con certeza a pesar de los muchos debates académicos que ha suscitado este manuscrito a lo largo de los años.

Al cuarto rollo que compró Yadin se lo conoce como el Génesis Apócrifo, y en vez de estar escrito en hebreo, está en arameo, la lengua coloquial de los judíos de aquellos tiempos. Se trata de una versión alternativa del Libro del Génesis, diferente de la versión que aparece en la Biblia corriente. El manuscrito documenta una supuesta conversación entre Noé y su padre Lamec, una conversación que no encontramos en la Biblia de hoy en día.

La noticia del descubrimiento de estos extraordinarios documentos sacudió al mundo de la erudición bíblica al mismo tiempo que daba el pistoletazo de salida a la carrera entre los arqueólogos y los pastores beduinos que vivían cerca del mar Muerto en busca de más cuevas durante las décadas de 1950 y 1960. Y las encontraron, una tras otra, en total once cuevas. Cuando terminaron, habían dado con múltiples copias de casi todos los libros de la Biblia hebrea, salvo del Libro de Ester. Junto a estos manuscritos hallaron también numerosos rollos de naturaleza no religiosa.

En la Cueva 7 no había rollos escritos en hebreo ni en arameo, sino solo en griego, la lengua de comercio y de las fuerzas romanas de ocupación (junto con el latín), pero las Cuevas 3 y 4 fueron las que acapararon todo el interés. En la 3 se encontró un manuscrito cuyo soporte para la escritura no era el cuero ni ninguna otra clase de pergamino, sino una lámina de cobre. Debido a esta peculiaridad, tanto en la literatura académica como en la popular, se le denomina el Rollo de Cobre.[6] Se han derramado ríos de tinta sobre este manuscrito y se han dicho montones de tonterías, porque en realidad se trata del mapa de un tesoro. Así de sencillo, lisa y llanamente, sin más rodeos: es el mapa de un tesoro, del tipo que dejaría un pirata, con la «X que marca el lugar». Con la única salvedad de que aquí no hay una X sino una lista de instrucciones para encontrar sesenta y cuatro tesoros diferentes.

Cuando encontraron el Rollo de Cobre, que en la actualidad está expuesto en un museo de Amán, en Jordania, los arqueólogos no pudieron desenrollarlo de ninguna manera, por lo que, a la postre, tuvieron que cortarlo. Lo llevaron a Mánchester donde lo dividieron en veintitrés pequeñas secciones mediante una sierra de alta velocidad. Los cortes partieron algunas letras por la mitad, pero en conjunto la técnica funcionó y los manuscritos enrollados quedaron planos, si bien parecen piezas de rompecabezas, pero todas aproximadamente del mismo tamaño y forma.

Buena parte del Rollo de Cobre está escrito en hebreo, aunque también hay algunas letras griegas y lo que parecen números, pero lo más extraño son las indicaciones, y eso explica, por lo menos para mí, que todavía no se haya localizado ninguno de los sesenta y cuatro tesoros que aparecen en la lista.

El primer grupo de indicaciones dice: «En la ruina que hay en el valle, pasa bajo las escaleras que van al Este cuarenta codos [...]: [hay] un cofre de dinero y su total: el peso de diecisiete talentos. En el monumento funerario, en la tercera hilera: cien lingotes de oro. En el gran aljibe del patio del peristilo, en un hueco del suelo tapado por el sedimento, enfrente de la abertura superior: novecientos talentos».[7] Pero ¿qué ruina? ¿Qué valle? ¿Qué aljibe? ¿Qué peristilo? No queda en absoluto claro a qué valle, monumento o aljibe se refiere.

Este manuscrito sigue así columna tras columna de texto. No es de extrañar que nadie haya encontrado ninguno de los tesoros: no se sabe de dónde provenían ni si eran reales. En caso de serlo, probablemente fueran los diezmos anuales que el pueblo enviaba al templo de Jerusalén, pero como durante la primera revuelta judía no era seguro mandar dichos impuestos, es posible que decidieran ocultarlos. Aun así, si los acontecimientos hubieran sido estos, se habría encontrado algo en el transcurso de los años. Esta es la razón por la que otros académicos argumentan que sí fue-

ron hallados hace mucho tiempo, en la Antigüedad, poco después de que fueran enterrados. Sea como fuere, sigue siendo un misterio que numerosos arqueólogos aficionados tratan de resolver de vez en cuando, aunque sin éxito.[8]

Otro de los rollos encontrados por los beduinos en la Cueva 11 siguió su camino hasta la tienda de Kando en Belén, como hicieran algunos otros. Al principio fue puesto a la venta al parecer a través de un clérigo de Virginia que actuaba de intermediario, pero acabó cayendo en manos de Yigael Yadin en 1967, tras la guerra de los Seis Días. La parte principal del manuscrito se había conservado en una caja de zapatos y los fragmentos más pequeños en una caja de puros. Una vez desenrollado con sumo cuidado y tras haber unido los distintos fragmentos, resultó ser lo que hoy conocemos como el Rollo del Templo, un manuscrito que contiene detalles explícitos sobre la construcción y aspecto de un templo judío que nunca se llegó a construir, con todas las reglamentaciones acerca de los sacrificios y las distintas prácticas que había que llevar a cabo en el templo. Yadin publicó finalmente la historia completa de su adquisición, y el rollo es todavía objeto de intensos estudios en la actualidad.[9]

Sin embargo, la que creó más convulsión en el mundo de la arqueología y de la erudición fue la Cueva 4, porque los rollos que allí se encontraron habían caído todos de las estanterías en las que habían sido depositados al inicio y se habían desintegrado en una masa de fragmentos en el suelo. Aquellos manuscritos originales se habían convertido ahora en decenas de miles de fragmentos, algunos más pequeños que una uña. El comité de eruditos que se formó para unir los trozos y publicarlos después estuvo trabajando en aquellos rollos durante más de cuarenta años, y en este tiempo muy pocos estudiosos que no participaban en el proyecto obtuvieron permiso para verlos, hecho que suscitó todo ti-

po de animadversión, por no mencionar las teorías de la conspiración acerca de lo que pudieran contener los textos que los eruditos estaban recomponiendo meticulosamente.

A la postre, el atasco reventó por distintos frentes, casi todos simultáneos, a finales de los años ochenta y comienzos de los noventa. Uno de ellos mostraba fotografías de fragmentos que fueron depositados frente a la puerta de un investigador por alguien cuya identidad todavía se desconoce; el otro frente fue un profesor y su estudiante que reconstruyeron el contenido de los fragmentos trabajando a partir de un conjunto de fichas que les habían entregado y en las que figuraba una sola palabra del rollo, junto con la palabra que aparecía antes y la que aparecía después en el manuscrito original. A esta técnica se la conoce como compendio: el equipo reparte copias del mismo a expertos de confianza. Este profesor y su pupilo crearon un programa informático que emparejaba las fichas y reconstruía el contenido original de los fragmentos con una precisión del 90 %.[10]

No obstante, la revelación más sustanciosa fue la de que en un momento dado, y sin que se supiera, se habían tomado fotografías de todos los fragmentos y ahora estaban custodiadas en una cámara acorazada de la biblioteca del Museo Huntington de Los Ángeles. En el instante en que salió a la luz esta información y que el Huntington declarara en 1991 que cualquiera que tuviera las correspondientes credenciales académicas podía acceder a las copias de microfilm, se abrieron las compuertas.[11] Se formó un nuevo grupo de eruditos para trabajar en los fragmentos, y desde entonces se han ido sucediendo volumen tras volumen con asombrosa rapidez. Algunos de los resultados más interesantes se produjeron gracias el trabajo conjunto, y a la inclusión de mujeres y judíos en el equipo dedicado al estudio de los textos; el equipo original estaba compuesto solamente por hombres y todos cristianos. Los nuevos eruditos aportaron nuevas visiones y nue-

vos enfoques al estudio de los manuscritos, y se aplicaron nuevas técnicas a los fragmentos, como las fotografías de infrarrojos, que permitieron una lectura mucho más nítida de algunos de los escritos.

El estudio de los Rollos del Mar Muerto, desde los que están completos hasta los fragmentarios, se ha convertido en una industria artesanal dentro del mundo académico. Ha aparecido una ingente cantidad de publicaciones, desde las más académicas hasta las más divulgativas, y el intenso estudio ha dado algunos importantes frutos: por ejemplo, que el fragmento más antiguo data de finales del siglo III a. e. c. y que corresponde al Libro de Samuel.[12]

Existe otro fragmento del Libro de Samuel que contiene un pasaje que no aparece en nuestras copias de la Biblia: en 1 Samuel 10:11, hay dos párrafos seguidos que empiezan con el nombre de la misma persona, Najas, rey de los amonitas. Es harto probable que el escriba dedicado a la copia del manuscrito levantase la vista del soporte después de escribir el primer párrafo y luego, al mirar de nuevo hacia su texto, viera el mismo nombre al inicio del segundo párrafo; pensando que ya lo había copiado, prosiguió con el párrafo siguiente, pero en realidad solamente había transcrito un párrafo, no dos. Por ende, nuestra Biblia moderna carece de este segundo pasaje, aunque muchas versiones ya lo han incluido basándose en el descubrimiento fruto de los Rollos de Mar Muerto.[13]

Los arqueólogos han encontrado otras cuevas en la zona del mar Muerto con restos de rollos y escritos antiguos, así como otros objetos, pero es muy probable que no tengan relación alguna con el corpus principal de los Rollos del Mar Muerto, puesto que los hallazgos se remontan a otros períodos históricos.

Una de las cuevas que mejor se conoce está en un *uadi* o cañón o valle, llamado Nahal Mishmar. En la denominada cueva del Tesoro, los arqueólogos dieron con un tremendo arsenal de unos cuatrocientos objetos de cobre que datan del período Calcolítico, en torno a 3500 a. e. c. Muchos de ellos eran cabezas de maza, muy probablemente ceremoniales; otros parecen coronas o cetros, aunque no está claro que este fuera su uso real.[14]

Pese a todo, todavía hay otras dos cuevas que superan en fama a todas las anteriores, ubicadas en un *uadi* llamado Nahal Hever, a unos cuarenta kilómetros al sur de Qumran: la cueva de los Horrores y la cueva de las Cartas. Una está situada en el acantilado que conforma la cara norte del *uadi*, la otra tiene una ubicación similar en la cara sur. En la cima de las empinadas pendientes del acantilado en el que se hallan y a las que solo se puede acceder por medio de una precaria escalera de cuerda, se alzó en el pasado un campamento romano de asedio.

Ambas cuevas fueron descubiertas en 1953, pero no se investigaron ni excavaron a fondo hasta 1960 y 1961, como parte del esfuerzo de los equipos dirigidos por cuatro distinguidos arqueólogos israelíes, entre los que figuraba Yadin.

La primera recibe el nombre de cueva de los Horrores por los espeluznantes descubrimientos que se realizaron allí.[15] Se encontraron cuarenta esqueletos, todos ellos fechados en la época de la segunda revuelta judía contra el dominio romano, conocida también como la revuelta de Bar Kojba, cuya rebelión se prolongó desde 132 hasta 135 e. c. y fue infructuosa. La hipótesis es que los cuerpos hallados en esta cueva fueran refugiados o rebeldes que no pudieron escapar de allí porque los romanos acamparon justo encima de ellos, sin duda deliberadamente. Es harto probable que murieran de inanición, puesto que no hay evidencias de traumatismos, aunque en realidad nunca sabremos la verdadera historia de lo que ocurrió en la cueva de los Horrores.

En cambio, sí tenemos una asombrosa cantidad de información relativa a la cueva de las Cartas, que Yadin se encargó de explorar en 1960 y 1961, pese a que ya había sido concienzudamente examinada en 1953 por parte de otros arqueólogos. Los resultados fueron muy fructíferos, con hallazgos que databan de tres períodos: uno era el Calcolítico, de aproximadamente 3500 a. e. c., contemporáneo a la cueva del Tesoro de Nahal Mishmar; el segundo período era el siglo I e. c., quizá de la época de la primera revuelta judía, cuando se ocultaron todos los rollos en la cuevas cercanas a Qumran; el tercero era el siglo II e. c., es decir, contemporáneo a la segunda revuelta judía.

Esta cueva cuenta con dos angostas entradas que conducen a lo que se denomina la sala A, donde los arqueólogos dieron con un fragmento de un rollo en el que había una parte del Libro de los Salmos, que decía «Jehová, ¿quién habitará en tu tabernáculo?» (Salmos 15:1-2). Mediante un detector de metales encontraron una serie de objetos entre los que había vasos de metal y monedas. Desde la sala A, un estrecho túnel conduce a las salas B y C; en esta última se hicieron los hallazgos más importantes y macabros: un cesto de cráneos humanos ocultos en una grieta junto con un esqueleto envuelto en una manta y un niño enterrado en una caja forrada de cuero. En el extremo más alejado de la sala se encontró correspondencia escrita por Bar Kojba (en la que se le menciona por su nombre real, Bar Kosiba), llaves de metal y un cesto hecho de hojas de palmera repleto de objetos como un espejo, llaves, sandalias de cuero, cuencos de madera, jarras de bronce y —quizá lo más importante— un fajo de cartas atadas con jirones de tela pertenecientes a una mujer llamada Babatha, también de la época de Bar Kojba y la segunda revuelta judía.[16]

Resultó que había por lo menos tres hombres, ocho mujeres y seis niños cuyos esqueletos fueron hallados en la sala C dentro de la cueva. La correspondencia redactada por Bar Kojba estaba es-

crita sobre pizarras de madera envueltas en papiros, y en una de ellas se podía leer «Simon bar Kosiba, Presidente [o príncipe] de Israel».[17] Corre la historia, no confirmada, de que cuando Yadin acudió al presidente de Israel personalmente para notificarle el descubrimiento, lo saludó diciendo: «Mensaje de su predecesor, señor».

El material del archivo de Babatha incluía treinta y cinco rollos de papiro, que en su mayoría eran documentos legales relativos a una propiedad que la mujer había heredado de su padre y tutor de su hijo.[18] David Harris, un fotógrafo que estuvo presente el día del descubrimiento de las cartas, escribiría más tarde: «Mientras Yadin comprobaba que no se le hubiera pasado nada por alto, su mano tocó un fardo de tela. Al sacarlo vio un montón de rollos de papiro atados formando un fajo, hoy llamado el archivo de Babatha, que describían la vida cotidiana durante el período de Bar Kosiba. Treinta y cinco años después todavía recuerdo aquella emocionante y maravillosa experiencia como el mejor día de mi vida de fotógrafo».[19]

Indudablemente, los descubrimientos de la cueva del Tesoro, la cueva de los Horrores y la cueva de las Cartas aportaron un material nuevo y espectacular al campo de la arqueología bíblica. No obstante, la verdadera revolución que conmocionó este campo de estudios fue sin duda alguna el hallazgo de los Rollos del Mar Muerto, que arrojaron luz a la Biblia hebrea con textos que se remontan a más de dos mil años atrás. Las vicisitudes por las que atravesaron, desde su descubrimiento hasta la intriga de su comercialización en el mercado de antigüedades, pasando por las controversias académicas que aún suscitan, hacen de los Rollos del Mar Muerto uno de los hallazgos arqueológicos más fascinantes del siglo XX.[20]

15

Misterio en Masada

Ostraca de Masada.

En el 73 o 74 e. c., 960 zelotes judíos —hombres, mujeres y niños— prefirieron suicidarse en lo alto de la montaña de Masada, junto al mar Muerto, antes que ser capturados por los romanos. Esta es la historia que nos relata el historiador romano Josefo y que se ha convertido en una de las más famosas de la Antigüedad. Pero ¿sucedió de verdad? Yigael Yadin, el arqueólogo israelí de la Universidad Hebrea de Jerusalén que excavó el yacimiento a mediados de los años sesenta, asegura que sí. Es más, según él, los objetos hallados durante la excavación así lo demuestran, como bien argumentó en el libro que publicó después con el título de *Masada. La fortaleza de Herodes y el último bastión de los zelotes,* que fue un éxito de ventas.[1]

No era ningún secreto que las excavaciones de Yadin en los distintos yacimientos de Israel, como el de Hazor en los años cincuenta y el de Masada en los sesenta, se emprendieron con el propósito de sustentar y fortalecer las reivindicaciones judías sobre la tierra vinculándolas a relatos bíblicos y a otros aconteci-

mientos trascendentes como la historia que nos cuenta Josefo. Hay quienes aseguran, desde hace tiempo, que este deseo puede haber influido en sus interpretaciones de los hallazgos realizados durante las excavaciones. En 1995 y 2002, Nachman Ben Yehuda, un sociólogo también de la Universidad Hebrea de Jerusalén, publicó sus propias conclusiones a partir de los descubrimientos efectuados en Masada en dos volúmenes independientes: *El Mito de Masada* y *Sacrificar la Verdad*.[2] En ellos concluyó que Yadin había errado en muchas de sus interpretaciones, tal vez deliberadamente, con la finalidad de crear una narrativa nacionalista a partir de los restos hallados en Masada y ayudar al joven Estado de Israel a forjarse una identidad basada en la arqueología.

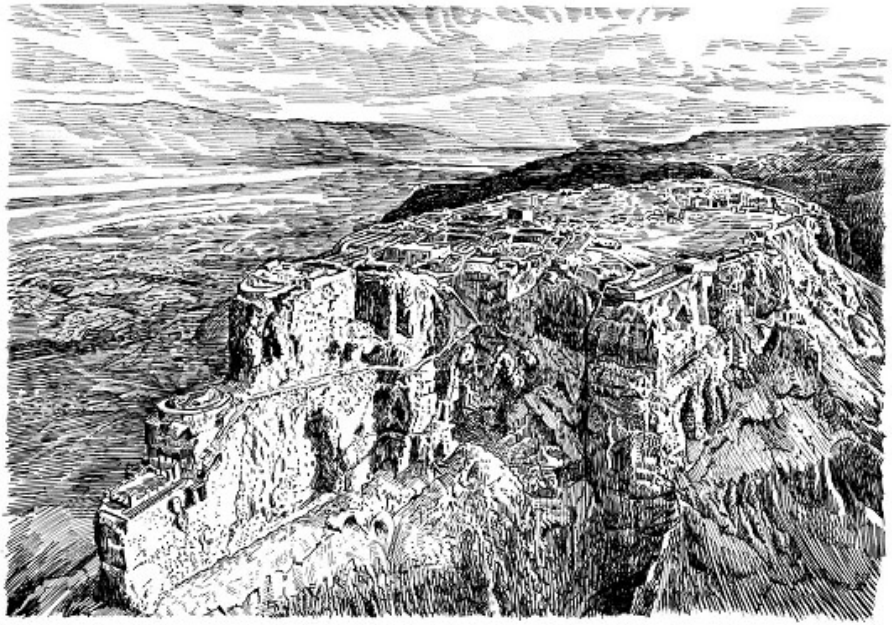
Posteriormente, en 2009, Amnon Ben Tor, profesor de arqueología también de la Universidad Hebrea de Jerusalén y colaborador de Yadin en las excavaciones de Masada, publicó una enconada defensa de las tesis de este último y de sus hallazgos en una obra titulada *Back to Masada*, en la que se servía de la arqueología para refutar todos los argumentos de Ben Yehuda y confirmar las interpretaciones y conclusiones de Yadin.[3]

El debate pone en entredicho la fiabilidad del relato de Josefo; la credibilidad de Yadin, el arqueólogo más prestigioso de Israel; y la influencia del nacionalismo en las interpretaciones de los descubrimientos arqueológicos. ¿A quién hemos de creer?

Masada es una elevada montaña con una meseta plana en la cima, más larga que ancha, que se yergue por encima del desierto seco y árido que la circunda. A partir de las excavaciones realizadas por Yadin a mediados de los años sesenta, se ha convertido en una atracción turística que recibe a medio millón de visitantes al año, centenares de turistas pasean diariamente por las ruinas de la cumbre. Declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 2001, es el segundo destino más popular de Israel después de Jerusalén.[4]

Está situada en el extremo sur del mar Muerto, bastante más al sur de Qumran y de las cuevas en las que se descubrieron los Rollos del Mar Muerto. La cima solo es accesible a pie por un estrecho y tortuoso sendero conocido con el nombre de camino de la Serpiente, que conduce a lo largo de cuatrocientos metros hasta la cara frontal del macizo y la rampa del asedio romano, que todavía se conserva en el lado oeste. El lugar puede llegar a ser tan caluroso que ha habido que aplicar normas para los turistas, que solo pueden iniciar el ascenso antes de las 9:30 de la mañana, porque a partir de esta hora es muy fácil deshidratarse durante la subida. Aquellos que empiezan el ascenso antes del alba se ven recompensados con uno de los amaneceres más espectaculares jamás contemplados, aunque la mayoría de turistas optan por coger el teleférico que se desliza por encima del camino de la Serpiente y saludar a los que tienen debajo.

La labor llevada a cabo por Yadin en Masada durante dos temporadas, desde octubre de 1963 hasta mayo de 1964 y de nuevo desde noviembre de 1964 hasta abril de 1965, fue, en muchos aspectos, un hito para la arqueología. Por un lado, Yadin fue el primero en utilizar voluntarios internacionales para excavar el yacimiento. Reclutó a los participantes mediante anuncios en la prensa, tanto en Israel como en Inglaterra, y terminó reuniendo a voluntarios de veintiocho países.[5]



Masada.

Hoy en día es extraño que una excavación en Israel no cuente con participantes de países de todo el mundo, pero en aquellos días constituía una novedad. El inaudito número los participantes habla por sí solo. Yadin asegura que durante las excavaciones nunca hubo menos de trescientos voluntarios cavando en Masada en todo momento, entre ellos miembros de las Fuerzas de Defensa de Israel, estudiantes de secundaria y miembros de kibutz, además de los participantes internacionales.[6]

La logística para organizar semejante excavación fue colosal, y todos los particulares están relatados en el libro de Yadin.[7] Los arqueólogos aún en activo, que entonces eran estudiantes de universidad, hablan de helicópteros reclutados para trasladar herramientas y equipamiento a la cima del monte, aunque la ruta más habitual era subirlo todo por la ladera oeste, por la rampa romana de asedio, que era el mejor acceso a la cumbre para los voluntarios cargados hasta los topes e incluso para el material más pesado, que se izaba mediante un sistema de carriles por cable. Asi-

mismo, las tiendas de campaña en las que vivían los miembros de la expedición estaban ubicadas al pie de la misma rampa romana, por razones logísticas.

La propia excavación se ha convertido en un tema de leyenda. El propio Yadin asegura que cuando empezaron a planificar las labores de excavación, no se podía ver ninguna estructura reconocible en la cima de Masada, pues toda la zona parecía estar cubierta de «montones de piedras y escombros».[8] Sin embargo, tras realizar fotografías aéreas para saber dónde excavar, muchos de los edificios pudieron apreciarse con facilidad.

Al concluir las excavaciones, habían descubierto que Masada era un asentamiento palacial, construido por el rey Herodes tras su exitoso viaje a Roma en 40 a. e. c., por si se daba el caso de que tuviera que huir de Jerusalén y buscar refugio en otra parte. Posteriormente fue usurpado y ocupado por los *sicarii*, rebeldes que combatían a los romanos más de siete décadas después de la primera revuelta judía.

Masada en realidad contaba con dos palacios: uno estaba ubicado en el extremo norte de la meseta rocosa, con tres niveles empotrados en la ladera del acantilado y orientado para aprovechar la brisa estival en el intenso calor del desierto de Judea; el otro estaba en el lado occidental de Masada. Además de los dos palacios, el equipo de Yadin encontró habitaciones y edificios que hacían las veces de tenerías, talleres e incluso una sinagoga, junto con numerosas áreas de almacenamiento de alimentos y demás provisiones, cuyas vasijas todavía contenían grano calcinado por la destrucción final, y muchas cisternas para recoger el agua de lluvia, puesto que no había agua en aquella región árida y desértica que circundaba Masada.[9]

Algunos muros estaban enlucidos y pintados con imágenes de azul intenso, rojos brillantes, amarillos y negros, de las que tan solo quedan fragmentos. Algunos suelos estaban cubiertos de

mosaicos con elaborados diseños como los que suelen encontrarse por toda Grecia y Roma, seguramente creados por artesanos contratados por Herodes el Grande para emular lo que había visto en Roma. Hoy solo quedan pequeños retazos.

Yadin levantó algunos de los edificios originales a partir de los bloques caídos y desperdigados que encontraron. El mejor ejemplo de ello en Masada es el enorme complejo de almacenes ubicado en la zona norte del yacimiento. Aquí solo quedaban las partes inferiores de los muros, pero las piedras de las partes altas yacían allí donde se habían derrumbado. Yadin y su equipo procedieron a la reconstrucción de las paredes y las salas, utilizando todas las piedras disponibles para los muros, que resultaron medir más de tres metros de altura. Con el fin de mostrar lo que habían hecho y lo que habían reconstruido, trazaron una línea negra para separar la parte inferior que habían excavado de la superior que habían reconstruido.[10] Aún hoy se sigue empleado esta práctica en algunos yacimientos de Israel; por ejemplo, en Megido puede observarse algo similar al cruzar la puerta de la Edad del Bronce Final para entrar en la ciudad antigua.

Yadin declara que pasaron «cada grano de tierra ... por un tamiz especial», y cuando concluyeron habían cribado casi treinta y ocho mil metros cúbicos de tierra. Era la primera vez que se cribaba cada uno de los capazos de tierra extraídos en una excavación en Israel. El resultado fue que dieron con numerosas piezas pequeñas que probablemente habrían pasado desapercibidas, entre las que había centenares de monedas, fragmentos de cerámica con inscripciones y pequeños artículos de joyería como anillos y cuentas. Las monedas le permitieron fechar con bastante precisión los restos que estaban sacando a la luz, sobre todo las monedas que habían sido acuñadas pocos años antes, durante la primera revuelta judía. Había monedas de los cinco años de revolución y algunas muy raras de la revuelta del último año.[11]

Sin embargo, recientemente, las excavaciones de Yadin en Masada han sido objeto de mucha polémica, sobre todo por su interpretación de los vestigios y su uso para reconstruir el antiguo relato de lo que ocurrió en el yacimiento. Su publicación apareció justo un año después del final de las excavaciones, en un gran libro ilustrado y de gran formato: el primer informe de unas excavaciones dirigido a un público popular.[12] En cambio, las publicaciones oficiales de los resultados ocuparon ocho volúmenes y requirieron el esfuerzo de decenas de eruditos durante décadas, y cuyo último libro apareció en 2007, más de cuarenta años después de que finalizara la excavación.

Por consiguiente, la historia de Masada es mucho más que la historia de las excavaciones arqueológicas, es un ejemplo de cómo usan los arqueólogos la información histórica para complementar lo que encuentran durante sus excavaciones y para engrosar los simples detalles que les proporcionan los descubrimientos. Yadin hizo un uso muy particular de los textos de Flavio Josefo, el general judío convertido en historiador romano que escribió dos libros sobre los judíos en el siglo I a. e. c. y que constituye la fuente primaria de lo que pudo acontecer en la cima de Masada casi dos mil años atrás. Sin embargo, la relación entre la arqueología y la documentación histórica tiene doble filo. En otras palabras, si no podemos estar seguros al cien por cien de la precisión de las argumentaciones de Josefo, entonces podemos utilizar la arqueología para corroborar, o para cuestionar, el texto antiguo. Por consiguiente, este caso ha de servir de advertencia ante la tentación de utilizar (o manipular) los testimonios arqueológicos para respaldar derroteros nacionalistas, tal y como insinúan algunos investigadores que hizo Yadin.

En el año 73 o 74 e. c., los romanos sitiaron a un pequeño grupo de rebeldes judíos en Masada, y la única fuente histórica sobre este asedio es Josefo.[13] Su historia de un suicidio en masa de los

judíos defensores era conocida desde hacía tiempo... y, de hecho, Yadin utilizó la arqueología para tratar de corroborar los detalles de la narración de Josefo.

Veamos brevemente la historia de los acontecimientos. Como ya hemos comentado previamente en el capítulo sobre Roma, la primera revuelta judía empezó en el año 66 e. c., cuando los judíos del territorio que hoy es Israel se levantaron contra la ocupación romana. La rebelión duró hasta el 70 e. c., momento en que los romanos tomaron Jerusalén y quemaron gran parte de la ciudad hasta los cimientos, incluyendo el templo construido por Herodes el Grande en sustitución del original, erigido por el rey Salomón, que había sido arrasado por los neobabilonios siglos atrás. Se dice que el primer templo y el segundo, es decir, los construidos por Salomón y por Herodes respectivamente, fueron destruidos el mismo día del año, y que hoy es un día de luto para los judíos conocido como Tisha b'Av.

Al finalizar la revolución, un grupo de rebeldes *sicarii*, u «hombres daga», dirigido por un individuo llamado Eleazar ben Ya'ir, consiguió escapar de la destrucción de Jerusalén y se estableció en Masada. Se apoderaron de los edificios fortificados y de los palacios que había construido Herodes en la cima de Masada como lugar de refugio y último bastión para él y su familia en caso de necesidad.

No obstante, en su relato de lo sucedido, Josefo cometió errores en algunos detalles que nos hacen sospechar que quizá nunca estuvo personalmente en el lugar, sino que utilizó las anotaciones de alguna otra persona. Por ejemplo, dice que Herodes «construyó un palacio ... en la vertiente occidental ... pero inclinado hacia la cara norte», pero en realidad, como ya hemos señalado, los arqueólogos encontraron dos palacios, no uno —al este y al norte — en la cima de Masada.[14]

Sin embargo, otros de los detalles que ofrece Josefo son totalmente correctos: describe los baños que se construyeron allí, menciona que los suelos de algunos edificios «estaban pavimentados con piedras de diversos colores», y que había muchos pozos excavados en la misma roca para ser utilizados como cisternas.[15] Sin duda se refiere a los mosaicos que encontró Yadin todavía parcialmente intactos en algunos suelos, y en cuanto a las cisternas, algunas de las que estaban excavadas en la roca en la cima de Masada eran sencillamente enormes. Yadin estimó que cada una de ellas tenía una capacidad de hasta cuatro mil metros cúbicos de agua, y que sumadas todas podían contener casi cuarenta mil metros cúbicos, o cuarenta millones de litros de agua.[16]

El grupo rebelde resistió durante tres años haciendo incursiones por los alrededores en busca de comida, hasta que los romanos decidieron poner fin al asunto y a los últimos rescoldos de la rebelión. Josefo explica que los romanos, liderados por el general Flavio Silva, rodearon Masada con una muralla que bordeaba por completo la base de la montaña en el suelo del desierto, con guarniciones separadas o fortalezas construidas a intervalos a lo largo del muro, de manera que nadie pudiera escapar.[17] Hoy en día aún pueden verse ocho de las fortalezas de Flavio desde lo alto de Masada cuando se contempla el paisaje circundante.

A continuación, empezaron a construir una larga rampa con tierra y piedras, utilizando una cresta natural que ascendía desde el suelo del desierto hasta unos «trescientos codos» de distancia de la cima de Masada. Una vez terminada empujaron a lo largo de aquella calzada toda clase de máquinas de asedio, desde arietes hasta catapultas que lanzaban grandes piedras y ballestas que disparaban enormes flechas contra los muros de Masada. Josefo señala: «Había ... una torre que medía sesenta codos de altura, toda ella recubierta de metal, desde la que los romanos disparaban

dardos y piedras con las máquinas, hasta que consiguieron que los defensores de las murallas se retirasen y no volviesen a asomar la cabeza por encima de los muros».[18]

En la actualidad, todavía pueden verse réplicas de tamaño natural de algunas de aquellas máquinas de asedio, que quedaron en el yacimiento después de que la cadena ABC filmase una miniserie sobre Masada que fue emitida en 1981. Pero no solo eso, también están expuestos otros objetos hallados por Yadin y otros arqueólogos durante sus excavaciones de los años sesenta, entre los que encontramos lo que parecen balas de catapulta lanzadas por los romanos y posiblemente piedras de honda arrojadas por los judíos defensores.

Una vez instaladas las máquinas, dio comienzo el verdadero asedio. Josefo nos cuenta que el general Silva ordenó que se subiese el ariete por la rampa hasta la muralla, allí varios hombres agarraron la cuerda que estaba atada al enorme tronco de madera afilado que formaba el ariete y tiraron de ella hacia atrás para soltarla de golpe y estrellar la cabeza de carnero con fuerza contra la muralla de fortificación con un gran estruendo.[19] No tardarían demasiado en abrir una brecha.

Pese a ello, los defensores judíos habían levantado su propia muralla en el interior construida con madera y tierra, para que fuera blanda y elástica, según nos cuenta Josefo, que afirma que colocaron grandes troncos de madera longitudinalmente justo en la parte interior del parapeto para, a continuación, repetir la misma operación a unos tres metros de distancia, de modo que ahora tenían dos grandes montones de vigas de madera, cuyo espacio intermedio rellenaron con tierra, logrando así un muro extremadamente grueso de madera por ambos lados con un núcleo de tierra. Esta segunda muralla apoyada contra la fortificación de piedra absorbía los golpes del ariete y dispersaba el impacto. Esta estrategia hizo que los romanos tardasen mucho más de lo pre-

visto en abrir un boquete en el muro, e incluso cuando lograron penetrar la muralla exterior, tuvieron que enfrentarse a aquel grueso parapeto compuesto de capas de madera y tierra.

Al final, simplemente le prendieron fuego y se prepararon para entrar en la ciudad. Según palabras de Josefo, cuando las llamas empezaron a extinguirse, ya caída la noche, los romanos regresaron al campamento dispuestos a aplastar a los defensores a la mañana siguiente.

Este breve respiro proporcionó a los asediados el tiempo suficiente para decidir que había que suicidarse antes que caer en manos de los romanos y ser aniquilados o esclavizados. En este punto, Josefo asegura que el líder Eleazar ben Ya'ir pidió a todos los cabezas de familia que matasen a sus propias mujeres e hijos declarando: «Todavía está en nuestras manos morir con coraje y como seres libres, algo que otros no pudieron elegir al ser conquistados de forma inesperada».[20] Lo echaron a suertes y escogieron a diez hombres para que matasen al resto, después eligieron a uno para que matase a los nueve que quedaban y a continuación se suicidase, de manera que técnicamente solo una persona se habría suicidado, acto que prohíbe la ley judía. No obstante, el efecto fue un suicidio en masa y cuando al día siguiente llegaron los romanos, fueron recibidos por un silencio sobrecogedor. Solo supieron la verdad de lo sucedido cuando dos mujeres y cinco niños salieron de su escondite en una cisterna y repitieron palabra por palabra el discurso de Eleazar. Aquella noche murieron 960 personas.[21]

Esta dramática historia ha reverberado a lo largo de los siglos hasta nuestros días. De hecho, tras las excavaciones de Yadin en el yacimiento, el ejército israelí empezó a celebrar las ceremonias de iniciación para los nuevos reclutas en la cima de Masada y les

hacía jurar en un impresionante ritual nocturno frente a una hoguera ardiendo que «nunca más, nunca más» permitirían que sucediese nada semejante.

Los problemas con el relato de Josefo subsisten, y uno de ellos es que si realmente las dos mujeres y los cinco niños se hubieran escondido en una cisterna, no habrían podido oír el discurso de Eleazar ben Ya'ir, y no digamos repetirlo para que Josefo pudiera después citarlo palabra por palabra. No obstante, el mayor problema reside en que si los romanos habían abierto un boquete en el muro, aunque estuviera anocheciendo, nunca se habrían planteado regresar al campamento para pasar la noche. Las tácticas romanas de la época obligaban al ejército a aprovechar cualquier ventaja en el momento y lugar que se les presentase, independientemente de si era de día o de noche. Por consiguiente, habrían atravesado el muro roto y ardiendo sin dar tiempo a los defensores para discutir el plan y votarlo, ni para el discurso de Ya'ir, ni para echar a suertes, ni para que los hombres matasen a sus esposas y a sus familias, ni para que los diez hombres matasen al resto, ni para que el último hombre matase a los otros nueve. En pocas palabras, no pudo haber sucedido tal y como lo describe Josefo.

Es mucho más probable que los acontecimientos se desarrollasen exactamente como era de esperar. Cuando los romanos abrieron una brecha en la muralla, penetraron en avalancha y masacraron a los judíos defensores. No fue un suicidio en masa, sino una matanza en masa. Es muy posible que Josefo, que escribió después de los hechos ya en Roma y utilizando las anotaciones y diarios de los oficiales al mando que estuvieron presentes, recibiera la petición de blanquear el tema. Es más, Josefo sacó la historia de los hombres matando a sus familias, de diez hombres matando a los otros y de un hombre matando al resto de su propia experiencia.

Unos cuantos años antes, en 67 e. c., durante la primera rebelión contra Roma, Josefo había combatido a los romanos en calidad de general judío en un lugar llamado Jotapata. Consiguieron detener su avance durante cuarenta y siete días, pero finalmente, él y otros cuarenta rebeldes se refugiaron en una cueva, donde decidieron suicidarse matándose unos a otros antes que rendirse. A la postre, solo quedaron vivos él y otro hombre al que convenció para que se rindiese. La historia que nos narra Josefo sobre lo sucedido en Masada parece ser más bien la historia de lo que le ocurrió a él en Jotapata.[22]

Con algunos de estos problemas relacionados con Josefo en mente, incluida la historia de las mujeres y los niños escondidos en una cisterna mientras el resto se suicidaba, Yadin decidió ir a Masada para excavar y ver lo que podía hallar, bien para ratificar o para desmentir el relato.

Algunos de sus hallazgos y la interpretación de los mismos son todavía objeto de gran polémica. No se discute la arquitectura ni los objetos: la cuestión es cómo deberían interpretarse. Por ejemplo, entre los objetos descubiertos por Yadin había hebillas de cinturón, llaves de puertas, puntas de flecha, cucharas, anillos y otros artículos de hierro, junto con gran cantidad de cerámica y numerosas monedas. Él interpretó que estos objetos eran de los judíos defensores de Masada, como bien pudiera ser, pero algunos también podrían haber pertenecido a los romanos asediadores o incluso a posteriores habitantes o invasores del lugar.

Por otro lado, encontró también fragmentos de manuscritos, entre los que había retazos del Libro de los Salmos, uno con partes de los Salmos 81 al 85 y otro del último capítulo del libro, Salmo 150, que reza: «Alabad al Señor … Alabadlo tocando trompetas». En el mismo lugar se descubrieron textos fragmentarios no bíblicos, entre los que destacaba un rollo cuyas líneas de texto son idénticas a uno de los hallados en las cuevas del mar Muerto,

en Qumran, hecho que llevó a Yadin y a otros muchos estudiosos a preguntarse si había alguna conexión entre los defensores de Masada y los habitantes de Qumran.[23]

Sin duda, quizá lo más importante y lo que más polémica ha generado en los últimos años fueron los cuerpos que encontró Yadin en el yacimiento, en total no llegaban a treinta (nada parecido a la cifra de 960 que aporta Josefo), pero algunos todavía tenían el pelo intacto y unas sandalias de cuero al lado.[24] A los veinticinco cuerpos que estaban en una cueva cercana a la cima en la cara sur del acantilado se les rindió un funeral de estado en 1969, a pesar de las objeciones interpuestas por Yadin, que no podía asegurar si pertenecían a los defensores de Masada, a los atacantes romanos o a cualquier otro grupo de distinto período histórico.

Amnon Ben Tor, el actual director de las excavaciones en Hazor, fue el que exhumó otros tres esqueletos cerca de unos pequeños baños ubicados en la terraza inferior del palacio norte, y afirma que aquel fue el día más emocionante de toda su carrera profesional.[25] En el libro que publicó después, Yadin sacó el máximo partido de aquellos tres cuerpos, declarando que cuando dieron con los restos, «incluso los más veteranos y los más cínicos de todos cuantos allí estábamos nos quedamos helados, contemplando con asombro el hallazgo que acababa de salir a la luz».[26]

Uno de los cuerpos, aseguraba Yadin, era «el de un hombre de unos veinte años, quizá uno de los comandantes de Masada», puesto que junto a él había escamas de armadura, docenas de flechas, un fragmento de cerámica inscrito y retazos de un chal de oración. A su lado, sobre un suelo enlucido y manchado con lo que parecía sangre, había el esqueleto de una mujer joven con el pelo todavía intacto: «Perfectamente trenzado ... como si la acabasen de peinar». Las sandalias, también conservadas, yacían junto a su cuerpo. El tercer esqueleto, confirmaba Yadin, «era el

de un niño».[27] El arqueólogo estaba convencido de que formaban un grupo familiar y que murieron juntos. Este particular ha suscitado mucho debate a lo largo de los años, lo mismo que los fragmentos de cerámica que se encontraron con nombres escritos en tinta: en uno de ellos ponía «ben Ya'ir».[28] Para Yadin, aquellos cuerpos y los restos de cerámica confirmaban el relato de Josefo y la existencia de Eleazar ben Ya'ir.

Sin embargo, y por desgracia para Yadin, un reciente análisis forense indica que los miembros de aquel supuesto grupo familiar sobre el que escribió tenían edades muy similares para haber sido una «familia»: el hombre tenía unos veinte años, la mujer dieciocho y el «niño» era un muchacho de unos once años.[29]

Persisten aún otros problemas, entre ellos el hecho de que hubiera once fragmentos de cerámica inscritos en lugar de diez; huesos de cerdo mezclados con algunos de los enterramientos; y así sucesivamente. Todos estos pormenores fueron debidamente enumerados en los libros de Ben Yehuda y después descartados a su vez por Ben Tor.

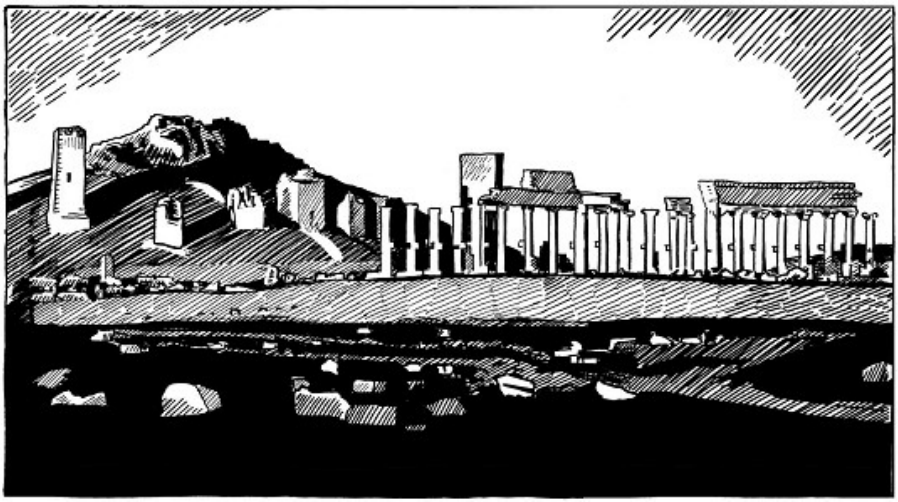
Independientemente de si uno sigue a Ben Yehuda o a Ben Tor en el agravio o en la veneración de Yadin, las conclusiones finales de Ben Tor en su libro en defensa de aquel parecen sinceras. Como bien dijo: «Situar Masada en la agenda científica ... por un lado, y en la conciencia pública como enclave turístico, por otro, son ambas cosas la verdadera expresión y un auténtico monumento a los dos aspectos de la personalidad de Yadin: el erudito y la figura pública».[30]

No obstante, y por encima de todo, las excavaciones de Yadin en Masada constituyeron un hito para la arqueología en Israel, especialmente en lo relativo al empleo de voluntarios internacionales y en otros aspectos de la logística operacional. Sin duda, son importantes para el turismo en la actualidad, pero también porque están en el meollo de los recientes debates acerca de las

interpretaciones que hacen los arqueólogos, sobre todo aquellos que tienen una agenda nacionalista que va más allá de la simple lectura de los datos que les brindan sus hallazgos.[31]

16

Ciudades del desierto



Palmira: vista desde lejos.

Los yacimientos del moderno Israel y de Palestina son, quizá, los más conocidos por el público en general debido a sus conexiones bíblicas; no obstante, no son necesariamente los más extensos ni los más impresionantes de Oriente Medio. Abundan otras ciudades en ruinas y antiguos *tells* más al norte y al este, en Siria, Jordania e Irak, aunque son lugares menos visitados por los turistas occidentales a causa de su lejanía y por la inestabilidad política de la zona en las últimas décadas. Ya hemos mencionado someramente algunos de estos yacimientos, como los de Ur, Nimrud y Nínive en Irak, y ahora, en el presente capítulo, describiremos brevemente otros tres: Ebla y Palmira, en Siria, y Petra, el almacén del desierto, en Jordania.

La primera vez que Ebla (actualmente Tell Mardikh) saltó a los titulares de la prensa de todo el mundo fue en la década de 1970. Paolo Matthiae, de la Universidad de Roma La Sapienza, y su equipo empezaron a excavar en el yacimiento en 1964 y han proseguido hasta la actualidad, casi cincuenta años en total. Las ex-

cavaciones han durado tantos años debido a la extensión del yacimiento, que ocupa unas 55 hectáreas. Las murallas de tierra que protegían la ciudad todavía pueden verse con claridad a pesar de que hoy en día hay una carretera que las atraviesa y por la que se accede al resto del yacimiento, que se compone de una gran ciudad baja y de una ciudadela —un montículo más elevado— en el centro del emplazamiento, donde se encuentran los palacios reales y los edificios administrativos.[1]

Cuatro años después de iniciar las labores de excavación, el equipo de Matthiae encontró una estatua que había sido depositada como ofrenda casi cuatro mil años atrás por un lugareño llamado Ibbit-Lim, con una inscripción en la que el hombre decía ser el hijo del rey de Ebla. Aquello fue una verdadera revelación, puesto que hasta entonces los estudiosos habían creído que Ebla estaba situada más al norte de Siria, no en Tell Mardikh. Continuaron con las excavaciones hasta que a la postre pudieron confirmar que, efectivamente, habían encontrado la antigua Ebla.[2] Ahora sabemos que es un yacimiento extremadamente importante con una larga historia que se remonta hasta el tercer milenio a. e. c. y cuya existencia se prolongó hasta su destrucción en torno al año 1600 a. e. c.

Matthiae y su equipo se pasaron los primeros nueve años trabajando en el sector del montículo y en los edificios que se remontaban a la segunda época de ocupación, desde 2000 hasta 1600 a. e. c. aproximadamente, porque estaban interesados en aquel período que correspondía a la época de los amorreos, conocidos por la Biblia, y de Hammurabi de Babilonia, que gobernó justo después de 1800 a. e. c.[3]

Hasta después de 1973, el equipo de Matthiae no empezaría a trabajar en la primera fase de ocupación, que se remontaba aproximadamente a 2400 a 2250 a. e. c. Justo al año siguiente hicieron un descubrimiento que los catapultaría a ellos y a la ciudad de

Ebla a los libros de historia, porque fue el año en que sacaron a la luz las primeras tablillas de arcilla del yacimiento, a las que no tardarían en sumarse otras halladas en 1975 y en 1976.

Puede que en total haya unas veinte mil tablillas —fechadas casi todas entre 2350 y 2250 a. e. c.— encontradas buena parte de ellas en dos pequeñas estancias en el interior del llamado Palacio G, todavía en el suelo donde habían caído tras arder y desplomarse las estanterías en las que habían sido depositadas. El hallazgo de esta gran biblioteca de la Edad del Bronce Antiguo ocupó los titulares de la prensa de todo el mundo. No obstante, al poco tiempo volvieron a saltar a la palestra provocando una encendida polémica porque Giovanni Pettinato, el epigrafista de la expedición que descifró las tablillas, sugirió que Sodoma y Gomorra aparecían mencionadas en ellas, así como ciertas figuras bíblicas como Abraham, Israel, David e Ismael.[4]

Es duro recordar hoy cuánta euforia y emoción desató aquel descubrimiento y lo rápido que se disipó cuando posteriores investigaciones de otros epigrafistas demostraron que las tablillas no decían nada de aquello en absoluto: ni Sodoma ni Gomorra, ni Abraham, ni Israel, ni David, ni Ismael.[5] El error de interpretación se produjo porque las tablillas estaban escritas en una lengua desconocida, hoy llamada eblaíta, que utilizaba los signos cuneiformes sumerios, que Pettinato pensó que podía leer porque conocía el sumerio, la lengua escrita más antigua conocida del sur de Irak, a unos mil seiscientos kilómetros de distancia, pero terminó haciendo una traducción totalmente errónea.

A consecuencia de todo aquello, Pettinato cortó sus vínculos con Matthiae y dimitió también del comité internacional que este último había creado para traducir y publicar las tablillas. No obstante, siguió publicando sobre ellas por su cuenta en varios li-

bros y artículos, a pesar de haber sido sustituido por un nuevo director epigrafista llamado Alfonso Archi, de la Universidad de Roma.[6]

Históricamente hablando, las tablillas de Ebla son extremadamente importantes, aunque no contengan referencias bíblicas, porque lo que sí incluyen son listas de reyes que gobernaron en Ebla; tratados; topónimos; evidencias de comercio internacional; y la confirmación de la existencia de una escuela de escribas, donde los estudiantes aprendían a leer y a escribir. Son testimonio de que Ebla era un importante centro que gobernaba sobre un reino de cuya existencia no se tenía constancia alguna, y al mismo tiempo constituyen un claro ejemplo de cómo las evidencias textuales halladas por los arqueólogos complementan y amplifican los otros datos arqueológicos que han ido saliendo a la luz a lo largo de los años.

En cuanto a los mencionados datos, en Ebla se encontró una serie de palacios y edificios destruidos por un fuego, que resultó letal para ellos, pero muy positivo para los arqueólogos, porque gracias a ello se conservaron las ruinas y algunos de los artefactos que había en el interior. Entre los objetos más pequeños destaca una figura de un toro con cabeza humana hecho de oro, esteatita y fragmentos de marfil que antaño adornara los muebles de madera hoy desaparecidos, y cuyos fragmentos de marfil quedaron calcinados por el fuego; no obstante, se ha recuperado alguno que, en cierto modo, puede ser reconstruido. Hay también un fragmento de la tapa de un cuenco de piedra que lleva inscrito el nombre del faraón egipcio del Reino Antiguo, Pepi I (*c.* 2300 a. e. c.), cosa que implica una cierta relación, aunque fuera indirecta, entre Egipto y Ebla.

Matthiae y su equipo dejaron de excavar en el yacimiento en 2011 a causa de la guerra civil de Siria, y desde entonces el lugar ha sido dañado y saqueado sin piedad: se han cavado túneles; las

cuevas llenas de esqueletos han sido desvalijadas y los huesos tirados; se han perpetrado daños incalculables.[7] Solo podremos conocer su alcance cuando se aplaque la violencia que hoy sacude y consume al país y sea seguro regresar de nuevo a la zona.

Sin embargo, Ebla no es el único yacimiento antiguo de Siria, o de Oriente Medio, que ha resultado afectado por la violencia que recorre la región. El emplazamiento de Palmira en el desierto sufrió también terribles daños a consecuencia del fuego de mortero y de otras acciones llevadas a cabo durante la guerra civil, sobre todo en 2012 y 2013. Pero aún cabían más horrores: en mayo y junio de 2015 saltó de nuevo a los titulares por los destrozos causados cuando las fuerzas del Dáesh invadieron el yacimiento y en agosto del mismo año, cuando el Estado Islámico ejecutó al Dr. Khaled al-Asaad, el último director de Antigüedades de Palmira. Después, volaron también dos de los templos más famosos junto con otros monumentos del yacimiento, entre ellos el arco de triunfo que se había mantenido en pie durante casi dos mil años, desencadenando un clamor universal contra sus nefastas acciones. Finalmente fueron desalojados y expulsados del lugar por las fuerzas sirias en marzo de 2016.[8]

El arco de triunfo, que atravesaba de una punta a otra la calle principal, cerca del extremo oriental, fue construido por el emperador romano Septimio Severo en torno al año 200 e. c., posiblemente para celebrar su victoria sobre los partos en Mesopotamia, una zona no muy alejada de Palmira. A escasos seis meses de su voladura por parte del Estado Islámico, se recreó el arco en la plaza Trafalgar de Londres a dos tercios de su tamaño original, utilizando tecnología tridimensional y mármol egipcio. La réplica estuvo expuesta durante tres días y después fue enviada para ser exhibida en otras ciudades del mundo, incluidas Nueva York y Dubái.[9]

Como bien sabe gran parte del mundo, el antiguo yacimiento de Palmira, que está situado en un oasis en pleno desierto sirio, al noreste de Damasco, fue declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1980.[10] En la Antigüedad, conocida con el nombre de Tadmor, la ciudad estuvo activa durante la Edad del Bronce, en el segundo milenio a. e. c., pero su verdadero apogeo se produjo en tiempos del Imperio Romano, sobre todo en el período que abarca desde el siglo I hasta el III e. c., cuando era una importante ciudad nabatea.

Pese al misterio que todavía envuelve a los nabateos, sabemos a ciencia cierta que desempeñaron un papel fundamental para las rutas comerciales internacionales que conectaban el Imperio Romano con la India e incluso con la lejana China. Palmira, cuya arquitectura reflejaba influencias extranjeras, sobre todo grecorromanas y persas, fue una de sus ciudades más importantes, porque constituía una de las principales estaciones de las rutas caravaneras que atravesaban el desierto. La ciudad se rebeló contra los romanos a comienzos de la década de 270 e. c., en lo que se conoce como la rebelión de la reina Zenobia, casada con el rey de Palmira, que fue asesinado en 267 e. c. cuando su hijo tenía solo un año de edad. A raíz de estos hechos, Zenobia accedió al trono en calidad de regente y poco después encabezó una revuelta contra Roma que se prolongó durante más de cinco años: al inicio, su ejército consiguió grandes triunfos, pues conquistó Egipto y se apoderó del resto de Siria y de lo que hoy es Israel y Líbano, e incluso de franjas de la moderna Turquía. Sin embargo, el ejército romano logró aplastar a los palmireños en 273 e. c. y sofocar la rebelión, que acabó con la destrucción de la ciudad a manos del emperador Aureliano. Y aunque posteriormente fue reconstruida, nunca volvería a ser la de antes. Según algunas fuentes antiguas, al año siguiente la propia Zenobia fue conducida a Roma como prisionera y fue exhibida por las calles atada con cadenas de oro

como parte del desfile triunfal organizado por Aureliano para celebrar su victoria. Lo que le ocurrió después es todavía objeto de debate: matrimonio con un romano, ejecución y suicidio son los diversos relatos sobre sus últimos días que nos han llegado de autores antiguos. Aun así, junto con Boudica, que encabezó una revuelta contra los romanos en Britania dos siglos antes (en 60-61 e. c.), Zenobia sigue siendo una de las líderes militares más famosas de la Antigüedad.

Arco de triunfo de Palmira.

Las primeras excavaciones sustanciales llevadas a cabo en el yacimiento por parte de arqueólogos franceses, especialmente de las ruinas del período romano, comenzaron en 1929 y sacaron a la luz impresionantes restos, como el templo de Bel y el ágora, o mercado, que fueron parcialmente reconstruidos. Arqueólogos suizos y sirios también cavaron en este lugar, pero la presencia más constante ha sido la de los arqueólogos polacos, que siguieron excavando hasta 2011, cuando se vieron obligados a abandonar el yacimiento al inicio de la guerra civil siria, antes de que el Dáesh invadiera el territorio.

En tiempos de calma y más seguros, Palmira es un enclave excepcional para visitar, especialmente al atardecer o al amanecer. El lugar favorito de los fotógrafos en estos dos momentos del día son los cuatro pilonos, conocidos colectivamente como el Tetrápilo, construidos por Septimio Severo al mismo tiempo que el arco de triunfo, en una intersección a mitad de camino de la calle principal, a medio kilómetro aproximadamente del extremo este. De los cuatro que quedan en pie, solo uno es original, los otros son réplicas de cemento erigidas en 1963 por el departamento de antigüedades sirio. La calle está columnada y se extiende a lo largo de más de un kilómetro, desde el arco triunfal y el templo de Bel en el extremo oriental, pasando por el teatro romano que tenía un aforo para miles de personas, hasta un enorme templo funerario en el extremo occidental. A dos tercios de la altura de las columnas hay unos pequeños zócalos o pedestales para albergar las estatuas de personajes donantes que habían pagado la construcción de la calle y de la columnata. Las inscripciones al pie de las estatuas incluyen sus nombres y los de sus familias, que nos han permitido saber algo más sobre los habitantes de Palmira.

En cuanto al altar que hay en el interior del templo de Bel, o Baal, que en origen era un dios cananeo del segundo milenio a. e. c., fue consagrado en el año 32 e. c. y el templo con el aspecto que ofrecía hasta hace relativamente poco fue terminado unos cien años después, en el siglo II e. c. Lamentablemente, este fue uno de los templos que el Dáesh hizo saltar por los aires a finales de agosto de 2015, destruyendo con ello un hermoso monumento que, igual que el arco de triunfo, llevaba casi dos mil años en pie.

Entre las ruinas de Palmira está el campamento que el emperador Diocleciano construyó para sus soldados a finales del siglo III y comienzos del IV e. c., que constituye el centro de interés de las excavaciones arqueológicas. Hay también un castillo erigido

en el siglo XVII e. c. por un emir árabe del lugar en lo alto de la colina dominando la ciudad, que todavía sigue allí y que vale la pena visitar, siempre que la situación en Siria lo permita.

No obstante, hoy en día Palmira es solo el segundo yacimiento nabateo más famoso, gracias, en parte, a Indiana Jones. Aunque su retrato no sea el de un verdadero arqueólogo, la tercera entrega de la serie, *Indiana Jones y la última cruzada*, consiguió centrar la atención del mundo entero en el yacimiento de Petra, declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco.[11]

Situada en el desierto jordano a unas pocas horas en coche de la moderna ciudad de Amán, Petra fue declarada una de las Siete Maravillas del Mundo en una encuesta a través de internet llevada a cabo en 2007.[12] Es uno de los enclaves que figuran en la lista de sitios a visitar de muchas personas, sobre todo ahora que hay grandes hoteles de cinco estrellas con aire acondicionado en los que alojarse. Los jordanos han protegido con esmero este yacimiento, que ahora ofrece un tremendo contraste con los daños causados en Palmira, donde la violencia imperante en Siria hizo imposible la protección del antiguo emplazamiento.

A pesar de que la zona estuvo habitada posiblemente desde el siglo V a. e. c., la ciudad alcanzó su apogeo con el inicio de los nabateos en el siglo IV a. e. c. y continuó floreciendo durante más de quinientos años, sobre todo durante la época en que los romanos rondaron por aquella zona, desde principios del siglo II e. c. Después, tras la destrucción de casi la mitad de Petra a causa de un terremoto a mediados del siglo IV y de otro que sacudió el lugar en el siglo VI, todo se detuvo: no más actividades constructivas, no más acuñación de monedas.[13]

Al parecer, Petra fue el centro de la confederación de ciudades nabateas, cuya actividad consistía en controlar el lucrativo comercio de olíbano, mirra, especias y otros productos de lujo que atravesaban la península arábiga, conectando Asia con Egipto.

Los nabateos destacan por su ingeniería hidráulica, que les permitió canalizar hasta Petra el agua de las ocasionales inundaciones a través de una serie de embalses, canales y cisternas.[14]

Vista del «tesoro» de Petra.

Tras el abandono de la ciudad a finales del siglo VII, Petra quedó sumida en el olvido para la historia y solo recordada por los lugareños que vivían en las inmediaciones, hasta que fue «descubierta» de nuevo en 1812 por el mundo occidental. Aquel año, pasó

por la zona un explorador suizo llamado Johann Burckhardt, que, vistiendo el atuendo árabe de la época y haciéndose llamar Sheikh Ibrahim Ibn 'Abd Allah, y con un excelente dominio del árabe, viajó por Oriente Medio desde 1809 hasta su muerte por disentería en 1817, con solo treinta y dos años de edad.[15]

Otros aventureros siguieron sus pasos, entre ellos el primer arqueólogo americano, John Lloyd Stephens, que emuló a Burckhardt en 1836 vistiendo como un mercader del El Cairo y cambiando su nombre por el de Abdel Hasis, y se adentró en el Uadi Musa hasta llegar a Petra.[16]

En 1845 John Burgon escribió un poema titulado «Petra» en el que describe la ciudad como «surgida de la roca como por arte de magia, ¡eterna, silenciosa, maravillosa, única!», y termina con los inmortales versos «ciudad roja rosada antigua como la mitad del tiempo».[17] Sin embargo, Burgon nunca vio Petra con sus propios ojos, sino que compuso el poema a partir de las descripciones que había leído sobre el lugar, especialmente el relato publicado por Stephens unos años antes de viajar al Yucatán y realizar sus famosos descubrimientos mayas.

Efectivamente, las paredes de los acantilados en los que están excavados los restos de la ciudad de Petra se tornan de un rojo rosado a determinadas horas del día, aunque dependiendo del ángulo del sol, pueden adoptar una variedad de colores. Es el verdadero paraíso del fotógrafo, además de ser un maravilloso enclave arqueológico.

Las excavaciones del yacimiento comenzaron en 1929 y todavía prosiguen en la actualidad. La expedición americana inicial a Petra fue dirigida por Philip Hammond, de la Universidad de Utah, en la década de 1960.[18] Hammond, que falleció en 2008, era un personaje harto pintoresco según descripciones que aseguran que durante las excavaciones solía cabalgar por el entorno a lomos de un caballo blanco.[19] Sin embargo, hoy en día una de las

principales maneras de entrar al emplazamiento es montando a caballo, burro o camello, y la primera visión del sitio, después de media hora o más de cabalgar por el *siq*, o cañón, es absolutamente espectacular, como bien puede certificar cualquiera que haya visto la película de Indiana Jones, aun sin haber estado personalmente en el yacimiento.

El nombre formal del *siq* es el de Uadi Musa, el desfiladero por el que los turistas entran en Petra, tal y como hizo Stephens un siglo y medio antes. Es un cañón muy angosto que serpentea dando vueltas y más vueltas a través de las paredes rocosas que se alzan imponentes a ambos lados. Es muy probable que esta no fuera la entrada principal a la ciudad, sino más bien una entrada ceremonial, puesto que el espectáculo final, recogido en postales y fotografías por todas partes, deja sin aliento: las paredes del estrecho cañón se abren repentinamente a una inmensa plaza o espacio abierto frente a lo que llamamos el «tesoro», formalmente conocido como Khaznah. Como después escribiría Stephens, «la primera visión de aquella soberbia fachada causa una impresión imperecedera ... Aún hoy [un año después] ... veo ante mí la fachada de aquel templo; ni el Coliseo de Roma, por más grandioso e interesante que pueda ser, ni las ruinas de la acrópolis de Atenas, ni las pirámides, ni los majestuosos templos del Nilo, acuden a mi memoria con tanta frecuencia».[20]

El Khaznah, que los nabateos excavaron en la arenisca blanda de la pared del desfiladero, tal y como hicieron con muchos otros edificios y estructuras de Petra, fue el foco de la película *Indiana Jones*. Pero no hemos de creer el filme a pies juntillas: el interior del Khaznah, o tesoro, es muy pequeño y no hay espacio suficiente para mucha gente a la vez, aunque entre ellos haya un penitente. Probablemente se construyó para servir de tumba, pero nunca fue su pretensión dar cabida a muchas personas. Se conoce con nombre de «tesoro» porque el folclore local insistía en que había

oro y objetos valiosos ocultos en la gran urna, de piedra sólida, que adorna la fachada, y que ahora está acribillada de agujeros de bala, consecuencia de los esfuerzos por romperla y hacerse con el tesoro.[21]

Tras pasear hasta el corazón de Petra por la calle de las Fachadas, que en realidad son tumbas excavadas en la pared del desfiladero, se llega frente a los restos del teatro romano, que tenía aforo para más de ocho mil personas repartidas en treinta y tres filas de asientos. Un poco más lejos se encuentran las llamadas «tumbas reales», también excavadas en la roca del acantilado, cuyos primeros ocupantes son todavía objeto de debate, ya que se desconoce si pertenecían o no a la realeza. Ni siquiera los nombres nos son de ayuda puesto que se trata de designaciones modernas como tumba de la Urna, tumba de la Seda, tumba Corintia y tumba del Palacio; la única de la que se conoce el ocupante es la tumba de Sexto Florentino, que fue gobernador de la provincia romana de Arabia en el siglo II e. c.[22]

Al final de la calle de las Columnas, que recibe su nombre por las columnas que la flanquean, se encuentra el Gran Templo, que podría no ser un templo sino el principal edificio administrativo, pero desde 1921 se le ha dado este nombre pese a que nadie sabe con certeza qué es. Destacan dos cabezas de elefante en la parte superior de algunas de las columnas de esta estructura, pero tampoco contribuyen a solventar el dilema acerca del propósito para el que fue construido.

Los arqueólogos de la Universidad Brown han estado excavando el Gran Templo, y otras zonas de Petra, durante varias décadas, primero bajo la dirección de Martha Joukowsky y recientemente bajo la codirección de Susan Alcock y Chris Tuttle.[23] En 1998 se descubrió una enorme piscina que medía unos 46 por 21 metros de superficie con dos metros y medio de profundidad, así como un complicado sistema para llenarla de agua, que fue exca-

vada por Leigh-Ann Bedal, que entonces era una estudiante de doctorado de la Universidad de Pensilvania y que ahora ejerce la docencia en Penn State Erie, el Behrend College. Al frente de un equipo de arqueólogos internacionales, aunque en su mayoría eran estadounidenses, hallaron también los restos lo que probablemente fuera un elaborado jardín que formaba un conjunto con la piscina: aquella debió de ser una visión realmente asombrosa en la Antigüedad, en aquel paraje tan seco y desértico.[24]

Construido a comienzos del siglo I e. c. y destruido unos trescientos años después a consecuencia de un terremoto, se yergue en la colina de enfrente el templo de los Leones Alados —cuyo nombre responde a las estatuas de leones alados que hay en su interior— descubierto en 1973 mediante detección remota y excavado desde entonces por equipos estadounidenses.

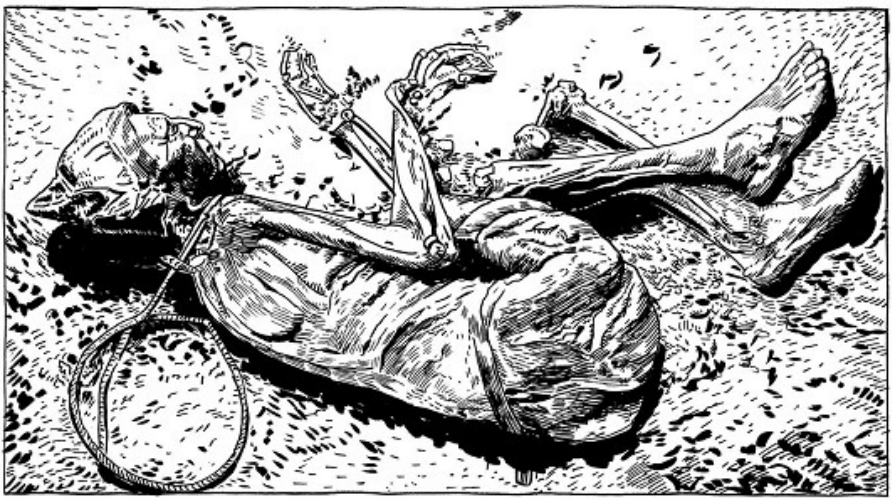
En la cercana iglesia, erigida sobre las ruinas nabateas y romanas a finales del período clásico —siglos V y VI e. c.— se encontraron varios mosaicos, uno de los cuales representaba las estaciones. En 1993, mientras se construía un pabellón para proteger los mosaicos y los restos de la iglesia, unos arqueólogos de ACOR (Centro Americano de Investigación Oriental) desenterraron por lo menos 140 rollos de papiro carbonizados del interior de una sala de la iglesia.[25]

Fechados en el siglo VI e. c., estos rollos fueron pasto de las llamas que, paradójicamente, terminaron por preservarlos, aunque muchos resultan ilegibles. Papirólogos expertos en descifrar textos antiguos han podido leer unos cuantos y determinar que están todos escritos en griego y que la mayoría tratan de diversos temas económicos como propiedades, matrimonios, herencias y divisiones de propiedades, llegando uno de ellos incluso a detallar un caso relativo a objetos robados.

Desde este punto de Petra se puede continuar por un largo camino escalonado que conduce a la parte más alta del yacimiento, donde se yergue un enorme templo conocido como el «monasterio». Es tan monumental como el tesoro que se encuentra en la entrada, pero la cuesta es tan ardua y empinada que no recibe demasiados visitantes. Al igual que el tesoro, la fachada del monasterio está tallada en la roca viva y tiene una altura de aproximadamente cuarenta metros, pero es dieciocho metros más ancho.[26] Desde esta altitud hay una vista que domina toda la zona, y a pesar de que la mayoría de guías recomiendan subir al monasterio al caer la tarde, yo argumentaría que es mejor iniciar el ascenso de una hora de madrugada, antes de que la temperatura sea demasiado elevada. En una ocasión tuve la oportunidad de pasar la noche en la cabaña de unas antiguas excavaciones justo en el corazón de todas aquellas ruinas y pude levantarme e iniciar la subida antes del amanecer. Llegué antes de la salida del sol y pude gozar de una soberbia vista mientras el sol se alzaba por el horizonte: un espectáculo que nunca olvidaré. Me detuve un buen rato, antes de iniciar el descenso, y reflexioné en completo silencio sobre la larga historia de la región y sobre la extraordinaria ciudad que durante siglos estuvo perdida para el mundo exterior.

Palmira, Petra y Ebla son solo tres de las extraordinarias ciudades excavadas en Jordania y Siria; por lo tanto, podría haber dedicado más tiempo a describir también las maravillas de Gerasa y Pella en Jordania, Mari y Ugarit en Siria y decenas de otros increíbles yacimientos. Las trágicas consecuencias del actual conflicto en Oriente Medio deberían servirnos para recordar lo valiosos, y frágiles, que pueden llegar a ser estos fragmentos del pasado.

El arte de excavar 3: ¿Cuántos años tiene y por qué se ha conservado?



Hombre de la ciénaga de Tollund.

Recientemente, durante una entrevista, un periodista me preguntó: «Si todo aquello que excava, estudia y sobre lo que escribe sucedió hace tanto tiempo, ¿cómo puede estar seguro de las fechas? Mi respuesta breve fue «radiocarbono, textos egipcios y otros documentos, sincronismos, dendrocronología, tipología cerámica, el factor de error más/menos, y la voluntad de reconocer que nada de eso está grabado en piedra». He de reconocer que la pregunta me sorprendió porque la formuló con una cierta agresividad, pero después pensé que quizá mucha gente se hace esa misma pregunta pero que no se atreve a manifestarla.

De hecho, una de las preguntas que me lanzan más a menudo en las reuniones sociales no es más que una variante de la que me planteó el periodista: ¿cómo se sabe qué edad tienen las cosas que se encuentran?, o bien ¿cómo han podido conservarse cosas tan antiguas?, ¿por qué no se han desintegrado y convertido en

polvo? Por consiguiente, en este apartado abordaremos el tema de cómo fechan los arqueólogos los artefactos antiguos y qué condiciones son necesarias para que estas cosas se conserven.[1]

La primera pregunta es probablemente la más sencilla de responder: ¿cómo sabemos cuántos años tiene algo? Como le contesté al periodista, es tan simple como leer un texto egipcio, sobre todo si este menciona, por ejemplo, el «año 8» de un determinado faraón y sabemos por otras fuentes cuáles fueron las fechas de su reinado. Otras veces tenemos sincronismos entre culturas o civilizaciones que interactuaron, de manera que podemos saber, por una carta encontrada en el archivo de Amarna, en Egipto, que Amenhotep III vivió en la misma época que Tushratta, del reino de Mitanni (en el norte de Siria), porque ambos mantuvieron correspondencia… y además, nos consta por otras evidencias que Amenhotep vivió a comienzos del siglo XIV a. e. c., por ende, es obvio que Tushratta también. Así es como a menudo podemos componer listas cronológicas de gobernantes, acontecimientos y demás, utilizando listas de reyes y observaciones astronómicas que nos dejaron los pueblos antiguos en Babilonia, Egipto, Asiria y en otros lugares.

Por otro lado, existe una gran variedad de métodos científicos de datación a disposición de los arqueólogos, que habitualmente usan el radiocarbono, la termoluminiscencia y el análisis potasioargón para fechar objetos antiguos.[2] Se trata de «fechas absolutas» de un objeto, es decir, en años de calendario, como 2015 e. c. o 1350 a. e. c., pero no siempre es posible hacerlo así, y hemos de establecer una fecha relativa: por ejemplo, el nivel 3 está por debajo del nivel 2 en el yacimiento, y por consiguiente es más antiguo. En este caso el arqueólogo desconoce aún la fecha absoluta de los niveles, sobre todo al comienzo de las excavaciones, pero sí sabe la relación entre ambos.

No obstante, el método de datación más utilizado sea probablemente el radiocarbono, conocido también como carbono 14 (abreviado C-14), que, como todos los métodos químicos, tiene un factor de error «más-menos», como en el caso «1450 a. e. c. más-menos veinte años», y una probabilidad estadística de que la fecha caiga dentro del margen propuesto. Por este motivo, la datación por C-14 no resulta demasiado útil para cosas que están relativamente próximas a nuestro tiempo, pero sí para fechar objetos que tienen varios siglos de antigüedad o, aún mejor, varios miles de años.[3]

La idea básica, descubierta por un científico llamado Willard Libby que ganó el premio Nobel por su trabajo, es que todo ser vivo ingiere, bien a través de la respiración o bien mediante la alimentación, un pequeño porcentaje de isótopos radiactivos del carbono a lo largo de toda su vida, además del carbono estable. La radiación de la atmósfera crea constantemente C-14, que se combina con el oxígeno para formar una versión radiactiva de dióxido de carbono.

Durante la fotosíntesis este C-14 se incorpora a las plantas que después son ingeridas por los animales y los humanos; sin embargo, al ser radiactivo, el C-14 se desintegra, como todos los materiales radiactivos. Se le conoce una vida media de poco más de 5.700 años, es decir, la mitad de la cantidad original se habrá desintegrado y desaparecido transcurridos estos años. Es relativamente fácil determinar cuánto carbono hubo originalmente en una determinada muestra, y dado que la proporción entre átomos de C-14 y átomos estables de C-12 es constante, podemos medir la cantidad de C-14 que todavía queda en una muestra y con ello deducir la fecha de la muerte de dicho organismo (en el caso de los humanos o animales) o el momento en que fue cortado (en el caso de un árbol convertido en leño) o que dejó de existir (como las plantas o hierbas de corta vida).[4]

Los materiales orgánicos como los esqueletos humanos, huesos de animales, trozos de madera y semillas calcinadas pueden datarse mediante C-14, sobre todo estas últimas son especialmente buenas porque suelen tener una vida útil muy corta antes de dejar de existir. Lo mismo ocurre con la madera de sotobosque, también de corta vida, que fue la que utilizaron los excavadores de Uluburun para fechar los restos del naufragio.[5] La datación por radiocarbono es relativamente barata comparada con otros procedimientos.

Esta técnica no se puede utilizar para fechar directamente herramientas de piedra o cerámica, puesto que estos objetos nunca ingirieron C-14; sin embargo, puede usarse para datar elementos orgánicos hallados en el mismo contexto que dichos utensilios, contribuyendo con ello a fechar la piedra y la cerámica por asociación.

Por otro lado, no hay que olvidar las dificultades y problemas que comporta esta técnica, entre ellos el hecho de que requiere la destrucción de, por lo menos, una parte del objeto para obtener una muestra y que la cantidad de C-14 en la atmósfera no siempre ha sido constante, sino que fluctúa. Para ello se han creado curvas de calibración que responden a estas fluctuaciones y otros medios de corrección, de modo que la datación por radiocarbono es uno de los métodos más utilizados para fechar yacimientos antiguos, como los de Kabri y Megido, donde he trabajado recientemente y donde usamos esta técnica.[6]

Es más, si se encuentra un gran fragmento de madera como por ejemplo una viga utilizada en un techo o pared, o incluso como parte de un barco, además de la datación por radiocarbono hay otras maneras de calcular la antigüedad: mediante la dendrocronología, es decir, la datación por los anillos de crecimiento de un árbol, que consiste en contar el número de ellos que presenta la madera.[7] Esta técnica les puede resultar familiar a aquellos que

hayan visitado lugares como el Parque Nacional de Yosemite o el de las Secuoyas, donde es habitual ver un enorme tronco caído con pequeños marcadores fijados a algunos de los anillos, con notas como «1620: los peregrinos desembarcan en Plymouth Rock» y «1861: inicio de la guerra civil». Los anillos de estos árboles se han ajustado a una secuencia maestra concienzudamente elaborada por los científicos a lo largo de los años. Si en una excavación se descubre un tronco de madera con los anillos bien visibles, es posible que se ajuste a esta secuencia y que se pueda determinar su fecha probable; no obstante, estas secuencias maestras no van más allá de los diez o doce mil años.

Estos mismos principios básicos pueden emplearse para datar otros materiales con diferentes métodos químicos si la edad del yacimiento en excavación se ajusta a ellos. Por ejemplo, para fechar una herramienta de piedra procedente de la garganta de Olduvai, que es crucial para comprender los orígenes humanos, puede usarse el método de datación potasio-argón, que mide la diferencia entre la cantidad de potasio que hay en la roca y la cantidad de argón, porque el potasio se desintegra y con el tiempo se convierte en argón. No obstante, para que se produzca esta desintegración ha de transcurrir mucho tiempo, por lo que el método resulta recomendable para elementos entre doscientos mil y cinco millones de años de antigüedad, que no se podrían fechar mediante el radiocarbono, que solo funciona con restos orgánicos, no con herramientas de piedra, con una edad máxima de cincuenta mil años.

La termoluminiscencia resulta útil en determinados objetos hallados en yacimientos «jóvenes». Esta técnica puede calcular la edad absoluta de algo realizado en arcilla, como una vasija de almacenaje, e incluso indicar el tiempo transcurrido desde que se introdujo en el horno de cocción, midiendo la cantidad de radiación electromagnética o ionizante que hay en ella. Los investiga-

dores descubrieron que el objeto tiene que haber sido calentado por encima de los 450 grados centígrados para que esta técnica funcione.

Otro método similar, pero más moderno y todavía en experimentación es la rehidroxilación, que calcula la cantidad de agua que hay en una pieza de cerámica. La primera vez que oí hablar de este procedimiento fue en 2010, en una conferencia celebrada en Megido durante las excavaciones de verano, y pensé que era una técnica muy interesante y prometedora. Al parecer, cuando se cuece una pieza de cerámica en el horno, toda el agua de la arcilla se evapora durante el proceso, pero inmediatamente después de sacarla y de enfriarla, empieza otra vez a absorber agua de la atmósfera a un ritmo lento y constante, independientemente del entorno en el que se encuentre la vasija.[8] De este modo, calculando la cantidad de agua que hay en el fragmento de cerámica, es posible determinar cuándo fue cocido por última vez... y con ello su edad.

Con todo, la datación por rehidroxilación puede acarrear problemas, como les ocurrió a aquellos primeros investigadores que experimentaron dicho método con un ladrillo medieval de Canterbury y que, según los análisis de rehidroxilación repetidos una y otra vez, no tenía más de sesenta y seis años. Sin embargo, era evidente que tenía que ser más antiguo. A la postre, resultó que el ladrillo había estado en una zona de Canterbury bombardeada durante la segunda guerra mundial y había quedado atrapado en el posterior incendio. El fuego había reiniciado el contenido de agua del ladrillo desde cero en la década de 1940; por consiguiente, el método de datación sí que había funcionado, pero ya no calculaba la fecha original de la cocción del ladrillo en la Edad Media.[9]

Lo mismo puede hacerse con una pieza de obsidiana, procedimiento que recibe el nombre de hidratación de obsidiana. Esta roca es un vidrio volcánico muy apreciado en la Antigüedad por su afilado filo, y de hecho en la actualidad todavía se utiliza en algunos escalpelos quirúrgicos. Teniendo en cuenta que también absorbe el agua a un ritmo constante y bien definido si se expone al aire, el cálculo de la cantidad de agua que hay en un determinado fragmento de obsidiana puede servir para datar herramientas de obsidiana.

Asimismo, la estratigrafía, la seriación cerámica y la asociación de objetos pueden emplearse como métodos de datación relativa, sobre todo si es imposible generar una datación absoluta precisa. En el capítulo anterior ya hemos abordado esta cuestión, por lo que tan solo recordaremos que una manera de datar algo puede consistir simplemente en ver lo que se encontró en el mismo contexto o en asociación con el objeto, como por ejemplo, una herramienta de piedra con un artefacto orgánico fechable.

Es evidente que si un excavador encuentra una moneda acuñada por el emperador romano Vespasiano en una tumba, esta no puede ser anterior a la época de este emperador. Por consiguiente, todo lo que esté depositado en la tumba junto con la moneda debería pertenecer al mismo período, a menos que fuera una reliquia familiar en el momento del enterramiento, cosa que suele pasar. Del mismo modo, si se descubre un escarabeo egipcio con el cartucho de Amenhotep III en el suelo de una estancia de una casa antigua o palacio que se esté excavando, probablemente todo lo demás que se encuentre en el suelo date del siglo XIV a. e. c., época en que Amenhotep III reinó en Egipto.

En Tel Kabri, por ejemplo, en el suelo de una de las salas del palacio hallamos un tipo de escarabeo que data concretamente del período de los hicsos, es decir, del siglo XVII al XVI a. e. c., cosa

que nos proporcionó la clave para fechar la sala, que fue después confirmada por la datación por radiocarbono de las muestras de carbón vegetal que enviamos para su análisis.

Tal como ya explicamos en el capítulo 10 sobre el naufragio de Uluburun, los excavadores pudieron utilizar nada menos que cuatro métodos para fechar el barco: el radiocarbono; la dendrocronología; el tipo de cerámica minoica y micénica que había a bordo; y un escarabeo de Nefertiti que encontraron. Todos estos elementos combinados apuntan a una fecha relativa del Bronce Final y a una fecha absoluta de aproximadamente 1300 a. e. c. para el hundimiento del barco.[10] No obstante, todos los métodos de datación tienen sus propias limitaciones e incertidumbres; por consiguiente, cuando cuatro de ellos apuntan a la misma fecha aproximada, el arqueólogo puede ofrecer dicha fecha con un alto grado de precisión.

Uno de los ejemplos más elocuentes del uso de la asociación para datar un grupo entero de objetos hallados aproximadamente en el mismo contexto, o agrupados en torno a un importante elemento central, son sin duda las enormes fosas que contenían los guerreros de terracota en China, todos ellos asociados a la tumba de un emperador. Ubicada cerca de Xi'an, capital de la provincia china de Shaanxi, salió a la luz por primera vez en 1974, mientras unos campesinos que cavaban un pozo dieron con lo que, en vez de una roca, resultó ser la cabeza y el cuerpo de un guerrero de terracota de tamaño natural y armado hasta los dientes.[11] A lo largo de las décadas transcurridas desde entonces, los arqueólogos han ido desenterrando en el yacimiento miles de guerreros, caballos y carros de terracota, denominados en su conjunto el ejército de terracota o los guerreros de terracota.

Los soldados, caballos y cuadrigas que componían el ejército llevaban más de dos mil años enterrados, desde 210 a. e. c., y su cometido consistía en acompañar al primer emperador de China,

Qin Shihuang (pronunciado *chin shi uang*), al más allá. Qin, que gobernó desde 221 a 210 a. e. c., pudo unificar China por primera vez y poner fin al período de los Estados Combatientes, pero murió repentinamente mientras realizaba una gira con su ejército. Su tumba y las fosas asociadas a ella bien pudieron ser un recordatorio y homenaje a la importancia que tuvo en la sociedad china, pese a que su dinastía no le sobrevivió demasiado tiempo, porque fue derrocada cuatro años después, en 206 a. e. c., por la dinastía Han, cuyos emperadores gobernaron durante los cuatro siglos siguientes, hasta 220 e. c.[12]

Guerreros de terracota.

Hasta el momento, los guerreros de terracota del emperador Qin se han encontrado en tres grandes fosas, de las que todavía queda mucho por desenterrar. Se ha calculado que puede llegar a haber entre seis mil y ocho mil guerreros, junto con varios centenares de caballos y docenas de carros en estas fosas construidas cerca del mausoleo de Qin; en cambio, la cuarta fosa se encontró casi completamente vacía.[13] La tumba del emperador Qin está situada a un kilómetro y medio de las fosas y aún no ha sido exca-

vada, a pesar de que se conoce perfectamente su ubicación, porque el enorme montículo que la cubre mide 43 metros de altura. De acuerdo con los escritos del Gran Historiador de China, que se remontan aproximadamente a un siglo después de la muerte del emperador, se precisó el trabajo de más de setecientos mil obreros durante unos treinta y seis años para construir la tumba. Y aunque no podamos tomarnos esta cifra al pie de la letra, sin duda fue necesario un número formidable de trabajadores para erigirla junto con las fosas, igual que ocurrió con la construcción de las pirámides de Egipto más de dos mil años antes. Al parecer, el interior es soberbio, con un mapa tridimensional por el que fluyen ríos de mercurio, y está repleto de toda clase de trampas para el incauto saqueador de tumbas; una fuente antigua hace hincapié en que «se ordenó a los artesanos que instalasen ballestas para abatir al ladrón que osase entrar».[14]

Algún día se excavará la tumba, pero entretanto, las fosas circundantes resultan ya harto asombrosas. La primera en ser descubierta, y bautizada como fosa número 1, cuenta con unos seis mil guerreros de terracota de tamaño natural, de pie y formando filas, como si estuvieran en posición de firmes en un simulacro de desfile, y con armas de verdad. Son realmente espectaculares, a pesar de que se haya desvanecido gran parte de la pintura que en origen cubría sus caras, bigotes, barbas y uniformes, posiblemente a causa de un fuego que al parecer afectó a buena parte de la fosa o quizá debido al tipo de suelo en el que fueron enterrados, pero lo más probable es que resultasen afectados por la exposición al aire tras la excavación.

La fosa número 2 tiene por lo menos mil guerreros más, así como caballos y cuadrigas, mientras que la fosa número 3 no llega a los cien guerreros, algunos caballos y un carro junto con algunas armas intactas. Algunos investigadores interpretan que esta última fosa es el cuartel general de los altos mandos del ejército, en

parte porque las figuras son más altas y están dispuestas en formación de batalla, aunque esto no deja de ser una hipótesis de trabajo.[15]

En general, cada una de las figuras de las fosas parece tener rasgos que la distinguen y particularizan: el pelo facial, el uniforme o algo que sostienen, como una lanza, una espada, un escudo o una ballesta. Sin embargo, en realidad solo hay ocho tipos faciales diferentes y veinticinco estilos diversos de bigotes y barbas.

Hoy da la impresión de que los guerreros hubieran sido producidos en cadena, con la cabeza, los brazos, las piernas y el cuerpo fabricados aparte y después ensamblados. En las fosas hay zonas en las que aparecen restos rotos e incluso cuerpos sin cabeza, que podrían indicar que fueron hechos allí mismo. Sin duda fueron necesarios artesanos muy hábiles para llevar a cabo esta obra; según un informe, se han encontrado los nombres de ochenta y cinco escultores en diversas partes de las figuras.[16]

En 2010, se descubrieron 114 guerreros más en la fosa número 1, muchos de ellos pintados con brillantes colores, cuya pintura se ha podido conservar gracias a los avances de nuestra tecnología desde 1974 y que ahora permanecen en las figuras sin desconcharse.[17]

En 2014 los investigadores anunciaron nuevos descubrimientos acerca de los colores con los que estaban pintados los guerreros y del aglutinante que favorecía la adhesión de la pintura a las figuras de tamaño natural. Se aplicaban varias capas de laca sobre la terracota y encima una capa de pintura polícroma, en cuya composición había cola animal que contribuía a aglutinar esta capa exterior de pintura con las capas de laca que había debajo.[18]

El interés por los guerreros de terracota llevó a otros descubrimientos en la provincia de Shaanxi. De hecho, en 1990, a unos cuarenta kilómetros de la tumba del emperador Qin, cuando se construía un nuevo aeropuerto para lidiar con las masas de turis-

tas que empezaban a llegar, se encontraron más fosas con diferentes tipos de guerreros de terracota, asociados a dos tumbas pertenecientes a Jin, el último emperador Han, y a su esposa, que vivieron aproximadamente entre 188-144 a. e. c. Los guerreros de este grupo no están huecos como los de las fosas de Qin, sino que son macizos y mucho más pequeños, de medio metro de altura aproximadamente. Están completamente desnudos y no tienen brazos, aunque es posible que en origen estuvieran envueltos en ropajes de tejido y que los brazos estuvieran ensamblados. Quizá fueran de algún metal precioso que después fue robado, pero por el momento ofrecen un aspecto muy muy extraño. Paul Bahn asegura que el número estimado de figuras encontradas en las fosas asociadas a estas dos tumbas oscila entre diez mil y un millón.[19]

También se han excavado otras fosas cerca de la tumba de Qin, que contenían figuras de acróbatas y de músicos tocando varios instrumentos, cortesanos y funcionarios, junto con lo que parece ser una versión en miniatura de los establos imperiales.[20]

En 2014 salió a la luz y se excavó la tumba de la abuela del emperador Qin, en cuyo interior se encontraron los esqueletos de doce caballos reales y las dos cuadrigas de las que tiraban.[21] En cuanto al montículo que contenía la tumba del propio Qin, como ya hemos apuntado, todavía no se ha excavado, en parte a la espera de mejoras tecnológicas, pero sí se han realizado prospecciones de detección remota que indican que hay cámaras en el interior, y se ha planteado la hipótesis de que la cámara funeraria del emperador podría estar a treinta metros de profundidad desde la cima.[22] Esperemos que algún día podamos ver lo que hay allí enterrado.

Las preguntas siguientes son ya un poco más complicadas de contestar: ¿cómo han podido conservarse cosas tan antiguas? y ¿por qué no se han desintegrado y convertido en polvo? La inmediata respuesta es que muchas cosas antiguas sí se han desinte-

grado y convertido en polvo o se han destruido por algún motivo y tan solo un ínfimo porcentaje de lo que existió en otro tiempo ha llegado hasta nuestros días. Los materiales inorgánicos como la piedra y el metal suelen conservarse, aunque en contacto con la tierra la plata se vuelve morada, el bronce verde y así sucesivamente. Solo el oro permanece del mismo color. A lo largo de mi carrera pocas veces he encontrado oro, pero sí que he descubierto bronce, incluida mi pata de mono fosilizada.

Otros artículos que están hechos de materiales orgánicos o perecederos no son tan duraderos y es poco frecuente encontrar tejidos o sandalias de cuero en los yacimientos. No obstante, a veces, afortunadamente, esta clase de artículos, e incluso los cuerpos humanos, se han conservado en condiciones de humedad y temperaturas extremas, dicho de otro modo, en lugares sumamente secos, muy fríos, muy húmedos o sin oxígeno.[23] A continuación comentaremos algunos ejemplos muy interesantes de cada uno de estos sitios.

Por ejemplo, en Egipto se han preservado objetos perecederos en condiciones de extrema sequedad como el interior de la tumba de Tutankhamón, donde todo el mobiliario de madera, cajas y carros se encontraron en perfecto estado, totalmente intactos. Las barcas de madera enterradas junto a las pirámides se han conservado por la misma razón, igual que los ataúdes de las momias y los fragmentos de papiro del antiguo Egipto.

El profesor de estudios chinos de la Universidad de Pensilvania Victor Mair informó al mundo de que en China, debido a la sequedad del desierto, se habían preservado momias de hasta cuatro mil años de antigüedad. Las vio por primera vez en un museo de la ciudad de Ürümqi, en una remota localidad de China al norte del Tíbet, conocida como la cuenca del Tarim, y empezó a estudiarlas, como también hizo la profesora Elizabeth Barber, del Occidental College de California. Ambos han publicado libros so-

bre aquellas momias que se habían conservado extraordinariamente bien a causa de la sequedad del entorno del desierto en el que fueron enterradas.[24]

Lo que estas momias tienen de particular es que, aun habiendo sido halladas en China, todas ellas presentan rasgos europeos o caucásicos, como el pelo castaño o la nariz larga, y fueron enterradas con tejidos y telas de aspecto similar al tartán. El ADN sugiere que su origen podría ser occidental, relacionadas con Mesopotamia, el valle del Indo e incluso Europa.[25]

Todavía hoy siguen realizándose estudios de dichas momias, pero quizá no deberíamos sorprendernos tanto por estos hallazgos iniciales. Sabemos que la ruta de la seda, que conectaba a China, en el este, con el Mediterráneo, en el oeste, desde el siglo II a. e. c., atravesaba la cuenca del Tarim, y de hecho, algunas de las momias llegaron a Estados Unidos en 2010, como parte de una exposición itinerante sobre la ruta de la seda en la Antigüedad.[26]

En cambio, los cuerpos de Ötzi el Hombre de Hielo, hallado en los Alpes en 1991; de la princesa siberiana descubierto en 1993; y de Juanita la Doncella de Hielo, encontrada en Perú en 1995, se habían conservado perfectamente en condiciones de frío extremo. El primero ha sido objeto de numerosos análisis y debates, desde que fuera descubierto accidentalmente por unos ciclistas en los Alpes, en la frontera entre Austria e Italia.[27] El hallazgo desencadenó una especie de furor por todo el mundo, sobre todo en la región en la que se encontró, donde uno puede comprar vino Ötzi, chocolate Ötzi (imagínense huevos de Pascua en forma de Ötzi) y, lo más importante de todo, helado Ötzi.

Al principio pensaron que Ötzi había sido víctima de un asesinato y llamaron a la policía. Sin embargo, resultó que Ötzi no solo estaba encastrado en el hielo, sino que llevaba allí más de cinco mil años; de hecho, parece que murió en torno a 3200 a. e. c., es decir, más de seiscientos años antes de que se construyeran las

pirámides de Egipto.[28] Su cuerpo yacía encajonado en un hueco formado por unas rocas que acabaron cubiertas por un glaciar que se deslizaba por la ladera, quedando el cuerpo conservado bajo varios metros de hielo y nieve durante miles de años. En 1991, una tormenta de arena en el lejano Norte de África envió partículas a la atmósfera que después se depositaron sobre el hielo que cubría a Ötzi. La arena, al absorber los rayos de sol, derritió el hielo y dejó al descubierto la cabeza, los hombros y la parte superior de su cuerpo.

La policía, sin saber que se trataba de un cuerpo antiguo, sacó a Ötzi a machetazos, dañando la momia y sus pertenencias, que estaban dispersas a su alrededor. Tras constatar los científicos que no se trataba de un ciclista extraviado, sino de algo mucho más antiguo, se llevaron a cabo excavaciones científico-arqueológicas en 1992, que sacaron a la luz otros artefactos, entre los que había una gorra de piel de oso. Desde entonces se han llevado a cabo estudios pormenorizados de Ötzi y de sus pertenencias, así como un completo análisis de su ADN.

Efectivamente, los resultados confirmaron que Ötzi había sido asesinado, tal y como pensó la policía en un primer momento, aunque el crimen se había cometido varios miles años antes. Tuvieron que transcurrir diez años para poder determinar que se trataba de un asesinato, pero la prueba de ello era harto evidente. Nadie se había percatado antes, pero en 2001 un avispado radiólogo que examinaba las radiografías y las tomografías computarizadas que se le habían practicado a Ötzi vio que tenía un objeto extraño incrustado en la espalda, justo debajo del hombro izquierdo. Resultó ser una punta de flecha con la correspondiente herida de entrada varios centímetros más abajo, lo cual significa que el que disparó estaba a una altura inferior a la de Ötzi y disparó hacia arriba.[29] A continuación, se constató que la flecha había cortado una arteria y que probablemente Ötzi había muerto

desangrado, además de haber recibido el disparo por la espalda, hecho que apunta directamente al asesinato, no al accidente. Por otro lado, el corte defensivo que tenía en la mano indicaría también que había habido alguna pelea y que posiblemente hubiera huido de la refriega cuando recibió el disparo mortal.[30]

De la noche a la mañana, Ötzi se convirtió en un personaje sumamente importante. Los descubrimientos científicos, que fueron apareciendo uno tras otro, se han publicado en una serie de prestigiosas revistas controladas por especialistas, como *Science*, *Journal of Archaeological Science* y *The Lancet*, entre otras.

Entre los descubrimientos realizados, los expertos determinaron que Ötzi tenía el pelo castaño y los ojos marrones hundidos, como las mejillas, y llevaba barba. Su estatura era casi de metro sesenta y pesaba en torno a los cincuenta kilos en el momento de su muerte, que se produjo cuando tenía entre cuarenta y cincuenta años. Los isótopos de estroncio del esmalte de los dientes, que se utilizan para determinar dónde vivió una persona durante su infancia, indican que probablemente toda su vida transcurrió cerca del lugar en el que murió, dentro de un radio de unos sesenta kilómetros y casi con seguridad en un cercano valle de Italia.[31]

Los pulmones de Ötzi estaban ennegrecidos, probablemente por inhalación del humo de las hogueras, tanto exteriores como en el interior de cuevas. Padecía de caries y había estado enfermo varias veces en los meses previos a su muerte. Asimismo, los científicos y los arqueólogos pudieron analizar el contenido de su intestino, que incluía polen, hecho que indicaría que su muerte se produjo a finales de la primavera o a principios de verano. Su última comida consistió en carne roja de ciervo, pan hecho con escanda y algunas ciruelas. También se pudo conocer su penúltima comida, que incluía carne de íbice, cereales y otras plantas diversas.[32]

En 2016, los científicos que seguían estudiando el contenido del estómago de Ötzi anunciaron también que habían conseguido elaborar el mapa del genoma del patógeno más antiguo conocido, una bacteria llamada *H. pylori* causante de las úlceras. Esta bacteria puede proporcionar la clave de las pautas migratorias humanas, porque se trata de una cepa asiática, y no de las híbridas asiático-africanas más habituales presentes en la población europea de la actualidad. El descubrimiento sugiere que las posteriores migraciones que trajeron a Europa las cepas africanas todavía no se habían producido en la época de Ötzi.[33] Se están llevando a cabo numerosos estudios genéticos, desde la investigación del cuerpo del rey Ricardo III, descubierto debajo de un aparcamiento en Inglaterra, hasta la momia de Tutankhamón, y es muy probable que esta clase de investigaciones resulten todavía más importantes para la arqueología en el futuro.[34]

Ötzi presentaba, además, sesenta y un tatuajes hechos frotando carbón en cortes practicados en la piel, los más antiguos que se conocen, aunque consisten básicamente en líneas y cruces, no en diseños ni imágenes. Como sorprendente e inexplicable dato curioso, señalaremos que el actor Brad Pitt lleva un tatuaje de Ötzi en el antebrazo izquierdo, ¿acaso Hollywood se interesa por la arqueología? Personalmente, creo que habría sido más adecuado un tatuaje de Aquiles, puesto que tiene relación con su papel protagonista en la película de 2004, *Troya* (Pitt, no Ötzi).[35]

El Hombre de Hielo iba bien vestido, con tres capas de vestimenta y debajo de todo ropa interior de piel de cabra. Llevaba *leggings* de piel, un abrigo de cuero y una capa de hierba por encima de todo, además de un gorro de piel de oso pardo. En los pies calzaba zapatos de cuero rellenos de paja que le proporcionaba aislamiento y protección. En 2004 un profesor de la República Checa confeccionó un par de zapatos igual que los de Ötzi y se fue a hacer una caminata; a su regreso no tenía ni ampollas ni ro-

zaduras, y dijo que eran más cómodos que sus botas de senderismo.[36] Toda esta indumentaria se ha recreado hoy en día en diversos lugares, entre ellos el Museo de Arqueología del Tirol del Sur, en el norte de Italia, que es donde ahora vive Ötzi.

Entre sus otras pertenencias y equipamiento había una serie de objetos que arrojaron una nueva luz sobre el Hombre de Hielo y su entorno y modo de vida. Tenía dos flechas con puntas de sílex y un kit para repararlas, además de un carcaj lleno de flechas a medio hacer; un arco largo sin terminar; una daga con la hoja de sílex; y un hacha con la hoja de cobre. Los arqueólogos encontraron también un kit para encender el fuego; un contenedor de madera de abedul con ascuas de una hoguera; y una aguja de hueso. Ötzi cargaba todas estas pertenencias en una mochila.[37]

Ötzi no es la única persona de la Antigüedad hallada en el hielo: en 1993 se descubrió un cuerpo momificado, conocido en la actualidad como la princesa siberiana o Doncella de Hielo, en la meseta de Ukok en el sur de Siberia, cerca de la frontera con China. La momia, fechada en el siglo v a. e. c., tenía veinticinco años cuando murió, quizá de cáncer de mama, y fue enterrada con seis caballos ensillados y embridados, posiblemente para que la acompañasen en la otra vida. Esta clase de enterramiento parece muy lógico si pensamos que la princesa era miembro del pueblo pazyryk —un grupo nómada descrito por el historiador griego Heródoto en el siglo v a. e. c.— que se pasaban gran parte su vida montados a caballo.[38]

Se la conoce por sus numerosos tatuajes, que avergonzarían a Ötzi a pesar de que los suyos son casi tres mil años más antiguos, situados sobre todo en el hombro y brazo izquierdos, y que muestran a un animal mitológico con aspecto de ciervo y cabeza de grifo con astas terminadas también en cabezas de grifos. Otros cuerpos masculinos enterrados en las inmediaciones e identifica-

dos como guerreros, algunos exhumados décadas antes, tienen tatuajes similares; uno de ellos los tiene en ambos brazos, en la espalda y en la pantorrilla.[39]

Dos años después, en 1995, el antropólogo Johan Reinhard encontró la momia de una mujer inca de unos doce a catorce años de edad en el monte Ampato, en Perú. También se la ha bautizado con el nombre de Doncella de Hielo, pero para evitar confusiones con la momia siberiana, es habitual llamarla simplemente Juanita.[40]

Reinhard la descubrió cerca de la cima de la montaña, a más de seis mil metros de altura sobre el nivel del mar, donde fue enterrada hace más de cinco mil años. Había escalado la montaña para conseguir desde allí una buena fotografía de un volcán cercano que había entrado en erupción. En realidad, aquel no parecía un lugar apropiado para un sacrificio inca, pero allí estaba, expuesta a los elementos porque la ceniza del volcán había derretido parte del hielo que la protegía. En su libro *La Doncella de Hielo*, Reinhard describe cómo la bajó de la montaña en su mochila, puesto que pesaba solo 36 kilos.[41]

Por supuesto, Juanita no es la única momia inca, ya que el propio Reinhard encontró dos más en el monte Ampato, un muchacho y una muchacha localizados a unos trescientos metros por debajo de la cima, cuando regresó con un equipo completo para explorar la montaña exhaustivamente. Un programa televisivo emitido por la PBS calculó que debía de haber centenares de niños incas encajados en tumbas de hielo en las cumbres de los Andes, donde se hallaron más de 115 enclaves sagrados incas para la celebración de ceremonias.[42] La pregunta de quiénes eran aquellos niños y por qué se les dejó allí para que murieran en las cimas de las montañas sigue intrigando a los antropólogos y arqueólogos que trabajan en esa región.

En cuanto al hallazgo de objetos y cuerpos conservados en sitios anegados, destaca una tablilla de escritura de madera fechada en el siglo VIII a. e. c. que se encontró sumergida en un pozo en el yacimiento de Nimrud, en Irak. Otras dos se hallaron en el naufragio de Uluburun, como ya hemos comentado, donde se conservaron a una profundidad de entre 40-50 metros en las aguas del Mediterráneo durante más de tres mil años. Las llamadas «momias de los pantanos», descubiertas en lugares como Dinamarca e Inglaterra, son los ejemplos más conocidos de materia orgánica conservada en un entorno acuático.

Estas momias de los pantanos se han conservado tan bien que incluso se pueden apreciar individualmente los pelos de la barba y las hebras de la cuerda alrededor del cuello de la víctima. Se han encontrado centenares de cuerpos en distintos lugares de Inglaterra y Europa en zonas antaño cenagosas, llamadas ciénagas o marjales, que contienen turba, es decir, un depósito de materia vegetal muerta y en descomposición, como el musgo, que puede utilizarse como combustible o como aislamiento en los tejados de las cabañas.[43] Los trabajadores que excavan en estas ciénagas en ocasiones encuentran restos humanos, cuyos tejidos blandos se han preservado casi por completo debido a las condiciones de acidez y a la falta de oxígeno de los pantanos, aun cuando los huesos han desaparecido desde hace tiempo.

La autopsia de uno de estos cuerpos, el llamado Hombre de Lindow, que apareció en 1984 en el noroeste de Inglaterra, en la turbera de Lindow Moss, indica que tenía en torno a veinticinco años cuando murió y que fue golpeado dos veces en la cabeza con un objeto contundente, a continuación estrangulado con una cuerda fina que le rompió el cuello y, finalmente, le cortaron la garganta por si acaso.[44] No está claro si fue asesinado o si fue

un sacrificio ritual; por lo tanto, para nosotros, sería un caso sin resolver, porque fue ejecutado hace unos dos mil años, en algún momento entre el siglo I o comienzos del siglo II e. c.

Debido a las condiciones a las que estuvo sometido durante tantos siglos, su piel y su pelo se conservaron perfectamente, igual que la barba y el bigote; las uñas están en tan buen estado que parece que se hubiera hecho la manicura. Se preservaron también algunos órganos internos que contienen porciones de lo que fuera probablemente su última comida: un pedazo de pan sin levadura hecho con trigo y cebada y cocido en el fuego.[45]

En 1950, dos trabajadores que estaban cortando turba en un pantano de Dinamarca, cerca de la ciudad de Silkeborg, encontraron un cuerpo en similares condiciones de conservación, pero datado en el siglo IV a. e. c., es decir unos quinientos años más antiguo que el Hombre de Lindow. Le pusieron el nombre de Hombre de Tollund, y en este caso podemos apreciar todos los detalles del gorro de cuero que cubre su cabeza y el cinturón que rodea su cintura, así como los pelos de la barba de varios días y, en torno al cuello, la cuerda que se utilizó para ahorcarlo.[46]

Los obreros que lo encontraron pensaron que se trataba de la víctima de un asesinato, y bien podría haberlo sido, pero una vez más, su muerte se produjo hace casi dos mil quinientos años, y no está claro por qué lo mataron. En el momento de la muerte contaba probablemente unos cuarenta años, y debido a la conservación de su estómago e intestinos, los arqueólogos que lo examinaron pudieron realizar análisis y determinar que su última comida había consistido en una especie de gachas.

Dediquemos ahora nuestra atención a los artefactos y cuerpos conservados en zonas con poco oxígeno, que, como es de suponer, son más bien escasas en el mundo, pero que sí existen en lugares como las profundidades del mar Negro, por debajo de los doscientos metros, donde las aguas son muy tranquilas y el oxí-

geno no circula hasta el fondo.[47] Si no hay oxígeno, no hay nada que pueda desintegrarse porque no hay nada vivo, ni siquiera a nivel microscópico, que pueda dañar un artefacto. Por este motivo Bob Ballard encontró cosas sorprendentes cuando en 1999 y de nuevo en 2007 envió a las profundidades del mar Negro un vehículo de control remoto.[48]

Muchas personas conocerán a Ballard por ser quien descubrió el *Titanic*, pero en el mundo de la arqueología destaca por sus descubrimientos en el mar Negro, donde encontró un asentamiento neolítico, una costa antigua y una playa que ahora están muy por debajo de la actual superficie del mar, lo que significa que toda la zona quedó inundada en algún momento de la Antigüedad, en un cataclismo que, según dos profesores de la Universidad de Columbia, pudo haber tenido lugar hace unos siete mil quinientos años, es decir, en torno a 5500 a. e. c. Ballard encontró también varios restos de naufragios de los períodos romano y bizantino, fechados entre mil y mil quinientos años atrás, y en uno de ellos, por lo menos, la madera del barco está en tan buenas condiciones que todavía pueden verse las marcas de las herramientas utilizadas en su construcción en las distintas piezas de madera. Incluso una de las vasijas que fueron izadas a la superficie tenía todavía la cera de abeja original que sellaba la boca del recipiente.[49]

No obstante, no todos los barcos se han hallado tan bien conservados como el de Ballard en el mar Negro o como las barcas egipcias junto a las pirámides. Otros buques, como el barco anglosajón encontrado en Sutton Hoo, en Inglaterra, o una nave vikinga hallada en Escocia recientemente, tan solo han dejado huellas en negativo en el suelo. Su lamentable estado de conservación es mucho más característico de artefactos encontrados simplemente enterrados en la tierra que de los descubiertos en extremas condiciones ambientales; sin embargo, estos ejemplos

demuestran que incluso los restos mal conservados pueden ser interpretados por perspicaces arqueólogos a partir del estudio de la marca que han dejado.

Tomemos como ejemplo el barco de Sutton Hoo, de veintisiete metros de eslora y descubierto en 1939 por un arqueólogo llamado Basil Brown. El dueño de la propiedad había invitado a Brown a excavar un gran montículo, uno de los muchos que había en sus tierras, en el sureste de Inglaterra. Del interior del montículo surgieron los restos de este barco.[50]

Hay otras muchas sorpresas interesantes relacionadas con dicha nave, que probablemente se remonta a algún momento entre 620 y 650 e. c., durante el período anglosajón, que comenzó en torno a 450 e. c., después del final de la ocupación romana, cuando llegaron nuevos emigrantes procedentes de la Europa continental, y que se prolongó hasta la conquista normanda en 1066.[51]

No obstante, quizá lo más interesante sea que el barco en realidad ya no está allí y, pese a ello, aún pueden apreciarse perfectamente sus restos, porque aunque la madera haya desaparecido por completo, queda una huella clara en el lugar en el que estuvo. Dejó manchas en la tierra donde se había desintegrado; en el suelo hay unas crestas levantadas que recorren el barco a lo ancho separadas entre sí solo por unos centímetros en toda su longitud; todavía están allí los clavos de hierro oxidado que antaño ensamblaran las diferentes piezas de madera.[52] Lo que Brown descubrió es la sombra del barco, no el barco en sí.

La pregunta es: ¿por qué enterrar un barco bajo tierra en lugar de hundirlo en el agua? Muchos arqueólogos creen que el barco fue inhumado junto con su dueño, es decir, que sirvió de última morada para un guerrero, un rey o una persona merecedora de semejante honor. Sin embargo, por más extraño que resulte, no hay restos humanos en el barco ni cerca de él, por lo menos hasta el momento. Esta particularidad parece bastante insólita: si se

trata de un enterramiento, ¿dónde está el cuerpo? Cabe la posibilidad de que tanto el cuerpo como los huesos se hayan descompuesto de tal manera que sencillamente se han desvanecido, igual que la madera del barco.[53] Si esto es así, no dejaron rastro alguno. Este es el escenario que resulta más plausible para la mayoría de personas.

La otra posibilidad es que no hubiera ningún cuerpo. En tal caso, estaríamos ante lo que se conoce como cenotafio, esto es, un monumento en honor a alguien que está enterrado en otro lugar. Hoy en día, muchos de los monumentos de guerra son cenotafios, y cabe la posibilidad de que el barco de Sutton Hoo sea un antiguo monumento de guerra, quizá la conmemoración de una batalla librada por los anglosajones en esta parte de Inglaterra.[54]

Pese a no contener ningún cuerpo, el barco de Sutton Hoo resultó ser un tesoro escondido en otros aspectos. En el centro del casco había una serie de objetos: broches de oro para hombros e incrustaciones de esmalte, que probablemente sujetaban una túnica de tela o camisa que ha desaparecido; una hebilla de cinturón de oro macizo con un intrincado diseño y una tapa de metal con incrustaciones de esmalte, que es todo cuanto queda de lo debió de ser un monedero, cuya tela o cuero ya no existía; y cuernos para beber con incrustaciones de diseños imaginativos. Todos estos artefactos indican una vez más que no se trata de un enterramiento cualquiera, y uno puede incluso imaginar las fiestas y celebraciones en las que fueron usados.[55]

Uno de los objetos que ha despertado mayor interés es un casco de hierro completo, con una placa facial con orificios para los ojos, una nariz y una boca, ambas de metal; algunas partes estaban revestidas de oro a modo de ornamentación.[56] Sin duda debió de ser muy caro en su día y probablemente perteneciera a alguien adinerado o poderoso, o ambas cosas a la vez.

En 2011 se efectuó un descubrimiento similar de un barco fantasma en la costa occidental de Escocia, en la península de Ardnamurchan. En este caso, que se remonta al siglo x e. c., se trata, al parecer, del enterramiento de un guerrero vikingo en su propio barco.[57] En aquellos tiempos, esta región estaba ubicada a lo largo de la principal ruta marítima norte-sur entre Irlanda y Noruega, por lo que también se han encontrado casas vikingas en las cercanas islas Hébridas.

La tumba tiene metro y medio de ancho por unos cinco de largo, el espacio suficiente para albergar el barco completo. Igual que el de Sutton Hoo, la madera se ha descompuesto y ahora ha desaparecido totalmente, aparte de unos pocos restos dispersos. Una vez más, los arqueólogos encontraron los remaches de hierro (unos doscientos) que habían servido para ensamblar las tablas y pudieron apreciar con facilidad la forma del barco por la huella que había dejado en la tierra.[58]

En este caso sí sabemos con certeza que hubo un cuerpo, porque los arqueólogos encontraron dientes y algunos fragmentos del hueso de un brazo. Asimismo recuperaron los restos de su espada de hierro y partes del escudo, que había sido depositado sobre el pecho del difunto. El barco contenía una lanza vikinga, un alfiler de bronce y un trozo de bronce de lo que pudo haber sido un cuerno para beber.[59]

En el presente capítulo he desarrollado mi respuesta al periodista que me preguntó cómo podíamos estar tan seguros de las fechas adjudicadas. Espero que ahora esté un poco más claro el modo en que fechamos las cosas, pero también debería quedar claro que no siempre podemos determinar el año exacto de algo y que con frecuencia queda un margen de espacio en el que moverse, sobre todo en la datación por radiocarbono, en la que las fechas se dan siempre con un factor de error de más-menos y una probabilidad estadística. Constantemente se están inventando y

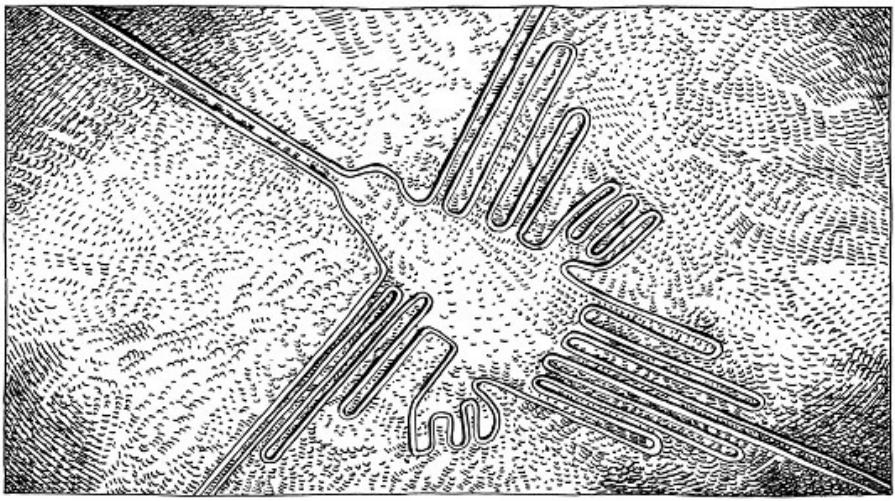
aplicando nuevas técnicas; por consiguiente, sospecho que nuestra capacidad de fechar cosas del pasado será más exacta y precisa en el futuro.

También he hecho hincapié en cómo se han conservado algunas de las cosas que hemos encontrado, especialmente la materia orgánica que precisa de condiciones extremas para que pueda preservarse. Sin duda, con el tiempo mejorarán nuestros métodos de excavación de objetos o materiales orgánicos, incluso de aquellos cuya exposición por parte de los arqueólogos tras siglos o milenios de enterramiento no les sienta bien. Estas mejoras ya se han puesto en práctica y se han podido constatar, por ejemplo, en los guerreros de terracota de China excavados recientemente, en los que ha sido posible conservar la brillante capa de pintura que cubría las figuras gracias a las investigaciones de los arqueólogos.

Sexta parte
ARQUEOLOGÍA DEL NUEVO MUNDO

17

Líneas en la arena, ciudades en el cielo



Líneas de Nazca: colibrí.

En la década de 1920, los aviadores que sobrevolaban una región desértica del interior de Perú observaron unas líneas largas y rectas y enormes figuras dibujadas en el suelo seco y áspero. Técnicamente, estas siluetas, conocidas universalmente como las líneas de Nazca, son geoglifos y entre los dibujos hay una araña, un perro, pájaros, monos, un árbol y una extraña figura que parece un antiguo astronauta.

Casi medio siglo después, en 1968, Erich von Däniken publicó un libro titulado *¿Carrozas de los dioses?*, en el que sugería que las líneas de Nazca habían sido creadas por, y para, antiguos astronautas.[1] Argumentaba que solamente podían haberlas dibujado personas que las podían ver desde el aire, porque a nivel del suelo era imposible distinguirlas. Afirmaba también que las interminables líneas rectas eran pistas de aterrizaje para antiguos aviones o naves espaciales, y escribió: «¿Qué tiene de malo la idea de que las líneas fueran trazadas para decirles a los "dioses": "¡Aterrizad aquí! ¡Lo hemos preparado todo como ordenasteis!"».[2]

¿Qué tiene de malo?, pregunta; bueno, pues casi todo. Para empezar, invocar a antiguos alienígenas para explicar las líneas de Nazca es una conclusión con la que casi todos los arqueólogos están en total desacuerdo. Sin embargo, una considerable parte del público general se toma en serio las teorías de Von Däniken, tanto que vendió millones de libros a lo largo de los años (65 millones según su página web).[3]

En 2003 llegó incluso a abrir un parque temático en Suiza llamado Parque del Misterio, en el que uno de los pabellones estaba dedicado a una exposición y debate sobre las líneas de Nazca. Por desgracia para Von Däniken, a pesar del gran entusiasmo inicial, la afluencia de público al parque descendió en picado en poco tiempo, y si bien en octubre de 2006 hizo su llegada el visitante un millón, no hubo más remedio que cerrar puertas un mes después.[4]

En cualquier caso, las líneas de Nazca son muy reales y bien valen una visita, aunque sus constructores no fueran los antiguos astronautas. Hoy en día son un enclave protegido y los turistas no pueden caminar por la zona, así que lo mejor es contratar una avioneta o helicóptero de vuelo bajo o un globo aerostático, porque las líneas se ven mejor desde el aire.

En agosto de 2014 saltaron a los titulares de la prensa porque después de que varias tormentas de arena y fuertes vientos azotaran la zona, aparecieron nuevas imágenes.[5] Pocos meses más tarde, en diciembre de 2014, volvieron a ser noticia en el mundo entero, cuando voluntarios de Greenpeace dibujaron en el suelo un inmenso mensaje que decía: «Tiempo de cambio. El futuro es renovable». Este acto les valió fuertes críticas por haber dañado un antiguo yacimiento a causa de su celo por proteger el futuro, lo que, francamente, resulta irónico.[6]

Las líneas de Nazca se encuentran en el alto desierto del sur de Perú, a unos 320 kilómetros del Machu Picchu, del que hablaremos más adelante en este mismo capítulo. Como ya hemos dicho, no fueron obra de antiguos astronautas, al contrario, fueron trazadas por los nazca, un grupo indígena de aquel lugar, que vivió allí entre 200 a. e. c. y 600 e. c. y cuyas tumbas y otros restos de asentamientos antiguos se encuentran cerca de las líneas.[7]

Esta afirmación se justifica en parte por la similitud con los diseños hallados en la cerámica nazca, entre los que destacan animales, pájaros y seres humanos pintados en rojo, blanco y negro sobre las vasijas. Por otro lado, la datación por carbono 14 de las estacas de madera que se encontraron al final de algunas de las líneas señala una fecha en torno a 525 e. c., ochenta años más o menos, por ende, en algún momento entre 445 y 605 e. c., período que encaja a la perfección con la fecha bien conocida de la presencia nazca en la región.

No es del dominio general fuera del mundo arqueológico, pero la cultura nazca no fue la primera en crear geoglifos en esta zona, al contrario, había una cultura anterior conocida con el nombre de «paracas», de la que posiblemente evolucionaron los nazca, que también creó geoglifos en el desierto un poco más al norte, cerca de la moderna ciudad de Palpa. En algunos casos son doscientos años anteriores y se encuentran principalmente en las laderas de las colinas más que en el suelo del desierto, y sus dibujos incluyen figuras humanas enigmáticas y más «pistas de aterrizaje», como las denominó Von Däniken. Ambos conjuntos de líneas, tantos los de Paracas como los de Nazca, fueron declarados Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1994.[8]

Las líneas de Nazca trazadas en el desierto son enormes, y hay centenares de ellas, desde las más elementales que se prolongan varios kilómetros hasta las más complejas y estilizadas representaciones de diferentes criaturas. Las líneas y los dibujos se crea-

ron simplemente retirando las rocas oxidadas que forman la capa superior del desierto para que apareciera la arena más clara que hay debajo. De este modo, siguiendo una serie de líneas estrechas, rectas o curvas, consiguieron trazar dibujos fácilmente visibles desde el aire, aunque a veces no se pueda identificar lo que son.[9]

De hecho, en algunos casos, no está claro en absoluto lo que se ha representado: hay un animal que parece un cruce entre un gato asustado y una especie de perro extraño, es como un dibujo animado, con las patas completamente rectas y solo tres o cuatro dedos en cada una. Otra figura, en cambio, es claramente un mono, pero sin ojos ni nariz y con cuatro dedos en una mano y cinco en la otra. Hablando de manos, una de las figuras de Nazca recibe sencillamente el nombre de las Manos, aunque en realidad se parece más a un mono, pero inacabado: no tiene ojos ni nariz, y tiene cuatro dedos en una mano y cinco en la otra.

Hay también una araña muy convincente, si bien no resulta especialmente amenazadora, que mide cuarenta y cinco metros de longitud, y una de sus patas traseras sobrepasa los límites del dibujo, por no decir de la realidad. Podría representar el sedoso hilo al que está sujeta la araña, pero está dibujado de forma inverosímil, como si fuera la extensión de una de las patas.

Hay también muchas otras imágenes: un enorme y estilizado árbol; una figura de ave conocida como la Garza, igual de grande y estilizada; un colibrí de unos noventa metros de largo con un pico que tiene casi la misma longitud que el cuerpo; un pájaro bautizado como el Cóndor; y un cuarto llamado el Loro (o Pelícano), aunque yo no veo que se parezca a ningún loro.

Por último, hay que destacar una figura a veces denominada el Astronauta, creada en la ladera de una colina, muy parecida a los dibujos de Paracas que se encuentran más al norte y que son anteriores.[10] Mide casi treinta metros de altura, lleva una escafandra

y tiene grandes ojos de búho, uno de sus brazos señala hacia arriba y el otro hacia abajo. Los arqueólogos suelen llamarlo el Hombre Búho,[11] apodo que le fue puesto en 1949, porque poco se parece a un astronauta, y muchas de las hipótesis razonables que tratan de explicar lo que podría estar haciendo apuntan a que sostiene una red de pesca y que lleva puesto el tradicional poncho.[12]

Desde que se descubrieron en los años veinte, muchas personas han tratado de explicar las líneas de Nazca, desde pseudoarqueólogos que trabajan por su cuenta hasta científicos patrocinados por la National Geographic Society y otras instituciones. Uno de los primeros estudios arqueológicos y descripción sistemática de las líneas fue realizado por el antropólogo de Berkeley, Alfred Kroeber, en 1926, aunque sus hallazgos no se publicarían hasta pasados setenta años.[13] Las teorías que explican la existencia de las líneas y de otros dibujos incluyen a los alienígenas de Von Däniken que las utilizaban como pistas de aterrizaje; las ideas de Paul Kosok y Maria Reiche de que las figuras representaban constelaciones en forma de calendario astronómico; hipótesis antropológicas basadas en la identificación y seguimiento de fuentes de agua subterráneas en el desierto; y diferentes propuestas de que fueran senderos ceremoniales para realizar rituales religiosos de las culturas de los paracas y los nazca.[14]

Recientemente, una expedición germano-peruana ha estado documentando y estudiando los geoglifos de la zona de Nazca y de la región de Palpa situada más al norte, y los arqueólogos han encontrado las ruinas de muchos asentamientos nazca con glifos prácticamente en todos ellos. Los hallazgos indican que hay una larga historia de este tipo de glifos en la región, y que incluso se superponen unos a otros. Sabemos ahora que los primeros se realizaron en las laderas de las colinas, porque así podían contemplarse desde la llanura y no necesitaban ser vistos desde el aire. Incluso los más complejos, como el colibrí, hoy en día se ha des-

cubierto que son dibujos cuyo trazo consiste en una única línea: uno puede empezar a caminar partiendo de un determinado punto y reseguir la línea sin nunca tener que cruzarse con otra línea. Esta circunstancia permite plantear la posibilidad de que se utilizasen como procesiones ceremoniales.[15]

En cualquier caso, no hay ninguna necesidad de invocar a visitantes extraterrestres para explicar las sorprendentes líneas de Nazca. El fenómeno de dibujar estos enormes geoglifos en el suelo goza de una larga tradición que se ha extendido a lo largo de muchos siglos en numerosos lugares de Perú, y la mayoría de ellos eran bien visibles por aquellos a los que iban dirigidos. Parece que se trata de una forma regional de expresión artística, religiosa y cultural que nada tiene que ver con pistas de aterrizaje para alienígenas. Por otro lado, en cuanto a nivel de habilidad no tenían nada que envidiar a nuestros predecesores en este planeta, porque estaban lo suficientemente avanzados como para no necesitar ayuda externa para semejantes proyectos constructivos.[16]

En 1987, saltó a los titulares de todo el mundo el espectacular descubrimiento en el norte de Perú de una tumba real fechada en torno al año 250 e. c., en la zona de Sipán, justo en la región en la que floreció la cultura moche desde 100 hasta 800 e. c., y excavada por un arqueólogo peruano llamado Walter Alva.[17]

El reino de los moche (o mochicas) era grande para los parámetros andinos y estaba ubicado en una franja norte-sur junto a la costa, en un área de unos quinientos sesenta kilómetros de longitud por ochenta de ancho, que ocupaba una docena de estrechos valles que descendían de los Andes hacia la costa del Pacífico y que estaban separados por el desierto. Los mochicas comerciaban con las regiones ubicadas a lo largo de la costa y al otro lado de los Andes, en la selva amazónica, en lo que hoy es el territorio del moderno Chile y Ecuador, en busca de mercancías

como el lapislázuli y las conchas *spondylus*, boas constrictor, loros y monos. Se autoabastecían utilizando canales de irrigación para el cultivo de cereales, aguacates, patatas y cacahuetes; del océano obtenían pescado, gambas, cangrejos y otros mariscos.[18]

La sociedad mochica estaba altamente jerarquizada, cultivaba las artes textiles, fabricaba impresionantes cerámicas y artículos confeccionados con metales preciosos, pero no tenían escritura ni, al parecer, utilizaban dinero tal y como nosotros lo conocemos. Trabajaban duro en proyectos constructivos, no solo en canales de irrigación, sino en pirámides, templos y complicados túmulos funerarios. Hay una pirámide, cerca de la capital y a orillas del río Moche junto a la moderna ciudad de Trujillo, llamada Huaca del Sol, que fue construida con más de 130 millones de ladrillos de adobe. Ocupaba más de cinco hectáreas, es decir unos doce acres, y era una estructura administrativa, posiblemente la construcción más grande jamás erigida en Sudamérica.[19] El otro lado de la ciudad contaba con la Huaca de la Luna, ligeramente más pequeña y muy decorada, que tenía una función ceremonial.

La civilización mochica se desmoronó repentinamente en torno a 800 e. c. por razones desconocidas; las teorías oscilan entre un devastador terremoto y una grave sequía provocada por el fenómeno climático de El Niño. Cuando, siglos después, llegaron los españoles a la zona, todo lo que encontraron fueron restos dispersos y castigados por las inclemencias del tiempo de pirámides de adobe y otros edificios que había dejado la cultura moche.[20]

En 1987 Walter Alva recibió una llamada de la comisaría de policía local cerca de Sipán porque varios saqueadores de tumbas habían tenido una trifulca tras encontrar una tumba llena de riquezas y se estaban peleando por los objetos que habían descubierto. Irónicamente, uno de ellos llamó a la policía pidiendo ayuda y esta confiscó los objetos y llamó a Alva. A su llegada a la

comisaría, uno de los agentes metió la mano en una bolsa de papel y sacó una pequeña máscara de oro: Alva casi se cayó de la silla de la sorpresa.

Reunió a un equipo de arqueólogos y se desplazaron al lugar en el que, según los saqueadores, se encontraba la tumba, que resultó estar ubicada en el interior de una inmensa pirámide hecha de ladrillos de adobe. Esta pirámide, una de las muchas que hay en el emplazamiento, estaba tan dañada por la erosión y demás fenómenos naturales que se parecía más a una montaña natural que a algo creado por humanos.

Con la esperanza de que hubiera más tumbas que les hubieran pasado desapercibidas a los ladrones, Alva y su equipo iniciaron una verdadera excavación. Efectivamente, no tardaron en encontrar varias tumbas más, entre ellas una que resultó ser lo que el *National Geographic* calificó de «la tumba intacta más rica del Nuevo Mundo», es decir, la tumba 1, la perteneciente al señor de Sipán.[21] En dicha tumba, que es prácticamente una sala de unos cinco por cinco metros, encontraron en primer lugar el cuerpo de un hombre al que le habían cortado los pies, posiblemente para obligarlo en el otro mundo a cumplir su cometido de proteger a los otros ocupantes y evitar que huyese. Estaba enterrado en el extremo superior derecho de la cámara funeraria, unos pocos metros por encima del resto de los cuerpos.

El propio señor de Sipán fue hallado en el centro de la cámara rodeado de enterramientos adicionales, que, contando al hombre de los pies cortados, sumaban once personas en la misma tumba además del personaje principal: tres hombres adultos, una mujer adulta, tres muchachos adolescentes y tres muchachas adolescentes, y un niño.[22]

Había más de 450 objetos enterrados en la tumba, muchos de ellos de metales preciosos, como oro y plata, y también de cobre o bronce que por el óxido habían adquirido un agradable color

verde. Había collares de cuentas en forma de lo que parecían cacahuetes, sobre todo uno que tenía cacahuetes de plata en un lado y de oro en el otro. No debería sorprendernos que los mochicas representasen cacahuetes en su joyería, puesto que sabemos que los cultivaban.

Destacan también tres pares de orejeras, o adornos para las orejas: en uno de ellos hay un animal incrustado que se parece un poco a Rodolfo, el reno de la nariz roja; en otro se ha reproducido un pájaro que asemeja un cruce entre un pato y un pelícano; y en el tercero se aprecia lo que parece una representación tridimensional del propio señor de Sipán elegantemente vestido y a punto de salir, con una lanza o cetro, escudo, orejeras y un collar con lo que parecen calaveras que va de hombro a hombro. Si cuando se arreglaba de esta guisa llevaba este último par de orejeras como parte de su indumentaria, entonces estaría llevando una miniatura de sí mismo, lo cual resulta fascinante.

Sobre el pecho tenía centenares de pequeñas cuentas que aún estaban en su lugar, formando un espléndido collar pectoral verde, marrón y blanco, cuya conservación fue muy laboriosa y meticulosa. A menudo, la forma de recuperar intactos estos artefactos consiste en poner una especie de pegamento fácil de sacar sobre tela, cartón o algún otro material, y a continuación depositarlo sobre las cuentas mientras todavía están en su sitio y dejar que se seque. Después se levanta y las cuentas salen pegadas al paño todavía en su mismo lugar y presentando el diseño original, pero ahora en espejo. En este momento puede ser trasladado sin riesgos a la sala de conservación o a cualquier otro sitio, donde se disolverá el pegamento y el pectoral original, con todas las cuentas en su sitio, podrá ser estudiado y tratado sin problemas.

Como parte del ajuar funerario había también un enorme casco o tocado de oro en forma de media luna, probablemente con plumas incorporadas; una placa facial también de oro posible-

mente para cubrir la parte inferior del rostro del señor; y lo que probablemente sería un cetro o cáliz de oro y varios protectores coxales de plata, oro y bronce o cobre. Como bien sugiere el nombre, estos últimos constituían la parte posterior del atuendo, muy probablemente para proteger el trasero del señor, y estaban decorados algunos de ellos con la representación del llamado Dios Decapitador de pie sobre una hilera de calaveras. Otros objetos de la tumba estaban adornados también con la imagen de esta divinidad, que, aunque pequeña, uno no querría encontrarse en una avenida oscura.

Hay representaciones de aspecto igualmente feroz, presumiblemente de otros dioses, que aparecen con la boca abierta mostrando una hilera de afilados dientes, pero también pequeñas cuentas de oro en forma de rostros con ojos azules incrustados que no provocan espanto al mirarlas.

En cuanto a la identidad de este importante personaje de la tumba, especialistas en cultura moche como Christopher Donnan y Walter Alva han sugerido la posibilidad de que fuera el sacerdote guerrero conocido por las escenas pictóricas encontradas en los vasos mochicas y pintadas en las paredes. Uno de los temas más habituales es la llamada ceremonia del sacrificio, en la que se degüella a las víctimas, se vierte o vacía su sangre en cálices y los sacerdotes y demás participantes se la beben. El sacerdote guerrero se representa siempre adornado con un casco o tocado, protectores coxales y orejeras, y portando un gran cáliz o cetro, exactamente igual que el señor de Sipán. Si este fuera el caso, entonces las escenas representadas en la cerámica y en las paredes representarían acontecimientos reales y personas reales.[23]

A lo largo de las últimas décadas, se han investigado numerosos yacimientos mochicas que han proporcionado importante información y espléndidos artefactos. La tumba del señor de Sipán sigue siendo la más conocida, pero, lamentablemente, ha dado

pie a intentos de saqueo a gran escala por ladrones de tumbas en busca de otros lujosos enterramientos en las inmediaciones. Una fotografía aérea muestra que la región contigua a la de Sipán ofrece hoy el aspecto de un paisaje lunar, con fosas excavadas por todas partes. Sin duda alguna, esta es una de las regiones del mundo en las que hay que actuar para prevenir semejantes actividades de saqueo en el futuro.

Si avanzamos un poco más en el tiempo, hasta aproximadamente 1500 e. c., y dirigimos nuestros pasos hacia el sur de Perú justo al este de la región de las líneas de Nazca, llegaremos al Machu Picchu, declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1983.[24] Es un enclave espectacular, como muy pocos en el mundo. Se encuentra a una altitud de 2.430 metros sobre el nivel del mar y las vistas le dejan a uno literalmente sin aliento, en parte porque a esta altitud es verdaderamente difícil respirar. De hecho, muchos turistas sufren de mal de altura mientras están allí, y esto afecta negativamente a su visita. A modo de comparación, la altitud oficial de Denver es de 1.609 metros por encima del nivel del mar, por lo que legítimamente el Machu Picchu puede ser apodado la ciudad de la milla y media de altura.

El yacimiento es de hace poco más de quinientos años, es decir, fue construido durante el siglo xv, en torno a 1450, y abandonado al cabo de menos de un siglo después, en 1532 aproximadamente, en tiempos de la conquista española.[25] La ciudad se encuentra a cinco días a pie desde Cuzco, la capital de los incas, y fue erigida por orden de uno de los emperadores incas como refugio de verano y segundo palacio en la cima de una inmensa montaña de exuberante vegetación, a seiscientos metros del río que discurre por debajo. En uno de los extremos del yacimiento se yergue un pico, el Wayna Picchu, un ascenso muy popular en-

tre los turistas más aventureros. En este enclave siguen realizándose nuevos proyectos académicos, como el que pretende analizar el ADN de los restos de esqueletos hallados en el lugar.[26]

Machu Picchu.

El mérito de haber dado a conocer al mundo el Machu Picchu en 1911 hay que atribuírselo al profesor de Yale Hiram Bingham. Como bien señala el interesante libro de Mark Adams, *Turn Right at Machu Picchu* [Gira a la derecha en Machu Picchu], publicado recientemente, en realidad Bingham no descubrió la ciudad, puesto que se la mostraron los lugareños, que siempre supieron que se hallaba allí.[27] Es posible incluso que tampoco fuera el primer explorador occidental en encontrarla, pero se atribuyó el mérito, cosa que no era la primera vez que ocurría. Heinrich Schliemann hizo lo mismo en Micenas unos cuarenta años antes, cuando los habitantes del lugar lo condujeron a las ruinas de la puerta de los Leones de la ciudad antigua, y en Troya, cuando se apropió de los trabajos que Frank Calvert había llevado a cabo allí.

Bingham regresó al yacimiento en 1912, patrocinado por la National Geographic Society y por la Universidad de Yale, y excavó durante unos cuatro meses a pesar de carecer de formación como arqueólogo. En 1913, la revista *National Geographic* dedicó su ejemplar del mes de abril enteramente al Machu Picchu, circunstancia que algunos atribuyen, junto con la asociación y el propio Bingham, a su rápido ascenso a la prominencia internacional de la que goza en la actualidad. En el mencionado artículo, Bingham trataba de transmitir parte del estupor que le causó el descubrimiento inicial, y escribió: «Nos encontramos en medio de un bosque tropical, bajo cuya sombra vislumbramos un laberinto de muros antiguos, ruinas de edificios construidos con bloques de granito y encajados unos con otros al más refinado estilo de la arquitectura inca. Avanzamos un poco más y llegamos a un pequeño claro en el que se erguían dos espléndidos templos o palacios. La impresionante calidad de la factura de la piedra, la presencia de aquellos majestuosos edificios y de lo que parecía ser un insólito número de viviendas de piedra elegantemente construidas, me ratificaron en la convicción de que el Machu Picchu se revelaría como la ruina más grande y más importante descubierta en Sudamérica desde los días de la conquista española».[28]

En 1914 y 1915 se llevaron a cabo más excavaciones, y Bingham empezó a escribir libros y artículos sobre sus hallazgos, el más famoso de ellos es sin duda *Machu Picchu: la ciudad perdida de los incas*.[29] Estaba convencido de que el Machu Picchu podía ser la ciudad inca perdida de Vilcabamba, pero hoy en día se cree que está ubicada en otro lugar.

Si se contempla el yacimiento desde lo alto, puede verse claramente que está dividido en una ciudad alta y una ciudad baja, un distrito residencial donde presumiblemente vivía la gente corriente y otro que parece destinado a la realeza o a la nobleza, aunque bien cabe la posibilidad de que todo el yacimiento fuera

utilizado como lugar de retiro de la realeza —como un Camp David para los dirigentes incas—. A todo esto hay que añadir, además, templos, almacenes, canalizaciones para el agua y muchas terrazas agrícolas. En el interior del llamado templo del Sol se yergue una gigantesca torre conocida como el Torreón, que posiblemente sirviera de observatorio (aunque esta afirmación sigue generando polémica), y una enorme roca denominada Intihuatana, que podría ser una piedra ritual utilizada para señalar los solsticios de invierno y de verano, si bien el debate sobre su uso exacto aún está vivo.

Todos estos edificios fueron construidos utilizando la habitual —o clásica— técnica inca: se cortaban las piedras y se encajaban unas con otras sin necesidad de usar mortero para sellarlas. La mayoría de puertas y ventanas no son cuadradas ni rectangulares como correspondería, sino trapezoidales, un rasgo arquitectónico obviamente deliberado, que muchos han interpretado como prevención contra derrumbes en caso de terremoto, lo que no deja de ser una idea interesante.

Tras finalizar las excavaciones del yacimiento en los años 1912 y 1914-1915, Bingham se llevó una gran cantidad de artefactos del Machu Picchu a Yale, donde permanecerían durante dieciocho meses, para que expertos estadounidenses procedieran a su estudio. En realidad se quedaron en Yale durante los noventa años siguientes hasta que la esposa del presidente de Perú, que era antropóloga, sacó a relucir el tema de su retorno. En 2006 fueron devueltos los primeros objetos, y en 2012 casi todos los artefactos habían regresado a Perú, salvo aquellos que por acuerdo mutuo debían permanecer en Yale para su posterior estudio.[30]

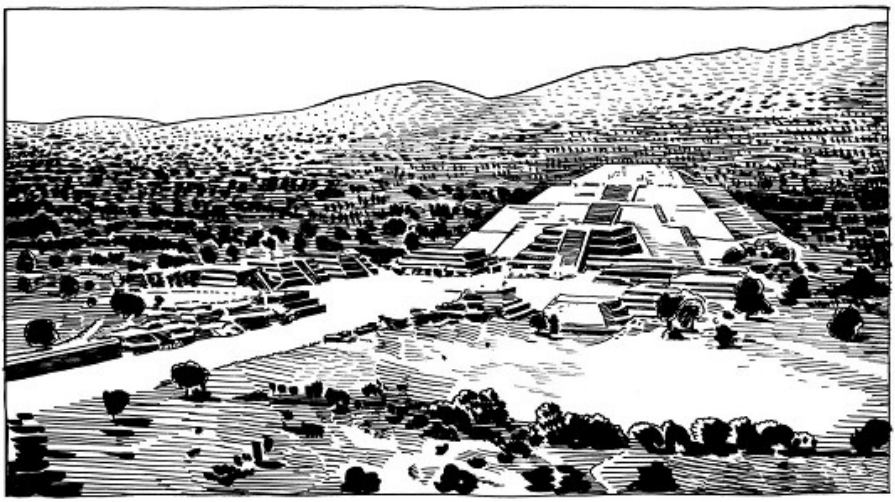
En la actualidad, los objetos retornados están expuestos en un museo y centro de investigación de Cuzco, donde estudiantes y arqueólogos nacionales y extranjeros pueden examinarlos. Entre los muchos artefactos destacan botellas cerámicas utilizadas para

contener aceite o perfume, decoradas con intrincados diseños. Una de ellas presenta un rostro humano en el alargado cuello de la botella, con lo que parece una falda con volantes en el cuerpo del recipiente; otra tiene forma de una mano que sostiene una copa estilizada. Hay también un alfiler para sujetar un chal, hecho de hueso y que representa a dos pájaros enfrentados, así como diversas piezas de joyería y otros objetos de metal, entre ellos cuchillos ceremoniales.[31]

Finalizamos aquí nuestro breve periplo arqueológico por Perú, después de haber tratado sobre algunas culturas sorprendentes —la nazca, la moche y la inca— y cubierto varios miles de años y cientos de kilómetros cuadrados de territorio, desde los desiertos hasta las montañas. Hemos visto claramente el auge y declive de las distintas civilizaciones que se superpusieron unas a otras ocupando la misma región, aquí en el Nuevo Mundo igual que en el Viejo. No obstante, en cierto modo, los logros alcanzados en Perú son más espectaculares por estar ubicados en un paisaje de gigantescas montañas y valles aislados, ríos costeros separados por el desierto y la cercana cuenca del Amazonas, todos ellos elementos que lo convierten en un enclave mucho más hostil en el que desarrollar una sociedad amplia y compleja, obtener excedentes agrícolas y mantener la comunicación entre las distintas partes del sistema gubernamental. No obstante, parece que el ciclo de la historia no es tan diferente cuando estudiamos a los mochicas o Mesopotamia, a los incas o el valle del Indo, a los nazca o el Egipto del Reino Nuevo.

18

Cabezas gigantes, serpientes emplumadas y águilas doradas



Pirámide de la Luna, Teotihuacán.

En 2003, en el emplazamiento de Teotihuacán, habitado aproximadamente desde el año 100 a. e. c. hasta 650 e. c. y situado a unos cincuenta kilómetros al noreste de la Ciudad de México, se detectó un túnel secreto que conducía desde una de las plazas próximas al límite de la ciudad hasta el templo de la Serpiente Emplumada. Su hallazgo se produjo tras una racha de fuertes lluvias que horadaron el suelo y abrieron un pequeño agujero a unos veinticuatro metros del templo. Los arqueólogos llevaron aparatos de detección remota —concretamente radares— y acto seguido elaboraron un mapa. Desde entonces está en marcha una excavación dirigida por el arqueólogo mexicano Sergio Gómez, que en algunos lugares utiliza robots de control remoto y en otros pura mano de obra.[1]

El túnel tiene más de cien metros de longitud y termina justo debajo del templo a una profundidad de entre doce y dieciocho metros. Fue sellado hace unos 1.800 años mediante por lo menos

seis muros dispuestos en distintos puntos a lo largo de su trayectoria para bloquear el paso. En sus meticulosas excavaciones, los arqueólogos han ido encontrando más de setenta mil objetos antiguos de diversa índole: joyas, semillas, huesos de animales, conchas marinas, cerámica, hojas de obsidiana, vasijas con cabezas de animal, pelotas de goma como las que se utilizaban en los juegos de pelota mesoamericanos, centenares de enormes caracolas del Caribe y cuatro mil objetos de madera.

El techo y las paredes del túnel estaban recubiertos con una capa de polvo brillante, quizá pirita molida o una sustancia similar, que habría reflejado y hecho resplandecer la luz de las antorchas. Al fondo del túnel hay tres cámaras con ofrendas como cuatro grandes figurillas de piedra verde, restos de jaguares, y estatuas de jade, además de importantes cantidades de mercurio líquido, que posiblemente representaba algún río o lago del mundo subterráneo. La zona más alejada, que podría albergar los cuerpos de los primeros gobernantes de la ciudad, todavía no ha sido investigada.[2]

En otras páginas hemos comentado ya algunos yacimientos ubicados en Centroamérica, concretamente Palenque y Chichén Itzá, pero aparte de estos lugares, algunos de los descubrimientos más recientes e impresionantes de la arqueología del Nuevo Mundo se han llevado a cabo en el yacimiento azteca de Tenochtitlán, ubicado debajo del centro de la Ciudad de México y fechado en torno a 1350 e. c., y en el sitio de Teotihuacán, que acabamos de mencionar. Los europeos conocían su existencia desde la invasión española de México en el siglo XVI; sin embargo, aquellos primeros conquistadores españoles no tenían conocimiento de los olmecas.

Empezaremos, pues, por el descubrimiento de la civilización olmeca, la primera cultura que se conoce en lo que hoy es el México moderno y que floreció entre 1150 (o quizá incluso en fecha

tan temprana como 1500) hasta 400 a. e. c. aproximadamente.[3] Resulta irónico que, sin embargo, fuera la última de las civilizaciones mesoamericanas en ser descubierta por los arqueólogos. El público general los recuerda hoy básicamente por las diecisiete gigantescas cabezas de piedra y otras esculturas que nos han legado. Los primeros que sacaron a los olmecas a la luz pública acaparando la atención del mundo fueron Matthew y Marion Stirling, arqueólogos del Smithsoniano, y un fotógrafo del *National Geographic* llamado Richard Stewart.[4]

No obstante, estos arqueólogos no fueron los primeros occidentales en dar con testimonios de esta civilización, porque la primera escultura conocida que puede atribuirse a los olmecas fue publicada en 1869. Un campesino lugareño que trabajaba en un rancho de Veracruz, en la costa caribeña de México, la descubrió unos pocos años antes, cerca del pueblo de Tres Zapotes (un tipo de árbol característico de la región). Este pueblo presta hoy su nombre al cercano yacimiento olmeca en el que el granjero encontró la escultura.[5]

Cuenta la historia que, al principio, el lugareño pensó que el objeto era un caldero de hierro volcado, pero cuál no sería su sorpresa cuando se percató de que era una cabeza colosal de piedra volcánica con el rostro aplastado y grandes ojos, nariz y labios. Un casco —que se parece mucho a los primitivos cascos de fútbol americano hechos de cuero— le cubre la cabeza hasta las cejas, y más allá de la barbilla no hay nada: ni cuello, ni cuerpo, ni brazos, ni piernas. Solo es una cabeza. Y si tenemos en cuenta que es tan alta como ancha, básicamente parece una gran bola de billar tallada, aunque no es tan redonda. Más tarde, Matthew Stirling excavó de nuevo el lugar en 1939 y ahora se la conoce como monumento A de Tres Zapotes.[6]

Como suele ocurrir a menudo, los debates iniciales —e incluso argumentaciones más recientes— sobre estas cabezas gigantescas y sobre los olmecas en general trataban de relacionarlas con Egipto, con Fenicia, con pueblos de la Atlántida, con antiguos astronautas e incluso con China y Japón. Nada más lejos de la realidad, las cabezas no tienen vínculo alguno con ninguna de estas culturas mencionadas: son indígenas de la región.[7]

El término *olmeca* significa «habitantes del país de la goma», que es el nombre que los aztecas les pusieron a sus primitivos descendientes que todavía vivían en aquella misma región en tiempos de la conquista española en 1521, pero ellos no se llamaban así. Los arqueólogos, por extensión, han acabado llamando Olman —que significa «país de la goma»— a toda esta zona, es decir al área calurosa y húmeda de las llanuras que se extiende desde el sur de Veracruz hasta el oeste de Tabasco. Hasta el momento, desconocemos cuál era su verdadero nombre, puesto que los pocos registros escritos tallados en la piedra que nos han dejado los olmecas todavía no se han traducido[8].

Los Stirling y Stewart tampoco fueron los primeros arqueólogos en explorar esta región, ya que el honor recae en una expedición de dos personas de la Universidad Tulane de Nueva Orleans, Frans Blom y Oliver La Farge, que en 1929 partieron en busca de más restos de la civilización maya. Sin embargo, lo que encontraron fueron los restos de los olmecas en uno de los yacimientos más conocidos hoy en día, La Venta, donde descubrieron otra colosal cabeza de piedra, altares, estelas y vestigios de una pirámide completamente cubierta por la vegetación de la selva. Sus hallazgos fueron publicados en 1926-1927 en dos volúmenes bajo el título *Tribus y Templos*.[9]

Los tres yacimientos olmecas más importantes excavados hasta ahora son San Lorenzo, Tres Zapotes y La Venta, y en cada uno de ellos, los primeros arqueólogos, y en ocasiones investigadores

posteriores que seguían sus huellas, fueron conducidos a los emplazamientos por habitantes del lugar que habían desenterrado cabezas de piedra, altares y otros restos mientras realizaban sus labores agrícolas.[10]

Tres Zapotes fue el primero de los tres en ser excavado profesionalmente desde 1938 hasta 1940 por un equipo reducido dirigido por los Stirling y que incluía a un arqueólogo llamado Philip Drucker. Volvieron a excavar y documentaron minuciosamente la cabeza olmeca original hallada por el agricultor hacía unos ochenta años. La cabeza mide más de metro y medio de altura y pesa aproximadamente ocho toneladas. Asimismo encontraron monumentos de piedra tallados y varias estelas, entre las que había una (estela C) que tenía una fecha inscrita, muy parecida a las estelas mayas de algunos yacimientos como Copán y Palenque, que utilizaban un sistema de datación similar. Stirling no tardó en certificar que la fecha de la estela C era el equivalente de nuestro 31 a. e. c.[11]

En 1940, durante su segunda temporada de excavación en Tres Zapotes, los Stirling fueron a visitar el segundo yacimiento olmeca, La Venta, del que tenían conocimiento por los volúmenes publicados de Blom y La Farge, en busca de los ocho monumentos que los lugareños habían mostrado a aquellos dos arqueólogos pioneros en 1925, y que habían documentado en un solo día. No les resultó difícil encontrarlos, entre ellos la gigantesca cabeza que medía dos metros y medio de altura y casi siete metros de circunferencia, además de dos estelas y tres «altares-trono» con una persona sentada tallada en el interior de un nicho en la parte frontal del altar.[12]

Cabeza colosal de piedra olmeca, San Lorenzo.

La visita fue fructífera porque los Stirling encontraron otros restos que los primeros exploradores no habían descubierto, especialmente otras tres enormes cabezas de piedra y otro altar-trono en el que el hombre sentado sostiene un bebé en su regazo. En este mismo monumento había otros cuatro pares de adultos y bebés, motivo por el cual se le denomina familiarmente «altar de los Quíntuples», aunque su nombre oficial es simplemente altar 5.[13]

De resultas de todos estos descubrimientos durante lo que no había sido más que una simple visita al yacimiento, los Stirling y Drucker decidieron regresar y realizar excavaciones en La Venta en 1942-1943. A pesar de que la segunda guerra mundial estaba en plena efervescencia, se las arreglaron para conseguir dos breves temporadas de campo durante las cuales excavaron los montículos que se veían en el yacimiento. Unos contenían tumbas con al-

gunos objetos de ajuar funerario; otros cubrían pavimentos de mosaico. Posteriores excavaciones realizadas por otros investigadores han sacado a la luz abundante material; La Venta cuenta por lo menos con treinta montículos de tierra fechados entre 1000 y 400 a. e. c., y el arqueólogo Richard Diehl calcula que hasta el momento se han encontrado unos noventa monumentos de piedra en el yacimiento.[14]

En 1945, los Stirling visitaron San Lorenzo, en el sur de Veracruz, donde los aldeanos les mostraron inmediatamente dos gigantescas cabezas de piedra: una medía casi 2,8 metros de alto y la otra alcanzaba casi los tres metros, con un peso aproximado de cuarenta toneladas cada una. Eran más grandes que cualquiera de las que habían visto tanto en Tres Zapotes como en La Venta. Allí mismo encontraron también una docena de monumentos de piedra, ahora identificados todos como olmecas, además de dos jaguares de piedra en el cercano pueblo de Tenochtitlán (que no hay que confundir con la ciudad enterrada debajo de la Ciudad de México de la que hablaremos a continuación). Los arqueólogos suelen vincular a menudo estos dos yacimientos vecinos y se refieren a ellos colectivamente como San Lorenzo Tenochtitlán.[15]

En una posterior temporada realizada en 1946, Stirling y Drucker cosecharon unas cuantas esculturas de piedra más, pero nada extraordinario ni que mereciera la pena publicar. Le correspondió a Michael Coe, de la Universidad de Yale, regresar a San Lorenzo a mediados de los años sesenta y llevar a cabo nuevas excavaciones, que esta vez sí se publicaron. La más reciente, dirigida por Ann Cyphers, de la Universidad Nacional Autónoma de México, trabajó en el yacimiento desde 1990 hasta 2012.[16]

Como resultado de sus trabajos en los tres yacimientos, Matthew Stirling llegó a la conclusión de que la civilización olmeca era más antigua que la de los mayas, un planteamiento que al principio tuvo que lidiar con una enconada resistencia por parte

de algunos mayistas de la vieja escuela como Eric Thompson. No obstante, después de toda aquella polémica y con la introducción de la datación por radiocarbono, hubo que reconocer, a la postre, que Stirling estaba en lo cierto, y hoy en día los olmecas ocupan su legítima posición en el elenco de las civilizaciones mesoamericanas, aunque todavía queda mucho trabajo por delante para dilucidar los detalles.[17]

En cambio, los descubrimientos realizados en el centro de la Ciudad de México, que datan del período más tardío de los aztecas, han sacado a la luz restos anteriormente desconocidos de Tenochtitlán, la capital azteca. Uno de los grupos que componían este pueblo, que se hacían llamar mexicas (*mej-shi-kas*), se asentó en Tenochtitlán, ciudad que floreció desde 1325 e. c. aproximadamente hasta su destrucción a manos de los conquistadores españoles en 1521.[18] Por supuesto, siempre se ha sabido que la capital de los aztecas yacía debajo de la Ciudad de México porque los españoles la destruyeron en buena parte antes de construir su propia ciudad sobre las ruinas.[19]

Afortunadamente, los conquistadores elaboraron mapas, entre ellos uno supuestamente trazado por el propio Hernán Cortés, que muestran el aspecto que tenía la ciudad antes de su destrucción y que nos permiten saber que estaba construida en una isla en medio del lago de Texcoco, con avenidas que la conectaban a tierra firme. El espacio disponible para vivir se había expandido mediante la creación de chinampas, o jardines flotantes, que quedaron firmemente anclados y cubiertos con la suficiente tierra para poder construir encima casas y otras estructuras. Al parecer la ciudad estaba dividida en cuatro distritos y debió de albergar por lo menos a doscientas cincuenta mil personas.[20]

Dado que la ciudad moderna está ubicada sobre la antigua, durante los distintos proyectos constructivos se van descubriendo constantemente nuevos edificios y artefactos, como ocurrió,

por ejemplo, con la gran Piedra Calendario, llamada Piedra del Sol, hallada en diciembre de 1790, con motivo de unas reparaciones en la catedral de la Ciudad de México. Esta enorme piedra tiene un diámetro de 3,6 metros y pesa unas veinticuatro toneladas. Se desconoce cuál era su uso, aunque es posible que fuera una pileta ceremonial o un altar, en cuya superficie están representados los cuatro períodos que según los aztecas habían precedido a su propia era y que duraron un total de 2.028 años. El rostro que aparece en el centro podría ser la deidad azteca del sol, que da nombre a la piedra.[21]

Es muy probable que en un principio esta enorme piedra estuviese ubicada sobre o dentro del Gran Templo, normalmente denominado Templo Mayor, del que se encontraron algunas partes a mediados de la década de 1900, y otras de forma fortuita en 1978 cuando se procedía a tender cables eléctricos en la zona. Como bien señala el arqueólogo británico Paul Bahn, el proyecto de excavación emprendido a continuación fue descomunal: se derribaron varios bloques enteros de casas y tiendas en el mismo centro de la ciudad para que el equipo de arqueólogos dirigido por Eduardo Matos Monctezuma (de nombre muy apropiado) pudiera investigar los restos.[22]

El Templo Mayor es en realidad una pirámide doble dedicada a dos dioses: Huitzilopochtli, dios del sol y también de la guerra y de los sacrificios humanos, y Tlaloc, dios de la lluvia y del agua. Además de los restos de la pirámide templo, los arqueólogos encontraron artefactos de oro y jade, gran cantidad de esqueletos de animales y un muro de cráneos humanos tallados en piedra, por no mencionar los objetos de anteriores civilizaciones mesoamericanas enterrados por los aztecas.[23]

En el año 2006, los arqueólogos encontraron un altar de piedra con la representación de Tlaloc, fechado en torno a 1450 e. c., así como un monolito —una losa de piedra— de andesita rosada, en

el que aparece la diosa de la tierra Tlaltecuhtli, originalmente pintada de ocre, rojo, azul, blanco y negro. Fechado en el último período azteca, 1487-1520, fue hallado tumbado en el suelo, aunque puesto en vertical debió de medir 3,3 metros de altura. El equipo que descubrió este monolito de doce toneladas pensó que posiblemente estuviese todavía en su lugar original, quizá en la entrada de una cámara o incluso de una tumba, pese a que se había partido en cuatro grandes fragmentos.[24]

Dos años después, en un pozo con las paredes recubiertas de piedra justo al lado del monolito, los arqueólogos encontraron infinidad de ofrendas religiosas aztecas: cuchillos sacrificiales de sílex blanco; objetos hechos de hueso de jaguar; y varitas de copal o incienso. Debajo de estas ofrendas, en una caja de piedra, había los esqueletos de dos águilas doradas rodeados de veintisiete cuchillos sacrificiales, muchos de ellos ataviados como si de dioses o diosas se tratara. En enero de 2009, los arqueólogos descubrieron, además, seis conjuntos independientes de ofrendas en esta profunda fosa, que alcanzaba más de siete metros por debajo del nivel de la calle.[25]

Diosa azteca de la luna, Tenochtitlán.

Más arriba, a una altura de casi dos metros y medio, los excavadores dieron con una segunda caja de piedra que contenía el esqueleto de un perro o de un lobo que había sido enterrado con un collar de cuentas de jade y que tenía una suerte de clavijas —a guisa de pendientes— en las orejas y brazaletes con campanillas de oro alrededor de los tobillos. Los arqueólogos lo bautizaron inmediatamente con el nombre de Aristocánido.[26] El esqueleto estaba cubierto de conchas y restos marinos como almejas y cangrejos.

El director de las excavaciones, Leonardo López Luján, piensa que los seis conjuntos de ofrendas indican la cosmología o sistema de creencias azteca: por ejemplo, el perro/lobo con las con-

chas marinas representaría el primer nivel del inframundo, «y ayudaría al alma de su dueño a atravesar un peligroso río», como escribió Robert Draper en 2010 en la historia publicada por *National Geographic* que documentaba este asombroso hallazgo. López Luján está convencido de que está muy cerca de encontrar la tumba de uno de los últimos, y más temidos, emperadores aztecas, Ahuitzotl, que murió en 1502 o 1503.[27]

Nos desplazamos ahora unos cincuenta kilómetros al noreste de Tenochtitlán y llegamos a Teotihuacán, yacimiento anterior a la civilización azteca, aunque fueran estos los que pusieran nombre a la ciudad, que significa «lugar de nacimiento de los dioses», declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1987, y que hoy es uno de los enclaves turísticos más visitados de México.[28] Quiénes fueron sus habitantes y cómo llamaron a su ciudad es todavía objeto de debate, pero estuvo ocupada desde aproximadamente el año 100 a. e. c. hasta más o menos 650 e. c., como ya hemos mencionado, y probablemente en su momento más álgido alcanzara los 150.000 habitantes.[29] En una entrevista publicada en octubre de 2015, el profesor David Carrasco de la Universidad de Harvard describió el lugar como «la Roma imperial de Mesoamérica». Con esta definición quiso hacer hincapié en que Teotihuacán influyó en cientos de comunidades mesoamericanas durante su período de prosperidad y fue el faro que guio a las posteriores civilizaciones.[30] En las regiones mayas del sur de México y Guatemala, cientos de kilómetros al sur, hay abundantes testimonios de la presencia de Teotihuacán, y muchos académicos creen que durante siglos controló aquella zona.

Se tenía la creencia de que los toltecas habían sido los constructores del lugar, porque al parecer eso fue lo que los posteriores aztecas les contaron a los españoles cuando llegaron, pero esto no es objetivamente exacto puesto que el emplazamiento es

más antiguo que los toltecas, que florecieron entre los siglos x y xii e. c. Por ahora, a los habitantes de Teotihuacán se les denomina teotihuacanos.

El yacimiento está dominado por una larga calzada central, llamada avenida de los Muertos, que se prolonga durante unos dos kilómetros y medio y a cuyos lados se erigieron pirámides y templos, entre los que destacan la pirámide del Sol y la pirámide de la Luna, así como el templo de la Serpiente Emplumada.

La pirámide del Sol es el edificio más grande de todos —más de doscientos metros de ancho en la base por más de sesenta de alto— con una cueva ceremonial justo debajo de la pirámide, descubierta en 1971.[31] La pirámide de la Luna no se queda atrás en cuanto a tamaño; en las nuevas excavaciones que comenzaron en 1998, se encontraron restos humanos y salió a la luz una cámara funeraria con un rico ajuar, entre cuyos objetos había espejos de pirita y hojas de obsidiana.[32]

El templo de la Serpiente Emplumada, fechado en torno a 200 e. c., es el tercer edificio más grande del yacimiento, y recibe este nombre por las cabezas de serpiente, de unas cuatro toneladas cada una, que asoman de la fachada. En los años ochenta se encontraron una serie de pozos delante del templo que contenían los cuerpos de casi doscientos guerreros, hombres y mujeres, y sus sirvientes. Todos ellos tenían las manos atadas a la espalda y eran sin duda víctimas ceremoniales, quizá sacrificadas en el momento de consagrar el templo o durante las ceremonias celebradas en diversas ocasiones.[33]

Fue justo aquí donde se detectó en 2003 el túnel secreto que conducía desde una de las plazas de la ciudad hasta este templo. Como ya mencionamos, las investigaciones todavía prosiguen, y hay quien sugiere que la galería puede conducir a una tumba real, que contenga los cuerpos de los primeros gobernantes de la ciudad.[34]

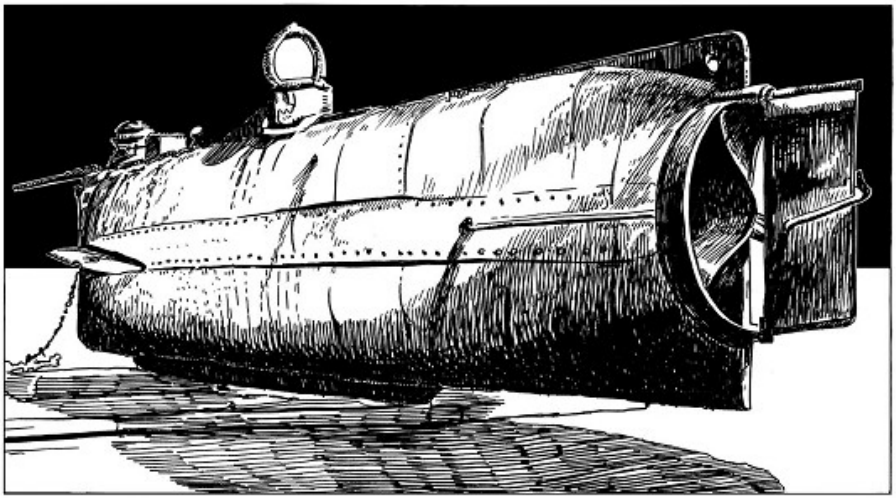
Se han llevado a cabo exhaustivos trabajos topográficos y de investigación en el yacimiento y en la zona circundante. El Proyecto de Mapeado de Teotihuacán, dirigido por René Millon, documentó la presencia de grandes zonas industriales y domésticas, de un urbanismo consciente y de comunidades étnicas procedentes de distintas partes de México. Los mapas y demás datos obtenidos a raíz de este proyecto en 1973 proporcionaron a los arqueólogos un retrato más amplio del tamaño de la ciudad, de su alcance, y de su riqueza, más allá de la mera descripción de las pirámides y demás edificios importantes.[35]

Se desconoce el porqué, pero a la postre, Teotihuacán fue abandonado en algún momento del siglo VII o VIII e. c. No obstante, su ubicación nunca se olvidó, ni siquiera después de yacer en ruinas durante siglos. Sabemos, por ejemplo, que los aztecas solían acudir a Teotihuacán y eran muy conscientes del pueblo que antaño había vivido allí.[36]

Evidentemente, tampoco estos teotihuacanos son los habitantes más antiguos de la región que hoy denominamos México. Como ya hemos podido comprobar, esta designación se remonta a los olmecas, que construyeron enclaves como San Lorenzo, La Venta y Tres Zapotes, por no mencionar a los zapotecos de Oaxaca, que habitaron lugares como Monte Albán desde el 400 a. e. c. aproximadamente hasta 700 e. c. Tampoco debemos olvidar a los mayas, de los que ya hemos hablado en otro capítulo y que deberíamos situar entre los olmecas y los aztecas. Esta región tiene una historia muy rica que solo ahora empieza a ser comprendida en todo su alcance y explorada más a fondo.

19

Submarinos y colonos; monedas de oro y balas de plomo



Submarino confederado H. L. Hunley.

En 1995, se descubrió un submarino confederado llamado *H. L. Hunley* a la altura de la costa de Charleston, en Carolina del Sur. Ciento treinta años antes, en febrero de 1864, durante la guerra civil, el *Hunley* se convirtió en el primer submarino del mundo en hundir un buque enemigo en combate. El sumergible, más que disparar, embistió y agujereó el casco de su objetivo, el *USS Housatonic* de la Unión, con una pértiga metálica —a modo de arpón — de casi cinco metros de largo con una carga explosiva situada en la proa.[1]

Según lo previsto, el torpedo se quedó incrustado en el interior del barco, y hasta hace bien poco se creía que la tripulación del *Hunley* había retrocedido marcha atrás unos cuarenta y cinco metros antes de detonar el torpedo mediante un cable que accionaba un gatillo. Sin embargo, las recientes evidencias indican que el submarino tuvo dificultades para desengancharse del *Housatonic* y que cuando explotó el torpedo estaba a tan solo seis metros

del buque, de modo que el *Hunley* debió de quedar destruido en la misma detonación. Posiblemente, los confederados no habían contado con el impacto de la onda expansiva causada por la detonación, ni que la detonación soltase un pasador de cierre de la torreta de mando de proa, porque se encontró suelta. En cualquier caso, al dispararse el torpedo, el *Housatonic* se hundió inmediatamente frente a la isla de Sullivan, cerca del Fort Sumter, en el puerto de Charleston, arrastrando con él al *Hunley*, a nueve metros de profundidad con los ocho tripulantes a bordo. El submarino ya se había hundido dos veces anteriormente, ambas con pérdida de tripulación, mientras hacía prácticas para el ataque, pero esta vez fue definitiva, por lo menos hasta 1995.[2]

La excavación del *Hunley* constituye un buen ejemplo de arqueología histórica, que es el nombre que le dan los arqueólogos a los trabajos relacionados con acontecimientos del mundo moderno a partir de 1500. En la mayoría de los casos existen documentos históricos de estos mismos sucesos, y los arqueólogos proporcionan un prisma diferente de los hechos, enriqueciendo y a menudo contradiciendo los archivos escritos. En el caso del *Hunley*, una vez concluidas las labores de conservación y excavación del submarino, la arqueología podrá ayudar a resolver el misterio de por qué se hundió y facilitar mucha más información sobre su construcción y funcionamiento y sobre los miembros de la tripulación, de los que apenas hay constancia escrita.

El *Hunley* es también un buen ejemplo de excavación realizada al amparo de la Ley de Naufragios Abandonados de 1987, que entró en vigor en 1988. Su objetivo es acabar con el saqueo de barcos naufragados en aguas estatales o federales, ya sea en el lago Michigan, en el río Potomac o frente a la costa de Florida y otorga la autoridad al gobierno federal y al estado en el que se encontró el barco.[3] Por ende, el *Hunley* está bajo la jurisdicción de Carolina del Sur porque fue hallado siete años después de la en-

trada en vigor de la ley y no se izó hasta cinco años más tarde, en 2000. El mérito de su hallazgo suele atribuirse al novelista Clive Cussler y su equipo.[4]

Carolina del Sur creó la Comisión Hunley, que hace de custodio, es decir, negocia los detalles de su recuperación, conservación y exhibición.[5] En la actualidad, el submarino original está expuesto en Charleston Norte, sumergido en un tanque de 340.000 litros de agua dulce para eliminar la sal que ha penetrado en los pequeños resquicios que hay entre los componentes de metal del buque y para evitar el avance de la corrosión.[6]

El sumergible de doce metros de longitud fue hallado tumbado sobre un costado en un ángulo de 45 grados, hundido en el lodo del lecho del mar, a nueve metros de profundidad. Según Dave Conlin, el director arqueológico de campo, el análisis de los sedimentos que cubrían el *Hunley* demostraron que con toda probabilidad los procesos naturales lo enterraron al cabo de treinta años de su hundimiento. La tarea de sacarlo del agua requirió la participación de mucha gente, y la colocación de una especie de red de correas por debajo del submarino, atada a una polea para izarlo a la superficie, fue una formidable proeza de ingeniería. Una vez a salvo y sumergido en un tanque de agua dulce en el laboratorio, empezaron las excavaciones en el interior del navío, que enseguida sacaron a la luz los primeros restos humanos —tres costillas— y varios jirones de tejido, parte de un cinturón y una botella de vidrio con tapón de corcho. La base de fango había protegido los restos de las corrientes y del agua de mar, y la relativa falta de oxígeno había preservado la materia ósea de los cuerpos y otros artefactos.[7]

Las labores de excavación e investigación del *Hunley* han continuado desde entonces, y hasta el momento se han recuperado los esqueletos y cráneos de los ocho tripulantes, todos ellos toda-

vía sentados en sus puestos, lo cual induce a pensar que la muerte debió de ser instantánea, o que quedaron incapacitados y se ahogaron allí mismo.

Uno de los miembros de la tripulación —Joseph Ridgaway del condado de Talbot, Maryland— fue identificado positivamente mediante una prueba de ADN en 2004.[8] El capitán George E. Dixon también fue identificado, aunque de manera circunstancial, porque se sabía que siempre llevaba encima una moneda de oro de veinte dólares grabada como amuleto de la suerte, que le había dado una muchacha (algunos informes dicen que era su novia). En otra ocasión, esta moneda le había salvado la vida cuando recibió un disparo en la batalla de Shiloh, en Tennessee, y la bala dio a la moneda en vez de matar a Dixon.

Los arqueólogos que excavaban el *Hunley* encontraron una moneda con una profunda hendidura producida por una bala y grabada con las palabras: «Shiloh; 6 de abril, 1862; mi salvavidas. G.E.D.», cerca de los restos de un tripulante. Tiempo después se percataron de que el esqueleto de aquel mismo tripulante tenía una herida de bala ya curada en la parte superior del muslo izquierdo con fragmentos de plomo y partículas de oro todavía incrustados en el fémur. Sin duda eran restos de la bala y de la moneda de oro respectivamente; por consiguiente, estaba claro que tenía que ser el cuerpo de Dixon. Además, encontraron también su reloj de bolsillo, una cartera, un pañuelo, cerillas y pipas de tabaco.[9] Los restos de Ridgaway, de Dixon y de los demás tripulantes fueron formalmente enterrados en el cementerio Magnolia de Charleston en 2004. Como bien observó Conlin, la recuperación del *Hunley* «representa un modelo de colaboración entre los sectores federal, estatal y privado al servicio de un recurso arqueológico de extraordinaria importancia».[10]

Ahora la Unesco ha empezado a implicarse en la protección de los hallazgos submarinos de todo el mundo mediante la aprobación en 2009 de la Convención sobre la Protección del Patrimonio Cultural Subacuático. La convención saltó a la palestra de forma notoria dos años después con motivo de una exposición proyectada por el Smithsoniano que pretendía exhibir objetos procedentes del naufragio de un buque árabe hundido en el mar de Java en el siglo IX e. c. El casco contenía valiosos artefactos de la dinastía china Tang, pero quienes excavaron los restos no eran arqueólogos profesionales, sino una compañía privada que después vendió los objetos hallados a otra compañía por 32 millones de dólares. Tres asociaciones arqueológicas diferentes, así como la propia unidad de investigación interna del Smithsoniano, protestaron ante este proyecto de exposición diciendo que el proceso mediante el cual se habían recuperado los artefactos estaba más cerca del saqueo que de una verdadera excavación arqueológica. A la postre, ante la avalancha de protestas, la exposición se aplazó y finalmente quedó cancelada antes incluso de abrir sus puertas.[11]

Si remontamos la costa este desde Carolina del Sur, llegaremos a las excavaciones de Jamestown, Virginia, dirigidas por William Kelso desde la década de 1990, y que constituyen un excelente ejemplo de la metodología de excavación tradicional hoy perfeccionada por la tecnología punta.

Jamestown fue el primer asentamiento permanente establecido por un centenar de colonos británicos en 1607, que después se convertiría en la Commonwealth de Virginia. Los primeros años fueron extremadamente duros hasta que, tiempo después, llegaron refuerzos entre los que había algunas mujeres. Probablemente la historia resulte más conocida hoy en día por la intervención de Pocahontas, la nativa americana que salvó la vida del capitán John Smith y que después se casó con un colono llamado John

Rolfe. Los acontecimientos se presentan normalmente como una improbable historia de amor enfrentada a dificultades abrumadoras y contra todo pronóstico, tal y como se desarrolla en la película de Disney del mismo nombre. Cuando años más tarde, Rolfe regresó a Inglaterra con Pocahontas para llevar una nueva variedad de tabaco que había cultivado, la visita terminó en tragedia, porque ella murió durante su estancia allí.[12]

El yacimiento de Jamestown se había desvanecido a lo largo de los siglos y antes de empezar las excavaciones, Kelso tenía muy poca información con la que trabajar, cosechada en gran parte de los archivos de una biblioteca.[13] Las pocas pistas que indujeron a Kelso a decidir el lugar donde ubicar las primeras trincheras fueron los escritos del capitán Smith y de otros testigos presenciales, así como un pequeño esbozo del emplazamiento realizado por un espía español y la torre de una iglesia, de ladrillo y de un período posterior. Su intuición arqueológica resultó prodigiosa, porque al cabo de unas horas de haber iniciado las excavaciones, su equipo había dado con los primeros artefactos y restos de edificios.

¿Qué fue lo que encontraron? Enseguida se toparon con armas y corazas, cerámica, vidrio, monedas y otros objetos que se remontaban al siglo XVII, junto con una hilera de agujeros de poste, que era cuanto quedaba de la empalizada de madera que protegía el fuerte original. Los postes de madera se habían desintegrado hacía ya mucho tiempo, pero los agujeros practicados en el suelo para sostenerlos todavía eran visibles.

Durante los años que duraron las excavaciones salió a la luz el resto del trazado del fuerte, así como restos de cinco edificios adicionales, entre ellos la iglesia, la casa del gobernador, los barracones y un taller o almacén (que Kelso lo denominó «fábrica»). En 2007, año en que Kelso publicó una breve descripción de sus hallazgos, habían encontrado numerosas tumbas y esqueletos en di-

versos lugares, más de setenta estaban enterrados en un cementerio, pero también había tumbas dispersas bajo la iglesia.[14] Los restos óseos pusieron de manifiesto que la mayoría de los hombres habían muerto antes de los veinticinco años, aunque las mujeres no les sobrevivieron demasiado.

No obstante, Kelso mostró especial interés por cuatro esqueletos hallados en noviembre de 2013, en la zona de la iglesia en la que contrajeron matrimonio Pocahontas y John Rolfe, que su equipo había descubierto con anterioridad. La materia ósea no se había conservado en buenas condiciones, por lo que los esfuerzos por identificarlos requirieron el uso de análisis químicos y de microtomografías computarizadas de alta resolución. A finales de 2013, los medios de comunicación informaron —casi sin aliento por la emoción— de que los restos habían sido identificados y que pertenecían a algunos de los primeros líderes de la colonia.[15]

Según informaron algunos medios de comunicación, los esqueletos fueron trasladados al Museo Nacional de Historia Natural Smithsoniano, donde los examinó el antropólogo biológico Doug Owsley, que también imparte clases a algunos de nuestros estudiantes de la Universidad George Washington.[16] Owsley es mundialmente famoso y ha trabajado en muchos casos similares, como en el análisis de los esqueletos del *Hunley*, que acabamos de comentar. Junto con su equipo pudo identificar los esqueletos de Jamestown combinando el análisis forense y los documentos históricos.

Los archivos históricos les permitieron determinar los que habían muerto entre enero de 1609, cuando se construyó la iglesia, y 1617, cuando fue abandonada y trasladada, reduciendo considerablemente la lista de posibles candidatos.[17] El análisis forense les proporcionó la edad aproximada en el momento de la muerte y el género de los cuatro esqueletos.

Llevaron a cabo pruebas químicas para averiguar la dieta y el nivel de plomo en los huesos, y los resultados indicaron que los difuntos eran con toda probabilidad ingleses de clase alta, por su dieta alta en proteínas y por su contacto con objetos como utensilios de peltre y cerámica vidriada, cuya composición contenía plomo. Su elevado estatus, o por lo menos su importancia en el seno de la colonia, venía indicado por el hecho de que sus tumbas estaban ubicadas debajo del presbiterio de la iglesia —esto es, el espacio en torno al altar en el extremo oriental— y no en el cementerio no señalado situado en otro lugar.[18]

Los cuatro eran hombres, y dos pertenecían al grupo original de inmigrantes que llegaron en 1607. Se trataba del capitán Gabriel Archer, que partió del asentamiento y se aventuró tierra adentro en busca de oro y plata antes de su muerte a la edad de treinta y cinco años en 1609 o 1610, y del reverendo Robert Hunt, el primer capellán del asentamiento, que falleció a los treinta y nueve años, tras apenas un año en Jamestown.[19] Los otros dos eran del grupo de refuerzo que llegó en 1610: Ferdinando Wainman, que contaba en torno a los treinta y cuatro años en el momento de su muerte, supuestamente de enfermedad, a los pocos meses de su llegada, y su pariente, el capitán William West, que murió a manos de los nativos americanos en 1610, también poco después de su llegada, cuando tenía solo veinticinco años.[20]

Kelso y su equipo desenterraron también unos huesos humanos en 2012 que consideraron que merecían ser investigados por lo insólitos. Entre los huesos había fragmentos de un cráneo mutilado e incompleto, dientes y la mandíbula inferior, y el hueso cortado de una pierna, una tibia para ser precisos. Kelso los encontró en un sótano de una casa de Jamestown, en un contexto de huesos desechados de caballos y perros sacrificados, una ubicación harto insólita y sorprendente, por decirlo con suavidad, y llamó a Owsley para que echase un vistazo a los restos.[21]

El antropólogo, basándose en el desarrollo del tercer molar y en la fase de crecimiento de la tibia, concluyó que los huesos pertenecían a una mujer joven, en concreto a una muchacha inglesa de unos catorce años. La apodaron Jane, y a pesar de que no lograron determinar su identidad ni la causa de su muerte, porque había muy pocos huesos, Owsley y sus ayudantes observaron que los huesos mostraban señales de cortes fuera de lo normal. En la frente tenía cuatro cortes superficiales, que los antropólogos forenses identificaron como un primer intento de partirle el cráneo, según el boletín interno en línea del Smithsoniano. A continuación le golpearon la parte posterior de la cabeza con un hacha o un cuchillo de carnicero, que finalmente la partió en dos proporcionando acceso al cerebro.[22] Por añadidura, los investigadores se percataron de que la mandíbula inferior tenía perforaciones y cortes puntiagudos en la base y en los lados, que, según su criterio, eran resultado de «los esfuerzos por extraer el tejido de la cara y garganta utilizando un cuchillo».[23]

A partir de estas pruebas, Owsley, Kelso y otros llegaron a la conclusión de que Jane murió durante la denominada «época de la hambruna»: los desoladores meses de invierno de 1609 a 1610, cuando la colonia fue devastada por la hambruna y la enfermedad y estuvo a punto de sucumbir antes de que llagasen los refuerzos. Creen que los otros colonos se la comieron después de que muriera, pues las evidencias muestran que en aquellos días los colonos estaban tan sumamente desesperados que se vieron forzados a recurrir al canibalismo.[24]

Asimismo, utilizando tomografías computarizadas y otras tecnologías, los científicos forenses crearon una reconstrucción de la cabeza, que estuvo expuesta durante un tiempo en el Museo Nacional de Historia Natural de Washington, D. C., y los restos óseos

originales están en el Historic Jamestowne, centro turístico educativo dirigido por el Proyecto de Redescubrimiento de la Isla Jamestown.[25]

El propio Doug Owsley nos proporciona una estupenda conexión que nos lleva desde la costa este a través de toda Norteamérica hasta el estado de Washington, porque fue también responsable del estudio de un esqueleto de casi nueve mil años, conocido por los arqueólogos como Hombre de Kennewick y como el Antiguo por las tribus indígenas. Desde su descubrimiento en 1966 cerca de Kennewick, Washington, a orillas del río Columbia, el esqueleto ha generado abundante polémica, sobre todo porque el hallazgo ha avivado la controversia que siempre ha rodeado la Ley de Protección y Repatriación de las Tumbas de los Nativos Americanos (NAGPRA) de 1990, que es quizá la disposición legal estadounidense más conocida que ha afectado de lleno a la arqueología en las pasadas décadas.[26]

Esta ley exige que todo museo, o institución similar, financiado con fondos federales elabore un inventario de todos los artefactos indígenas americanos, incluidos los restos humanos, objetos y ajuares funerarios. Cada institución que contase con semejantes artefactos o restos tenía que determinar si alguna de las tribus nativas existentes podía reivindicar una relación con los objetos inventariados, en cuyo caso la institución estaba obligada a ofrecer la repatriación de los mismos a la tribu.[27]

Estos artefactos incluían el cerebro de Ishi, perteneciente al último yahi conocido que todavía vivía en las tierras salvajes de California, y que había salido de su escondite en 1911 para convertirse en el acto en una sensación mediática. El antropólogo de Berkeley Alfred Kroeber adquirió fama por su trabajo con Ishi, y su esposa Theodora, también antropóloga, publicó un libro muy popular sobre el nativo yahi titulado *Ishi en Dos Mundos*.[28]

Ishi se relacionó bastante con un médico llamado Saxton Pope, de la Universidad de California-San Francisco, que era un entusiasta de la caza con arco, y ambos se hicieron amigos e Ishi le enseñó a confeccionar arcos y flechas. Después, en 1923, Pope escribió y publicó un libro titulado *Caza con arco y flecha*, que todavía goza de gran estima.[29]

Tras la muerte de Ishi en 1916, su cerebro fue enviado al almacén smithsoniano de Suitland, Maryland, donde se guardó en un tanque hermético. Con la aprobación de la ley NAGPRA en 1990, el cerebro de Ishi fue repatriado y ubicado junto a sus restos incinerados en California.[30]

Esta misma ley volvió a ser portada con el hallazgo del Hombre de Kennewick en el río Columbia por parte de dos estudiantes universitarios que caminaban por el río mientras asistían como espectadores a las carreras anuales de hidroplanos a finales de julio de 1996. En un primer momento encontraron solo parte del cráneo, que estaba a unos tres metros de la orilla, y pensaron que podía ser la víctima de un asesinato, por lo que llamaron al médico forense y a un arqueólogo local llamado James Chatters, que iniciaron la búsqueda de más restos y no tardaron en hallar el esqueleto casi completo.[31] Al final, descubrieron que había muerto hacía unos 8.500 años.

El Hombre de Kennewick ha sido objeto de litigio casi desde el instante mismo en que se encontró: por un lado, los grupos indígenas americanos esgrimían que era uno de los suyos y que tenía que ser repatriado, y, por el otro, una serie de eruditos prominentes que argumentaban que no era un nativo porque los restos eran demasiado antiguos para estar relacionados con ninguna de las tribus vigentes y que debería estar bajo la custodia del gobierno federal ya que sus restos fueron descubiertos en territorio federal. En 2002 el caso quedó resuelto y ratificado en 2004 por un tribunal de apelación a favor de los investigadores. Durante la

década que duró la disputa legal entre un grupo de ocho arqueólogos, cinco tribus indígenas y el gobierno federal, los huesos permanecieron en el Museo Burke de Historia y Cultura Natural, en Seattle, Washington. No están expuestos, pero después de la decisión del tribunal, quedaron disponibles para su estudio.[32]

El caso todavía genera polémica, y recientemente, en 2015, genetistas de la Universidad de Copenhague y de otros lugares publicaron un artículo en *Nature*, en el que comparaban el ADN del Hombre de Kennewick con el de miembros de las tribus confederadas de la reserva de Colville y concluían que tenía vínculos más próximos con los nativos modernos que con cualquier otro grupo. Basándose en esta publicación y en una posterior autentificación independiente de dichos restos por parte de científicos de la Universidad de Chicago, a finales de abril de 2016 se decidió que el Hombre de Kennewick había de ser repatriado y finalmente enterrado por una coalición de cinco grupos tribales de nativos americanos, incluyendo el de Colville.[33]

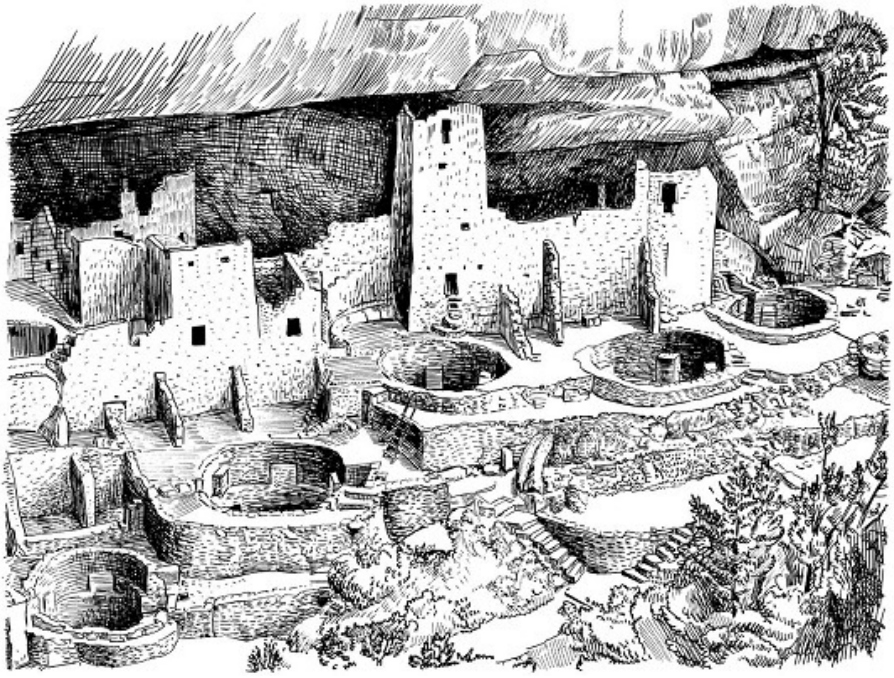
Si nos trasladamos, esta vez desde la zona noroeste del Pacífico hasta el suroeste, encontraremos lugares tan imponentes como el Cañón del Chaco, situado en Nuevo México, un parque histórico nacional cerca de Albuquerque, declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1987. Cuenta con unas asombrosas ruinas construidas allí por los habitantes de los ancestrales indios pueblo, que datan entre 850 y 1250 e. c.[34]

En el Cañón del Chaco encontramos una serie de grandes viviendas: estructuras enormes con múltiples estancias y varios pisos. Uno de los mejores ejemplos es Pueblo Bonito, que tenía entre seiscientas y ochocientas estancias y cinco pisos de altura, construido en diferentes fases entre 850 y 1150 e. c. Ocupa más de una hectárea, pero los eruditos no están seguros de cuánta gente

habitaba allí, aunque los cálculos oscilan entre unas ochocientas y varios miles de personas, ni de si era un centro ceremonial o un próspero pueblo.[35]

La cultura chaco, como ahora se la denomina, abarcaba zonas de Nuevo México, Colorado, Utah y Arizona, y las mercancías importadas que se han encontrado allí, como conchas marinas y campanas de cobre, atestiguan el comercio con regiones alejadas como México. No obstante, no se sabe a ciencia cierta por qué desapareció la cultura chaco en torno a 1200 e. c., aunque se plantean como causas la sequía y la peste, seguidas posiblemente de la emigración.[36]

En el suroeste de Colorado nos encontramos con las ruinas del Parque Nacional de Mesa Verde, en cuyo interior hay casi cinco mil yacimientos individuales fechados entre los siglos VI y XIII e. c.[37] El parque cuenta con unas seiscientas viviendas ubicadas en las paredes de los acantilados, que cubren toda la gama desde pequeños espacios para almacenamiento hasta inmensos pueblos con 150 habitaciones. Las ruinas de Mesa Verde, entre las que destacan el famoso palacio del Acantilado, la casa Larga, la casa del Abeto y la casa del Balcón, fueron declaradas Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1978.[38]



Parque Nacional de Mesa Verde, Colorado.

En el Medio Oeste, a unos 16 kilómetros al noreste de San Luis, Misuri, se encuentra otro yacimiento arqueológico, los túmulos de Cahokia, declarado Patrimonio de la Humanidad por la Unesco en 1982.[39] Fue construido por individuos pertenecientes a la cultura misisipiana entre 800 y 1400 e. c., con una población de hasta veinte mil habitantes en su apogeo en torno a 1100. El yacimiento consiste en unos 120 túmulos o montículos independientes; de ahí que sus habitantes recibieran el nombre coloquial de «constructores de túmulos». Su extensión alcanzaba como mínimo ochocientas hectáreas, y por aquel entonces se decía que era más grande que el Londres de la época; hoy en día se considera el yacimiento arqueológico precolombino más extenso de Estados Unidos.[40]

El túmulo más grande de todos, que mide unos treinta metros de altura, es el túmulo del Monje, para cuya construcción fueron necesarios 620.000 metros cúbicos de tierra. Ocupa 4 hectáreas,

por lo que es ligeramente más grande que la pirámide del Sol junto a la capital moche en Perú, hecho que le valió la calificación de «la estructura prehistórica de tierra más grande del Nuevo Mundo», tal y como aparece descrito el túmulo en la página web de la Unesco.[41] La mayoría de los montículos son mucho más pequeños y en un principio estaban destinados a servir de plataformas y cimientos para edificios públicos, y también para ser utilizados como tumbas; no obstante, y pese a las evidencias, los primeros exploradores europeos no podían creer que los nativos del lugar los hubiesen construido. El primer informe publicado por Henry Brackenridge en 1811 comparaba los túmulos con las pirámides de Egipto y, tal como ocurrió con los mayas antes de las publicaciones de John Lloyd Stephens, existía la creencia de que los constructores tenían que haber sido extranjeros, posiblemente fenicios o vikingos, si no egipcios o israelitas perdidos.[42]

Resulta impresionante pensar en lo que debió de implicar la construcción de estos túmulos y en la compleja sociedad que representan, puesto que con sus distintas formas y tamaños, constituyen recordatorios imperecederos de una civilización que antaño se extendiera por todo el valle del Misisipi y el sureste de Estados Unidos. Si los integrantes de esta sociedad nos hubieran legado detallados documentos escritos como los que tenemos de los mayas y de otras civilizaciones del Nuevo Mundo, sin duda todavía sentiríamos más admiración por los habitantes nativos americanos responsables de estos restos.

Evidentemente, hay infinidad de yacimientos arqueológicos norteamericanos por visitar, sobre todo el Colonial Williamsburg y el Monte Vernon de George Washington, cuya recreación de la época representada por actores tiene por finalidad informar al visitante interesado. Ambos aceptan gustosamente voluntarios para excavar en los yacimientos.[43]

Para aquellos que realmente desean participar en una excavación formal, existen muchas oportunidades en Estados Unidos; es relativamente fácil enterarse de los proyectos en marcha y encontrar uno al que presentarse voluntario.[44] Por ejemplo, en el Centro Arqueológico Crow Canyon, cerca del Parque Nacional de Mesa Verde, se puede participar en una serie de programas arqueológicos, solo o con la familia.[45] También existe un programa similar en el Centro para Arqueología Americana en Kampsville, Illinois. No obstante, la mayoría de excavaciones que aceptan gustosos la participación de voluntarios aparecen en la lista del *Archaeological Fieldwork Opportunity Bulletin*[46] [Boletín de Oportunidades de Trabajo de Campo Arqueológico] que cada año publica el Instituto Arqueológico de América en su página web de internet.

En cualquier caso, queda patente la extraordinaria diversidad del paisaje arqueológico de Norteamérica, a pesar de nuestro breve recorrido a lo largo de este capítulo, en el que hemos examinado un submarino hundido en Carolina del Sur y un asentamiento perdido en Virginia, y comentado brevemente las ruinas del suroeste americano, los hallazgos de la zona noroeste del Pacífico y los túmulos del Medio Oeste. No importa en qué parte del continente estemos, siempre hay algo interesante oculto bajo tierra.

El arte de excavar 4:
¿Tiene la oportunidad de quedarse con lo que encuentra?

Saqueador excavando.

En esta sección final de «El arte de excavar», me gustaría empezar respondiendo a otra pregunta que suelen hacerme con frecuencia. La pregunta es sencillamente: «¿Tiene la oportunidad de quedarse con lo que encuentra? Y la respuesta es muy corta: «No». Tanto si uno trabaja en el propio país como si lo hace en cualquier otro, el que dicta las normas es el departamento de antigüedades de dicha nación. Los mejores descubrimientos suelen acabar en un museo nacional o regional, como ha sucedido a lo largo de toda la historia de la arqueología, pero gran parte del material es almacenado en bolsas y cajas a las que pueden acudir los estudiantes universitarios y otros eruditos para estudiar el material durante los meses (y a veces años) posteriores a la excavación. Una temporada de trabajo de campo de seis o siete semanas puede proporcionar material suficiente para dos años o más de investigación y publicación de hallazgos.

No solo no me quedo con lo que encuentro, sino que no creo que otras personas deban coleccionar esta clase de artículos. El consenso entre estudiosos es que hay una correlación directa entre colección privada y saqueo de los yacimientos antiguos en todo el mundo, puesto que los saqueadores no se molestarían en robar objetos de los yacimientos arqueológicos si no tuvieran compradores.

Un tema aparte y más complejo es el de las colecciones de museos: ¿deberían el Museo Británico, el Louvre, el Met y otros museos devolver lo que obtuvieron durante el período de colonialismo europeo de los siglos XIX y XX a sus países de origen, como los mármoles de Elgin, el busto de Nefertiti y la piedra Rosetta? En las dos últimas décadas, los museos se han vuelto más cuidadosos en cuanto a asegurarse de la procedencia de los objetos que compran, pero aun así todavía exhiben numerosos artefactos saqueados, conseguidos en el pasado cuando las normas no eran tan estrictas. Es un problema moral, ético, económico y legal de muy difícil solución, y quizá sería mejor examinar cada caso en particular, pero incluso esto está por decidir.[1]

Sin embargo, en la actualidad estamos presenciando el mayor saqueo de yacimientos arqueológicos jamás documentado en todo el mundo, sin duda fomentado por la demanda de coleccionistas particulares. Las grandes oportunidades para el saqueo de objetos son precisamente aquellos lugares en los que la vigilancia de los yacimientos es prácticamente imposible debido a la inestabilidad política, como ocurre en Siria e Irak en estos momentos. Evidentemente, es de sobra conocido que el saqueo no es nada nuevo: algunas tumbas de los faraones egipcios ya fueron desvalijadas en la Antigüedad, incluso inmediatamente después del enterramiento. Sin embargo, ahora estamos ante un importante incremento mundial de los saqueos, en Afganistán, Egipto, Jorda-

nia, Siria, e incluso Perú y Estados Unidos; los yacimientos antiguos muestran hoy las cicatrices de los pozos cavados por los saqueadores.[2]

Las excavaciones ilegales a pequeña escala en busca de antigüedades han sido siempre un modo de ganarse la vida en ciertas zonas y culturas, donde poblaciones empobrecidas tratan de complementar de alguna manera su escuálido salario. Es difícil culpar a un aldeano sirio que excava en busca de sellos cilíndricos para vendérselos a un intermediario y poder así alimentar a su familia cuando las tiendas están cerradas, los campos quemados y viajar resulta imposible. Sin embargo, ahora parecen haberse puesto en marcha operaciones de saqueo al por mayor, incluso en Siria, donde el Dáesh, al parecer, patrocinó y participó activamente en el comercio de antigüedades, desvalijando yacimientos enteros y destruyendo parte de ellos, como sucedió en Nimrud y en el Museo de Mosul.[3]

En mayo de 2011, después de la revolución de febrero de aquel mismo año, formé parte de una delegación de observadores que se desplazó a Egipto para llevar a cabo una «comprobación sobre el terreno» con el fin de constatar si los agujeros recién cavados en el suelo que mi colega Sarah Parcak creyó haber visto en fotografías por satélite eran pozos de saqueo. Lo eran. Lo sé porque estuve allí y tengo fotografías. Los resultados de nuestro estudio se publicaron en la revista *Antiquity* para que estuvieran a disposición de quien quisiera utilizarlos.[4]

De hecho, en casas de subastas en Londres y Nueva York han aparecido antigüedades egipcias e iraquíes saqueadas. Cuando fue asaltado el Museo de Bagdad, robaron algunas de las piezas más famosas allí expuestas, después muchas fueron devueltas y otras se han podido recuperar, pero hay algunas que todavía siguen desaparecidas.[5] Varias terminaron en eBay, a la vista de todo

el mundo, hasta que se aumentó la presión y se paralizó la venta, pero pese a la prohibición, algunos de estos objetos siguen en venta en este portal.

Una de mis historias favoritas es la de uno que trataba de vender una pieza iraquí robada, que después de ser examinada de cerca resultó que era una de las réplicas que se vendían en la tienda del museo. El coronel Matthew Bogdanos del ejército estadounidense, que estaba a cargo de la recuperación de artículos robados del Museo de Irak, documenta muchas de estas historias en su libro, éxito de ventas, *Los ladrones de Bagdad*, publicado en 2005.[6]

El pillaje fue mucho más allá del museo y se extendió a los yacimientos arqueológicos de todo Irak, donde hombres armados con palas y ametralladoras empezaron a excavar ilegalmente en los sitios de todo el país.[7] La antigua ciudad de Umma sufrió tal concienzudo saqueo que, en lugar de los antiguos edificios, todo cuanto puede verse en las fotografías son pozos de pillaje.

Saqueo en Irak.

La aparición de objetos saqueados únicos en su especie puede provocar un dilema a los arqueólogos comprometidos con la persecución del comercio ilegal de antigüedades, como ocurrió en 2011, cuando un asiriólogo de Gran Bretaña aconsejó al Museo Sulaymaniyah de la región del Kurdistán iraquí que comprase un grupo de tablillas de arcilla inscritas en cuneiforme que le había enseñado un tratante de antigüedades.[8] En este caso, resultó que entre las tablillas había una que contenía un fragmento desconocido de la *Epopeya de Gilgamesh*, que llena un gran espacio en blanco en la quinta tablilla del poema cuando Gilgamesh y su compinche Enkidu se dirigen en busca de madera al Bosque de los Cedros, ubicado, según se cree, en la misma región en la que

se encuentran los famosos cedros del Líbano mencionados en la Biblia. Los versos inéditos describen los ruidos que oyen cuando penetran en el bosque: el murmullo de los pájaros, de los insectos y de los monos.[9] Perdida durante tres mil años, esta tablilla complementaba un importante fragmento de uno de los clásicos de la literatura universal.

El gran dilema de los arqueólogos, obviamente, es que no queremos de ninguna manera alentar los saqueos, pero tampoco podemos permitir que una tablilla como esta con valiosa información acabe en manos del mercado de coleccionistas de arte y desaparezca del mapa sin haber hecho todo lo posible por salvarla para que pueda ser investigada por los eruditos. Lo sucedido con los Rollos del Mar Muerto, muchos de los cuales fueron adquiridos al beduino que los había encontrado ilegalmente en las cuevas de Qumran, suscitó gran polémica al respecto. Con frecuencia nos preguntamos qué habría sucedido si estos rollos hubieran aparecido hoy en el mercado de antigüedades.

En realidad ocurrió algo similar con más de cien —o quizá doscientas— tablillas de arcilla que al parecer provienen de un archivo que documenta la vida cotidiana de los judíos que fueron transportados a Mesopotamia durante el exilio babilónico en el siglo VI y que permanecieron allí hasta el siglo V a. e. c. Las tablillas aparecieron en el mercado de antigüedades, supuestamente en la década de 1970, aunque no hay acuerdo sobre el momento exacto. La mitad por lo menos fueron finalmente adquiridas por un coleccionista particular y publicadas por un par de estudiosos, para después ser expuestas en el Museo de las Tierras Bíblicas de Jerusalén a principios de febrero de 2015, con un posterior estudio y segunda publicación por parte de un equipo diferente de eruditos.[10]

A pesar de que no está claro el yacimiento del que procedían, las tablillas dan el nombre antiguo de *al-yahudu*, que traducido a grandes rasgos significa «ciudad de Judá». Por otro lado, constituyen las primeras evidencias textuales procedentes de Mesopotamia que confirman que el exilio babilónico mencionado en la Biblia y en otros lugares realmente tuvo lugar e informan de lo que les sucedió a los exiliados. Dichas tablillas son sumamente importantes, pero se desconoce su contexto porque, sin duda, fueron saqueadas, posiblemente en el sur de Irak, según indican algunos informes. ¿Deberían haberse publicado? ¿Deberían haberse exhibido? En este caso, la importancia de los textos, como los de los Rollos del Mar Muerto a los que se los ha comparado en cuanto a las circunstancias de su descubrimiento, convenció a algunos eruditos de que sí valía la pena publicarlos y exponerlos, a pesar de que hubieran sido robados y adquiridos ilegalmente. No todos los estudiosos están de acuerdo; de hecho, la política del Instituto Arqueológico de América es la de rechazar la publicación de artículos que describen objetos cuya procedencia no pueda ser demostrada y que puedan haber sido producto del saqueo.

En 1970, la Unesco aprobó la Convención sobre las Medidas Encaminadas a Prohibir e Impedir la Exportación, Importación y Transferencia de Bienes Culturales de Propiedad Ilícita, que entró en vigor en abril de 1972.[11] Por consiguiente, cualquier antigüedad que se venda hoy en día necesita pruebas válidas de que fue hallada antes de 1970 (o a veces de 1973; es decir, después de la entrada en vigor de la convención) o bien, si fue descubierta después, una justificación de que fue sacada legalmente del país de origen; dicho de otro modo, la verificación de que no es una pieza saqueada. Evidentemente, este sistema no es infalible, porque en el mercado de arte hay más objetos que aseguran haber sido hallados antes de 1970 que después de que la convención fue-

se efectiva, pero en general, es ya un buen comienzo (pese a que el tratado tiene ya casi cincuenta años y que probablemente debería actualizarse).

Por otro lado, el saqueo, sobre todo después de un conflicto armado, no es en absoluto un problema nuevo, pero las situaciones excepcionales requieren a veces nuevas leyes.[12] Por lo tanto, ahora se está tramitando una legislación adicional, no solo sobre los artefactos descubiertos en Estados Unidos, sino también para los hallados en cualquier otra parte e introducidos de contrabando en el país.

Desde hace más de un siglo, los legisladores estadounidenses han ido aprobando leyes destinadas a favorecer la conservación de los antiguos yacimientos y de las antigüedades, es más, una de estas primeras leyes sobre antigüedades fue aprobada durante la presidencia de Theodore Roosevelt, y trataba de controlar el inmenso tráfico de vasijas pintadas y otros artefactos saqueados procedentes de tumbas excavadas ilegalmente en los yacimientos de los ancestrales indios pueblo en el suroeste de Estados Unidos. Conocida con el nombre de Ley Americana de Antigüedades de 1906, tenía por objetivo frenar, o por lo menos controlar, los saqueos en Nuevo México, Arizona y demás, porque yacimientos como el de Casa Grande de Arizona, que data de 1350 e. c. aproximadamente, estaban siendo desvalijados en busca de vigas de madera y otros restos antiguos.[13]

A partir de aquel momento se fueron aprobando nuevas leyes, entre ellas la Ley de Sitios Históricos de 1935, que concedió al Servicio de Parques Nacionales el derecho a identificar, proteger y conservar la propiedad cultural de enclaves nativos americanos o de yacimientos de la era colonial.[14] Gracias a esta responsabilidad, el Servicio de Parques Nacionales es hoy en día el principal organismo de contratación de arqueólogos profesionales de Estados Unidos. No obstante, las leyes arqueológicas más importantes

se han aprobado a partir de 1979, entre ellas la NAGPRA, comentada ya en el capítulo anterior, y la Ley de Protección de Recursos Arqueológicos (ARPA), que protege los yacimientos en territorio federal. Cualquier persona que saque artefactos de estos sitios puede ser multada con hasta 20.000 dólares o castigada con un año de cárcel, delito que quedará además registrado para siempre en los antecedentes del infractor.[15] En una ocasión, se dio el caso de que los agentes federales arrestaron a dieciséis personas en Blanding, Utah, en 2009 por desenterrar y extraer artefactos de indígenas americanos en territorio federal, y más tarde un total de veinticuatro personas fueron acusadas por estar implicadas en el caso.[16]

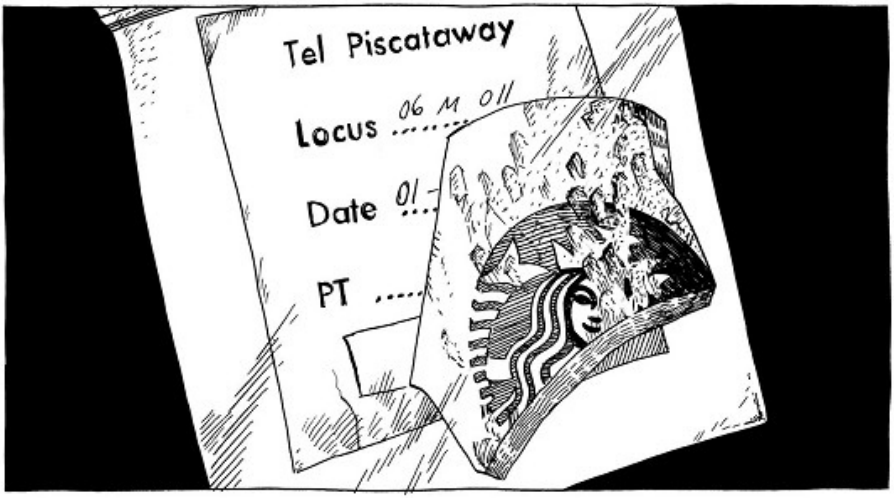
Esta legislación abarca todos los aspectos, desde el descubrimiento hasta la excavación, conservación y promoción de los yacimientos arqueológicos, porque su propósito es ayudar, más que entorpecer, a los arqueólogos, y, de paso, ha creado numerosos puestos de trabajo en arqueología, contratados por el estado, las ciudades y el Servicio de Parques Nacionales, así como puestos de arqueólogos de gestión de recursos culturales que a menudo van delante de las excavadoras en los proyectos de construcción.

Recientemente, vistos los problemas actuales en todo el mundo, la Cámara de Representantes aprobó en 2015 una ley que prohíbe la venta en Estados Unidos de artefactos procedentes de saqueos en Siria. Esta ley —denominada Ley de Protección y Conservación Internacional de la Propiedad Cultural— fue aprobada por el Senado en abril de 2016 y sancionada por el presidente el 9 de mayo de 2016.[17] Asimismo, el 30 de noviembre de 2016, Estados Unidos y Egipto firmaron un memorándum de comprensión que impone restricciones a la entrada de antigüedades procedentes de Egipto con el fin de frenar el constante saqueo que se produce en este país.[18]

Por lo que a mí respecta, y estoy convencido de que hablo también por muchos de mis colegas arqueólogos, los artefactos antiguos son parte de nuestro patrimonio colectivo, y por ende, solo podemos esperar que las nuevas leyes y acuerdos contribuyan a reducir el constante pillaje que se produce a lo largo y ancho del mundo. Es evidente que todavía puede y debe hacerse mucho más, desde aprobar leyes hasta custodiar los yacimientos excavados y proteger los restos conocidos pero no excavados.[19] Las personas ajenas a la profesión pueden ayudar simplemente no cayendo en la tentación de comprar un artefacto antiguo ofrecido en el mercado de Oriente Medio o que hayan visto en eBay. Todo lo que excavamos, estudiamos y sobre lo que escribimos sucedió hace mucho tiempo y forma parte de nuestra memoria común; por consiguiente, la pregunta que deberíamos plantearnos todos es la de cómo evitar que se pierda el conocimiento sobre nuestro pasado compartido antes de que sea demasiado tarde.

Epílogo

Regreso al futuro



Artefacto del futuro.

El concepto del pasado —de que hay capas y capas de civilización y de que toda cultura se ha construido literalmente sobre las culturas que la precedieron— está en el meollo de la actividad de los arqueólogos. Cuando excavamos a través de capas de tierra, no solo desenterramos objetos: estamos desvelando nuestra profunda relación con el pasado.

Y, por supuesto, algún día también nosotros seremos el pasado. Nuestra civilización y nuestra cultura habrán desaparecido y los futuros arqueólogos descubrirán los vínculos que les unen a nosotros: los iPhones, las Barbies, los grandes almacenes y los McDonald's serán todos objeto de estudio por parte de los arqueólogos del futuro. Por consiguiente, aprovecho la oportunidad para mirar hacia el futuro y abordar dos cuestiones. La primera es la de cómo harán arqueología los profesionales en el futuro, es decir, qué nuevas herramientas y técnicas utilizarán; la otra es cómo

nos interpretarán los arqueólogos —es decir, nuestra sociedad y civilización— en el futuro. Detengámonos primero en esta última cuestión.

Desde que vi dos programas de televisión que se emitieron después de la publicación del éxito de ventas de Alan Weisman *El mundo sin nosotros*, he estado hablado de lo que yo llamo «arqueología futura».[1] Uno de los episodios fue transmitido por el canal National Geographic y llevaba por título *Resultado: Población Cero*, el otro lo emitió Canal Historia y se titulaba *La vida sin personas*. Ambos analizaban lo que les sucedería a nuestras ciudades y monumentos en los años venideros si los humanos dejasen de existir, tal como hacía el libro original de Weisman. Los programas de televisión incluían metrajes de la Torre Eiffel desmoronándose, de la Aguja Espacial de Seattle derrumbándose, de leones merodeando por los alrededores de la Casa Blanca, y escenas por el estilo.

¿Qué encontraría un equipo de arqueólogos dentro de doscientos años si todos los seres humanos (además de los arqueólogos) desaparecieran hoy? ¿Y dentro de dos mil? ¿Cómo interpretarían los hallazgos y cómo reconstruirán nuestra sociedad?

Dejando de lado, por el momento, todos los grandes edificios administrativos, escuelas, casas, autopistas, puentes, carreteras, aeropuertos, y demás, ¿qué aspecto tendrían estructuras como el zoo de Washington o los museos smithsonianos, o incluso los Starbucks y los McDonald's? ¿Qué se encontraría en sus ruinas? ¿Los identificarían correctamente? Es decir, resultaría evidente que en el pasado uno fue un zoo y el otro una cafetería restaurante? Y si se identificasen erróneamente, ¿qué pensarían los arqueólogos que eran?

El zoo plantearía ciertos problemas a menos que todavía pudiesen leer los carteles que antaño estuvieron colocados por todas partes. También dependería de si todos los animales hubie-

ran conseguido escapar, en cuyo caso todas las jaulas estarían vacías, o de si hubieran quedado atrapados dentro y se encontrasen los esqueletos. Si se hallasen los esqueletos y se pudiesen leer los carteles, resultaría harto evidente lo que había sido aquel lugar en el pasado, de lo contrario quizá no.

Los museos smithsonianos, o cualquier otro gran museo, como el Met de Nueva York o el Museo de Bellas Artes de Boston, plantearían sin duda problemas hasta que los arqueólogos cayeran en la cuenta de que estaban excavando un museo. Cualquier edificio que tenga el Diamante de la Esperanza, dinosaurios y una enorme ballena crearía una gran confusión y debate hasta que se percatasen de que estaban excavando el Museo Nacional de Historia Natural.

Cabeza de la Estatua de la Libertad.

Sin embargo, personalmente, estoy convencido de que lugares como los Starbucks y los McDonald's serían los que provocarían mayor desconcierto, y concretamente creo que hay muchas posibilidades de que se confundiese Starbucks con una religión, con una diosa ciñendo una corona y los bucles sueltos, y con un santuario o templo ubicado prácticamente en cada bloque o esquina. Lo mismo podríamos decir de McDonald's, salvo que en este caso la divinidad venerada tendría nombre —Ronald McDonald — y tendría el pelo rojo y vestiría ropa chillona. ¿O quizá concluiríamos que estas dos divinidades estaban al frente de un panteón, como Zeus y Hera para los griegos y Júpiter y Juno para los romanos?

Estoy bromeando; no obstante, si no se conservasen suficientes evidencias, los futuros arqueólogos podrían llegar a este tipo de interpretaciones. De hecho, cuando en las excavaciones damos con algo que no comprendemos inmediatamente, medio en broma lo calificamos de religioso o de culto.

Es interesante pensar en la arqueología del futuro, sobre todo porque dedicamos mucho tiempo a examinar culturas ya desaparecidas y no solemos tener en cuenta el aspecto que ofrecerá nuestra propia cultura a los futuros arqueólogos. Pensemos, por ejemplo, que hoy en día la mayoría de interacciones se llevan a cabo a través de internet, y la mayoría de ellas desaparecerán sin dejar rastro o resultarán inaccesibles para los arqueólogos del futuro. Por consiguiente, ¿qué conclusiones sacarán sobre nuestros índices de alfabetización? Y si descubren que la vida se detuvo repentinamente, como ocurrió en Pompeya en el año 79 e. c., ¿qué pensarán de nuestras ubicuas placas rectangulares de metal, plástico, vidrio y sistemas de circuitos que parecen asociadas a todos los esqueletos, y que muchos de ellos tienen en la mano? ¿Llegarán a sospechar que antaño fueron dispositivos de comunicación?

Un experimento imaginativo similar ya se llevó a cabo en 1979, cuando David Macaulay publicó un breve pero interesante libro ilustrado titulado *El Motel de los Misterios.* El argumento del libro es el siguiente: la vida en Norteamérica se ha extinguido en un solo día de 1985. Transcurrido mucho tiempo, en 4022, el arqueólogo aficionado Howard Carson tropieza accidentalmente con un antiguo yacimiento, que resulta ser el Motel de los Misterios. Acto seguido, organiza un equipo, entre cuyos miembros se encuentra una ayudante llamada Harriet Burton, para que le ayude.[2]

Como es evidente, Howard Carson está basado en Howard Carter, y su ayudante Harriet Burton en el personaje real de Harry Burton, el egiptólogo y fotógrafo de las excavaciones de Carter en la tumba del rey Tutankhamón. Macaulay se divierte de lo lindo con referencias al descubrimiento de esta tumba, sobre todo con las famosas palabras que Carter, o en este caso Carson, pronuncia: «Cosas maravillosas».[3] Al final, aunque él no se da cuenta, resulta que no ha descubierto una tumba a pesar de haber hallado dos esqueletos. En realidad ha encontrado lo que los lectores sí reconocemos como una habitación de motel.

Los errores de interpretación de los hallazgos son desternillantes e incluyen muchos chistes que corren entre los arqueólogos, pero al mismo tiempo ilustra lo que acabamos de decir: si no sabemos qué es una cosa, a menudo le atribuimos una función religiosa. De este modo, en la llamada «cámara exterior», el Howard Carson de Macaulay encuentra que todo está mirando hacia el «gran altar», incluido el cuerpo que todavía yace sobre la «plataforma ceremonial» y sostiene en la mano «el comunicador sagrado». Por supuesto, todos estos elementos nos resultan familiares y reconocibles: el «gran altar» no es otra cosa que un televisor; la «plataforma ceremonial» es solo una cama; y el «comunicador

sagrado» es el mando a distancia.[4] No obstante, en este contexto, dos mil años después de los hechos y sin nada más en que apoyarse, Howard Carson interpreta la escena como religiosa.

Y para aderezarlo todo, Macaulay hace que Harriet Burton se ponga y lleve con orgullo la «diadema sagrada» y el «collar sagrado» que todavía estaban en la «urna sagrada» cuando los encontraron. La ilustración no deja lugar a dudas de que lo que lleva en torno al cuello como «collar sagrado» es el asiento del inodoro, y que la «diadema sagrada» que se ha puesto alrededor de la cabeza no es más que la banda de precinto que dice «desinfectado para su protección». Dos cepillos de dientes le cuelgan de las orejas en calidad de «adornos de plástico para las orejas» además del tapón de goma de la bañera como «exquisita cadena de plata y colgante». Por si fuera poco, el dibujo es el vivo retrato de la famosa fotografía que le hizo Heinrich Schliemann a su esposa, Sophia, cuando se puso las joyas del tesoro de Príamo que había encontrado en Troya.[5]

Esto es lo que podría ocurrir cuando alguien del futuro excave un Starbucks, un McDonald's, museos, zoos y posiblemente moteles de nuestro tiempo. Humor aparte, vale la pena pensar en el hecho de que nuestra cultura actual puede ser interpretada de manera descabellada por los futuros arqueólogos y que, por ende, también nosotros puede que en ocasiones, o quizá con frecuencia, malinterpretemos el pasado. Son gajes del oficio, pero normalmente —cuando se tienen suficientes datos— llegamos a un consenso académico sobre la correcta interpretación de un edificio, yacimiento o incluso civilización.

Y ¿qué hay de cómo harán arqueología los arqueólogos del futuro, es decir, qué nuevas técnicas y herramientas utilizarán? Como es de suponer, no hay modo alguno de saberlo, lo mismo que

Heinrich Schliemann y Howard Carter no podían haber predicho el uso de las técnicas de detección remota usadas hoy en día en Troya y en la tumba de Tutankhamón.

Sospecho que seguirán produciéndose avances tecnológicos que nos permitirán escudriñar bajo tierra con más facilidad o bajo el dosel que forman las copas de los árboles de Centroamérica y Camboya, antes de empezar a cavar. Por ejemplo, estoy absolutamente convencido, y lo vengo diciendo desde hace años, de que ha de haber una forma mejor de llevar a cabo la detección remota. Aparte del sistema LiDAR, la mayoría de las técnicas que utilizamos, como los magnetómetros, la resistividad y demás, tienen ya décadas de antigüedad. Ya es hora de que lleguen nuevos avances. De hecho, en algunos casos ya empiezan a producirse progresos como, por ejemplo, la sustitución de los magnetómetros de protones por gradiómetros de saturación y magnetómetros de cesio en algunos proyectos.[6] Como ya hemos dicho anteriormente, el uso de la detección remota puede minimizar la necesidad de excavar, y puesto que la arqueología es destrucción, esta técnica nos permitiría destruir menos y realizar más trabajo antes de perforar el suelo.

Me pregunto si en el futuro será posible detectar el yeso y otros materiales específicos a través de una capa de tierra de la misma manera que hoy detectamos zanjas y muros enterrados. ¿Sería posible que algunas de las técnicas que utiliza la Administración de Seguridad en el Transporte en los aeropuertos para atrapar a los traficantes de drogas y detectar explosivos fueran modificadas para poder detectar compuestos químicos pertenecientes a artefactos todavía enterrados bajo capas de tierra? ¿Tendría sentido asociarse y compartir recursos con las compañías de exploración de gas y petróleo para utilizar nuevas técnicas que nos permitieran escudriñar más a fondo las profundidades de los montículos o examinar una serie de secciones a determinadas profundida-

des? Creo que ha llegado la hora de que podamos disponer de nuevos avances tecnológicos, pero también creo que es cuestión de hablar con las personas adecuadas en el campo de la ingeniería, porque quizás alguien podría decir: «Un momento, ¿qué es lo que quiere hacer? Claro que sí, podemos hacerlo, no hay problema».

Creo, además, que veremos la aparición de nuevas técnicas analíticas procedentes del campo de la química, de la biología y sobre todo estudios de ADN, como ya ocurre en la actualidad. También las técnicas de conservación deberían mejorar para poder preservar los hallazgos en buenas condiciones, pero sobre todo, debería haber una mayor reciprocidad entre las necesidades y objetivos de la comunidad y la arqueología, y un aumento de los proyectos colaborativos entre los arqueólogos y las comunidades locales, para que la población cuyo patrimonio se está explorando tenga mayor participación en el destino de los artefactos de dicho patrimonio.[7]

Huelga decir que el proceso de excavación física —es decir, excavar con picos, palas, piquetas e instrumentos odontológicos— seguirá siendo el mismo de siempre desde los inicios de la arqueología. Las distintas formas de excavar con cuidado pero deprisa, sin destruir los restos, son limitadas, pero podría ocurrir que se inventasen nuevas técnicas de excavación que ahora son inimaginables. Lo que no cambiará es el axioma arqueológico de que los mejores hallazgos se producen siempre el último día de la temporada de excavación.

En mi despacho de la Universidad George Washington, además del libro sobre Schliemann que me regaló mi madre dos veces, tengo también dos adhesivos pegados en la pared. El primero dice simplemente: «Arqueología: preferiría estar excavando», el segundo reza: «Arqueólogo. El oficio más increíble del mundo. Yo salvo el pasado, ¿qué haces tú?». Como suele ocurrir con las pe-

gatinas, sus textos condensan mis sentimientos por la arqueología en pocas palabras: realmente preferiría estar excavando. Pero, al mismo tiempo, plantean también un desafío al resto del mundo, porque la arqueología no trata solo de encontrar vestigios de antiguas civilizaciones, sino de conservar y salvaguardar dichos restos para futuras generaciones. Espero que este libro contribuya, aunque solo sea mínimamente, a este objetivo.

Este libro no hubiera sido posible sin los esfuerzos de todos los arqueólogos que vinieron antes que yo y cuyos trabajos he descrito a lo largo de estas páginas. Me siento orgulloso de formar parte de una destacada disciplina académica de largo recorrido que dedica sus esfuerzos en un campo que es de interés para muchas personas.

En estas líneas quisiera agradecer a todos los estudiantes que han cursado mi Introducción a la Arqueología en la Universidad George Washington —normalmente unos 140 cada primer semestre durante los últimos quince años— y a todos los estudiantes que han excavado conmigo a lo largo de los años en Megido y Tel Kabri. Pero este volumen está especialmente dedicado a aquellos que se han especializado en arqueología y que me han tenido a mí de tutor: más de 150 hasta el momento.

Asimismo me gustaría dar las gracias a algunas personas en concreto, la primera y la más importante de las cuales es Rob Tempio, mi editor de Princeton University Press, que me alentó a escribir este volumen y me guio durante el proceso creativo. Rob es más que mi editor, y me enorgullece poder considerarlo un amigo. En segundo lugar, quisiera expresar mi agradecimiento a Glynnis Fawkes, artista sublime y maravillosa ilustradora arqueológica, cuyos dibujos aparecen a lo largo de este libro, y a Michele Angel, que trazó los fabulosos mapas. También quiero dar las gracias a Shaquona Crews, Scot Kuehm, Ryan Mulligan y a todo el personal de Princeton University Press que contribuyó a que este volumen viera la luz. Estoy especialmente en deuda con Mitchell Allen y Jill Rubalcaba, que peinaron minuciosamente las páginas del borrador final del manuscrito y plantearon sugerencias y revisiones eruditas, y con Peter Cooper, William Dardis, Randy Helm, Daniel Reynoso, Dan Rubalcaba, Jim West, Cassandra Wiseman y

los distintos correctores anónimos que leyeron e hicieron aportaciones al manuscrito completo, o parte de él, en los primeros borradores, mejorándolo considerablemente.

En último lugar, pero sin menoscabo de su importancia, quisiera dar las gracias a mi familia: a mis padres Martin y Evelyn, por permitir que diera rienda suelta a mi pasión durante mi niñez y juventud; a mis hijos Hannah y Joshua, por permitir que continuara dando rienda suelta a mi pasión durante su niñez; y especialmente a mi esposa, Diane, por aguantarme a mí y a todo esto durante tanto tiempo.

Bibliografía

Abegg, Martin Jr., Peter Flint y Eugene Ulrich, *The Dead Sea Scrolls Bible: The Oldest Known Bible Translated for the First Time into English*, Harper Collins, Nueva York, 1999.

Abraham, Kathleen, «The Reconstruction of Jewish Communities in the Persian Empire: The Āl-Yahūdu Clay Tablets». En *Light and Shadows: The Story of Iran and the Jews*, editado por Hagai Segev y Asaf Schor, Beit Hatfutsot, Tel Aviv, Israel, 2011, pp. 261-262.

Adams, Mark, *Turn Right at Machu Picchu: Rediscovering the Lost City One Step at a Time,* Dutton, Nueva York, 2011.

—, *Meet Me in Atlantis: My Obsessive Quest to Find the Sunken City*, Dutton, Nueva York, 2015.

Adams, Matthew J., Jonathan David y Yotam Tepper, «Excavations at the Camp of the Roman Sixth Ferrata Legion in Israel», *Bible History Daily*, 1 de mayo, 2014. (publicado originalmente el 17 de octubre de 2013). www.biblicalarchaeology.org/daily/biblical-sites-places/biblical-archaeology-sites/legio/.

Aharoni, Yohanan, «Expedition B—The Cave of Horror», *Israel Exploration Journal* 12, 1962, n.os 3-4: pp. 186-199.

Aicher, Peter, «Mussolini's Forum and the Myth of Augustan Rome», *Classical Bulletin* 76, 2000, pp. 117-139.

Aitken, Martin J., *Science-Based Dating in Archaeology*, Routledge, Boston, 1990.

Aldhouse-Green, Miranda, *Bog Bodies Uncovered: Solving Europe's Ancient Mystery*, Thames and Hudson, Londres, 2015.

Aldred, Cyril, *Akhenaten: King of Egypt*, Thames and Hudson, Londres, 1991.

Alfoldy, Geza, «Eine Bauinschrift aus dem Colosseum», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik* 109, 1995, pp. 195-226.

Allegro, John M., *The Treasure of the Copper Scroll*, Doubleday, Garden City, Nueva York, 1960.

Allen, Susan Heuck, *Finding the Walls of Troy: Frank Calvert and Heinrich Schliemann at Hisarlik*, University of California Press, Berkeley, 1999.

Allen, Susan J., *Tutankhamun's Tomb: The Thrill of Discovery*, Metropolitan Museum of Art, Nueva York, 2006.

Al-Rawi, Farouk N. H., y Andrew George, «Back to the Cedar Forest: The Beginning and End of Tablet V of the Standard Babylonian Epicof Gilgameš», *Journal of Cuneiform Studies* 66, 2014, pp. 69-90.

Altares, Guillermo, «Altamira Cave Will Open to Visitors» *El País*, 27 de marzo, 2015a, elpais.com/elpais/2015/03/27/inenglish/1427469981_303108.html.

—, «Altamira Must Be Closed to Visitors, Spanish Scientists Tell Unesco» *El País*, 26 de marzo de 2015b, elpais.com/m/elpais/2015/03/23/inenglish/1427122533_376325.html.

Alva, Walter, «Discovering the New World's Richest Unlooted Tomb», *National Geographic,* octubre 1988, pp. 510-548.

—, «New Tomb of Royal Splendor», *National Geographic,* junio 1990, pp. 2-15.

Alva, Walter, y Christopher B. Donnan, *Royal Tombs of Sipan*, UCLA Fowler Museum of Cultural History, Los Ángeles, 1993.

Amadasi, Maria G., y Eugenia E. Schneider, *Petra,* traducido por Lydia G. Cochrane, University of Chicago Press, Chicago, 2002.

Amandry, Pierre, *La redecouverte de Delphes*, De Boccard, París, 1992.

Amer, Christopher F., «South Carolina: A Drop in the Bucket». En *International Handbook of Underwater Archaeology*, editado por Carol V. Ruppe y Janet F. Barstad, Kluwer Academic-Plenum, Nueva York, 2002, pp. 127-142.

Andersen, Wayne V., *The Ara Pacis of Augustus and Mussolini: An Archaeological Mystery*, Fabriart, Ginebra, Suiza, 2003.

Anderson, Maxwell L., *Antiquities*: *What Everyone Needs to Know,* Oxford University Press, Nueva York, 2016.

Andrews, Carol, *Egyptian Mummies*, Harvard University Press, Cambridge, 1984.

Andrews, Edmund L., «Iraqi Looters Tearing Up Archaeological Sites» *New York Times,* 23 de mayo, 2003, www.nytimes.com/2003/05/23/international/worldspecial/23LOOT.html.

Andronicos, Manolis, *Olympia*, Ekdotike Athenon, Atenas, Grecia, 1992.

—, *Delphi*, Ekdotike Athenon, Atenas, 1993.

Anyangwe, Eliza, «Could Egypt's Empty Animal Mummies Reveal an Ancient Scam?» CNN, 22 de mayo, 2015, www.cnn.com/2015/05/22/africa/ancient-egypt-animal-mummies-empty/.

Atwood, Roger, *Stealing History: Tomb Raiders, Smugglers, and the Looting of the Ancient World*, reed. St. Martins Griffin, Nueva York, 2006.

—, «Beneath the Capital's Busy Streets, Archaeologists Are Discovering the Buried World of the Aztecs», *Archaeology* 67, n.º 4 (9 de junio, 2014), pp. 26-33. www.archaeology.org/issues/138—1407/features/2173-mexico-city-aztec-buried-world.

Bahn, Paul G., *100 Great Archaeological Discoveries*, Facts on File, Nueva York, 1995.

—, *Archaeology: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, UK, 1996a.

—, *Bluff Your Way in Archaeology*, Ravette, West Sussex, UK, 1996b.

—, *Tombs Graves and Mummies: 50 Discoveries in World Archaeology*, Barnes and Noble, Nueva York, 1996c.

—, *Wonderful Things: Uncovering the World's Great Archaeological Treasures*, Seven Dials, Londres, 1999.

—, *Lost Treasures: Great Discoveries in World Archaeology*, Barnes and Noble, Nueva York, 2000. [Esta es la publicación estadounidense de *Wonderful Things*.]

—, *The Penguin Archaeology Guide*, Penguin, Nueva York, 2001.

—, *Archaeology: The Definitive Guide*, Barnes and Noble, Nueva York, 2003.

—, *The Bluffer's Guide to Archaeology*, ed. rev., Oval, Londres, 2007.

—, *The Great Archaeologists: The Lives and Legacy of the People Who Discovered the World's Most Famous and Important Archaeological Sites*, Anness, Londres, 2008.

—, *Legendary Sites of the Ancient World: An Illustrated Guide to Over 80 Major Archaeological Discoveries*, Anness, Londres, 2009.

—, *The History of Archaeology: An Introduction*, Routledge, Nueva York, 2014.

Bahn, Paul G., y Barry Cunliffe, *The Atlas of World Archaeology*, Checkmark-Facts on File, Nueva York, 2000.

Bahn, Paul G., y Colin Renfrew, *The Cambridge Illustrated History of Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996.

Baillie, Michael G. L., *Tree-Ring Dating and Archaeology*, Routledge, Boston, 2014.

Baker, Luke, «Ancient Tablets Reveal Life of Jews in Nebuchadnezzar's Babylon», *Reuters*, 3 de febrero, 2015, www.reuters.com/article/us-israel-archaeology-babylon-idUSKBN0L71EK20150203.

Ballard, Robert D., ed., *Archaeological Oceanography*, Princeton University Press, Princeton, 2008.

Balter, Michael, *The Goddess and the Bull: Catalhoyuk — An Archaeological Journey to the Dawn of Civilization*, Left Coast Press, Walnut Creek, 2009.

Banning, Edward B., *Archaeological Survey* (*Manuals in Archaeological Method, Theory and Technique*), Springer, Nueva York, 2002.

Barber, Elizabeth W., *The Mummies of Urumchi*, W. W. Norton, Nueva York, 1999.

Bard, Kathryn A., *An Introduction to the Archaeology of Ancient Egypt*, Wiley-Blackwell, Nueva York, 2008.

Barkai, Ran, y Roy Liran, «Midsummer Sunset at Neolithic Jericho», *Time and Mind* 1, n.º 3 (noviembre), 2008, pp. 273-284.

Barnard, Anne, «ISIS Destroys Triumphal Arches in Palmyra, Syria» *New York Times*, 5 de octubre, 2015, www.nytimes.com/2015/10/06/world/middleeast/isis-syria-arch-triumph-palmyra.html?_r=0.

Bar-Yosef, Ofer, y Jane Callander, «Dorothy Annie Elizabeth Garrod», en *Breaking Ground: Pioneering Women Archaeologists*, editado por Getzel M. Cohen y Martha Sharp Joukowsky, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2006, pp. 380-424.

Bar-Yosef, Ofer, B. Vandermeersch, B. Arensburg, A. Belfer-Cohen, P. Goldberg, H. Laville, L. Meignen, *et al.*, 1992. «The Excavations in Kebara Cave, Mt. Carmel», *Current Anthropology* 33, n.º 5, 1992, pp. 497-550.

Barzilay, Julie, «Secrets of "Iceman": How a 5,300-Year-Old Mummy Sheds Light on Evolution, Migration», *ABC News*, 7 de enero, 2016, abcnews.go.com/Health/secrets-iceman-5300-year-mummy-sheds-light-evolution/story?id=36146634.

Bass, George F., *Cape Gelidonya: A Bronze Age Shipwreck*, American Philosophical Society, Filadelfia, 1967.

—, «A Bronze Age Shipwreck at Ulu Burun (Kas): 1984 Campaign», *American Journal of Archaeology* 90, 1986, pp. 269-296.

—, «Oldest Known Shipwreck Reveals Splendors of the Bronze Age», *National Geographic* (diciembre), 1987, pp. 692-733.

Bataille, Georges, *Lascaux: or, The Birth of Art: Prehistoric Painting*. Traducido por Austryn Wainhouse, Skira, Lausana, 1955.

Beard, Mary, *The Fires of Vesuvius: Pompeii Lost and Found*, MA: Belknap Press, Cambridge, 2010.

Becker, Helmut, y Hans Gunter Jansen, «Magnetic Prospektion 1993 der Unterstadt von Troia und Ilion», *Studia Troica* 4, 1994, pp. 105-114.

Ben Tor, Amnon, *Back to Masada*, Israel Exploration Society, Jerusalén, 2009.

Ben Yehuda, Nachman, *The Masada Myth: Collective Memory and Mythmaking in Israel*, University of Wisconsin Press, Madison, 1995.

—, *Sacrificing Truth: Archaeology and the Myth of Masada*, Humanity, Amherst, Nueva York, 2002.

Ben Zion, Ilan, «"By the Rivers of Babylon" Exhibit Breathes Life into Judean Exile», *Times of Israel*, 1 de febrero, 2015a, www.timesofisrael.com/by-the-rivers-of-babylon-exhibit-breathes-life-into-judean-exile/#ixzz3Qq8033Hh.

—, «In First, Imperial Roman Legionary Camp Uncovered near Megiddo», *Times of Israel*, 7 de julio, 2015b, www.timesofisrael.com/in-first-imperial-roman-legionary-camp-uncovered-near-megiddo/.

Berger, Lee R., Darryl J. de Ruiter, Steven E. Churchill, Peter Schmid, Kristian J. Carlson, Paul H. G. M. Dirks y Job M. Kibii, «*Australopithecus sediba*: A New Species of Homo-Like Australopith from South Africa», *Science* 328, n.º 5975 (9 de abril), 2010, pp. 195-204, doi: 10.1126/science.1184944.

Berger, Lee R., John Hawks, Darryl J. de Ruiter, Steven E. Churchill, Peter Schmid, Lucas K. Delezene, Tracy L Kivell, *et al.*, «*Homo naledi*, a New Species of the Genus *Homo* from the Dinaledi Chamber, South Africa», *eLife*, 10 de septiembre, 2015 (eLife 2015;4:e09560), elifesciences.org/content/4/e09560 o dx.doi.org/10.7554/eLife.09560.

Bering, Henrik, «Holding On to the Past», *Wall Street Journal*, 6 de mayo, 2016, www.wsj.com/articles/holding-on-to-the-past-1462563965.

Bermant, Chaim, y Michael Weitzman, *Ebla: A Revelation in Archeology*, Times Books, Nueva York, 1979.

Berry, Joanne, *The Complete Pompeii*, reed. Thames and Hudson, Londres, 2007.

Bietak, Manfred, «Minoan Wall-Paintings Unearthed at Ancient Avaris», *Egyptian Archaeology* 2, 1992, pp. 26-28.

Bingham, Hiram, «In the Wonderland of Peru», *National Geographic* (abril) 1913, pp. 387-584. Reproducido como «Rediscovering Machu Picchu», ngm.nationalgeographic.com/1913/04/machu-picchu/bingham-text.

—, *Inca Land: Explorations in the Highlands of Peru*, Houghton Mifflin, Boston, 1922.

—, *Machu Picchu, a Citadel of the Incas*, reed. Hacker Art Books, Nueva York, 1979.

—, *Lost City of the Incas*, reed. Phoenix Press, New Haven, 2003. [Hay trad. cast.: *Machu Picchu: la ciudad perdida de los incas*, Alcaná Libros, Madrid, 1970.]

Binkovitz, Leah, «Q+A: How to Save the Arts in Times of War», *Smithsonian*, 24 de enero, 2013, www.smithsonianmag.com/smithsonian-institution/qa-how-to-save-the-arts-in-times-of-war-550618 8/?no-ist.

Binnie, Isla, «Nero's Buried Golden Palace to Open to the Public—in Hard Hats», *Reuters*, 24 de octubre, 2014, www.reuters.com/article/us-italy-palace-idUSKCN0ID1WJ20141024.

Blakemore, Erin, «The Incredible Treasures Found inside the "Griffin Warrior" Tomb» *Smithsonian.com*, 28 de octubre, 2015, www.smithsonianmag.com/smart-news/heres-what-was-inside-griffin-warriors-grave-180957063/?no-ist.

Bleibtreu, Erika, «Five Ways to Conquer a City», *Biblical Archaeology Review* 16, n.º 3, 1990, pp. 37-44.

—, «Grisly Assyrian Record of Torture and Death», *Biblical Archaeology Review* 17, n.º 1, 1991, pp. 52-61, 75.

Blom, Frans, y Oliver La Farge, *Tribes and Temples*, Tulane University, Middle American Research Institute, Nueva Orleans, 1926-1927.

Blomster, Jeffrey P., «Early Evidence of the Ballgame in Oaxaca, Mexico», *Proceedings of the National Academy of Sciences* 109, 21, 2012, pp. 8020-8025.

Blumenthal, Ralph, y Tom Mashberg, «TED Prize Goes to Archaeologist Who Combats Looting with Satellite Technology», *New York Times*, 8 de noviembre, 2015, www.nytimes.com/2015/11/09/arts/international/ted-grant-goes-to-archaeologist-who-combats-looting-with-satellite-technology.html?_r=0.

Bogdanos, Matthew, *Thieves of Baghdad*, Bloomsbury, Nueva York, 2005.

Bohstrom, Phillipe, «Monumental Forgotten Gardens of Petra Rediscovered After 2.000 Years», *Haaretz*, 25 de septiembre, 2016, www.haaretz.com/jewish/archaeology/1.744119.

Bomgardner, David L., *The Story of the Roman Amphitheatre*, Routledge, Londres 2001.

Borger, Julian, «Egypt "Suppressing Truth" over Hidden Chambers in Tutankhamun's Tomb», *Guardian*, 13 de mayo, 2016, www.theguardian.com/world/2016/may/12/egypt-hidden-chambers-tutankhamun-tomb-nefertiti.

Bower, Bruce, «Ishi's Long Road Home», *Science News*, 4 de junio, 2002, www.sciencenews.org/article/ishis-long-road-home?mode=magazine&context=229.

Bowman-Kruhm, Mary, *The Leakeys: A Biography*, Greenwood Press, Westport, 2005.

Bradford, John, «New Techniques and the Archaeologist», *New Scientist* (2 de mayo), 1957, pp. 17-19.

Braymer, Marjorie, *The Walls of Windy Troy: A Biography of Heinrich Schliemann,* Harcourt Brace, Nueva York, 1960.

Brier, Bob, y Jean-Pierre Houdin, *The Secret of the Great Pyramid: How One Man's Obsession Led to the Solution of Ancient Egypt's Greatest Mystery,* Harper Perennial, Nueva York, 2009.

Brodie, Neil, y Kathryn Walker Tubb, eds., *Illicit Antiquities: The Theft of Culture and the Extinction of Archaeology*, reed. Routledge, Boston, 2011.

Brown, Terence A., Keri A. Brown, Christine E. Flaherty, Lisa M. Little y A. John N. W., «DNA Analysis of Bones from Grave Circle B at Mycenae: A First Report», *Annual of the British School at Athens* 95, 2000, pp. 115-119.

Browning, Iain, *Petra*, Noyes Press, Park Ridge, 1973.

—, *Palmyra*, Noyes Press, Park Ridge, 1979.

Bruce-Mitford, Rupert, *Sutton Hoo Ship Burial: A Handbook*, British Museum Press, Londres 1979.

Bryce, Trevor R., *Life and Society in the Hittite World*, Oxford University Press, Oxford. 2002.

—, *The Kingdom of the Hittites,* nueva edición, Oxford University Press, Oxford, 2005.

—, *The Trojans and Their Neighbors*, Routledge, Londres 2006.

—, «The Trojan War». En *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*, editado por Eric H. Cline, Oxford University Press, Nueva York, 2010, pp. 475-482.

—, *The World of the Neo-Hittite Kingdoms*, Oxford University Press, Oxford, 2012.

Burger, Richard, y Lucy Salazar, eds., *Machu Picchu: Unveiling the Mystery of the Incas*, Yale University Press, New Haven, 2004.

Burgon, John William, *Petra, a Poem: To Which a Few Short Poems Are Now Added*, 2.ª ed., F. MacPherson, Oxford, 1846.

Byron, George Gordon, *Hebrew Melodies*, John Murray, Londres, 1815.

Calderwood, Imogen, «Long-lost Roman Roads Discovered on Flood Maps: Hi-tech Lidar Data Reveals the Route of 2,000-Year-Old Highways across Britain», *DailyMail.com*, 1 de enero, 2016, www.dailymail.co.uk/news/article-3381432/Long-lost-Roman-roads-discovered-flood-maps-Hi-tech-Lidar-data-revealsroute-2-000-year-old-highways-Britain.html?ITO=applenews.

Callaway, Ewen, «Ancient American Genome Rekindles Legal Row», *Nature*, 18 de junio, 2015, www.nature.com/news/ancient-american-genome-rekindles-legal-row-1.17797.

—, «"Cave of Forgotten Dreams" May Hold Earliest Painting of Volcanic Eruption», *Nature*, 15 de enero, 2016, www.nature.com/news/cave-of-forgotten-dreams-may-hold-earliest-painting-of-volcanic-eruption-1.19177.

Camp, John M. II., *The Athenian Agora: Excavations in the Heart of Classical Athens*, Thames and Hudson, Londres, 1986.

—, *The Archaeology of Athens*, Yale University Press, New Haven, 2001.

—, *The Athenian Agora: Site Guide*, 5.ª ed., American School of Classical Studies at Athens, Atenas, 2010.

Cargill, Robert, *Qumran through (Real) Time: A Virtual Reconstruction of Qumran and the Dead Sea Scrolls*, Gorgias Press, Chicago, 2009.

Carlsen, William, *Jungle of Stone: The True Story of Two Men, Their Extraordinary Journey, and the Discovery of the Lost Civilization of the Maya*, William Morrow, Nueva York, 2016.

Carrington, Daisy, «Egypt's Mummies Get Virtually Naked with CT Scans», CNN, 1 de mayo, 2014, www.cnn.com/2014/05/01/world/meast/mummies-get-virtually-naked-with-ct-scans/.

Carter, Howard, *The Tomb of Tut-Ankh-Amen: Discovered by the Late Earl of Carnarvon and Howard Carter*, 2 vols., reed. Cambridge University Press, Cambridge, 2010.

Carter, Howard, y Arthur C. Mace, *The Discovery of the Tomb of Tutankhamen (Egypt)*, reed. Dover, Nueva York, 1977.

Casana, Jesse, «Satellite Imagery-Based Analysis of Archaeological Looting in Syria», *Near Eastern Archaeology* 78, n.º 3, 2015, pp. 142-152.

Castledon, Rodney, *Minoan Life in Bronze Age Crete*, Routledge, Londres, 1993.

—, *The Mycenaeans*, Routledge, Londres, 2005.

Catling, Christopher, *Discovering the Past through Archaeology: The Science and Practice of Studying Excavation Materials and Ancient Sites*, Southwater, Londres, 2012.

—, *A Practical Handbook of Archaeology: A Beginner's Guide to Unearthing the Past,* Lorenz, Londres, 2013.

Catling, Christopher, y Paul G. Bahn, *The Illustrated Practical Encyclopedia of Archaeology: The Key Sites, Those Who Discovered Them, and How to Become an Archaeologist*, Lorenz, Londres, 2010.

Ceram, C. W., *Gods, Graves, and Scholars: The Story of Archaeology*, Random House, Nueva York 1951. [Hay trad. cast.: *Dioses, tumbas y sabios. La gran aventura de la arqueología*, Destino, Barcelona, 2001.]

—, *The Secret of the Hittites*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1955.

—, *The March of Archaeology*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1958.

—, *Gods, Graves, and Scholars: The Story of Archaeology*, 2.ª ed. rev., Random House, Nueva York, 1967.

—, ed., *Hands on the Past: Pioneer Archaeologists Tell Their Own Story*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1966.

Chaffin, Tom, *The* H. L. Hunley*: The Secret Hope of the Confederacy*, Hill and Wang, Nueva York, 2008.

Chandler, Russell, «Library Lifts Veil on Dead Sea Scrolls», *Los Angeles Times*, 22 de septiembre, 1991, articles.latimes.com/1991-0922/news/mn-4145_1_dead-sea-scrolls.

Chase, Arlen F., Diane Z. Chase, Jaime J. Awe, John F. Weishampel, Gyles Iannone, Holley Moyes, Jason Yaeger, *et al.*, «The Use of LiDAR in Understanding the Ancient Maya Landscape», *Advances in Archaeological Practice* 2, n.º 3 (agosto), 2014, pp. 208-221.

Chase, Arlen F., Diane Z. Chase, Christopher T. Fisher, Stephen J. Leisz y John F. Weishampel, «Geospatial Revolution and Remote Sensing LiDAR in Mesoamerican Archaeology», *Proceedings of the National Academy of Sciences* 109, n.º 32, 2012, pp. 12916-12921.

Chase, Arlen F., Diane Z. Chase y John F. Weishampel, «Lasers in the Jungle», *Archaeology* 63, n.º 4, 2010, pp. 27-29. archive.archaeology.org/1007/.

Chase, Arlen F., Diane Z. Chase, John F. Weishampel, Jason B. Drake, Ramesh L. Shrestha, K. Clint Slatton, Jaime J. Awe, *et al.*, «Airborne LiDAR, Archaeology, and the Ancient Maya Landscape at Caracol, Belize», *Journal of Archaeological Science* 38, n.º 2, 2011, pp. 387-398.

Chase, Raymond G., *Ancient Hellenistic and Roman Amphitheatres, Stadiums, and Theatres: The Way They Look Now*, P. E. Randall, Portsmouth, 2002.

Chatters, James C., *Ancient Encounters: Kennewick Man and the First Americans*, Simon and Schuster, Nueva York, 2002.

Chauvet, Jean-Marie, Eliette Brunel Deschamps y Christian Hillaire, *Dawn of Art: The Chauvet Cave; The Oldest Known Paintings in the World*. Traducido por Paul G. Bahn, Harry N. Abrams, Nueva York, 1996.

Chivers, C. J., «Grave Robbers and War Steal Syria's History», *New York Times*, 6 de abril, 2013, www.nytimes.com/2013/04/07/world/middleeast/syrian-war-devastates-ancient-sites.html?pagewanted=all&_r=1.

Choi, Charles Q., «Humans Did Not Wipe Out the Neanderthals, New Research Suggests», *Livescience*, 20 de agosto, 2014, www.livescience.com/47460-neanderthal-extinction-revealed.html.

Christie, Agatha, *Murder in Mesopotamia: A Hercule Poirot Mystery*, reed. William Morrow, Nueva York, 2011. (Hay trad. cast.: *Asesinato en Mesopotamia*, RBA Libros, Barcelona, 2012.)

Claridge, Amanda, *Rome: An Oxford Archaeological Guide*, 2.ª ed., Oxford University Press, Oxford, 2012.

Clark, Liesl, «Ice Mummies of the Inca», *Nova*, 14 de noviembre, 1998, www.pbs.org/wgbh/nova/ancient/ice-mummies-inca.html.

Clayton, Peter y Martin Price, *The Seven Wonders of the Ancient World*, Routledge, Londres, 1989.

Cline, Diane Harris, *The Greeks: An Illustrated History*, National Geographic Books, Washington D. C., 2016.

Cline, Eric H., «Amenhotep III and the Aegean: A Reassessment of Egypto-Aegean Relations in the 14th Century BCE», *Orientalia* 56, n.º 1, 1987, pp. 1-36.

—, «Monkey Business in the Late Bronze Age Aegean: The Amenhotep II Figurines at Mycenae and Tiryns», *Bulletin of the British School at Athens* 86, 1991, pp. 29-42.

—, *Sailing the Wine-Dark Sea: International Trade and the Late Bronze Age Aegean*, Tempus Reparatum, Oxford, 1994.

—, «Amenhotep III, the Aegean and Anatolia». En *Amenhotep III: Perspectives on his Reign,* editado por David B. O'Connor y Eric H. Cline, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1998, pp. 236-250.

—, *The Battles of Armageddon: Megiddo and the Jezreel Valley from the Bronze Age to the Nuclear Age*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2000.

—, *Jerusalem Besieged: From Ancient Canaan to Modern Israel*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2004.

—, «Area L (The 1998-2000 Seasons)». En *Megiddo IV: The 1998-2002 Seasons* (2 vols.), editado por Israel Finkelstein, David Ussishkin y Baruch Halpern, 1, Tel Aviv University, Tel Aviv, 2006, pp. 104-123.

—, *From Eden to Exile: Unraveling Mysteries of the Bible*, National Geographic Books, Washington D. C., 2007a.

—, «Raiders of the Faux Ark», *Boston Globe*, 30 de septiembre, 2007b, sección opinión, E1-2, www.boston.com/news/globe/ideas/articles/2007/09/30/raiders_of_the_faux_ark/.

—, *Biblical Archaeology: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Nueva York, 2009.

—, «Whole Lotta Shakin' Going On: The Possible Destruction by Earthquake of Megiddo Stratum VIA». En *The Fire Signals of Lachish: Studies in the Archaeology and History of Israel in the Late Bronze Age, Iron Age, and Persian Period in Honor of David Ussishkin*, editado por Israel Finkelstein y Nadav Na'aman, Tel Aviv University, Tel Aviv, 2011, pp. 55-70.

—, «Fabulous Finds or Fantastic Forgeries? The Distortion of Archaeology by the Media and Pseudo-Archaeologists, and What We Can Do about It». En *Archaeology, Bible, Politics, and the Media: Proceedings of the Duke University Conference,* 23-24 de abril, 2009, editado por Eric Meyers y Carol Meyers, Eisenbrauns, Winona Lake, 2012, pp. 39-50.

—, *The Trojan War: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Nueva York, 2013.

—, *1177 BCE: The Year Civilization Collapsed*, Princeton University Press, Princeton, 2014 [Hay trad. cast. *1177 a. C. El año en que la civilización se derrumbó*, Crítica, Barcelona, 2015.]

—, Revisión de Andrew Collins, *Gobekli Tepe: Genesis of the Gods; The Temple of the Watchers and the Discovery of Eden* (Bear, Rochester, 2014), *American Antiquity* 80, n.º 3, 2015, pp. 620-621.

Cline, Eric H., y David B. O'Connor, eds., *Thutmose III: A New Biography*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 2006.

Cline, Eric H., y Inbal Samet, «Area L: The 2006 and 2007 Seasons». En *Megiddo V: The 2004-2008 Seasons* (3 vols.), editado por Israel Finkelstein, David Ussishkin y Eric H. Cline, 1, Tel Aviv University, Tel Aviv, 2013, pp. 275-291.

Cline, Eric H., y Anthony Sutter, «Battlefield Archaeology at Armageddon: Cartridge Cases and the 1948 Battle for Megiddo, Israel», *Journal of Military History* 75, n.º 1, 2011, pp. 159-190.

Cline, Eric H., y Assaf Yasur-Landau, «Your Career Is in Ruins: How to Start an Excavation in Five Not-So-Easy Steps», *Biblical Archaeology Review* 32, n.º 1, 2006, pp. 34-37, 71.

—, «Musings from a Distant Shore: The Nature and Destination of the Uluburun Ship and Its Cargo», *Tel Aviv* 34, n.º 2, 2007, pp. 125-141.

Clinton, Jane, «Major Show Reveals Life in Pompeii and Herculaneum», *Express*, 3 de marzo, 2013, www.express.co.uk/news/uk/381414/Major-show-reveals-life-in-Pompeii-and-Herculaneum.

Clottes, Jean, *Chauvet Cave: The Art of Earliest Times*. Traducido por Paul G. Bahn, University of Utah Press, Provo, 2003.

Coe, Michael D., *The Maya*, 7.ª ed., Thames and Hudson, Londres, 2005.

—, *Breaking the Maya Code*, 3.ª ed., Thames and Hudson, Londres, 2012.

Cohen, Jennie, «Viking Chief Buried in His Boat Found in Scotland» *History.com,* 19 de octubre, 2011, www.history.com/news/viking-chief-buried-in-his-boat-found-in-scotland.

Cole, Sonia, *Leakey's Luck: The Life of Louis Seymour Bazett Leakey, 1903-1972,* Harcourt Brace Jovanovich, Nueva York, 1975.

Coleman, Kathleen, «Entertaining Rome». En *Ancient Rome: The Archaeology of the Eternal City*, editado por Jon Coulston y Hazel Dodge. Monografía 54. Oxford University School of Archaeology, Oxford, 2000, pp. 210-258.

Collins, Billie Jean, *The Hittites and Their World*, Society of Biblical Literature, Atlanta, 2007.

Collins, James M., y Brian Leigh Molyneaux, *Archaeological Survey* (*Archaeologist's Toolkit*), AltaMira Press, Walnut Creek, 2003.

Comelli, Daniela, Massimo D'Orazio, Luigi Folco, Mahmud El-Halwagy, Tommaso Frizzi, Roberto Alberti, Valentina Capogrosso, *et al.*, «The Meteoritic Origin of Tutankhamun's Iron Dagger Blade», *Meteoritics and Planetary Science* 51, 2016, pp. 1301-1309, dx.doi.org/10.1111/maps.12664.

Conlin, David L., y Matthew A. Russell, «Archaeology of a Naval Battlefield: *H. L. Hunley* and USS *Housatonic*», *International Journal of Nautical Archaeology* 35, n.º 1, 2006, pp. 20-40.

Conlin, Diane A., *The Artists of the Ara Pacis: The Process of Hellenization in Roman Relief Sculpture*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1997a.

—, «The Reconstruction of Antonia Minor on the Ara Pacis», *Journal of Roman Archaeology* 5, 1997b, pp. 209-215.

Connolly, Peter, y Hazel Dodge, *The Ancient City: Life in Classical Athens and Rome*, Oxford University Press, Oxford, 1998.

Conyers, Lawrence B., *Ground-Penetrating Radar for Archaeology* (*Geophysical Methods for Archaeology*), 3.ª ed., AltaMira Press, Walnut Creek, 2013.

Cooley, Alison E., y M. G. L. Cooley, *Pompeii and Herculaneum: A Sourcebook*, 2.ª ed., Routledge, Boston, 2013.

Cooney, Kara, *The Woman Who Would Be King: Hatshepsut's Rise to Power in Ancient Egypt*, Broadway Books, Nueva York, 2015.

Cooper, Alan, y Wolfgang Haak, «DNA Reveals the Origins of Modern Europeans», *Phys.org*, 23 de marzo, 2015, phys.org/news/2015-03-dna-reveals-modern-europeans.html.

Cooper-White, Macrina, «Liquid Mercury Discovered under Ancient Temple May Shed New Light on Teotihuacan», *Huffington Post*, 28 de marzo, 2015, www.huffingtonpost.com/2015/04/28/mercury-royal-tomb_n_7152990.html.

Cosgrove, Ben, «LIFE at Lascaux: First Color Photos from Another World», *Life*, 21 de mayo, 2014, time.com/3879943/lascaux-early-color-photos-of-the-famous-cave-paintings-france-1947/.

Coulston, Jon y Hazel Dodge, *Ancient Rome: The Archaeology of the Eternal City*, Oxford University School of Archaeology, Monografía 54, Oxford University School of Archaeology, Oxford, 2000.

Cronin, Frances, «Egyptian Pyramids Found by Infra-red Satellite Images», *BBC News*, 25 de mayo, 2011, www.bbc.com/news/world-13522957.

Cucchi, Thomas, «Uluburun Shipwreck Stowaway House Mouse: Molar Shape Analysis and Indirect Clues about the Vessel's Last Journey», *Journal of Archaeological Science* 35, n.º 11 (noviembre), 2008, pp. 2953-2959, www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0305440308001362.

Cuno, James, *Who Owns Antiquity? Museums and the Battle over Our Ancient Heritage,* Princeton University Press, Princeton, 2010.

—, *Whose Culture? The Promise of Museums and the Debate over Antiquities,* Princeton University Press, Princeton, 2012.

Curry, Andrew, «Gobekli Tepe: The World's First Temple?» *Smithsonian*, noviembre, 2008, www.smithsonianmag.com/history/gobekli-tepe-the-worlds-first-temple-83613665/?no-ist.

—, «Here Are the Ancient Sites ISIS Has Damaged and Destroyed», *National Geographic*, 1 de septiembre, 2015, news.nationalgeographic.com/2015/09/150901-isis-destruction-looting-ancient-sites-iraq-syria-archaeology/.

Curtis, Gregory B., *The Cave Painters: Probing the Mysteries of the World's First Artists*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 2006.

Cussler, Clive, *The Sea Hunters*, Pocket Books, Nueva York, 2011.

Daley, Jason, «New Timeline Zeros in on the Creation of the Chauvet Cave Paintings; Radiocarbon Dates Help Reconstruct the Cave's Long History», *Smithsonian.com*, 13 de abril, 2016, www.smithsonianmag.com/smart-news/new-timeline-zeroes-creation-chauvet-cave-paintings-180958754/?utm_source=facebook.com&no-ist.

Dargis, Manohla, «Herzog Finds His Inner Cave Man», *New York Times*, 28 de abril, 2011, www.nytimes.com/2011/04/29/movies/werner-herzogs-cave-of-forgotten-dreams-review.html?_r=2.

Davies, Graham I., *Megiddo*, Lutterworth Press, Cambridge, 1986.

Davies, Philip R., George J. Brooke y Phillip R. Callaway, *The Complete World of the Dead Sea Scrolls*, Thames and Hudson, Londres, 2002.

Davies, William, y Ruth Charles, *Dorothy Garrod and the Progress of the Palaeolithic*, Oxbow Books, Oxford, 1999.

Davis, Ellen N., «Youth and Age in the Thera Frescoes», *American Journal of Archaeology* 90, 1986, pp. 399-406.

Davis, Jack L., y Sharon R. Stocker, «The Lord of the Gold Rings: The Griffin Warrior of Pylos», *Hesperia* 85, n.º 4, 2016, pp. 627-655.

Dearden, Lizzie, «New Nazca Lines Geoglyphs Uncovered by Gales and Sandstorms in Peru», *Independent*, 4 de agosto, 2014, www.independent.co.uk/news/science/archaeology/news/new-nazca-lines-geoglyphs-uncovered-by-gales-and-sandstorms-in-peru-9645983.html.

Del Giudice, Marguerite, «Tut's Tomb: A Replica Fit for a King», *National Geographic News*, 20 de mayo, 2014, news.nationalgeographic.com/news/2014/05/140520-tutankhamun-egypt-archaeology-cyber-printing-3d/.

Demick, Barbara, «Cultural Exchange: China's Surprising Bronze Age Mummies», *Los Angeles Times*, 24 de octubre, 2010, articles.latimes.com/2010/oct/24/entertainment/la-ca-cultural-exchange-mummies-

20101024.

De Rojas, Jose Luis, *Tenochtitlan: Capital of the Aztec Empire*, University Press of Florida, Gainesville, 2012.

Díaz-Andreu, Margarita, y Timothy Champion, «Nationalism and Archaeology in Europe: An Introduction». En *Nationalism and Archaeology in Europe*, editado por Margarita Díaz-Andreu y Timothy Champion, Westview Press, Boulder, 1996, pp. 1-23.

Diehl, Richard A., *The Olmecs: America's First Civilization*, Thames and Hudson, Londres, 2004.

Dodson, Aidan, *Amarna Sunset: Nefertiti, Tutankhamun, Ay, Horemheb, and the Egyptian Counter-Reformation*, American University in Cairo Press, El Cairo, 2009.

—, *Amarna Sunrise: Egypt from Golden Age to Age of Heresy*, American University in Cairo Press, El Cairo, 2014.

Donnan, Christopher B., *Moche Art of Peru: Pre-Columbian Symbolic Communication*, UCLA Fowler Museum of Cultural History, Los Ángeles, 1978.

—, «Masterworks of Art Reveal a Remarkable Pre-Inca World», *National Geographic* (junio), 1990, pp. 17-33.

Donnan, Christopher B., y Donna McClelland, *Moche Fineline Painting: Its Evolution and Its Artists*, UCLA Fowler Museum of Cultural History, Los Ángeles, 1999.

Doumas, Christos G., *Thera: Pompeii of the Ancient Aegean: Excavations at Akrotiri 1967-1979*, Thames and Hudson, Londres, 1983.

—, *The Wall Paintings of Thera*, Thera Foundation-Petros M. Nomikos, Londres, 1993.

Draper, Robert, «Unburying the Aztec», *National Geographic* (noviembre), 2010, pp. 110-135. ngm.nationalgeographic.com/2010/11/greatest-aztec/draper-text.

Dubrow, Marsha, «Looting of Peru's Ancient Treasures Is Worse Now Than in Spanish Colonial Era», *Examiner.com*, 12 de abril, 2014, www.examiner.com/article/looting-of-peru-s-ancient-treasures-is-worse-now-than-spanish-colonial-times.

Dunkle, Roger, *Gladiators: Violence and Spectacle in Ancient Rome*, Pearson Longman, Harlow, 2008.

Dunston, Lara, «Revealed: Cambodia's Vast Medieval Cities Hidden beneath the Jungle», *Guardian*, 10 de junio, 2016, www.theguardian.com/world/2016/jun/11/lost-city-medieval-discovered-hidden-beneath-cambodian-jungle.

Dvorsky, George, «Archaeologists Confirm That Stonehenge Was a Complete Circle», 2014a, io9.com/archaeologists-confirm-that-stonehenge-was-once-a-compl-1629226053.

—, «Archaeologists Have Made an Incredible Discovery at Stonehenge», 2014b io9.com/archaeologists-have-made-an-incredible-discovery-at-sto-1632927903?utm_campaign=socialflow_io9_facebook&utm_source=io9_facebook&utm_me-

dium=socialflow.

Dyson, Stephen L., *In Pursuit of Ancient Pasts: A History of Classical Archaeology in the Nineteenth and Twentieth Centuries*, Yale University Press, New Haven, 2006.

Easton, Donald F., «Schliemann's Discovery of "Priam's Treasure": Two Enigmas», *Antiquity* 55, 1981, pp. 179-183.

—, «Priam's Treasure», *Anatolian Studies* 34, 1984a, pp. 141-169.

—, «Schliemann's Mendacity—A False Trail?» *Antiquity* 58, 1984b, pp. 197-204.

—, «Priam's Gold: The Full Story», *Anatolian Studies* 44, 1994, pp. 221-243.

—, «The Troy Treasures in Russia», *Antiquity* 69, n.º 262, 1995, pp. 11-14.

—, «The Wooden Horse: Some Possible Bronze Age Origins». En *Ipamati Kistamati Pari Tumatimis: Luwian and Hittite Studies Presented to J. David Hawkins on the Occasion of His 70th Birthday,* editado por Itamar Singer, Tel Aviv Institute of Archaeology, Tel Aviv, 2010, pp. 50-63.

Easton, Donald F., J. D. Hawkins, Andrew G. Sherratt y E. Susan Sherratt, «Troy in Recent Perspective», *Anatolian Studies* 52, 2002, pp. 75-109.

Edwards, Owen, «The Skeletons of Shanidar Cave», *Smithsonian*, marzo, 2010, www.smithsonianmag.com/arts-culture/the-skeletons-of-shanidar-cave-7028477/?no-ist.

Eigeland, Tor, «Ebla: City of the White Stones», *Aramco World* 29, n.º 2 (Marzo-abril), 1978, pp. 10-19.

Eisler, Riane, *The Chalice and the Blade: Our History, Our Future,* HarperCollins, Nueva York, 1988.

El-Ghobashy, Tamer, «Iraq Officials Denounce Islamic State's Destruction of Ancient Site», *Wall Street Journal*, 7 de marzo, 2015, www.wsj.com/articles/nimrud-iraq-officials-denounce-islamic-states-destruction-of-ancient-site-1425653551.

Ellis, Steven, *The Making of Pompeii: Studies in the History and Urban Development of an Ancient Town*, Journal of Roman Archaeology Supplemental Series, Portsmouth, 2011.

Emberling, Geoff y Katharyn Hanson, *Catastrophe! The Looting and Destruction of Iraq's Past*, Oriental Institute Museum Publications, University of Chicago Press, Chicago, 2008, oi.uchicago.edu/sites/oi.uchicago.edu/files/uploads/shared/docs/oimp28.pdf.

Epstein, Marilyn S., «Jamestown Skeletons Identified as Colony Leaders», *Smithsonian Science News*, 28 de julio, 2015, smithsonianscience.si.edu/2015/07/jamestown-skeletons-identified-as-colony-leaders/.

Estrin, Daniel, «Scanning Software Deciphers Ancient Biblical Scroll», *Associated Press*, 21 de septiembre, 2016, bigstory.ap.org/article/60785bb2031a478cb71ce9278782c320/.

Evans, Arthur J., *The Palace of Minos: A Comparative Account of the Successive Stages of the Early Cretan Civilization as Illustrated by the Discoveries*, 4 vols., Macmillan, Nueva York, 1921-1923.

—, Introducción a la obra de Emil Ludwig, *Schliemann of Troy. The Story of a Goldseeker*, G. P. Putnam's and Sons, Londres, 1931, pp. 9-21.

Evelyn-White, H. G., *Hesiod, the Homeric Hymns and Homerica*. Loeb Classical Library n.º 57, W. Heinemann, Londres, 1914.

Fagan, Brian, *Quest for the Past*, 2.ª ed., Waveland Press, Long Grove, 1994.

—, *The Seventy Great Mysteries of the Ancient World: Unlocking the Secrets of Past Civilizations*, Thames and Hudson, Londres, 2001.

—, *Archaeologists: Explorers of the Human Past*, Oxford University Press, Oxford, 2003.

—, *A Brief History of Archaeology: Classical Times to the Twenty-First Century*, Routledge, Boston, 2004a.

—, *The Rape of the Nile: Tomb Robbers, Tourists, and Archaeologists in Egypt*, ed. rev., Westview Press, Boulder, 2004b.

—, *Chaco Canyon: Archaeologists Explore the Lives of an Ancient Society*, Oxford University Press, Oxford, 2005.

—, *Discovery! Unearthing the New Treasures of Archaeology*, Thames and Hudson, Londres, 2007a.

—, *Return to Babylon: Travelers, Archaeologists, and Monuments in Mesopotamia*, ed. rev., University of Colorado Press, Boulder, 2007b.

—, *Lord and Pharaoh: Carnarvon and the Search for Tutankhamun*, Left Coast Press, Walnut Creek, 2015.

—, ed., *Eyewitness to Discovery: First-Person Accounts of More Than Fifty of the World's Greatest Archaeological Discoveries*, Oxford University Press, Oxford, 1996.

—, ed., *The Great Archaeologists*, Thames and Hudson, Londres, 2014.

Fagan, Brian M., y Nadia Durrani, *In the Beginning: An Introduction to Archaeology*, 13.ª ed., Pearson, Boston, 2014.

—, *A Brief History of Archaeology: Classical Times to the Twenty-First Century*, 2.ª ed., Routledge, Nueva York, 2016.

Fagan, Garrett G., ed., *Archaeological Fantasies: How Pseudoarchaeology Misrepresents the Past and Misleads the Public*, nueva ed., Routledge, Boston, 2006.

Fagles, Robert, *Homer: The Iliad*, Penguin Books, Nueva York, 1991.

Falasca-Zamponi, Simonetta, *Fascist Spectacle: The Aesthetics of Power in Mussolini's Italy*, University of California Press, Berkeley, 1997.

Fash, William L., *Scribes, Warriors, and Kings: The City of Copan and the Ancient Maya*, ed. rev., Thames and Hudson, Londres, 2001.

Feder, Kenneth, *Encyclopedia of Dubious Archaeology: From Atlantis to the Walam Olum*, Greenwood Press, Westport, 2010.

—, *Frauds, Myths, and Mysteries: Science and Pseudoscience in Archaeology*, 8.ª ed., McGraw-Hill, Nueva York, 2013.

Felch, Jason, y Ralph Fammolino, *Chasing Aphrodite: The Hunt for Looted Antiquities at the World's Richest Museum,* Houghton Mifflin Harcout, Nueva York, 2011.

Feldman, Louis H., «Financing the Colosseum», *Biblical Archaeology Review* 27, n.º 4, 2001, pp. 20-31, 60-61.

Fields, Weston W., *The Dead Sea Scrolls: A Short History*, E. J. Brill, Leiden, 2006.

Fine, Steven, «Menorahs in Color: Polychromy in Jewish Visual Culture of Roman Antiquity», *Images* 6, 2013, pp. 3-25. doi: 10.1163/18718000-123400001. www.academia.edu/5102874/_Menorahs_in_Color_Polychromy_in_Jewish_Visual_Culture_of_Roman_Antiquity_Images6_2013.

Finkel, Irving, *The Ark before Noah: Decoding the Story of the Flood*, Hodder and Stoughton, Nueva York, 2014a.

—, «Noah's Ark: The Facts behind the Flood», *Telegraph*, 19 de enero, 2014b, www.telegraph.co.uk/culture/books/10574119/Noahs-Ark-the-facts-behind-the-Flood.html.

Finkelstein, Israel y David Ussishkin, «Back to Megiddo» *Biblical Archaeology Review* 20, n.º 1, 1994, pp. 26-43.

Fitton, J. Leslie, *Minoans*, British Museum Press, Londres, 2002.

—, «"The Help of My Dear Wife": Sophia Schliemann and the discovery of Priam's Treasure». En *Archaeology and Heinrich Schliemann. A Century after His Death. Assessments and Prospects. Myth-History-Science*, editado por George Korres, Nektarios Karadimas y Georgia Flouda, Society for Aegean Prehistory, Atenas, 2012, pp. 421-424.

Fox, Richard A. Jr., *Archaeology, History, and Custer's Last Battle: The Little Big Horn Reexamined*, University of Oklahoma Press, Norman, 1993.

French, Elizabeth, *Mycenae: Agamemnon's Capital*, Tempus, Oxford, 2002.

Freund, Richard A., *Secrets of the Cave of Letters: Rediscovering a Dead Sea Mystery*, E. J. Brill, Leiden, 2004.

Freund, Richard A., y Rami Arav, «Return to the Cave of Letters: What Still Lies Buried?», *Biblical Archaeology Review* 27, n.º 1, 2001, pp. 24-39.

Friedrich, Walter L., Bernd Kromer, Michael Friedrich, Jan Heinemeier, Tom Pfeiffer y Sahra Talamo, «Santorini Eruption Radiocarbon Dated to 1627-1600 B.C.», *Science* 312, n.º 5773 (28 de abril), 2006, p. 548. doi: 10.1126/science.1125087.

Fugate Brangers, Susan L., «Political Propaganda and Archaeology: The Mausoleum of Augustus in the Fascist Era», *International Journal of Humanities and Social Science* 3, n.º 16, 2013, pp. 125-135.

Fuller, Dawn, «No Scrounging for Scraps: UC Research Uncovers the Diets of the Middle and Lower Class in Pompeii», *University of Cincinnati News*, 2 de enero, 2014, www.uc.edu/news/NR.aspx?id=19029.

Futrell, Alison, *The Roman Games: A Sourcebook*, Historical Sources in Translation. Blackwell, Oxford, 2006.

Gabriel, Richard A., *Thutmose III: The Military Biography of Egypt's Greatest Warrior King*, Potomac Books, Sterling, 2009.

Gadot, Yuval y Assaf Yasur-Landau, «Beyond the Finds: Reconstructing Life in the Courtyard Building of Level K-4». En *Megiddo IV: The 1998-2002 Seasons* (2 vols.), editado por Israel Finkelstein, David Ussishkin y Baruch Halpern, II, Tel Aviv University, Tel Aviv, 2006, pp. 583-600.

Gannon, Megan, «X-Rays Reveal the Secrets of Egyptian Scrolls», *Newsweek*, 17 de enero, 2016, www.newsweek.com/x-rays-reveal-secrets-egyptian-scrolls-papyrus-416719?rx=us.

García Martínez, Florentino, *The Dead Sea Scrolls Translated: The Qumran Texts in English*, 2.ª ed., William B. Eerdmans, Grand Rapids, 1996.

Garstang, John y J. B. E. Garstang, *The Story of Jericho*, Hodder and Stoughton, Londres, 1940.

Gast, Phil, «The *Hunley*: Zeroing In on What Caused Civil War Submarine's Sinking», CNN.com, 15 de febrero, 2014, www.cnn.com/2014/02/14/travel/civil-war-submarine-hunley/.

Gates, Charles, *Ancient Cities: The Archaeology of Urban Life in the Ancient Near East and Egypt, Greece, and Rome*, 2.ª ed., Routledge, Londres, 2001.

Gawlinski, Laura, 2014. *The Athenian Agora: Museum Guide*, 5.ª ed., American School of Classical Studies at Athens, Atenas, 2014.

George, Andrew, *The Epic of Gilgamesh*, Penguin, Nueva York, 2003.

—, «How Looting in Iraq Unearthed the Treasures of Gilgamesh», *Aeon*, 5 de febrero, 2016, aeon.co/opinions/how-looting-in-iraq-unearthed-the-treasures-of-gilgamesh.

Gerianos, Nicholas K., «Kennewick Man Was a Native American», *U.S. News and World Report*, 27 de abril, 2016, www.usnews.com/news/science/articles/2016-04-27/corps-determines-kennewick-man-is-native-american.

Ghose, Tia, «Belize's Famous 'Blue Hole' Reveals Clues to the Maya's Demise», *Livescience*, 24 de diciembre, 2014, www.livescience.com/49255-drought-caused-maya-collapse.html.

—, «King Tut's Tomb May Hide Nefertiti's Secret Grave», *Livescience*, 12 de agosto, 2015, www.livescience.com/51837-king-tut-tomb-holds-nefertiti.html.

Gimbutas, Marija, *The Gods and Goddesses of Old Europe, 7000 to 3500 BCE: Myths, Legends, and Cult Images*, Thames and Hudson, Londres, 1974.

—, *The Civilization of the Goddess: The World of Old Europe*, Harper-Collins, Nueva York, 1991.

Glassman, Steve, *On the Trail of the Maya Explorer: Tracing the Epic Journey of John Lloyd Stephens*, The University of Alabama Press, Tuscaloosa, 2003.

Glob, P. V., *The Bog People: Iron Age Man Preserved*, NYRB Classics, Nueva York, 2004.

Glover, Michael, «Pompeii and Herculaneum—British Museum Exhibition Review: Buried Treasure», *Independent*, 1 de abril, 2013, www.independent.co.uk/arts-entertainment/art/features/pompeii-and-herculaneum-british-museum-exhibition-review-buried-treasure-8548946.html.

Goldmann, Klaus, Ozgen Agar y Stephen K. Urice, «Who Owns Priam's Treasure?», *Archaeology Odyssey,* julio-agosto, 1999, pp. 22-23.

Gosden, Chris, «Postcolonial Archaeology. Issues of Culture, Identity, and Knowledge». En *Archaeological Theory Today*, editado por Ian Hodder, Polity Press, Oxford, 2001, pp. 241-261.

—, *Archaeology and Colonialism. Cultural Contact from 5000 BC to the Present*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.

Grant, Michael, *Art and Life of Pompeii and Herculaneum*, TBS Book Service, Colchester, UK, 1980.

—, *Cities of Vesuvius: Pompeii and Herculaneum*, Phoenix Press, New Haven, 2005.

Gray, Richard, «Is This the Oldest Evidence of Written Language? Pictograms Found in Ancient Turkish City Could Be 12,000-Years-Old», *Daily Mail*, 21 de julio, 2015, www.dailymail.co.uk/sciencetech/article-3169595/Is-oldest-evidence-written-language-Pictograms-ancient-Turkish-city-12-000-years-old.html.

Griffiths, Sarah, «A Glimpse beneath the Bandages: Egyptian Child Mummy Gets a CT Scan in a Bid to Uncover Its Secrets», *Daily Mail*, 15 de julio, 2015a, www.dailymail.co.uk/sciencetech/article3162711/A-glimpse-beneath-bandages-Egyptian-child-mummy-gets-CT-scan-bid-uncover-secrets.html.

—, «Restoration Work Begins on Bodies of Those Who Died When Vesuvius Engulfed Pompeii», *Daily Mail*, 20 de mayo, 2015b, www.dailymail.co.uk/sciencetech/article-3089659/Who-petrified-child-Pompeii-Restoration-work-begins-body-boy-House-Golden-Bracelet.html.

Grove, David C., *Discovering the Olmecs: An Unconventional History*, University of Texas Press, Austin, 2014.

Guidi, Alessandro, «Nationalism without a Nation: The Italian Case». En *Nationalism and Archaeology in Europe*, editado por Margarita DíazAndreu y Timothy Champion, Westview Press, Boulder, 1996, pp. 108-118.

Gurewitsch, Matthew, «True Colors», *Smithsonian*, julio, 2008, www.smithsonianmag.com/arts-culture/true-colors-17888/?no-ist.

Hall, Edith, «Pale Riders: Adrienne Mayor's "The Amazons" Shows How a Myth Developed», *New Statesman*, 22 de enero, 2015, www.newstatesman.com/culture/2015/01/pale-riders-adrienne-mayors-amazons-shows-how-myth-developed.

Hall, Stephen S., «Spirits in the Sand: The Ancient Nasca Lines of Peru Shed Their Secrets», *National Geographic* (marzo), 2010, pp. 56-79.

Hallote, Rachel, *Bible, Map, and Spade: The American Palestine Exploration Society, Frederick Jones Bliss, and the Forgotten Story of Early American Biblical Archaeology*, Gorgias Press, Chicago, 2006.

Hamilton, Sue, *Ancient Astronauts: Unsolved Mysteries*, ABDO, Edina, 1998.

Hamilton-Paterson, James y Carol Andrews, *Mummies: Death and Life in Ancient Egypt*, Penguin Books, Nueva York, 1978.

Hammer, Joshua, «Finally, the Beauty of France's Chauvet Cave Makes Its Grand Public Debut», *Smithsonian*, abril, 2015, www.smithsonianmag.com/history/france-chauvet-cave-makes-grand-debut-180954582/?no-ist.

Hammond, Norman, *Ancient Maya Civilization*, Rutgers University Press, New Brunswick, 1982.

Handwerk, Brian, «King Tut's New Face: Behind the Forensic Reconstruction», *National Geographic News*, 11 de mayo, 2005, news.nationalgeographic.com/news/2005/05/0511_050511_kingtutface.html.

Harmon, David y Francis P. McManamon, *The Antiquities Act: A Century of American Archaeology, Historic Preservation, and Nature Conservation*, University of Arizona Press, Tucson, 2006.

Harrington, Spencer P. M., «Behind the Mask of Agamemnon» *Archaeology* 52, n.º 4, 1999, p. 51, archive.archaeology.org/9907/etc/mask.html.

Harris, David, «I Was There!», *Biblical Archaeology Review* 24, n.º 2, 1998, pp. 34-35.

Harrison, Peter D., *The Lords of Tikal: Rulers of an Ancient Maya City*, Thames and Hudson, Londres, 1999.

Harrison, Timothy P., «The Battleground: Who Destroyed Megiddo? Was It David or Shishak?», *Biblical Archaeology Review* 29, n.º 6, 2003, pp. 28-35, 60-64.

Hasson, Nir, «Megiddo Dig Unearths Cache of Buried Canaanite Treasure», *Haaretz*, 22 de mayo, 2012, www.haaretz.com/israel-news/megiddo-dig-unearths-cache-of-buried-canaanite-treasure-1.431797.

—, «Ancient Tablets Disclose Jewish Exiles' Life in Babylonia», *Haaretz*, 29 de enero, 2015, www.haaretz.com/jewish/archaeology/.premium-1.639822.

Hatem, Ahmed, «Team Testing New Scanner on Egypt's Great Pyramid», *Associated Press*, 2 de junio, 2016, bigstory.ap.org/8527da72451e472ca3925c7e42d7de52#.

Hawass, Zahi, *Tutankhamun and the Golden Age of the Pharaohs*, National Geographic Books, Washington D. C., 2005.

—, «King Tut's Family Secrets», *National Geographic* (septiembre), 2010, pp. 34-59, ngm.nationalgeographic.com/2010/09/tut-dna/hawass-text/1.

Hawass, Zahi, Yehia Z. Gad, Somaia Ismail, Rabab Khairat, Dina Fathalla, Naglaa Hasan, Amal Ahmed *et al.*, «Ancestry and Pathology in King Tutankhamun's Family», *Journal of the American Medical Association* 303, n.º 7, 2010, pp. 638-647, jama.jamanetwork.com/article.aspx?articleid=185393.

Hawass, Zahi y Sahar Saleem, *Scanning the Pharaohs: CT Imaging of the New Kingdom Royal Mummies*, American University in Cairo Press, El Cairo, 2015.

Hessler, Peter, «Radar Scans in King Tut's Tomb Suggest Hidden Chambers», *National Geographic News*, 28 de noviembre, 2015, news.nationalgeographic.com/2015/11/151128-tut-tomb-scans-hidden-chambers/.

—, «In Egypt, Debate Rages over Scans of King Tut's Tomb», *National Geographic News*, 9 de mayo, 2016a, news.nationalgeographic.com/2016/05/160509-king-tut-tomb-chambers-radar-archaeology/.

—, «Scans of King Tut's Tomb Reveal New Evidence of Hidden Rooms», *National Geographic News*, 17 de marzo, 2016b, news.nationalgeographic.com/2016/03/160317-king-tut-tomb-hidden-chambers-radar-egypt-archaeology/.

Hicks, Brian, *Sea of Darkness: Unraveling the Mysteries of the H. L. Hunley*, Spry, Ann Arbor, 2015.

Hicks, Brian y Schuyler Kropf, *Raising the* Hunley*: The Remarkable History and Recovery of the Lost Confederate Submarine*, Ballantine Books, Nueva York, 2002.

Hodder, Ian, *Reading the Past*, Cambridge University Press, Cambridge, 1986.

—, *Archaeology as Long-Term History*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.

—, *The Archaeological Process: An Introduction*, Blackwell, Oxford, 1999.

—, «This Old House», *Natural History*, junio, 2006, www.naturalhistorymag.com/htmlsite/master.html?http://www.naturalhistorymag.com/htmlsite/0606/0606_feature.html.

—, *The Leopard's Tale: Revealing the Mysteries of Catalhoyuk*, Thames and Hudson, Londres, 2011.

Hodges, Glenn, «Cahokia: America's Forgotten City», *National Geographic* (enero), 2011, pp. 126-145. ngm.nationalgeographic.com/2011/01/cahokia/hodges-text.

Hoffman, Barbara, «The Spoils of War», *Archaeology* 46, n.º 6, 1993, pp. 37-40.

Hopkins, Keith y Mary Beard, *The Colosseum*, Harvard University Press, Cambridge, 2005.

Horowitz, Wayne, Yehoshua Greenberg y Peter Zilberg, eds., *By the Rivers of Babylon: Cuneiform Documents from the Beginning of the Babylonian Diaspora*, Bible Lands Museum e Israel Exploration Society (hebreo), Jerusalén, 2015.

Houston, Stephen, Oswaldo C. Mazariegos y David Stuart, eds., *The Decipherment of Ancient Maya Writing*, University of Oklahoma Press, Norman, 2001.

Howard, Philip, *Archaeological Surveying and Mapping: Recording and Depicting the Landscape*, nueva ed., Routledge, Boston, 2007.

Hrozny, Bedřich, *Die Sprache der Hethiter: ihr Bau und ihre Zugehorigkeit zum indogermanischen Sprachstamm*, Hinrichs, Leipzig, 1917.

Hunt, Patrick, *Ten Discoveries That Rewrote History*, Penguin Group, Nueva York, 2007.

Hurwit, Jeffrey M., *The Athenian Acropolis: History, Mythology, and Archaeology from the Neolithic Era to the Present*, Cambridge University Press, Cambridge, 1999.

Hussein, Muzahim Mahmoud, *Nimrud: The Queens' Tombs*, Oriental Institute, Chicago, 2016.

Hutcherson, Kimberly, «ISIS Video Shows Execution of 25 Men in Ruins of Syria Amphitheater», CNN, 4 de julio, 2015, www.cnn.com/2015/07/04/middleeast/isis-execution-palmyra-syria/.

Jablonka, Peter, «Ein Verteidigungsgraben in der Unterstadt von Troia VI. Grabungsbericht 1993», *Studia Troica* 4, 1994, pp. 51-74.

Jackson, Caroline M., y Paul T. Nicholson, «The Provenance of Some Glass Ingots from the Uluburun Shipwreck», *Journal of Archaeological Science* 37, n.º 2 (febrero), 2010, pp. 295-301, www.sciencedirect.com/science/article/pii/S030544030900346X.

Jaggard, Victoria, «Huge Wine Cellar Unearthed at a Biblical-Era Palace in Israel», *Smithsonian*, 27 de agosto, 2014, www.smithsonianmag.com/science-nature/huge-wine-cellar-unearthed-biblical-era-palace-israel-180952495/#igcefjsJmQpfE6vO.99.

—, «Ancient Scrolls Blackened by Vesuvius Are Readable at Last», *Smithsonian*, 20 de enero, 2015, www.smithsonianmag.com/history/ancient-scrolls-blackened-vesuvius-are-readable-last-herculaneum-papyri-180953950/#jMhdSfpte7syYFeI.99.

Jarus, Owen, «Oops! Brain-Removal Tool Left in Mummy's Skull», *Livescience*, 14 de diciembre, 2014, www.livescience.com/25536-mummy-brain-removal-tool.html.

—, «Nefertiti Still Missing: King Tut's Tomb Shows No Hidden Chambers», *Livescience*, 11 de mayo, 2016, www.livescience.com/54708-nefertiti-missing-no-chambers-in-king-tut-tomb.html.

Jashemski, Wilhelmina F., *The Gardens of Pompeii, Herculaneum and the Villas Destroyed by Vesuvius* (2 vols.), Aristide D. Caratzas, Atenas, 1979.

—, 2014. *Discovering the Gardens of Pompeii: Memoirs of a Garden Archaeologist*, CreateSpace Independent Publishing Platform, Seattle, 2014.

Johanson, Donald y Maitland Edey, *Lucy: the Beginnings of Humankind*, Simon and Schuster, Nueva York, 1981.

Johanson, Donald y Kate Wong, *Lucy's Legacy: The Quest for Human Origins*, Broadway Books, Nueva York, 2010.

Johnston, Bruce, «Colosseum "Built with Loot from Sack of Jerusalem Temple"», *Telegraph*, 15 de junio, 2001, www.telegraph.co.uk/news/worldnews/1311985/Colosseum-built-with-loot-from-sack-of-Jerusalem-temple.html.

Kark, Chris, «Archaeologists from Stanford Find an 8,000-Year-Old "Goddess Figurine" in Central Turkey», *Stanford News*, 29 de septiembre, 2016, news.stanford.edu/2016/09/29/archaeologists-find-8000-year-old-goddess-figurine-central-

turkey/.

Kaufman, Amy, «Megan Fox Tackles String Theory, the Truth behind the Pyramids, and the "Brainwashed" Public», *Los Angeles Times*, 3 de junio, 2016, www.latimes.com/entertainment/movies/la-ca-mn-megan-fox-ninja-turtles-20160526-snap-story.html.

Kelly, Robert L., y David Hurst Thomas, *Archaeology*, 6.ª ed., Wadsworth, Nueva York, 2013.

Kelso, William M., «Jamestown: The Fort That Was the Birthplace of the United States of America». En *Discovery! Unearthing the New Treasures of Archaeology*, editado por Brian Fagan, Thames and Hudson, Londres, 2007, pp. 172-175.

—, *Jamestown, the Buried Truth*, University of Virginia Press, Charlottesville, 2008.

Kelso, William M., y Beverly Straube, *Jamestown Rediscovery: 1994-2004*. APVA Preservation Virginia, Richmond, 2004.

Kemp, Barry J., *Ancient Egypt: Anatomy of a Civilization*, 2.ª ed., Routledge, Boston, 2005. [Hay trad. cast.: *El Antiguo Egipto: anatomía de una civilización,* Crítica, Barcelona, 2003.]

Kempinski, Aharon, *Megiddo. A City State and Royal Centre in North Israel*, C. H. Beck, Múnich, 1989.

Kennedy, Maev, «Viking Chieftain's Burial Ship Excavated in Scotland after 1,000 Years», *Guardian*, 18 de octubre, 2011, www.theguardian.com/science/2011/oct/19/viking-burial-ship-found-scotland.

—, «Questions Raised over Queen's Ancestry after DNA Test on Richard III's Cousins», *Guardian*, 2 de diciembre, 2014, www.theguardian.com/uk-news/2014/dec/02/king-richard-iii-dna-cousins-queen-ancestry.

Kenyon, Kathleen M., *Digging Up Jericho*, Ernest Benn, Londres, 1957.

Keys, David, «Hidden Henge: Archaeologists Discover Huge Stonehenge "Sibling" Nearby», *Independent, UK*, 9 de septiembre, 2014, www.sott.net/article/285448-Hidden-henge-Archaeologists-discover-huge-Stonehenge-sibling-nearby.

—, «Tutankhamun: Great Golden Face Mask Was Actually Made for His Mother Nefertiti, Research Reveals», *Independent, UK*, 28 de noviembre, 2015, www.independent.co.uk/news/uk/home-news/tutankhamun-great-golden-face-mask-was-actually-made-for-his-mother-nefertiti-research-reveals-a6753156.html.

—, «Remarkable Ancient Structure Found Just Two Miles from Stonehenge», *Independent, UK*, 15 de agosto, 2016, www.independent.co.uk/news/science/archaeology/revealed-remarkable-ancient-structure-found-just-two-miles-from-stonehenge-a7190476.html.

Killgrove, Kristina, «Archaeologists to Ben Carson: Ancient Egyptians Wrote Down Why the Pyramids Were Built», *Forbes*, 5 de noviembre, 2015a, www.forbes.com/sites/kristinakillgrove/2015/11/05/archaeologists-to-ben-carson-ancient-

egyptians-wrote-down-why-the-pyramids-were-built/#3339f99613e2.

—, «What Archaeologists Really Think about Ancient Aliens, Lost Colonies, and Fingerprints of The Gods», *Forbes*, 3 de septiembre, 2015b, www.forbes.com/sites/kristinakillgrove/2015/09/03/what-archaeologists-really-think-about-ancient-aliens-lost-colonies-and-fingerprints-of-the-gods/.

King, Michael R., y Gregory M. Cooper, *Who Killed King Tut? Using Modern Forensics to Solve a 3,300-Year-Old Mystery*, Prometheus Books, Nueva York, 2006.

King, Turi E., Gloria González Fortes, Patricia Balaresque, Mark G. Thomas, David Balding, Pierpaolo Maisano Delser, Rita Neumann *et al.*, «Identification of the Remains of King Richard III», *Nature Communications*, 2 de diciembre, 2014, www.nature.com/ncomms/2014/141202/ncomms6631/full/ncomms6631.html.

Kingsley, Sean, *God's Gold: The Quest for the Lost Temple Treasure of Jerusalem*, John Murray, Londres, 2006.

Kington, Tom, «Rome Archaeologists Find 'Nero's Party Piece' in Dig», *Guardian*, 29 de septiembre, 2009, www.theguardian.com/world/2009/sep/29/nero-rome-archaeologists-dining-room.

Knapton, Sarah, «Huge Ritual Monument Thought to be Buried near Stonehenge Doesn't Exist, Admit Archaeologists», *Telegraph*, 12 de agosto, 2016, www.telegraph.co.uk/news/2016/08/12/huge-ritual-monument-thought-to-be-buried-near-stonehenge-doesnt/.

Koch, Peter O., *John Lloyd Stephens and Frederick Catherwood: Pioneers of Mayan Archaeology*, McFarland, Jefferson, 2013.

Koehl, Robert B., «A Marinescape Floor from the Palace at Knossos», *American Journal of Archaeology* 90, n.º 4, 1986, pp. 407-417.

Koh, Andrew J., Assaf Yasur-Landau y Eric H. Cline, «Characterizing a Middle Bronze Palatial Wine Cellar from Tel Kabri, Israel», *PLoS ONE* 9, n.º 8, 2014, e106406. doi:10.1371/ journal.pone.0106406.

Kohl, Philip L., y Claire Fawcett, eds., *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge, 1995.

Korfmann, Manfred, «Was There a Trojan War?» *Archaeology* 57, n.º 3, 2004, pp. 36-41.

—, «Was There a Trojan War? Troy between Fiction and Archaeological Evidence». En *Troy: From Homer's* Iliad *to Hollywood Epic,* editado por Martin M. Winkler, Blackwell, Oxford, 2007, pp. 20-26.

Kramer, Samuel Noah, *History Begins at Sumer: Thirty-Nine Firsts in Recorded History*, 3.ª ed., University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1988.

Krause, Lisa, «Ballard Finds Traces of Ancient Habitation beneath Black Sea», *National Geographic News*, 13 de septiembre, 2000, news.nationalgeographic.com/news/2000/12/122800blacksea.html.

Kroeber, Alfred y Donald Collier, *The Archaeology and Pottery of Nazca, Peru: Alfred Kroeber's 1926 Expedition*, editado por Patrick Carmichael, AltaMira Press, Walnut Creek, 1998.

Kroeber, Theodora, *Ishi in Two Worlds*: *A Biography of the Last Wild Indian in North America*, ed. 50.º aniv., University of California Press, Berkeley, 2011.

Kumar, Mohi, «From Gunpowder to Teeth Whitener: The Science behind Historic Uses of Urine», *Smithsonian*, 20 de agosto, 2013, www.smithsonianmag.com/science-nature/from-gunpowder-to-teeth-whitener-the-science-behind-historic-uses-of-urine-442390/?no-ist.

Kunnen-Jones, Marianne, «Archaeologist Brian Rose Makes His Troy Finale», *University of Cincinnati News*, 14 de octubre, 2002, www.uc.edu/profiles/rose.htm.

Kyrieleis, Helmut, «Olympia: Excavations and Discoveries at the Great Sanctuary». En *Great Moments in Greek Archaeology*, editado por Panos Valavanis y traducido por David Hardy, J. Paul Getty Museum, Los Ángeles, 2007, pp. 100-117.

Lange, Karen, «The Stolen Past», *National Geographic* (diciembre), 2008, pp. 60-65, ngm.nationalgeographic.com/2008/12/palestine-antiquities/lange-text.

Lapatin, Kenneth D. S., *Mysteries of the Snake Goddess: Art, Desire, and the Forging of History*, Houghton Mifflin Harcourt, Nueva York, 2002.

Larsen, Mogans Trolle, *The Conquest of Assyria: Excavations in an Antique Land, 1840-1860*, Routledge, Nueva York, 1996.

Latacz, Joachim, *Troy and Homer*, Oxford University Press, Oxford, 2004.

Laurence, Ray, *Roman Archaeology for Historians*, Routledge, Londres, 2012.

Lawler, Andrew, «Reconstructing Petra», *Smithsonian*, junio, 2007, www.smithsonianmag.com/history/reconstructing-petra-155444564/?no-ist=&page=1.

—, «Rare Unlooted Grave of Wealthy Warrior Uncovered in Greece», *National Geographic News*, 27 de octubre, 2015, news.nationalgeographic.com/2015/10/151027-pylos-greece-warrior-grave-mycenaean-archaeology/.

Layard, Austen Henry, *Nineveh and Its Remains*, John Murray, Londres, 1849.

Leach, Peter E., 1992. *The Surveying of Archaeological Sites*, Archetype, Londres, 1992.

Leakey, Mary D., *Olduvai Gorge: My Search for Early Man*, Collins, Londres, 1979.

—, *Disclosing the Past: An Autobiography*, McGraw-Hill, Nueva York, 1986.

Leakey, Richard E., *One Life: An Autobiography*, Salem House, Englewood Cliffs, 1984.

Leakey, Richard E., y Roger Lewin, *Origins*, Dutton, Nueva York, 1979.

Lehner, Mark y Richard H. Wilkinson, *The Complete Pyramids: Solving the Ancient Mysteries*, Thames and Hudson, Londres, 1997. [Hay trad. cast.: *Todo sobre las pirámides*, Destino, Barcelona, 2003.]

Lekson, Stephen H., *The Architecture of Chaco Canyon, New Mexico*, University of Utah Press, Provo, 2007.

—, ed., *The Archaeology of Chaco Canyon: An Eleventh-Century Pueblo Regional Center*, School of American Research Press, Santa Fe, 2006.

Lemonick, Michael D., «Humans and Neanderthals Were Actually Neighbors», *Time*, 20 de agosto, 2014a, time.com/3148351/humans-and-neanderthals-were-actually-neighbors/.

—, «What Bronze Age Wine Snobs Drank», *Time*, 27 de agosto, 2014b, time.com/3178786/wine-bronze-age-archaeology/.

Lents, Nathan H., «Paleoanthropology Wars: The Discovery of *Homo Naledi* Has Generated Considerable Controversy in This Scientific Discipline», *Skeptic*, 6 de enero, 2016, www.skeptic.com/reading_room/paleoanthropology-wars-the-discovery-of-homo-naledi/.

Lerici, Carlo M., «Periscope on the Etruscan Past» *National Geographic* (septiembre), 1959, pp. 337-350.

—, «New Archaeological Techniques and International Cooperation in Italy», *Expedition*, primavera, 1962, pp. 4-10.

Levitan, Dave, «Archaeologists Uncover 3,700-Year-Old Wine Cellar», *Wine Spectator*, 25 de noviembre, 2013, www.winespectator.com/webfeature/show/id/49325.

Levy, Thomas y Thomas Higham, *The Bible and Radiocarbon Dating: Archaeology, Text, and Science*, Routledge, Boston, 2014.

Lewis, Naphtali y Meyer Reinhold, *Roman Civilization: Selected Readings* (2 vols.), 3.ª ed., Columbia University Press, Nueva York, 1990.

Lichfield, John, «Chauvet Cave Paintings: A Volcanic Eruption from 36,000 Years Ago—As Captured by Prehistoric Man», *Independent*, 10 de enero, 2016, www.independent.co.uk/news/world/europe/chauvet-cave-paintings-a-volcanic-eruption-from-36000-years-ago-as-captured-by-prehistoric-man-a6805001.html.

Liesowska, Anna, «Iconic 2,500 Year Old Siberian Princess "Died from Breast Cancer," Reveals MRI Scan», *Siberian Times*, 14 de octubre, 2014, siberiantimes.com/science/casestudy/features/iconic-2500-year-old-siberian-princess-died-from-breast-cancer-reveals-unique-mri-scan/.

Lim, Timothy H., *The Dead Sea Scrolls: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford, 2006.

Lloyd, Seton, *Foundations in the Dust: The Story of Mesopotamian Exploration*, Thames and Hudson, Londres, 1980a.

—, *The Ruined Cities of Iraq*, Ares, Chicago, 1980b.

Long, Michael E., «Enduring Echoes of Peru's Past», *National Geographic* (junio), 1990, pp. 34-49.

Lorenzi, Rossella, «Cosmic Ray Tech May Unlock Pyramids' Secrets», *Discovery News*, 15 de abril, 2016a, news.discovery.com/history/ancient-egypt/cosmic-ray-tech-may-unlock-pyramids-secrets-160415.htm.

—, «Egyptian Pyramid Scans Reveal New Anomalies», *Discovery News*, 19 de enero, 2016b, news.discovery.com/history/archaeology/egyptian-pyramid-scans-reveal-new-anomalies-160119.htm.

—, «Pyramid Interior Revealed Using Cosmic Rays», *Live-Science*, 28 de abril, 2016c, www.livescience.com/54596-pyramid-interior-revealed-using-cosmic-rays.html.

Lovgren, Stefan, «Aztec Temple Found in Mexico City "Exceptional", Experts Say», *National Geographic News*, 5 de octubre, 2006, news.nationalgeographic.com/news/2006/10/061005-aztecs.html.

Luce, J. V., *End of Atlantis*, Thames and Hudson, Londres, 1969.

Luhnow, David, «Treasure of Nimrud Is Found in Iraq, and It's Spectacular», *Wall Street Journal*, 6 de junio, 2003, www.wsj.com/articles/SB105485037080424400.

Lyon-House, Leslie, «Maya Scholar Debunks World-Ending Myth», *UT News*, 17 de diciembre, 2012, news.utexas.edu/2012/12/17/maya-scholar-debunks-world-ending-myth.

Macaulay, David, *Motel of the Mysteries*, Houghton Mifflin, Boston, 1979.

MacKendrick, Paul, *The Mute Stones Speak: The Story of Archaeology in Italy*, W. W. Norton, Nueva York, 1960.

—, *The Greek Stones Speak: The Story of Archaeology in Greek Lands*, W. W. Norton, Nueva York, 1979.

Magness, Jodi, *The Archaeology of Qumran and the Dead Sea Scrolls*, William B. Eerdmans, Grand Rapids, 2002.

—, *The Archaeology of the Holy Land*: *From the Destruction of Solomon's Temple to the Muslim Conquest*, Cambridge University Press, Cambridge, 2012.

Maixner, Frank, Ben Krause-Kyora, Dmitrij Turaev, Alexander Herbig, Michael R. Hoopmann, Janice L. Hallows, Ulrike Kusebauch *et al.*, «The 5300-Year-Old *Helicobacter pylori* Genome of the Iceman», *Science* 351, n.º 6269, 2016, pp. 162-165, science.sciencemag.org/content/351/6269/162.

Mallory, James P., y Victor H. Mair, *The Tarim Mummies: Ancient China and the Mystery of the Earliest Peoples from the West*, Thames and Hudson, Londres, 2000.

Mallowan, Agatha Christie, *Come, Tell Me How You Live: An Archaeological Memoir*, reed. William Morrow, Nueva York, 2012. [Hay trad. cast., *Ven y dime cómo vives*, Tusquets, Barcelona, 2008.]

Mann, Charles C., «The Birth of Religion», *National Geographic* (junio), 2011, pp. 34-59, ngm.nationalgeographic.com/2011/06/gobekli-tepe/mann-text.

Manning, Sturt, *A Test of Time and A Test of Time Revisited: The Volcano of Thera and the Chronology and History of the Aegean and East Mediterranean in the mid Second Millennium BCE,* 2.ª ed., Oxbow Books, Oxford, 2014.

Manning, Sturt W., Cemal Pulak, Bernd Kromer, Sahra Talamo, Christopher Bronk Ramsey y Michael Dee, «Absolute Age of the Uluburun Shipwreck: A Key Late Bronze Age Time-Capsule for the East Mediterranean». En *Tree-Rings, Kings and Old World Archaeology and Environment: Papers Presented in Honor of Peter Ian Kuniholm*, editado por Sturt W. Manning y Mary Jaye Bruce, Oxbow Books, Oxford, 2009, pp. 163-187.

Manning, Sturt W., Christopher Bronk Ramsey, Walter Kutschera, Thomas Higham, Bernd Kromer, Peter Steier y Eva M. Wild, «Chronology for the Aegean Late Bronze Age 1700-1400 B.C.», *Science* 312, n.º 5773 (28 de abril), 2006, pp. 565-569. doi: 10.1126/science.1125682.

Mapes, Lynda V., «Five Tribes Will Work Together to Rebury Kennewick Man», *YakimaHerald.com*, 28 de abril, 2016a, www.yakimaherald.com/news/local/corps-of-engineers-says-kennewick-man-is-native-american-will/article_21eba658-0c9b-11e6-9790-b3f1fa7c682f.html?utm_medium=social&utm_source=twitter&utm_campaign=user-share.

—, «It's Official: Kennewick Man Is Native American», *Seattle Times*, 27 de abril, 2016b, www.seattletimes.com/seattle-news/science/its-official-kennewick-man-is-native-american/.

Marinatos, Nanno, *Art and Religion in Thera: Reconstructing a Bronze Age Society*, D. and I. Mathioulakis, Atenas, 1984.

Marinatos, Spyridon, «The Volcanic Destruction of Minoan Crete», *Antiquity* 13, 1939, pp. 425-439.

Martin, Sean, «Was King Tutankhamun's Famous Burial Mask Originally Intended for His Stepmother Nefertiti?», *International Business Times*, 26 de noviembre, 2015, www.ibtimes.co.uk/was-king-tutankhamuns-famous-burial-mask-originally-intended-his-stepmother-nefertiti-1530646.

Mastrolorenzo, Giuseppe, Pier P. Petrone, Mario Pagano, Alberto Incoronato, Peter J. Baxter, Antonio Canzanella y Luciano Fattore, «Herculaneum Victims of Vesuvius in CE 79», *Nature* 410 (12 de abril), 2001, pp. 70-79, www.nature.com/nature/journal/v410/n6830/abs/410769a0.html.

Matthiae, Paolo, *Ebla: An Empire Rediscovered*, traducido por Christopher Holme, Doubleday, Garden City, 1981.

—, *Studies on the Archaeology of Ebla 1980-2010*, Harrassowitz, Wiesbaden, 2013.

Maugh, Thomas H. II., «Ubar, Fabled Lost City, Found by L.A. Team: Archeology: NASA Aided in Finding the Ancient Arab Town, Once the Center of Frankincense Trade», *Los Angeles Times*, 5 de febrero, 1992, articles.latimes.com/1992-02-05/news/mn-1192_1_lost-city.

Mayor, Adrienne, *The Amazons: Lives and Legends of Warrior Women across the Ancient World*, Princeton University Press, Princeton, 2014.

McCarter, P. Kyle, «The Mysterious Copper Scroll: Clues to Hidden Temple Treasure?», *Bible Review* 8, 1992, pp. 34-41, 63-64.

McFeaters, Andrew P., «The Past Is How We Present It: Nationalism and Archaeology in Italy from Unification to WWII», *Nebraska Anthropologist*, Ponencia 33, 2007, digitalcommons.unl.edu/nebanthro/33.

McGeough, Kevin M., *The Romans: New Perspectives*, ABC-CLIO, Santa Barbara, 2004.

McIntyre, Dave, «Wine Cellaring Runs Deep in Our Judeo-Christian DNA», *Washington Post*, 3 de abril, 2014, www.washingtonpost.com/lifestyle/food/wine-cellaring-runs-deep-in-our-judeo-christian-dna/2014/04/02/a0469d74-b882-11e3-96ae-f2c36d2b1245_story.html.

McKenzie, Sheena, «The "Underground Astronauts" in Search of New Human Species», CNN, 4 de mayo, 2016, www.cnn.com/2016/05/03/health/homo-naledi-human-species-lee-berger/.

McKie, Robin, «Piltdown Man: British Archaeology's Greatest Hoax», *Guardian*, 4 de febrero, 2012, www.theguardian.com/science/2012/feb/05/piltdown-man-archaeologys-greatest-hoax.

—, «Scientist Who Found New Human Species Accused of Playing Fast and Loose with the Truth», *Guardian*, 24 de octubre, 2015, www.theguardian.com/science/2015/oct/25/discovery-human-species-accused-of-rushing-errors.

McMillon, Bill, *The Archaeology Handbook: A Field Manual and Resource Guide*, Wiley, Nueva York, 1991.

McNeil, Sam, «At Jordan Site, Drone Offers Glimpse of Antiquities Looting: Archaeologists and Criminologists Use New Technologies to Study Global Trade in Stolen Artifacts», *Times of Israel*, 3 de abril, 2015, www.timesofisrael.com/at-jordan-site-drone-offers-glimpse-of-antiquities-looting/.

Mejía, Paula, «Liquid Mercury Found in Mexican Pyramid Could Hold Secrets of Teotihuacan», *Newsweek*, 26 de marzo, 2015, www.newsweek.com/liquid-mercury-found-mexican-pyramid-could-hold-secrets-teotihuacan-325450.

Melvin, Don, Schams Elwazer y Joshua Berlinger, «ISIS Destroys Temple of Bel in Palmyra, Syria, U.N. Reports», CNN, 31 de agosto, 2015, www.cnn.com/2015/08/31/middleeast/palmyra-temple-damaged/.

Meskell, Lynne, ed., *Archaeology under Fire: Nationalism, Politics, and Heritages in the Eastern Mediterranean and Middle East*, Routledge, Boston, 1998.

Meyer, Karl E., *The Plundered Past,* Atheneum, Nueva York, 1973a.

—, *Teotihuacan,* Newsweek Book Division, Nueva York, 1973b.

—, «The Hunt for Priam's Treasure», *Archaeology* 46, n.º 6, 1993, pp. 6-32.

—, «Who Owns the Spoils of War?» *Archaeology* 48, n.º 4, 1995, pp. 46-52.

Millar, Ronald W., *The Piltdown Men*, St. Martin's Press, Nueva York, 1972.

Millon, Rene, «The Teotihuacan Mapping Project», *American Antiquity* 29, n.º 3, 1964, pp. 345-352.

—, *Urbanization at Teotihuacan, Mexico,* vol. 1, *The Teotihuacan Map. Part One: Text*, University of Texas Press, Austin, 1973.

Millon, Rene, R. Bruce Drewitt y George Cowgill, *Urbanization at Teotihuacan, Mexico,* vol. 1, *The Teotihuacan Map. Part Two: Maps*, University of Texas Press, Austin, 1973.

Minder, Raphael, «Back to the Cave of Altamira in Spain, Still Controversial», *New York Times*, 30 de julio, 2014, www.nytimes.com/2014/07/31/arts/international/back-to-the-cave-of-altamira-in-spain-still-controversial.html.

Mocella, Vito, Emmanuel Brun, Claudio Ferrero y Daniel Delattre, «Revealing Letters in Rolled Herculaneum Papyri by X-ray Phase-Contrast Imaging», *Nature Communications* 6 (20 de enero), 2015. doi:10.1038/ ncomms6895. www.nature.com/ncomms/2015/150120/ncomms6895/full/ncomms6895.html.

Monastersky, Richard, «The Greatest Vanishing Act in Prehistoric America», *Scientific American*, 14 de noviembre, 2015, www.scientificamerican.com/article/the-greatest-vanishing-act-in-prehistoric-america/?WT.mc_id=SA_WR_.

Moorey, P. Roger S., *Ur 'of the Chaldees': A Revised and Updated Edition of Sire Leonard Woolley's Excavations at Ur*, Cornell University Press, Ithaca, 1982.

—, «The Chalcolithic Hoard from Nahal Mishmar, Israel, in Context», *World Archaeology* 20, n.º 2, 1988, pp. 171-189.

Moran, Sarah V., *Alien Art: Extraterrestrial Expressions on Earth*, Bramley, Surrey, 1998.

Morell, Virginia, *Ancestral Passions: The Leakey Family and the Quest for Humankind's Beginnings*, Touchstone, Nueva York, 1996.

Morelle, Rebecca, «Egypt's Animal Mummy "Scandal" Revealed», *BBC News*, 11 de mayo, 2015, www.bbc.com/news/science-environment-32656743.

Morelle, Rebecca, y Stuart Denman, «Vast Replica Recreates Prehistoric Chauvet Cave», *BBC News*, 24 de abril, 2015, www.bbc.com/news/science-environment-32403867.

Moro-Abadia, Oscar, «The History of Archaeology as a "Colonial Discourse"», *Bulletin of the History of Archaeology* 16, n.º 2, 2006, pp. 4-17.

Morris, Sarah P., «A Tale of Two Cities: The Miniature Frescoes from Thera and the Origins of Greek Poetry», *American Journal of Archaeology* 93, 1989, pp. 511-535.

Moskowitz, Clara, «The Secret Tomb of China's 1st Emperor: Will We Ever See Inside?», *LiveScience*, 17 de agosto, 2012, www.livescience.com/22454-ancient-chinese-tomb-terracotta-warriors.html.

Moss, Stephen, «Noah's Ark Was Round—So the Ancient Tablet Tells Us», *Guardian*, 11 de febrero, 2014, www.theguardian.com/books/2014/feb/11/noahs-ark-round-ancient-british-museum-mesopotamian-clay-tablets-flood.

—, «Will We Ever Actually Get to See the 5,000-Year-Old Superhenge?», *Guardian*, 7 de septiembre, 2015, www.theguardian.com/uk-news/shortcuts/2015/sep/07/superhenge-standing-stones-near-stonehenge.

Mott, Nicholas, «Why the Maya Fell: Climate Change, Conflict—And a Trip to the Beach?», *National Geographic News*, 11 de noviembre, 2012, news.nationalgeographic.com/news/2012/11/121109-maya-civilization-climate-change-belize-science/.

Moye, David, «King Tut's Knife Was Made from a Meteorite», *Huffington Post*, 1 de junio, 2016, www.huffingtonpost.com/entry/king-tut-knife-meteorite_us_574f586ee4b0c3752dcc7014.

Moyer, Justin William, «More Evidence Mayan Civilization Collapsed Because of Drought», *Washington Post*, 30 de diciembre, 2014, www.washingtonpost.com/news/morning-mix/wp/2014/12/30/more-evidence-mayan-civilization-collapsed-because-of-drought/.

Mueller, Tom, «How Tomb Raiders Are Stealing Our History», *National Geographic* (junio), 2016, pp. 58-81. www.nationalgeographic.com/magazine/2016/06/looting-ancient-blood-antiquities/.

Mulliez, Dominique, «Delphi: The Excavation of the Great Oracular Centre». En *Great Moments in Greek Archaeology*, editado por Panos Valavanis y traducido por David Hardy, J. Paul Getty Museum, Los Ángeles, 2007, pp. 134-157.

Musgrave, Jonathan H., Richard A. H. Neave y A. John N. W., «Seven Faces from Grave Circle B at Mycenae», *Annual of the British School at Athens* 90, 1995, pp. 107-136.

Nagesh, Ashitha, «Flood Maps Reveal Long-Lost Roman Roads across England», *Metro*, 2 de enero, 2016, metro.co.uk/2016/01/02/flood-maps-reveal-long-lost-roman-roads-across-england-5596264/.

Naik, Gautam, «Very Well Aged: Archaeologists Say Ancient Wine Cellar Found: Discovery in Israel Thought to Date Back 3,700 Years», *Wall Street Journal*, 22 de noviembre, 2013, www.wsj.com/articles/SB10001424052702304337404579213652875322822.

Naughton, David, «Exploring the Ancient City of Teotihuacan», *Harvard Divinity School News & Events*, 2 de octubre, 2015, hds.harvard.edu/news/2015/10/02/exploring-ancient-city-teotihuacan#

Neese, Shelley, «Cracking the Code», *Jerusalem Post*, 19 de agosto, 2009, www.jpost.com/Local-Israel/Around-Israel/Cracking-the-code.

Neild, Barry, «King Tut Replica Tomb Opens to Public in Egypt», CNN, 2 de mayo, 2014, www.cnn.com/2014/05/01/travel/tutankhamuns-replica-tomb-egypt/.

Netburn, Deborah, «3,700-Year-Old Wine Cellar Held Booze You Might Not Want to Drink», *Los Angeles Times*, 22 de noviembre, 2013, www.latimes.com/science/sciencenow/la-sci-sn-ancient-wine-cellar-found-3700-years-old-20131122-story.html.

—, «Chauvet Cave: The Most Accurate Timeline Yet of Who Used the Cave and When», *Los Angeles Times*, 12 de abril, 2016, www.latimes.com/science/sciencenow/la-sci-sn-chauvet-caves-timeline-20160412-story.html.

Neuendorf, Henri, «Unesco Head Warns of "Industrial Scale" Looting in Syria», *Artnet.com*, 21 de septiembre, 2015, news.artnet.com/art-world/unesco-warning-looting-syria-333814.

Niemeier, Wolf-Dietrich, «The "Priest King" Fresco from Knossos. A New Reconstruction and Interpretation». En *Problems in Greek Prehistory. Papers Presented at the Centenary Conference of the British School of Archaeology at Athens, Manchester, April 1986*, editado por Elizabeth B. French y Ken A. Wardle, Bristol Classical Press, Bristol, 1988, pp. 235-244.

Nigro, Lorenzo, «Results of the Italian-Palestinian Expedition to Tell esSultan: At the Dawn of Urbanization in Palestine», *Rosapat* 2, 2006, pp. 1-40. www.academia.edu/1179527/Results_of_the_Italian-Palestinian_Expedition_to_Tell_es-Sultan_at_the_Dawn_of_Urbanization_in_Palestine.

Nolan, Linda Ann, «Emulating Augustus: The Fascist-Era Excavation of the Emperor's Peace Altar in Rome», *Archaeology Odyssey* 8, n.º 3, 2005, pp. 38-47.

Nomade, Sébastien, Dominique Genty, Romain Sasco, Vincent Scao, Valérie Féruglio, Dominique Baffier, Herve Guillou *et al.*, «A 36,000-YearOld Volcanic Eruption Depicted in the Chauvet-Pont d'Arc Cave (Ardeche, France)?», *PLOS One*, 8 de enero, 2016, journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0146621.

Oates, Joan y David Oates, *Nimrud: An Assyrian Imperial City Revealed*, British School of Archaeology in Irak, Londres, 2001.

O'Brien, Jane, «Remains of English Jamestown Colony Leaders Discovered», *BBC News*, 28 de julio, 2015, www.bbc.com/news/magazine-33680128.

Olariu, Cristian, «Archaeology, Architecture and the Use of *Romanita* in Fascist Italy», *Studia Antiqua et Archaeologica* 18, 2012, pp. 351-375.

Osborne, Hannah, «World's Oldest Pictograph Discovered in Gobekli Tepe Shows Decapitated Head in Vulture Wing», *International Business Times*, 16 de julio, 2015, www.ibtimes.co.uk/worlds-oldest-pictograph-discovered-gobekli-tepe-shows-decapitated-head-vulture-wing-1511137.

O'Toole, Thomas, «Ebla Tablets: No Biblical Claims; Ebla Tablets Misread, Scholars Report», *Washington Post*, 9 de diciembre, 1979, A18.

Owen, Edward, «Lost City of Atlantis "Buried in Spanish Wetlands"», *Telegraph*, 14 de marzo, 2011, www.telegraph.co.uk/news/worldnews/europe/spain/8381219/Lost-city-of-Atlantis-buried-in-Spanish-wetlands.html.

Owsley, Douglas W., y Richard L. Jantz, eds., *Kennewick Man: The Scientific Investigation of an Ancient American Skeleton* (Peopling of the Americas Publications). Texas A&M University Press, College Station, 2014.

Packer, James, «Politics, Urbanism, and Archaeology in "Roma capitale": A Trouble Past and a Controversial Future», *American Journal of Archaeology* 93, n.º 1, 1989, pp. 137-141.

—, «Report from Rome: The Imperial Fora, a Retrospective», *American Journal of Archaeology* 101, n.º 2, 1997, pp. 307-330.

Painter, Borden W. Jr., *Mussolini's Rome: Rebuilding the Eternal City*, Italian and Italian American Studies, Palgrave Macmillan, Nueva York, 2005.

Papazoglou-Manioudaki, Lena, Argyro Nafplioti, Jonathan H. Musgrave, Richard A. H. Neave, Denise Smith y A. John N. W., «Mycenae Revisited Part 1: The Human Remains from Grave Circle A: Stamatakis, Schliemann and Two New Faces from Shaft Grave VI», *Annual of the British School at Athens* 104, 2009, pp. 233-277.

Papazoglou-Manioudaki, Lena, Argyro Nafplioti, Jonathan H. Musgrave y A. John N. W., «Mycenae Revisited Part 3: The Human Remains from Grave Circle A at Mycenae; Behind the Masks; A Study of the Bones of Shaft Graves I-V», *Annual of the British School at Athens* 105, 2010, pp. 157-224.

Parcak, Sarah H., *Satellite Remote Sensing for Archaeology*, Routledge, Boston, 2009.

Parcak, Sarah H., David Gathings, Chase Childs, Gregory Mumford y Eric H. Cline, «Satellite Evidence of Archaeological Site Looting in Egypt: 2002-2013», *Antiquity* 90, n.º 349, 2016, pp. 185-205.

Parrot, Andre, *Discovering Buried Worlds*, Philosophical Library, Nueva York, 1955.

Patric, John, «Imperial Rome Reborn», *National Geographic* 71/3 (mayo), 1937, pp. 269-325.

Pazanelli, Roberta, Eike D. Schmidt y Kenneth D. S. Lapatin, *The Color of Life: Polychromy in Sculpture from Antiquity to the Present,* Getty Research Institute, Los Ángeles, 2008.

Pearce, Laurie E., y Cornelia Wunsch, *Documents of Judean Exiles and West Semites in Babylonia in the Collection of David Sofer*, CDL Press, Bethesda, 2014.

Pearson, Stephanie, «XX Factor: Explorers», *Outside Online*, 1 de diciembre, 2003, www.outsideonline.com/1882931/xx-factor.

Perrottet, Tony, «The Glory That Is Rome», *Smithsonian*, octubre, 2005, www.smithsonianmag.com/history/the-glory-that-is-rome-70425698/?no-ist.

Petter, Hugh, «Back to the Future: Archaeology and Innovation in the Building of *Roma Capitale*». En *Ancient Rome: The Archaeology of the Eternal City*, editado por Jon Coulston y Hazel Dodge, Oxford University School of Archaeology. Monografía 54. Oxford University School of Archaeology, Oxford, 2000, pp. 332-353.

Pettinato, Giovanni, *The Archives of Ebla: An Empire Inscribed in Clay*, Doubleday, Garden City, 1981.

—, *Ebla, A New Look at History*, traducido por C. Faith Richardson, Johns Hopkins University Press, Baltimore, 1991.

Phillips, Phillip, «American Archaeology and General Anthropological Theory», *Southwestern Journal of Anthropology* 11, 1955, pp. 246-247.

Piening, Heinrich, «Examination Report: The Polychromy of the Arch of Titus Menorah Relief», *Images* 6, 2013, pp. 26-29. doi: 10.1163/ 18718000-123400002. www.academia.edu/5332530/Heinrich_Pienings_Preliminary_Report_of_the_Arch_of_Titus_Digital_Restoration_Project_Images_6_2013_.

Pincus, Jessie, Tim DeSmet, Yotam Tepper y Matthew J. Adams, «Ground Penetrating Radar and Electromagnetic Archaeogeophysical Investigations at the Roman Legionary Camp at Legio, Israel» *Archaeological Prospection* (2013), 2013, pp. 1-13.

Plaut, W. Gunther, «Ancient Tablets Hold Out Promise of Fresh Look at the Bible», *Globe and Mail* (Canada), 13 de mayo, 1978.

Pollard, Justin, *The Story of Archaeology: In 50 Great Discoveries*, Quercus, Londres, 2007.

Polosmak, Natalia, «A Mummy Unearthed from the Pastures of Heaven», *National Geographic* 186/4 (octubre), 1994, pp. 80-103.

Pool, Christopher A., *Olmec Archaeology and Early Mesoamerica*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

Pope, Saxton, *Hunting with the Bow and Arrow*, University of California Press, Berkeley, 1923.

Portal, Jane, *The First Emperor: China's Terracotta Army*, Harvard University Press, Cambridge, 2007.

Povoledo, Elisabetta, «Technology Identifies Lost Color at Roman Forum», *International New York Times*, 24 de junio, 2012, www.nytimes.com/2012/06/25/arts/design/menorah-on-arch-of-titus-in-roman-forum-was-rich-yellow.html?_r=0

—, «Scientists Hope to Learn How Pompeians Lived, before the Big Day», *New York Times*, 5 de octubre, 2015, www.nytimes.com/2015/10/06/world/europe/scientists-hope-to-learn-how-pompeians-lived-before-the-big-day.html?_r=0.

Preston, Douglas, «The Kennewick Man Finally Freed to Share His Secrets», *Smithsonian*, septiembre, 2014, www.smithsonianmag.com/history/kennewick-man-finally-freed-share-his-secrets-180952462/#Bc1CIojqQ1gTGHs0.99

Pringle, Heather, «Smithsonian Shipwreck Exhibit Draws Fire from Archaeologists», *Science Insider*, 10 de marzo, 2011, news.sciencemag.org/2011/03/smithsonian-shipwreck-exhibit-draws-fire-archaeologists

Pulak, Cemal, «The Uluburun Shipwreck: An Overview», *International Journal of Nautical Archaeology* 27, 1998, pp. 188-224.

—, «Shipwreck: Recovering 3,000-Year-Old Cargo», *Archaeology Odyssey* 2, n.º 4, 1999, pp. 18-29.

—, «Uluburun Shipwreck». En *The Oxford Handbook of the Bronze Age Aegean*, editado por Eric H. Cline, Oxford University Press, Oxford, 2010, pp. 862-876.

Pyne, Lydia, «Dear Paleoanthropology, Homo Naledi Just Shifted Your Paradigm», *JSTOR Daily*, 23 de enero, 2016, daily.jstor.org/homo-naledi-and-paradigm-shift/.

Quiles, Anita, Anita Quilesa, Hélène Valladas, Hervé Bocherens, Emmanuelle Delque-Količ, Evelyne Kaltnecker, Johannes van der Plicht *et al.*, «A High-Precision Chronological Model for the Decorated Upper Paleolithic Cave of Chauvet-Pont d'Arc, Ardeche, France», *Proceedings of the National Academy of Sciences of the United States of America* 113, n.º 17, 2016, pp. 4670-4675. www.pnas.org/content/113/17/4670.full (solo mediante suscripción).

Rabinovitch, Ari, «Archaeologists vs. Robbers in Israel's Race to Find Ancient Scrolls», *Reuters*, 2 de junio, 2016, www.reuters.com/article/us-israel-archaeology-idUSKCN0YO17J.

Ragan, Mark K., *The Hunley: Submarines, Sacrifice, and Success in the Civil War*, ed. rev., Narwhal Press, Charleston, 1999.

—, *The Hunley*, Sandlapper, Orangeburg, 2006.

Raichlen, David A., Adam D. Gordon, William E. H. Harcourt-Smith, Adam D. Foster y William Randall Haas Jr., «Laetoli Footprints Preserve Earliest Direct Evidence of Human-Like Bipedal Biomechanics», *PLoS ONE*, 22 de marzo, 2010, www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC2842428/.

Rasmussen, Morten, Martin Sikora, Anders Albrechtsen, Thorfinn Sand Korneliussen, J. Victor Moreno-Mayar, G. David Poznik, Christoph P. E. Zollikofer *et al.*, «The Ancestry and Affiliations of Kennewick Man», *Nature* 523, n.º 7561, 2015, pp. 455-458. doi: 10.1038/nature 14625.

Ravilous, Kate, «Viking Boat Burial—Ardnamurchan, Scotland», *Archaeology* 65, n.º 1 (enero-febrero), 2012, archive.archaeology.org/1201/features/topten_scotland.html.

Redford, Donald B., *Akhenaten: The Heretic King*, Princeton University Press, Princeton, 1987.

Redman, Charles, *The Rise of Civilization: From Early Farmers to Urban Civilization in the Ancient Near East*, W. H. Freeman, San Francisco, 1978.

Reeves, Nicholas, *The Complete Tutankhamun,* Thames and Hudson, Londres, 1990. [Hay trad. cast.: *Todo Tutankamon el rey. La tumba. El tesoro real,* Destino, Barcelona, 1999.]

—, «Tutankhamun's Mask Reconsidered», *Bulletin of the Egyptological Seminar* 19, 2014, pp. 511-527, www.academia.edu/7415055/Tutankhamuns_Mask_Reconsidered_in_press_corrected_proof_2015_.

—, «The Burial of Nefertiti? Addenda and Corrigenda», 2015a, www.academia.edu/15247276/The_Burial_of_Nefertiti_Addenda_and_Corrigenda_2015_.

—, *The Burial of Nefertiti?* Valley of the Kings Occasional Paper N.º 1, Amarna Royal Tombs Project, Tucson, AZ, 2015b, www.academia.edu/14406398/The_Burial_of_Nefertiti_2015_.

Reeves, Nicholas, y Richard H. Wilkinson, *The Complete Valley of the Kings: Tombs and Treasures of Ancient Egypt's Royal Burial Site*, Thames and Hudson, Londres, 1996. [Hay trad. cast.: *Todo sobre el Valle de los Reyes*, Destino, Barcelona, 1998.]

Reiche, Maria, *Mystery on the Desert: A Study of the Ancient Figures and Strange Delineated Surfaces Seen from the Air near Nazca, Peru*. Edición privada, 1949.

Reid, Donald, *Whose Pharaohs? Archaeology, Museums, and Egyptian National Identity from Napoleon to World War I*, University of California Press, Berkeley, 2002.

Reilly, Mary, «Brian Rose: Raider of the Lost Art(ifacts)», *University of Cincinnati News*, 22 de abril, 2004, www.uc.edu/News/NR.aspx?ID=1591.

Reinhard, Johan, *The Nazca Lines: A New Perspective on their Origin and Meaning*, Los Pinos, Lima, 1988.

—, *The Ice Maiden: Inca Mummies, Mountain Gods, and Sacred Sites in the Andes*, National Geographic Books, Washington D. C., 2005.

—, *Machu Picchu: Exploring an Ancient Sacred Center*, Cotsen Institute of Archaeology, Los Ángeles: UCLA, 2007.

Renfrew, Colin y Paul G. Bahn, *Archaeology: Theories, Methods, and Practice*, 6.ª ed., Thames and Hudson, Londres, 2012.

—, *Archaeology Essentials: Theories, Methods, and Practice*, 3.ª ed., Thames and Hudson, Londres, 2015.

Riley, Chloe, «Dueling Gold Mask(s) of Agamemnon Coming Soon to Field Museum», *Chicago Tonight*, 6 de noviembre, 2015, chicagotonight.wttw.com/2015/11/06/dueling-gold-masks-agamemnon-coming-soon-field-museum

Ritner, Robert K., y Nadine Moeller, «The Ahmose "Tempest Stela": Thera and Comparative Chronology», *Journal of Near Eastern Studies* 73, n.º 1, 2014, pp. 1-19.

Robins, Gay, *The Art of Ancient Egypt*, ed. rev., Harvard University Press, Cambridge, 2008.

Robinson, Andrew, *The Man Who Deciphered Linear B: The Story of Michael Ventris*, Thames and Hudson, Londres, 2002.

—, *Cracking the Egyptian Code: The Revolutionary Life of Jean-Francois Champollion*, Oxford University Press, Oxford, 2012.

Robinson, Julian y Jack Millner, «The FAKE Mummies: Ancient Egyptian Embalmers Wrapped Bandages Round Mud and Sticks Because of Shortage of Animals», *Daily Mail*, 11 de mayo, 2015, www.dailymail.co.uk/news/article-3076642/Scandal-Ancient-Egypt-animal-mummy-industry-s-revealed-EMPTY.html.

Roehrenbeck, Carol A., «Repatriation of Cultural Property—Who Owns the Past? An Introduction to Approaches and to Selected Statutory Instruments», *International Journal of Legal Information* 38, n.º 2, artículo 11, 2010, scho-

larship.law.cornell.edu/ijli/vol38/iss2/11.

Romano, Nick, «Strapped for Cash, Some Greeks Turn to Ancient Source of Wealth», *National Geographic News*, 17 de agosto, 2015, news.nationalgeographic.com/2015/08/150817-greece-looting-artifacts-financial-crisis-archaeology/.

Romey, Kristin, «Ancient Egyptian Artifacts Smuggled into U.S. Are Heading Home», *National Geographic News*, 22 de abril, 2015, news.nationalgeographic.com/2015/04/150422-ancient-egypt-artifact-repatriation-looting-archaeology-smuggling-antiquities-mummy/.

—, «Canadian Teen Who 'Discovered' Lost Maya City Speaks Out», *National Geographic News*, 2 de junio, 2016, news.nationalgeographic.com/2016/06/lost-maya-city-mexico-william-gadoury-satellite-discovery-archaeology/.

Rose, C. Brian, *The Archaeology of Greek and Roman Troy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2014.

Rose, Mark, «What Did Schliemann Find—and Where, When, and How Did He Find It?», *Archaeology* 46, n.º 6, 1993, pp. 33-36.

Rosen, Meghan, «The Iceman Tells a New Tale: Infection with UlcerCausing Bacteria», *ScienceNews*, 7 de enero, 2016, www.sciencenews.org/article/iceman-tells-new-tale-infection-ulcer-causing-bacteria.

Rothfield, Lawrence, *The Rape of Mesopotamia: Behind the Looting of the Iraq Museum*, University of Chicago Press, Chicago, 2008a.

—, ed., *Antiquities under Siege: Cultural Heritage Protection after the Iraq War*, AltaMira Press, Walnut Creek, 2008b.

Roux, George, *Ancient Iraq*, nueva ed., Penguin Books, Nueva York, 1992.

Rubalcaba, Jill y Eric H. Cline, *Digging for Troy* (*Young Adults*), Charlesbridge, Boston, 2011.

Rubin, Alissa J., «The Chauvet Cave's Hyperreal Wonders, Replicated», *New York Times*, 24 de abril, 2015, www.nytimes.com/2015/04/25/arts/design/the-chauvet-caves-hyperreal-wonders-replicated.html.

Ruble, Kayla, «Drone Footage Shows Extent of Damage from Greenpeace Stunt at Nazca Lines», *Vice News,* 17 de diciembre, 2014, news.vice.com/article/drone-footage-shows-extent-of-damage-from-greenpeace-stunt-at-nazca-lines.

Rush, Laurie, ed., *Archaeology, Cultural Property, and the Military*, reed. Boydell Press, Suffolk, 2012.

Russell, John M., *Sennacherib's Palace without Rival at Nineveh*, University of Chicago Press, Chicago, 1991.

Russon, Mary-Ann, «China: Ancient Tomb of First Emperor Qin Shi Huang's Grandmother Discovered in Xi'an», *International Business News*, 11 de septiembre, 2014, www.ibtimes.co.uk/china-ancient-tomb-first-emperor-qin-shi-huangs-grandmother-discovered-xi-1465022.

Ryan, William B., y Walter C. Pittman, *Noah's Flood: The New Scientific Discoveries about the Event That Changed History*, Simon and Schuster, Nueva York, 1998.

Said-Moorhouse, Lauren, «Space Archaeologist Unlocks Secrets of Ancient Civilizations», CNN, 20 de septiembre, 2013, www.cnn.com/2013/09/02/travel/space-archaeologist-unlocks-secrets/.

Saldarini, Anthony J., «Babatha's Story: Personal Archive Offers a Glimpse of Ancient Jewish Life», *Biblical Archaeology Review* 24, n.º 2, 1998, pp. 28-37, 72-74.

Samadelli, Marco, Marcello Melis, Matteo Miccoli, Eduard Egarter Vigl y Albert R. Zink, «Complete Mapping of the Tattoos of the 5300-Year-Old Tyrolean Iceman», *Journal of Cultural Heritage* 16, n.º 5, 2015, pp. 753-758.

Sample, Ian, «Richard III DNA Tests Uncover Evidence of Further Royal Scandal», *Guardian*, 25 de marzo, 2015, www.theguardian.com/uk-news/2015/mar/25/richard-iii-dna-tests-uncover-evidence-of-further-royal-scandal.

Saura Ramos, Pedro A., Matilde Múzquiz Pérez-Seoane y Antonio Beltrán Martínez, *The Cave of Altamira*, Harry Abrams, Nueva York, 1999.

Sayce, Archibald H., *The Hittites: The Story of a Forgotten Empire*, 2ª ed. Religious Tract Society, Londres, 1890.

Scallan, Marilyn, «Ancient Ink: Iceman Otzi Has World's Oldest Tattoos», *Smithsonian Science News*, 9 de diciembre, 2015, smithsoniansciencence.si.edu/2015/12/debate-over-worlds-oldest-tattoo-is-over-for-now/.

Schaar, Kenneth W., «Wilhelm Dörpfeld: Schliemann's Important Discovery». En *Archaeology and Heinrich Schliemann—A Century after His Death: Assessments and Prospects; Myth—History—Science,* editado por George S. Korres, Nektarios Karadimas y Georgia Flouda, 2012, pp. 328-332, www.academia.edu/3210347/Korres_G._Karadimas_N._and_Flouda_G._eds._2012._Archaeology_and_Heinrich_Schliemann_A_Century_after_his_Death._Assessments_and_Prospects._Myth_-_History_-_Science_Athens.

Schachermeyr, Fritz, *Poseidon und die Entstehung des griechischen Gotterglaubens*, Franck, Bonn, 1950.

Schliemann, Heinrich, *Troy and Its Remains: A Narrative of Researches and Discoveries Made on the Site of Ilium, and in the Trojan Plain,* Benjamin Blom, Nueva York, 1875.

—, *Mycenae*: *a Narrative of Researches and Discoveries at Mycenae and Tiryns*, Scribner, Armstrong, Nueva York, 1880.

—, *Ilios: The City and Country of the Trojans,* Benjamin Blom, Nueva York, 1881.

Schmitt, Axel K., Martin Danišik, Erkan Aydar, Erdal Şen, İnan Ulusoy y Oscar M. Lovera, «Identifying the Volcanic Eruption Depicted in a Neolithic Painting at Catalhoyuk, Central Anatolia, Turkey», *PLoS ONE*, 8 de enero, 2014, doi: 10.1371/journal.pone.0084711.

Schofield, John, William G. Johnson y Colleen M. Beck, eds., *Materiel Culture: The Archaeology of Twentieth Century Conflict*, Routledge, Londres, 2002.

Schofield, Louise, *The Mycenaeans*, J. Paul Getty Museum, Malibú, 2007.

Scott, Douglas, Lawrence Babits y Charles Haecker, eds., *Fields of Conflict: Battlefield Archaeology from the Roman Empire to the Korean War*, Praeger Security International, Westport, 2007.

Scott, Michael, *Delphi: A History of the Center of the Ancient World*, Princeton University Press, Princeton, 2014.

Seabrook, John, «The Invisible Library», *New Yorker*, 16 de noviembre, 2015, www.newyorker.com/magazine/2015/11/16/the-invisible-library?utm_content=bufferd6a5a&utm_medium=social&utm_source=facebook.com&utm_campaign=buffer.

Seales, William Brent, Clifford Seth Parker, Michael Segal, Emanuel Tov, Pnina Shor y Yosef Porath, «From Damage to Discovery via Virtual Unwrapping: Reading the Scroll from En-Gedi», *Science Advances* 2, n.º 9 (septiembre), 2016, e1601247; DOI: 10.1126/sciadv. 1601247

Shaer, Matthew, «The Controversial Afterlife of King Tut», *Smithsonian*, diciembre, 2014, www.smithsonianmag.com/history/controversial-afterlife-king-tut-180953400/.

—, «A Secret Tunnel Found in Mexico May Finally Solve the Mysteries of Teotihuacan», *Smithsonian*, junio, 2016, www.smithsonianmag.com/history/discovery-secret-tunnel-mexico-solve-mysteries-teotihuacan-180959070/?utm_source=twitter.com&no-ist.

Shanks, Hershel, «Ebla Update: New Ebla Epigrapher Attacks Conclusions of Ousted Ebla Scholar; Professor Archi Disagrees with Professor Pettinato's Biblical Connections», *Biblical Archaeology Review* 6, n.º 3 (mayo-junio), 1980, pp. 47-59.

—, *Understanding the Dead Sea Scrolls*, Vintage Press, Nueva York, 1992.

—, *The Mystery and Meaning of the Dead Sea Scrolls*, Biblical Archaeology Society, Washington D. C., 1998.

—, «Greeks vs. Hittites; Why Troy Is Troy and the Trojan War Is Real», *Archaeology Odyssey* 5, n.º 4, 2002, pp. 24-35, 53.

—, *Freeing the Dead Sea Scrolls: And Other Adventures of an Archaeology Outsider*, Bloomsbury Academic, Nueva York, 2010.

Shaw, Maria, «The "Priest-King" Fresco from Knossos: Man, Woman, Priest, King, or Someone Else?». En ΧΑΡΙΣ: *Essays in Honor of Sara A. Immerwahr*, editado por Anne P. Chapin, *Hesperia,* suplemento 33, American School of Classical Studies at Athens, Princeton, 2004, pp. 65-84.

Shear, T. Leslie Jr., «The Athenian Agora: Excavations of 1980-1982», *Hesperia* 53, n.º 1, 1984, pp. 1-57.

Sheftel, Phoebe A., «"Sending Out of Expeditions": The Contest for Delphi». En *Excavating Our Past: Perspectives on the History of the Archaeological Institute of America*, editado por Susan Heuck Allen, Archaeological Institute of America, Boston, 2002, pp. 105-113.

Sheldon, Natasha, «Human Remains in Pompeii: The Body Casts», 2014, decodedpast.com/human-remains-pompeii-body-casts/7532.

Shreeve, Jamie, «This Face Changes the Human Story. But How?» *National Geographic News*, 10 de septiembre, 2015, news.nationalgeographic.com/2015/09/150910-human-evolution-change/.

Silberman, Neil A., *Between Past and Present. Archaeology, Ideology and Nationalism in the Modern Middle East*, Henry Holt, Nueva York, 1989.

—, *A Prophet from Amongst You: The Life of Yaigael Yadin; Soldier, Scholar, and Mythmaker of Modern Israel*. Addison-Wesley, Reading, 1993.

Silberman, Neil A., Israel Finkelstein, David Ussishkin y Baruch Halpern, «Digging at Armageddon», *Archaeology* (noviembre-diciembre 1999), 1999, pp. 32-39.

Silverman, David P., *Ancient Egypt*, Oxford University Press, Oxford, UK, 2003. [Hay trad. cast.: *El Antiguo Egipto*, Blume, Barcelona, 2004.]

Simmons, Alan H., *The Neolithic Revolution in the Near East: Transforming the Human Landscape*, University of Arizona Press, Tucson, 2007.

Smith, Andrew M. II., *Roman Palmyra: Identity, Community, and State Formation*, Oxford University Press, Oxford, 2013.

Smith, Christopher, «Early and Archaic Rome». En *Ancient Rome: The Archaeology of the Eternal City*, editado por Jon Coulston y Hazel Dodge, Oxford University School of Archaeology. Monografía 54. Oxford University School of Archaeology, Oxford, 2000, pp. 16-41.

Smith, Michael, *The Aztecs*, 2.ª ed., Blackwell, Oxford, UK, 2003.

Smith, Roff, «Ancient Roman IOUs Found beneath Bloomberg's New London HQ», *National Geographic News*, 1 de junio, 2016, news.nationalgeographic.com/2016/05/ancient-rome-London-Londinum-Bloomberg-archaeology-Boudicca-archaeology/#close.

Smith-Spark, Laura, «Syria: ISIS Destroys Ancient Muslim Shrines in Palmyra», *CNN*, 24 de junio, 2015, www.cnn.com/2015/06/24/middleeast/syria-isis-palmyra-shrines/.

Solecki, Ralph S., «Shanidar Cave: A Paleolithic Site in Northern Iraq», *Annual Report of the Smithsonian Institution*, 1954, pp. 389-425.

—, *The First Flower People*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1971.

—, «Shanidar IV, a Neanderthal Flower Burial in Northern Iraq», *Science* 190, n.º 4217, 1975, pp. 880-881.

Solecki, Ralph S., Rose L. Solecki y Anagnostis P. Agelarakis, *The ProtoNeolithic Cemetery in Shanidar Cave*, Texas A&M University Press, College Station, 2004.

Sommer, Jeffrey D., «The Shanidar IV "Flower Burial": A Re-evaluation of Neanderthal Burial Ritual», *Cambridge Archaeological Journal* 9, n.º 1, 1999, pp. 127-129.

Soreide, Fredrik, *Ships from the Depths: Deepwater Archaeology*, Texas A&M Press, College Station, 2011.

Spencer, Frank, *Piltdown: A Scientific Forgery*, Oxford University Press, Oxford, 1990.

Spindler, Konrad, *The Man in the Ice: The Discovery of a 5,000-Year-Old Body Reveals the Secrets of the Stone Age*, Harmony Books, Nueva York, 1995.

Spivey, Nigel, *How Art Made the World: A Journey to the Origins of Human Creativity*, Basic Books, Nueva York, 2005.

Stanley Price, Nicholas, ed., *The Conservation of the Orpheus Mosaic at Paphos, Cyprus*, J. Paul Getty Conservation Institute, Los Ángeles, 1991.

Starn, Orin, *Ishi's Brain*, W. W. Norton, Nueva York, 2004.

Steinbuch, Yaron, «King Tut's Dagger Came from Outer Space», *New York Post*, 2 de junio, 2016, nypost.com/2016/06/02/king-tuts-dagger-came-from-outer-space/.

Stephens, John Lloyd, *Incidents of Travel in Central America, Chiapas, and Yucatan* (2 vols.). Editado con una introducción y notas de Richard L. Predmore, Rutgers University Press, New Brunswick, 9. [Hay trad. cast: *Incidentes de viaje en Centroamérica, Chiapas y Yucatán*, Biblioteca Virtual M. de Cervantes, Alicante, 2012.]

—, *Incidents of Travel in Yucatan* (2 vols.). Editado con una introducción de Victor Wolfgang von Hagen, University of Oklahoma Press, Norman, 1962. [Hay trad. cast: *Viaje a Yucatán*, Valdemar, Madrid, 2002.]

—, *Incidents of Travel in Egypt, Arabia Petraea, and the Holy Land*. Editado con una introducción de Victor Wolfgang von Hagen, University of Oklahoma Press, Norman, 1970.

Stern, Benjamin, Carl Heron, Tory Tellefsen y Margaret Serpico, «New Investigations into the Uluburun Resin Cargo», *Journal of Archaeological Science* 35, n.º 8 (agosto), 2008, pp. 2188-2203. www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0305440308000320.

Stewart, Doug, «Resurrecting Pompeii», *Smithsonian*, febrero, 2006, www.smithsonianmag.com/history/resurrecting-pompeii-109163501/?no-ist.

Stiebing, William H., *Ancient Astronauts, Cosmic Collisions*, Prometheus Books, Amherst, 1984.

—, *Ancient Near Eastern History and Culture*, 2.ª ed., Pearson Longman, Nueva York, 2009.

Stirling, Matthew W., «Discovering the New World's Oldest Dated Work of Man», *National Geographic* 76 (agosto), 1939, pp. 183-218.

—, «Great Stone Faces of the Mexican Jungle», *National Geographic* 78 (septiembre), 1940, pp. 309-334.

—, «Expedition Unearths Buried Masterpieces of Carved Jade», *National Geographic* 80 (septiembre), 1941, pp. 278-302.

—, «On the Trail of La Venta Man», *National Geographic* 91 (febrero), 1947, pp. 137-172.

Stoneman, Richard, *Palmyra and Its Empire: Zenobia's Revolt against Rome*, University of Michigan Press, Ann Arbor, 1992.

Strauss, Barry, *The Trojan War: A New History*, Simon and Schuster, Nueva York, 2006. [Hay trad. cast.: *La guerra de Troya*, Edhasa, Barcelona, 2008.]

Strauss, Mark, «Desperately Seeking Queen Nefertiti», *National Geographic News*, 14 de agosto, 2015, news.nationalgeographic.com/2015/08/150814-nefertiti-tomb-tutankhamun-tut-archaeology-egypt-dna/.

Stromberg, Joseph, «Why Did the Mayan Civilization Collapse? A New Study Points to Deforestation and Climatic Change», *Smithsonian*, 23 de agosto, 2012, www.smithsonianmag.com/science-nature/why-did-the-mayan-civilization-collapse-a-new-study-points-to-deforestation-and-climate-change-30863026/?no-ist.

Stuart, David, *The Order of Days: The Maya World and the Truth about 2012*, Harmony Books, Nueva York, 2011.

Stuart, David y George E. Stuart, *Palenque: Eternal City of the Maya*, Thames and Hudson, Londres, 2008.

Stuart, George E., y Gene S. Stuart, *The Mysterious Maya*, National Geographic Books, Washington D. C., 1977.

—, *Lost Kingdoms of the Maya*, National Geographic Books, Washington D. C., 1993.

Sullivan, Gail, «In Mexican City Teotihuacan, 2,000-Year-Old Tunnel Holds Ancient Mysteries», *Washington Post*, 30 de octubre, 2014, www.washingtonpost.com/news/morning-mix/wp/2014/10/30/in-mexican-city-teotihuacan-2000-year-old-tunnel-holds-ancient-mysteries/.

Swaddling, Judith, *The Ancient Olympic Games*, 2.ª ed., University of Texas Press, Austin, 1999.

Taylor, Jane, *Petra and the Lost Kingdom of the Nabataeans*, Harvard University Press, Cambridge, 2002.

Taylor, Kate, «Shipwreck Show Postponed», *New York Times*, 28 de junio, 2011, artsbeat.blogs.nytimes.com/2011/06/28/shipwreck-show-postponed/?_r=0.

Taylor, R. E., y Martin J. Aitken, eds., *Chronometric Dating in Archaeology*, Springer, Londres, 1997.

Tepper, Yotam, «Lajjun—Legio in Israel: Results of a Survey in and around the Military Camp Area». En *Limes XVIII: Proceedings of the XVIIIth International Congress of Roman Frontier Studies, Amman,* septiembre 2000, editado por Philip Freeman, Julian Bennett, Zbigniew T. Fiema y Birgitta Hoffmann, British Archaeological Reports S1084. British Archaeological Reports, Oxford, 2002, pp. 231-242.

—, «Survey of the Legio Area near Megiddo: Historical and Geographical Research» (tesina de grado, Tel Aviv University [hebreo]), 2003b.

—, «Survey of the Legio Region», *Hadashot Arkheologiyot-Excavations and Surveys in Israel* 115, 2003a, pp. 29*-31*.

—, «The Roman Legionary Camp at Legio, Israel: Results of an Archaeological Survey and Observations on the Roman Military Presence at the Site». En *The Late Roman Army in the Near East from Diocletian to the Arab Conquest*: *Proceedings of a Colloquium Held at Potenza, Acerenza, and Matera, Italy* (mayo), editado por Ariel S. Lewin y Pietrina Pellegrini. BAR International Series 1717. ArchaeoPress, Oxford, 2007, pp. 57-71.

Thomas, Carol G., y Craig Conant, *The Trojan War*, Greenwood Press, Westport, 2005.

Thomas, David Hurst, *Skull Wars: Kennewick Man, Archaeology, and the Battle for Native American Identity*, Basic Books, Nueva York, 2001.

Thompson, Homer A., *The Athenian Agora: A Short Guide*, American School of Classical Studies at Athens, Meridien, 1983.

Thompson, Homer A., y Richard E. Wycherley, *The Agora of Athens: The History, Shape, and Uses of an Ancient City Center*, vol. 14, *The Athenian Agora*, American School of Classical Studies at Athens, Princeton, 1972.

Thompson, Jason, *Wonderful Things: A History of Egyptology,* vol. 1, *From Antiquity to 1881*, American University in Cairo Press, El Cairo, 2015.

Thurman, Judith, «First Impressions: What Does the World's Oldest Art Say about Us?», *New Yorker*, 23 de junio, 2008, pp. 58-67, www.newyorker.com/magazine/2008/06/23/first-impressions.

Traill, David A., «Schliemann's "Discovery" of Priam's Treasure», *Antiquity* 57, 1983, pp. 181-186.

—, «Schliemann's Discovery of Priam's Treasure: A Re-examination of the Evidence», *Journal of Hellenic Studies* 104, 1984, pp. 96-115.

—, «Schliemann's "Dream of Troy": The Making of a Legend», *Classical Journal* 81, 1985, pp. 13-24.

—, *Excavating Schliemann*, Illinois Classical Studies Supplement, Scholars Press, Nueva York, 1993.

—, *Schliemann of Troy: Treasure and Deceit*, St. Martin's Griffin, Nueva York, 1995.

—, «Priam's Treasure: The 4,000-Year-Old Hoard of Trojan Gold», *Archaeology Odyssey* 2, n.º 3, 1999, pp. 14-27, 59.

—, «"Priam's Treasure": Clearly a Composite», *Anatolian Studies* 50, 2000, pp. 17-35.

Trigger, Bruce G., «Alternative Archaeologies: Nationalist, Colonialist, Imperialist», *Man*, n.s. 19, n.º 3, 1984, pp. 355-370.

Trinkaus, Erik, *The Shanidar Neandertals*, Academic Press, Nueva York, 1983.

Trumpler, Charlotte, ed., *Agatha Christie and Archaeology*, British Museum Press, Londres, 2001.

Turner, Lauren, «Palmyra's Arch of Triumph Recreated in London», *BBC News*, 19 de abril, 2016, www.bbc.com/news/uk-36070721.

Tyldesley, Joyce A., *Hatchepsut: The Female Pharaoh*, Penguin Books, Nueva York, 1998.

—, *Nefertiti: Egypt's Sun Queen*, Penguin Books, Nueva York, 2005.

Urbanus, Jason, «The Charred Scrolls of Herculaneum», *Archaeology*, 6 de abril, 2015, www.archaeology.org/issues/175-1505/trenches/3166-trenches-italy-herculaneum-papyri-scanned.

Ussishkin, David, «Defensive Judean Counter-Ramp Found at Lachish in 1983 Season», *Biblical Archaeology Review* 10, n.º 2, 1984, pp. 66-73.

—, «Lachish: Key to the Israelite Conquest of Canaan?», *Biblical Archaeology Review* 13, n.º 1, 1987, pp. 18-39.

—, «Reconstructing the Great Gate at Lachish», *Biblical Archaeology Review* 14, n.º 2, 1988, pp. 42-47.

—, *Biblical Lachish: A Tale of Construction, Destruction, Excavation and Restoration*, Biblical Archaeology Society, Washington, DC, 2014.

Vance, Erik, «Losing Maya Heritage to Looters», *National Geographic News*, 10 de agosto, 2015, news.nationalgeographic.com/news/2014/08/140808-maya-guatemala-looter-antiquities-archaeology-science/.

Vanderkam, John, y Peter Flint, *The Meaning of the Dead Sea Scrolls: Their Significance for Understanding the Bible, Judaism, Jesus, and Christianity*, HarperCollins, Nueva York, 2002.

Van Gilder Cooke, Sonia, «Lead Ink from Scrolls May Unlock Library Destroyed by Vesuvius», *New Scientist*, 21 de marzo, 2016, www.newscientist.com/article/2081832-lead-ink-from-scrolls-may-unlock-library-destroyed-by-vesuvius?utm_content=buffer72dcc&utm_medium=social&utm_source=facebook.com&utm_campaign=buffer

Vergano, Dan, «Cold War Spy-Satellite Images Unveil Lost Cities», *National Geographic News*, 25 de abril, 2014, news.nationalgeographic.com/news/2014/04/140425-corona-spy-satellite-archaeology-science/.

Vermes, Geza, *The Complete Dead Sea Scrolls in English*, Penguin, Nueva York, 1998.

Vicker, Ray, «Untitled Brief Paragraph on Ebla and Pettinato», *Wall Street Journal*, 18 de junio, 1979, p. 1.

Vivian, R. Gwinn, y Bruce Hilpert, *Chaco Handbook: An Encyclopedia Guide* (*Chaco Canyon*), 2.ª ed., University of Utah Press, Provo, 2012.

Vogelkoff-Brogan, Natalia, «The American Dream to Excavate Delphi; or, How the Oracle Vexed the Americans (1879-1891)», *From the Archivist's Notebook*, 2 de octubre, 2014, nataliavogeikoff.com/2014/10/02/the-american-dream-to-excavate-delphi-or-how-the-oracle-vexed-the-americans-1879-1891/.

Von Däniken, Erich, *Chariots of the Gods?* Berkley Books, Nueva York, 1968.

Von Hagen, Victor Wolfgang, *Maya Explorer: John Lloyd Stephens and the Lost Cities of Central America and Yucatan*, Chronicle Books, San Francisco, 1947.

Wade, Nicholas, «A Host of Mummies, a Forest of Secrets», *New York Times*, 15 de marzo, 2010a, www.nytimes.com/2010/03/16/science/16archeo.html?pagewanted=all&_r=0.

—, «Grave of "Griffin Warrior" at Pylos Could Be a Gateway to Civilizations», *New York Times*, 26 de octubre, 2015a, www.nytimes.com/2015/10/27/science/a-warriors-grave-at-pylos-greece-could-be-a-gateway-to-civilizations.html?_r=0.

—, «Unlocking Scrolls Preserved in Eruption of Vesuvius, Using X-Ray Beams», *New York Times*, 20 de enero, 2015b, www.nytimes.com/2015/01/21/science/more-progress-made-toward-learning-contents-of-herculaneum-scrolls.html?_r=0.

—, «In Greek Warrior's Grave, Rings of Power (and a Mirror and Combs)», *New York Times*, 3 de octubre, 2016, www.nytimes.com/2016/10/04/science/greece-archaeology-pylos-griffin-warrior.html.

Walker, Sally M., *Secrets of a Civil War Submarine: Solving the Mysteries of the H.L.* Hunley, Carolrhoda Books, Mineápolis, 2005.

Walsh, John E., *Unraveling Piltdown: The Science Fraud of the Century and Its Solution*, Random House, Nueva York, 1996.

Walton, Marc S., Andrew Shortland, Susanna Kirk y Patrick Degryse, «Evidence for the Trade of Mesopotamian and Egyptian Glass to Mycenaean Greece», *Journal of Archaeological Science* 36, n.º 7 (julio), 2009, pp. 1496-1503, www.sciencedirect.com/science/article/pii/S0305440309000934.

Warburton, David, ed., *Time's Up! Dating the Minoan Eruption of Santorini: Acts of the Minoan Eruption Chronology Workshop, Sandbjerg, November 2007*, Arhus University Press, Arhus, 2009.

Watson, Peter, y Cecilia Todeschini, *The Medici Conspiracy: The Illicit Journey of Looted Antiquities — From Italy's Tomb Raiders to the World's Greatest Museums,* PublicAffairs, Nueva York, 2006.

Waxman, Sharon, *Loot: The Battle over the Stolen Treasures of the Ancient World*, Times Books, Nueva York, 2009.

Weber, Katherine, «Archaeological Discovery: 2,000-Y-O Military Barracks Found in Rome during Subway Line Dig», *Christian Post*, 2 junio, 2016, www.christianpost.com/news/archaeologists-rome-discover-2000-year-old-military-barracks-subway-line-dig-164732/.

Webster, Ben, «Flood Maps Reveal Lost Roman Roads», *The Times*, 24 de diciembre, 2015, www.thetimes.co.uk/tto/news/uk/article4653857.ece.

Weisman, Alan, *The World without Us*, St. Martin's Press, Nueva York, 2007. [Hay trad, cast.: *El mundo sin nosotros*, Debate, Barcelona, 2007.]

Weiss, Harvey, «Quantifying Collapse: The Late Third Millennium BC». En *Seven Generations since the Fall of Akkad*, editado por Harvey Weiss, Harrassowitz, Wiesbaden, 2012, pp. 1-24.

Welch, Katherine E., *The Roman Amphitheatre: From its Origins to the Colosseum*, Cambridge University Press, Cambridge, 2007.

Whiston, William, *Josephus: The New Complete Works*. Traducción de William Whiston, Kregel Academic and Professional, Nueva York, 1999.

White, Gregory G., y Thomas F. King, *The Archaeological Survey Manual*, Left Coast Press, Walnut Creek, 2007.

White Crawford, Sidney, *The Temple Scroll and Related Texts*, Sheffield Academic Press, Sheffield, 2000.

Wilford, John Noble, «Have They Discovered Ancient Walls of Troy?», *Times-News*, 23 de febrero, 1993a, news.google.com/newspapers?id=6JVPAAAAIBAJ&sjid=kyQEAAAAIBAJ&pg=5139,5636818&dq=troy+korfmann&hl=en.

—, «Outer "Wall" of Troy Now Appears to Be a Ditch», *New York Times*, 28 de septiembre, 1993b, www.nytimes.com/1993/09/28/science/outer-wall-of-troy-now-appears-to-be-a-ditch.html.

—, «A Peruvian Woman of A.D. 450 Seems to Have Had Two Careers», *New York Times*, 17 de mayo, 2006, www.nytimes.com/2006/05/17/world/americas/17mummy.html?ex=1148011200&en=08cced452dd20f1b&ei=5087%0A&_r=0.

—, «Mapping Ancient Civilization, in a Matter of Days», *New York Times*, 10 de mayo, 2010, www.nytimes.com/2010/05/11/science/11maya.html?pagewanted=all&_r=0.

—, «Wine Cellar, Well Aged, Is Revealed in Israel», *New York Times*, 22 de noviembre, 2013, www.nytimes.com/2013/11/23/science/in-ruins-of-palace-a-wine-with-hints-of-cinnamon-and-top-notes-of-antiquity.html?_r=2.

—, «Homo Naledi, New Species in Human Lineage, Is Found in South African Cave», *New York Times*, 10 de septiembre, 2015, www.nytimes.com/2015/09/11/science/south-africa-fossils-new-species-human-ancestor-homo-naledi.html?_r=1.

Wilkinson, Toby, *The Rise and Fall of Ancient Egypt*, Random House, Nueva York, 2013. [Hay trad. cast.: *Auge y caída del antiguo Egipto*, Debate, Barcelona, 2015.]

Willey, Gordon R., y Phillip Phillips, *Method and Theory in American Archaeology*, University of Chicago Press, Chicago, 1958.

Williams, Gareth, *Treasures from Sutton Hoo*, British Museum Press, Londres, 2011.

Williams, Paige, «Digging for Glory», *New Yorker*, 27 de junio, 2016, pp. 46-57. www.newyorker.com/magazine/2016/06/27/lee-berger-digs-for-bones-and-glory.

Wise, Michael O., *A Critical Study of the Temple Scroll from Quran Cave 11*, University of Chicago Press, Chicago, 1990.

Wolters, Al, *The Copper Scroll: Overview, Text, and Translation*, Sheffield Academic Press, Sheffield, 1996.

Wong, Kate, «30 Years after Televised Spat, Rival Anthropologists Agree to Bury the Hand-Ax», *Scientific American*, 5 de mayo, 2011, blogs.scientificamerican.com/observations/30-years-after-televised-spat-rival-anthropologists-agree-to-bury-the-hand-ax/.

Wood, Michael, *In Search of the Trojan War*, 2.ª ed., University of California Press, Berkeley, 1996. [Hay trad. cast.: *En busca de la guerra de Troya*, Crítica, Barcelona, 2013.]

Woollaston, Victoria, «Revealed—What's inside the Pompeii Mummies», *Daily Mail*, 29 de septiembre, 2015, www.dailymail.co.uk/sciencetech/article-3253660/Peering-inside-Pompeii-s-tragic-victims-Incredible-CT-scans-reveal-bodies-unprecedented-laying-bare-bones-delicate-facial-features-dental-cavities.html.

Yadin, Yigael, *Masada: Herod's Fortress and the Zealots' Last Stand*, Nueva York, Random House, 1966. [Hay trad. cast.: *Masada: la Fortaleza de Herodes y el último bastión de los zelotes*, Destino, Barcelona, 1966.]

—, *Bar-Kokhba*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1971.

—, *The Temple Scroll: The Hidden Law of the Dead Sea Sect*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1985.

Yalouris, Athanasia y Nicolaos Yalouris, *Olympia: The Museum and the Sanctuary*, Ekdotike Athenon, Atenas, 1987.

Yan, Hongau, Jingjing An, Tie Zhou, Yin Xia y Bo Rong, «Identification of Proteinaceous Binding Media for the Polychrome Terracotta Army of Emperor Qin Shihuang by MALDI-TOF-MS», *Chinese Science Bulletin* 59, n.º 21 (julio), 2014, pp. 2574-2581.

Yasur-Landau, Assaf, Eric H. Cline y George A. Pierce, 2008. «Middle Bronze Age Settlement Patterns in the Western Galilee, Israel», *Journal of Field Archaeology* 33, n.º 1, 2008, pp. 59-83.

Zeilinga de Boer, Jelle y John R. Hale, «Was She Really Stoned? The Oracle of Delphi», *Archaeology Odyssey* 5, n.º 6 (noviembre-diciembre), 2002, pp. 46-53, 58, www.biblicalarchaeology.org/daily/ancient-cultures/daily-life-and-practice/the-oracle-of-delphi—was-she-really-stoned/.

Zettler, Richard L., y Lee Horne, eds., *Treasures from the Royal Tombs of Ur*, University of Pennsylvania Museum of Archaeology and Anthropology, Filadelfia, 1988.

Zimmer, Carl, «Eske Willerslev Is Rewriting History with DNA», *International New York Times*, 16 de mayo, 2016, www.nytimes.com/2016/05/17/science/eske-willerslev-ancient-dna-scientist.html?smprod=nytcore-ipad&smid=nytcore-ipad-share.

Notas

Prefacio. Una pata de mono fosilizada

1. *Cuando tenía solo siete años* Braymer 1960.

2. *descubrimientos de ciudades perdidas en la selva* Ceram 1951, 1967; Stephens 1962; véase también Ceram 1958, 1966.

3. *la mayor y más antigua de las bodegas de vino* Assaf Yasur-Landau de la Universidad de Haifa y yo somos codirectores de la excavación; Andrew Koh de la Universidad de Brandeis es el director adjunto.

4. *apareció en todos los periódicos* Véanse Jaggard 2014; Lemonick 2014b; Levitan 2013; McIntyre 2014; Naik 2013; Netburn 2013; Wilford 2013. La publicación exacta de nuestros hallazgos (Koh, Yasur-Landau y Cline 2014) se encuentra en la revista *PLos ONE*, disponible en internet: journals.plos.org/plosone/article?id=10.1371/journal.pone.0106406.

5. *En un solo día a comienzos de junio de 2016* Boletines que aparecieron el 2 de junio de 2016: Hatem 2016; Moye 2016; Rabinovitch 2016; Romey 2016; Smith 2016; Steinbuch 2016; Weber 2016; también www.archaeology.org/news/4507-160602-archaeologists-return-to-the-judean-desert; www.inquisitr.com/3161047/new-archaeologydiscovery-2000-year-old-roman-military-barracks-will-be-viewed-by-subway-riders-video/; www.archaeology.org/news/4503-160601-london-writing-tablet; www.washingtonian.com/2016/06/02/things-to-do-in-dc-this-weekend-june-2-5/. El verdadero título del análisis académico publicado de la daga de Tutankhamón fue un poco menos espectacular: «El origen meteorítico de la hoja de la daga de Tutankhamón»; véase Comelli, D'Orazio, Folco, El-Halwagy, Frizzi, Alberti, Capogrosso *et al.* 2016.

6. *al cabo de una semana* Dunston 2016.

7. *advertía al público general* Cline 2007b.

8. *grandes obras maestras de la arquitectura* Ya lo dije antes en Cline 2015: pp. 620-621; véase también Killgrove 2015b. Para interesantes debates que desmienten esta pseudoarqueología, véanse Fagan 2006; Feder 2010, 2013; Stiebing 1984.

9. *desde Grecia hasta Perú* Curry 2015; Dubrow 2014; Mueller 2016; Romano 2015; Romey 2015; Vance 2015.

10. *la magnitud de esta oleada de destrucción* Lange 2008.

11. *el director de la Unesco* Neuendorf 2015.

12. *pérdida de patrimonio* Binkovitz 2013; Blumenthal y Mashberg 2015.

13. *civilizaciones y yacimientos antiguos perdidos* Obviamente, otros autores y arqueólogos han debatido ya con anterioridad acerca de estos mismos temas y yacimientos; en mi opinión, los distintos libros escritos o editados por Brian Fagan y Paul Bahn se cuentan entre los más útiles y accesibles. Los volúmenes más relevantes son Bahn 1995,

1996a, b, c, 1999, 2000, 2001, 2003, 2007, 2008, 2009, 2014; Bahn y Cunliffe 2000; Bahn y Renfrew 1996; Catling y Bahn 2010; Fagan 1994, 1996, 2001, 2003, 2004a, b, 2007a b, 2014; Fagan y Durrani 2014, 2016; Renfrew y Bahn 2012, 2015; véanse también Hunt 2007; Pollard 2007.

Prólogo. «Cosas maravillosas»: el rey Tutankhamón y su tumba

1. *Veo cosas maravillosas* Carter y Mace 1977: pp. 95-96. Véanse también Carter 2010; Pollard 2007: pp. 134-141; Snape en Bahn 1995: pp. 32-35.

2. *otros diecisiete años* Shaer 2014; www.nbcnews.com/science/science-news/tut-tut-new-view-king-tutankhamun-sparks-debate-n239166.

3. *la picadura de un mosquito* Sobre Hatshepsut, véanse Cooney 2015; Tyldesley 1998. Sobre Tutmosis III, véanse Cline y O'Connor 2006; Gabriel 2009. Sobre Akhenatón, véanse Aldred 1991; Redford 1987. Sobre Nefertiti, véase Tyldesley 2005. Véase también Dodson 2009 y 2014 sobre los períodos inmediatamente precedentes y subsiguientes a Tutankhamón.

4. *fueran los padres de Tutankhamón* Reeves 1990: pp. 44-46. Muchos de los detalles acerca de la tumba y de su contenido que se presentan más abajo se basan en el excelente libro de Reeves. Véanse también Allen 2006; Reeves y Wilkinson 1996: pp. 122-127. El estudio más reciente de los dos hombres y de sus descubrimientos es el de Fagan 2015.

5. *accidente automovilístico* Según los diarios de Carter, www.griffith.ox.ac.uk/gri/4sea1not.html.

6. *el primer escalón* Según los diarios de Carter, www.griffith.ox.ac.uk/gri/4sea1not.html.

7. *contenido del telegrama* Véase la entrada del diario de Carter en www.griffith.ox.ac.uk/gri/4sea1not.html; también Reeves 1990: pp. 44-46; Reeves y Wilkinson 1996: pp. 122-127.

8. *la antecámara Ibid.* Véase también el diario de Carter en www.griffith.ox.ac.uk/gri/4sea1not.html.

9. *pedernal oscuro y sílex* Carter y Mace 1977: pp. 95-96. Véase también Carter 2010.

10. *¿Puede ver algo?* Véanse los diarios de Carter, www.griffith.ox.ac.uk/gri/4sea1not.html.

11. *carros brillantes por el oro* Véanse los diarios de Carter, www.griffith.ox.ac.uk/gri/4sea1not.html.

12. *cierra su descripción* Reeves y Wilkinson 1996: pp. 122-127.

13. *los restos de una bufanda anudada* www.griffith.ox.ac.uk/gri/4sea1no2.html.

14. *Puerta de entrada abierta* www.nytimes.com/learning/general/onthisday/big/0216.html#article.

15. *con la máscara funeraria de oro* www.griffith.ox.ac.uk/discoveringTut/journals-and-diaries/season-4/journal.html.

16. *Hoy es un gran día* www.griffith.ox.ac.uk/discoveringTut/journals-and-diaries/season-4/journal.html.

17. *tomografía axial computarizada (TAC) sobre la momia* Hawass 2005: pp. 263-272; press.nationalgeographic.com/2005/03/07/tutankhamun-ct-scan-results-issued-march-7-2005-by-the-egyptian-supreme-council-of-antiquities/; news.bbc.co.uk/2/hi/science/nature/4328903.stm.

18. *cayera del carro* King y Cooper 2006.

19. *rasgos faciales del rey* Handwerk 2005.

20. *varios desórdenes genéticos* Shaer 2014; www.nbcnews.com/science/science-news/tut-tut-new-view-king-tutankhamun-sparks-debate-n239166.

21. *últimos estudios genéticos* Hawass 2010: pp. 34-59; véase también Hawass *et al.* 2010: pp. 638-647.

22. *incluso en una tumba* Véase Keys 2015; Martin 2015; Reeves 2014.

23. *una réplica* Reeves 2015b: 1; véase www.highres.factum-arte.org/Tutankhamun/.

24. *humedad del aliento* Del Giudice 2014; Neild 2014.

25. *el cuerpo de Nefertiti* Reeves 2015a, b.

26. *Una segunda serie de escaneos* Véanse Borger 2016; Ghose 2015; Hessler 2015, 2016a, b; Jarus 2016; Strauss 2015; también www.archaeology.org/news/4269-160317-tutankhamun-tomb-scan.

1. Polvo al polvo en la Italia antigua

1. *demasiado frágil como para desenrollarlos* Wade 2015b.

2. *parte de lo escrito en ellos* Mocella *et al.* 2015.

3. *esta también tenga una base de carbono* Wade 2015b.

4. *pequeñas cantidades de plomo* Van Gilder Cooke 2016; véase también popular-archaeology.com/issue/winter-2015-2016/article/metallic-ink-used-in-the-herculaneums-crolls.

5. *Historia de Roma de Tito Livio* Jaggard 2015; Seabrook 2015; Urbanus 2015; Wade 2015b. Técnicas similares se utilizan hoy en día en rollos carbonizados hallados en otros lugares, como Elefantina en Egipto y En Gedi en Israel. Véanse Estrin 2016; Gannon 2016; Seales, Parker, Segal, Tov, Shor y Porath 2016.

6. *Fragmentos de mármol antiguo* Bahn 1995: pp. 122-125; Bahn 1996b: pp. 154-159; Fagan y Durrani 2014: p. 27; Pollard 2007: pp. 16-21.

7. *artefactos procedentes de Herculano y Pompeya* Véanse las entradas de Winckelmann en Fagan 2003: pp. 22-25 y Fagan 2014: pp. 42-45. Véase también Fagan y Durrani 2014: pp. 10-14 para una buena exposición y definiciones de los tipos de arqueología, incluyendo la prehistórica, la clásica, la bíblica, la subacuática, la forense, la histórica e industrial, así como de la egiptología, asiriología y bioarqueología.

8. *aún más perdieron la vida en Herculano* Hay infinidad de libros sobre Pompeya y Herculano. Los mejores son: Beard 2010; Berry 2007; Cooley y Cooley 2013; Ellis 2011; Grant 1980, 2005.

9. *habrían quedado aplastados* Traducción disponible en www.gutenberg.org/files/2811/2811-h/2811-h.htm.

10. *la técnica de la cera perdida* El método de la cera perdida consiste en crear una estatua de cera, recubrirla de un material duro y resistente y calentarla hasta que la cera se derrita y salga por un orificio practicado en la base. De este modo queda una cavidad con la forma exacta que tenía la cera en el interior del material resistente, en el que se vierte el bronce derretido creando así una figura de metal con la misma forma que tenía el original de cera.

11. *panes* Stewart 2006.

12. *la denominada Señora de la Resina* Clinton 2013; Glover 2013; Griffiths 2015b; Sheldon 2014.

13. *personas de todas las edades* Povoledo 2015; Woollaston 2015.

14. *en Filipinas* volcanoes.usgs.gov/hazards/lahar/ruiz.php; pubs.usgs.gov/of/2001/ofr-01-0276/.

15. *puertas, camas y una cuna* www.herculaneum.ox.ac.uk/files/newsletters/harchissue1.pdf.

16. *petrificados en posturas agónicas* Mastrolorenzo *et al.* 2001.

17. *un viñedo entero* Jashemski 1979, 2014.

18. *los de un estrato inferior* Véanse, por ejemplo, Gates 2011: pp. 356-367; MacKendrick 1960: pp. 196-223.

19. *en las calles laterales* Fuller 2014.

20. *una pierna de jirafa Ibid.*

21. *sin haber tenido ellos que abandonar el terreno* Véanse classics.uc.edu/pompeii/index.php/news/1-latest/142-ipads2010.html, www.macworld.com/article/1154717/ipad_archeology_pompeii.html, y www.macstories.net/ipad/apple-profiles-researchers-using-ipads-in-pompeii/.

22. *culto religioso* Gates 2011: pp. 365-367; véase también www.stoa.org/diotimak/essays/seafood.shtml.

23. *de hace dos mil años* Los siguientes ejemplos proceden de Lewis y Reinhold 1990: pp. 236-238, 276-278.

24. *lava la ropa* Kumar 2013.

2. Búsqueda y exhumación de Troya

1. *estar a punto* Así lo describe Schliemann en su libro *Troy and Its Remains* (Schliemann 1875); citado por Traill 1995: p. 111. Ya escribí sobre este tema con anterioridad, en Cline 2013: pp. 76-80.

2. *en ninguna otra parte del mundo* Schliemann 1881: pp. 453-454, con ilustraciones y más explicaciones en las páginas siguientes. Véase también la lista de artículos en Traill 1995: pp. 111-112, con citas procedentes de los cuadernos originales, cartas y otros documentos importantes; y Cline 2013: pp. 76-80.

3. *repetido hasta la saciedad* Ceram 1967: pp. 41-45; véase también Mee en Bahn 1995: pp. 98-99; Pollard 2007: pp. 78-83.

4. *ciclo épico* Existen muchas traducciones de la *Ilíada*; véase, por ejemplo, Fagles 1991. [En lengua castellana véase Crespo 1991.] Para una traducción del ciclo épico, véase Evelyn-White 1914. La historia se recopila brevemente también en Cline 2013.

5. *parte de una catástrofe mayor* Véanse las explicaciones en Cline 2013, 2014.

6. *avanzado de su carrera* Schliemann 1881: p. 3. Véase, por ejemplo, Traill 1985, 1995: pp. 4-5; también Cline 2013: pp. 72-73.

7. *la localización de la antigua Troya* Allen 1999.

8. *ningún arqueólogo respetable* Véanse los importantes artículos sobre el descubrimiento del tesoro por parte de Schliemann en Traill 1993, entre otros análisis, incluido Traill 1983 y 1984, pero sobre todo Fitton 2012. Véase también Cline 2013: pp. 76-80; Rose 1993.

9. *en un mismo sitio* Véanse los importantes artículos sobre el descubrimiento del tesoro por parte de Schliemann en Traill 1983, 1984, 1993; también consideraciones en Easton 1981, 1984a, b, 1994 y 1995, así como Traill 1999, 2000.

10. *lo reclamaron como recompensa* Véanse los argumentos de Meyer, Rose y Hoffman en *Archaeology* 46/6 (1993); también Easton 1995; Goldmann, Agar y Urice 1999; Meyer 1995; y Traill 1995: pp. 300-301.

11. *los antiguos hititas* Sayce 1890. Véanse también algunas argumentaciones previas en Cline 2013: pp. 30-33, 2014: pp. 33-35.

12. *orientalista checo Bedřich Hrozný* Hrozný 1917.

13. *en particular con egipcios y asirios* Sobre los hititas véanse sobre todo las reseñas de Bryce 2002, 2005, 2012; Collins 2007. Véase también Ceram 1955.

14. *época más probable para la guerra de Troya* Véase la argumentación completa en Cline 2013: pp. 54-68.

15. *inmortalizada por Homero* Wilford 1993a.

16. *no todo el mundo conviene en lo mismo* Cline 2013: p. 98; Jablonka 1994; Korfmann 2004: p. 38; Latacz 2004: pp. 22-37; Wilford 1993b. Nótese que parte del material de este capítulo es similar al que ya publiqué anteriormente en Cline 2013 y 2014. Hay también decenas, si no centenares, de volúmenes disponibles sobre Troya y la guerra de Troya; entre los mejores se cuentan Bryce 2006; Latacz 2004; Strauss 2006; Thomas y Conant 2005; Wood 1996; y para jóvenes, Rubalcaba y Cline 2011.

17. *al final de la Edad del Bronce* Becker y Jansen 1994: pp. 105-114; Bryce 2006: p. 62; Bryce 2010: p. 478; Easton *et al.* 2002: p. 82; Korfmann 2004: p. 38; Korfmann 2007: p. 24; Latacz 2004: pp. 22-24, 73; Shanks 2002: p. 29.

18. *desde el interior de las murallas de la ciudad* Cline 2013: pp. 99-100; Korfmann 2004.

19. *en los años cincuenta del siglo XX* Easton 2010; Schachermeyer 1950.

20. *un enorme busto de mármol de Augusto* Kunnen-Jones 2002; Reilly 2004; Rose 2014: pp. 226, 249-250.

3. De Egipto a la eternidad

1. *por aficionados entusiastas* Los últimos artículos sobre semejantes afirmaciones o creencias incluyen Kaufman 2016; Killgrove 2015a.

2. *a menudo dudosas* Las siguientes publicaciones proporcionarán también una información clara y exacta sobre la arqueología del antiguo Egipto, con detalles adicionales acerca de los temas presentados en este capítulo: Bard 2008; Kemp 2005; Lehneer y Wilkinson 1997; Robins 2008; Silverman 2003; Wilkinson 2013.

3. *Giovanni Battista Belzoni* Fagan 2004b: pp. 65-128. Sobre la historia de la egiptología hasta 1881, véase Thompson 2015.

4. *uno de los primeros egiptólogos* Fagan 2004b: pp. 98-104. Véase la entrada sobre Belzoni de Garry J. Shaw en Fagan 2014: pp. 46-50; también Pollard 2007: pp. 40-43.

5. *los cimientos de la egiptología moderna* Fagan 2004b: pp. 177-181; Reid 2002: pp. 44-46; Thompson 2015: pp. 198-207; véase también la entrada sobre Lepsius de Garry J. Shaw en Fagan 2014: pp. 51-55.

6. *Museo Egipcio en El Cairo* Fagan 2004b: pp. 181-191; Thompson 2015: pp. 223-282; véase también la entrada sobre Mariette de Garry J. Shaw en Fagan 2014: pp. 56-61.

7. *la llegada de Lepsius y Mariette* Fagan 2004b: pp. 47-56; Reid 2002: pp. 31-36; Thompson 2015: pp. 97-103.

8. *después del hallazgo de la inscripción* Fagan 2004b: pp.157-170; Reid 2002: pp. 40-44; Robinson 2012; véase también Pollard 2007: pp. 44-47; Snape en Bahn 1995: pp. 40-41.

9. *pudieran manejarse en la lectura y la escritura* Bard 2008: pp. 25-33.

10. *faraones de la Dinastía IV* Sobre fechas y cronología egipcia, véase Bard 2008: pp. 36-55.

11. *sequías y hambrunas* Véase, por ejemplo, Weiss 2012.

12. *del mundo de la Edad del Bronce* Cline 2014.

13. *sea precisamente el pollo* Sobre la momificación y los detalles concretos que se exponen en los párrafos siguientes, véase, por ejemplo, Andrews 1984; Hamilton-Paterson y Andrews 1978.

14. *para retirar la masa encefálica* Jarus 2012.

15. *hasta que la momia fue desenrollada* Andrews 1984: p. 29.

16. *problemas dentales* Véanse Carrington 2014; Griffiths 2015a; Hawass y Saleem 2015; también www.historyextra.com/feature/secret-lives-ancient-egyptians-revealed-ct-scans-mummies.

17. *placa calcificada* Griffiths 2015a.

18. *muy poco de sus restos* Anyangwe 2015; Morelle 2015; Robinson y Millner 2015.

19. *antiguos alienígenas* Sobre las pirámides y detalles específicos que se exponen en los párrafos siguientes, véase en especial Lehner y Wilkinson 1997.

20. *levantada por etapas o a peldaños* Stiebing 2009: pp. 136-137.

21. *ya no puede verse* Brier y Houdin 2009.

22. *Estación Espacial Internacional* Véase www.universetoday.com/93398/can-you-see-the-pyramids-from-space/.

23. *donde aparece su nombre* Véase www.pbs.org/wgbh/nova/ancient/who-built-the-pyramids.html.

24. *cuatro turnos anuales* Véase también www.pbs.org/wgbh/nova/ancient/who-built-the-pyramids.html, donde Lehner menciona tres turnos en lugar de cuatro.

25. *trato correcto* Véase Lehner y Wilkinson 1997.

26. *de los alrededores de las pirámides* Para más información, véase Lehner y Wilkinson 1997 y otros, entre ellos Bard 2008: pp. 137-140.

27. *egitólogos modernos* Bard 2008: pp. 141-142.

28. *datos térmicos* Véase Lorenzi 2016a, b.

29. *la Gran Pirámide* Véanse Hatem 2016; Lorenzi 2016c. Sobre los esfuerzos de los físicos de la Universidad de Texas en la pirámide maya de Belice, véase la página oficial de Maya Muon Research Group dirigido por el profesor Roy Schwitters: www.hep.utexas.edu/mayamuon/.

30. *programas especiales de televisión* Véase el folleto resumen del 67.º Congreso Anual (2016) en www.arce.org/files/user/page157/ARCE_2016_Abstract_Booklet.pdf.

4. Misterios en Mesopotamia

1. *El mejor marido* Véase *Time*, «Books: Dame Agatha: Queen of the Maze», 26 de enero, 1976. En este artículo se le atribuye el haber pronunciado esto con ocasión de su vigésimo quinto aniversario de boda. Disponible en internet para suscriptores de *Time* en content.time.com/time/subscriber/article/0,33009,913961-2,00.html. Para el libro que acompañó a la exposición del Museo Británico, véase Trümpler 2001.

2. *lady Katharine* Christie 2011; véase también bjrichards.blogspot.com/2013/01/more-deadly-than-male-life-of-katharine_4954.html. También escribió sobre la vida de ambos en la excavación, para responder a las preguntas que le plantearon algunos amigos a su regreso; véase Mallowan 2012. Véase también Trümpler 2001.

3. *Ur de los caldeos* Lloyd 1980b: pp. 43-56; Moorey 1982. Véase también Larsen 1996; Roux 1992.

4. *un porcentaje ínfimo de las tumbas* Zettler y Horne 1998: pp. 14-19, 21-23.

5. *foso exterior* Zettler y Horne 1998: pp. 22-25; véanse también Edens en Bahn 1995: pp. 142-143; Edens en Bahn 1996c: pp. 68-71; Pollard 2007: pp. 128-133.

6. *parte de aquellas personas* Zettler y Horne 1998: pp. 22-25; véanse también Edens en Bahn 1996c: pp. 68-71; Pollard 2007: pp. 128-133.

7. *el Museo Británico y el Louvre* Véase Lloyd 1980a para un buen resumen general, así como Fagan 2007b y Larsen 1996 para argumentaciones más detalladas y fácilmente accesibles de los primeros arqueólogos en Mesopotamia, con las que están en deuda las páginas siguientes; véase también www.britishmuseum.org/explore/highlights/highlightobjects/me/c/colossal_winged_bull.aspx; y www.britishmuseum.org/explore/highlights/highlight_objects/me/c/colossal_statue_of_winged_lion.aspx.

8. *desciframiento de la escritura cuneiforme* Bahn 2008: p. 26; Fagan 2003: pp. 55-57; Fagan 2007b: pp. 79-93; Larsen 1996: pp. 79-87, 178-188, 215-227, 293-305, 333-337; Lloyd 1980a: pp. 14, 75-78; y la entrada sobre Rawlinson de Andrew Robinson en Fagan 2014: pp. 183-185.

9. *el propio Rawlinson* Fagan 2003: pp. 55-57; Fagan 2007b: pp. 90-92; Lloyd 1980a: pp. 14, 75-78.

10. *veinte años más* Véase Bahn 2008: p. 26; Fagan 2003: pp. 55-57; Fagan 2007b: pp. 79-93; Larsen 1996: pp. 79-87, 178-188, 215-227, 293-305, 333-337; Lloyd 1980a: pp. 14, 75-78; y la entrada sobre Rawlinson de Andrew Robinson en Fagan 2014: pp. 183-185.

11. *en Francia* Lloyd 1980a: pp. 94-98; Lloyd 1980b: p. 35. Véase también Edens en Bahn 1995: pp. 150-151; Fagan 2007b: pp. 97-107; Larsen 1996: pp. 3-33.

12. *Dur Sharrukin Ibid.*

13. *otras ciudades antiguas* Fagan 2003: pp. 45-46, 51-54; Fagan 2007b: pp. 109-115; Larsen 1996: pp. 34-69; Lloyd 1980a: pp. 15-16, 87-94; Oates y Oates 2001: pp. 2-6; y la entrada sobre Layard de Joan Oates en Fagan 2014: pp. 68-71; véase también Edens en Bahn 1995: pp. 150-151; Pollard 2007: pp. 48-53.

14. *entre los pertrechos* Fagan 2007: pp. 109-123. Véase también Larsen 1996: pp. 70-78, 88-98, 115-124.

15. *inscripciones infinitas* Citado en Lloyd 1980a: p. 101.

16. *un total de treinta asalariados* Fagan 2007b: pp. 115-123; Larsen 1996: pp. 88-124; Lloyd 1980a: pp. 101-103.

17. *en el Museo de Mosul* El-Ghobashy 2015.

18. *en lugar de Nínive* Fagan 2007b: pp. 131, 134-136; Layard 1849; Oates y Oates 2001: p. 6.

19. *trescientos trabajadores* Fagan 2007b: pp. 136-144; Larsen 1996: pp. 196-235, 255-274.

20. *había trasladado la capital asiria* Fagan 2007b: pp. 136-144; Larsen 1996: pp. 196-235, 255-274; Lloyd 1980a: pp. 125-129; Russell 1991: p. 1.

21. *Galilea escondida* Byron 1815, www.poetryfoundation.org/poem/173083.

22. *en los relieves de Senaquerib* Ussishkin 1984, 1987, 1988. Véase también Ussishkin 2014.

23. *en modo alguno* Bleibtreu 1990, 1991.

24. *toros alados y esfinges de león de tamaño colosal* Citado en Lloyd 1980b: p. 33; también en Fagan 2014: p. 71 y Lloyd 1980a: p. 125.

25. *parámetros actuales* Fagan 2007b: p. xi.

26. *doscientos obreros* Fagan 2007b: pp. 106-107; Larsen 1996: p. 32; Lloyd 1980b: p. 36; Parrot 1995: pp. 40-41.

27. *a Inglaterra* Fagan 2007b: pp. 123-131; Larsen 1996: pp. 125-132.

28. *no llegó a Francia* Fagan 2007b: pp. 183-185; Larsen 1996: pp. 344-349; Lloyd 1980a: pp. 98, 130-131, 134, 140; Lloyd 1980b: pp. 32-33, 36; Parrot 1955: p. 42.

29. *los peores desastres* Lloyd 1980b: pp. 32-33, 36.

30. *por el hallazgo* Fagan 2007b: pp. 173-183; Larsen 1996: pp. 315-332; Lloyd 1980a: pp. 138-139.

31. *el Museo Británico* Fagan 2007b: p. 181; Lloyd 1980a: p. 126.

32. *de todas partes del imperio* Lloyd 1980a: pp. 98, 135-139; Lloyd 1980b: p. 31.

33. *la Epopeya de Gilgamesh* En 2003 George publicó una buena traducción de la *Epopeya de Gilgamesh*.

34. *la pieza perdida* Lloyd 1980a: pp. 146-147; Oates y Oates 2001: pp. 8-9; Russell 1991: p. 4.

35. *empezar a traducirla* Finkel 2014a, b; Moss 2014.

36. *todo lo demás* Véase Kramer 1988; Roux 1992.

37. *en beneficio propio* Para una visión general y recopilación de la bibliografía más relevante, véase Moro-Abadía 2006: pp. 4-17. Veáse también en especial Gosden 2001, 2004; Meskell 1998; Silberman 1989; y Trigger 1984.

38. *fueron recuperados* Véase Hussein 2016; Luhnow 2003; Oates en Fagan 2007a: pp. 66-69. Véase también news.nationalgeographic.com/news/2003/06/photogalleries/nimrud/photo3.html.

5. Exploración las junglas de la América Central

1. *oculta por la maleza* Véase Chase *et al.* 2010, 2011, 2012, 2014.

2. *puntos de datos* Fagan y Durrani 2014: pp. 136.

3. *o incluso años* Véase Wilford 2010; también www.archaeology.org/news/2443-140818-mexico-yucatan-maya-cities-rediscovered(cita); news.nationalgeographic.com/news/2010/05/photogalleries/100520-ancient-maya-city-belize-science-pictures/.

4. *yacimiento maya de Palenque* Stephens 1949, 2: pp. 245-246. Véase también la argumentación en Stuart y Stuart 2008: pp. 35-63.

5. *las ruinas de Paestum* Stephens 1949, 2: p. 247.

6. *hasta entonces desconocidos* Stephens 1949, 1962.

7. *arqueología del Nuevo Mundo* Véase la introducción de Koch 2013: pp. 1-8. Véanse también las introducciones escritas por Victor Wolfgang von Hagen y publicadas en las reediciones de los volúmenes de Stephens por la University of Oklahoma Press (1962; 1970), así como Glassman 2003; Koch 2013; y von Hagen 1947. Véase también la reciente publicación de Carlsen 2016.

8. *descubriera al rey Tutankhamón* Koch 2013: p. 1.

9. *Europa y Oriente Medio* Véase la entrada sobre Stephens y Catherwood de Michael D. Coe en Fagan 2014: pp. 63-67; también Pollard 2007: pp. 54-57.

10. *fama y fortuna* Reeditado como Stephens 1970.

11. *letales* Véase también Carlsen 2016: pp. 158-159, 257-261, 325-326 para comentarios y descripciones de estas distintas enfermedades.

12. *ancestros no muy lejanos* Stephens 1949, 2: pp. 368-374; cita sacada de 2: pp. 373-374. Véase también Carlsen 2016: pp. x-xi, 231-233, 284-288, 358-362 sobre los comentarios de Stephens en favor de la construcción por parte de los habitantes locales de allí y de otros yacimientos mayas; también la breve argumentación de Koch 2013: pp. 98-99, sobre los primeros exploradores de Copán.

13. *¿Quién los leerá?* Stephens 1949, 1: pp. 123-125.

14. *se descubrirá* Stepens 1949, 2: p. 386. Citado también en Koch 2013: p. 6.

15. *enconados rivales* Coe 2012.

16. *se hayan conservado tan pocos* Véase la entrada sobre estos tres investigadores —Thompson, Proskouriakoff y Knorosov— de Michael D. Coe en Fagan 2014: pp. 191-195; también Stone en Bahn 1995: pp. 218-219.

17. *casi cuarenta años* Véase www.unc.edu/news/archives/jan07/maya010907.htm; Stuart y Stuart 1977; Stuart y Stuart 1993.

18. *las dos becas, la McArthur y la Guggenheim* Véase www.macfound.org/fellows/214/. Véase también Coe 2012 y el documental de título similar, *Breaking the Maya Code*, del que hay fragmentos disponibles en YouTube, así como la entrada sobre escritura maya de David Stuart en Fagan 2007a: pp. 242-243; también Stone en Bahn 1995: pp. 218-219. Nótese también la bibliografía sobre Stuart en Houston, Mazariegos y Stuart 2001.

19. *ciclo de tiempo* Lyon-House 2012; Stuart 2011.

20. *el punto culminante* Fash 2001; Koch 2013: p. 129; Stuart 2011: pp. 275-278 y Apéndice 5; whc.unesco.org/en/list/129.

21. *bastante más tiempo* Carlsen 2016: pp. 122-124; Koch 2013: pp. 123-125; Stephens 1949, 1: pp. 98-99.

22. *habitó la ciudad* Stephens 1949, 1: pp. 110-111.

23. *«jeroglíficos Teotihuacán»* Coe 2005: p. 115; Fash 2001: pp. 129, 139-150; y Carlsen pp. 57-65 (para una descripción y presentación más amplia de su estancia total en Copán).

24. *ejecutados* Véase www.socialstudiesforkids.com/articles/worldhistory/mayanballgame.htm. Para un estudio erudito reciente, véase Blomster 2012: pp. 8020-8025.

25. *mediados de la década de 1930* Hammond 1982: pp. 46-48; Koch 2013: p. 130; véase también la entrada sobre Alfred Maudslay de Norman Hammond en Fagan 2014: pp. 78-82.

26. *el primer proyecto arqueológico importante* Koch 2013: p. 154; Stephens 1949, 2: pp. 163-166.

27. *Patrimonio de la Humanidad por la Unesco* whc.unesco.org/en/list/64; www.tikalnationalpark.org; Bahn 2009: pp. 136-137; Coe 2005: pp. 122-125; Stuart y Stuart 1977: p. 52. Véase también Harrison 1999.

28. *de agua potable* Coe 2005: pp. 124-125; www.tikalnationalpark.org; www.mayantraveler.com/tikal-elmirador-flores-copan.php; www.utexas.edu/cofa/art/347/maya_tikal.html; mesoweb.com/encyc/index.asp?passcall=rightframeexact&rightframeexact=http%3A//mesoweb.com/encyc/view.asp%3Fact%3Dviewexact%26view%3Dnormal%26word%3DI%26wordAND%3DJasaw+Chan+Kawiil.

29. *pobladores de la Atlántida* Koch 2013: pp. 82-84, 91-95; Stuart y Stuart 2008: pp. 35-63.

30. *los indígenas mayas* Véase Carlsen 2016: pp. x-xi, 231-233, 284-288, 358-362 (sobre los argumentos de Stephens contra la influencia de atlantes, egipcios, fenicios y demás).

31. *como al cabo sucedería* Carlsen 2016: pp. 245-260; Koch 2013: pp. 162-170; Stephens 1949, 2: pp. 288-290.

32. *mientras el señor Catherwood dibujaba* Stephens 1949, 2: p. 288; Stone en Bahn 1995: pp. 216-217.

33. *justo treinta años después* Koch 2013: pp. 167-168; también Cortez en Bahn 1996c: pp. 126-129; Fagan y Durrani 2014: p. 333; Stone en Bahn 1995: pp. 216-217.

34. *Alberto Ruz Lhuillier* Stuart y Stuart 2008: pp. 6-7; también Cortez en Bahn 1996c: pp. 126-129; Fagan y Durrani 2014: p. 333; Stone en Bahn 1995: pp. 216-217.

35. *difunto en su descenso al inframundo* Esto se ha representado en un episodio del programa televisivo *Ancient Aliens*, que debate sobre si esta escena muestra a Pacal pilotando una nave espacial; véase episodio 1 de la temporada 4 (2012).

36. *objetos del mismo material* Stone en Bahn 1995: pp. 216-217; Stuart y Stuart 2008: pp. 11-12, 92-98.

37. *Palenque fue declarada* whc.unesco.org/en/list/411.

38. *nuevos edificios y enterramientos* Stuart y Stuart 2008: pp. 12, 22, 74-105, 182-184.

39. *su esposa* Stuart en Fagan 2007a: pp. 94-97.

40. *dos tomos* Koch 2013: pp. 178-181; Stephens 1949, vols. 1-2.

41. *la península de Yucatán* Carlsen 2016: pp. 331-339; Koch 2013: pp. 188-244; Stephens 1962, vols. 1-2.

42. *colectivo procedente* Coe 2005: pp. 188-189, con referencias.

43. *a las mayas* Bahn 2009: pp. 144-145; Coe 2005: pp. 179-190; Koch 2013: pp. 225-230.

44. *casi un siglo después* Bahn 2009: pp. 144-145; whc.unesco.org/en/list/483.

45. *pozo oscuro* Stephens 1962: capítulos 16 y 17 (también disponible en internet en www.gutenberg.org/files/33130/33130-h/33130h.htm#div1_17).

46. *fabricación tolteca posterior* Coe 2005: pp. 188-189, con referencias.

47. *exceso de población y la deforestación* Coe 2005: p.161; véase también (en algunos casos con muchas reservas) Ghose 2014; Mott 2012; Moyer 2014; Stromberg 2012; popular-archaeology.com/issue/summer-2015/article/classic-ancient-maya-collapse-not-caused-by-overpopulation-and-deforestation-say-researchers; science.nasa.gov/science-news/science-at-nasa/2009/06oct_maya/.

El arte de excavar 1: ¿Cómo se sabe dónde excavar?

1. *un emplazamiento ya conocido* Para argumentaciones concisas de gran parte del material que concierne a este interludio, véase Fagan y Durrani 2014: pp. 120-149 (capítulo 8). Lo que sigue será también de interés para quienes buscan información más allá de lo que se presenta en este capítulo: Banning 2002; Collins y Molyneaux 2003; Conyers 2013; Howard 2007; Leach 1992; White y King 2007.

2. *presencia de artefactos* Fagan y Durrani 2014: p. 92.

3. *a estos los denominamos estructuras* Véase Fagan y Durrani 2014: p. 87 para más información sobre estos artefactos y estructuras, así como para definiciones de construcciones y ecofactos.

4. *que tuve ocasión de explorar en persona* La sección siguiente sobre prospecciones e inspecciones se basa en la argumentación que figura en Fagan y Durrani 2014: pp. 126-136, y está en deuda con ella.

5. *bajo el suelo* Fagan y Durrani 2014: pp. 126-129, 144-145, 157.

6. *búsqueda de yacimientos arqueológicos* Casana 2015; Vergano 2014; véase también www.nro.gov/history/csnr/corona/; www.nro.gov/history/csnr/corona/factsheet.html.

7. *solo se podía apreciar en la fotografía* Bradford 1957.

8. *sin dañarlas* Fagan y Durrani 2014; p. 145; Lerici 1959, 1962. El equipo de Lerici, compuesto además en los últimos años por arqueólogos de la Universidad de Pensilvania, se sirvió también de versiones tempranas de magnetómetros de protones así como de medidores de resistividad electrónica, que serán comentados más adelante en este libro, para detectar más tumbas.

9. *se distinguen sin dificultad* Fagan y Durrani 2014: p. 135, fig. 8.10.

10. *como ella misma afirma* Blumenthal y Mashberg 2015; Cronin 2011; Parcak 2009; Said-Moorhouse 2013. Para un clip de la aparición de Sarah Parcak en *The Late Show* con Stephen Colbert el 8 de enero de 2016, véase youtu.be/vK2t27FNJmU.

11. *el yacimiento salió a la luz* Maugh 1992.

12. *las fotos aéreas iluminen* Fagan y Durrani 2014: pp. 133-134.

13. *en ese punto Ibid.*

14. *el campamento* Tepper 2002, 2003a, b, 2007.

15. *efectivamente aquel era el campamento* Adams, David y Tepper 2014; Ben Zion 2015b; Pincus, DeSmet, Tepper y Adams 2013. Véase también mfa.gov.il/MFA/IsraelExperience/History/Pages/Roman-legion-camp-uncovered-at-Megiddo-9-Jul-2015.aspx.

16. *el siglo pasado* Dunston 2016.

17. *vías romanas en Inglaterra* Fagan y Durrani 2014: p. 136. Sobre LiDAR y las vías romanas en Inglaterra, véase Calderwood 2016; Nagesh 2016; Webster 2015. Sobre Jezreel, véase www.biblicalarchaeology.org/daily/archaeology-today/biblical-archaeology-topics/jezreel-expedition-sheds-new-light-on-ahab-and-jezebel's-city/.

18. *futuras investigaciones* McNeil 2015.

19. *se están interpretando correctamente* Fagan y Durrani 2014: pp. 141-142.

20. *de la superficie actual* Cline y Yasur-Landau 2006.

21. *dispositivo de detección remota* Fagan y Durrani 2014.

22. *desde los objetos enterrados Ibid.*

23. *un círculo completo* Véase Dvorsky 2014a.

24. *que hasta entonces habían pasado desapercibidos* Fagan y Durrani 2014: pp. 130-131; Keys 2014. Véase también Dvorsky 2014b.

25. *pudieron localizarse* Keys 2014; Dvorsky 2014b; Moss 2015. Para más información véase www.usatoday.com/story/news/nation-now/2015/09/07/superhenge-discovery-at-stonehenge/71846436/; www.bbc.com/news/uk-england-wiltshire-34156673?ocid=socialflow_twitter%3FSThisFB%3FSThisFB.

26. *jamás llegó a terminarse* Keys 2016; Knapton 2016.

27. *especialmente prometedora* Fagan y Durrani 2014: p. 126.

28. *exploración de cobertura total* Fagan y Durrani 2014: pp. 125-126.

29. *investigaciones por muestreo* Fagan y Durrani 2014: pp. 129-130.

30. *hace casi cuatro mil años* Yasur-Landau, Cline y Pierce 2008.

6. El descubrimiento de nuestros primeros antepasados

1. *Rising Star* Shreeve 2015; véase también McKenzie 2016; Wilford 2015; y Williams 2016. Para la publicación científica original, véase Berger *et al.* 2015.

2. *nuestros ancestros inmediatos* Nótese que *hominino* es el vocablo utilizado hoy en día en sustitución del término anterior, *homínido*, para designar al «grupo formado por los humanos modernos, las especies humanas extintas y todos nuestros ancestros inmediatos (incluidos los miembros de los géneros *Homo, Australopithecus, Paranthropus y Ardipithecus*)». Véase también australianmuseum.net.au/hominid-and-hominin-whats-the-difference#sthash.bYSSx6yE.dpuf; también www.smithsonianmag.com/science-nature/whats-in-a-name-hominid-versus-hominin-216054/?no-ist.

3. *astronautas subterráneas* McKenzie 2016; Shreeve 2015; Wilford 2015; Williams 2016.

4. *era de internet* Véase Lents 2016; McKie 2015; Pyne 2016; Williams 2016. Para un anterior anuncio por parte de Berger de otro descubrimiento de fósiles de los primeros homininos en una cueva cerca de Johannesburgo en Sudáfrica, véase Berger *et al.* 2010, Wilford 2015, Williams 2016 y www.sciencemag.org/site/extra/sediba/. Estos fósiles en particular se excavaron en agosto de 2008, después de que el hijo de nueve años de Ber-

ger encontrase los dos primeros por casualidad. En 2010 fueron oficialmente bautizados con el nombre de *Australopithecus sediba.* Berger les ha adjudicado una antigüedad de unos 1,78-1,95 millones de años.

5. *la tercera generación* www.nationalgeographic.com/explorers/bios/leakeys/. Hay muchos libros que hablan de los Leakey o escritos por ellos mismos. Véase, por ejemplo, Bowman-Kruh 2005; Cole 1975; M. D. Leakey 1979, 1986; R. E. Leakey 1984: Morell 1996.

6. *uno de los primeros humanos* Pearson 2003; www.nationalgeographic.com/explorers/bios/leakeys/.

7. *suegro* www.nationalgeographic.com/explorers/bios/leakeys/; www.leakey.com/bios/meave-leakey.

8. *el público general* Véase Leakey y Lewin 1979.

9. *un antepasado directo de los humanos modernos* Thackery en Bahn 1996c: pp. 18-19; Wong 2011; www.leakey.com/bios/richard-leakey.

10. *Garganta de Olduvai, en Tanzania*, Cole 1975.

11. *gran parte del cráneo* Fagan 2003: pp. 148-152; véase también la entrada sobre los Leakey de Brian Fagan en Fagan 2014: pp. 215-219. En Fagan 1994: pp. 57-78, puede encontrarse una versión ampliada de la historia.

12. *vinculados a herramientas de piedra* Bahn 2008: pp, 76-78; Fagan 2003: pp. 148-152; Fagan 2014: pp. 215-219. Véase también www.leakey.com/bios/louis-seymour-bazett-leakey; www.leakey.com/bios/mary-leakey; www.pbs.org/wgbh/aso/databank/entries/do59le.html.

13. *lanzarse estiércol de elefante* www.leakey.com/bios/mary-leakey; humanorigins.si.edu/evidence/behavior/footprints/laetoli-footprint-trails; www.getty.edu/conservation/publications_resources/newsletters/10_1/laetoli.html; www.pbs.org/wgbh/evolution/educators/course/session5/engage_a.html.

14. *superaba el metro y medio de altura* Thackeray en Bahn 1005: pp. 18-19.

15. *en la ciudad de Nueva York* Fagan y Durrani 2014: p. 42; Raichlen *et al.* 2010; Thackeray en Bahn 1995: pp. 18-19.

16. *hoy en día a un zapato* humanorigins.si.edu/evidence/behavior/footprints/footprints-koobi-fora-kenya.

17. *uno de los fraudes más famosos* McKie 2012; Millar 1972; Spencer 1990; Walsh 1996.

18. *era una falsificación* «Science: End as a Man», *Time,* 30 de noviembre, 1953; disponible en internet en content.time.com/time/subscriber/article/0,33009,823171,00.html.

19. *del mismo esqueleto* iho.asu.edu/about/lucys-story. Véase también Johanson y Edey 1981; Johanson y Wong 2010; Pollard 2007: pp. 192-197; Thackeray en Bahn 1995: pp 17-18; Thackeray en Bahn 1996c: pp. 14-17.

20. *del esqueleto* iho.asu.edu/about/lucys-story. Véase también Johanson y Edey 1981; Johanson y Wong 2010; Pollard 2007: pp. 192-197; Thackeray en Bahn 1995: pp. 17-18; Thackeray en Bahn 1996c: pp. 14-17.

21. *nombre que aún conserva hoy en día* Véase iho.asu.edu/about/lucys-story; Johanson y Edey 1981.

22. *declaró* whc.unesco.org/en/list/1393.

23. *Cátedra Disney de Arqueología* Véase la entrada sobre Garrod de William Davies en Fagan 2014: pp. 202-205; también Bar-Yosef y Callander 2006: pp. 380-424; Davies y Charles 1999; Fagan 2003: pp. 136-139.

24. *el-Wad se habitó* Bahn 2008: pp. 44-45; y véase la entrada sobre Garrod de William Davies en Fagan 2014: pp. 202-205.

25. *una frente muy pequeña* www.timesofisrael.com/finding-man-israels-prehistoric-caves/.

26. *hombre anatómicamente moderno* Bahn 2008: pp. 44-45.

27. *coexistieron durante un tiempo* Choi 2014; Lemonick 2014a.

28. *un acontecimiento crucial* Bahn 2009: pp. 38-39; Bar-Yosef, Vandermeersch, Arensburg, Belfer-Cohen, Goldberg, Laville y Meignen 1992: pp. 497-550.

29. *Solecki y su equipo* Edwards 2010; Solecki 1954, 1971, 1975; Solecki, Solecki, y Agelarakis 2004; Trinkaus 1983.

30. *publicaciones previas* Edwards 2010; Solecki 1954, 1971, 1975; Sommer 1999; Trinkaus 1983.

31. *y, por último, Altamira* Para una buena visión de conjunto de las pinturas de todas las cuevas, véase Curtis 2006.

32. *la datación de las pinturas* Bahn 1995: pp. 58-59; Fagan y Durrani 2014: p. 32; Pollard 2007: pp. 74-77; Spivey 2005: pp. 17-20. Véase también Saura Ramos, Pérez-Seoane y Martínez 1999.

33. *la entrada a la cueva* Véase, además de las referencias en la nota anterior, también whc.unesco.org/en/list/310; www.visual-arts-cork.com/prehistoric/altamira-cave-paintings.htm.

34. *quizá otros animales* www.visual-arts-cork.com/prehistoric/altamira-cave-paintings.htm.

35. *visitaron Altamira* whc.unesco.org/en/list/310.

36. *37 minutos* Altares 2015a, b; Rubin 2015. Véase también www.bradshawfoundation.com/news/cave_art_paintings.php?id=The-Spanish-Cave-of-Altamira-opens-with-politics.

37. *tesoro, pero de obras de arte* Cosgrove 2014. Véase también Bahn 1995: pp. 60-61; Bahn 2009: pp. 84-85; Bataille 1955.

38. *1.500 grabados* whc.unesco.org/en/list/85.

39. *hoy en día se fecha* Bahn 1995: pp. 60-61; Bahn 2009: pp. 84-85; Hammer 2015; Thurman 2008. Véase también whc.unesco.org/en/list/85; www.bradshawfoundation.com/lascaux/index.php.

40. *docenas de diferentes grabados* Bahn 1995: pp. 60-61; Bahn 2009: pp. 84-85. Véase también www.bradshawfoundation.com/lascaux/index.php.

41. *el público pudiera visitarla* Cosgrove 2014; Hammer 2015; Rubin 2015. Véase también www.bradshawfoundation.com/chauvet/chauvet_cave_paintings.php.

42. *una película en 3-D* Dargis 2011; www.bradshawfoundation.com/chauvet/chauvet_cave_paintings.php; www.bradshawfoundation.com/chauvet/chauvet_cave_UNESCO_world_heritage_site.php; whc.unesco.org/en/list/1426; www.metmuseum.org/toah/hd/chav/hd_chav.htm.

43. *un volcán en erupción* Callaway 2016; Chauvet, Deschamps y Hillaire 1996: pp. 35-70; Clottes 2003; Fagan y Durrani 2014: p. 16; Lichfield 2016; Nomade *et al.* 2016.

44. *un estudio ha cuestionado* Hammer 2015; Morelle y Denman 2015. Véase también www.metmuseum.org/toah/hd/chav/hd_chav.htm; www.newworldencyclopedia.org/entry/Chauvet_Cave.

45. *descubierta en 1994* Daley 2016; Netburn 2016; Quiles *et al.* 2016.

46. *una pequeña abertura* Thurman 2008; www.newworldencyclopedia.org/entry/Chauvet_Cave.

47. *pintores rupestres del Paleolítico* Dargis 2011; Thurman 2008. Véase también www.newworldencyclopedia.org/entry/Chauvet_Cave.

48. *agachamos sobre los talones* Hammer 2015; basado en Chauvet, Deschamps y Hillaire 1996: p. 41.

49. *uno de los grandes descubrimientos* Hammer 2015; véase también www.newworldencyclopedia.org/entry/Chauvet_Cave.

50. *con métodos modernos* Hammer 2015; Thurman 2008; www.bradshawfoundation.com/chauvet/chauvet_cave_paintings.php.

51. *varias secciones* Véase www.donsmaps.com/images9/chauvetmap.gif para un mapa útil y detallado dibujado por Don Hitchcock siguiendo el original publicado en Clottes 2003. Los siguientes párrafos siguen este mapa.

52. *llamó al resto* Dargis 2011; Rubin 2015.

53. *alce irlandés* www.prehistoric-wildlife.com/species/m/megaloceros.html.

54. *erupciones volcánicas* Callaway 2016; Lichfield 2016; Nomade *et al.* 2016.

55. *en movimiento y dotados de vida* Thurman 2008.

56. *con resina* Hammer 2015; Morelle y Denman 2015; Rubin 2015.

57. *visitas anuales* Minder 2014.

58. *al mismo tiempo* Williams 2016 utiliza esta misma analogía, la del árbol genealógico convertido en arbusto, en un artículo que apareció en *The New Yorker* mientras se terminaba el borrador final de su manuscrito, y escribió: «A medida que fueron apareciendo más fósiles y que el perfeccionamiento de las técnicas de investigación permitieron realizar comparaciones más sutiles, el árbol se convirtió en un arbusto con muchas ramas, que representan a las distintas especies que se fueron superponiendo a lo largo del tiempo».

7. Los primeros agricultores en el Creciente Fértil

1. *uno de los episodios de Ancient Aliens* occupytheory.org/gobekli-tepe-hoax-debunked/; www.history.com/shows/ancient-aliens/episodes/season-2.Curry 2008; Fagan y Durrani 2014: pp. 236-237; Mann 2011; Schmidt en Fagan 2007a: pp. 180-183; Spivey 2005: pp. 44-49.

2. *prematura muerte* www.al-monitor.com/pulse/originals/2015/07/turkey-worlds-oldest-temple-discovered-in-south.html#; www.hurriyetdailynews.com/ancient-gobeklitepe-pioneer-schmidt-passes-away.aspx?pageID=238&nID=69418&NewsCatID=375.

3. *posible y necesaria* Una fuente antigua pero todavía valiosa que presenta brevemente estas teorías es Redman 1978. Véase también, Simmons 2007 con numerosas referencias adicionales.

4. *20 metros de diámetro* Curry 2008; Mann 2011; Spivey 2005: pp. 44-49.

5. *se sugirió* Gray 2015; Osborne 2015; www.hurriyetdailynews.com/signs-of-worlds-first-pictograph-found-in-gobeklitepe-.aspx?pageID=238&nID=85438&NewsCatID=375

6. *la necesidad de culto* Curry 2008; Mann 2011; Spivey 2005: pp. 44-49.

7. *en aquel mundo* Mann 2011.

8. *gacelas y aves* Curry 2008; Mann 2011; Spivey 2005: pp. 44-49.

9. *no bastaban para el sustento de todos* Curry 2008.

10. *algunos periódicos* Véase Cline 2012: pp. 42-44.

11. *se afirmaba en un libro* Véase Cline 2015: pp. 620-621.

12. *Josué y los israelitas* Garstang y Garstang 1940; véase también Edens en Bahn 1995: pp. 140-141.

13. *regresó a Jericó* Kenyon 1957.

14. *estratigrafía de un yacimiento* Fagan y Durrani 2014: pp. 88, 98-100, 103; véase también Bahn 2008: pp. 56-57; Fagan 2014: p. 139 (en la entrada sobre Petrie de Garry J. Shaw); Hallote 2006: pp. 154-155, 181. Los arqueólogos del Nuevo Mundo consideran que Max Uhle y Nels Nelson hicieron lo propio en lo relativo a la introducción del concepto de estratigrafía en la arqueología norteamericana.

15. *invadieron la región* Véase la argumentación en Cline 2007a: pp. 93-120.

16. *un propósito astronómico* Véase Barkai y Liran 2008.

17. *un aspecto más real* Véase Edens en Bahn 1996c: pp. 42-45.

18. *a precio de ganga* www.damienhirst.com/for-the-love-of-god; www.theguardian.com/artanddesign/video/2012/apr/18/damien-hirst-tate-modern-skull-video; www.tate.org.uk/context-comment/video/tateshots-damien-hirst-love-god.

19. *continúan las labores de excavación* Nigro 2006: pp. 1-40. Véanse también las publicaciones colgadas en uniroma1.academia.edu/LorenzoNigro.

20. *yacimiento de Çatalhöyük* www.catalhoyuk.com; véase también Edens en Bahn 1995: pp. 68-69; Pollard 2007: pp. 172-175.

21. *de entre tres mil y ocho mil personas* Fagan y Durrani 2014: p. 53; Hodder 2006.

22. *que encaje mejor* Hodder 2006.

23. *de Çatalhöyük* Véase maxlab.mcmaster.ca/research-projects-1/catalhoeyuk-turkey para una lista de publicaciones sobre el análisis de obsidiana encontrada en Çatalhöyük.

24. *sugirió recientemente* www.sci-news.com/archaeology/science-catalhoyuk-map-mural-volcanic-eruption-01681.html; Schmidt *et al.* 2014.

25. *vestimentas de inspiración neolítica* Balter 2009; Hodder 2011. Véase también www.catalhoyuk.com/newsletters/04/introduction.html; photocollage.topics-how.com/PhotoCollage.aspx?Category=events&Title=turkish-catalhoyuk-fashion-show-at-shanghai-world-expo&Mode=Public.

26. *no es nada* Phillips 1955: pp. 246-247; Willey y Phillips 1958: p. 2.

27. *arqueólogos anteriores* Fagan y Durrani 2014: pp. 46-49; Kelly y Thomas 2013: pp. 13-14, 35-38.

28. *eliminar esos prejuicios* Kelly y Thomas 2013: pp. 35-38. Véase también Fagan y Durrani 2014: pp. 46-49.

29. *la arqueología no es antropología* Véase Hodder 1986, 1987, 1999; también Fagan y Durrani 2014: pp. 46-49; Kelly y Thomas 2013: pp. 35-38.

30. *algunas estatuillas* www.catalhoyuk.com/library/goddess.html; www.muse-tours.com/explore-the-land-of-mother-goddess/.

31. *la Diosa Madre* Véase, por ejemplo, Gimbutas 1974, 1991. Para un descubrimiento reciente, véase Kark 2016.

8. Los primeros griegos salen a la luz

1. *la famosa puerta de los Leones* Schliemann 1880. Véase también Castledon 2005; French 2002; Schofield 2007.

2. *dentro de los limes de la ciudad* Pausanias, *Descripción de Grecia* 2.16.6-7; traducción disponible en internet en www.theoi.com/Text/Pausanias2B.html.

3. *capacidad de deducción* Schliemann 1880: pp. 60-61.

4. *figurillas pequeñas Ibid.*, p. 61.

5. *un área cuadrada Ibid.*, pp. 61-62.

6. *escenas de caza Ibid.*, pp. 80-99.

7. *he contemplado el rostro* Harrington 1999; Riley 2015. Véase también Ceram 1966: pp. 59-60 para ligeros cambios en el texto del telegrama, que empieza diciendo «Me siento abrumado por el gozo».

8. *fragmentos de lápida* Schliemann 1880: pp. 86, 90.

9. *reconstruir rostro* Musgrace *et al.* 1995: pp. 107-136. Véase también Brown *et al.* 2000: pp. 115-119. Se ha llevado a cabo una tarea similar con algunos de los esqueletos de las tumbas del Círculo A; véase Papazoglou-Manioudaki *et al.* 2009: pp. 233-277; Papazoglou-Manioudaki *et al.* 2010: pp. 157-224.

10. *tanto Micenas como Tirinto* whc.unesco.org/en/list/941

11. *nombres de algunos de sus dioses* Robinson 2002.

12. *una embajada oficial* Cline 1987, 1998.

13. *la que antaño fuera esta gran ciudad* Véanse más argumentaciones en Cline 2014.

14. *brochetas de madera* Blakemore 2015; Lawler 2015; Wade 2015a, 2016; también magazine.uc.edu/issues/0316/pay_dirt.html. Véase ahora Davis y Stocker 2016.

15. *conocemos como Cnosos* Castledon 1993; Evans 1921-1923; Fitton 2002; véase también Mee en Bahn 1995: pp. 92-93; Pollard 2007: pp. 108-113.

16. *hacía de las murallas algo innecesario* Eisler 1988.

17. *identificadas como falsificaciones* Ceram 1966: pp. 31-33; Lapatin 2002.

18. *Fresco de los Delfines* Koehl 1986: pp. 407-417.

19. *rey-sacerdote de Cnosos* Niemeier 1988; Shaw 2004.

20. *máximo apogeo de la cultura minoica* Bietak 1992: pp. 26-28.

9. ¿En busca de la Atlántida?

1. *al norte de Cádiz* Owen 2011; véase también el importante capítulo en Adams 2015.

2. *frente a las costas de Chipre* Véase Adams 2015 para una serie de propuestas, que él mismo investigó.

3. *comandante espartano Teras* Heródoto, *Historias,* IV.147; www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.01.0126%3Abook%3D4%3Achapter%3D147%3Asection%3D1.

4. *término es griego* Heródoto, *Historias,* IV.147; véase también Apolonio de Rodas, *Argonáuticas*, 4.173,175.

5. *el Journal Antiquity, en 1939* Marinatos 1939: pp. 425-439.

6. *arqueólogo Christos Doumas* Doumas 1983.

7. *las pinturas de Acrotiri* Doumas 1993; Marinatos 1984.

8. *figurillas también de monos azules* Cline 1991.

9. *el final de la adolescencia* Davis 1986.

10. *una escena de sacrificio* Doumas 1993.

11. *de Egipto hacia Anatolia* Morris 1989.

12. *madera de olivo* Friedrich *et al.* 2006; Manning *et al.* 2006; Manning 2014; véanse también los debates en Warburton 2009.

13. *antes de que tuvieran lugar los acontecimientos narrados en el Éxodo* Para más disquisiciones y referencias específicas para lecturas adicionales, véase Cline 2007a: pp. 85-86, 210.

14. *Grecia, Egipto y Oriente Próximo* Véanse los debates en Cline 1994.

15. *qué me lleva a sostener esta creencia* Véase Luce 1969.

16. *más grande que Libia y Asia juntas* Traducción inglesa de Benjamin Jowett; classics.mit.edu/Plato/timaeus.html.

17. *las costas de Chipre* Véase el divertido relato en Adams 2015.

18. *se vio y se oyó entonces* Ritner y Moeller 2014.

10. Encanto bajo el mar

1. *interconexiones del mundo* Véase la argumentación en Cline 2014: pp. 73-79; con más referencias; véase también Fagan y Durrani 2014: pp. 328-329; Mee en Bahn 1995: pp. 102-103.

2. *un buen candidato* www.penn.museum/sites/expedition/nautical-archaeology/.

3. *publicó su monografía* Bass 1967.

4. *la naturaleza internacional del trabajo* nauticalarch.org/about/history/.

5. *la mayor de las distinciones* www.archaeological.org/awards/goldmedal.

6. *del barco naufragado* Una muestra de las publicaciones hasta la fecha incluyen a Bass 1989, 1987; y Pulak 1998, 1999, 2010. Una argumentación concisa puede encontrarse en nauticalarch.org/projects/all/southern_europe_mediterranean_aegean/uluburun_-turkey/introduction/.

7. *en diversos congresos* Véase Bass 1986, 1987; Pulak 1998, 1999, 2010.

8. *unas pocas décadas antes* Podrían ofrecerse numerosas citas para todo esto a partir de las distintas publicaciones académicas, pero está perfectamente resumido en la página oficial de INA: nauticalarch.org/projects/all/southern_europe_mediterranean_aegean/uluburun_turkey/continuing_study/dendrochronological_dating/.

9. *entre excavación y excavación* Pulak 1998.

10. *un árbol del género pistacia* Stern *et al.* 2008.

11. *de una única fuente* Jackson y Nicholson 2010; Walton *et al.* 2009.

12. *en el puerto de Ugarit* Cucchi 2008.

13. *un tanto curioso* Para imágenes y descripciones adicionales, véase sobre todo Bass 1987.

14. *antes de 1350 a. e. c., aproximadamente* Manning *et al.* 2009.

15. *de la región egea* Cline y Yasur-Landau 2007.

11. Del lanzamiento de disco a la democracia

1. *una combinación de kárate y judo* www.rio2016.com/en/sports; ancientolympics.arts.kuleuven.be/eng/TC002cEN.html; www.bullshido.org/Pankration.

2. *pusiera fin a todas las celebraciones paganas* Andronicos 1992: p. 18; D. H. Cline 2016: p. 97; Gates 2011: p. 245; Pollard 2007: p. 26; Swaddling 1999: p. 7; Yalouris y Yalouris 1987: p. 27.

3. *más de cuatro metros de profundidad* Andronicos 1992: p. 18; Clayton y Price 1989: pp. 76-77; Gates 2011: p. 245; Swaddling 1999: pp. 13, 16; Yalouris y Yalouris 1987: p. 27.

4. *Templo de Zeus* Gates 2011: p. 245; Kyrieleis 2007: p. 102; Pausanias, *Descripción de Grecia,* 5.7.1-6.21.7; Pollard 2007: pp. 26-27; Swaddling 1999: pp. 13, 16; traducción disponible en internet en www.theoi.com/Text/Pausanias5A.html#7;

www.theoi.com/Text/Pausanias5B.html; www.theoi.com/Text/Pausanias6A.html; www.theoi.com/Text/Pausanias6B.html.

5. *vencer en las competiciones atléticas* D. H. Cline 2016: p. 99.

6. *a causa de un incendio* Andronicos 1992: pp. 18-22, 27; Clayton y Price 1989: pp. 61, 65-67, 76-77; D. H. Cline 2016: p. 97; Gates 2011: pp. 246-249; Kyrieleis 2007: pp. 108-111; MacKendrick 1979: pp. 165, 220-223; Swaddling 1999: pp. 16-20; Yalouris y Yalouris 1987: pp. 16-17.

7. *un siglo antes* Andronicos 1992: pp. 23-27; Kyrieleis 2007: pp. 104-105; MacKendrick 1979: pp. 287-289; Pollard 2007: p. 29; Swaddling 1999: p. 8.

8. *el Louvre de París* Kyrieleis 2007: pp. 102-103; MacKendrick 1979: pp. 218, 220; Pollard 2007: p. 27 ; Swaddling 1999: p. 16.

9. *los Juegos Olímpicos modernos* Ceram 1966: pp. 34-37; Dyson 2006: pp. 82-85; Kyrieleis 2007: pp. 102-103; MacKendrick 1979: pp. 218-220; Pollard 2007: pp. 27-28; Swaddling 1999: p. 16.

10. *el mejor descubrimiento de Schliemann* Schaar 2012: p. 328, que cita a Evans 1931: p. 19. Véase también MacKendrick 1979: p. 4.

11. *la campaña más reciente* Dyson 2006: p. 198; Kyrieleis 2007: p. 106; MacKendrick 1979: p. 224; Swaddling 1999: p. 16.

12. *casi medio millón de turistas al año* Andronicos 1992: pp. 14-18; Gates 2011: pp. 245-246, 249-250; Kyrieleis 2007: pp. 104, 106, 112-113; MacKendrick 1979: pp. 163-164, 223-226, 287-289; Swaddling 1999: pp. 14-36; Yalouris y Yalouris 1987: pp. 10-29; whc.unesco.org/en/list/517.

13. *como en las guerras médicas* Andronicos 1992: pp. 30-32; Kyrieleis 2007: pp. 113-114, figs. 28-32; MacKendrick 1979: pp. 164, 225; Swaddling 1999: pp. 30-31.

14. *de los atenienses* Andronicos 1992: p. 31; Kyrieleis 2007: p. 113, figs. 29-30; MacKendrick 1979: p. 225.

15. *enviados por sus ciudadanos* Gates 2011: pp. 245-246; MacKendrick 1979: pp. 164-165; Swaddling 1999: pp. 27-29; Yalouris 1987: p. 11.

16. *un martillo de orfebrería* Andronicos 1992: pp. 27-28; Clayton y Price 1989: pp. 66-67, 70; Kyrieleis 2007: pp. 110-111; MacKendrick 1979: p. 223; Swaddling 1999: p. 20.

17. *nuevas disciplinas* Véase Swaddling 1999: pp. 53-54, 57-89 para más detalles sobre las siguientes líneas.

18. *pensión alimenticia y de alojamiento* D. H. Cline 2016: pp. 96-97, 100; Gates 2011: pp. 250-251; Swaddling 1999: pp. 53-54, 57-89.

19. *se hicieron pasar por muertos* Suetonio, *Nerón*, pp. 23-24; www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.02.0132%3Alife%3Dnero%3Achapter%3D23; y www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus:abo:phi,1348,016:24.

20. *por los consultantes* Andronicos 1993: pp. 10-12, 17-19; D. H. Cline 2016: p. 190; Gates 2011: pp. 239-240; MacKendrick 1979: pp. 292-293; Scott 2014: pp. 12-24; Zeilinga de Boer y Hale 2002.

21. *prestigio y reconocimiento* Andronicos 1993: p. 7; Scott 2014: pp. 52-63.

22. *cumpliéndose así la profecía* Gates 2011: p. 240; Heródoto 1.75.2, 1.91.4; Scott 2014: pp. 83-85; Zeilinga de Boer y Hale 2002; www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.01.0126%3Abook%3D1%3Achapter%3D75%3Asection%3D2; y www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.01.0126%3Abook%3D1%3Achapter%3D91%3Asection%3D4.

23. *líneas de falla sísmica* Véase MacKendrick 1979: p. 293; Scott 2014: pp. 23-24; Zeilinga de Boer y Hale 2002.

24. *empezaron a excavar* Andronicos 1993: pp. 19-20; Dyson 2006: pp. 120-121; MacKendrick 1979: p. 165; Mulliez 2007: p. 141; Scott 2014: pp. 267-268; Sheftel 2002; Vogelkoff-Brogan 2014 (que cita a Amandry 1992). Los cálculos monetarios se han realizado de acuerdo con www.davemanuel.com/inflation-calculator.php.

25. *más hermoso y más visitado* whc.unesco.org/en/list/393.

26. *el número de trabajadores* Dyson 2006: p. 119; MacKendrick 1979: p. 166; Mulliez 2007: pp. 134-140, 142-144, 153; Scott 2014: pp. 42, 252-267, 269-273.

27. *más de sesenta volúmenes* MacKendrick 1979: pp. 167-168; Mulliez 2007: pp. 153-156; Scott 2014: 278-284.

28. *espectaculares hallazgos* Mulliez 2007: p. 151.

29. *surgidas de la tierra* Andronicos 1993: p. 20; Heródoto 1.31 (traducción en www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus:text:1999.01.0126:book=1:chapter=31); MacKendrick 1979: pp. 166-167, fig. 4.6; Mulliez 2007: pp. 144-146, figs. 23-25; Scott 2014: p. 67, fig. 3.1.

30. *reescribió la dedicatoria de la estatua* Andronicos 1993: pp. 24-27; Gates 2011: p. 244, fig. 15.5; MacKendrick 1979: pp. 268-270, fig. 5.18; Mulliez 2007: pp. 147-149, figs. 28-31; Scott 2014: p. 123.

31. *los Juegos Píticos* Andronicos 1993: pp. 8-9, 20-21; MacKendrick 1979: pp. 168-169; Mulliez 2007: pp. 144, 147, 150-151; Scott 2014: pp. 158-159, 197-198, 209-211.

32. *restauración de los Juegos Olímpicos* Mulliez 2007: pp. 144, 147, 151, fig. 21.

33. *quizá también hoy en día* Lo siguiente se basa en los mapas encontrados en una serie de publicaciones, que incluyen Andronicos 1993: pp. 30-31 (véanse también los debates en pp. 15-19) y Gates 2011: p. 239. Véanse también las descripciones en Scott 2014: pp. 233-235, 291-301, y, originalmente, Pausanias 10.8.6-10.17.1 y 10.18.1-10.24.7; este último está en www.theoi.com/Text/Pausanias10A.html#5.

34. *la batalla final* Andronicos 1993: p. 16; Gates 2011: p. 243; Scott 2014: pp. 112-113, 128-129, 136-137, 291-292, fig. 6.2; MacKendrick 1979: pp. 172-173.

35. *variedad de escenas* Andronicos 1993: pp. 16-17, 20-24; Gates 2011: pp. 241-242; MacKendrick 1979: pp. 168-170, fig. 4.7; Mulliez 2007: p. 144; Scott 2014: pp. 105-108, 112-113, figs. 5.2-5.4.

36. *pórtico de Delfos* Gates 2011: p. 243; MacKendrick 1979: pp. 170-171; Scott 2014: p. 128.

37. *Hoy en día todavía siguen allí* Andronicos 1993: p. 8; D. H. Cline 2016: p. 137; Gates 2011: p. 243; MacKendrick 1979: pp. 172-173; Scott 2014: pp. 121-122, 240-241, fig. 11.4.

38. *la obra duró casi cuarenta años* Andronicos 1993: pp. 17-19; Gates 2011: pp. 238-239; MacKendrick 1979: pp. 171-172, 290-292; Pausanias 10.5.9-13, www.theoi.com/Text/Pausanias10A.html#5; Scott 2014: pp. 93-97, 153-157.

39. *cerrara Olimpia* Gates 2011: p. 244; Mulliez 2007: p. 147; Pausanias 10.7.2-8, www.theoi.com/Text/Pausanias10A.html#5; Scott 2014: pp. 73, 124-125, 244.

40. *el punto más elevado de la ciudad* Véanse Camp 2001; Hurwit 1999; también whc.unesco.org/en/list/404.

41. *su función básica* Para descripciones y debates, véase sobre todo Camp 1986, 2010. La publicación entera, aunque solo de los descubrimientos anteriores a la década de 1970, se encuentra en Thompson y Wycherley 1072.

42. *cambios en cuanto a técnicas* Camp 1986, 2010; Dyson 2006: pp. 188-190; Thompson 1983.

43. *registrar los datos de la excavación* www.ascsa.edu.gr/index.php/news/newsDetails/bruce-on-idig. Sobre los iPad de Pompeya, véanse classics.uc.edu/pompeii/index.php/news/1-latest/142-ipads2010.html, www.macworld.com/article/1154717/ipad_archeology_pompeii.html, y www.macstories.net/ipad/apple-profiles-researchers-using-ipads-in-pompeii/.

44. *finalmente encontrar la Edad del Bronce* Camp 1986: p. 13; Camp 2010: pp. 30-33; Dyson 2006: pp. 78, 188.

45. *no creer en los dioses* Camp 1986: pp. 40-41, 48-57, 77-107, 113-116, 122-150, 156-211. Véase también Camp 2010: pp. 48-49, 53-61, 66-67, 89-91, 123-128, 176-178; Gawlinski 2014: pp. 13-15, 66-67, 142-143.

46. *el museo del yacimiento* Camp 1986: pp. 57-59, 107-112; D. H. Cline 2016: pp. 142-143, 185; Gawlinski 2014: pp. 134-142; Thompson 1983.

47. *se dispusieran allí por primera vez* Camp 1986: pp. 66-72; Camp 2010: pp. 95-101; Shear 1984.

48. *rescatábamos del lodazal* Shear 1984.

12. ¿Qué han hecho por nosotros los romanos?

1. *La vida de Brian* www.imdb.com/title/tt0079470/quotes; www.epicure.demon.co.uk/whattheromans.html.

2. *una única sandalia de cuero* Véase Stanley Price 1991, con más referencias en las distintas notas al pie.

3. *una cámara fotográfica extremadamente cara* Stanley Price 1991, esp. pp. 8-9.

4. *Rómulo mató a Remo* Véase Gates 2011: p. 329.

5. e*l monte Palatino* Coulston y Dodge 2000: p. 5; Gates 2011: p. 329; Laurence 2012: pp. 28-29, 31; McGeough 2004: pp. 54-55; Smith 2000: pp. 18-19.

6. *acontecimientos harto cuestionables* Véase Gates 2011: p. 329.

7. *el interior del Coliseo* Packer 1989: p. 138.

8. *su recién recuperado estatus* Coulston y Dodge 2000: pp. 7-8; Gates 2011: p. 339; Hopkins y Beard 2005: pp. 171-173; McFeaters 2007: p. 51; Packer 1989: pp. 138-139; Perrottet 2005; Petter 2000.

9. *una ciudad de mármol* Aicher 2000: pp. 119, 134; Connolly y Dodge 1998: p. 110; Coulston y Dodge 2000: p. 8; Falasca-Zamponi 1997: pp. 90-99; Fugate Brangers 2013: pp. 125-127; Gates 2011: pp. 340, 349; Guidi 1996: pp. 113-114; MacKendrick 1960: pp. 140, 145-146; McFeaters: pp. 53-53; McGeough 2004: pp. 43-44; Nolan 2005; Olariu 2012; Packer 1989: p. 139; Painter 2005: pp. xv, 3, 9, 19; Patric 1937; Perrottet 2005.

10. *nuestro conocimiento de la Roma augústea* Aicher 2000: pp. 120-121; Fugate Brangers 2013; Guidi 1996: pp. 113-114; Hopkins y Beard 2005: pp. 173-177; MacKendrick 1960: pp, 140, 145-150; McFeaters 2007: pp. 55-57; McGeough 2004: pp. 43-44; Nolan 2005; Olariu 2012; Packer 1989: p. 139; Packer 1997: p. 307; Patric 1937; Painter 2005: xvi, 2-12; Perrottet 2005.

11. *la nueva Via del Imperio* Véase Hopkins y Beard 2005: p. 174, ilustr. 28; MacKendrick 1960: p. 141, fig. 5.12; Painter 2005: pp. 11-13, 15-16, figs. 1.2-1.8.

12. *aniversario del nacimiento de Augusto* Claridge 2010: pp. 207-212; Connolly y Dodge 1998: p. 112; Gates 2011: pp. 352-355; MacKendrick 1960: pp. 160-170; Olariu 2012: p. 360.

13. *la zona estaba completamente inundada* Claridge 2010: pp. 207-208, 213; Fugate Brangers 2013: pp. 130-131; Gates 2011: p. 352; MacKendrick 1960: pp. 156, 160; Nolan 2005; Olariu 2012: p. 360.

14. *tal como quería Mussolini* Aicher 2000: p. 124; Claridge 2010: pp. 207-208, 213; Coulston y Dodge 2000: p. 9; Fugate Brangers 2013: pp. 130-131; MacKendrick 1960: pp. 158-160, 162; Nolan 2005; Olariu 2012: p. 360, 364; Perrottet 2005.

15. *la estructura original* Véase en especial Andersen 2003; Conlin 1997a y b; y Nolan 2005; pero también Aicher 2000: p. 124; Claridge 2010: pp. 207-208, 213; Coulston y Dodge 2000: p. 9; Fugate Brangers 2013: pp. 130-131; MacKendrick 1960: pp. 158-160, 162; Olariu 2012: pp. 360, 364; Perrottet 2005.

16. *cerca del Foro de Nerva* Claridge 2010: pp. 171-174, fig. 64; Hopkins y Beard 2005: pp. 26-28; Kingsley 2006: pp. 203, 205, 216-217.

17. *más de mil pedazos* Claridge 2010: p. 173, fig. 65; Coulston y Dodge 2000: pp. 355-357, con más referencias; Kingsley 2006: pp. 205, 207-208; MacKendrick 1960: pp. 138, 226-230.

18. *por la mitad de su valor anterior* Josefo, *Guerra de los judíos*, 6.6.317.

19. *cerca del Coliseo* Claridge 2010: pp. 171-172; Gates 2011: pp. 383-384; Hopkins y Beard 2005: pp. 26-29; Kingsley 2006: pp. xiii, 95, 203, 217-219, 267-269; MacKendrick 1960: pp. 235-236.

20. *una vista espectacular* Claridge 201: pp. 121-123; MacKendrick 1960: pp. 235-236.

21. *una profusión de colores* Véase yu.edu/cis/activities/arch-of-titus/; Fine 2013; Povoledo 2012. Sobre policromía en la Antigüedad, véase Fine 2013; Gurewitsch 2008; Pazanelli, Schmidt y Lapatin 2008.

22. *la antigua Roma* Véase yu.edu/cis/activities/arch-of-titus/; Fine 2013; Povoledo 2012; romereborn.frischerconsulting.com.

23. *el resto de la escena* Piening 2013. Véanse también Fine 2013; Povoledo 2012; yu.edu/cis/activities/arch-of-titus/.

24. *más de un estudioso* Coleman 2000: p. 231; Connolly y Dodge 1998: pp. 192-193; Dunkle 2008: pp. 256-258; Hopkins y Beard 2005: pp. 2-3, 21, 34-35, 163; MacKendrick 1960: pp. 194, 224, 231-235.

25. *mientras Roma ardía* Bahn 2009: p, 71; Connolly y Dodge 1998: pp. 117-118; Gates 2001: pp. 375-377, 386; Hopkins y Beard 2005: pp. 28-31; MacKendrick 1960: pp. 189-194, 224, 230; McGeough 2004: 218, 220.

26. *está abierta a los turistas* Bahn 2009: p, 71; Binnie 2014; Connolly y Dodge 1998: pp. 117-118; Kington 2009; Mackendrick 1960: pp. 189-194, 224, 230; McGeough 2004: pp. 35-36.

27. *una segunda inscripción fantasma* Feldman 2001: pp. 23-24.

28. *este extraordinario descubrimiento* Para la argumentación de los párrafos que siguen, véase Alföldy 1995 y Feldman 2001. Véanse también Coleman 2000: pp. 229-230; Dunkle 2008: p. 259; Hopkins y Beard 2005: pp. 32-34; Johnston 2001.

29. *tristemente célebres luchas de gladiadores* Coleman 2000: pp. 231-235, 238-239; Connolly y Dodge 1998: pp. 190-208; Dunkle 2008: pp. 260-263; Futrell 2006: pp. 62, 65-66, 79-80, 113-114, 221; Gates 2011: pp. 385-387; Hopkins y Beard 2005: pp. 2, 12-13, 122-135; MacKendrick 1960: pp. 194, 224, 231-235; McGeough 2004: p. 218.

30. *ruina noble* Cita de *Manfredo*, de Byron, como la presentan Hopkins y Beard 2005: pp. 3-5 y Dunkle 2008: p. 285. Véanse referencias adicionales a otros autores en Hopkins y Beard 2005: pp. 7-12 y Dunkle 2008: pp. 285-287.

31. *una trampilla* Coleman 2000: p. 234; Connolly y Dodge 1998: pp. 199-202, 207-208; Dunkle 2008: pp. 278-279; Hopkins y Beard 2005: pp. 94, 100, 136-138; MacKendrick 1960: pp. 233-235.

32. *estos espectáculos* Coleman 2000: p. 238; Hopkins y Beard 2005: pp. 42-43, 51; McGeough 2004: p. 218.

33. *las grapas de hierro* Coleman 2000: p. 239; Connolly y Dodge 1998: pp. 190, 192; Dunkle 2008: pp. 279-285; Hopkins y Beard 2005: pp. 2-3, 103-105, 160-162, 164-171; MacKendrick 1960: p. 230.

34. *casi cuarenta que hay en Francia* Bomgardner 2001; Chase 2002; Welch 2007.

35. *justificación del imperio* Packer 1989: p. 140. Véase también Painter 2005: xv.

36. *incluso las iglesias se vieron afectadas negativamente* Packer 1989: p. 141; Packer 1997: p. 307. Véanse también distintos debates en Connolly y Dodge 1998; Hopkins y Beard 2005; y MacKendrick 1960.

37. *oraba en los templos* Guidi 1996: p. 113; McFeaters 2007: pp. 57-58; Packer 1989: p. 141; Packer 1997: p. 307.

38. *un fenómeno generalizado* Díaz-Andreu y Champion 1996: p. 3. Por ejemplo, véanse los diferentes capítulos en sus libros editados y también las referencias en las bibliografías de cada uno de los capítulos.

39. *de capital importancia* Díaz-Andreu y Champion 1996: p. 3.

40. *arqueología fascista* Díaz-Andreu y Champion 1996: pp. 2-4, 7-9, 21; Guidi 1996: pp. 109-110, 113-114; McFeaters 2007: pp. 50-51, 58-59; Painter 2005: pp. 4-5. Véase también McGeough 2004: p. 43.

41. *segunda guerra mundial* Véanse las argumentaciones en DíazAndreu y Champion 1996: pp. 10-11, 14-15; Guidi 1996; McFeaters 2007; y Painter 2005, entre otros.

42. *vínculos, reales o supuestos, con la Antigüedad* Véanse mis argumentaciones al principio y al final de cada capítulo en Cline 2004.

El arte de excavar 2: ¿Cómo se sabe cómo hay que excavar?

1. *labores extremadamente delicadas* Véase también la argumentación, con una lista detallada de herramientas, en Fagan y Durrani 2014: pp. 160-161.

2. *el contexto de un artefacto* Fagan y Durrani 2014: p. 88.

3. *incluso terciario Ibid.*, p. 89.

4. *excavación horizontal Ibid.*, pp. 158-160.

5. *una excavación vertical Ibid.*, pp. 156-158.

6. *el primer profesor de egiptología* Bahn 2008: p. 57; Fagan 2014: p. 139 (en la entrada sobre Petrie de Garry J. Shaw).

7. *las más recientes* Fagan y Durrani 2014: pp. 88, 98-100, 103; véase también Bahn 2008: pp. 56-57; Fagan 2014: p. 139 (en la entrada sobre Petrie de Garry J. Shaw); Hallote 2006: pp. 154-155, 181.

8. *posiblemente sean equivalentes en el tiempo* Fagan y Durrani 2014: pp. 88, 102-103; véanse también Bahn 2008: pp. 56-57; Fagan 2014: p. 139; Hallote 2006: pp. 154-155, 181.

9. *Real Colegio de Cirujanos* Véase, por ejemplo, Fagan 2014: p. 139 (en la entrada sobre Petrie de Garry J. Shaw).

10. *un nuevo método de excavación* Bahn 2008: p. 61; Fagan 2003: pp. 144-147; Fagan y Durrani 2014: p. 90; véase también la entrada sobre Wheeler de Martin Carver en Fagan 2014: pp. 152-156.

11. *la historia estratigráfica* Véase www.harrismatrix.com/.

12. *método Wheeler-Kenyon* Bahn 2008: pp. 74-75; Fagan 2003: pp. 140-143; véase también la entrada sobre Kenyon de Miriam C. Davis en Fagan 2014: pp. 220-223.

13. Excavaciones en el Armagedón

1. *el montículo creado por el hombre en Megido* Davies 1986; Kempinski 1989.

2. *la batalla de Armagedón* Véase la exposición completa de todas las batallas en Cline 2000, que incluye un comentario más completo de la batalla descrita en el Apocalipsis.

3. *faraón egipcio Sheshonq* Véanse comentarios en Cline 2000.

* Siglas correspondientes en inglés a Palestine Liberation Organization (P.L.O.), es decir, Organización para la Liberación de Palestina, OLP. (*N. de la t.*)

4. *han sugerido los investigadores* Véase la argumentación general en Cline 2009.

5. *Yigael Yadin* Sobre Yadin, véase Silberman 1993.

6. *una gran puerta de entrada* Véase de nuevo la argumentación en Cline 2009.

7. *una serie de codirectores* Finkelstein y Ussishkin 1994; Silberman, Finkelstein, Ussishkin y Halpern 1999.

8. *conocimiento de primera mano de los problemas* Cline 2006; Cline y Samet 2013.

9. *identificada como la cocina* Gadot y Yasur-Landau 2006.

10. *destruida o conquistada* Véase Harrison 2003.

11. *fue la madre naturaleza la causante de esta destrucción* Véase Cline 2011, con más debates y referencias adicionales a las otras teorías y sugerencias.

12. *cuando uno menos se lo espera* Cline y Sutter 2011: pp. 159-190.

13. *cómo se había desarrollado la batalla* Véase por ejemplo, Fox 1993; Schofield, Johnson y Beck 2002; Scott, Babits y Haecker 2007; también Pollard 2007: pp. 218-222.

14. *Journal of Military History* Cline y Sutter 2011: pp. 159-190.

15. *nunca las recuperó* Hasson 2012; english.tau.ac.il/news/tel_megido.

16. *el yacimiento de un campamento romano* Adams, David y Tepper 2014; Ben Zion 2015b; Pincus, DeSmet, Tepper y Adams 2013. Véase también mfa.gov.il/MFA/IsraelExperience/History/Pages/Roman-legion-camp-uncovered-at-Megiddo-9-Jul-2015.aspx.

14. La Biblia desenterrada

1. *escondidos en las cuevas* Sobre los rollos, véanse Cline 2009: pp. 91-97; Davies, Brooke y Callaway 2002; Fields 2006; Lim 2006; Magness 2002; Pollard 2007: pp. 158-161; Shanks 1992, 1998.

2. *equivalente a un monasterio* Sobre Qumran, véase Cargill 2009; Cline 2009: pp. 93-94; Magness 2002.

3. *convertirlos en sandalias* Magness 2002: pp. 25-26.

4. *otros tres* Véase www.deadseascrolls.org.il/learn-about-the-scrolls/discovery-and-publication?locale=en_US.; gnosis.org/library/dss/dss_timeline.htm. Véase también el relato detallado en Fields 2006, así como el relato de Lim 2006.

5. *Wall Street Journal* Véase www.deadseascrolls.org.il/learn-about-the-scrolls/discovery-and-publication?locale=en_US.

6. *el Rollo de Cobre* Véanse Allegro 1960; McCarter 1992; Wolters 1996.

7. *novecientos talentos* Traducción de García Martínez 1996: p. 461.

8. *numerosos arqueólogos aficionados* Véase Neese 2009.

9. *el rollo* Yadin 1985; véanse también White Crawford 2000; Wise 1990.

10. *reconstruía el contenido original* Véase Shanks 2010 y abundantes artículos en números antiguos de *Biblical Archaeology Review.*

11. *se abrieron las compuertas* Chandler 1991.

12. *Libro de Samuel* Abegg, Flint y Ulrich 1999: pp. 213-214.

13. *ya lo han incluido* Véanse Vanderkam y Flint 2002: pp. 115-116. Véase también Abegg, Flint y Ulrich 1999: p. 214.

14. *coronas o cetros* Bahn 2000: pp. 58-59; Moorey 1988.

15. *cueva de los Horrores* Aharoni 1962; Harris 1998; Yadin 1971.

16. *una mujer llamada Babatha* Freund y Arav 2001; Harris 1998; Saldarini 1998; Yadin 1971, esp. capítulos 5-10; véase también Freund 2004.

17. *Simon bar Kosiba* Freund y Arav 2001; Yadin 1971: pp. 124-139.

18. *treinta y cinco rollos de papiro* Freund y Arav 2001; Harris 1998; Saldarini 1998; Yadin 1971, capítulo 16.

19. *emocionante y maravillosa experiencia* Harris 1998.

20. *los hallazgos arqueológicos más fascinantes* Para quienes estén interesados, *The Dead Sea Scrolls Bible* ofrece lecturas alternativas basadas en los Rollos del Mar Muerto presentándolas en notas al pie adjuntas al texto tradicional de la Biblia hebrea; véase también Abegg, Flint y Ulrich 1999. A partir de 2012 hay una página web que contiene imágenes digitalizadas de prácticamente todos los rollos y fragmentos: www.deadseascrolls.org.il/?locale=en_US. Para los que no tengan acceso a internet o que prefieran los libros físicos, pueden encontrar traducciones de casi todos los rollos en García Martínez 1996 o Vermes 1998.

15. Misterio en Masada

1. *un éxito de ventas* Yadin 1966. Véase también un resumen de Snapes en Bahn 1995: pp. 158-159.

2. *dos volúmenes independientes* Ben Yehuda 1995, 2002.

3. *una enconada defensa de las tesis de este último* Ben Tor 2009.

4. *destino más popular* Ben Tor 2009: p. 309; whc.unesco.org/en/list/1040.

5. *anuncios en la prensa* Yadin 1966: pp. 13-14.

6. *participantes internacionales Ibid.*

7. *en el libro de Yadin Ibid.*, pp. 19-29.

8. *piedras y escombros Ibid.*, p. 37.

9. *región árida y desértica Ibid.*, *passim*.

10. *trazaron una línea negra Ibid.*, 88.

11. *monedas de los cinco años Ibid.*, pp. 54, 64, 98, 108-109, 168-171.

12. *un público popular* Yadin 1966.

13. *rebeldes judíos en Masada* Magness 2012: p. 215.

14. *inclinado hacia la cara norte* Josefo, *La guerra de los judíos*, 7.8; traducción de Whiston 1999: p. 927.

15. *piedras de diversos colores Ibid.*

16. *cuarenta millones de litros* Yadin 1966: p. 126.

17. *nadie pudiera escapar* Josefo, *La guerra de los judíos*, 7.8; traducción de Whiston 1999: p. 926.

18. *dardos y piedras Ibid.*, p. 928.

19. *se subiese el ariete por la rampa Ibid.*, pp. 928-929.

20. *como seres libres Ibid.*, p. 929.

21. *Aquella noche murieron 960 personas* Josefo, *La guerra de los judíos*, 7.9; traducción de Whiston 1999: p. 933.

22. *parece ser más bien la historia* Josefo, *La guerra de los judíos*, 3.7.3-3.8.9; traducción de Whiston 1999: pp. 784-797.

23. *habitantes de Qumran* Yadin 1966: 171-179.

24. *unas sandalias de cuero al lado* Yadin 1966: pp. 54, 193, 197; Ben Tor 2009: pp. 299-307.

25. *su carrera profesional* Ben Tor 2009: p. 305.

26. *contemplando con asombro* Yadin 1966: p. 54.

27. *el de un niño Ibid.*

28. *nombres escritos* Yadin 1966: pp. 197, 201.

29. *unos once años* Ben Tor 2009: p. 304.

30. *un auténtico monumento* Ben Tor 2009: p. 309.

31. *una agenda nacionalista* Véanse Kohl y Fawcett 1995; Meskell 1998.

16. Ciudades del desierto

1. *edificios administrativos* Eigeland 1978; Matthiae 1981, 2013; véase también Edens en Bahn 1995: pp. 148-149.

2. *encontrado la antigua Ebla* Eigeland 1978.

3. *Hammurabi de Babilonia* Eigeland 1978.

4. *figuras bíblicas* Plaut 1978; también Vicker 1979: p. 1; Bermant y Weitzman 1979: pp. 1-13.

5. *posteriores investigaciones de epigrafistas* O'Toole 1979: A18.

6. *un nuevo director epigrafista* Pettinato 1981, 1991; Shanks 1980.

7. *daños incalculables* Chivers 2013.

8. *Finalmente fueron desalojados* Barnard 2015; Hutcherson 2015; Melvin, Elwazer y Berlinger 2015; Smith-Spark 2015; véase también www.reuters.com/article/2015/08/18/us-mideast-crisis-archaeology-idUSKCN0QN24K20150818; www.huffin-

gtonpost.com/entry/isis-beheads-archeologist-palmyra_55d3a125e4b055a6dab1da13?kvcommref=mostpopular.

9. *Nueva York y Dubái* Turner 2016.

10. *declarado Patrimonio de la Humanidad* whc.unesco.org/en/list/23. Las principales publicaciones sobre Palmira incluyen la de Browning 1979 y Stoneman 1992; y ahora Smith 2013.

11. *la atención del mundo* whc.unesco.org/en/list/326; el yacimiento recibió la designación de la Unesco en 1985. Los volúmenes introductorios sobre el lugar incluyen Amadasi y Schneider 2002; Browning 1973; y Taylor 2002.

12. *encuesta por internet* world.new7wonders.com/?n7wpage=new7wonders-of-the-world

13. *no más acuñación de monedas* Lawler 2007; Pollard 2007: p. 36.

14. *su ingeniería hidráulica* Pollard 2007: p. 36.

15. *hasta su muerte* Pollard 2007: pp. 34-39.

16. *se adentró en el Uadi Musa* Carlsen 2016: pp. 94-106; Stephens 1970: xxxii-xxxiii.

17. *escribió un poema Petra*, de John Burgon (1813-1888); Stephens 1970: xl.

18. *en la década de 1960* www.deseretnews.com/article/25740/U-PROFESSOR-WILL-LEAD-EXPEDITION-TO-PETRA.html?pg=all

19. *cabalgar por el entorno a lomos de un caballo blanco* www.biblicalarchaeology.org/daily/archaeology-today/archaeologists-biblical-scholars-works/philip-c-hammond-1924–2008/; www.biblicalarchaeology.org/daily/archaeology-today/biblical-archaeology-topics/scholarship-winners-speak-up/

20. *acuden a mi memoria* Stephens 1970: xxxiii, pp. 254-256.

21. *hacerse con el tesoro* Browning 1973: pp. 118-119.

22. *gobernador de la provincia romana* Browning 1973: pp. 90-97.

23. *otras zonas de Petra* proteus.brown.edu/483/Home.

24. *un elaborado jardín* Bohstrom 2016; Lawler 2007; petragardenexcavation.wordpress.com/project-history-2/.

25. *rollos de papiro carbonizados* acorjordan.wordpress.com/2015/08/01/petra-papyri/.

26. *la fachada del monasterio* Browning 1973: pp. 118-119, 188-189.

El arte de excavar 3: ¿Cuántos años tiene y por qué se ha conservado?

1. *abordaremos el tema* Para argumentaciones concisas sobre gran parte del material abordado en este capítulo, véase Fagan y Durrani 2014: pp. 96-118 (capítulo 7).

2. *métodos científicos* Véanse, por ejemplo, Aitken 1990; Fagan y Durrani 2014: pp. 111-117; Taylor y Aitken 1997.

3. *la datación por C-14* Fagan y Durrani 2014: pp. 111-112.

4. *una determinada muestra* Véase la explicación en www.physlink.com/Education/AskExperts/ae403.cfm, que asegura que es «bastante sencillo determinar cuántos átomos de carbono debería haber en total en una muestra según su peso y composición química».

5. *fechar los restos del naufragio* Manning *et al.* 2009.

6. *trabajado recientemente* Para un ejemplo de la datación por radiocarbono utilizado en debates académicos, véase Levy y Higham 2014.

7. *datación por los anillos de crecimiento de un árbol* Véase Fagan y Durrrani 2014: pp. 108-111; también Baillie 2014 con referencias anteriores.

8. *empieza otra vez a absorber agua* news.bbc.co.uk/2/hi/uk_news/scotland/edinburgh_and_east/8058185.stm.

9. *el método de datación sí que había funcionado Ibid.*

10. *el hundimiento del barco* Manning *et al.*, 2009.

11. *guerrero de terracota* Bahn 1995: pp. 178-179; Pollard 2007: pp. 199-203.

12. *gobernaron durante los cuatro siglos siguientes* Portal 2007: pp. 15, 18, 21.

13. *casi completamente vacío* Bahn 1995: pp. 178-179; Portal 2007: pp. 15, 18 y *passim*. Véase también science.nationalgeographic.com/science/archaeology/emperor-qin/.

14. *para abatir* Cita encontrada en www.britishmuseum.org/PDF/Teachers_resource_pack_30_8a.pdf.

15. *una hipótesis de trabajo* Bahn 1995: pp. 178-179.

16. *ochenta y cinco escultores* Bahn 1995: p. 178.

17. *pintura se ha podido conservar* news.bbc.co.uk/2/hi/asia-pacific/8676886.stm; news.nationalgeographic.com/news/2012/06/pictures/120620-terra-cotta-warriors-china-new-army-shield-armor-science/.

18. *capas de laca* Yan *et al.* 2914; www.eurekalert.org/pub_releases/2014-08/scp-ss2080114.php.

19. *el número estimado* Bahn 1995: p. 179.

20. *los establos imperiales* www.britishmuseum.org/PDF/Teachers_resource_pack_30_8a.pdf; science.nationalgeographic.com/science/archaeology/emperor-qin/.

21. *esqueletos de doce caballos reales* Russon 2014; www.chinadaily.com.cn/china/2006-07/31/content_653375.htm.

22. *la cámara funeraria del emperador* Moskowitz 2012; www.britishmuseum.org/PDF/Teachers_resource_pack_30_8a.pdf.

23. *sin oxígeno* Véase Fagan y Durrani 2014: pp. 62-69.

24. *entorno del desierto* Elisabeth Barber publicó después un libro sobre estas momias (Barber 1999), igual que Victor Mair (Mallory y Mair 2000). Véase también Hudson en Bahn 1996c: pp. 152-153.

25. *e incluso Europa* Demick 2010; Wade 2010; véase también Hudson en Bahn 1996c: pp. 152-153; factsanddetails.com/asian/cat62/sub406/item2567.html.

26. *la ruta de la seda en la Antigüedad* Demick 2010; Wade 2010; véase también Hudson en Bahn 1996c: pp. 152-153; factsanddetails.com/asian/cat62/sub406/item2567.html.

27. *en la frontera* Bahn 1995:pp. 84-85, 1996c: pp. 140-145; Fagan y Durrani 2014: pp. 68, 302-303; Pollard 2007: pp. 232-235; Scarre en Fagan 2007a: pp. 40-41; y www.iceman.it/en/oetzi-the-iceman; véase también factsanddetails.com/world/cat56/sub362/item1496.html#chapter-0.

28. *antes de que se construyeran las pirámides* Bahn 1996c: pp. 140-145. Para la historia de los años inmediatamente posteriores al descubrimiento inicial, véase Spindler 1995, escrito por el arqueólogo a cargo de los estudios científicos iniciales.

29. *a una altura inferior a la de Ötzi* Véase www.iceman.it/en/oetzi-the-iceman, con más referencias; véase también factsanddetails.com/world/cat56/sub362/item1496.html#chapter-0.

30. *huido de la refriega* Véase www.iceman.it/en/oetzi-the-iceman, con más referencias; véase también factsanddetails.com/world/cat56/sub362/item1496.html#chapter-0.

31. *un cercano valle de Italia* Bahn 1996c: pp. 140-145. Véase www.iceman.it/en/oetzi-the-iceman, con más referencias; véase también factsanddetails.com/world/cat56/sub362/item1496.html#chapter-0. Para una breve pero excelente explicación del análisis de isótopos de estroncio, véase archive.archaeology.org/0705/abstracts/isotopes.html.

32. *otras plantas diversas* Véase de nuevo www.iceman.it/en/oetzi-the-iceman, con más referencias; véase también factsanddetails.com/world/cat56/sub362/item1496.html#chapter-0.

33. *todavía no se habían producido* Barzilay 2016, informa sobre un artículo publicado en *Science* por Maixner *et al.* 2016. Véase también Rosen 2016; www.pbs.org/wgbh/nova/next/body/ancient-icemans-h-pylori-genome-hints-at-ancient-migrations-0-europe/; y www.eurekalert.org/pub_releases/2016-01/eaob-pfi122915.php.

34. *todavía más importantes para la arqueología* Sobre las migraciones europeas, véase, por ejemplo, Cooper y Haak 2015, con referencias a las publicaciones originales en *Science* y *Nature;* para Ricardo III, véase Kennedy 2014 y Sample 2015, que informan sobre la publicación inicial por parte de King *et al.* 2014.

35. *su papel protagonista* Véanse Samadelli *et al.* 2015; Scallan 2015; también www.iceman.it/en/tattoos; www.celebritytattoodesign.com/brad-pitt-tattoos.

36. *sus botas de senderismo* factsanddetails.com/world/cat56/sub362/item1496.html#chapter-0.

37. *en una mochila* Véase www.iceman.it/en/oetzi-the-iceman, con más referencias; véase también factsanddetails.com/world/cat56/sub362/item1496.html#chapter-0.

38. *un grupo nómada* Bogucki en Bahn 1995: pp. 156-157; Bogucki en Bahn 1996c: pp. 146-151; Liesowska 2014; Pollard 2007: pp. 236-239; Polosmak 1994; también siberiantimes.com/culture/others/features/siberian-princess-reveals-her-2500-year-old-tattoos/. Véanse también argumentaciones en Hall 2015; Mayor 2014.

39. *la pantorrilla* Bogucki en Bahn 1995: pp. 156-157; Bogucki en Bahn 1996c: pp. 146-151; Liesowska 2014; Pollard 2007: pp. 236-239; Polosmak 1994. Véase también siberiantimes.com/culture/others/features/siberian-princess-reveals-her-2500-year-old-tattoos/.

40. *simplemente Juanita* www.nationalgeographic.com/explorers/bios/johan-reinhard/; Schreiber en Bahn 1996c: pp. 160-161.

41. *pesaba solo 36 kilos* Reinhard 2005.

42. *enclaves sagrados incas* Clark 1998; Reinhard en Fagan 2007a: pp. 100-105; Schreiber en Bahn 1996c: pp. 160-161.

43. *ciénagas o marjales* Fagan y Durrani 2014: pp. 63-64; Kaner en Bahn 1996c: pp. 164-169; Tarlow en Bahn 1995: pp. 114-115; véase, por ejemplo, Aldhouse-Green 2015 y Glob 2004.

44. *Hombre de Lindow* Kaner y Bahn 1996c: pp. 164-169; Pollard 2007: pp. 212-217; Tarlow en Bahn 1995: pp. 114-115; www.britishmuseum.org/explore/highlights/highlight_objects/pe_prb/l/lindow_man.aspx.

45. *un pedazo de pan sin levadura* Kaner en Bahn 1996c: pp. 164-169; Tarlow en Bahn 1995: pp. 114-115; www.britishmuseum.org/explore/highlights/highlight_objects/pe_prb/l/lindow_man.aspx.

46. *en torno al cuello, la cuerda* Fagan y Durrani 2014: pp. 63-64; Kaner en Bahn1996c: pp. 164-169; Tarlow en Bahn 1995: pp. 114-115; www.tollundman.dk.

47. *el oxígeno no circula* abcnews.go.com/Technology/story?id=119824.

48. *un vehículo de control remoto* Ballard 2008; Krause 2000; Søreide 2011. Véase también www.nationalgeographic.com/blacksea/index.html.

49. *la cera de abeja original que sellaba la boca* Véanse Ballard 2008; Krause 2000; Ryan y Pittman 1998; Søreide 2011. Véase también www.nationalgeographic.com/blacksea/index.html.

50. *los restos de este barco* Pollard 2007: pp. 154-157; Tarlow en Bahn 1995: pp. 128-131. Para relatos más extensos, véanse Bruce-Mitford 1979 y Williams 2011.

51. *muchas sorpresas interesantes* Pollard 2007: pp. 154-157; Tarlow en Bahn 1995: pp. 128-131.

52. *piezas de madera Ibid.*

53. *los huesos se hayan descompuesto Ibid.*

54. *conmemoración de una batalla Ibid.*

55. *enterramiento cualquiera Ibid.*

56. *un casco de hierro Ibid.*

57. *enterramiento de un guerrero vikingo en su propio barco* Cohen 2011; Kennedy 2011; Ravilous 2012.

58. *la forma del barco Ibid.*

59. *un cuerno para beber Ibid.*

17. Líneas en la arena, ciudades en el cielo

1. *¿Carrozas de los dioses?* Von Däniken 1968.

2. *¡Aterrizad aquí! Ibid.*, p. 17.

3. *según su página web* www.daniken.com/e/index.html.

4. *cerrar puertas* www.swissinfo.ch/eng/closure-of-mystery-park-is-no-enigma/5576928.

5. *tormentas de arena y fuertes vientos* Dearden 2014.

6. *resulta irónico* Ruble 2014.

7. *otros restos de asentamientos antiguos* Véanse Feder 2013; Hall 2010; Pollard 2007: pp. 158-161; Reinhard 1988; Schreiber en Bahn 1995: pp. 208-209.

8. *tantos los de Paracas como los de Nazca* Hall 2010; whc.unesco.org/en/list/700.

9. *trazar dibujos* science.nationalgeographic.com/science/archaeology/nasca-lines/.

10. *denominada el Astronauta* Véase Morgan 1998, con un prólogo de Von Däniken, citado por www.jasoncolavito.com/blog/the-nazca-astronaut-a-fishy-story.

11. *el Hombre Búho* Véase www.jasoncolavito.com/blog/the-nazca-astronaut-a-fishy-story, que cita a Reiche 1949.

12. *lleva puesto el tradicional poncho* ancientaliensdebunked.com/the-nazca-astronautowlman-or-fisherman/.

13. *Alfred Kroeber* Kroeber y Collier 1998.

14. *realizar rituales religiosos* Hall 2010; Reiche 1949; old.dainst.org/en/nasca?ft=all.

15. *procesiones ceremoniales* Hall 2010.

16. *ayuda externa* Joe Nickell, anteriormente de la Universidad de Kentucky, creó una reproducción experimental de una imagen de Nazca, del mismo tamaño, utilizando solamente una cuerda, estacas de madera y un poco de matemáticas; véase www.joenickell.com/NascaGeoglyphRecreator/NascaGeoglyphRec1.html. Véase también Feder 2013, citado en Hamilton 2008: pp. 23-26.

17. *la cultura moche* Alva y Donnan 1993; Schreiber en Bahn 1995: pp. 226-227; Schreiber en Bahn 1996c: pp. 118-121.

18. *y otros mariscos* Alva y Donnan 1993: p. 13.

19. *la construcción más grande jamás erigida* Alva y Donnan 1993: pp. 13-14, 24.

20. *pirámides de adobe* Alva y Donnan 1993: pp. 23-24.

21. *la tumba intacta más rica del Nuevo Mundo* Alva 1988: pp. 510-548; véanse también Alva 1990: pp. 2-15; Alva y Donnan 1993; y archaeology.about.com/od/mochecultura/ig/New-Elite-Moche-Burial/Tomb-of-Lord-of-Sipan-.htm. Respecto a posteriores descubrimientos, Wilford 2006; www.nytimes.com/2001/02/16/science/16reuters-archaeo.html.

22. *once personas en la misma tumba* Nótese que el número de enterramientos varía en los distintos informes; véase, por ejemplo, www.world-archaeology.com/features/tombs-of-the-lords-of-sipan.htm, que describe a ocho personas además del personaje principal allí enterrado.

23. *representadas en la cerámica* archaeology.about.com/od/mocheculture/ig/New-Elite-Moche-Burial/Moche-Sacrifice-Ceremony.htm#step-heading, que cita a Alva y Donnan 1993, entre otras fuentes. Sobre los moches y su arte, véanse también Donnan 1978, 1990; Donnan y McClelland 1999; Long 1990.

24. *Machu Picchu* whc.unesco.org/en/list/274.

25. *en tiempos de la conquista española* Véase Burger y Salazar 2004; Reinhard 2007; véanse también Pollard 2007: pp. 122-127; Schreiber en Bahn 1995: pp. 238-239.

26. *el ADN de los restos de esqueletos* Véase www.archaeology.org/news/3730-151001-machu-picchu-dna.

27. *Turn Right at Machu Picchu* Adams 2011.

28. *la ruina más grande y más importante* Bingham 1913.

29. *Machu Picchu: la ciudad perdida de los incas* Bingham 1922, 1979, 2003.

30. *para su posterior estudio* www.npr.org/2010/12/15/132083890/yale-returns-machu-picchu-artifacts-to-peru; www.carnegiemuseums.org/cmag/bk_issue/2003/sepoct/feature1.html; www.pirwahostelscusco.com/blog/hostels/new-machu-picchu-exhibit-opens-in-cusco-showcasing-yale-artifacts/; www.cultureindevelopment.nl/News/Heritage_the_Americas/654/Machu_Picchu,_Yale,_and_the_world_stage.

31. *entre ellos cuchillos ceremoniales Ibid.*

18. Cabezas gigantes, serpientes emplumadas y águilas doradas

1. *pura mano de obra* Cooper-White 2015; Mejia 2015; Shaer 2016; Sullivan 2014; también www.thedailybeast.com/articles/2015/05/09/the-mysteries-of-teotihuacan.html.

2. *los primeros gobernantes de la ciudad* Véase Cooper-White 2015; Mejia 2015; Shaer 2016; Sullivan 2014; también www.bbc.com/news/world-latin-america-29828309; www.thedailybeast.com/articles/2015/05/09/the-mysteries-of-teotihuacan.html; hds.harvard.edu/news/2015/10/02/exploring-ancient-city-teotihuacan#; phys.org/news/2013-04-robot-chambers-ancient-mexico-temple.html. Véanse también vídeos en www.youtube.com/watch?v=iCJM_5dOMSE&feature=youtu.be; www.youtube.com/watch?v=C8ZEKp85dwk&feature=youtu.be; www.youtube.com/watch?v=kksFtR9dEF4&feature=youtu.be.

3. *la primera cultura que se conoce* Diehl 2004: pp. 9, 11; Grove 2014: p. 183; Pool 2007: p. 7, fig. 1.4; Stone en Bahn 1995: pp. 206-207.

4. *Matthew y Marion Stirling* Véase sobre todo Stirling 1939, 1940, 1941, 1947. Véase también la entrada sobre Stirling de Michael D. Coe en Fagan 2014: pp. 115-118; también Stone en Bahn 1995: pp. 206-207.

5. *cercano yacimiento olmeca* Grove 2014: pp. 1-2, 6; Pool 2007: pp. 1, 35.

6. *monumento A de Tres Zapotes* Grove 2014: pp. 1-2, 6, 21; Pool 2007: pp. 1-3, 250-251, fig. 1.1.

7. *indígenas de la región* Diehl 2004: pp. 13-15.

8. *todavía no se han traducido* Diehl 2004: p. 14; Grove 2014: pp. 2-3, fig 1.1; Pool 2007: p. 5, fig. 1.3.

9. *Tribus y Templos* Blom y La Farge 1926-1927; Grove 2014: pp. 5-16; Pool 2007: pp. 36-38; Stone en Bahn 1995: pp. 206-207.

10. *tres yacimientos olmecas más importantes* Véanse mapas en Diehl 2004: p. 1; Grove 2014: p. 3, fig. 1.1; Pool 2007: p. 5, fig. 1.3.

11. *la fecha de la estela C* Grove 2014: pp. 17-30; Pool 2007: pp. 40-44; Stone en Bahn 1995: pp. 206-207.

12. *frontal del altar* Grove 2014: pp. 13-16, 31-36; Pool 2007: p. 44.

13. *altar 5* Grove 2014: pp. 33-36 y figs. 4.1-4.2. Véase Stirling 1940. Las cabezas olmecas son protagonistas de un episodio del programa televisivo *Ancient Aliens*, en el que se discute si llevaban cascos de vuelo; véase episodio 1 de la temporada 4 (2012).

14. *en el yacimiento* Diehl 2004: pp. 60-82; Grove 2014: pp. 37-49; Pool 2007: p.1.

15. *San Lorenzo Tenochtitlán* Grove 2014: pp. 50-55. Sobre las diecisiete cabezas encontradas en total en los distintos yacimientos olmecas, véase Pool: pp. 106-107 y fig. 4.3.

16. *Ann Cyphers* Diehl 2004: pp. 16, 27-28; Grove 2014: pp. 80-89, 104-115, 151-160; Pool 2007: pp. 50-52.

17. *dilucidar los detalles* Stone en Bahn 1995: pp. 206-207.

18. *se hacían llamar mexicas* De Rojas 2012: pp. 5-6; Draper 2010: pp. 110-135; Smith 2003: pp. 4, 36.

19. *sobre las ruinas* Bahn 2009: pp. 154-155; Smith 2003: pp. 43-55; Stone en Bahn 1995: pp. 236-237.

20. *dividida en cuatro distritos* Bahn 2009: pp. 154-155.

21. *la deidad azteca del sol* De Rojas 2012: p. 56.

22. *Eduardo Matos Monctezuma* Atwood 2014; Bahn 2009: pp. 154-155; De Rojas 2012: pp. 56-62; Stone en Bahn 1995: p. 236-237.

23. *anteriores civilizaciones mesoamericanas* Bahn 2009: pp. 154-155; Stone en Bahn 1995: pp. 236-237.

24. *partido en cuatro grandes fragmentos* Draper 2010: pp. 110-135; Lovgren 2006.

25. *por debajo del nivel de la calle* Draper 2010: pp. 110-135.

26. *el nombre de Aristocánido Ibid.*

27. *encontrar la tumba Ibid.*

28. *uno de los enclaves turísticos más visitados* whc.unesco.org/en/list/414.

29. *en su momento más álgido* science.nationalgeographic.com/science/archaeology/teotihuacan-/. Nótese que las fechas difieren: whc.unesco.org/en/list/414.

30. *el faro que guio a las posteriores civilizaciones* Naughton 2015; véase también Bahn 2009: pp. 138-139; Fagan y Durrani 2014: pp. 290-292; Meyer 1973b; whc.unesco.org/en/list/414.

31. *justo debajo de la pirámide* whc.unesco.org/en/list/414.

32. *espejos de pirita y hojas de obsidiana* Bahn 2009: pp. 138-139; www.utexas.edu/cofa/art/347/teotihuacan.htm.

33. *ceremonias celebradas en diversas ocasiones* Stone en Bahn 1995: pp. 228-229; Bahn 2009: pp. 138-139; www.utexas.edu/cofa/art/347/teotihuacan.htm.

34. *los primeros gobernantes de la ciudad* Cooper-White 2015; Mejía 2015; Sullivan 2014; www.bbc.com/news/world-latin-america-29828309; www.thedailybeast.com/articles/2015/05/09/the-mysteries-of-teotihuacan.html; hds.harvard.edu/news/2015/10/02/exploring-ancient-city-teotihuacan#; phys.org/news/2013-04-robot-chambers-ancient-mexico-temple.html. Véanse también vídeos en www.youtube.com/watch?v=iCJM_5dOMSE&feature=youtu.be; www.youtube.com/watch?v=C8-ZEKp85dwk&feature=youtu.be; www.youtube.com/watch?v=kksFtR9dEF4&feature=youtu.be.

35. *demás edificios importantes* Millon 1964, 1973; Millon, Drewitt y Cowgill, 1973; véase humanitieslab.stanford.edu/teotihuacan/1497.

36. *antaño había vivido allí* Bahn 2009: pp. 138-139; Fagan y Durrani 2014: pp. 27, 290-292.

19. Submarinos y colonos; monedas de oro y balas de plomo

1. *en la proa* Amer 2002: pp. 137-139; Cussler 2011; www.hunley.org; news.nationalgeographic.com/news/2001/03/0321_hunleyfind.html. Hay muchos relatos sobre el *Hunley*, entre ellos Chaffin 2008; Hicks 2015; Hicks y Kropf 2002; Neyland en Fagan 2007a: pp. 220-223; Ragan 1999, 2006; y Walker 2005.

2. *fue definitiva* Gast 2014; www.hunley.org; futureforce.navylive.dodlive.mil/2014/10/how-did-hunleys-crew-die/.

3. *se encontró el barco* Fagan y Durrani 2014: p. 358; www.nps.gov/history/local-law/FHPL_AbndShipwreck.pdf.

4. *El mérito de su hallazgo* Gast 2014. Nótese que Amer 2002: p. 138 da como fecha de recuperación del *Hunley* el 8 de agosto de 2001.

5. *la comisión Hunley* Amer 2002: p. 138; www.scstatehouse.gov/code/t54c007.php.

6. *el avance de la corrosión* Gast 2014.

7. *y otros artefactos* David L. Conlin (comunicación personal el 18 de julio de 2016); Conlin y Russell 2006; Gast 2014; www.achp.gov/docs/Section106SuccessStory_HLHunley.pdf; news.nationalgeographic.com/news/2001/03/0321_hunleyfind.html; usatoday30.usatoday.com/news/nation/2001-03-21-hunley.htm.

8. *mediante una prueba de ADN* hunley.org/main_index.asp?CONTENT=press&ID=126; www.navy.mil/submit/display.asp?story_id=15458.

9. *su reloj de bolsillo* Amer 2002: p. 138; Gast 2014; www.civilwarnews.com/archive/articles/hunley_study.htm; hunley.org/main_index.asp?CONTENT=press&ID=114.

10. *extraordinaria importancia* Véase Conlin y Russell 2006; www.achp.gov/docs/Section106SuccessStory_HLHunley.pdf.

11. *antes incluso de abrir sus puertas* Pringle 2011; Taylor 2011.

12. *durante su estancia allí* www.nps.gov/jame/learn/historyculture/pocahontas-her-life-and-legend.htm.

13. *se había desvanecido a lo largo de los siglos* La siguiente información está basada en el artículo de Kelso de 2007 sobre sus excavaciones en Jamestown, publicado en Fagan 2007a: pp. 172-175. Véase también Fagan y Durrani 2014: p. 8; Kelso 2008; Kelso y Straube 2004.

14. *una breve descripción de sus hallazgos* Véase Kelso en Fagan 2007a: pp. 172-175.

15. *primeros líderes de la colonia* Véanse Epstein 2015 y O'Brien 2015, de los que procede esta información.

16. *informes de algunos medios de comunicación* Véanse Epstein 2015 y O'Brien 2015.

17. *fue abandonada* historicjamestowne.org/july-2015/.

18. *cementerio no señalado situado en otro lugar* Véanse Epstein 2015 y O'Brien 2015.

19. *apenas un año* historicjamestowne.org/archaeology/chancel-burials/founders/gabriel-archer/; historicjamestowne.org/archaeology/chancel-burials/founders/robert-hunt/.

20. *a los pocos meses de su llegada* historicjamestowne.org/archaeology/chancel-burials/founders/william-west/; historicjamestowne.org/archaeology/chancel-burials/founders/ferdinando-wainman/.

21. *echase un vistazo a los restos* smithsonianscience.si.edu/2013/05/forensic-analysis-of-17th-century-human-remains-at-jamestown-va-reveal-evidence-of-cannibalism/; www.youtube.com/watch?v=FGcN9_Gd5zQ.

22. *acceso al cerebro* smithsonianscience.si.edu/2013/05/forensic-analysis-of-17th-century-human-remains-at-jamestown-va-reveal-evidence-of-cannibalism/; www.youtube.com/watch?v=FGcN9_Gd5zQ.

23. *la cara y garganta* smithsonianscience.si.edu/2013/05/forensic-analysis-of-17th-century-human-remains-at-jamestown-va-reveal-evidence-of-cannibalism/.

24. *después de que muriera* www.youtube.com/watch?v=FGcN9_Gd5zQ.

25. *la Isla Jamestown* smithsonianscience.si.edu/2013/05/forensic-analysis-of-17th-century-human-remains-at-jamestown-va-reveal-evidence-of-cannibalism/; historicjamestowne.org; anthropology.si.edu/writteninbone/about_exhibit.html.

26. *del río Columbia* Pollard 2007: pp. 240-243; nmnh.typepad.com/100years/2012/10/the-9000-year-old-kennewick-man.html.

27. *repatriación de los mismos a la tribu* Fagan y Durrani 2014: p. 358; www.nps.gov/nagpra/MANDATES/INDEX.HTM.

28. *Ishi en Dos Mundos* Kroeber 2011.

29. *todavía goza de gran estima* Pope 1923.

30. *repatriado y ubicado junto a sus restos* Bower 2002; la historia se convirtió después en tema de un libro: Starn 2004.

31. *el esqueleto casi completo* Preston 2014; www.burkemuseum.org/kman/. Para resúmenes de la parte inicial de la saga, véase Chatters 2002 y Thomas 2001.

32. *disponibles para su estudio* Callaway 2015; www.burkemuseum.org/kman/; nmnh.typepad.com/100years/2012/10/the-9000-year-old-kennewick-man.html.

33. *cinco grupos tribales de nativos americanos* Sobre la continuada polémica, véanse Callaway 2015; Gerianos 2016; Mapes 2016a, b; Owsley y Jantz 2014; Preston 2014; Rasmussen *et al*. 2015; Zimmer 2016. Véase también www.burkemuseum.org/kman/.

34. *los ancestrales indios pueblo* whc.unesco.org/en/list/353; www.nps.gov/chcu/index.htm; www.learner.org/interactives/collapse/chacocanyon.html. Véanse también Fagan 2005; Fagan y Durrani 2014: pp. 348-50; Lekson 2006, 2007; Vivian y Hilpert 2012.

35. *un próspero pueblo* Fagan y Durrani 2014: pp. 348-350; http://www.nps.gov/chcu/planyourvisit/pueblo-bonito.htm; www.nps.gov/chcu/index.htm; www.crowcanyon.org/EducationProducts/peoples_mesa_verde/pueblo_II_bonito_escalante.asp; www.crowcanyon.org/EducationProducts/peoples_mesa_verde/pueblo_II_overview.asp.

36. *la sequía y la peste* www.nps.gov/chcu/faqs.htm; www.nps.gov/chcu/planyourvisit/pueblo-bonito.htm. Véanse también Fagan 2005; Fagan y Durrani 2014: pp. 348-350; Lekson 2006, 2007; Monastersky 2015; y Vivian y Hilpert 2012.

37. *Parque Nacional de Mesa Verde* www.nps.gov/meve/index. htm.

38. *Las ruinas de Mesa Verde* whc.unesco.org/en/list/27; http://www.nps.gov/meve/index.htm; www.nps.gov/meve/learn/historyculture/cliff_palace_preservation.htm; www.nps.gov/meve/learn/historyculture/places.htm.

39. *túmulos de Cahokia* whc.unesco.org/en/list/198.

40. *el yacimiento arqueológico precolombino más extenso* Hodges 2011; whc.unesco.org/en/list/198; cahokiamounds.org/explore/.

41. *la estructura prehistórica de tierra más grande* whc.unesco.org/en/list/198; véase también Hodges 2011.

42. *constructores tenían que haber sido* Hodges 2011; whc.unesco.org/en/list/198.

43. *excavar en los yacimientos* www.history.org; www.mountvernon.org/research-collections/archaeology/.

44. *muchas oportunidades* Véase Fagan y Durrani 2014: pp. 392-393.

45. *Centro Arqueológico Crow Canyon* www.crowcanyon.org.

46. *Archaeological Fieldwork Opportunity Bulletin* www.archaeological.org/fieldwork/afob.

El arte de excavar 4: ¿Tiene la oportunidad de quedarse con lo que encuentra?

1. *cada caso en particular* Véanse Anderson 2016, Atwood 2006; Cuno 2010, 2012; Felch y Frammolino 2011; Meyer 1973a; Roehrenbeck 2010; Watson y Todeschini 2006; Waxman 2009. Véase también Bering 2016, así como content.time.com/time/specials/packages/completelist/0,29569,1883142,00.html para la lista de *Time* de «Top 10 Plundered

Artifacts» [Los 10 artefactos saqueados más importantes]; y http://www.theguardian.comartanddesign/2016/may/08/greece-international-justice-regain-parthenon-marbles-uk para un reciente artículo sobre los Mármoles de Elgin.

2. *cicatrices de los pozos cavados por los saqueadores* Fagan y Durrani 2014: pp. 20-22. Véanse también Curry 2015; Dubrow 2014; Mueller 2016; Romano 2015; Romey 2015; Vance 2015.

3. *Nimrud y en el Museo de Mosul* Casana 2015; www.cnn.com/2015/03/09/world/iraq-isis-heritage/.

4. *se publicaron en la revista Antiquity* Parcak *et al.* 2016.

5. *algunas de las piezas más famosas* Bogdanos 2005. Véanse también Emberling y Hanson 2008; Rothfield 2008a.

6. *Los ladrones de Bagdad Ibid.*

7. *excavar ilegalmente en los sitios* Véanse Andrews 2003; Emberling y Hanson 2008.

8. *un tratante de antigüedades* George 2016.

9. *los ruidos que oyen* Al-Rawi y George 2014; George 2016.

10. *equipo diferente de eruditos* Horowitz, Greenberg y Zilberg 2015; Pearce y Wunsch 2014; véase también Abraham 2011. Boletines de prensa, críticas y discusiones aparecen en Baker 2015; Ben Zion 2015a; Hasson 2015; y lawrenceschiffman.com/wp-content/uploads/2015/03/jews-of-babylon.pdf; www.reuters.com/article/us-israel-archaeology-babylon-idUSKBN0L71EK20150203; paulbarford.blogspot.com/2015/02/babylonian-cunies-from-private.htlm; news.cornell.edu/stories/2015/01/new-archive-jewish-babylonian-exile-released; www.ancientjewreview.com/articles/2015/2/18/pearce-and-wunsch-documents-of-judean-exiles-and-west-semites-in-babylonia-1.

11. *entró en vigor* www.unesco.org/new/en/culture/themes/illicit-traffic-of-cultural-property/1970-convention/; portal.unesco.org/en/ev.php-URL_ID=13039&URL_DO=DO_TOPIC&URL_SECTION=201.html.

12. *requieren a veces nuevas leyes* Atwood 2006; Brodie y Tubb 2011; Rothfield 2008b; Rush 2012.

13. *otros restos antiguos* Fagan y Durrani 2014: pp. 355-358; Harmon y McManamon 2006; www.nps.gov/archeology/sites/antiquities/about.htm; www.georgewright.org/313mcmanamon.pdf.

14. *de la era colonial* www.nps.gov/history/local-law/fhpl_histsites.pdf.

15. *los antecedentes del infractor* Fagan y Durrani 2014: p. 358; www.nps.gov/archeology/tools/Laws/arpa.htm.

16. *territorio federal* Véase www.npr.org/templates/story/story.php?storyId=106091937; articles.latimes.com/2009/jun/17/nation/na-artifacts-backlash17; www.nytimes.com/2009/06/21/us/21blanding.html?_r=0.

17. *sancionada* democrats-foreignaffairs.house.gov/news/press-releases/president-signs-engel-bill-stop-isis-looting-antiquities; www.al-monitor.com/pulse/originals/2015/06/congress-illegal-isis-looting-syria-artifacts.html; www.congress.gov/bi-

ll/114thcongress/house-bill/1493/text.

18. *el constante saqueo* www.theantiquitiescoalition.org/state-department-hearing-on-egypt-antiquities-import-mou/; www.state.gov/r/pa/prs/ps/2016/11/264632.htm.

19. *restos conocidos pero no excavados* Las organizaciones implicadas en la elaboración de estas clase de medidas son, entre otras, el Comité del Escudo Azul de Estados Unidos (www.uscbs.org), SAFE: Saving Antiquities For Everyone (Salvando Antigüedades para todo el mundo) (savingantiquities.org), la Coalición de Antigüedades (theantiquitiescoalition.org), y la American Schools of Oriental Research Cultural Heritage Initiatives (Iniciativas de Herencia Cultural de las Escuelas Americanas de Investigación Oriental) (www.asor-syrianheritage.org/about/mission/).

Epílogo. Regreso al futuro

1. *El mundo sin nosotros* Weisman 2007.

2. *una ayudante llamada Harriet Burton* Macaulay 1979.

3. *las famosas palabras* Macaulay 1979: p. 26.

4. *el mando a distancia* Macaulay 1979: pp. 30, 52-65.

5. *encontrado en Troya* Macaulay 1979: pp. 32-33, 36-37, 68-81.

6. *magnetómetros de protones* Véase archeosciences.revues.org/1781.

7. *artefactos de dicho patrimonio* Véase, por ejemplo, www.sfu.ca/ipinch/project-components/community-based-initiatives.

Eric H. Cline
Tres piedras hacen una pared. Historias de la arqueología

Licencia Creative Commons 4.0 Internacional
(Atribución-No comercial-Compartir igual)

Título original: *Three stones make a Wall. The story of archeology*
© 2017 by Princeton University Press
© de la traducción, Silvia Furió, 2017
© del diseño de la portada, Leslie Flis
© de la imagen de la portada, Ircy y Anna Yunak – Shutterstock
Foto de autor: Blink Media
© Editorial Planeta S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com
Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2018
ISBN: 978-84-17067-56-4 (epub)
Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

ÍNDICE

Sinopsis 4

Portadilla 9

Cita 10

Prefacio: Una pata de mono fosilizada 11

Prólogo: «Cosas maravillosas»... 24

Primera parte: Los comienzos de la arqueologia 36

1. Polvo al polvo en la Italia antigua 37

2. Búsqueda y exhumación de Troya 50

3. De Egipto a la eternidad 69

4. Misterios en Mesopotamia 88

5. Exploración de las junglas... 106

El arte de excavar 1 125

Segunda Parte: África, Europa y... 145

6. El descubrimiento de nuestros... 146

7. Los primeros agricultores... 169

Tercera parte: Excavaciones en el Egeo... 186

8. Los primeros griegos salen a la luz 187

9. ¿En busca de la Atlántida? 207

10. Encanto bajo el mar 222

Cuarta parte: Recuperar a los clásicos 238

11. Del lanzamiento de disco a... 239

12. ¿Qué han hecho por nosotros... 262

El arte de excavar 2 284
Quinta parte: Descubrimientos en tierra 304
13. Excavaciones en el Armagedón 305
14. La Biblia desenterrada 322
15. Misterio en Masada 336
16. Ciudades del desierto 352
El arte de excavar 3 367
Sexta parte: Arqueología del Nuevo Mundo 393
17. Líneas en la arena, ciudades en... 394
18. Cabezas gigantes, serpientes... 409
19. Submarinos y colonos... 423
El arte de excavar 4 439
Epílogo: Regreso al futuro 449
Agradecimientos 458
Bibliografía 460
Notas 506
Créditos 547